El presente volumen reúne los veintiún discursos publicados por Søren Kierkegaard entre 1843 y 1845 que marcan el inicio de su carrera como escritor religioso, conciliando así su vocación religiosa con la labor concreta del escritor, que hasta ese momento sólo había encontrado cauce en obras de carácter «poético». A partir de 1843, sus escritos de inspiración religiosa irán apareciendo en forma paralela a las obras firmadas con seudónimo, que exponen en sus discusiones de carácter teórico y en la descripción de personajes ficticios algunos de los temas abordados en los *Discursos*.

Se trata de siete pequeñas colecciones de escritos: los dieciocho *Discursos edificantes*, compilados en seis series, se basan principalmente en la lectura meditada de diferentes pasajes de la Biblia, mientras que los tres discursos del último grupo se refieren a determinadas «circunstancias» en la vida de un creyente. El destinatario de todos ellos es el mismo: el existente individual o, tal como Kierkegaard lo llama en cada uno de sus prólogos, «ese individuo». Pero al dirigirse a cada individuo en particular, estos discursos lo hacen también a un individuo que, en cuanto tal, es «aquello que todo hombre es o puede llegar a ser».

Escritos de Søren Kierkegaard

Escritos de Søren Kierkegaard

Volumen 5

Discursos edificantes
Tres discursos para ocasiones supuestas

Edición y traducción del danés
de Darío González

E D I T O R I A L   T R O T T A

En colaboración con el Søren Kierkegaard Forskningscenter de Copenhague,
institución subvencionada por el Danmarks Grundforskningsfond desde 1994
y sostenida sustancialmente por el Kulturministerium desde 2004.
Edición de Niels Jørgen Cappelørn, Darío González y Begonya Saez Tajafuerce

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Filosofía

Título original: Opbyggelige Taler 1843;
Opbyggelige Taler 1844; Tre Taler ved tænkte Leiligheder
de acuerdo con la edición Søren Kierkegaards Skrifter, Bind 5,
udgivet af Søren Kierkegaard Forskningscenteret, København, 1998

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda
de The Danish Arts Council

Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

ISBN: 978-84-8164-364-0 (obra completa)
ISBN: 978-84-9879-113-6 (volumen 5)

Depósito legal: S. 275-2010

Impresión
Gráficas Varona, S.A.

CONTENIDO

ABREVIATURAS

BML	*Die Bibel oder die ganze heilige Schrift alten und neuen Testaments, nach d. deuts[chen] Uebers. Dr. M. Luthers, von Dr. J. P. Fresenius*, Frankfurt am Main, 1842; ctl. 4. (Traducción alemana de la Biblia por Martín Lutero.)
ctl.	*Auktionsprotokol over Søren Kierkegaards bogsamling*, edición de H. P. Rohde, Copenhague, 1967. (Catálogo de subasta de la biblioteca personal de Søren Kierkegaard.)
EP	*Af S. Kierkegaards Efterladte Papirer*, edición de H. P. Barfod y H. Gottsched, vols. I-IX, Copenhage, 1869-1881. Citados según número de volumen y número de página.
ESK	*Escritos de Søren Kierkegaard*, edición de Niels-Jørgen Cappelørn, Darío González, Rafael Larrañeta y Begonya Sáez Tajafuerce, Madrid, Trotta, 2000-2009. Citados según número de volumen y número de página.
GT 1740	*Det Gamle Testamente*, 1740, en *Biblia, der er: den ganske Hellige Skrifts Bøger*, Copenhague, 1830, ctl. 7. (Traducción danesa de 1740 del Antiguo Testamento.)
GTPPS	*Det gamle Testaments poetiske og profetiske Skrifter, efter Grundtexten paa ny oversatte af J. Møller og R. Møller*, vols. 1-3, Copenhague, 1828-1830, ctl. 86-88 & 89-91. (Traducción danesa de los escritos poéticos y proféticos del Antiguo Testamento.)
NC	*Sagrada Biblia*. Versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nácar-Fuster y Alberto Colunga, O.P., BAC, Madrid, 1985.
NT 1819	*Det Nye Testamente*, 1819, en *Biblia, der er: den ganske Hellige Skrifts Bøger*, Copenhague, 1830, ctl. 7. (Traducción danesa de 1819 del Nuevo Testamento.)
NTGL	*Novum Testamentum Graece et Latine*. Textum Graecum post Eberhard et Erwin Nestle communiter ediderunt Barbara et Kurt

Aland, Johannes Karavidopoulos, Carlo M. Martini, Bruce M. Metzger; Textus Latinus Novae Vulgatae Bibliorum Sacrorum Editioni debetur, Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart, 1984.

Pap. *Søren Kierkegaards Papirer*, edición de P. A. Heiberg, V. Kuhr y E. Torsting, vols. I-IX, Copenhague, 1909-1948; 2.ª edición aumentada de N. Thulstrup, vols. I-XVI, Copenhague, 1968-1978 (vols. XIV-XVI *Index* por N. J. Cappelørn, Copenhague, 1968-1978. Citados según número de volumen, grupo (A, B y C), número de entrada y, de ser necesario, número de página.

SKS *Søren Kierkegaards Skrifter*, edición del Søren Kierkegaard Forskningscenter, red. Niels Jørgen Cappelørn, Joakim Garff, Anne-Mette Hansen, Jette Knudsen, Johnny Kondrup, Alistair McKinnon y Finn Hauberg Mortensen, Gad, Copenhague, 1994-2008. Citados según número de volumen y número de página. La indicación entre corchetes se refiere a los grupos de los escritos no publicados en vida del autor (*Diarios*: AA-KK; NB: *Notesbog*), con especificación del número de entrada.

INTRODUCCIÓN

El presente volumen reúne los veintiún discursos de carácter religioso publicados por Søren Kierkegaard entre 1843 y 1845. Se trata, en realidad, de siete pequeñas colecciones de escritos entre los que cabe señalar una sola diferencia de género: los dieciocho *Discursos edificantes*, compilados en seis series, se basan principalmente en la lectura meditada de diferentes pasajes de la Biblia, mientras que los tres discursos del último grupo se refieren a determinadas «circunstancias» en la vida de un creyente. El destinatario de todos ellos es, sin embargo, el mismo: el existente individual o, tal como Kierkegaard lo llama en cada uno de sus prólogos, «ese individuo» [*hiin Enkelte*]. El tono intimista de los discursos aparece reforzado, también en los prólogos, por la alusión al individuo como «mi lector» [*min Læser*], así como en el cuerpo de cada texto mediante la insistente apelación «oyente mío» [*m. T.: min Tilhører*].

Con la publicación de los primeros *Dos discursos edificantes* el día 5 de mayo de 1843, Kierkegaard inicia su carrera como escritor religioso. En la misma línea de los dieciocho discursos calificados como «edificantes» se inscriben más tarde otras series de textos (*Discursos cristianos*, *Discursos piadosos*, *Discursos edificantes de diversa índole*, «meditaciones cristianas en forma de discursos», etc.) que, al igual que aquéllos, aparecen firmados con su propio nombre. No por ello renuncia el autor a la posibilidad de editar bajo seudónimo otros tantos escritos en los que el lector individual es interpelado de manera distinta. Éste había sido ya el caso de *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida*, obra publicada en febrero de 1843. A partir de ese año, sus escritos de inspiración religiosa siguen apareciendo en forma paralela a los trabajos de los seudónimos. No es sorprendente, por tanto, que algunos de los temas abordados en los *Discursos*

vuelvan a ser expuestos en las discusiones de carácter teórico y en la descripción de personajes ficticios que él mismo lleva a cabo en otras de sus obras. En algún momento de su carrera, Kierkegaard intenta hacer visible esa coincidencia y dispone que el lanzamiento de sus escritos religiosos en la librería de P. G. Philipsen tenga lugar el mismo día en que las obras firmadas con seudónimo son puestas a la venta en la librería universitaria de C. A. Reitzel. Así sucede con los *Tres discursos edificantes* de 1843, publicados en el mes de octubre en forma simultánea a la aparición de *La repetición* y *Temor y temblor*. La publicación de las dos subsiguientes colecciones de *Discursos* se produce en diciembre de 1843 (*Cuatro discursos edificantes*) y en marzo de 1844 (*Dos discursos edificantes*), pero en junio de ese año aparecen otros *Tres discursos edificantes*, las *Migajas filosóficas*, *El concepto de la angustia* y los *Prefacios*. Los *Cuatro discursos edificantes* de 1844 ven la luz en el mes de agosto. A fines de abril de 1845, los *Tres discursos para ocasiones supuestas* y las *Etapas en el camino de la vida* son puestos por primera vez a la venta con sólo un día de diferencia. En mayo del mismo año, el librero P. G. Philipsen decide reunir las seis colecciones de *Discursos* de los dos años anteriores en un solo volumen, dando lugar así a la primera edición conjunta de los *Dieciocho discursos edificantes*.

No disponemos de los manuscritos correspondientes a los dos primeros discursos. Entre los folios depositados en el Archivo Kierkegaard de la Biblioteca Real de Copenhague es posible identificar, sin embargo, el esbozo de un «Prólogo» que, en sus últimas líneas, es similar al utilizado en la versión definitiva:

> Que un joven licenciado en teología se atreva a publicar sermones, cosa que hasta los renombrados oradores eclesiásticos hacen raramente, es un hecho tan extraño, que a nadie le costará entenderme cuando digo que mi intención, tanto como mi deseo, es que la literatura los ignore por completo. Visto el asunto de ese modo, no será tan grande el incidente de que llegue a ser un librito superfluo entre otros. Un autor que, tal como yo lo hago, tiene la deferencia de reconocer su falta de importancia, muestra que conoce sus deberes hacia el prójimo y hace cuanto menos lo que está a su alcance para impedir que alguien desperdicie su dinero, su tiempo y su esfuerzo.
>
> Estos sermones no son publicados con el fin de atraer hacia sí, y menos aún hacia su autor, la atención de nadie. Aparecen de manera clandestina y desean, en razón de su ilegítima y dudosa procedencia, deslizarse por la vida de modo oculto e inadvertido. No se los publica para que los lea un crítico autorizado, cosa que se muestra ya suficientemente en la forma, que en más de un sentido se aparta de la forma autorizada; ello, sin embargo, no se debe a que la forma sea accesoria en relación con el pensamiento expresado. Sólo lo originario es edificante, y sólo lo es en la medida en que permanece en su originariedad como algo presente, pues sólo lo presente es edificante, y eso es algo que desaparece más y más cuando se quiere dar originalidad al estado de ánimo, y a lo natural el tiempo suficiente como para que, por así decirlo, se cambie de ropa, pensando que el traje convencional o el traje histórico sería más propicio o más honroso. Pero no digamos más al respecto. Me apenaría que esta observación marginal o que estos dos sermones fueran la causa —inocente, por cierto— que hiciera que alguna mente genuinamente especulativa, mediante una συγκατάβασις, quisiera explicarme qué es aquello que la época exige con categórica necesidad. Lejos estoy, y por más de un motivo, de coquetear con la complaciente idea de haber comprendido a la época; y eso de querer comprender a la época es como tal una tarea que, dada su grandeza, sólo les cabe a los pensadores, no a las mentes más limitadas. Teniendo esto en cuenta, he escogido la tarea menor, una que en nuestra época, a la que sólo conmueven las grandes ideas, se la llamará tal vez una tarea insignificante y necia: la de querer comprender a un ser humano totalmente particular, por ejemplo: *uno mismo*. Con respecto a esta tarea, abrigo un deseo al que en nuestra época, que sólo vive para grandes y amplias ideas, se lo llamará una necedad: el deseo de ser comprendido por un ser humano totalmente particular, por aquel a quien con alegría y hasta con gratitud he de llamar *mi* lector, sin ocultar el hecho de que éste, al aceptar ser mi lector, hace por mí más de lo que yo puedo hacer por él al escribir para él.
>
> Pese a que este pequeño libro sólo desea ser lo que es, algo superfluo, y que sólo le apetece permanecer en las sombras, no por eso me he despedido de él sin poner en él una esperanza un tanto aventurada. Suponiendo que, con su partida, iniciaría de alguna manera un viaje, dejé que mis ojos lo siguieran durante un rato. Pude ver entonces que iba por caminos solitarios, o solitario por caminos populosos. Al cabo de algún que otro malentendido, tras haber sido engañado por alguna vaga semejanza, dio finalmente con ese individuo que yo llamo mi lector[1].

Si bien en estas líneas Kierkegaard se refiere a sus escritos como «sermones», el prefacio a la edición de los *Dos discursos edificantes* introduce ya una distinción que habría de repetirse en los volúmenes subsiguientes: el título de «discursos» reemplaza explícitamente al de «sermones», y ello —se nos dice— «porque su autor no tiene autoridad para predicar»; de manera análoga, decide llamarlos «'discursos edificantes' y no discursos de edificación, porque el que habla no exige en modo alguno ser *maestro*»[2]. Más allá de la enfática modestia

1. *EP* I-II, p. 410.
2. Véase *infra*, p. 29.

del autor y del hecho de que éste no había sido nombrado pastor, estas observaciones señalan la necesidad de interrogar la posición de los *Discursos* de Kierkegaard en relación, por una parte, con el género corriente de los discursos de edificación y, por otra parte, con los «sermones» religiosos en sentido estricto. En cualquiera de los casos, debe tenerse en cuenta que la incursión de Kierkegaard en este tipo de escritura cuenta con un antecedente inmediato, a saber, los *Sermones para todos los domingos y días sagrados del año* que el pastor Jacob Peter Mynster (1775-1854) había publicado en 1823. La importancia que la persona y la obra de este clérigo ocupa en la vida religiosa e intelectual de Kierkegaard no puede soslayarse. Mynster había sido el confesor de su padre, y tanto el joven Søren como su hermano Peter habían recibido de él su confirmación. No se exagera cuando se dice que Kierkegaard, además de haber leído y releído aquellos textos, pudo haber oído personalmente la mayoría de los sermones pronunciados por Mynster. Por lo que hace a la distinción entre los términos «edificante» y «para edificación», queda claro que ésta responde a la concepción de la comunicación religiosa que Kierkegaard intenta exponer en el texto del citado prefacio —la relación entre el discurso edificante y la «originariedad» de la experiencia del ser humano individual— así como en escritos posteriores. Él mismo utilizaría, por ejemplo, la expresión «para edificación» en el subtítulo de dos obras publicadas bajo seudónimo en 1849 y 1850, *La enfermedad mortal* y *Ejercitación del cristianismo*, escritos en los que, más allá de la directa apelación al individuo singular, el contenido dogmático de la verdad cristiana es abordado desde una perspectiva sistemática y polémica. Ya en 1846, mediante otro de sus seudónimos, Kierkegaard alude a la forma literaria de los *Discursos edificantes* sugiriendo que la diferencia entre éstos y los «sermones» es de alguna manera la misma que existe entre la inmanencia del pensar filosófico y la afirmación religiosa de la transcendencia a partir de la fe cristiana. Los *Discursos edificantes*, en efecto, «no emplean sino las categorías éticas de la inmanencia, no las categorías religiosas de la doble reflexión en la paradoja»[3]. Así se expresa el autor seudónimo de la *Apostilla conclusiva y acientífica a las Migajas filosóficas* con relación a la estrategia seguida por «Magíster Kierkegaard» —autor que, en realidad, es él mismo— al publicar los *Discursos*.

> Si se desea evitar una confusión terminológica, es preciso que el sermón quede reservado a la existencia religioso-cristiana. Es cierto que uno escucha a veces sermones que son cualquier cosa menos sermones, puesto que las categorías son las de la inmanencia; tal vez el Magíster haya querido indicarlo de modo indirecto, al observar de manera puramente filosófica hasta qué punto se puede llegar en lo edificante, con lo cual el discurso edificante conserva su legitimidad. [...] Pero las cosas sucedieron de modo tan curioso que, según me ha comentado el Magíster, algunos llamaron «sermones» a estos discursos edificantes y creyeron incluso honrarlos al darles ese título [...]; otros, en cambio, objetaron que los discursos edificantes no eran verdaderos sermones, que es como objetar que una ópera no es una tragedia[4].

3. *SKS* 7, p. 233.

Según la interpretación propuesta por el autor de la *Apostilla*, los *Discursos edificantes* no llegan a la afirmación del contenido «paradójico» del mensaje cristiano, mensaje cuyo núcleo es el dogma de la encarnación. Ése es en última instancia el contenido que queda reservado a los «sermones» en sentido estricto. Aun cuando muchos de los *Discursos edificantes* toman la forma de una meditación basada en escenas del evangelio y en la palabra de los apóstoles, es cierto que su autor no invoca el nombre de Cristo tal como lo haría el predicador ante los feligreses[5]. El mismo argumento podría ser aplicado para comprender la distinción entre los *Discursos edificantes* y otros de los «discursos» publicados por Kierkegaard bajo su propio nombre en los años subsiguientes, como es particularmente el caso de los así llamados *Discursos cristianos*. Los conceptos que el autor seudónimo de la *Apostilla* califica, en las líneas arriba citadas, como «las categorías éticas de la inmanencia», son aquellos de los que se valen los *Discursos edificantes* para señalar «lo originario» en la existencia del individuo, existencia que ha de ser también el punto de partida para el desarrollo de la religiosidad. De manera similar explicará Kierkegaard más tarde que el término «edificación», tal como se lo utiliza, por ejemplo, en la célebre expresión paulina «el amor edifica» (1 Cor 8,1), puede entenderse en sentido figurado: así como «'edificar' significa llevar algo hacia arriba *partiendo de los mismos cimientos*»[6], el discurso edificante es aquel que permite al individuo incorporarse y crecer en la fe.

Ciertos pasajes de los *Discursos edificantes* invitan justamente a meditar acerca de cuál será la manera apropiada de dirigirse al individuo cuando los temas tratados en ellos han sido abordados ya por la

4. *Ibid.*
5. Cf. *ibid.*, p. 247.
6. *SKS* 9, p. 14.

palabra «autorizada» de los apóstoles. Así, con relación al recurrente tema del amor cristiano, el autor de los *Discursos* se pregunta:

> ¿Pero cómo habremos de hablar de esto? ¿Habremos de hablar de tal manera que no nos demos tiempo para demorarnos en las palabras, porque el mero sonido contendría un silencioso reproche que despertaría un cuidado hacia ellas, que reclamaría un empeño con relación a ellas, hacia la meta en pos de la cual todo hombre debe empeñarse? [...] ¿Habremos de hablar de la manera que se habla a los imperfectos? [...] ¿Habremos de hablar de esa manera? Sí, es cierto que a menudo nos sería de provecho que se hablara así, pero es dificilísimo hacerlo sin que el orador mismo, en el discurso, obre contra el discurso juzgando a los demás. [...] Por eso escogemos la tarea más fácil; nos demoraremos en las palabras mismas, y así como todo otro amor en este mundo fue encomiado, así también explicaremos y encomiaremos el amor que tiene el poder de hacer el milagro de ocultar la multitud de los pecados. Hablaremos como se les habla a los perfectos. Si hubiera uno que no se sintiese perfecto, el discurso no haría, sin embargo, ninguna diferencia. Dejaremos que nuestra alma repose en la palabra apostólica, que no es un engañoso giro poético, que no es un rapto de atrevimiento, sino que es un pensamiento fidedigno, un testimonio plenamente válido que, para ser comprendido, debe ser tomado al pie de la letra[7].

La decisión de apoyarse en el testimonio apostólico o en las figuras ejemplares del Antiguo Testamento permite al autor de los *Discursos* dirigirse a cada individuo en particular, pero también a un individuo que, en cuanto tal, es «aquello que todo hombre es o puede llegar a ser»[8]. En ello consiste según Kierkegaard la diferencia entre el destinatario de los *Discursos edificantes* y el destinatario de la palabra «poética» de los seudónimos, dado que estos últimos, al invocar la figura del existente singular, hablan del individuo en lo que éste tiene de «diferente» con respecto a los demás[9].

De hecho, desde el punto de vista de la biografía del autor, la aparición de los primeros *Dos discursos edificantes* en 1843 merece ser considerada como un acontecimiento decisivo. Son estos discursos los que le permiten, según él mismo lo indica algunos años más tarde, comprender la posibilidad de conciliar su vocación religiosa con la labor concreta del escritor que, hasta entonces, sólo había producido obras de carácter «poético»:

7. Véase *infra*, pp. 80 s.
8. *SV* XIII, p. 601.
9. *Ibid.*

> En cierto sentido, no era en absoluto mi propósito llegar a ser un autor religioso. Mi propósito era agotar lo poético tan pronto como fuese posible —y entonces retirarme a una parroquia de pueblo—. Ése era el punto de estima según el cual navegaba. Me sentía extraño a toda la producción poética, pero no podía hacer otra cosa. Como he dicho, mi propósito originario no era llegar a ser un *autor* religioso. Aquello que, en mi mente, era la expresión más enérgica del hecho de ser un hombre religioso y de que los seudónimos me eran extraños, era la abrupta transición: irme inmediatamente al campo en busca de un curato de pueblo. Mi urgencia de productividad, sin embargo, era tan grande, que no pude hacer otra cosa; dejé que aparecieran los *Dos discursos edificantes* y llegué a un entendimiento con la Providencia. Se acordó una vez más un tiempo para la producción poética, pero siempre bajo la vigilancia de lo religioso que observaba como diciendo: ¡A ver cuándo terminas con esto! Y entendí para mí mismo que daría satisfacción a lo religioso convirtiéndome en un autor religioso[10].

Kierkegaard comienza a trabajar en la redacción de los primeros dos discursos en diciembre de 1842, en el período en que él mismo revisa las pruebas para la edición de *O lo uno o lo otro*. Como también sucedería con otras de sus obras, muchos pasajes de los *Discursos* surgen de la reelaboración de pensamientos que ya habían sido formulados de manera fragmentaria en sus diarios y cuadernos de notas. Los *Diarios* de 1838, 1839 y 1842 contienen, por ejemplo, trozos de plegarias y reflexiones acerca de determinadas expresiones utilizadas en los ritos eclesiásticos que serían recuperadas en el momento de la redacción de los discursos. Otras de las ideas tratadas en estos textos tienen seguramente su origen en la lectura de los pasajes de la Biblia asignados a la celebración de los servicios religiosos según el *Libro de prescripciones litúrgicas* de la Iglesia de Dinamarca. Así, el texto de la Epístola a los Gálatas 3,23-29, con cuyo comentario se inicia el primer discurso, corresponde precisamente al servicio del día de Año Nuevo. A partir de allí desarrolla Kierkegaard el tema de «la expectativa de la fe», es decir, el de la fe como «el sumo bien, el más bello, el más valioso, riqueza de todas las beatitudes, inconmensurable con respecto a todo lo demás»[11], pero también como la expectativa de ese bien y, por tanto, como un arriesgado «combate con el porvenir»[12] del que el hombre sólo puede salir airoso con la ayuda de la gracia. La remisión del segundo discurso al pasaje de la Epístola de Santiago 1,17-21, prescripto para la liturgia del cuarto domingo después de Pascua,

10. *Ibid.*, pp. 570 s.
11. Véase *infra*, p. 35.
12. Véase *infra*, p. 42.

no guarda tal vez relación con la fecha en el que dicho discurso fue redactado. El texto de Santiago, sin embargo, permite continuar la meditación acerca de la procedencia divina de «toda dádiva buena y perfecta».

Dos de los *Tres discursos edificantes* de 1843 llevan como título la expresión bíblica «El amor ha de cubrir multitud de pecados». El versículo de la Primera Epístola de Pedro (4,8) en el que aparecen esas palabras corresponde a la liturgia del sexto domingo después de Pascua, que ese año tiene lugar durante el período en que Kierkegaard se encuentra en Berlín. El tema del amor cristiano vuelve a aparecer, sin embargo, en el pasaje de la Primera Epístola de Juan (4,16-21) previsto para el primer domingo después de la Trinidad. En los *Diarios* del mes de junio de 1843 se alude de manera específica a este último texto: «El amor ahuyenta el temor». La redacción de estos dos discursos —los únicos que Kierkegaard se proponía inicialmente publicar en el nuevo tomo— debió comenzar en ese momento. Sólo en el mes de agosto, cuando el prólogo estaba ya listo, Kierkegaard concibe la idea de añadir el tercer discurso («La confirmación en el hombre interior»), postergando de esa manera la publicación del tomo así como la de los dos escritos seudónimos que debían acompañarlo: *La repetición* y *Temor y temblor*. El título del tercer discurso de esta serie procede de las palabras utilizadas por Pablo en la Epístola a los Efesios (3,16). La plegaria que le sirve de introducción retoma, no obstante, el motivo de la «dádiva buena» abordado en los discursos del primer tomo. Desde el comienzo, el tercer escrito se concentra en la figura del apóstol Pablo, en su cautividad y en sus tribulaciones, para desarrollar una idea que Kierkegaard habría de reiterar en algunos de sus discursos posteriores, a saber, la de la oposición entre el «hombre de los sentidos» y el «hombre interior». El hombre interior es el que se anuncia en la «preocupación» respecto del destino de su alma, el que «solicita una explicación, un testimonio que le explique el significado de todo y su propio significado»[13]. Dicho testimonio es de naturaleza espiritual, pues sólo Dios puede dárselo en el momento en el que lo «corrobora» o lo «confirma» —es decir, le brinda firmeza y fortaleza en medio de un mundo que se tambalea. El tema del fortalecimiento, del «testimonio» y de la «explicación» que el hombre interior reclama aparece ya al comienzo del primero de los discursos de este ciclo: «¿Qué es aquello que consuela cuando todo consuelo fracasa? Es el amor. ¿Qué es aquello que prevalece cuando todo se trastoca? Es el amor. ¿Qué es aquello que queda cuando se rechaza lo imperfecto? Es el amor. ¿Qué es aquello que da testimonio cuando enmudece la profecía? Es el amor. [...] ¿Qué es aquello que explica cuando el discurso oscuro llega a su fin? Es el amor»[14].

13. Véase *infra*, p. 104.

Tampoco en el caso de los *Cuatro discursos edificantes* de 1843 disponemos de los manuscritos de Kierkegaard. Entre sus papeles sueltos, sin embargo, hallamos el boceto de un índice con siete títulos numerados[15]. El segundo y el tercero de ellos, idénticos entre sí, corresponden a la denominación de los discursos que ocupan esos mismos puestos en este ciclo, «Todo buen don y toda dádiva perfecta...». El cuarto título de la lista es el del primero de los discursos publicados: «El Señor ha dado, el Señor ha quitado, loado sea el nombre del Señor», mientras que el séptimo es el del último discurso: «Que uno adquiera su alma en la paciencia». El mencionado índice no está fechado, pero cabe inferir que el plan original de Kierkegaard era que el tercer volumen de *Discursos* contuviera siete escritos. Los cuatro finalmente editados son, al parecer, el producto de un trabajo efectuado entre mediados de septiembre y comienzos de noviembre. El libro bíblico de Job, que sirve de base al primer discurso, había sido fervientemente elogiado por uno de los personajes poéticos de *La repetición*, obra que Kierkegaard había completado en el mes de septiembre. El motivo por el cual vuelve a remitirse a la figura de Job es mencionado en uno de los bocetos de la *Apostilla conclusiva y acientífica a las Migajas filosóficas*: «En el escrito 'La repetición', [el tema de] 'Job', arrebatado en el apasionamiento, había sido utilizado de una manera que bien podría haber perturbado a más de un lector habituado a hallar una tranquila edificación en la contemplación de ese hombre piadoso». Tras haber leído *La repetición* como si ésta fuese una obra escrita por otro, el autor de los *Discursos* «resolvió de inmediato hacer lo que estuviese a su alcance para rescatar a Job como un modelo religioso también para aquel que no se hubiese aventurado en los extremos de la pasión, o que no quisiese que el tema se presentase en esa clase de experimento»[16]. Lo cierto es que las primeras reflexiones de Kierkegaard consagradas a Job se encuentran en sus cuadernos de notas, en diversos fragmentos correspondientes tanto a su estancia en Berlín en 1841 y 1842 como a la época en que asistía al seminario pastoral, entre 1840 y 1841. También el tema de los dos discursos subsiguientes había sido desarrollado con anterioridad, en otros de los *Discursos* publicados en 1843. La alusión a la «dádiva

14. Véase *infra*, p. 78.
15. *Pap.*, IV B 161.
16. *Pap.*, VI B 98,52.

perfecta» y a su procedencia celestial permite a Kierkegaard volver a destacar la certidumbre del testimonio provisto por los apóstoles, la verdad contemplada por «los ojos inquebrantables de la fe» en contraste con los «largos discursos de la duda»[17]. Según el último de los discursos del ciclo, finalmente, el «alma» misma es también aquello que el hombre ha de adquirir como un don «en la paciencia», un bien que ha de adquirir «de Dios» y «por sí mismo» al renunciar a la dudosa adquisición de los bienes del mundo[18]. La consiguiente caracterización del alma humana como «contradicción» entre lo temporal y lo eterno[19] coincide prácticamente con los términos de la antropología cristiana expuesta por Kierkegaard en *El concepto de la angustia*.

El primero de los *Dos discursos edificantes* publicados en 1844 retoma el tema de la paciencia, para mostrar ahora que el alma debe no sólo ser adquirida sino también «preservada» en esa virtud. El pasaje de Lucas 21,19, que sirve de inspiración a esta idea tanto como a la del último discurso de 1843, no aparece en el *Libro de prescripciones litúrgicas*. Este hecho y la no disponibilidad de los manuscritos dificultan la tarea de establecer con exactitud la época en la que estos discursos pudieron ser redactados. El segundo discurso, «Paciencia en la expectativa», en cambio, se basa en el texto de Lucas 2,33-40, previsto para el servicio religioso del domingo posterior a la Navidad. Los *Diarios* de los meses de enero y febrero contienen, además, fragmentos que fueron utilizados en ambos discursos. La interrupción del trabajo de redacción de *El concepto de la angustia* a fines de enero sugiere que ése debe haber sido el momento en el que Kierkegaard comienza a escribir los discursos en cuestión.

La quinta colección de *Discursos* —la segunda del año 1844— consta de tres escritos, pero sabemos que Kierkegaard había planeado escribir seis, de los cuales el primero y el último debían volver a abordar, respectivamente, el tema de la paciencia y el de la expectativa. La redacción de los tres textos que vieron la luz el 8 de junio debió ser paralela a la de las *Migajas filosóficas* y los *Prefacios* así como a la finalización de *El concepto de la angustia*. El primer discurso de este tríptico, «Acuérdate de tu creador en tu juventud», comienza con la evocación de un motivo sobre el que él mismo había reflexionado varios años antes, a saber, la distinción entre las verdades «indiferentes» y las verdades «preocupadas», es decir, aquellas que revisten un

17. Véase *infra*, p. 150.
18. Véase *infra*, pp. 168 ss.
19. Véase *infra*, pp. 179 s.

valor existencial para el individuo[20]. Su base textual es el libro del Eclesiastés. El segundo discurso es una nueva meditación acerca de la «expectativa», que en este caso designa la relación del individuo con su «beatitud eterna» tanto como la posibilidad de comprender su propia existencia temporal a partir de aquélla[21]. El ciclo concluye con un texto inspirado en la descripción evangélica del momento en el que Juan el Bautista reconoce en Jesús el cumplimiento de la promesa divina, destacando la «humilde abnegación» y la «sincera alegría» expresadas en las palabras de Juan: «Preciso es que él crezca y que yo mengüe» (Jn 3,30).

La última serie de *Cuatro discursos edificantes* fue escrita en menos de dos meses, entre junio y agosto de 1844, si bien hallamos en los *Diarios* del mes de mayo algunas reflexiones que reaparecen en el primero de los textos. Dichas reflexiones se refieren al extenuante «combate» que el individuo entabla no con el mundo sino consigo mismo, y la necesidad de su aniquilación o anonadamiento[22], tema recurrente en los discursos de este ciclo. Particularmente en el primero, «Necesitar a Dios es la suprema perfección del hombre», Kierkegaard describe con insistencia la imagen de ese «Yo» escindido entre lo interior y lo exterior[23]. El segundo, «El aguijón en la carne», deja que el individuo busque orientación para su combate en las palabras que el apóstol Pablo utiliza para señalar su propio sufrimiento, la dificultad de su propio acceso a la beatitud. El tercer discurso, «Contra la cobardía», destaca la contraposición entre ésta y la «resolución» que lleva al hombre a asumir el bien. El cuarto y último discurso del ciclo localiza el combate en la plegaria, en la que el hombre sólo «vence» cuando es Dios es el que vence. La continuidad temática de estos cuatro escritos es producto de la transformación que el género «edificante» ha experimentado desde el momento de la publicación de la primera colección de discursos. Los textos del último ciclo ya no se basan exclusivamente en determinados pasajes destinados a la liturgia, sino que buscan inspiración en las ideas tratadas en discursos anteriores.

El título del volumen publicado en 1845, *Tres discursos para ocasiones supuestas*, es una variación de la expresión comúnmente utilizada para caracterizar el género de los «discursos de circunstancia». En junio y agosto de 1844, Kierkegaard menciona en sus

20. Véase *infra*, *Tres discursos edificantes* (1844), nota 5.
21. Véase *infra*, pp. 254 ss.
22. Véase *infra*, *Cuatro discursos edificantes* (1844), nota 28.
23. Véase *infra*, pp. 294 ss.

Diarios el deseo de escribir unos discursos en los cuales «los hechos correspondientes serían dispuestos de manera puramente poética». La idea inicial de redactar una serie de «discursos nupciales» aparece expresada más tarde con mayor amplitud: «En lugar de discursos edificantes, escribiré discursos de circunstancia. Discursos nupciales y discursos de confesión, o discursos fúnebres»[24]. En el momento en que retoma este proyecto, su intención es publicar un ciclo de seis discursos. También en este caso es posible señalar como un antecedente de importancia los discursos pronunciados por Jacob Peter Mynster, quien en 1854 publicaría dos tomos de *Discursos eclesiásticos de circunstancia*[25]. A diferencia de éstos, sin embargo, y tal como se preveía en los aludidos pasajes de los *Diarios*, los únicos tres discursos de esta índole que Kierkegaard llega a escribir no encuentran su «ocasión» en acontecimientos reales sino en circunstancias imaginadas por el autor. Las tres se refieren a momentos decisivos que se hallan, además, vinculados al rito religioso: la confesión de los pecados, la bendición del matrimonio y la sepultura, pero el carácter meramente hipotético de esas circunstancias implica la decisión de apartarse de las normas del género, dando lugar en cada caso a una prolongada meditación en torno a los temas respectivos. Por el mismo motivo señala Kierkegaard en el prólogo que es el lector de los discursos quien debe «traer consigo la ocasión», subrayando de este modo, una vez más, que su propia palabra no cuenta con la «autoridad» que haría de él mismo un «maestro». El énfasis que el autor de estos discursos coloca en el momento de la apropiación de los mismos por parte del lector ayuda a comprender también que, más allá de su significación ritual, los pensamientos relativos a la confesión, al matrimonio y a la muerte deben hallar resonancia en la interioridad del individuo. Así lo indican, en el primer discurso, las referencias al «lugar» en el que se produce la confesión, expresión que no designa necesariamente el recinto eclesiástico como espacio físico sino, en todo caso, su carácter apartado, el «silencio», la «oportunidad propicia» y el «instante» que el individuo mismo ha de *buscar* para confesarse. De ahí el claro desplazamiento temático sugerido tras el breve preludio con el que se inicia el discurso: «El que se confiesa busca a Dios en el reconocimiento de los pecados, y la confesión es el camino, y es, en el camino de la beatitud, un lugar de ruego en el que uno se detiene, en el que el recogimiento concentra el ánimo. Así, pues, nos detendremos y, en ocasión de la confesión, hablaremos acerca de: 'Qué es buscar a

24. *SKS* 18, p. 211, 221 [*Diarios* JJ: 220, 255]; *Pap.* V A 27; 62.
25. Véase *infra*, *Tres discursos para ocasiones supuestas*, nota 1.

Dios'...»[26]. Análogo es el movimiento que, en el segundo discurso, va de la circunstancia concreta de la boda a la reflexión acerca del significado del amor, entendido éste como «resolución»: «Hay, por tanto, una meditación que, en la seriedad del pensamiento, comparece ya ante el altar. A una tal meditación te invito, oyente mío, y, con el pensamiento puesto en la ceremonia nupcial, hablaré acerca de *Que el amor*, considerado como la resolución del matrimonio, *lo supera todo*. Y tú, oyente mío, retendrás también ese serio instante en el pensamiento, y tu mente no se ocupará de esta reflexión sino en tanto te concierne a ti, por más que el pacto conyugal sea para ti algo venidero o algo pasado, pues sólo para un necio sería irrelevante»[27]. El último discurso, «Junto a una tumba», se concentra asimismo en la tarea de reconducir el pensamiento del individuo hacia «la decisión de la muerte», es decir, hacia la comprensión del carácter «decisivo», «indeterminable» e «inexplicable»[28] de ese acontecimiento que, al no poder ser explicado, hace que «la explicación cobre fuerza retroactiva en la vida»[29]. El talante de este discurso no es, en efecto, el del «estado de ánimo» ligado a la circunstancia de una muerte, cualquiera sea su importancia, sino la «seriedad» del pensamiento de la muerte: «pensar que se ha acabado, que todo se ha perdido en la vida, para entonces ganarlo todo en vida —eso es seriedad»[30]. Cada uno de los *Tres discursos para ocasiones supuestas*, «imaginadas» o «pensadas», es, en definitiva, un llamamiento a la meditación, una invitación a pensar el sentido de la propia existencia en el momento en que ésta es conducida a su más íntimo silencio.

Copenhague, septiembre de 2009

DARÍO GONZÁLEZ

26. Véase *infra*, p. 397.
27. Véase *infra*, pp. 421 s.
28. Véase *infra*, pp. 441 ss.
29. Véase *infra*, p. 465.
30. Véase *infra*, p. 446.

| DOS DISCURSOS EDIFICANTES

1843

| DOS DISCURSOS EDIFICANTES 9

por

S. KIERKEGAARD

Copenhague
Imprenta de Bianco Luno
1843

| Al difunto 11

Michael Pedersen Kierkegaard,

que fuera calcetero en esta ciudad

mi padre

se dedican estos discursos

Pese a que este pequeño libro (que por algo lleva el título de «discursos» y no el de sermones[1], porque su autor no tiene autoridad para *predicar*[2]; «discursos edificantes» y no discursos de edificación, porque el que habla no exige en modo alguno ser *maestro*), sólo desea ser lo que es, algo superfluo, y sólo le apetece permanecer en las sombras, como si se escondiera, no por eso me despedí de él sin dejar de abrigar una esperanza un tanto aventurada. Suponiendo que, al ser publicado, iniciaría de alguna manera y en sentido figurado un viaje, dejé que mis ojos lo siguieran durante un rato. Pude ver entonces que iba por caminos solitarios, o solitario por caminos populosos. Al cabo de algún que otro malentendido, tras haber sido engañado por alguna vaga semejanza, dio finalmente con ese individuo que yo, con alegría y gratitud, llamo *mi* lector[3], aquel al que busca y al que, por así decirlo, extiende sus brazos, ese individuo que es lo suficientemente bienintencionado como para dejarse hallar, suficientemente bienintencionado como para recibirlo, ya sea que, en el instante del encuentro, lo halle alegre y confiado o «agotado y pensativo». — Suponiendo, por el contrario, que al ser publicado se quedaría propiamente quieto, sin moverse de su sitio, dejé que mis ojos se posaran en él durante un rato. Allí estaba, como una florecilla insignificante oculta en el gran bosque, que nadie busca, ni en función de su ornato, ni de su aroma, ni como alimento. Pero entonces vi también, o creí ver, que ese pájaro que yo llamo *mi* lector puso de súbito los ojos en ella, se lanzó en vuelo, la recogió y se la llevó. Y, habiendo visto esto, ya no vi más.

Copenhague, 5 de mayo de 1843

S. K.

15

LA EXPECTATIVA DE LA FE EN EL AÑO NUEVO

¡Otro año ha pasado, Padre celestial! Te agradecemos que haya sido añadido al tiempo de la gracia, y no nos atemoriza que haya de serlo también a la hora de rendir cuentas, pues nos reconfortamos en tu misericordia. El nuevo año está ante nosotros con sus exigencias; puede que accedamos a él abatidos y preocupados porque no pudimos y no quisimos sustraernos al pensamiento de que el apetito de los ojos nos cautivó, que la dulzura de la venganza nos sedujo, que la ira nos volvió irreconciliables, que la frialdad del corazón nos alejó de ti; pero tampoco vamos hacia él con las manos vacías, pues hemos querido también llevar con nosotros el recuerdo de que la duda temerosa fue aliviada, que las preocupaciones silenciosas hallaron consuelo, que el ánimo abatido se sobrepuso, que la ilusionada esperanza no tuvo que avergonzarse. Y, cuando en momentos de pena, buscamos fortalecer y alentar nuestro ánimo pensando en esos grandes hombres, tus instrumentos escogidos, que en medio de las duras pugnas del espíritu y de la angustia del corazón mantuvieron su ánimo libre, ileso su coraje y despejado el cielo, también a ello quisiéramos sumar nuestro testimonio en la convicción de que nuestro coraje, comparado con el suyo, es falta de coraje, nuestro poder, impotencia, y que, aun así, tú eres el mismo, el mismo Dios poderoso que pone a prueba los espíritus en la lucha, el mismo padre, sin cuya voluntad ni siquiera un pajarillo cae en tierra[4]. Amén.

18 | ESCRIBE EL APÓSTOL SAN PABLO
EN LA EPÍSTOLA A LOS GÁLATAS, CAPÍTULO 3,
DESDE EL VERSÍCULO 23 HASTA EL FINAL[5]

Estamos aquí reunidos, piadosos oyentes, en el primer día del año. La fiesta que hoy celebramos no tiene ninguna denominación litúrgica y, sin embargo, su celebración no es para nosotros menos bienvenida, ni menos grave su llamamiento a la meditación silenciosa. Estamos reunidos en la casa de Dios, en la que siempre ha de hablarse de lo mismo, si bien de modos diferentes con relación al tiempo y a la ocasión. Un año ha pasado, uno nuevo comienza; en él no ha sucedido nada aún; lo anterior está terminado, lo presente no es, sólo está lo venidero, que no es. En la vida diaria solemos de vez en cuando desearnos cosas buenas los unos a los otros. Así como creemos conocer las circunstancias particulares de un ser humano, sus pensamientos y sus actos, así también nos parece que somos capaces de desearle un bien determinado que fuese específicamente adecuado para él y para su vida. Tampoco en este día dejamos de mostrar a otros nuestra buena voluntad y participación al desearles algún que otro bien. Pero puesto que el pensamiento de lo venidero y de la insondable posibilidad que le es inherente se nos vuelve muy vívido en este día, puede que nuestro deseo sea de índole más general, porque tenemos la esperanza de que la mayor amplitud del deseo podría cubrir más fácilmente la multiplicidad de lo venidero, porque percibimos la dificultad de desear algo determinado en relación con lo indeterminado e indeterminable. No dejamos, sin embargo, que esa dificultad interrumpa nuestro deseo, no damos al pensamiento el tiempo suficiente para crear inquietud en las misteriosas e indeterminadas incitaciones del corazón, seguimos esa buena voluntad que, aun cuando no merezca el honor de ser llamada amor, tampoco ha de ser despreciada como frivolidad. Sólo con relación a un hombre en particular hacemos una excepción. Por él, nuestro corazón late

más aprisa, nos preocupamos más por su bienestar. Cuanto más es
así, tanto más nos hacemos conscientes de la dificultad. | Pues ahora 19
el pensamiento se sume en el porvenir, entonces se aventura en su incansable intento de arrancarle o sonsacarle una explicación[6] a lo que es enigmático; su búsqueda se dirige presurosa de una posibilidad a la otra, pero en vano; entre tanto, el alma deseosa se apena, se queda esperando que el pensamiento venga a informarla acerca de eso que ella se atreve a desear en toda su interioridad. Lo que otros hacen fácilmente y sin esfuerzo, a este ser le resulta gravoso y difícil; lo que él mismo hace con facilidad con respecto a otros, le parece gravoso en relación con aquél a quien más ama y, cuanto más ama, mayor es la dificultad. Al final acaba perplejo; no quiere que el amado escape a su poder, no quiere entregarlo a la violencia de lo venidero y, sin embargo, debe hacerlo; quiere expresarle todos los buenos deseos y, sin embargo, no tiene ninguno.

Si el alma preocupada de un ser humano se sintiese cautiva en esa dificultad, como un prisionero, seguramente recapacitaría también en el testimonio que ha oído en estos lugares sagrados, tal vez se dirigiría a ellos para reflexionar e investigar una vez más si no habría, después de todo, un deseo que fuese lo bastante seguro como para depositar confiadamente en él toda la interioridad de su alma, sin reservar ninguna parte de ésta para otro deseo que fuese también de importancia para el amado; un deseo tan seguro, que cabría más bien temer que aquél no tuviese la interioridad suficiente para desearlo como debería ser deseado; un deseo que aquél no necesitaría acompañar con nuevos deseos para que perdure; un deseo que no perduraría de manera intrigante cuando uno dejara ya de desearlo; un deseo que no tendría que ver con una cosa particular, que aquél no debería haber olvidado otra cosa particular que, más tarde, irrumpiría como un estorbo; un deseo que no tendría que ver con el presente, sino que se adecuaría a lo venidero, tanto como éste había sido la ocasión de su deseo. Si hubiese un deseo como ése, sería libre y gozoso, gozoso en su deseo, tanto más gozoso cuanto que podría deseárselo al otro.

Y es cierto que en estos lugares sagrados se habla de muchas cosas buenas. Se habla de los bienes del mundo, de la salud, de los días de alegría, de la riqueza, de la abundancia, de la dicha, un excelente recordatorio; y se alerta contra esas cosas, pues, a aquel que las tiene, se le alerta para que no crea en ellas, y a aquel que no las tiene, se le alerta para que su corazón no esté puesto en ellas. Acerca de la *fe* se habla de otro modo. Se dice que es el sumo bien, el más bello, el
más valioso, | riqueza de todas las beatitudes, inconmensurable con 20
respecto a todo lo demás, irremplazable. ¿Es entonces diferente de los

demás bienes por ser el más alto, pero también del mismo género que aquellos, pasajero e inconstante, sólo concedido a algunos escogidos, raramente para toda la vida? Si así fuese, sería incomprensible que en estos lugares sagrados se hable siempre solamente de la fe, que una y otra vez se la alabe y se la encomie. Quien tuviese que hablar debería estar en posesión de ese bien, o éste debería faltarle. Si lo poseyese, es seguro que diría: «reconozco que es lo más excelente de todo, pero alabarlo ante otros, ¡no!, no puedo, pues eso sería hacerlo aún más gravoso para aquellos que no lo tienen; además, hay un dolor asociado a ese bien que me vuelve más solitario de lo que lo haría el más difícil de los sufrimientos». Y seguro que sería noble y bienintencionado de su parte. Pero está claro que quien no lo poseyese no podría encomiarlo. Entonces ocurriría lo contrario de lo que ocurre, la fe sería el único bien que jamás se mencionaría en estos lugares sagrados, pues sería un bien demasiado grande como para que se pudiera alertar respecto de él, demasiado excelente como para que uno pudiera alabarlo, temiendo que estuvieran presentes aquellos que no lo tienen y que no podrían acceder a él. Entonces la fe es algo distinto; no es meramente el sumo bien, sino que es un bien del que todos podrían participar; y aquel que se alegra en su posesión, se alegra también por la innumerable especie humana, «pues lo que poseo», dice aquél, «todos los seres humanos lo poseen o pueden poseerlo». Aquel que se lo desea a otro ser humano, se lo desea a sí mismo; aquel que se lo desea a sí mismo, se lo desea a todos los seres humanos; pues el otro no lo tiene en virtud de ser diferente de él sino en virtud de ser igual a él; y él no lo posee en virtud de ser diferente de otros, sino en virtud de ser totalmente igual a todos.

Tal era el deseo que aquel hombre perplejo buscaba poder desearle a otro con todo su corazón, con toda su fuerza, con toda su alma[7], y poder continuar deseándolo de manera más y más íntima, puesto que habría llegado a ser su amor. — Entonces lo desearía.

Supongamos que un hombre se dirigiera a otro y le dijera: «he oído con frecuencia elogiar a la fe como el bien más excelente; mas siento que yo no lo poseo, que las confusiones de mi vida, mi ánimo inconstante, mis muchas preocupaciones y tantas otras cosas me lo
21 impiden; pero lo que sí sé, | es que tengo un deseo, uno solo, que me sea concedido»; si aquél a quien se dirigiera fuese un hombre de buena voluntad, éste le respondería: «es un deseo bello y piadoso del que no has de desprenderte, y entonces te será concedido». — ¿No es cierto que pensaría que se trataba de un discurso amable y estaría dispuesto a oírlo, pues cualquiera de nosotros querría oír un discurso que habla de la satisfacción de nuestros deseos. Supongamos, sin embargo, que el

tiempo pasara y no hubiera progresos. Que se dirigiera entonces a otro hombre y le confiara también su preocupación y su deseo. Que éste lo mirara con seriedad y dijera: «¿cómo puedes estar tan extraviado? Tu deseo no es sólo bello y piadoso, por nada debes renunciar a él; estás mucho más cerca de ello de lo que tú crees; pues es tu deber, debes tener fe, y si no la tienes, es tu culpa y es un pecado». — ¿Acaso ese discurso no lo asombraría y no pensaría tal vez: entonces la fe no es tan grandiosa como se la describe, siendo que la obtiene tan fácilmente? Sería al fin y al cabo un despropósito. En pos de los otros bienes sale uno a recorrer el ancho mundo, éstos yacen ocultos en un lugar lejano al que el hombre sólo puede acceder arriesgándose mucho; y, si no es así, sucede con su distribución lo mismo que con las aguas del estanque de Betseda, acerca del cual leemos en la Sagrada Escritura: de vez en cuando desciende un ángel y agita las aguas, y el que llega primero — sí, feliz el que llega primero[8]. ¿No debería ser así, en cambio, en el caso de la fe, el sumo bien? ¿No debería su obtención estar ligada a alguna dificultad? No obstante, pensaría seriamente en el asunto y, tras haber reflexionado con mucha profundidad, diría tal vez: «después de todo tenía razón, es así, el suyo fue un discurso animoso, lleno de energía y de sentido, así es como se le debe hablar a un ser humano, pues los deseos no son de provecho alguno». Entonces una silenciosa conmoción se produciría en su interior; supongamos que, cada vez que su alma quisiera echarse a descansar en un deseo, él la interpelara diciendo: bien sabes que no debes desear; tras lo cual retomaría su marcha. Que, cuando su alma se angustiara, la interpelara diciendo: si te angustias, es porque deseas, pues la angustia es la forma del deseo, y ya sabes que no debes desear — y que entonces retomara su marcha. Que, próximo a la desesperación, dijera: no puedo, todos los demás pueden, yo soy el único que no puede. ¡Ay, quisiera no haber escuchado nunca ese discurso, que me hubieran dejado seguir mi camino sin perturbaciones, con mi pena — y con mi deseo! Que entonces interpelara a su alma y
dijera: mira que eres astuta, | pues dices que deseas y haces como si se 22
tratara de algo exterior, lo cual puede desearse, cuando sabes que es algo interior, que uno solamente puede querer; te ofuscas a ti mismo, pues dices: todos los demás pueden, yo soy el único que no, y sin embargo sabes que aquello en virtud de lo cual los demás lo pueden es eso en virtud de lo cual son totalmente iguales a ti, así que, si fuese verdad que tú no puedes, tampoco podrían los demás. ¡Así, no sólo traicionas tu causa sino, en la medida en que se encuentra a tu alcance, la causa de todos los hombres; y cuando con humildad te excluyes de entre ellos, aniquilas insidiosamente su fuerza! — Supongamos que entonces retomara su marcha. Que, tras haber sido disciplinado lentamente y

por largo tiempo de esa manera por su tutor, tal vez hubiera alcanzado la fe. «Haber sido disciplinado», como si fuera otro ser humano el que lo hubiese hecho. Pero éste no es el caso, es sólo un malentendido, algo aparente. Un ser humano puede hacer mucho por otro, pero no puede darle la fe. En el mundo se oyen distintos discursos. Uno dice: «mi educación es mi propia obra, no le debo nada a nadie», y cree poder estar orgulloso de ello. Otro dice: «aquel excelente maestro fue mi instructor, y considero como un honor poder llamarme su discípulo», y cree poder estar orgulloso de ello. No podríamos determinar si ese discurso está bien fundado, pero, para que pueda tener sentido, sólo puede ser aplicado a los más agraciados: a aquellos que, o bien se bastaron a sí mismos desde el comienzo, o bien fueron lo suficientemente aptos para llegar a ser discípulos de los más destacados. Nosotros, en cambio, piadosos oyentes, los que fuimos demasiado insignificantes para llegar a ser discípulos, ¿qué habríamos de decir? Si alguien dijera: puesto que los hombres me despreciaban, me dirigí a Dios, Él fue mi maestro, y ésa es mi bienaventuranza, mi alegría, mi orgullo», ¿sería esto menos bello? Y, sin embargo, cualquier ser humano puede decirlo, está en condiciones de decirlo; cualquiera puede decirlo de verdad y, si no lo dice de verdad, no es porque la idea no sea verdadera, sino porque la tergiversa. Cualquier ser humano está en condiciones de decirlo. Que su frente fuese casi tan estrecha como la del animal, o que se elevase con más altivez que el cielo; que su brazo se extendiese para dominar reinos y comarcas, o para recoger los escasos dones que caen de la mesa del rico[9]; que sus órdenes fuesen obedecidas por miles, o que no hubiese un alma que lo respetase; que en sus labios floreciese la elocuencia, o que no saliese de ellos otra cosa que sonidos incom-
23 prensibles; que fuese el varón poderoso | que desafiase tempestades, o la mujer indefensa que buscase refugio durante la tormenta — ¡eso no cambiaría en nada las cosas, oyente mío, en nada! Cualquier ser humano está en condiciones de decirlo si posee la fe, pues esa excelencia es justamente la excelencia de la fe. Y tú la conoces, oyente mío, tú no te atemorizas cuando se la nombra, como si de esa manera te la quitaran, como si sólo en el instante de la despedida pudieras saborear su bienaventuranza. ¿O acaso no la conoces? ¡Ah, en ese caso sí que serías muy infeliz! No podrías siquiera lamentarte y decir: el dador de los buenos dones pasó de largo por mi puerta; no podrías lamentarte y decir: las tempestades y las tormentas me la quitaron; pues el dador de los buenos dones no pasó de largo por tu puerta, y las tempestades y las tormentas no te la quitaron, pues no podrían hacerlo.

Habría, entonces, un deseo tal como el que ese hombre extraviado buscaba, éste ya no estaría confinado a la miseria. Pero se presentaría

otra dificultad, pues vería con claridad que, en tanto lo deseara, aquel bien no podría ser alcanzado con un deseo; y no le preocuparía tanto el hecho de no poder obtenerlo para sí mismo con sólo desearlo, sino que tampoco podría dárselo a otro con sólo desearlo; el otro sólo podría asirlo si él mismo lo quisiera. De manera que se vería de nuevo obligado a abandonarlo, obligado a confiarlo a su suerte, su deseo sería tan impotente como antes. Y, sin embargo, ésa no sería su intención. Lo que quería, era justamente hacerlo todo por él, pues cuando le deseo algo a alguien, no exijo su colaboración. Así también lo habría esperado aquel hombre extraviado. Sería como si le dijera a aquél a quien amaba: «Tú quédate tranquilo, no te preocupes, tú no tienes que hacer nada más que estar contento, satisfecho y feliz con todas las buenas cosas que te deseo. Desearé, no me cansaré; conmoveré al buen Dios que imparte los buenos dones, lo conmoveré con mis plegarias, y así lo obtendrás todo». Y he aquí que, al intentar nombrar cada una de las cosas buenas, le parecerían tan dudosas, que no sería capaz de deseárselas al otro; entonces habría encontrado lo que buscaba, aquello que confiadamente podría desear, ¡pero he aquí que no sería posible desearlo!

De nuevo estaría perplejo, preocupado de nuevo, nuevamente preso de una dificultad. ¿Acaso toda la vida no es más que una contradicción, una contradicción que el amor no puede explicar sino sólo volver más dificultosa? Esta idea le resultaría insoportable, tendría que encontrar una salida. Tal vez hubiera algo erróneo en su amor. Entonces comprendería que, por mucho que hubiera | amado al otro 24
ser humano, habría amado de una manera equivocada; pues si hubiera sido posible conseguirle con su deseo todas las cosas buenas, incluso el sumo bien, la fe, de ese modo lo habría transformado justamente en una criatura más imperfecta. Entonces le parecería que la vida es bella, que el hecho de que ningún hombre pueda darle la fe al otro es otra de las excelencias de la fe; que, en cambio, lo más alto, lo más noble, lo más sagrado del hombre, cada hombre lo tiene, que es en él algo originario, que cada hombre lo tiene si quiere tenerlo; y eso es justamente lo que hay de excelente en la fe, que sólo se la puede tener bajo esa condición, por eso es el único bien infalible, porque sólo se lo tiene cuando se lo obtiene de manera constante, y sólo se lo obtiene cuando de manera constante se lo produce.

Entonces el perplejo se habría tranquilizado; pero tal vez se habría producido un cambio en él mismo, en aquél cuyo bienestar le preocupaba tanto, en la relación entre ambos. El hecho de que al uno, por así decirlo, se le hubiesen reconocido sus derechos, y que el otro hubiese sido puesto dentro de sus límites, ese hecho los habría

separado. Sus vidas tendrían ahora mucho más sentido que antes y, sin embargo, habrían llegado a ser como extraños el uno para el otro. Su corazón, que antes estaba tan lleno de deseos, se habría empobrecido; su mano, que antes estaba tan dispuesta a ayudar, habría aprendido ahora a reposar, pues sabría que no era útil. Habría conocido la verdad, pero esa verdad no le habría hecho feliz. Y es que, entonces, la vida es contradicción, la verdad no la explica, sino que la vuelve más dolorosa; pues, cuanto más profundamente la conociera, tanto más se sentiría separado, tanto más impotente en su relación con el otro. No obstante, no podría desear que la verdad no fuese tal, ni ignorarla, por más que ella los hubiese separado por toda la eternidad, tanto que ni la muerte misma podría haberlos separado así. Sería incapaz de soportar esa idea, tendría que buscar una explicación; y entonces advertiría que su relación con aquél había alcanzado precisamente su verdadero sentido. «Así como yo», diría, «con mi deseo o con mi dádiva podría brindarle el sumo bien, así podría también quitárselo, aunque él no temiera que así fuera; y lo que es peor aún: si hubiera podido, se lo habría quitado en el mismo instante en que se lo daba, pues dándole lo más alto, le quitaría lo más alto, pues lo más alto sería que él pudiese dárselo a sí mismo. Por eso le agradeceré a Dios que no sea así; mi amor ha perdido tan sólo su preocupación y ganado
25 | la alegría, pues sé que, pese a todos mis esfuerzos, era incapaz de conservar para él el bien de manera tan segura como él mismo lo conservará; y él no tendrá que agradecérmelo, no porque yo lo libere de tener que hacerlo, sino porque no me debe nada en absoluto. ¿Debería entonces alegrarme menos por él, alegrarme menos ante el hecho de que posee el más preciado de todos los bienes? ¡Ah, no! Mi alegría será mayor, pues si me lo debiera a mí, ello perturbaría nuestra relación. Y si no dispone de él, entonces puedo serle de gran ayuda, pues he de guiar su pensamiento y le haré entender que es el sumo bien, e impediré que su pensamiento se escape metiéndose en algún escondrijo, que no se le vuelva oscuro, sea que él mismo pueda captarlo o no; recorreré con él todos los puntos dudosos, hasta que él, si no dispone de ese bien, no halle más que una única expresión para explicar su desdicha, a saber, el hecho de que no *quiere*; esto no puede soportarlo, y entonces lo obtendrá. Al mismo tiempo alabaré por él la excelencia de la fe y, presuponiendo que la posee, lo conduciré a querer poseerla. Así también en el día de hoy, el primer día del año, cuando el pensamiento acerca del porvenir tienta con su múltiple posibilidad, le mostraré que él, en la fe, está en posesión del único poder que puede triunfar sobre el porvenir, le hablaré acerca de la expectativa de la fe».

Nosotros, piadosos oyentes, ¿no deberíamos hacer lo mismo, y en ocasión de la festividad hablar unos con otros sobre ello?

Sobre la expectativa de la fe

Cuando hablamos de la expectativa de la fe, hablamos también de la expectativa en general; cuando hablamos de una expectativa, nos parece natural hablar a aquellos que esperan alguna cosa. Pero los que esperan son también los alegres y los felices. ¿Es entonces a ellos a los que ha de hablarse ante todo en estos santos lugares, y no más bien a los infelices, a aquellos que ya han arreglado cuentas con la vida y nada esperan? Claro que se les debería hablar a ellos, si nuestra voz fuese suficiente. Habría que decir que la certeza a la que arribaron es muy pobre, que su cerviz se endureció con demasiada facilidad; habría que arrebatarles esa almohada de la pereza sobre la que quisieran, ociosos, ver languidecer su vida; habría que decir que se ganaron una altiva posición en la vida; | que mientras todos los 26
demás hombres, sin importar cuán felices o cuán preocupados estén, siempre estarían dispuestos a profesar que Dios puede exigir el arreglo de cuentas; que mientras todos los demás hombres confesarían que, en el día del juicio, no serían capaces de responder siquiera uno de entre mil cargos[10], ellos se reservarían la propiedad de una justa exigencia ante la vida, una que no había sido cumplida, una exigencia que, a su vez, haría muy difícil el arreglo de cuentas — pero no para ellos. Así habría que hablarles; sin embargo, preferiríamos hablar a aquellos que todavía esperan algo.

Así como la cifra de los que esperan es siempre la más alta del mundo, así pueden sus expectativas, a su vez, ser tan diferentes, que es muy difícil hablar de todas ellas. Pero hay una que todos los que esperan tienen en común, y es que esperan algo venidero, pues la expectativa y el porvenir son ideas inseparables. Quien espera algo, se ocupa del porvenir. Pero puede que no sea correcto ocuparse de él; la queja que se oye a menudo, que los hombres olvidan lo presente en beneficio del porvenir, está acaso bien fundada. No negaremos que eso ha sucedido en el mundo, si bien en menor medida en nuestra época, pero no dejaremos de recordar tampoco que lo grandioso del ser humano, la prueba de su procedencia divina, es justamente el hecho de que se ocupa de aquél, pues si no hubiese ningún porvenir, no habría tampoco ningún pasado, y si no hubiese ni porvenir ni pasado alguno, el hombre estaría subyugado como el animal, su cabeza inclinada hacia la tierra, su alma apresada al servicio del instante. En ese sentido, es seguro que uno no desearía vivir para el presente;

tampoco es ese el sentido al que se apunta cuando se lo recomienda como lo mejor. ¿Pero dónde habríamos de poner el límite, en qué medida podemos ocuparnos del porvenir? La respuesta no es difícil: sólo cuando lo hemos vencido, sólo entonces podemos volvernos hacia lo presente, sólo entonces nuestra vida cobra sentido en él. Pero es que eso es imposible, el porvenir lo es todo, el presente es parte de él, ¿cómo podríamos triunfar sobre el todo cuando todavía no hemos llegado a la primera parte del mismo? ¿Cómo podríamos, a partir de esa victoria, volvernos hacia lo que venía antes? ¿O no es así? ¿Es ésta una complicación inoportuna en la que incurre el pensamiento? De ninguna manera. Sucede exactamente como se ha dicho aquí, pues no es que quepa encomiar cualquier ocupación con el porvenir. La vida de aquel que renuncia por completo a él,
27 se | fortalece en el presente sólo en un sentido indigno; aquel que no lo vence tiene un enemigo más que lo debilitará en la lucha con el presente. Sólo aquel que lo vence, por tanto, sólo él tiene una vida presente que es sana y fuerte.

El hecho de poder ocuparse del porvenir es signo de la nobleza del ser humano; el combate con el porvenir es lo más ennoblecedor. Quien combate con el presente, combate con una cosa particular contra la cual puede utilizar todo su poder. Por eso, si un hombre no tuviese otra cosa con la cual combatir, sería imposible que pasase victorioso a lo largo de la vida sin llegar a conocerse a sí mismo ni conocer su fuerza. Quien combate con el porvenir, tiene un enemigo más peligroso, no puede permanecer en la ignorancia con respecto a sí mismo, pues lucha consigo mismo. El porvenir no es; toma prestada su fuerza de él y, cuando lo ha despojado de ella, se muestra fuera de él como el enemigo con el que ha de encontrarse. Un ser humano puede ser todo lo fuerte que quiera, pero ninguno es más fuerte que sí mismo. Por eso solemos ver en la vida a aquellos que vencieron en todas las batallas volverse impotentes cuando tienen que habérselas con un enemigo venidero; su brazo se paraliza. Aunque estuviesen tal vez habituados a desafiar al mundo entero en el combate, han encontrado ahora un enemigo, una brumosa silueta que es capaz de horrorizarlos. Tal vez por eso los varones a quienes Dios convocaba para ser puestos a prueba en el combate se dirigían a menudo a una batalla que los hombres consideraban terrible, procedentes de una batalla peor; acaso sonreían a veces en el fragor del combate, pensando en la invisible batalla que había tenido lugar previamente. El mundo los admiraba, creyendo que habían vencido en la batalla más arriesgada, cuando ésta era para ellos sólo un juego en comparación con la anterior, que ningún hombre vio. Es, pues, natural que aquel que

es más fuerte que los demás venza en el combate con estos; pero es natural también que ningún hombre sea más fuerte que sí mismo. Cuando un hombre, entonces, combate con el porvenir, aprende que, por muy fuerte que sea en otras circunstancias, hay un enemigo que es más fuerte, y es él mismo; un enemigo que no puede vencer por sí mismo, y es él mismo.

¿Por qué, sin embargo, describir ese combate con el porvenir como algo tan peligroso? «Viejos o jóvenes, todos hemos experimentado algo, lo venidero no es totalmente nuevo, pues no hay nada
nuevo bajo el sol[11]; lo | venidero es lo pasado. Viejos o jóvenes, 28
todos tenemos experiencia, ella será nuestra vestidura, seguiremos las huellas de la suposición y la guía de la conjetura, con el poder de la inferencia podremos vencerlo, y armados así salir, intrépidos, al encuentro del porvenir». Y es cierto que un hombre está armado cuando va a la batalla, o, mejor dicho, que está armado precisamente como la batalla lo requiere. Si un varón que tuviese que competir en una carrera se pusiera una pesada armadura, estaría, sí, bien armado, pero su armadura no le sería de provecho. ¿No sucede lo mismo con el arma de aquel que ha de combatir con el porvenir? Pues la experiencia es un amigo de dos caras que dice tanto una cosa como la otra; y la conjetura, un guía engañoso que nos abandona cuando más lo necesitamos; y la suposición, una mirada turbia que no alcanza a ver muy lejos; y la inferencia, una trampa en la que uno se caza a sí mismo más bien que a otro. Esas armas, además, son difíciles de usar, pues tras la conjetura viene el temor; tras la suposición, la angustia; tras la inferencia, la inquietud, pues el alma que experimenta no permanece intacta durante la experiencia. De manera que estaríamos bien armados si hiciésemos de la experiencia nuestra vestidura, pero no para el combate que deberíamos afrontar, el combate con el porvenir; querríamos transformar lo venidero en algo presente, algo particular, pero lo venidero no es algo particular, sino el todo.

¿Cómo deberíamos entonces afrontar el porvenir? Cuando el navegante está en alta mar, cuando todo vacila a su alrededor, cuando las olas nacen y mueren, él no posa su mirada en ellas, pues vacilan. Mira hacia arriba, las estrellas. ¿Y por qué? Porque son fieles; así como están ahora, así estaban para los antepasados y habrán de estar para las generaciones venideras. ¿En virtud de qué triunfa sobre lo que vacila? En virtud de lo eterno. En virtud de lo eterno puede uno triunfar sobre el porvenir, porque lo eterno es el fundamento del porvenir; de ahí que uno pueda profundizar en aquél en virtud de éste. ¿Y cuál es el poder eterno en el ser humano? Es la fe. ¿Cuál es la expectativa de la fe? Victoria, o, como con tanta seriedad y emoción

nos enseñan las Escrituras, que todas las cosas puedan redundar en beneficio de quienes aman a Dios[12]. Pero está claro que la expectativa del porvenir que espera victoria ha triunfado sobre el porvenir; por eso el creyente ha acabado ya con el porvenir antes de haber comenzado con el presente, pues aquello sobre lo cual uno ha triunfado no
29 puede | ser más un estorbo, y esa victoria sólo puede hacer que uno se vuelva más poderoso con relación a la obra presente.

¡La expectativa de la fe es, entonces, victoria! El ánimo alegre que no ha saboreado aún las adversidades de la vida, que no fue instruido en la escuela de la pena ni educado por la ambigua sabiduría de la experiencia, da asentimiento a esa expectativa con todo su corazón, pues espera la victoria en todo, en todas las batallas y pugnas del espíritu[13], o, mejor dicho, espera triunfar sin combatir. No desearíamos ser la severa figura que detenga al joven en su camino, querríamos más bien ir pensando en un consuelo para él, cuando ha descubierto que esa expectativa, por hermosa que fuese, no era, sin embargo, la expectativa de la fe; preferiríamos ser aquel que lo llame a combatir cuando se siente impotente, aquel que permite que la victoria lo llame hacia sí cuando cree que todo está perdido. El preocupado, en cambio, que no ha enjugado las lágrimas vertidas por la pérdida de lo presente, forma el porvenir de un modo diferente, ya que el porvenir es ligero y escurridizo, más maleable que el barro, de manera que cada uno lo forma de acuerdo al modo como él mismo está formado. El preocupado no espera la victoria, ha sentido su pérdida como algo demasiado gravoso, y aunque ésta pertenezca a un tiempo pasado, la lleva consigo, y espera que el tiempo venidero le conceda al menos paz suficiente para ocuparse calladamente de su dolor. — El varón experimentado desprecia la conducta de ambos. Cuando uno dispone de casi todos los bienes que podría desear, debe estar preparado para que las preocupaciones de la vida se alojen también en la casa del afortunado; cuando uno lo ha perdido todo, debe ponerse a pensar que el tiempo contiene muchos remedios preciosos para el alma enferma, que el porvenir, como una madre cariñosa, cobija también buenos dones: uno debe, en la dicha, estar en alguna medida preparado para la desdicha, y en la desdicha, estarlo en alguna medida para la dicha. Y quien habla así, no habla en vano, pues tanto el alegre que no es frívolo como el preocupado que no está desesperado, ambos prestarán atención a su palabra, ambos estarán dispuestos a enderezar su vida de acuerdo a la guía de aquél. El dichoso reflexiona ahora sobre los bienes de los que dispone. Piensa que podría perder algunos de ellos sin dolor, y otros de manera tal que, de todos modos, le sería fácil reponerse del dolor. Hay un solo bien que no puede perder sin

perder su alegría, que no puede perder en alguna medida sin perder la totalidad del mismo y, por consiguiente, su alegría. Estará entonces preparado para perder sus bienes, y así, de acuerdo al consejo del hombre experimentado, preparado en cierta medida para la desdicha. Pero | el hombre experimentado había dicho: «en cierta medida». Esas 30
palabras podrían valer también para ese único bien que no podría perder sin perder su dicha, ni perder en cierta medida sin perderlo en su totalidad. El hombre experimentado no quiere hacer una exégesis de sus palabras, las repite sin cambio alguno, sin alteración; deja la explicación y la aplicación en manos de aquel a quien aquellas han de guiar. Así, el dichoso, y no menos el preocupado, se sienten perplejos. Esas palabras: «en cierta medida», que deberían ser como una contraseña, se transforman en la fuerza comprometedora que los aprisiona, y las palabras siguen resonando, no muestran consideración alguna, a ellas no les preocupa el esfuerzo de aquellos por comprenderlas, no prestan atención a sus ruegos en pos de una explicación. La experiencia que había de guiarlos engendró la duda; el discurso del hombre experimentado fue un discurso ambiguo.

El creyente, por el contrario, dice: espero la victoria. Quien habla así, no habla tampoco en vano, pues el dichoso que no fuese frívolo, el preocupado que no estuviese desesperado, ambos querrían escuchar su discurso. La alegría retorna nuevamente al ánimo alegre, victoria es su expectativa, victoria en todos los combates, en todas las pugnas del espíritu, pues la experiencia ha enseñado que podría haber batallas. No obstante, con la ayuda de la fe, espera la victoria en todas ellas; sólo por un instante se detiene: «es demasiado», dice, «es imposible, la vida no puede ser tan magnífica. ¿Dónde ha habido una juventud que fuese tan rica en su dicha suprema? Ésta es, pues, algo más que la más alegre esperanza de la juventud». — Sí, es más que la más alegre esperanza de la juventud, y sin embargo es así, si bien no exactamente como tú lo piensas. Tú hablas de muchas victorias, pero la fe espera sólo una, o, mejor dicho, espera la victoria. Si alguien hubiese oído acerca de un maestro capaz de brindar a cada uno lo necesario, y entonces dijese: «es imposible — todo lo necesario para un hombre, como para mí, por ejemplo, todo lo mucho que me es necesario»; en ese caso, aquel que lo remitió a las Santas Escrituras podría con razón dar testimonio acerca de los que hubieron de hallar lo necesario en ellas, pero, aun así, al que busca le parecería que el asunto no era exactamente como él lo había pensado. La Escritura dice: Una cosa es necesaria[14]. Así también con respecto a la fe; cuando hablas de muchas victorias, eres como aquel que habla de lo mucho que es necesario. Sólo una cosa es necesaria, y la fe espera la victoria.

Pero lo que espera es victoria, y por eso es alegre y desenvuelta, ¡y cómo no habría de serlo cuando espera la victoria! Sin embargo,
31 | presiento una voz que acaso tú, oyente mío, conoces también. Es la que dice: «es bueno escuchar eso, son palabras grandiosas y giros bien entonados, pero la seriedad de la vida enseña, en verdad, otra cosa». Tú, que hablas de ese modo, ¿qué te ha enseñado a ti la seriedad de la vida? ¿No es cierto que te enseñó que tus deseos no se cumplieron, que tu apetito no fue saciado, que tus anhelos no fueron escuchados, que tus aspiraciones no fueron satisfechas? Eso te enseñó, todo eso de lo que no hablamos en absoluto; y te enseñó, además, a venir con labios engañosos en auxilio de los hombres, a vaciar de fe y de confianza sus corazones, y a hacerlo en el sagrado nombre de la seriedad. ¿Por qué te enseñó esto? ¿No podría haberte enseñado otra cosa? Cuando dos hombres enseñan cosas diferentes acerca de la vida, puede que ello se deba a que han experimentado cosas diferentes. Si dos niños han sido educados juntos y participado siempre de las mismas cosas, de manera que, cuando el uno era elogiado, también lo era el otro, y cuando el uno era corregido, también lo era el otro, y cuando el uno era castigado, también lo era el otro, aun así pueden haber aprendido cosas totalmente diferentes; pues uno pudo aprender a no enorgullecerse cada vez que lo elogiaban, a humillarse durante la amonestación cada vez que lo corregían, a aceptar la cura del sufrimiento cada vez que lo castigaban; y el otro pudo aprender a ensoberbecerse cada vez que lo elogiaban, a amargarse cada vez que lo corregían, a acumular secretamente la cólera cada vez que lo castigaban. Así también sucede contigo. Si hubieses amado a los hombres, la seriedad de la vida no te habría enseñado tal vez a levantar la voz, sino a callar, y, cuando yacías en un mar de penurias y no veías la costa, a no involucrar, cuanto menos, a otros en ello; podría haberte enseñado tal vez a sonreír, al menos cuando te parecía que alguien buscaba en tu rostro una explicación, un testimonio. La vida te habría concedido tal vez la triste alegría de ver el éxito de los otros allí donde tú no lo tuviste, el consuelo de haber contribuido a ello al sofocar el grito de la angustia que, desde tu interior, los habría perturbado. ¿Por qué no aprendiste eso? Puesto que no lo aprendiste, no pudimos prestar atención a tu discurso. No te juzgamos porque dudas, pues la duda es una pasión insidiosa, y puede ser difícil escapar de sus trampas. Lo que exigimos del que duda es que calle. Acaso sentía que la duda no lo hizo feliz, y entonces
32 confió a otros aquello que | los hizo igualmente infelices. ¿Y cuál es el testimonio de ese mensaje? Se pierde a sí mimo, y hace infelices a otros. Se pierde a sí mismo en lugar de haber callado y, así, hallado

tal vez reposo, prefiriendo llevar en silencio su solitario dolor en lugar de levantar la voz, en lugar de darse importancia a los ojos de los hombres concurriendo por el honor y la fama a la que tantos aspiran — el hecho de dudar o, incluso, de haber dudado. La duda es una pasión profunda e insidiosa, pero aquel cuya alma no fue atacada por ella tan íntimamente como para permanecer callado, tan sólo finge esa pasión ante sí mismo; por eso lo que dice no es mera falsedad en sí y como tal, pero lo es ante todo en sus labios. He ahí el motivo por el que no le prestamos atención.

La expectativa de la fe es, entonces, victoria. La duda que viene de fuera no la perturba, pues se humilla a sí misma al hablar. Sin embargo, la duda es astuta, se desliza por sus ocultos caminos en torno al hombre, y, cuando la fe espera la victoria, le habla al oído diciendo que esa expectativa es un engaño. «Una expectativa en la que no se determina el tiempo ni el lugar es sólo un engaño; así uno puede quedarse siempre esperando, una expectativa como ésa es una cerca en la que el alma ha entrado como por encanto y de la cual no puede salir». Es cierto que el alma, en la expectativa de la fe, está como impedida de caer en lo múltiple exterior a ella misma, permanece en sí misma; pero es que, si se saliera de este cerco, ese sería el mayor de los males que puede acaecerle a un hombre. Ello no implica en modo alguno, sin embargo, que la expectativa de la fe sea una ilusión. La expectativa de quien espera una cosa particular, esa sí puede engañar, pero esto no es lo que pasa con el creyente. Cuando el mundo inicia su aguda prueba, cuando las tempestades de la vida quiebran las fértiles expectativas de la juventud, cuando la existencia, que parecía tan tierna y cariñosa, se transforma en un despiadado propietario que exige que todo se le devuelva, de manera que podría tomar de vuelta todo lo que dio, entonces sí que el creyente se ve a sí mismo y ve la vida con tristeza y dolor, pero de todos modos dice: hay una expectativa que ni el mundo entero puede arrebatarme, es la expectativa de la fe, y ésta es victoria. No estoy desengañado, pues eso que el mundo parecía prometerme, no he creído que pudiera cumplirlo; mi expectativa no era para con el mundo, sino para con Dios. Esa expectativa no es engañada; incluso en este instante presiento su victoria, que aventaja en excelencia y alegría al dolor de todo lo perdido. Ya he vencido, vencido en virtud de mi expectativa, y mi expectativa es victoria.

| ¿No es así como sucede en la vida? Supongamos que hubiera 33
un hombre por el que te sintieras tan fuertemente atraído como para poder a decir: creo en él; mientras las cosas transcurrieran según lo deseado, o, si no exactamente según lo deseado, cuanto menos de modo

tal que pudieras adecuarlo fácilmente a tus ideas, creerías en él tanto como los demás creerían en él; pero supongamos que sucediera algo inexplicable, algo inconcebible, y que entonces los demás se apartaran, o, mejor dicho, mostraran que nunca habían creído en él. Tú, no. Tú sentirías que no era ésa la circunstancia sobre la que habías fundado tu fe, que tú podías explicar lo sucedido, pues entonces ésta estaría fundada en tu discernimiento y, lejos de ser dedicación, sería más bien confianza en ti mismo. Te parecería que sería un oprobio para ti desentenderte de ella, pues así como supondrías que la frase: «le creo» quería decir en tus labios algo distinto de lo que significaba cuando la pronunciaban los otros, así también sentirías que ese cambio no podía en modo alguno llevarte a hacer lo mismo que los demás, a menos que desde el comienzo tu fe no hubiera tenido un significado mayor. Tú seguirías creyendo. Pero puede que te hubieras equivocado, no por el hecho de creer, no por creer de esa manera, sino por creer de esa manera en otro ser humano. Tal vez lo inexplicable fuera fácil de explicar; tal vez, dado el nítido testimonio de una penosa certeza, tu fe hubiera pasado a ser una bella fantasía a la que debías más bien renunciar. Eso no lo sabemos. Pero lo que sí sabemos es que si, por causa de esa fe, olvidaras que hay una fe más alta, entonces aquélla, pese a su belleza, sólo sería para tu perdición. Si, por el contrario, creyeras en Dios, ¿cómo podría tu fe transformarse jamás en una bella fantasía a la que debieras más bien renunciar? Aquel en quien no se da mudanza ni sombra de alteración[15], ¿podría acaso transformarse? Aquel a quien es fiel todo hombre que se precie de serlo, aquel exento de engaño en quien tú mismo has creído, ¿no habrá de ser fiel? ¿Habría acaso una explicación que viniera a explicar otra cosa que el hecho de que Él es veraz[16] y mantiene sus promesas? Y, sin embargo, vemos que los hombres han olvidado esto.

Cuando aquéllos tienen éxito en todo, en los días dorados, cuando, de un modo extraño, se sienten en armonía con todo a su alrededor, entonces creen; seguramente no olvidan, en su alegría, dar siempre las gracias a Dios, pues todo ser humano agradecerá de buena gana los bienes que recibe; pero el corazón de todo ser humano es también lo bastante débil como para querer igualmente determinar por sí mis-
34 mo qué es el bien. Cuando todo cambia, cuando la pena | reemplaza a la alegría, entonces se apartan, entonces pierden la fe, o, digamos mejor, sin dejar que el lenguaje nos confunda: entonces muestran que nunca la han tenido. Tú, oyente mío, no actuaste así. Cuando descubriste que tú mismo estabas transformándote por el hecho de que todo se transformaba a tu alrededor, entonces dijiste: «lo admito, ahora puedo ver que eso que yo llamaba mi fe era sólo una fantasía. Aquello que es lo

más alto que un hombre puede hacer en su relación con otro, creerle, aquello que es más alto aún y más bello, más glorioso de lo que el lenguaje puede describir — creer a Dios: he tenido el atrevimiento de imaginarme que lo hacía, y a todas mis demás alegrías he añadido también ésa; sin embargo, tal como ahora lo veo, mi fe era sólo una emoción pasajera, un reflejo de mi dicha terrena; pero no quiero edificarme a mí mismo hablando de manera presuntuosa e insensata, ni decir que he perdido la fe, ni echarle la culpa al mundo o a los hombres, o incluso acusar a Dios». De esa manera buscabas, oyente mío, contenerte a ti mismo cuando querías extraviarte en la pena, no endureciste tu cerviz, no fuiste tan tonto como para imaginarte que, si ese percance no hubiese tenido lugar, habrías conservado tu fe, ni tan miserable como para querer aliarte a esa certeza. He ahí el motivo por el que alcanzaste de nuevo, aunque haya sido lentamente, la expectativa de la fe. Cuando todo fracasó para ti, cuando el viento se llevó en un instante lo que habías edificado lentamente, y a duras penas debiste volver a comenzar de cero, cuando tu brazo estaba abatido, tembloroso tu andar, te aferraste firmemente a la expectativa de la fe, que es victoria. Por más que no la hayas proclamado ante otros, para que no se burlaran de ti por haber seguido esperando la victoria en tu penuria, resguardaste tu expectativa en lo más íntimo de tu corazón. «Es cierto que los días de alegría pueden embellecer mi fe», decías; «puedo adornarla con la guirnalda de la alegría, pero demostrarla, eso no puedo; y es cierto que los tiempos difíciles acarrearon lágrimas en los ojos y pena en el ánimo, pero arrebatarme la fe, eso no pudieron». Y aunque el abatimiento no cesaba, tu alma se mantuvo mansa. «Pero es hermoso», decías, «que Dios no se me muestre así en las cosas visibles, sólo nos separamos para volver a encontrarnos; pero es que no podría desear seguir siendo un niño que día tras día exige pruebas, signos y actos milagrosos. Si siguiese siendo un niño, no podría amar con toda mi fuerza y toda mi alma. Ahora estamos separados, no nos vemos a diario, sólo nos encontramos en secreto, en el victorioso instante de la expectativa de la fe».

La expectativa de la fe es, entonces, victoria, y a esta expectativa no se la puede engañar, | a menos que uno se engañe a sí mismo 35
privándose de la expectativa, como aquel que neciamente opinaba haber perdido la fe, o que neciamente opinaba que alguna cosa en particular le había sido quitada, o que quería cautivarse a sí mismo con la idea de que algún percance tendría el poder de arrebatarle la fe al hombre, satisfaciéndose en el vano pensamiento de que eso le había sucedido justamente a él, alegrándose al angustiar a otros con la aseveración de que existiría alguna cosa capaz de burlarse de lo más

noble que hay en el hombre, algo que haría que quien ha pasado por esa prueba esté habilitado para burlarse de los demás.

Y, sin embargo, puede que alguien diga: este discurso es coherente y concuerda consigo mismo, pero con él no se va más allá, y por consiguiente es, pese a todo, un discurso impropio e insignificante. No se va más allá. ¿Debería desear el hombre ir más allá del hecho de vencer, de manera que tuviera que renunciar a la victoria? ¿Sería tan impropio e insignificante que un hombre llegara a cobrar conciencia de tener fe o de no tenerla? Pero, cuando digo: «creo», demasiado a menudo puede suceder que aquello a lo que me refiero me resulte oscuro. Tal vez me equivoco, tal vez sólo me hago una idea acerca del porvenir, tal vez deseo, tal vez tengo una esperanza, tal vez ansío alguna cosa, aspiro a algo, apetezco algo, tal vez estoy seguro respecto del porvenir y, al estarlo, me parece que creo, pese a que no lo hago. Sin embargo, cuando me planteo a mí mismo la pregunta: «¿esperas la victoria?», la oscuridad se vuelve mayor; entonces advierto que no sólo no cree aquel que nada espera, sino también aquel que espera alguna cosa particular, o que funda su expectativa en alguna cosa particular. ¿Y no debería esto tener su importancia, dado que sólo aquel que ha acabado con el porvenir puede estar de manera plena y total en el presente? Pero uno sólo acaba con el porvenir al vencerlo, y esto lo hace precisamente la fe, pues su expectativa es victoria. Cada vez que descubro que mi alma no espera la victoria, entonces sé que no creo; al saberlo, sé también lo que debo hacer, pues creer no es en modo alguno un asunto fácil; la primera condición para poder llegar a hacerlo, sin embargo, es cobrar consciencia de si lo hago o no. Por eso nos extraviamos tan a menudo, porque buscamos la convicción acerca de nuestra expectativa, en lugar de la convicción que la fe nos da acerca del hecho de que creemos. El que cree no exige ninguna de-
36 mostración de su expectativa, | «pues», dice el creyente, «si yo tuviera que asumir que alguna cosa lo es, eso que demostrara mi expectativa sería entonces también lo que la impugnaría. No es que mi alma sea insensible a la alegría o al dolor de lo particular, pero, ¡loado sea Dios!, no se trata de que lo particular pueda demostrar o impugnar la expectativa de la fe. ¡Loado sea Dios! El tiempo no puede ni demostrarla ni impugnarla, pues la fe espera una eternidad. Y hoy, en el primer día del año, cuando el pensamiento acerca del porvenir se me impone, no saciaré mi alma con un sinnúmero de expectativas, no la disolveré en una multitud de ideas; la recogeré en ella misma y, con integridad y alegría, si es posible, afrontaré el porvenir. No importa lo que éste traiga y deba traer; muchas expectativas llevan al desengaño, muchas otras se cumplen, así sucederá, la experiencia me lo ha enseñado; pero

hay una expectativa que no llevará al desengaño, y eso no me lo ha enseñado la experiencia, pero ésta tampoco ha tenido nunca autoridad para negar; es la expectativa de la fe, y ésta es victoria.

Hay una palabrita suficientemente conocida por la feligresía, si bien no siempre cuenta con su atención, breve e insignificante como parece y, aún así, tan llena de contenido; silenciosa y, aún así, tan animada; calma y, aún así, tan llena de añoranzas. Es la palabra «finalmente»; pues así es como terminan muchas de las oraciones introductorias pronunciadas en las iglesias[1]: «y así, finalmente, seamos bienaventurados». El más anciano entre nosotros, el que está casi junto a la meta, contempla en el pensamiento el camino recorrido, recuerda el paso de los acontecimientos, borrosas figuras vuelven a cobrar vida, la riqueza de lo que ha experimentado lo desborda, está cansado, y dice: «y así, finalmente, seamos bienaventurados». El joven, que está todavía al comienzo del camino, contempla en el pensamiento el largo sendero, experimenta en el pensamiento lo que ha de venir: las dolorosas privaciones, las calladas preocupaciones, las tristes añoranzas, las temerosas pugnas del espíritu; se cansa de pensar, y dice: «y así, finalmente, seamos bienaventurados». Sería, sí, un don inmenso que un hombre supiera usar esa palabra del modo justo; pero esto es algo que ningún hombre aprende de otro, sino cada uno por separado solamente de Dios y en Dios. Por eso te encomendamos, Padre en los cielos, nuestro ánimo y nuestro pensamiento, que nuestra alma nunca deba ser prisionera de las alegrías de la vida o de sus penas hasta el punto de olvidar esa palabra liberadora; pero que tampoco la impaciencia y la inquietud interior deban atravesar demasiado a menudo nuestros labios, cuando esa palabra, como un amigo fiel, nos ha | acompañado en las muchas 37
circunstancias de la vida, adaptándose a nosotros, sin por ello dejar de ser fiel a sí misma, y ha sido nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra alegría, nuestro regocijo; tiene para nosotros un sonido elevado y entusiasta, quedo y susurrante; nos ha hablado en forma de amonestación y de recordatorio, de manera alentadora y convocante; pueda nuestra alma, en su última hora, ser como arrebatada de este mundo con esa palabra, así como es el mismo Dios el que, tras habernos llevado de la mano a través del mundo, la retira y abre sus brazos para acoger el alma llena de añoranzas. Amén. —

TODA DÁDIVA BUENA Y PERFECTA VIENE DE ARRIBA[18]

| PLEGARIA 41

¡De tu mano, oh Dios, querríamos recibir todo! Tu mano poderosa: la extiendes y sorprendes al sabio en su necedad[19]; tu mano benigna: la abres y sacias todo lo viviente con la bendición[20]. Y aun cuando parece que tu brazo se acorta, acrecientas nuestra fe[21] y nuestra confianza para que podamos igualmente aferrarnos a ti; y si a menudo parece que nos retiras la mano, ¡ah, entonces sabemos que sólo es así porque la cierras, y que la cierras sólo para guardar en ella bendiciones tanto más abundantes, que la cierras sólo para volver a abrirla y saciar todo lo viviente con la bendición! Amén.

ESCRIBE EL APÓSTOL SANTIAGO EN SU EPÍSTOLA, CAPÍTULO 1, VERSÍCULOS 17 AL 21[22]

Todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, des-
ciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni
sombra de alteración. [18]De su propia voluntad nos engendró por
la palabra de la verdad, para que seamos como primicias de sus
criaturas. [19]Sabéis, hermanos míos carísimos, que todo hombre
debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para
airarse, [20]porque la cólera del hombre no practica la justicia de
Dios. [21]Por eso, deponiendo toda sordidez y todo resto de mal-
dad, recibid con mansedumbre la palabra | injerta en vosotros 42
capaz de salvar vuestras almas[23].

«Todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, y desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración». Esas palabras son tan bellas, tan atrayentes, tan emotivas, que, si no tuvieran acceso al oído del que oye ni eco en su corazón, no sería seguramente a causa de las palabras. Son de uno de los apóstoles del Señor, y aunque nosotros mismos no hayamos captado profundamente su sentido, podemos sin embargo confiar en que no son palabras sueltas y ociosas, expresión rebuscada de un pensamiento huero, sino que son fidedignas e infalibles, probadas y seguras como lo fue la vida del apóstol que las escribió. No fueron dichas de manera ocasional, sino con un acento especial, no como de paso, sino acompañadas de una penetrante amonestación: No os engañéis, hermanos míos carísimos (versículo 16); podemos entonces confiar en que esas palabra no sólo tienen el poder de elevar el alma, sino también el vigor para sostenerla, esas palabras que sostuvieron a un apóstol a lo largo de una vida tormentosa. No fueron dichas sin conexión con otras palabras; con el fin de alertar contra el extravío según el cual Dios habría de tentar al hombre, para alertar contra la fascinación del corazón que quiere tentar a Dios[24], con ese fin dice el apóstol: No os engañéis, hermanos míos carísimos[25]; podemos, entonces, estar seguros de que las palabras son también capaces de explicar la fascinación, capaces de contener el pensamiento engañoso.

«Toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, y desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración». Estas palabras han sido repetidas una y otra vez en el mundo, pero muchos siguen viviendo como si nunca las hubiesen escuchado, y, si lo hubiesen hecho, tal vez habrían tenido en ellos un efecto perturbador. Despreocupados, siguen su camino, un destino amable que hace que todo les resulte muy fácil, todos los deseos se cumplan, todas sus empresas prosperen. Sin saber cómo, están en medio de la corriente de la vida, son un eslabón en la cadena que une el pasado al porvenir; sin preocuparse de cómo sucede, se dejan llevar por la ola de lo actual.
43 Apoyados en la ley de la naturaleza que hace que la vida humana | se despliegue en el mundo de la misma manera que extiende su alfombra de flores sobre la tierra, siguen viviendo alegres y satisfechos con las mutaciones de la vida, en ningún momento quieren desembarazarse de ellas, dan honradamente a cada uno lo que corresponde: dan las gracias a aquel a quien atribuyen los buenos dones, brindan ayuda a aquel que, en su opinión, la necesita, y así creen también hacerle un favor. Que hay dones buenos y perfectos, eso lo saben bien, como también saben de dónde vienen éstos; pues la tierra da sus brotes y

el cielo da las lluvias tempranas y las tardías[26], y los parientes y los amigos les dedican los mejores pensamientos, y sus sabios y sensatos planes prosperan, como es natural, dado que son sabios y sensatos. Para ellos la vida no tiene enigmas, y, sin embargo, su vida es un enigma, un sueño, y no los detiene la seria amonestación del apóstol: «No os engañéis», no tienen tiempo para prestarle atención, como tampoco a aquellas palabras, y, de hecho, ¿por qué va a preocuparse la ola respecto de adónde va o de dónde viene? Y si algunos de ellos, meditando acerca de cosas superiores, prestaran atención a las palabras del apóstol, enseguida les pondrían un punto final. Dejarían que su pensamiento se ocupase de ellas por un instante, y entonces dirían: «ya las hemos comprendido; traed ahora otras ideas que no hayamos comprendido». Y no se equivocarían, pues las palabras del apóstol no son difíciles; y, sin embargo, al desear apartarse de ellas, demostrarían que no las han comprendido.

«Toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, y desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración». Estas palabras son tan reconfortantes y aliviadoras, y, sin embargo, ¿cuántos hay que, sabiendo cómo succionar de ellas debidamente el elemento nutritivo de la consolación, sepan cómo apropiárselas? Los preocupados, aquellos a quienes la vida no les permitió madurar y mueren siendo niños, aquellos a los que no amamantó con la leche de la prosperidad, sino que fueron tempranamente destetados; los afligidos, cuyo pensamiento atravesó lo mudable en busca de lo permanente, ellos captaron las palabras del apóstol y les prestaron atención. Cuanto más lograron sumir su alma en ellas, olvidar todo a cambio de ellas, tanto más se sintieron fortalecidos y confiados. Pero enseguida descubrieron que esa fuerza era un engaño; por mucha confianza que hubiesen obtenido, no habían obtenido, sin embargo, el poder de penetrar la vida; la preocupación del ánimo y la perplejidad del pensamiento se pusieron enseguida a buscar de nuevo ese rico consuelo, enseguida volvieron a captar la contradicción. Finalmente les pareció tal vez que esas palabras eran casi un peligro para su tranquilidad, que la confianza que despertaban en ellos | llevaba 44
siempre al desengaño, que las alas que les proporcionaban podían, sí, elevarlos hasta Dios, pero no auxiliarlos en su andar a lo largo de la vida; no negaban el inagotable consuelo de esas palabras, pero era como si le temieran, por más que lo encomiaran. Si un hombre poseyese una magnífica joya y en ningún momento quisiera negar su magnificencia, la sacaría de vez en cuando para verla, sería para él una alegría, pero enseguida diría: no puedo llevarla a diario como

adorno, y espero en vano la ocasión festiva en la que verdaderamente tendría sentido hacerlo. Entonces guardaría la joya y pensaría con tristeza que estaba en posesión de una joya como ésa y que la vida no le brindaba la ocasión de exhibirla con alegría.

Allí estaban, entonces, silenciosamente apenados; no se endurecieron contra el consuelo de aquellas palabras, eran lo suficientemente humildes para reconocer que la vida es un discurso oscuro[27], y así como en su pensamiento eran prontos para escuchar cuando tenían que oír palabras explicativas, así también eran tardos para hablar, tardos para la cólera. No se atrevían a rechazar esas palabras, bastaría con que llegase la hora apropiada. Si ésta llegaba, estarían salvados, así pensaban; y así debe suceder, dirías tú, oyente mío. ¿O hay acaso un espíritu que da testimonio en el cielo, pero ningún espíritu da testimonio en la tierra[28]? ¿Sabe el cielo solamente, y el espíritu que huye de la tierra, que Dios es bueno? ¿No sabe la vida terrena nada al respecto? ¿No hay armonía entre lo que sucede en el cielo y lo que sucede en la tierra? ¿Hay alegría en el cielo, y, en la tierra, sólo pena, o incluso sólo noticias de que hay alegría en el cielo? ¿Saca Dios a relucir en los cielos los buenos dones, y nos los oculta en los cielos para que alguna vez podamos recibirlos allá arriba? Así hablaste tal vez en el extravío de tu corazón. No reclamabas que, por tu causa, tuviese que haber señales y actos milagrosos, no reclamabas puerilmente que cada uno de tus deseos se cumpliera; sólo pedías mañana y tarde un testimonio, pues tu alma afligida abrigaba un deseo. Si éste se cumpliera, entonces todo estaría bien, entonces tu gratitud y tu alabanza serían eternas, entonces habría llegado la ocasión festiva, entonces de todo corazón darías testimonio de esas palabras, que toda dádiva buena y perfecta viene de arriba. Pero, ¡mira!, te fue negado, y tu alma se volvió inquieta, aturdida por la pasión del deseo; no se volvió desafiante y salvaje, no desechaste de modo impaciente la rienda de
45 la humildad, no habías olvidado que tú estás en la tierra y Dios, | en los cielos[29]. Con humildes plegarias, con ardiente petición buscaste casi tentar a Dios: ese deseo es para mí tan importante; mi alegría, mi tranquilidad, mi futuro, todo depende de él, tiene para mí una importancia tan grande, y a Dios le sería tan fácil, pues es omnipotente. Pero no se cumplió. En vano buscaste la calma, no te faltó intentar nada en tu infructuosa inquietud; ascendiste a la vertiginosa cúspide del presentimiento para observar desde allí si no se presentaba una posibilidad. Si creías ver una, enseguida te aprestabas a rezar, para de esa manera poder crear lo real a partir de lo aparente. Pero era una ilusión. Volviste a descender, te entregaste a la narcótica languidez de la pena para que el tiempo pasara, tal vez así ocurriría; y se hizo de

mañana y de noche, pero el día que tú esperabas no amaneció. Y, sin embargo, lo hiciste todo, rogaste de mañana y de tarde, de manera cada vez más desafiante. Pero ¡ay!, no ocurrió. Y desististe de ello; dispondrías tu alma para la paciencia, esperarías con tranquila vehemencia si tan sólo pudieras obtener la certeza de que la eternidad te traería lo que deseabas, eso que era el anhelo de tus ojos y el apetito de tu corazón. ¡Ay, también esa certeza se te negó! Pero si los arduos pensamientos se habían cansado de su trabajo, si los infructuosos deseos habían extenuado tu alma, tal vez tu ser se había vuelto más tranquilo, tal vez tu ánimo, de manera oculta y desapercibida, había alcanzado la mansedumbre que acoge la palabra que está injerta en ti[30] y que logró beatificar tu alma, porque toda dádiva buena y perfecta viene de arriba. Entonces reconociste con toda humildad que Dios ciertamente no te engañó, pues recibió tus deseos terrenos y necias peticiones, los cambió para ti y te dio en su lugar consuelo celestial y santos pensamientos; que no te hizo a un lado negándote lo que deseabas, sino que, en retribución, creó esta fe en tu corazón; cuando en lugar de concederte un deseo, que aun siendo capaz de todo podría, a lo sumo, concederte el mundo entero, te brindó una fe en virtud de la cual ganaste a Dios y volviste a ganar el mundo entero[31]. Entonces reconociste con humilde alegría que Dios seguía siendo el creador todopoderoso del cielo y de la tierra, que no sólo había creado el mundo de la nada, sino que había hecho algo mucho más milagroso, que de tu impaciente e inconstante corazón había creado el espíritu manso y tranquilo de un ser incorruptible[32]. Entonces admitiste, humillado, cuán bueno, cuán enormemente bueno era para ti que no se pueda tentar a Dios; entonces entendiste | la amonestación del apóstol, y 46
por qué ésta se asocia al extravío de querer tentar a Dios. Entonces advertiste cuán necia había sido tu conducta. Querías que las ideas de Dios acerca de lo que sería provechoso para ti fuesen tus ideas, pero querías igualmente que Él fuera el creador todopoderoso del cielo y de la tierra, que cumpliera debidamente tu deseo. Y, sin embargo, si Él tuviera que compartir tus ideas, debería entonces dejar de ser el padre todopoderoso. Querías, en tu pueril impaciencia, algo así como falsear la esencia eterna de Dios, y estabas lo bastante ciego como para deslumbrarte a ti mismo, como si tú vinieras en auxilio en el caso de que Dios en los cielos no supiese mejor que tú qué era lo provechoso para ti, como si no advirtieras ni siquiera con espanto que habías deseado algo que, si ocurriera, ningún ser humano sabría sostener. Pues, hablemos por un instante de manera impropia y humana. Si hubiese un ser humano en quien tuvieras confianza, porque creyeras que él buscaría tu bienestar; ¿no es cierto que tú tendrías

una idea acerca de lo que te sería provechoso, y él, otra? Entonces intentarías convencerlo, tal vez le pedirías y rogarías que cumpliese tu deseo; pero si insistiera en negártelo, entonces dejarías de pedirle, y dirías: si yo, con mis ruegos, lo hubiese movido a hacer lo que él no consideraba correcto, habría sucedido algo aún más terrible, a saber, que yo habría sido lo suficientemente débil como para hacer que él se volviese igualmente débil, entonces lo habría perdido primero a él y habría perdido mi confianza en él, aunque en el instante de la ebriedad yo habría llamado amor a su debilidad.

O tal vez no fue eso lo que te sucedió; te habías vuelto tal vez demasiado viejo como para abrigar ideas infantiles acerca de Dios, demasiado maduro como para pensar en él de modo humano, tal vez querrías conmoverlo con tu obstinación. Que la vida es un discurso oscuro, eso lo reconocías, pero no eras, siguiendo la admonición del apóstol, pronto para escuchar en caso que se oyera una palabra explicativa, sino que, contra su admonición, eras pronto para la cólera. Si la vida es un discurso oscuro, deja entonces que lo sea, no deberías preocuparte por explicarlo — y tu corazón se endureció. Tal vez tu semblante era tranquilo, amigable tal vez, bienintencionado incluso tu discurso, pero muy dentro de ti, en la secreta fragua de los pensamientos, allí decías, o no, no lo decías, sino que escuchabas una voz que lo decía: Dios tienta al hombre. Y el frío de la desesperación heló tu espíritu, y su muerte anidó en tu corazón. Si, a veces, la vida
47 volvía a agitarse en tu interior, rugían voces feroces, | voces que no te pertenecían a ti, pero que resonaban desde tu interior. Pues, ¿por qué era tu queja tan continua, por qué tu grito tan penetrante, por qué incluso tu plegaria era tan desafiante? ¿No era acaso porque creías que tus sufrimientos eran tan grandes, tan desgarradora tu pena y, como consecuencia de ello, tan justa tu queja, tan poderosa tu voz, que ésta habría de resonar en los cielos y hacer salir a Dios de sus ocultas profundidades, en las que, según te parecía, estaba sentado tranquilo e indiferente, sin prestar atención al mundo y a sus criaturas? Pero el cielo se cierra ante un discurso tan blasfemo como ése y, está escrito, Dios no es tentado por nadie. Impotente era tu discurso, impotente como tu pensamiento, como tu brazo era impotente, y el cielo no escuchó tu plegaria; pero cuando te humillaste bajo la mano poderosa de Dios y suspiraste con contrición en el espíritu: «Dios mío, Dios mío, grande es mi pecado, más grande de lo que puede perdonarse», entonces los cielos volvieron a abrirse, entonces miró Dios, como escribe el profeta, a través de su ventana hacia ti[33] y dijo: Todavía un poco[34]; espera todavía un poco y renovaré la faz de la tierra[35] — y he aquí que tu faz fue renovada, y la compasiva misericordia de Dios había

engendrado con amor en tu infructífero ánimo la mansedumbre que acoge la palabra. Entonces reconociste humildemente ante Dios que Dios no tienta a nadie, sino que cualquiera se ve tentado cuando es cautivado y arrastrado por sus propias apetencias, así como tú fuiste tentado por pensamientos altivos, soberbios y desafiantes. Entonces te llenó de espanto tu error, según el cual la vida se explicaría mediante el pensamiento de que Dios tienta al hombre; pues entonces la vida se te había vuelto un discurso oscuro, entonces prestabas oídos a esa explicación que, como debiste admitir, hacía precisamente que todo se volviese inexplicable. Entonces reconociste de manera humilde y avergonzada que era bueno que Dios no pudiese ser tentado, que Él fuera el Dios todopoderoso capaz de quebrar cualquier pensamiento desafiante, que tú, en tu desesperación, no podrías haber hallado para el oscuro discurso de la vida una explicación que ningún hombre sería capaz de sostener.

«Toda dádiva buena y perfecta viene de arriba y desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración». Estas palabras son tan comprensibles, tan simples, y, sin embargo, ¿cuántos hay que las hayan comprendido debidamente, que hayan comprendido debidamente que son una moneda conmemorativa, más valiosa que todos los tesoros del mundo, pero también una moneda corriente, utilizable en las circunstancias de la vida diaria?

| «Toda dádiva buena y perfecta viene de Dios». El apóstol usa 48
dos expresiones. «Toda dádiva buena», dice el apóstol, y designa así el ser íntimo de la dádiva, que es el fruto sano y bendito, que no oculta en sí ningún ingrediente malsano o dañino. «Toda dádiva perfecta», dice el apóstol, y designa así las circunstancias más próximas en las cuales la dádiva buena, bajo la asistencia de Dios, se presenta al hombre particular que la recibe, que aquello que es bueno en sí y para sí no es para él ni daño ni perdición. A estas dos expresiones corresponden otras dos: «La dádiva es de arriba y desciende del Padre de las luces». «Es de arriba», dice el apóstol, y orienta de esa manera el pensamiento del creyente hacia el cielo, donde, desde luego, todo lo bueno reside, la bendición que sacia la boca y aquella que sacia el corazón, de donde provienen los buenos espíritus para salvación del hombre[36]; hacia el cielo, de donde los buenos propósitos retornan como dones celestiales. «Del Padre de las luces», dice el apóstol, e indica así que Dios penetra todas las cosas con su claridad eterna, que de lejos entiende los pensamientos de los hombres y que le son familiares todas sus sendas[37]; que su amor eterno va por delante preparándolo todo, y de esa manera hace de la «buena dádiva» una

«dádiva perfecta». Pues Dios en los cielos no es como un hombre que, teniendo un don bueno para dar, lo diera en la penumbra y como de manera incierta, pero sí con alegría por tratarse de una dádiva buena y por ser él un buen dador[38], aunque también con aflicción, porque no sabría si realmente sería o no de provecho para el otro. «Toda dádiva buena y perfecta», dice el apóstol: «*toda*», ¿qué quiere decir esto? ¿Indica con ello el apóstol que la extensa fortaleza del cielo[39] es una gran despensa, y que no obstante todo lo que el cielo aloja son buenos dones? ¿Indica que Dios va sacando de esa rica reserva[40] y manda de vez en cuando, según el tiempo y la ocasión, a veces a uno y a veces a otro, más a uno, menos a otro, nada a alguno que otro, pero que lo que manda es bueno y perfecto? Prestemos atención a las palabras siguientes: «en quien no se da mudanza ni sombra de alteración». Si el apóstol hubiese querido expresar eso, ¿no habría añadido entonces, en lugar de aquellas palabras: del Dios del amor, del Dios de la misericordia y del consuelo, dador de buenos dones, o como sea que hubiese querido expresarlo, mejor y de manera más enfática de lo que podemos nosotros? ¿No habría exhortado más que nada al creyente a la gratitud según el tiempo y la ocasión, según le fuesen impartidos los buenos dones? No es eso lo que hace. Aquello contra lo que alerta
49 es | el error según el cual Dios habría de tentar al hombre, el error según el cual Dios podría ser tentado; lo que acentúa, es que Dios es constante, que sigue siendo el mismo mientras todo cambia; aquello a lo que exhorta, es a amar a Dios de manera tal que nuestra esencia se haga igual a la suya, para que podamos ganar permanentemente a Dios y salvar nuestra alma en la paciencia. No dice, con esas palabras, nada acerca de la naturaleza de los dones particulares, sino que habla de la relación eterna de Dios con el creyente. Cuando la alegría explica la vida, y todo es luminoso y claro[41], entonces alerta contra esa explicación y exhorta a remitirla al padre de las luces, en quien no hay mudanza ni sombra de alteración. Cuando la pena arroja su sombra sobre nuestra vida, cuando la desazón enturbia nuestra mirada, cuando la nube de las preocupaciones lo arrebata ante nuestros ojos[42], entonces la admonición del apóstol dice que, en Dios, no hay sombra de alteración. El apóstol advierte contra la perturbación de la bienaventurada esencia de Dios por el desasosiego de la tentación, como si su corazón se hubiese o bien enfriado o bien debilitado; lo que acentúa, es que, así como la mano omnipotente de Dios hizo que todo fuese bueno, así también Él, Padre de las luces, sigue haciendo aún, en cada instante, que todo sea bueno[43], transformando todo en una dádiva buena y perfecta para todo aquel que tenga corazón suficiente como para ser humilde, corazón suficiente como para confiar.

Pero la duda es astuta y taimada, de ningún modo ostentosa y desafiante, como a menudo se proclama; es modesta e insidiosa, no insolente y presumida, pero, cuanto más modesta, tanto más peligrosa es. No niega que aquellas palabras sean bellas, ni que sean consoladoras; si lo hiciera, el corazón se sublevaría contra ella; sólo dice que esas palabras son difíciles, casi enigmáticas. Quiere ayudar al ánimo afligido a comprender el discurso apostólico, que toda dádiva buena y perfecta viene de Dios. «¿Qué quiere decir esto? ¿Qué otra cosa, sino que todo lo que viene de Dios es una dádiva buena y perfecta, y que todo aquello que es una dádiva buena y perfecta viene de Dios?». Esta explicación, sí que es simple y natural, pero la duda se ha alojado insidiosamente en ella. Por eso continúa: «luego, para que un hombre pueda en su vida hallar tranquilidad en esas palabras, debe poder determinar, o bien qué es lo que viene de Dios, o bien qué puede llamarse en verdad y con justicia una dádiva buena y perfecta. ¿Pero cómo es esto posible? ¿Es cada vida humana, por consiguiente, una cadena ininterrumpida de actos milagrosos? ¿O es posible para el entendimiento de un hombre abrirse paso a través de
la | incalculable serie de derivadas causas y efectos, atravesar todo 50
lo que está de por medio y, así, hallar a Dios? ¿O es posible para el entendimiento de un hombre decidir con certeza qué es para él una dádiva buena y perfecta? ¿No fracasa una y otra vez en ese intento? ¡Cuán a menudo ha vivido la humanidad, cuán a menudo cada hombre singular, la dolorosa experiencia de que atreverse a aquello que le fue negado al hombre es una necedad que no deja de ser castigada!». La duda terminaba así su explicación de aquellas palabras, y daba también por terminado con ellas. Había transformado el discurso autorizado del apóstol en una cháchara sin ton ni son que iba de boca en boca. Era lo suficientemente modesta como para no exigir que las palabras fueran borradas y cedidas al olvido eterno; las arrancó al corazón y las entregó a los labios.

¿Fue así, oyente mío? ¿No se deben esas palabras a un apóstol del Señor? ¿Se deben acaso a aquella legión de espíritus que está bajo el cielo[44]? ¿Pesó sobre ellas una condena, para que debieran deambular por el mundo y no hallar domicilio en el corazón de un ser humano? ¿Fueron destinadas a confundir a los hombres? ¿No es posible detener ese movimiento angustioso en el que el pensamiento se extenúa y por el que, sin embargo, nunca sale adelante? ¿Será tal vez que Dios tienta al hombre, ya que no de otro modo, proclamando unas palabras que confunden su pensamiento?

El apóstol Pablo dice: «toda creación de Dios es buena cuando se la recibe con gratitud»[45]. El apóstol pronuncia esas palabras más que

nada para alertar contra la suspicacia terrena que querría sojuzgar a los creyentes poniéndolos al servicio de las ceremonias[46]. ¿Qué hace, sin embargo, el apóstol? Eleva el ánimo del creyente por encima de las preocupaciones terrenales y finitas, por encima de la duda y de la suspicacia terrena mediante la devota observación de que uno debe siempre dar gracias a Dios; pues la gratitud de la que habla el apóstol no puede ser la gratitud que un ser humano ha de mostrar a otro, y aquellos apóstatas opinaban, precisamente, que los creyentes pecaban contra Dios al no observar los ritos. ¿No habría que decir lo mismo acerca de toda relación del hombre con Dios, que toda dádiva es una dádiva buena y perfecta cuando se la recibe con gratitud?

Seguramente tú, oyente mío, interpretaste de este modo aquellas palabras apostólicas, y no te mostraste perplejo respecto de qué sería una dádiva buena y perfecta o qué sería lo que viene de Dios; pues,
51 dijiste tú, todo don es | bueno cuando se lo recibe con gratitud de la mano de Dios, y de Dios viene toda dádiva buena y perfecta. No preguntaste angustiosamente qué es lo que viene de Dios; con alegría y desenvoltura, dijiste: es aquello por lo cual doy gracias a Dios. No inquietaste tu ánimo deliberando acerca de qué sería una dádiva buena y perfecta, pues dijiste con confianza: sé que es aquello por lo cual doy gracias a Dios, y por eso se lo agradezco. Interpretaste las palabras apostólicas ensanchando tu corazón, no exigiste aprender mucho de la vida, quisiste aprender una sola cosa: dar siempre gracias a Dios, y de esa manera llegar a entender una sola cosa: que todas las cosas redundan en el bien de quienes aman a Dios.

¿Son entonces las palabras apostólicas, que toda dádiva buena y perfecta viene de arriba y desciende del Padre de las luces, son esas palabras un discurso oscuro y difícil? Y si te parece que no puedes entenderlas, ¿puedes afirmar que quisiste entenderlas? Cuando dudaste acerca de qué es lo que vendría de Dios o acerca de qué sería una dádiva buena y perfecta, ¿afrontaste el intento? Y si el leve juego de la alegría te fue propicio, ¿diste las gracias a Dios? Y cuando fuiste lo suficientemente fuerte como para que te pareciera que no necesitabas ninguna asistencia, ¿diste entonces gracias a Dios? Y cuando la parte que te fue concedida fue escasa, ¿diste entonces gracias a Dios? Y cuando la parte que te fue concedida fue sufrimiento, ¿diste entonces gracias a Dios? Y cuando lo que deseabas te fue negado, ¿diste entonces gracias a Dios? Y cuando tú mismo debiste negarte lo que deseabas, ¿diste entonces gracias a Dios? Y cuando los hombres fueron injustos contigo y te agraviaron, ¿diste entonces gracias a Dios? No decimos que la injusticia de los hombres dejaría por eso de ser injusticia. ¿A qué vendría un discurso malsano y necio como

ése? Tú mismo decidirías si fue injusto, pero ¿remitiste a Dios la injusticia y el agravio, y los recibiste de su mano mediante tu gratitud como una dádiva buena y perfecta? ¿Hiciste esto? Sí, entonces has interpretado dignamente las palabras apostólicas, para honra de Dios, para tu salvación; pues es hermoso que un hombre rece, y son muchas las promesas que se han hecho a los que rezan sin cesar; pero más beatificante es dar siempre las gracias. Entonces interpretaste dignamente aquellas palabras apostólicas, de manera más gloriosa que si todos los ángeles hablaran en lenguas de fuego.

¿Pero quién tendría ese coraje, esa fe, quién amaría a Dios de esa manera? ¿Quién sería el alegre y perseverante, piadoso combatiente que permaneciera tan atento en el puesto de la vida sin quedarse dormido jamás? Y si así lo hiciste, oyente mío, ¿no te lo guardaste
para ti mismo? ¿Te dijiste, entonces, | a ti mismo: entiendo, sí, las 52
palabras apostólicas, pero entiendo también que soy demasiado cobarde, o demasiado orgulloso, o demasiado indolente como para querer entenderlas rectamente? ¿Te has amonestado a ti mismo? ¿Has pensado que también el miedoso, aunque parezca duro decirlo, que también el miedoso tiene un corazón pérfido y no es un amante sincero? ¿Has pensado que también sobre el tímido recae un juicio, pero que el corazón humilde no será juzgado? ¿Has pensado que tampoco el afligido ama a Dios con todo su corazón, pero que aquel que se alegra en Dios ha ganado el mundo? ¿Has, cuanto menos, velado por ti mismo? ¿Has respetado santamente la palabra apostólica? ¿La has guardado en un corazón limpio y en un corazón bello[47], y por ningún precio, a cambio de ningún astuto soborno de la sagacidad has querido redimirte del profundo dolor de tener que reconocer una y otra vez que nunca amaste como fuiste amado? ¿Que fuiste infiel cuando Dios era fidedigno[48], que fuiste tibio cuando Él era ardiente, que envió buenos dones que tú transformaste en dañinos para ti mismo; que te hizo preguntas, pero tú no quisiste responder; que te llamó, pero no quisiste oír; que te habló amablemente, pero hiciste oídos sordos; que te habló con seriedad, pero lo entendiste mal; que cumplió tu deseo, y tú, en retribución, viniste con nuevos deseos; que cumplió tu deseo, pero tú no lo habías deseado del modo correcto, y estuviste pronto para la cólera? ¿Has sentido de manera verdaderamente profunda cuán lamentable es que tengas que usar tantas palabras para describir tu relación con Dios? ¿Fuiste, cuanto menos, sincero para contigo mismo y para con Dios en tu relación con Él? ¿No has aplazado el momento de la rendición de cuentas, ni has querido avergonzarte en tu soledad? ¿Estuviste dispuesto a sobrellevar el dolor de la rendición de cuentas? ¿Has pensado que

él te amó primero[49]? ¿Estuviste preparado para juzgarte a ti mismo, para que Él no siguiera amándote cuando tú eras lento para corresponder su amor? Si lo hiciste, entonces tendrás de vez en cuando la valentía de dar las gracias, incluso cuando lo que sucede es extraño a tus ojos; valentía para comprender que toda dádiva buena y perfecta viene de arriba; valentía para transfigurarlo en amor, fe para acoger esa valentía; pues también ésta es una dádiva buena y perfecta.

«Toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, y desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración». Estas palabras son tan salutíferas, tan curativas, y, sin embargo, ¿cuán
53 a menudo ha comprendido el | alma arrepentida cómo dejarse curar por ellas, cuán frecuentemente ha comprendido su juzgante seriedad, pero también su misericordiosa gracia?

¿O no hubo en tu vida, oyente mío, ocasión alguna para que consideraras difíciles esas palabras? ¿Estuviste siempre satisfecho contigo mismo, tan satisfecho, que acaso agradeciste a Dios no ser como los demás hombres? ¿Llegaste a ser acaso tan sabio como para comprender el sentido profundo en el discurso insensato, y que era magnífico no ser como los demás hombres[50]? ... ¿Qué era, después de todo, lo que las hacía tan difíciles? En caso de que un hombre fuese él mismo una dádiva buena y perfecta, en caso de que se comportara de una manera meramente receptiva y recibiera todo de la mano de Dios, pues, sí, ¿cómo habría de recibir otra cosa que dádivas buenas y perfectas? Pero al someterte al destino común de los hombres reconociste que no eras ni bueno ni perfecto, que no te comportabas meramente de manera receptiva, sino que con todo lo que recibías tenía lugar una alteración. ¿Puede, entonces, lo semejante ser entendido por otra cosa que lo semejante?[51]. ¿Puede lo bueno ser bueno en algo que no sea lo bueno; puede el alimento sano conservar su salubridad en el alma enferma? El ser humano no se comporta de manera puramente receptiva, es él mismo partícipe, y te sería difícil comprender cómo lo malsano que viniera de ti podría ser otra cosa que dañino para otros. Comprendías, sí, que sólo en virtud de la gratitud hacia Dios todo se volvía para ti una dádiva buena y perfecta; retenías que de ese mismo modo el otro ser humano debía apropiarse todo; ¿pero era el amor mismo el que engendraba la gratitud? ¿Era un amor puro? ¿No alteraba lo recibido? ¿Puede un hombre hacer algo más que amar? ¿Tienen el pensamiento y el lenguaje una expresión más alta para el amor que el hecho de dar siempre las gracias? De ningún modo; tiene una más baja, una más humilde, pues aun quien siempre diera las gracias ama, sin embargo, según su perfección, y un hombre sólo

puede amar en verdad a Dios cuando lo ama según su imperfección. ¿Qué clase de amor es éste? ¡Es el del arrepentimiento, que es más bello que cualquier otro amor, pues, en él, amas a Dios; más leal y más íntimo que todo otro amor, pues, en el arrepentimiento, es Dios quien te ama! En el arrepentimiento, recibes todo de Dios, incluso el agradecimiento que le das a Él, de manera que éste es lo que la dádiva del niño a los ojos de los padres, una broma, la recepción de algo que uno mismo ha dado. ¿No sería así, oyente mío? Tú le darías siempre gracias a Dios, pero incluso esto sería imperfecto. Entonces
entederías que Dios es aquel que | lo hace todo por ti, y que así te 54
concede la infantil alegría de que tu gratitud sea considerada por Él como una dádiva que viene de ti. Esa alegría, Él te la brinda porque no te atemorizó el dolor del arrepentimiento, la profunda pena en la que un hombre se alegra en Dios como un niño, porque no te atemorizó comprender que eso es el amor, no que nosotros amamos a Dios, sino que Dios nos ama.

Y tú, oyente mío, que comprendiste de una manera más simple y más humilde el sentido profundo del pensamiento según el cual no eras como los demás hombres, ¿te fue igualmente fácil no malinterpretar las palabras apostólicas? ¿Comprendiste que toda dádiva buena y perfecta viene de Dios, pero ¡ay!, no podías acaso entender que aquel pudiese ser para ti otra cosa que un daño? Es que el rocío y la lluvia es una dádiva buena que viene de arriba, pero si la hierba dañina se comprendiera a sí misma y pudiera hablar, tal vez diría entonces: «¡Oh, detente, retorna de nuevo al cielo para que yo pueda perecer en la sequía, no refresques mis raíces, para que no crezca y prospere y me vuelva aún más dañina!». Y no te entendías a ti mismo ni entendías las palabras apostólicas, pues, si así fuese, entonces no sería verdad que toda dádiva perfecta viene de Dios, entonces Dios no sería más grande que el corazón angustiado de un hombre[52], ¿y cómo podría entonces toda dádiva buena y perfecta venir de Él?

Tal vez hubo algo en tu vida que desearías reparar, y, si esto fuese posible, con alegre gratitud recibirías toda dádiva perfecta de la mano de Dios. La alegría que te causaba el mero hecho de pensarlo era tan grande, que era como si ésta quisiese tentar a Dios para que reparara lo que hiciste. Pero a Dios nadie lo tienta. Tal vez hiciste el esfuerzo de olvidarlo, para que tu gratitud no fuese débil y comparable a una llama que se extingue[53]. ¡Ah!, y si podías olvidarlo, ¿cómo te iba a ser posible entonces comprender las palabras apostólicas? Si te fuera posible olvidarlo, entonces no toda dádiva buena y perfecta vendría de Dios, te habrías excluido a ti mismo de la bendición, no por aquello que hiciste, sino por tu pobre y egoísta y arbitraria

comprensión de esas palabras, como alguien que, por haberle sido negado lo que deseaba, se excluyera a sí mismo de la bendición al pensar que el deseo no concedido no era, después de todo, una dádiva buena y perfecta, si bien llegar a comprenderlo te sería a ti mucho más gravoso que a él.

Tal vez comprendiste la palabra apostólica de otra manera, en el sentido de que también el castigo de Dios sería una dádiva buena y perfecta. Era como si la cólera en tu interior viniera en auxilio de la
55 cólera divina para que el castigo pudiera | consumirte, y, sin embargo, el castigo que sufrías era diferente de como tú lo habías pensado. Tal vez cayó sobre otros además de sobre ti y, sin embargo, tú eras el culpable; tal vez fue extendiéndose y, sin embargo, tú eras el único que había de ser su objeto. Aunque reconocías, en el silencio de tus pensamientos, que la providencia divina sabe cómo alcanzar a un hombre, que sabe cómo llegar a entenderse con él aun cuando ningún otro lo entienda, la palabra apostólica seguía siendo oscura para ti, era como si el castigo mismo fuese una nueva tentación. Te parecía ambiguo: ¿qué era el castigo, y qué la fatalidad? Si era sólo fatalidad, entonces tu alma exigía castigo; si todo era castigo, no podías aceptarlo. Renunciarías a todo, a cada deseo, a cada petición, renunciarías a la idea de que lo mejor que habías hecho en el extremo esfuerzo de tu alma, seguro de que era algo bueno, era otra cosa que necedad y pecado; soportarías cualquier castigo, pero no podrías sobrellevar ese algo más que estaba ligado a él; ¿era también una dádiva buena y perfecta? ¿Se oscureció entonces tu alma, no pudiste comprender la palabra? ¿Pero qué hiciste entonces? ¿Rechazaste la palabra? ¡Ah, no, te aferraste a ella con todo tu empeño! Y cuando todos los demonios ofrecían rescatar a tu alma de la locura de la desesperación mediante la explicación de que Dios no es amor, ¿no es cierto que te abrazaste firmemente a la palabra, aun cuando no la entendías, porque cifrabas en ella, aunque de manera oscura, una esperanza, y deshacerse de ella habría sido más terrible que cualquier otra cosa?

¿Fue eso lo que hiciste, oyente mío? Por más que el hombre exterior estuviese corrompido, el hombre interior fue renovado[54]; entonces comprendiste que toda dádiva buena y perfecta viene de arriba cuando se la recibe con gratitud; comprendiste que el arrepentimiento es un dar las gracias, no sólo por el castigo, sino también por el destino, y que aquel que en su arrepentimiento sólo quiere sufrir el castigo no amaría, en sentido profundo, de acuerdo a su imperfección. Pues así como también el Señor dice: hoy mismo[55], así dice el apóstol del Señor: hoy mismo toda dádiva buena y perfecta viene de arriba y desciende del Padre de las luces, en quien no hay

mudanza ni sombra de alteración; hoy mismo, y ello sin contar que él sigue siendo hoy el mismo que era ayer[56].

«Toda dádiva buena y perfecta viene de arriba y desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración». Estas palabras son tan bellas, tan agradables, tan conmovedoras, son tan reconfortantes y consoladoras, tan simples y entendibles, tan salutíferas y curativas; por eso queremos pedirte, ¡oh Dios!, que formes los oídos de aquellos que hasta ahora no les prestaron atención para que se dispongan a recibirlas; que, con la comprensión de la palabra sanes el corazón equivocado, de manera que comprenda la palabra; que venzas el pensamiento engañoso con la salvadora obediencia a la palabra; que des al alma arrepentida la valentía de atreverse a comprender la palabra; y que permitas que quienes la han comprendido lleguen a ser más y más bienaventurados al comprenderla una y otra vez. Amén.

NOTAS

1. En el borrador correspondiente al prefacio, los dos discursos son llamados «sermones». Lo mismo sucede en una anotación del autor en su *Diario* a mediados de abril de 1843, es decir, en el momento en que el libro se hallaba en prensa. Cf. *SKS* 18, 169 [Diarios JJ 93] (*Pap.* IV A 83); EP I-II, p. 410.

2. Alusión al hecho de que el autor no había sido ordenado como pastor. La indicación se repite en los prefacios a las restantes colecciones de *Discursos edificantes* y a los *Tres discursos para ocasiones supuestas.* La fórmula utilizada durante las ceremonias de ordenación contenía explícitamente las palabras: «Os confiero ahora la sagrada función pastoral y del sermón según la costumbre apostólica en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y os doy el poder y la autoridad para, a partir de ahora, como rectos siervos de Dios y de Jesucristo, predicar la palabra de Dios...»; cf. *Dannemarks og Norges Kirke-Ritual* [Ritual eclesiástico de Dinamarca y Noruega], Copenhague, 1762, pp. 370 s. Nótese que el sustantivo traducido por «sermón» (*Prædiken*) se corresponde en danés con el verbo «predicar» (*at prædike*).

3. Diversos pasajes de los *Diarios* y papeles personales del autor aluden a Regina Olsen como la persona a la que la expresión «ese individuo... *mi* lector» se refería en el prólogo a los primeros discursos de 1843, si bien dichos términos habrían adquirido un significado independiente en los posteriores. Cf. *SKS* 21, 354 [NB 10, 185] (*Pap.* X 1 A 266, p. 177); *SKS* 19, 437 [*Notesbog* 15, 4] (*Pap.* X 5 A 149, 18).

4. Cf. Mt 10,29.

5. El texto bíblico propiamente dicho aparecía citado (según la versión de 1819 del Nuevo Testamento) en el *Forordnet Alter-Bog for Danmark* [Libro de prescripciones litúrgicas para Dinamarca], Copenhague, 1830 (1688), ctl. 381, p. 22.

6. Danés: *Forklaring.* El término tiene el sentido literal de «aclaración», hecho que permite al autor de estos discursos ponerlo en relación con la expresión bíblica «discurso oscuro» (Nm 12,8, según *GT 1740*) y, por extensión, con el carácter incomprensible de aquello que sólo la apropiación de la palabra bíblica «explica». A ello ha de añadirse en ciertos contextos la asociación, explícita o tácita, de los términos *Forklarelse* («transfiguración») y *Forklaring.*

7. Cf. Dt 6,5; Mc 12,30.

8. Cf. Jn 5,2-9.

9. Cf. Lc 16,19-31.

10. Cf. Job 9,2-3.

11. Cf. Ecl 1,9.

12. Cf. Rom 8,28.

13. Danés: *Anfægtelser.* Intentamos reflejar en la traducción de este término su alusión a la *lucha* o crisis interior del espíritu, cuya importancia y diferenciación respecto de otros estados de ánimo podrían pasar desapercibidas si se escogiera verterla mediante expresiones más corrientes.

14. Cf. Lc 10,41-42. *NC*: «pocas cosas son necesarias, o más bien una sola».

15. Cf. Sant 1,17.

16. Cf. Jn 3,33; 7,28; 8,26; Rom 3,4.

17. Cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark* [Libro de prescripciones litúrgicas para Dinamarca], cit., p. 12. Kierkegaard se refiere también a la función litúrgica de la expresión «finalmente» en sus *Diarios* de 1839, diciendo que se trata de la expresión «más épicamente funesta y más líricamente impaciente, la verdadera contraseña cristiana» (*SKS* 18, 61 [EE 180]; *Pap.* II A 561).

18. Cf. Sant 7,21; cf. *NC*: «todo buen don y toda dádiva perfecta...». Siguiendo la versión castellana de la Biblia, utilizamos indistintamente en lo sucesivo los términos «don» y «dádiva» en la traducción del danés *Gave.*

19. Cf. 1 Cor 3,19; Job 5,12-13.

20. Cf. Sal 145,16.

21. Cf. Lc 17,5.

22. Cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark* [Libro de prescripciones litúrgicas para Dinamarca], cit., p. 87.

23. Sant 1,17-21, según *NC*. En su ejemplar personal del manual de liturgia, en el que se cita este pasaje, Kierkegaard subraya los términos «todo», «buen», «perfecto», «de arriba», «de las luces», «sombra», «tardos para hablar, tardos para la cólera».

24. Cf. Sant 1,13.

25. Sant 1,16.

26. Cf. Sant 5,7.

27. Cf. Nm 12,8 (*GT 1740*: «Le hablaré directamente y de modo visible, no con un discurso oscuro»; *NC*: «Cara a cara hablo con él, y a las claras, no por figuras»). Véase aquí mismo nota 6.

28. 1 Jn 5,7-8.

29. Cf. Ecl 5,1.

30. Cf. Sant 1,21.

31. Cf. 1 Jn 5,4.

32. Cf. 1 Pe 3,4.

33. Cf. Sal 14,2.

34. Cf. Jn 16,16; Heb 10,37 (*NT 1819*).

35. Cf. Sal 104,30 (*GT 1740*).

36. Cf. Heb 1,14.

37. Cf. Sal 139,2-3 (*GT 1740*).

38. Cf. 2 Cor 9,7.

39. Cf. Gn 1,6-8.

40. Cf. Mt 12,35 (*GT 1740*).

41. Véanse *supra*, notas 6 y 27.

42. Cf. Hch 1,9.

43. Referencia al dogma del carácter continuado de la creación, tal como se lo expone, por ejemplo, en el *Catecismo breve* (1529) de Lutero.

44. Cf. Ef 6,12 (*NT 1819*); cf. *NC*: «los espíritus malos de los aires».

45. Rom 1,1-2.

46. Cf. 1 Tim 4,1-3.

47. Cf. Lc 8,15.

48. Cf. 2 Tim 2,13.

49. Cf. 1 Jn 4,19.
50. Cf. Lc 18,9-14.
51. En notas de lectura correspondientes a los años 1842-1843, Kierkegaard compara la función de la sentencia griega según la cual «lo semejante conoce lo semejante» en el contexto del escepticismo con la importancia del principio cristiano según el cual «conozco en el mismo grado en que soy conocido» —*SKS* 19, 397 [*Notesbog* 13, 28] (*Pap.* IV C 50)—. La referencia al escepticismo griego se vincula al estudio del pensamiento de Sexto Empírico a partir de la *Geschichte der Philosophie* [Historia de la Filosofía] de W. G. Tennemann, Leipzig 1798-1819, ctl. 815-826, vol. 5, p. 308 n.
52. Cf. 1 Jn 3,19-20.
53. Cf. Mt 12,20; Is 42,3.
54. Cf. 2 Cor 4,16.
55. Probable referencia a Heb 4,7 (*NT 1819*; cf. *NC*: «hoy»). Cf. Lc 23,43.
56. Cf. Heb 13,8.

| TRES DISCURSOS EDIFICANTES 57

1843

| TRES DISCURSOS EDIFICANTES 59

por

S. KIERKEGAARD

Copenhague
Librería de P. G. Philipsen
Imprenta de Bianco Luno
1843

| Al difunto 61

Michael Pedersen Kierkegaard,

que fuera calcetero en esta ciudad

mi padre

se dedican estos discursos

Pese a que este pequeño libro (que por algo lleva el título de «discursos» y no el de sermones, porque su autor no tiene autoridad para *predicar*[1]; «discursos edificantes» y no discursos de edificación, porque el que habla no exige en modo alguno ser *maestro*), pese a que es, como yo bien lo sé y mejor aún lo sabe su autor, algo insignificante que podría fácilmente, tan pronto como se atreve a asomarse, ser pisoteado o perecer en el ancho mundo, o ser arrebatado por un ave de rapiña y jamás llegar a destino, pese a ello cerré confiadamente mi puerta en el momento de la despedida, sin temor, sin ninguna angustiosa agitación de ánimo. Pequeño como es, pasa rápidamente, puesto que cuida de sí mimo y sigue su camino y atiende su recado y conoce su misteriosa senda — hasta encontrar a ese individuo que yo, con alegría y gratitud, llamo *mi* lector[2] — hasta encontrar lo que busca, ese hombre de buena voluntad que lee en voz alta para sí mismo lo que yo escribo en silencio, que rompe con su voz el sortilegio de los signos escritos, que revela con la sonoridad de su voz lo que las letras mudas tenían casi en sus labios pero que sólo conseguía pronunciar con mucha dificultad, balbuceando y de manera entrecortada; que rescata con su temple los pensamientos aprisionados que buscan liberación — ese hombre de buena voluntad que yo, con alegría y gratitud, llamo *mi* refugio, que al hacer suyo lo que era mío hace por mí más de lo que yo hago por él. Y si no lo encontrara, si no fuera así, mi alegría sigue estando puesta en el hecho de remitirlos, pues «frescor de nieve en día de siega es el mensajero fiel para quien le manda, que refresca el ánimo de su señor» (Prov 25,13).

S. K.

65 # | EL AMOR HA DE CUBRIR MULTITUD DE PECADOS[3]

Epístola 1 Pedro 4,7-12

¿Qué es aquello que hace que el hombre sea grande, admirado por las criaturas, agradable a los ojos de Dios? ¿Qué es aquello que hace que el hombre sea fuerte, más fuerte que el mundo entero, qué, aquello que lo hace débil, más débil que un niño? ¿Qué es aquello que hace que el hombre sea firme, más firme que una roca, qué, aquello que lo hace blando, más blando que la cera? — ¡Es el amor! ¿Qué es aquello que es más antiguo que todo? Es el amor. ¿Qué es aquello que sobrevive a todo? Es el amor. ¿Qué es aquello que no puede ser quitado, sino que lo quita todo él mismo? Es el amor. ¿Qué es aquello que no puede ser dado, sino que lo da todo él mismo? Es el amor. ¿Qué es aquello que subsiste cuando todo falla? Es el amor. ¿Qué es aquello que consuela cuando todo consuelo fracasa? Es el amor. ¿Qué es aquello que prevalece cuando todo se trastoca? Es el amor. ¿Qué es aquello que queda cuando se rechaza lo imperfecto? Es el amor. ¿Qué es aquello que da testimonio cuando enmudece la profecía? Es el amor. ¿Qué es aquello que da indulgencias cuando cesan las visiones? Es el amor. ¿Qué es aquello que explica cuando el discurso oscuro llega a su fin? Es el amor. ¿Qué es aquello que deposita la bendición en la abundancia del don? Es el amor. ¿Qué es aquello que da fuerza al habla de los ángeles? Es el amor. ¿Qué es aquello que vuelve abundante el don de la viuda? Es el amor. ¿Qué es aquello que transforma en sabiduría el discurso del
66 hombre simple? Es el amor. ¿Qué es aquello que nunca | se altera, aunque todo se altere? Es el amor; y sólo éste es amor, el que nunca se transforma en otra cosa. Pues también el pagano encomiaba el amor, su belleza y su poder, pero su amor podía transformarse en otra cosa, que aquél encomiaba casi como algo más alto. El amor era bello, lo más

bello de todo, pero la venganza era dulce, lo más dulce de todo. Y el pensamiento del pagano acerca del amor y acerca de lo celestial era tan torpe, todo en el cielo como en la tierra era tan mezquino, que el poder que tenía la buena disposición de brindar al hombre la alegría del amor se reservaba celosamente para sí mismo la venganza, porque ésta era lo más dulce. ¿Qué tenía de sorprendente, entonces, que la venganza se ocultara en todo el amor de los paganos, que la angustia no hubiese sido desalojada, aun cuando se la olvidaba; qué tenía de sorprendente que el enemigo trabajara en silencio incluso cuando el amor dormía lo más confiado, que la cólera acechara en secreto y buscara el momento adecuado; qué tenía de sorprendente que ésta irrumpiera de súbito con toda su ferocidad; qué tenía de sorprendente que llenara el alma del pagano, que éste respirara su prohibida dulzura y comprobara así su familiaridad con lo celestial? ¿Qué tenía de sorprendente que ningún amor fuera dichoso, como no lo era ningún hombre en el paganismo antes de que llegara la última hora, la cual, a su vez, sólo venía a mofarse del hombre con la idea de que éste *había* sido dichoso? ¿Qué tenía de sorprendente que la pena se mezclara con la alegría, que, incluso en el instante de la alegría, el instante siguiente pasara junto a ella como la atemorizante figura de la muerte? ¿Cómo iba a lograr un pagano superar al mundo? Pero si no lo lograba, ¿cómo podría entonces ganarse el mundo?

¿Qué es aquello que nunca se altera aunque todo se altere? Es el amor, y sólo éste es amor, el que nunca se transforma en otra cosa. Pues también el judío piadoso daba testimonio del amor, pero su corazón era hijo de la alteración y de la vicisitud, y sabía odiar a su enemigo. Aunque cediera la venganza al Señor, porque a él le pertenece, su alma no desconocía, sin embargo, la dulzura de aquélla; pues también es dulce esa conciencia de que la venganza del Señor es más terrible que la venganza humana, que el hombre maldice a su enemigo, pero que el Señor maldice al impío y a la descendencia del impío por muchas generaciones. ¿Qué tenía entonces de sorprendente que la angustia tuviera siempre un ojo abierto, incluso cuando el amor estaba más descuidado; qué tenía de sorprendente que la cólera, incluso cuando el amor menos lo soñaba, en silencio se pusiera a hacer cálculos acerca de lo dado y lo recibido, de lo que era del uno y lo que era del otro? ¿Qué tenía de sorprendente que ningún amor | fuese 67
dichoso antes de que llegara la última hora, puesto que sólo entonces se revelaba completamente la *incierta* exigencia del amor?

¿Qué es aquello que nunca se altera aunque todo se altere? Es el amor. Y sólo éste es amor, el que nunca se transforma en otra cosa; aquel que lo da *todo* y que *por esa razón* no tiene nada que exigir; aquel

que nada exige, y que por eso no tiene nada que perder; aquel que bendice y bendice cuando se lo maldice; aquel que ama a su prójimo, pero cuyo enemigo es también su prójimo; aquel que cede la venganza al Señor, porque se reconforta en que él es aún más misericordioso.

Éste es el amor del que habla el apóstol Pedro en el texto que leímos, y así como este amor muchas veces y de muchas maneras contó con el testimonio apostólico, así también vuelve a atestiguar aquí su poder, al decir: el amor ha de cubrir la multitud de los pecados.

Éstas son las palabras, éste es el testimonio que consideraremos especialmente al meditar acerca de *cómo cubre el amor la multitud de los pecados.*

¿Pero cómo habremos de hablar de esto? ¿Habremos de hablar de tal manera que no nos demos tiempo para demorarnos en las palabras, porque el mero sonido contendría un silencioso reproche que despertaría un cuidado hacia ellas, que reclamaría un empeño con relación a ellas, hacia la meta en pos de la cual todo hombre debe empeñarse? ¿Habremos de hablar así para que el individuo, si ello es posible, incluso en esta hora deba tomar la decisión de aprovechar el instante oportuno; para que la palabra, si ello es posible, incite a aquel a quien encontrara detenido y ocioso a ponerse en carrera; a quien encontrara en la pista, a apurar la marcha; a quien encontrara en carrera, a apresurarse y precipitarse en pos de lo perfecto? ¿Habremos de hablar de la manera que se habla a los imperfectos? ¿Habremos de recordar cuán infrecuente es dar con aquel que nunca conoció o que, si lo hizo, olvidó por completo las «nociones elementales del mundo»[4] según las cuales la venganza es dulce; habremos de recordar que todo hombre, si es honrado, descubre demasiado a menudo que ha sido capaz de interpretar con exactitud, de manera penetrante y experimentada esa lamentable verdad: que la venganza es dulce? ¿Habremos de recordar cuán infrecuente sigue siendo dar con aquel que cedió la venganza al Señor confiando en que su explicación de la culpa sería más benigna aún, y aún más misericordioso su juicio acerca de ella; que él es más grande que el corazón de un hombre; y cuán frecuente es, en cambio,
68 para cualquier hombre honrado tener que admitir ante sí | mismo que no renunció a la venganza, precisamente porque se la encomendó al Señor? ¿Habré de recordar cuán infrecuente sigue siendo dar con aquel que perdonó de modo tal que el enemigo arrepentido fue realmente su prójimo, aquel que en su perdón realmente superó la valla, y no vio diferencia alguna en el hecho de que él mismo fuera llamado por la mañana temprano y el enemigo en la undécima hora[5], en que él sólo

debiera cincuenta denarios y el enemigo, quinientos[6]? ¿Habré de recordar cuán infrecuente sigue siendo dar con aquel que amó de tal modo que su oído, cuando le iba bien al enemigo, no percibió ningún rumor de la envidia, porque su corazón no conocía la envidia; que amó de tal modo que «sus ojos no se retractaron del perdón»[7] cuando la fortuna fue propicia a su enemigo; aquel que amó de tal modo que, cuando al enemigo le fue mal, olvidó que era su enemigo? ¿Habremos de alertar contra lo que es menos culposo a los ojos de los hombres, contra esa hábil sensatez que astutamente sabe descubrir los errores de los hombres y que, aunque no abusa de su saber para juzgar, no sólo agravia al prójimo con su curiosidad sino que, aún más, se hunde a sí misma? ¿Habremos de exhortar a cada uno a ambicionar ese amor cristiano, puesto que todo hombre tan a menudo tiene necesidad del perdón? ¿Habremos de exhortar a cada hombre a juzgarse a sí mismo y, además, a olvidarse de juzgar a otros; alertar contra el juzgar y el prejuzgar, puesto que ningún hombre puede penetrar totalmente al otro con su mirada, pues sucedió muchas veces que la ira del cielo no consumió a aquel sobre quien fue reclamada, sino que el Señor, misericordioso y benigno, secretamente lo miró con agrado; habremos de exhortar a cada uno a no reclamar celosamente la cólera sobre otro, para que, con su intransigencia, no acumule sobre sí una cólera más terrible aún en el día del juicio?

¿Habremos de hablar de esa manera? Sí, es cierto que a menudo nos sería de provecho que se hablara así, pero es dificilísimo hacerlo sin que el orador mismo, en el discurso, obre contra el discurso juzgando a los demás. Sí, incluso el juzgarse a sí mismo en el discurso es dificilísimo, sin que el orador se enrede en un nuevo malentendido y, así, perturbe a otros. Por eso escogemos la tarea más fácil; nos demoraremos en las palabras mismas, y así como todo otro amor en este mundo fue encomiado, así también explicaremos y encomiaremos el amor que tiene el poder de hacer el milagro de ocultar la multitud de los pecados. Hablaremos como se les habla a los perfectos. Si hubiera uno que no se sitiese perfecto, el discurso no haría, | sin embargo, ninguna diferencia. 69
Dejaremos que nuestra alma repose en la palabra apostólica, que no es un engañoso giro poético, que no es un rapto de atrevimiento, sino que es un pensamiento fidedigno, un testimonio plenamente válido que, para ser comprendido, debe ser tomado al pie de la letra.

El amor ha de cubrir la multitud de los pecados. El amor enceguece, dice un viejo refrán, y con ello no se intenta señalar una imperfección en el que ama o un estado original en él, pues sólo cuando el amor ocupó un lugar en su alma, sólo entonces se enceguecció, y, a medida que el amor triunfaba en él, se enceguecía más y más. ¿O

es que el amor se había vuelto más imperfecto, de manera que, tras haberse engañado primero no queriendo ver lo que de todos modos veía, finalmente terminó no viéndolo? ¿O, quién encubría mejor: aquel que sabía que había ocultado algo, o aquel que, además, lo había olvidado? Para el que es puro, todo es puro, dice un antiguo refrán, y con ello no se intenta señalar en el que es puro una imperfección que habría de desaparecer poco a poco; por el contrario, cuando más puro es, tanto más puro se le vuelve todo. ¿O fue una imperfección en el que es puro el hecho de que, tras haberse rescatado a sí mismo sin mácula de lo impuro al no querer saber lo que de todos modos sabía, terminó no sabiéndolo siquiera?

Entonces no depende meramente de lo que uno ve, sino que lo que uno ve depende de cómo uno ve; pues una observación no es nunca meramente un recibir, un descubrir, sino también un producir, y, puesto que lo es, lo decisivo es cómo es el observador mismo. Así, cuando, respecto de lo mismo, uno ve una cosa y otro, otra, el uno descubre lo que el otro encubre. Si el objeto de la observación pertenece al mundo exterior, entonces es indiferente cómo sea el observador o, mejor dicho, entonces su esencia íntima es irrelevante con respecto a lo que es necesario para la observación; en cambio, cuanto más el objeto de la observación pertenece al mundo del espíritu, tanto más importante es cómo sea aquél en lo más profundo de su esencia; pues todo lo que es espiritual sólo se asimila con libertad; pero lo que uno asimila con libertad es también algo que se produce. La diferencia no está, entonces, en lo exterior sino en lo interior, y de dentro procede todo lo que vuelve al hombre impuro, y su observación es impura. El ojo externo no tiene importancia alguna en el asunto, sino que «el ojo malo viene
70 de dentro»[8]. Pero un ojo malo descubre muchas cosas | que el amor no
ve, pues un ojo malo llega también a ver que el Señor obra la injusticia cuando es bondadoso[9]. Cuando en el corazón habita la maldad, el ojo ve el escándalo; pero cuando en el corazón habita la pureza, el ojo ve el dedo de Dios, pues los que son puros ven siempre a Dios[10], «pero aquel que hace el mal, no ve a Dios» (3 Juan 11).

La interioridad decide, entonces, lo que un hombre descubre, y lo que encubre. Cuando en el corazón habita la apetencia del pecado, entonces el ojo descubre la multitud del pecado y lo multiplica más aún; pues el ojo es la luz del cuerpo[11], pero cuando la luz que hay en el hombre es penumbra, ¡qué oscura se vuelve la penumbra! Cuando en el corazón habita la angustia del pecado, entonces el ojo descubre la multitud del pecado y lo multiplica más aún, ¿y de qué le serviría a ese hombre el hecho de ser ciego?, pues el bribón baja la mirada y escucha con oídos sordos (Eclo 19,24)[12]. Cuando en el corazón habita el amor,

entonces el ojo está cerrado y no descubre la obra manifiesta del pecado, y menos aún la encubierta, pues «el que guiña el ojo tiene en cuenta el mal» (Prov[13]), pero el que comprende el guiño del ojo, ése no es puro. Cuando en el corazón habita el amor, entonces el oído está cerrado y no oye las palabras del mundo ni la amargura de la blasfemia, pues el que dice «raca» a su hermano, ése es culpable ante el consejo[14], pero el que lo oye cuando se lo dicen, ése no es perfecto en el amor. Cuando en el corazón habita la irascibilidad, entonces el hombre está presto a descubrir la multitud de los pecados, entonces entiende magníficamente las medias palabras, capta de inmediato y a distancia palabras que no fueron pronunciadas. Cuando en el corazón habita el amor, entonces el hombre comprende lentamente, y no oye en absoluto una palabra apresurada, y no comprende su repetición, porque le asigna un buen lugar y un buen sentido; no comprende el largo discurso de la cólera o de la blasfemia, porque espera todavía una sola palabra que ha de dar sentido al discurso. Cuando en el corazón habita el temor, entonces el hombre descubre fácilmente la multitud del pecado, su fraude y su engaño, su perfidia y su intriga; que

Todo corazón es un lazo,
Todo bribón es como un niño,
Toda promesa es como una sombra[15].

Pero el amor que cubre la multitud de los pecados nunca fue engañado. Cuando en el corazón habita la avaricia, cuando uno da con un ojo y mira con siete ojos lo que recibe de vuelta (Eclo 20,14)[16], entonces uno descubre fácilmente la multitud del pecado. Pero cuando en el
corazón | habita el amor, entonces el ojo nunca es engañado, pues el 71
amor, cuando da, no sigue a la dádiva con la mirada, sino que su ojo vela por el Señor. Cuando en el corazón habita la envidia, entonces el ojo tiene el poder de hacer brotar lo impuro incluso de lo que es puro; pero cuando en el corazón habita el amor, entonces el ojo tiene el poder de cultivar con su amor lo bueno en lo que es impuro; pero es que este ojo no ve lo que es impuro sino lo que es puro, que ama y cultiva con su amor al amarlo. Sí, hay un poder de este mundo que, en su lenguaje, traduce el bien en mal, pero hay también un poder de arriba que traduce el mal en bien, y es el amor que cubre la multitud de los pecados. Cuando en el corazón habita el odio, entonces el pecado está a las puertas del hombre y la multiplicidad de sus aspiraciones está en él; pero cuando en el corazón habita el amor, entonces el pecado huye lejos y lo pierde de vista. Cuando en el corazón habita la riña, el rencor, la cólera, la querella, la discordia, el sectarismo[17], ¿se necesita

entonces ir lejos para descubrir la multitud del pecado, o necesita uno vivir mucho para provocarla a su alrededor? Pero cuando en el corazón habita la alegría, la apacibilidad, la longanimidad, la dulzura, la lealtad, la bondad, la mansedumbre, la templanza[18], ¿qué tendría de sorprendente que un hombre, aunque se encontrara en medio de la multitud del pecado, fuera un extraño, un extranjero que comprendiera muy pero muy poco de las costumbres locales? Y si se le exigiera una explicación ¿cómo podría ésta no cubrir la multitud de los pecados?

¿O acaso no es así? ¿Habremos de decir con suspicacia: la multitud del pecado en el mundo es y seguirá siendo igual de grande sin importar que el amor la descubra o no; habremos de dejar que la palabra apostólica y, con ella, el amor que describe, queden como un modismo de carácter decorativo que no pasaría la prueba del escudriñamiento? Pero, esa sensatez, ¿ha comprendido realmente el amor tan bien como comprendió la multitud del pecado? ¿O admitiría lo contrario: que la multitud del pecado seguiría siendo igual de grande por más que el entendimiento la descubriera o no, en lugar de encomiar más bien su propia habilidad para descubrir y rastrear el escondite del pecado? Pero entonces el hecho de que el entendimiento descubriría la multitud del pecado sería tan cierto como que el amor lo cubriría, sin que lo uno fuera más cierto que lo otro. ¿O habría aún un tercer modo de llegar a saber de él, que no fuese conocerlo sensatamente ni desconocerlo amorosamente; no sería ese saber un saber inhumano? No se trata de una expresión meramente retórica
72 cuando se dice que el amor | cubre la multitud de los pecados, sino que es verdaderamente así, y éste es el poder del amor cristiano, que no es grande en virtud de hazañas admirables, como otros amores lo son, sino que es más grande en su callada prodigiosidad.

* * *

Feliz el hombre que vio el mundo en su perfección, pues todas las cosas eran aún muy buenas[19]; *feliz el hombre que fue, con Dios, testigo de la excelencia de la creación, bienaventurada el alma que fue colaboradora de Dios en el amor, bienaventurado el amor que cubre la multitud de los pecados.*

* * *

El amor ha de cubrir la multitud de los pecados. La *multitud* de los pecados; es una palabra terrible y trae fácilmente a colación otra construcción en la que aparece a menudo en el uso lingüístico: la multitud de lo creado, con lo cual pensamos en la inmensa turba de

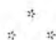
las especies, el incontable torbellino de seres vivos cuyo número nadie puede aportar porque ningún número es lo suficientemente grande, y porque no hay instante alguno en el que uno pueda ponerse a contar, pues en cada instante se engendran otros, incontables. ¿Sucede así también con la multitud del pecado? Pues así como se dice que al que tiene se le dará y tendrá en abundancia, así también el pecado es muy fecundo, y un pecado engendra muchos, y se multiplica más y más. Pero el amor cubre la multitud del pecado. Entonces, si el ojo del amor estuviera cerrado, si él mismo con su observación no cubriera la multiplicidad, ¿cómo habría entonces de atreverse a querer detener el poder del pecado? Así, pues, el amor cubre la multitud del pecado precisamente por haberla cubierto de antemano.

Un sabio de la antigüedad ha dicho: aléjate de las contiendas y aminorarás el pecado (Eclo 28,8). Pero aquel que aminora el pecado cubre justamente la multitud del pecado, y la cubre doblemente, al no pecar él mismo y al impedir que otros lo hagan. Y, sin embargo, aquel que se aleja de las contiendas impide sólo por un instante que un hombre | peque; tal vez el mismo hombre se dirigirá a otra parte 73
y buscará contiendas; pero aquel que hace que un pecador se vuelva de la senda de su extravío, ése, dice el apóstol Santiago, cubre la multitud de los pecados[20].

Sin embargo, ¿es posible relatar debidamente cómo el amor cubre la multitud de los pecados; no es su multiplicidad aún mayor que la multiplicidad del pecado? Cuando ve la caña quebrada, entonces sabe cómo cubrir la multitud de los pecados, para que la caña no se rompa por la carga[21]. Cuando ve la mecha humeante, sabe cómo cubrir la multitud de los pecados, para que la llama no se extinga[22]. Cuando ha triunfado sobre la multitud de los pecados, entonces sabe cómo volver a cubrir la multitud, entonces prepara todo de manera festiva para la recepción, como lo hizo el padre del hijo pródigo[23], entonces espera con los brazos abiertos la llegada del extraviado, lo ha olvidado todo y hace que también él lo olvide todo al cubrir de nuevo la multitud de los pecados; pues el amor tampoco llora por la multitud de los pecados, y es que si así fuera, él mismo la vería, sino que cubre la multitud. Y cuando el pecado se le resiste, entonces se multiplica aún más, no se cansa jamás de tirar fielmente con ella en yunta desigual[24], no se cansa de creerlo todo, de esperarlo todo, de soportarlo todo[25]. Cuando el pecado se endurece contra el amor y desea devolverle lo suyo, cuando paga la benevolencia con ultraje y burla y escarnio, entonces el amor no retribuye el ultraje con ultraje, entonces bendice y no maldice[26]. Cuando el pecado odia envidiosamente al

amor, cuando, en su maldad, quiere inducir al amor mismo a pecar, éste no encuentra fraude en sus labios[27], sino plegaria y exhortación. Pero cuando las plegarias y la exhortación sólo avivan el pecado y llegan a ser una nueva ocasión para la multitud del pecado, entonces el amor calla, pero no menos fiel, leal como una mujer, lo rescata, como lo hace una mujer — «sin palabras» (1 Pe 3,1). El pecado creía haber conseguido que los caminos de ambos se separasen enseguida, pero he aquí que el amor permaneció entre ellos. Y el pecado quiere espantar al amor obligándolo a andar una milla, pero he aquí que el amor anduvo dos[28]; abofeteó al amor en la mejilla izquierda, pero he aquí que el amor le puso la otra[29]; y le quitó la túnica al amor, pero he aquí que el amor le dio también la capa. El pecado ya no puede
74 con él y se siente impotente, y quiere deshacerse de él, y agravia | al amor tan profundamente como puede, pues cree que ni el amor mismo podrá perdonar más de siete veces. Pero he aquí que el amor pudo perdonar setenta veces siete[30], y el pecado se cansó más rápidamente de rechazar el perdón que el amor de perdonar. Sí, así como hay un poder del pecado que tiene la constancia suficiente para consumir cada uno de los mejores sentimientos de un hombre, así también hay un poder celestial, que niega su sustento a la multitud del pecado de un hombre, y ese poder es el amor que cubre la multitud de los pecados.

¿O acaso no es así? ¿Habríamos de preferir hacer el encomio de la suspicacia que es capaz de describir horriblemente la multitud de los pecados? ¿O habríamos de preguntarle a esa suspicacia de dónde obtuvo ese saber? Pues si ésta pudiese convencer al amor acerca de ello, entonces el amor nunca comenzaría y no lograría nada. Pero por eso el amor comienza cubriendo la multitud de los pecados, y por eso termina allí donde comenzó, cubriendo la multitud de los pecados.



Bienaventurado el hombre cuyos pecados han sido cubiertos[31], y más bienaventurado el amor que cubre la multitud de los pecados.



El amor ha de cubrir la multitud de los pecados. Si el amor hubiera triunfado en el mundo, entonces sí que la multitud del pecado estaría cubierta, y todo sería perfecto en el amor. Si la legión del amor en el mundo fuera numerosa, si su número fuese igual al del enemigo, entonces podría luchar cuerpo a cuerpo — ¡y cómo podría el amor no triunfar, cuando es el más fuerte! Si, en cambio, los siervos del amor son un pequeño grupo, si cada uno es un hombre solo, ¿conseguirá

realmente el amor cubrir la multitud de los pecados? ¿O es la palabra apostólica, en cuanto con ella pensáramos algo diferente de la piadosa ignorancia del amor y de su celo dentro de los límites de aquélla; es la palabra apostólica en ese caso un discurso bello pero, de todos modos, infructuoso? ¿Habremos de considerar la palabra apostólica como una entusiasta necedad y encomiar más bien | la suspicacia que afirma: el 75
curso de la vida sigue leyes determinadas; dejad que el amor habite el instante de la indigencia, pared por medio con la impiedad, que a la impiedad en nada beneficia? ¿Estaría el entendimiento igualmente dispuesto a proferir lo contrario, a saber, que no tiene importancia alguna que la impiedad habite en la casa del amor? ¿Negará el entendimiento que en la vida debe a menudo el inocente sufrir con el culpable? Preguntémoselo al entendimiento. Un pagano de la antigüedad, que en el paganismo era mencionado y elogiado como sabio, iba en el mismo barco que un impío. Puesto que el barco zozobraba, el impío elevó su voz para rezar, pero el sabio le dijo: «Cállate, querido, que si el cielo advierte que tú estás a bordo, el barco se hunde»[32]. ¿Es cierto que el culpable puede ocasionar la caída del inocente? ¿Pero, entonces, es lo contrario igual de cierto? Tal vez el entendimiento carecía meramente del coraje de creerlo y, aunque tenía bastante de la desconsolada suspicacia que descubre la miseria de la vida, no tenía el corazón suficiente como para entender el poder del amor. ¿No es acaso así? Pues el entendimiento hace siempre que el hombre sea tímido y apocado, pero el amor da coraje, y por eso el discurso del apóstol es valiente[33]. ¡Si a bordo del mismo barco, en lugar de un impío, hubiese habido un hombre piadoso, si hubiese habido un apóstol! ¿No sucedió? Un barco pagano navegaba desde Creta con rumbo hacia Roma, y el barco zozobró, por muchos días no se vieron el sol ni la estrellas, y a bordo de ese barco iba un apóstol, y Pablo se puso de pie y les dijo a los que iban con él en el barco: «Os exhorto, varones, a cobrar buen ánimo, pues el alma de ninguno de vosotros habrá de perecer»[34]. ¿O habría realmente de tener la impiedad mayor poder que el amor? ¿Acaso el hecho de que hubiera un impío a bordo tendría la fuerza suficiente para hacer que la situación de los otros fuese diferente, pero un apóstol no tendría un poder como ése? ¿O no dice el Señor mismo que los días de la esclavitud habrán de acortarse a causa de los escogidos[35]?

¿Es una idea indigna acerca de Dios la de pensar que el amor cubre de ese modo la multitud de los pecados? ¿Olvidamos tal vez en nuestro discurso y en nuestra meditación que a Dios en los cielos no lo detiene ningún engaño, que su pensamiento es vívido y presente, que penetra todas las cosas y juzga los designios del corazón[36]? ¿Tendría razón aquel que, cuando alabáramos el amor, nos exhortara a limitarnos a

decir la verdad, que es bello y amable que el amor quiera cubrir la multitud de los pecados y cambiar el rumbo del mundo, antes que
76 incurrir en la exageración | de afirmar que el amor cubre la multitud de los pecados? Quien habla de esa manera, ¿no ha olvidado que el amor ruega por los pecados de otros; no ha olvidado que la plegaria de un justo logra muchas cosas[37]?

Cuando Abrahán habló encarecidamente al Señor y le rogó por Sodoma y Gomorra[38], ¿no cubrió la multitud de los pecados? ¿O sería tal vez una encomiable agudeza que alguien dijera que, con su ruego, recordó igualmente la multitud de los pecados y aceleró el juicio, de la misma manera que su propia vida era ya un juicio, y que, de haber tenido la fuerza para determinarlo, habría hecho que el juicio fuese aún más terrible? ¿Cómo rogó Abrahán? ¡Hablemos humanamente al respecto! ¿No arrebató de alguna manera al Señor con sus razonamientos, no llevó al Señor a olvidar la multitud de los pecados para contar el número de los justos, así hubiese 50, 45, 40, 30, 20 o incluso sólo 10 inocentes? ¿No cubrió entonces Abrahán la multitud de los pecados? ¿Prueba lo contrario la caída de las ciudades, o prueba otra cosa que el hecho de que no había siquiera 10 inocentes en Sodoma? Y, sin embargo, ¿qué era Abrahán mismo en comparación con un apóstol, cuánta era su valentía en comparación con la de un apóstol?



Grande es el hombre, porque su vida, si es justa, habrá de juzgar incluso a los ángeles; más bienaventurado el amor, que cubre la multitud de los pecados.



Hemos alabado el poder del amor para cubrir la multitud de los pecados, hemos hablado como se les habla a los perfectos. Si hubo alguien que no se sintió perfecto, el discurso no hizo diferencia alguna. Demorémonos una vez más en este amor para observar la imagen que de él se presenta visiblemente al alma. Si hubo alguien que, al observarse a sí mismo en ese espejo, comprobó su desemejanza, si esto les sucedió a todos, el discurso no hizo diferencia alguna.

77 | Los escribas y los fariseos sorprendieron una vez a una mujer en pecado manifiesto y la expusieron en medio del templo a la mirada del Salvador; pero Jesús se inclinó y escribía con el dedo en la tierra[39]. Él, que lo sabía todo, sabía también lo que sabían los fariseos y los escribas antes de que éstos se lo dijeran. Los escribas y los fariseos

descubrieron enseguida la culpa de aquélla, y eso sí que era fácil, puesto que su pecado era manifiesto. Descubrieron además otro pecado, aquel del que ellos mismos se hicieron culpables al tender de modo intrigante su lazo ante el Señor. Pero Jesús se inclinó y escribía con el dedo en la tierra. ¿Por qué será que se inclinó, y por qué será que escribía con el dedo en la tierra? ¿Estaba allí como un juez que presta exacta atención al discurso de los acusadores, que se inclina para escuchar y anota los cargos para no olvidarlos, y que juzga de manera estricta? ¿Era la culpa de esa mujer lo único que el Señor ponía por escrito? ¿O no es que aquél, el que escribe con el dedo en la tierra, escribe más bien para borrar y olvidar? Allí estaba la pecadora, rodeada de otros que eran tal vez culpables y que la acusaban, pero el amor se inclinó y no escuchó la acusación que pasó por el aire sobre su cabeza; escribió con el dedo para borrar lo que él mismo sabía; pues el pecado descubre la multitud de los pecados, pero el amor cubre la multitud de los pecados. Sí, incluso a los ojos del pecado cubre el amor la multitud de los pecados, pues por una sola palabra del Señor callaron los fariseos y los escribas, y no había ya ningún acusador, nadie que la juzgara. Pero Jesús le dijo: yo tampoco te juzgo, vete y no peques más, pues el castigo del pecado engendra nuevo pecado, pero el amor cubre la multitud de los pecados.

78 | EL AMOR HA DE CUBRIR MULTITUD DE PECADOS

Epístola 1 Pedro 4,7-12

Así como el discurso del apóstol era diferente de todo discurso humano en virtud de su contenido, así también es, de muchas maneras, diferente de él en virtud de su forma. Para traer a colación algo en particular, aquel discurso no detiene al oyente y lo invita a descansar, no interrumpe al orador y deja que olvide su trabajo. El del apóstol es un discurso preocupado, fogoso, ardiente, encendido, siempre y en todas partes movido por las fuerzas de la vida nueva, provocativo, exclamativo, convocante, de fuerte explosión, breve, ininterrumpido, conmovedor, conmovido él mismo tanto por temor y por temblor[40] como por el anhelo y la bienaventurada expectativa, conocedor en todo momento de la poderosa inquietud del espíritu y de la honda impaciencia del corazón. ¿Y cómo podría precisamente aquel que va corriendo[41] tener tiempo para largos discursos? ¡Para eso debería él mismo estarse quieto! ¿Cómo podría aquel que aspira a serlo todo para todos[42] tener tiempo para una reflexión extensa? ¡Entonces no podría cambiar las armas del espíritu con la suficiente rapidez! ¿Cómo podría aquel que navega hacia lo perfecto con todas las velas de la esperanza contar con momentos suficientes para la humana minuciosidad? Pero si el discurso del apóstol es siempre impaciente como una parturienta, hay dos consideraciones que suelen inflamarlo especialmente: por una parte, la idea de que la noche ha pasado y el día ha despuntado, que la noche ha sido lo bastante larga y que se trata de aprovechar el día; por la otra
79 parte, la idea de que llega la hora | en la que ya no se puede trabajar, que los días están contados, que el fin está cerca, que el fin de todas las cosas se aproxima.

También el texto que se ha leído da testimonio de ese celo apostólico y comienza con un «por eso», al que corresponden en la carta del apóstol las palabras inmediatamente precedentes: «pero el fin de todas las cosas se aproxima»; palabras éstas que no sólo explican ese «por eso»[43], sino también aquello que en el texto necesitaría tal vez, dicho humanamente, una explicación que muestra además de qué manera la impaciencia apostólica es muy pero muy diferente del arrebato de un hombre exaltado. ¿Pues no parece extraño que justo después de la bella admonición: «tened por encima de todas las cosas un íntimo amor los unos por los otros», que justo después de las significativas palabras de consuelo ligadas a ello: «el amor ha de cubrir multitud de pecados», venga una admonición aparentemente tan incidental como ésta: «compartid la vivienda unos con otros sin murmuración»[44]? Y, sin embargo, esa admonición prueba precisamente la autoridad y la sabiduría del apóstol. ¿Pues cómo podría un hombre exaltado, tras haber mencionado las palabras «el fin de todas las cosas se aproxima», haber añadido una admonición como ésa? ¿No habría resultado evidente que era algo superfluo? Pues, si fuese así, ¿no habría causado más bien con su discurso que las viviendas se quedaran vacías, de manera que no habría nadie que fuera a compartir vivienda y, si lo hubiera, no tendría por qué estar en apuros? Pero un apóstol no es impaciente de esa manera y su inquietud es superior a toda serenidad humana. El apóstol ama demasiado a su congregación como para ocultar cobardemente el terrible hecho de que el fin de todas las cosas se aproxima, pero, a la vez, sabe de inmediato cómo volver a llamar a la congregación al orden, de manera que es como si el horror hubiese sido olvidado, como si hubiese tranquilidad y seguridad, ocasión propicia para mostrar su amor al prójimo aun en las circunstancias insignificantes de la vida. El discurso según el cual el fin de todas las cosas se aproxima no es, entonces, una infructífera nube de tormenta que pasa y lo confunde todo, sino una angustia que purifica el aire y los vuelve a todos más benignos y cordiales y amorosos y prestos a aprovechar el tiempo oportuno, pero también lo bastante fuertes como para no ser abatidos por el pensamiento de que la hora oportuna ha pasado. El apóstol que habla no está ebrio en el sueño sino que es sobrio en su pensamiento y en su discurso.

«Pero el fin de todas las cosas se aproxima». Si ésas son palabras terribles incluso en una boca frívola, tanto más en la de un apóstol. Sin embargo, por eso también añade Pedro palabras de consuelo,
lo bastante fuertes como para superar la angustia: «El amor | ha de 80
cubrir multitud de pecados». ¿O tal vez no es necesario? ¿Se termina todo con el fin de todas las cosas? ¿Se necesita otro escondite que aquel que se concede a todos, al justo y al injusto? Quien yace en el seno de la tierra, ¿no está oculto y bien protegido? ¿Habría alguien aquí que no haya entendido al apóstol por el hecho de que éste

no menciona de manera explícita el día en que habrá de darse ese amor? ¿O será que el horror y, entonces, también el consuelo han perdido su sentido puesto que el fin de todas las cosas no se produjo como estaba predicho? ¿Es un apóstol un hombre ocioso al que sólo le importa predecir en general el fin de todas las cosas como algo irrelevante para él mismo y para los individuos, salvo que fuera para satisfacer su curiosidad? ¿O no tendría probablemente presente el hecho de que, junto con el fin de todas las cosas, también sus días y los de la feligresía estaban contados? Pero eso sucedió realmente con el apóstol y con la feligresía, lo mismo vuelve a repetirse en cada generación y lo que le sigue se repite también, pues todos los hombres habrán de morir y después venir a juicio[45]. Pero en el día del juicio se requiere también una armadura. Es la que el apóstol describe, y describe su perfección. Esa armadura es el amor, lo único que no puede ser suprimido, lo único que permanece junto a un hombre en la vida y que permanece junto a él en la muerte, y que vencerá a la muerte. Pues el amor no es como un amigo falso, que primero cautiva a un hombre y luego permanece junto a él para burlarse de él. No, el amor permanece junto a un hombre, y cuando todo le resulta confuso, cuando los pensamientos se ponen de pie para acusar, cuando las angustias alzan sus cabezas para juzgar, entonces el amor las desafía y le dice a aquél: sólo ten paciencia, yo permanezco junto a ti, y triunfo junto contigo, y mi testimonio ha de superar la confusión. Incluso si el amor llevara a un hombre a extraviarse, aun si el amor mismo no pudiera exonerarlo después, aun así le dice: ¿habría yo de abandonarte en la hora de la necesidad? Aun cuando todos te abandonaran, aun cuando te hubieras abandonado a ti mismo, aun entonces permanezco junto a ti, yo, que te hice extraviar, pero que también tengo para ti el consuelo de que fui yo quien lo hizo. Y si no fuese así, ¡qué poder logra, como el amor, llevar de esa manera a un hombre a atreverse a lo terrible! ¡Qué horroroso sería entonces que no supiera, además, interpretarse a sí mismo, hacerse comprensible para el individuo, aun cuando ninguna otra alma lo comprendiera!

Reflexionemos con mayor cuidado en la palabra apostólica. El
81 apóstol habla | a los imperfectos. ¿Cómo habría de tener alguien
perfecto una multitud de pecados que necesitara cubrir? Pero a los imperfectos, a los penitentes, a ellos los consuela también con la idea de que el amor ha de cubrir multitud de pecados. No deberíamos falsear de manera frívola la palabra apostólica, engañarnos a nosotros mismos con suspicacia y traicionar la palabra pensando que quien tiene amor, es perfecto. Aquel que no está en la multitud del pecado, no necesita que lo cubran, a él no le son adecuadas las palabras; pero

aquel que no se deja consolar, a él esas palabras no le son de provecho, pues el consuelo está justamente en que, en el mismo corazón en que hay multitud de pecados, puede habitar el amor, y que este amor tiene el poder de cubrir la multitud.

Queramos, pues, buscar en la palabra del apóstol el consuelo que se ofrece, reflexionando acerca de *cómo cubre el amor multitud de pecados.*

¿Pero cómo es esto posible, siendo que el amor descubre precisamente en uno mismo una multitud de pecados? ¿No se ha dado con frecuencia que alguien vivía fácil y despreocupadamente con la alegre mentalidad de la juventud, sin ensoberbecerse en su propia perfección, pero también sin sentirse abatido o trabado por una fastidiosa conciencia, hasta que el amor lo sorprendió, y lo de antes ya no le agradaba, porque el amor había descubierto de muchas maneras su imperfección y debilidad? ¿Le fue mejor al hombre sensato? Éste despreciaba la frivolidad de la juventud, se vigilaba a sí mismo, aspiraba a deshacerse de sus errores, pero con esa aspiración ganó también una autosuficiencia que no temía la prueba del entendimiento, que recibía la gloria de los hombres[46], que desafiaba al mundo a combatir — y entonces el amor apuntó hacia él, y he aquí que el mismo que había elevado su frente con orgullo, que había dominado a los hombres con su mirada, de súbito bajó la vista, pues había descubierto una multitud de pecados. ¡Y el mismo que pudo pasar el riguroso juicio del entendimiento, no pudo soportar el juicio benigno del amor! Pero estas cosas no le suceden al justo. Él era riguroso consigo mismo y no deseaba ser como otros; sabía que quien quiere preservarse a sí mismo debe trabajar y renunciar a muchas cosas, pero sabía también lo que ganaba en esa lucha, que *él* ganaba discernimiento en la convicción de que hay justicia en los cielos, pues él mismo se consideraba justo[47]. Y entonces el amor del cielo miró hacia
él, y he aquí que aquel | que se había reconfortado a sí mismo por ser 82
capaz de dar a cada uno lo que le corresponde, al hombre lo que es del hombre y a Dios lo que es de Dios; aquel que ya en esta vida esperaba con alegría rendir cuentas en el día del juicio, había descubierto ahora una multitud de pecados, de manera que no podía responder ni uno de mil cargos[48]. No era sólo que de esta manera el amor descubría en un instante lo encubierto, no, sino que era como si el amor extendiera la multitud del pecado hacia el porvenir. Aquello que había superado con orgullosa confianza en sí mismo, ahora le parecía difícil, porque su alma estaba preocupada en el amor. Allí donde no había presentido la tentación, ahora podía verla y ver que lo cautivaba, y fue presa de un

temor y un temblor que nunca había conocido. Él mismo se persuadía fácilmente de que en verdad era así, pues, si se hubiese entregado a su propia justicia, desaparecería la tentación.

¿Pero es posible, entonces, que el mismo poder que descubre una multitud de pecados, que el mismo poder que, al verter la preocupación del amor en el corazón de un hombre, multiplica de alguna manera la multitud, que el mismo poder pueda cubrirla en el mismo hombre? Y, sin embargo, ¿sería bueno que no fuese así? ¿Qué es entonces el amor? ¿Es un sueño hacia el que uno va en la noche cuando se duerme? ¿Es un narcótico que hace que todo se olvide? ¿Habremos de menospreciar el amor pensando que ése es el sentido en que cubre multitud de pecados? En ese caso era mejor conservar la ligera mentalidad de la juventud, o el autoexamen del adulto, o la propia justificación del hombre. ¿Acaso uno ha de comprar la sabiduría, comprar el discernimiento, comprar la paz del corazón, comprar la beatitud del cielo, comprar la vida con los dolores del alumbramiento, pero el amor no ha de conocer ningún dolor de parto? El amor no es un sueño. ¿Habríamos de calificarlo de ese modo, cuando sería mejor decir: éste, el primero de sus dolores, es un sueño intranquilo y angustioso que culmina en un bienaventurado despertar al amor, el cual cubre multitud de pecados? Pues el amor lo quita todo. Quita la perfección de un hombre, y cuando éste quiere conservarla, el amor se le hace duro; pero quita también su imperfección, su pecado, su penar. Le quita su fortaleza, pero también su sufrimiento, ¡y qué terribles sufrimientos no cubriría el amor, y es como si nada fueran, salvo la amorosa alegría de rescatar a otro! Pero cuando se lo quita, lo cubre; y cuando se lo quita todo, lo cubre todo; y cuando, en la misma medida en que se lo quita, le
83 da | otra cosa en su lugar, lo cubre más allá de todo entendimiento. Los hombres han pensado a menudo que había otros medios capaces de suprimir y, por consiguiente, de cubrir lo que uno desearía cubrir. Sin embargo, ya un pagano de la antigüedad ha dicho: el hombre no puede alejarse de la pena al galope, pues ésta va a la grupa con él[49]. Esas palabras han sido citadas con frecuencia, como si revelaran una profunda penetración en el corazón del hombre. ¡Si cuanto menos a ese antiguo pagano, que galopaba a lo largo de la vida con la pena a la grupa, no le hubiese sido preciso mirar hacia atrás! — pero eso es lo que el amor no hace. ¡Y de dónde sacaría tiempo el ojo que ama para mirar lo que ha quedado atrás, cuando eso sería perder por un instante su objeto! ¡De dónde sacaría tiempo el oído que ama para escuchar la acusación, cuando sería dejar de escuchar por un instante la voz del amor! Y si el ojo mira de soslayo, si el oído oye, entonces el corazón es mezquino, y esto no es por culpa del amor, que incluso se

encoleriza ante ello. Pues aquel que repara en su propia perfección, ése no ama, y aquel que toma en consideración su imperfección, ése no ama. Y si se creyera tan imperfecto como para, por ese motivo, ser eximido del amor, entonces mostraría que no ama, pues valoraría su imperfección y la tomaría en cuenta como si fuera una perfección. Pero el amor lo quita todo. Y aquel que se exime, o bien ha de encontrar alegría en sí mismo y no en el amor, o bien ha de sentir pena por sí mismo y no ha de encontrar alegría en el amor.

Pero para amar a un hombre de esa manera es preciso tener el coraje de amar, pues el secreto del amor terrenal consiste en que lleva sobre sí el sello del amor de Dios, sin el cual sería una tontería, o una simple lisonja, como si un hombre fuera perfecto con relación a otro hasta el punto de provocarle angustia y de ser verdaderamente capaz de quitarlo todo. Para amar a Dios de esa manera se requiere una franqueza humilde, pues el amor hacia Dios despierta en el pecho de un hombre llorando como un niño recién nacido, no como el niño que conoce a su madre. Pero cuando el amor para con Dios quiere aferrarse al Señor, el enemigo se alza horriblemente contra él, y el poder del pecado es bastante grande como para acarrear angustia. Pero el amor no cierra sus ojos a la hora del peligro, se brinda a sí
mismo para abrirse paso, como dice un viejo salmista, | 84

entre las flechas del pecado
hacia la calma del paraíso[50].

Y cuanto mayor es la distancia desde la que divisa todas esas flechas, tanto más terrible; pero a medida que se acerca, tanto menos las ve, y cuando las ha atajado todas en su pecho, herido por ellas, entonces ya no ve las flechas sino sólo el amor y la beatitud del paraíso.

Una vez, estando Jesús sentado a la mesa en casa de un fariseo, una mujer se presentó en la misma casa. Una mujer no era bienvenida como huésped, y ésta menos que ninguna, pues los fariseos sabían que era una pecadora. Aunque ninguna otra cosa hubiera podido horrorizarla y detenerla, sí la habría ahuyentando el orgulloso desprecio de los fariseos, su callada animosidad, la cólera de su sagrada posición; «pero se puso detrás de él, junto a sus pies, llorando, y comenzó a bañar con lágrimas sus pies y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies y los ungía con el ungüento»[51]. Fue un momento de angustia; lo que ella había sufrido en su soledad, su vergüenza, la acusación en su propio pecho se volvió más terrible aún, pues sabía muy bien que la acusación contaba con la connivencia de los fariseos. Pero siguió adelante

y, habiendo derrotado al enemigo, se dispuso a descansar, y puesto que había encontrado reposo a los pies de Cristo, se rindió a la obra del amor. A medida que fue llorando, al final olvidó aquello por lo que había comenzado a llorar, las lágrimas del arrepentimiento se convirtieron en las de la adoración. A ella se le perdonaron muchos pecados, porque amó mucho. En el mundo están aquellos que, tras haber desperdiciado su vida al servicio del placer, acabaron perdiéndose y ya no pudieron reconocerse a sí mismos. Ése es el infame y espantoso engaño del placer, que engaña a un hombre repecto de sí mismo y sólo le permite conservar un frívolo y pasajero presentimiento de la propia existencia, que se atreve a querer engañar a Dios respecto de su participación en la creación. A esa mujer le fue acordada la gracia de, por así decirlo, salir de sí misma a través del llanto y de acceder por el llanto a la calma del amor. Pues a aquel que ama mucho, se le perdona mucho. Y ése es el bienaventurado engaño del amor, «que aquel a quien se le perdona mucho, ama mucho», de manera que el hecho de necesitar mucho perdón viene a ser una expresión de la perfección del amor.

Pero aun cuando el amor ha logrado privar al acusado mismo de la visión de una multitud de pecados, de modo que éste, entregado al
85 amor, | ya no pudo verla, puesto que el amor la ocultó, ¿está por eso salvado para siempre? ¿No habrá nada que lo detenga en su camino y le haga recordar de repente lo que el amor oculta? ¿No hay un juicio que cae sobre el hombre desde fuera? ¿Tiene este amor una y otra vez el mismo poder, de manera que ni siquiera el juez descubre la multitud de los pecados, puesto que el amor los oculta? ¿Se deja un juez engañar, no atraviesa todos los velos y lo vuelve todo manifiesto? ¿Se deja un juez sobornar, no reclama inflexiblemente lo reclamado por el juicio? ¿Se deja engañar el juicio del mundo? Ofrécele tu amor, y seguirás siendo deudor; apórtale el mejor sentimiento de tu corazón, y seguirás siendo deudor; ofrécele las lágrimas del arrepentimiento, y el juicio reclamará la propia justicia. ¿Se deja sobornar entonces el juicio del amor? Ofrécele oro, y te despreciará; ofrécele riqueza y poder, y te desdeñará; ofrécele la magnificencia del mundo, y te juzgará por haber amado la magnificencia del mundo; anuncia tus maravillosas obras, y te juzgará por no haberlas hecho en el amor. Pues el juicio reclama lo reclamado por el juicio, y el juicio del mundo reclama lo que es del mundo, y éste oculta en sus ojos lo que falta; pero el juicio del amor exige lo que es del amor, pues el que juzga, exige, pero el que exige, busca, y aquel que «oculta una multitud de pecados, busca amor» (Prov 17,9); pero aquel que encuentra amor, oculta la multitud de los pecados; y es que quien encuentra lo que buscaba oculta lo que no buscaba.

¿No es entonces la palabra apostólica un consuelo, que da desenvoltura en el juicio? ¿No es precisamente un consuelo como el que se necesita? ¿Pues no está más allá de todo entendimiento? Grande es para el entendimiento el recordarlo todo. Locura es para él el hecho de que el amor oculte una multitud de pecados. ¿O habríamos de privarnos de ese consuelo insistiendo, por así decirlo, en querer medir el amor dividiéndolo como una remuneración para los pecados particulares, y de esa manera permanecer en el pecado? ¿Habríamos de eximirnos del amor? Pues, cuando permanecemos en él, ¿quién es entonces el que acusa[52]? ¿O acaso el mismo amor que ocultó para un hombre una multitud de pecados no es el mismo amor que oculta para el amor una multitud de pecados? Sí, aun cuando el amor no hubiera triunfado cabalmente en un hombre, aun cuando el arrepentimiento descubriera lo que el amor no había tenido la fuerza de ocultar en él,
aun así, en | el día del juicio, el amor vendrá en auxilio de su amor, 86
para expulsar el temor[53] y ocultar la multitud de los pecados.

Una vez, estando Jesús sentado a la mesa donde un fariseo, una mujer se presentó en la misma casa; estaba abatida, pues cargaba una multitud de pecados. El juicio del mundo era legible en el semblante de los fariseos, no se dejaba engañar, su pena y sus lágrimas no ocultaban nada, sino que lo manifestaban todo, y no había nada que descubrir más allá de la multitud de los pecados. Pero ella no buscaba el juicio del mundo, «sino que se puso detrás de Jesús, a sus pies, y lloró». Entonces *el amor* descubrió lo que el mundo ocultaba — el amor en ella; y puesto que éste no había triunfado en ella, el amor del Salvador vino en su auxilio, de modo que «aquel a quien se le perdonaron quinientos denarios debió amar más», e hizo que el amor en ella se volviera más poderoso aún para ocultar la multitud de los pecados, el amor que ya estaba allí; pues «a ella se le perdonaron sus muchos pecados, porque amó mucho»[54].

* * *

Bienaventurado el hombre cuyo corazón atestigua para sí haber amado mucho; bienaventurado un hombre cuando el espíritu de Dios, que todo lo sabe, atestigua que ha amado mucho, porque para él hay consuelo tanto aquí como allá arriba, pues el amor oculta una multitud de pecados.

* * *

87 | LA CONFIRMACIÓN EN EL HOMBRE INTERIOR[55]

PLEGARIA

¡Padre en los cielos! Tú guardas todas las dádivas buenas en tu mano benigna. Tu abundancia es más rica de lo que el humano entendimiento puede concebir; estás enormemente dispuesto a dar, y tu bondad es mayor de lo que el corazón de un hombre comprende; pues satisfaces todas las plegarias y das lo que te pedimos, o, lo que es mucho mejor que eso, aquello por lo cual te pedimos. Así, das a cada uno la parte que le corresponde, según es de tu agrado; pero entonces das también a cada uno la certeza de que todo viene de ti, para que la alegría no nos arranque de ti en el olvido del placer, para que la pena no establezca divorcio entre tú y nosotros; para que en la alegría, por el contrario, podamos buscar en ti y, en la pena, permanecer en ti; para que, cuando nuestros días estén contados y el hombre exterior se corrompa, la muerte no venga, fría y terrible, en su propio nombre, sino suave y amigable, con un saludo y un mensaje, con un testimonio de ti, ¡Padre nuestro, tú que estás en los cielos! ¡Amén!

Epístola a los Efesios 3,13 hasta el final[56]

En la capital del mundo, en la orgullosa Roma, donde se concentraba todo el esplendor y magnificencia de la tierra, donde estaba provisto todo aquello con lo que la suspicacia y el salvajismo humanos pasan su tiempo en el miedo de la desesperación, todo lo que aquélla inventa para asombrar al hombre sensual, donde cada día era testigo de lo extraordinario, de lo terrible, y el día siguiente lo olvidaba en

la contemplación de algo más extraordinario aún; en la renombrada
Roma, a la que todo aquel que creía poder captar de algún modo | la 88
atención de la masa acudía como a su debido escenario, preparándolo todo con anticipación para su acogida, para así aprovechar con astucia, aunque ebrio en su autosuficiencia, el escasamente acordado y ambicionado instante de dicha — allí vivía el apóstol Pablo como hombre cautivo, allí escribió la carta de la que está tomado nuestro texto. Como cautivo fue llevado allí, desconocido por todos, pero traía consigo una doctrina y daba testimonio de que ésta era una verdad divina que le había sido comunicada en una revelación especial, y la inquebrantable certeza de que esa doctrina habría de triunfar sobre el mundo entero. Claro que si se hubiese tratado de un agitador que soliviantaba al pueblo y hacía estremecer al tirano, si ahora era llevado cautivo a Roma para que el soberano saciara con su sufrimiento el ansia de venganza, para que lo martirizaran con las más rebuscadas torturas — entonces sí es probable que, al poco tiempo, su destino hubiese conmovido a todo aquel en cuyo pecho el sentimiento humano no se hubiese extinguido aún, que por un instante hubiese excitado con su horror a la voluptuosa y curiosa muchedumbre — ¡Sí, tal vez entonces el trono del tirano habría sido derribado! Pero Pablo no fue tratado de esa manera. Era demasiado insignificante como para que Roma pudiera temerle; su locura, demasiado inocente como para que el poder se armara contra él. ¿Quién era él, después de todo? Un hombre que pertenecía a un pueblo despreciado, un hombre que ya ni siquiera pertenecía a éste, sino que era expulsado de él como un escándalo — un judío que se había vuelto cristiano, el hombre más solitario, el más abandonado, el más inofensivo en toda Roma. Como tal fue tratado. Su encarcelamiento fue clemente, él era el único cautivo; y a él, que traía consigo esa victoriosa convicción, se le asignaba ahora como espacio de acción la soledad de la cárcel y el soldado tenía por encargo vigilarlo a diario[57]. — En la capital del mundo, en la ruidosa Roma, donde nada podía oponerse al despiadado poder del tiempo, que devoraba todo tan pronto como surgía, que con su olvido lo borraba todo sin dejar rastro — allí vivía el apóstol Pablo, un hombre sin importancia, en solitaria cautividad, silencioso y reservado, sin entregarse al olvido; pues no había nadie en la enorme ciudad que supiese de su existencia o se preocupase por ella. Pero mientras todo a su alrededor, más rápido que una sombra, se perdía en la vanidad, él seguía firme en la certeza de que la doctrina que él conocía habría de triunfar sobre el mundo entero — sobre todo el mundo del que ahora él estaba aislado, cuando el único ser humano que veía era el
soldado que lo vigilaba. Si un hombre que padece una culpa | soporta 89

su castigo con paciencia, no obtiene por ello ningún elogio, pero si padece con paciencia sin ser culpable, entonces se lo elogia[58]. Pensar esto es bello, oírlo es agradable, reconocerlo es bueno; hacerlo, sin embargo, es difícil. Pero aquel en cuyo corazón hay temor de Dios y piedad, con la ayuda de Dios dispondrá su alma para la humildad, para que ésta vuelva a alegrarse en Dios y a reposar en el Señor; se rescatará a sí mismo en la paciencia, por más que la enorme dificultad haga que su expectativa desaparezca como un sueño, por más que este mismo que quería ganar el mundo entero acabe siendo un prisionero, por más que, en lugar de sucumbir en la batalla, se desvanezca como una ilusión. Si alguien hubiese puesto en él su confianza y esperanza, éstas le serán recordadas, y su alma no será ajena a la dolorosa preocupación de que también ellas podrían abandonarlo; desde su prisión les escribirá tal vez: «no me abandonéis, ahora que todos me han abandonado, conservad vuestra confianza en mí, como otrora; no me olvidéis, ahora que todos me han olvidado»[59]. Tal vez podría conmover sus corazones, tal vez alguno vendría hacia él y, si se lo permitieran, visitaría al hombre cautivo, se apenaría junto a él, lo consolaría y sería edificado por él. Es hermoso hablar de ello, el mero pensamiento conmueve seguramente el corazón de los mejores hombres. Pero Pablo era un apóstol. Aunque consternado, siempre estaba alegre; aunque pobre, siempre enriqueció a muchos; aunque no tenía nada, lo poseía todo[60]. Desde su cautividad, escribe a la lejana congregación: «por eso os pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones, las que sufro por vosotros, y que son vuestra gloria»[61]. Él mismo, el que parecía necesitar consuelo, está prontamente, por así decirlo, en buen entendimiento con el Señor, está alegre en la tribulación, es valiente en el peligro, no está ocupado en su propio sufrimiento sino preocupado por la congregación, y sólo repara en su tribulación porque ésta podría hacer que la congregación desista.

Si un hombre hubiera hallado paz y reposo en su adversidad, tal vez la pena de que otros pudieran perder el coraje y la fe a causa de su infortunio despertaría en él una nueva inquietud. Pero su temor de Dios triunfará y encomendará con confianza sus amados a la mano de Dios. Hablar de ello conmueve el corazón, los mejores hombres sienten seguramente que esa tranquila entrega es digna de imitación. Pero Pablo era un apóstol, y escribe desde su prisión: «estas mis tribulaciones, las que sufro por vosotros, son vuestra gloria».

90 | Aquel que tiene una doctrina que recomendar a los hombres e intenta ganárselos, cuenta también con un testimonio al que remite confiadamente al individuo. Pero si esa atestación falla, entonces advierte que el poder le es arrebatado y, aunque es muy difícil, se

reconcilia con Dios en su corazón; y, como aquellos a quienes les es arrebatado el esposo[62] y la alegría, pero también como aquel que no corre como a la ventura[63], no olvida que por encima de salvar a otros está el hecho de salvar su propia alma, someter el ánimo inquieto a la obediencia de la fe, mantener los errantes pensamientos sujetos al lazo del amor con el poder de la convicción. Es beneficioso hablar de ello, y todo hombre justo reconoce seguramente la bienaventuranza de ordenar así su propia casa cuando uno ha servido en lo mucho y es constituido en lo poco[64]. ¡Pero, Pablo! ¿Vivía él en el favor de los poderosos, de modo que éstos pudiesen hacer recomendable su doctrina? ¡No, era un presidiario! ¿Celebraban los sabios su doctrina, de manera que su parecer pudiera garantizar la verdad de la misma? ¡No, para ellos era una locura! ¿Lograba su doctrina poner rápidamente al individuo en posesión de un poder sobrenatural? ¿Se ofrecía ésta a los hombres valiéndose de artificios? ¡No, uno tenía que adquirirla lentamente, apropiársela en una prueba que comenzaba con la renuncia a todo! ¿Contaba Pablo con algún testimonio? ¡Sí! Tenía en su contra todos los testimonios humanos, y además de eso tenía también la preocupación de que la congregación podría desistir o, lo que sería peor, desistir a causa de él; pues el escándalo nunca está más cerca que cuando la verdad es doblegada, cuando la inocencia padece, cuando la injusticia está segura de su victoria, cuando la violencia prospera, cuando la impericia no necesita siquiera valerse del poder en contra del bien, sino que, sin preocupación ni cuidado, sigue ignorando que el bien existe. ¿Pero desiste Pablo a falta de un testimonio? De ningún modo. Puesto que no tiene otro testimonio que invocar, invoca sus tribulaciones. ¿No es esto como un acto milagroso? Si Pablo no hubiese podido demostrar con mayor fuerza que tenía el poder del milagro, ¿no es ésta una demostración? Transformar la tribulación en un testimonio de la verdad de la doctrina, transformar el oprobio en gloria para sí mismo y para la congregación de creyentes, transformar la causa perdida en una causa de honor que cuenta con todo el poder de exaltación del testimonio, ¿no es como hacer que el cojo se ponga a andar y el mudo a hablar?

¿Quién le dio a Pablo el poder para hacerlo? Él mismo contaba con un testimonio, no era | un hombre dubitativo que, en lo más 91
íntimo de sí, retrajera los pensamientos fuertes. Contaba con un testimonio superior a todas las cosas del mundo, un testimonio cuya atestación era tanto más fuerte cuando el mundo más se le oponía. ¿Era acaso un hombre débil? No, era poderoso. ¿Era vacilante? No, era firme, pues era poderosamente confirmado por el espíritu de Dios en el hombre interior.

Eso que él era en sí mismo, eso de lo que da prueba su vida entera, el apóstol se lo deseaba a cada individuo en la congregación. Aunque las condiciones de aquel tiempo fuesen otras, aunque la lucha y el combate hicieran más necesario, pero tal vez también más difícil, alcanzar esa confirmación en el hombre interior, sigue siendo necesario para el hombre, en todas las épocas y en todas las circunstancias, salvar su alma en esa confirmación interior; pues todo hombre en toda época tiene, claro está, su combate y su pugna espiritual, su indigencia, su soledad, en la que es tentado, su angustia e impotencia cuando falta el testimonio. Así, pues, consideremos más de cerca:

La confirmación en el hombre interior

Sólo un alma irreflexiva puede dejar que todo cambie a su alrededor, darse ella misma como ofrenda a las inconstantes y caprichosas transformaciones de la vida, sin angustiarse por ese mundo, sin preocuparse por ella misma. ¡Cuán indigna y repugnante es una vida como ésa, y cuán lejos está de atestiguar el elevado destino del hombre, el de llegar a ser el amo de la creación[65]! Pues, si el hombre ha de gobernar, entonces debe haber un orden en el mundo; si no, asignarle el dominio de poderes indóciles que no obedecen ley alguna sería burlarse de él. Y si ha de gobernar, debe haber entonces una ley en él mismo; si no, le sería imposible gobernar, pues o bien intervendría como un estorbo, o bien estaría entregado al azar, sin importar que gobernara sabiamente o no. Si fuese así, el hombre estaría tan lejos de ser el amo de la creación, que ésta desearía más bien que él no existiese en absoluto. Por eso, tan pronto como el hombre hace el mínimo esfuerzo por considerar la vida de un modo más razonable, busca asegurarse de que hay coherencia en todas las cosas y, en tanto amo de la creación, le plantea, por así decirlo, una interrogación, le exige una explicación, reclama un testimonio.

92 | Sólo aquel que entregó su alma a los apetitos mundanos, aquel que eligió el brillante sortilegio del placer y no consiguió liberarse de su frívola o melancólica angustia, sólo ése se contenta con que las cosas de la creación presten su testimonio, de manera que él pueda utilizarlas, de manera astuta y suspicaz, al servicio del instante. Y como el hombre es el amo de la creación, ésta obedece también al amo que no lo merece. ¡Cuán lamentable es ese extravío, el de aquel que no cree vivir de manera irreflexiva, sino que cree más bien comprenderlo todo, y que, en la confusión de su corazón, cree sacar provecho de todo! Cuando por la noche ve el rubor del cielo, dice: mañana será un hermoso día, pero si en la aurora ve que el cielo está arrebolado y oscuro, entonces dice: hoy habrá tormenta, pues sabe cómo juzgar acerca del aspecto del cielo[66], acerca del aire y del viento. Por eso dice: «hoy o mañana iré a esta o aquella ciudad y permaneceré allí un año, y negociaré y obtendré ganancias»[67]. Cuando cultiva su tierra con discernimiento, cuenta con que le dará mucho. Sus ojos se deleitan al contemplar la abundante cosecha, en lo que tal vez irreflexivamente él mismo ha llamado el fruto bendito. Se apresura a construir graneros más grandes, pues le es fácil prever que los viejos graneros no alcanzan a contener esa abundancia. Entonces está seguro y contento, alaba la existencia, y se echa a dormir; pero está escrito: en la noche reclamaré tu alma[68]. — Su alma; ¿no es pedir demasiado? ¿Acaso lo entendería? No se trata de la rica cosecha ni de los graneros recién construidos, sino de aquello que tal vez ha olvidado a cambio de todas esas cosas: que tiene un alma. — Pero aquel que considera la vida con un mínimo de seriedad ve fácilmente que no es un amo en el sentido de no ser a la vez un siervo, que el hombre no sólo difiere del animal por ser más razonable que éste.

Sólo aquel que huye cobardemente de toda explicación profunda, aquel que no tiene el coraje de tomar la responsabilidad de amo sometiéndose al compromiso de servir, ni la humildad de obedecer para aprender a gobernar y para sólo seguir gobernando en la medida en que él mismo obedece — sólo ése ocupa su tiempo con ininterrumpidas deliberaciones que, sin embargo, no lo llevan a ninguna parte, sino que sirven más bien como una distracción en la que su alma, su facultad de concebir y de querer, se disipa como humo y se apaga como una llama. ¡Cuán lamentable es esa consunción de sí, cuán lejos está ése de atestiguar con su vida, de expresar en su vida el sublime destino del hombre, el de ser colaborador de Dios![69].

| Cada vez que recapacita de manera profunda, hecho que lo 93
vuelve *más viejo* que el instante y le permite captar lo eterno, el hombre comprueba que tiene una relación real con un mundo, y que esta relación no puede ser un mero saber acerca de ese mundo y acerca de sí mismo como parte de éste, pues un tal saber no es relación alguna, precisamente porque él mismo en ese saber es indiferente con respecto a ese mundo, y ese mundo, indiferente con respecto a su saber acerca de él. Sólo en el instante en que despierta en su alma la preocupación acerca de qué ha de significar el mundo para él, y él para el mundo, acerca de qué ha de significar para él todo aquello que, en él, hace que pertenezca al mundo, y él, en ello, para el mundo, sólo entonces el hombre interior se anuncia en esa *preocupación*. Esta preocupación no se conforma con un saber más preciso o más amplio; solicita otro tipo de saber, un saber que en ningún instante subsiste

como saber sino que, en el instante de la posesión, se transforma en un obrar, pues de otra manera no se lo posee. Esta preocupación solicita también una explicación, un testimonio, pero de otro tipo. Si un hombre en su saber pudiese saberlo todo, pero no supiera nada acerca de la relación de ese saber con él mismo, es cierto que, al intentar comprobar la relación de su saber con el objeto, requeriría un testimonio, pero no habría entendido que el testimonio que se necesita es muy diferente; entonces la preocupación no habría despertado aún en su alma. Tan pronto como ésta despierte, su saber aparecerá como desconsuelo, porque todo ese saber en el que el hombre desaparece para sí mismo, del mismo modo que todas las explicaciones aportadas por un tal saber, es ambiguo, a veces explica esto y otras veces explica esto otro, y puede significar lo contrario, así como todo testimonio de este tipo, precisamente en su atestación, está lleno de fraudes y de enigmas, y sólo engendra angustia. ¿Y cómo podría un hombre, a través de ese saber, comprobar si la prosperidad es gracia divina, para así poder alegrarse en ella y entregársele con confianza, o si es la cólera del cielo la que le oculta de manera engañosa el abismo de la perdición para que su caída sea tanto más terrible? ¿Cómo podría un hombre, a través de ese saber, comprobar que la adversidad es castigo del cielo, y así dejar que ésta lo aplaste, o amor de Dios, que lo ama poniéndolo a prueba para que, en la indigencia de la tentación, deba pensar en el amor de manera resuelta y confiada? ¿Cómo podría un hombre, en virtud de ese saber, comprobar si se le dio un puesto elevado en el mundo y se le confiaron muchas cosas porque
94 Dios amó en él su instrumento escogido, o | para que fuera como un proverbio para los hombres, una advertencia, un espanto para los otros? De hecho, es cierto que su saber puede hacerle comprobar que todo le sale bien, que todo le es favorable, que todo sucede como él quiere que suceda, que le es dado todo lo que señala con el dedo; que todo es un fracaso para él, que todo falla, que cada uno de los horrores que lo angustian le ocurre en el instante siguiente; que se le ha confiado tanto como a ninguno — pero más no puede enseñarle ese saber. Y esa explicación es enormemente ambigua, y ese saber es enormemente desconsolador.

En esa preocupación, el hombre interior se anuncia y solicita una explicación, un testimonio que le explique el significado de todo y su propio significado, explicándolo a él mismo en el Dios que sostiene el conjunto de todas las cosas en su eterna sabiduría, y que puso al hombre como amo de la creación en cuanto éste se hizo siervo de Dios, y que se explicó a sí mismo ante él al hacerlo su colaborador, y que, con cada explicación que le da a un hombre, lo corrobora en el

hombre interior. En esa preocupación se anuncia el hombre interior, que no está preocupado por el mundo entero, sino sólo por Dios y por sí mismo, y por la explicación que le permite comprender la relación, y por el testimonio que lo corrobora en la relación. Esta preocupación no cesa en ningún instante, pues el saber que obtiene no es un saber indiferente. En efecto, si un hombre creyera dirimir ese asunto de una vez por todas y darlo así por terminado, el hombre interior que hay en él sería sólo un engendro que desaparecería de inmediato. Pero si está preocupado de verdad, entonces todo, con la ayuda de Dios, servirá como confirmación en el hombre interior, pues Dios es leal y no deja sin testimonio de sí[70]. Pero Dios es espíritu[71], y por eso sólo puede dar un testimonio en espíritu, y es en el hombre interior; todo testimonio exterior de Dios, en caso de que pudiera tratarse de algo así, puede igualmente ser un engaño.

Entonces la prosperidad ha de servirle a aquél como confirmación en el hombre interior. A menudo oímos decir a los hombres que la vida es muy engañosa, y, por muy diferentes que sean las esperanzas y los deseos de los individuos, muchísimos coinciden en la aseveración de que la bella exigencia de las expectativas nunca se cumple, aunque también son demasiados los que ya se engañaron a sí mismos buscando consuelo en la idea de que ellos, al menos, han abrigado de verdad grandes expectativas. Entonces se quejan respecto del mundo, por ser éste tierra de miseria; respecto del tiempo, porque no es más que fatiga y molestia inútil, que no acerca | al hombre a la meta de 95
su deseo, sino que lo aleja cada vez más; respecto de los hombres, porque son desleales e incluso indolentes, tibios, autocomplacientes; respecto de sí mismos, al igual que respecto de todas las demás cosas de la vida, porque no resultan ser lo que una vez parecieron ser; respecto del entero orden de las cosas aquí en la tierra, porque todo lo que es vano y exterior prevalece, porque se premian las obras cuya fuerza es palabrería, porque se ensalza el sentimiento cuyo vigor es el de frases hechas, porque la indigencia demostrada en el grito recibe condolencias, mientras que el esfuerzo sincero sólo se lleva ingratitud y desaire, el callado sentimiento interior sólo se topa con malentendidos, la pena profunda y solitaria sólo recibe agravio. Es raro oír una voz más seria, la que exhorta a cada uno a aceptar las enseñanzas de la vida y a dejarse educar en la escuela del infortunio, un discurso experimentado que pregunta de manera enfática: ¿acaso el rico habrá de salvarse[72], habrá de andar el poderoso por la senda angosta[73], habrá de negarse a sí mismo[74] el que es feliz, habrá de acoger el sabio e instruido la verdad menospreciada? Pero a ese discurso no se le presta atención, sino que se sigue escuchando la queja de que

no sólo el individuo encuentra adversidad en la vida, sino que la vida entera no es más que adversidad, y que eso hace que la existencia toda sea un discurso oscuro que nadie puede comprender. — Pero la prosperidad, ella es fácil de comprender. Y, sin embargo — Job era un hombre viejo y había envejecido en el temor de Dios, ofrecía holocaustos por cada uno de sus hijos cada vez que iban a un banquete. — «Pero la prosperidad es fácil de comprender» — y, sin embargo, ni siquiera el *feliz*, ni siquiera él mismo puede comprenderlo. Observa al que es feliz, aquel a quien la felicidad tuvo la alegría de favorecer en todo. No trabaja, y sin embargo tiene la magnificencia de un Salomón; su vida es una danza, su pensamiento se embriaga en el sueño de los deseos, y cada sueño se cumple; sus ojos son saciados aun antes de sentirse atraídos, su corazón no esconde ningún deseo secreto, su ambición no ha conocido límite alguno. Pero si le preguntas: ¿de dónde viene todo esto?, seguro que respondería frívolamente: yo mismo no lo sé. Pero, si bien esa respuesta lo divertiría en su frivolidad, como una broma adecuada a todo lo demás, no entendería, no barruntaría siquiera qué fue lo que realmente dijo y de qué manera se juzgó a sí mismo. La autoridad civil vela para que cada uno conserve lo que por derecho le pertenece. Cuando descubre a un hombre cuya abundancia y riqueza asombra a todo el mundo, le exige que explique de
96 dónde la obtuvo. Pero si no puede explicarlo, descarga sobre él | la
sospecha de que no la ha adquirido de modo honesto, que no la posee legalmente, que tal vez se trata de un ladrón. La justicia humana no es más que una réplica muy imperfecta de la divina. Mantiene una mirada vigilante para con todos los hombres. Si la única respuesta de un hombre cuando se le pregunta de dónde obtuvo todo es que no lo sabe, entonces lo juzga, entonces permanece junto a él como la sospecha de que no lo posee *legalmente*. Esa sospecha no es un servidor de la justicia, sino la justicia misma; es ella la que acusa y juzga y pronuncia juicio contra él y custodia su alma en prisión para que no escape. ¿Qué se exige, entonces, del que es feliz? ¿Qué otra cosa que la confirmación en el hombre interior? Pero en él no había ninguna preocupación, ningún hombre interior; si éste había existido alguna vez, se había disipado y borrado. Aquel, en cambio, en cuya alma se anuncia el hombre interior en virtud de aquella preocupación, ése no se alegra cuando la felicidad quiere favorecerlo en todo. Un secreto espanto se apodera de él en nombre de ese poder que quiere caprichosamente dilapidarlo todo, y le angustia tener que vérselas con él; de hecho, es como si éste le reclamara en compensación algo tan terrible, que por eso mismo no puede darle nombre alguno a la angustia. Aceptará con gratitud una parte mucho menor si tan sólo

se le permite saber de quién procede. Pero eso es lo que solicita la preocupación que hay en él, esa explicación, ese testimonio. Si fuese llevado a la cima de la montaña para contemplar los reinos y comarcas del mundo, y se le dijese: es todo tuyo, él querría saber primero quién lo llevó allá arriba, a quién tendría que dar las gracias. Si de todos modos la felicidad, por así decirlo, continúa persiguiéndolo, entonces su preocupación se hace más y más grande; pero en la medida en que la preocupación aumenta, su alma obtiene finalmente una confirmación en el hombre interior. Así como la prosperidad fue para él ocasión para que la preocupación aumentase, así también la prosperidad le sirvió como confirmación en el hombre interior; pues aquel que posee el mundo entero y da gracias a Dios, ése es confirmado en el hombre interior. Entonces ha de alegrarse de una manera totalmente diferente a la de aquel que es feliz; pues el que, teniendo el mundo, es como el que no lo tiene[75], ése tiene el mundo, y si no, se le quitará. Entonces se alegra en todos los buenos dones, pero se alegra aún más en Dios y con Dios, quien se los dio. Entonces sus ojos
se deleitan en | el esplendor de la tierra, le alegra que los silos estén 97
llenos, entonces construye graneros más grandes, y entonces se echa a dormir confiadamente, y cuando se dice: en la noche reclamaré tu alma, entonces comprende esta exigencia y se alista rápidamente, y tiene mejor conocimiento de su alma, la que ha de llevar consigo, que de todas las cosas magníficas que poseía y ahora deja, de todas las cosas magníficas en las que se regocijaba, y que día tras día fueron para él una confirmación en el hombre interior, por la gratitud.

«Pero la prosperidad es tan fácil de comprender»; y, sin embargo, ni siquiera el *favorecido* puede comprenderla muy bien. Observa al favorecido, a quien la naturaleza dotó de todo lo excelente, a quien dio el poder y sabiduría y la fuerza del espíritu y la imperturbabilidad del corazón y la perseverancia de la voluntad. ¡Obsérvalo! ¿Por qué se estremece a veces en su intimidad, él, que hizo estremecer al mundo entero? ¿Por qué empalidece a veces en su intimidad, él, que lo dominó todo con su sabiduría? ¿Por qué desfalleció a veces en su intimidad, él, que miraba impertérrito directamente a los ojos? ¿O no sería causa de horror en un momento de quietud, o de desfallecimiento en un instante ocioso, tener el poder y no saber *para qué* se lo tiene? La justicia civil vela para que cada uno permanezca dentro de sus límites, para que cada uno sirva a la totalidad. Cuando descubre a un hombre cuyo poder despierta la atención de todos, le exige que explique para qué lo utiliza, y, si no puede explicarlo, entonces cae sobre él la sospecha de que no sea un buen ciudadano sino tal vez un malhechor. La justicia humana es sólo una réplica de la divina. Ésta

se dirige también al individuo, y su escudriñamiento es más estricto. Si encuentra a un hombre que, interrogado acerca de para qué tiene el poder, sólo puede responder que no lo sabe muy bien, entonces la justicia permanece junto a él como una sospecha contra él. Tal vez no le quite el poder, pues es posible que todavía no haya abusado de él, pero éste llega a ser una angustia en su alma que despierta cuando él menos lo espera. ¿Qué le falta entonces a ese hombre? ¿Qué otra cosa que una confirmación en el hombre interior? Pero aquel en cuya alma se anuncia el hombre interior en virtud de aquella preocupación, ése no se alegra cuando descubre que tiene el poder. Se inquieta, siente casi miedo de sí mismo. Comprueba con angustia cuánto es lo que puede. Pero como de todos modos no puede deshacerse del poder, su preocupación y la angustia de su corazón se hacen cada vez más
98 grandes, hasta que | esta preocupación engendra la confirmación en el hombre interior. Entonces no sólo sabe que tiene el poder, sino que sabe también lo que aquel favorecido no sabía, a quién le corresponde el honor y a quién le pertenece por derecho. Entonces se alegra de que todos los emprendimientos resulten bien, y ansía alcanzar la meta de sus esfuerzos, pero más aún se alegra en Dios, y más aún ansía que llegue el instante en que, junto a su Dios, ha de alegrarse por los buenos resultados. Entonces su alma abraza al mundo entero, y sus planes se extienden por todas partes, pero cuando en la quietud de la noche se escucha: rinde cuentas de tu administración[76], entonces sabe lo que ese requisitorio significa, sabe dónde tiene las cuentas y, aun cuando hay faltas en ellas, abandona confiadamente el mundo de pensamientos y de acciones en el que, de todos modos, no estaba puesta su alma; abandona la artificiosa complejidad y la vasta extensión del trabajo que había sido para él, día tras día, ocasión de una confirmación en el hombre interior.

«Pero la prosperidad es muy fácil de comprender» — y, sin embargo, a veces ni siquiera la comprende el hombre que ha estado familiarizado con el infortunio. ¡Obsérvalo! Había aprendido que hay indigencia en la vida, en duros avatares había tenido que admitir cuán débil e impotente es un hombre en función de sus propias fuerzas. Pero no perdía el coraje, no desistía, seguía trabajando. Si de esa manera conseguía algo, si avanzaba o retrocedía, si se movía o estaba quieto, eso no lo sabía; pues en torno a él se desplegaba una penumbra, y era como una noche constante. Pero empeñó sus últimas fuerzas. Y he aquí que el sol de la prosperidad volvió a salir, y lo iluminó todo, lo explicó todo, y le permitió comprobar que había llegado muy lejos, que había ganado aquello por lo que había trabajado. Entonces estalló en su alegría: «así debía ser, pues el empeño de un hombre no es una

fatiga infructuosa y sin sentido». Había visto las cosas desde un mal ángulo, y no obtuvo confirmación alguna en el hombre interior. Había olvidado el reconocimiento hecho en tiempos de indigencia, olvidado que el logro, una vez que se ha producido, no es más seguro de lo que era, cuando admitía que no podía llegar a nada con sus propias fuerzas. Había comprendido la adversidad, pero no podía comprender la prosperidad. Entonces fue como si el hombre interior se saliese de su alma. Y si la justicia lo visitara y le exigiera una explicación, ¿se contentaría con su respuesta? Había podido entender mejor | al Señor 99
en la columna de fuego que brillaba una sola vez en la noche, pero cuando se hizo de día, no pudo divisar la columna de nube[77]. Aquel, en cambio, en cuya alma se anuncia el hombre interior en virtud de aquella preocupación, ése obtuvo, cuando el día de la alegría triunfó sobre la oscuridad, una plena confirmación en el hombre interior; pues recibir la alegría sin esa preocupación acerca del testimonio sería confiarse a un engaño. Pero el testimonio halló acogida en su alegre gratitud, porque aquel a quien se dirigió no estaba dormido. Y el hombre interior creció día a día en agradabilidad ante Dios. Y cuando finalmente el Señor llamó aparte al sirviente, él conocía la senda y lo abandonó todo, y sólo se llevó el testimonio en el que había hallado su bienaventuranza.

«Pero la prosperidad es tan fácil de comprender», y, sin embargo, a menudo tampoco la comprende el desdichado, ni sabe muy bien qué es eso de lo que habla. Hablarle a alguien feliz es consolador, pues si lo que se dice no le agrada, puede al menos regocijarse en su felicidad y hacer oídos sordos para con el que habla. Con el desdichado, el asunto es diferente, no sea que el discurso, si éste no le atrae, llegue a ser para él un nuevo fastidio; no sea que, pensando que el orador no tiene ninguna experiencia, se impaciente aún más y sienta que es una nueva desgracia que alguien que no conoce su sufrimiento quiera consolarlo. Pero, sin importar quién sea el que lo dijo, sigue siendo cierto que el desdichado suele no comprender qué es la prosperidad. ¿Pero quién, en otro sentido, lo comprende precisamente mejor que el desdichado? ¿Pues quién comprende que se hable de los placeres de la riqueza mejor que el que vive de migajas? ¿Quién describió el poder y la abundancia más encendidamente que el que suspiraba en su esclavitud? ¿Quién describió la hermosa compañía de los hombres con más arrobo que aquel que estaba solo en la vida? Pero tal vez no siempre el que comprendió cómo describirlo, se comprendió así mismo; y el que no se comprendió a sí mismo, ¿cómo podría entender en sentido profundo lo que está fuera de él mismo? Si, por el contrario, se comprendió a sí mismo o intentó comprenderse, si

en verdad se preocupó por comprenderse a sí mismo, si el hombre
interior se anunció en esa preocupación, entonces ha de comprender
la prosperidad, entonces ha de comprender qué significa que aquello
le haya sido negado, entonces no ha de ocuparse con fantasías ni
confortarse en sueños, sino que ha de preocuparse por sí mismo en
su adversidad.

*Entonces la adversidad ha de servirle a aquél como confirmación
en el hombre interior.* ¿Y cómo no iba a ser así? Es que el hombre
100 interior se anuncia | en esa preocupación, y la adversidad hace
precisamente que lo exterior, lo visible, lo palpable desaparezca y se
confunda; ¿pero da por eso siempre vida a lo interior? Y el infortunio
hace que todo hombre se preocupe, ¿pero hace siempre que se preocu-
pe por Dios? ¿No confirmó a menudo la vida la verdad de las serias
palabras provenientes del mismo que alertó contra la prosperidad, y
que por eso suenan con un profundo significado: «que también los
infortunios son tentación»[78]? ¡Observa al *preocupado*! Míralo bien,
casi no lo reconoces desde la época en que iba por la vida con tanta
alegría, tan vigoroso, tan confiado. Su determinación en la vida le
resultaba tan clara y tan deseable, su pensamiento conocía sus esfuer-
zos y su corazón lo acompañaba, sus fuerzas trabajaban fielmente — y
la esperanza le prometía un logro dichoso. Pues hay una esperanza
que es la dádiva paterna del cielo hacia el hijo, una esperanza que
crece con el hijo, una esperanza con la que el niño sale a la vida. Esa
esperanza le avala todo. ¿Y quién le dio esa esperanza, sino el Señor
en el cielo? ¿No habría de ser entonces válida en el ancho mundo, en
todos los reinos y comarcas que pertenecen al rey celestial que se la
dio? Pero no fue así, y al poco tiempo el infortunio arrebató al más
fuerte o robó al más débil su bella esperanza. Entonces todo le resultó
confuso. Ya no había ningún Señor en los cielos, el ancho mundo era
un campo de juego para el salvaje tumulto de la vida, no había ningún
oído que concentrara la confusión en el acuerdo, ninguna mano que
viniera a gobernar. Por mucho que un hombre pudiera consolarse
en la vida, la esperanza, le parecía, estaba perdida, y la esperanza
se perdió. Entonces su alma se preocupó. Y cuanto más hundía su
mirada en esa anarquía en la que todo parecía disolverse, tanto más
cobraba ésta poder sobre él, hasta que lo obnubiló totalmente, su
pensamiento sintió vértigo, y él mismo se precipitó en ella y se per-
dió en la desesperación. Y aunque la preocupación no tenía sobre él
ese poder de seducción, su alma llegó a estar ausente y ser ajena a
todo. Miraba, igual que los otros, pero sus ojos leían constantemente
en todas las cosas una invisible escritura: que todo era vacuidad y
decepción. O se apartaba de los hombres y fatigaba mortalmente su

alma con preocupaciones, con pensamientos oscuros, poniéndose al
inútil servicio del inquieto estado de ánimo. ¿Qué le faltaba a ese
hombre, qué era lo que no ganaba al perderlo todo, qué otra cosa
que la confirmación en el hombre interior? — Aquel, sin embargo,
en cuya alma estaba esa preocupación, antes de que | lo alcanzara 101
la preocupación que viene de fuera; aquel cuya alma nunca se daba
por satisfecha con la alegría, sino que conservaba la preocupación por
el testimonio, pero que, en tanto seguía preocupándose por el tes-
timonio, tampoco era desbordado por la preocupación externa de
manera que la posibilidad de la alegría desapareciera — para él, la
preocupación que venía de fuera se transformó poco a poco en una
amiga. Ésta se unió a la preocupación que había en él, le impidió ver
la vida de manera errónea, lo ayudó a dejar que el alma se sumer-
giera más y más en la preocupación hasta encontrar el testimonio.
Así fue haciéndole cada vez más fácil, poco a poco se deshizo de la
carga terrestre de los deseos mundanos, y con el testimonio se apoyó
en Dios, bienaventurado en la esperanza que había ganado. Pues
hay una esperanza que, como dice la Escritura, se adquiere con la
experiencia[79]. ¿A qué experiencia se refiere la Escritura? ¿No será a
aquella en la que un hombre está seguro de tener aquello que espe-
ra? La Escritura dice que esa experiencia es fruto de las pugnas del
espíritu[80]. Pero una esperanza como ésa, el mundo no puede quitarla,
pues uno la obtiene en la indigencia y obtiene fortaleza a través de la
indigencia. A aquél, la adversidad le sirvió como confirmación en el
hombre interior; pues quien aprendió lo aprendido en aquello que
sufrió, y aprendió lo bueno en aquello que sufrió, no sólo obtuvo la
mejor enseñanza, sino, lo que es mucho más — el mejor maestro; y
quien aprende de Dios es confirmado en el hombre interior. Aunque
lo perdiera todo, aun así lo ganaría todo, y Abrahán no poseía más
que una tumba en Canaán, y aun así era el escogido de Dios.

Observa al *injuriado*. No se queja de la vida, sino de los hombres
que todo lo pervierten, y vuelve amargo lo que Dios hizo bueno.
Obsérvalo un poco mejor. Casi no le reconoces respecto de la época
en que iba por la vida resuelto y lleno de expectativas, tan despejado
su rostro, tan cálido su corazón, tan pronta su alma para correr al
encuentro de todo ser humano, que para él era sólo regocijo y exce-
lencia. Pero no era así. En su opinión, el engaño de los hombres lo
despojó enseguida de su fe, la malicia de los hombres se burló de su
sinceridad, la frialdad y autocomplacencia de los hombres extinguió el
entusiasmo que había en él, la envidia de los hombres sumió su coraje,
su fuerza, su ardor, su orgulloso empeño, sus magníficas hazañas en
la misma miseria en la que ellos mismos vivían. Comoquiera que uno

sobrelleve la vida, los hombres, pensaba él, estaban perdidos. En-
102 tonces todo le resultó confuso; no había ningún | Dios que pensara todas las cosas en pos del bien, sino que todo estaba en manos de los hombres, que piensan todas las cosas en pos del mal. Pero a medida que su alma hundía la mirada en ese abismo de pasiones oscuras que se presentaba ante él, tanto más poder cobró sobre él la angustia de la tentación, hasta que él mismo se sumergió en él y se perdió en la desesperación. O, aunque el dolor no lo arrastrase consigo, permanecía insensible en compañía de los hombres, veía repetirse en otros lo que le había sucedido a él, pero no sentía conmiseración alguna, ¡y de qué hubiera servido, cuando no tenía ningún consuelo que ofrecer! O se ocultaba de los hombres para, en la soledad del alma, ahondar en su desconsolada sabiduría, para penetrar en todo su espanto el pensamiento de la desesperación. O se doblaba como una caña, sumido en una tristeza lentamente corrosiva, acongojado por sí mismo y por todos los que eran testigos de su extinción. — Pero aquel en cuya alma se anunciaba el hombre interior en virtud de esa preocupación de la que hablamos, aquel cuya alma no llenaba el amor de ningún ser humano como para que perdiera de vista el testimonio, ése no consideraba a los hombres, desde luego, de la misma manera que el injuriado, pero tal vez se encontraba con que eran diferentes de como él lo había esperado y deseado. Pero aunque sucediera lo terrible, aunque los hombres se alzaran contra él como malhechores o lo abandonaran como impostores, aunque el enemigo lo persiguiera, aunque el amigo lo traicionara, aunque la envidia tendiera trampas para sus pies, ¿qué conseguirían hacer con él? Aumentarían su preocupación, lo ayudarían a arrancar de su alma todo sentimiento que le hiciese pertenecer a lo creado de manera tal que, en ello, no perteneciera también al creador. Pero no impedirían que la preocupación por Dios que había en su alma buscara su objeto de manera más profunda e íntima. Y quien busca a Dios, encuentra siempre, y quien compele a un hombre a buscar, lo ayuda a encontrar. Así, pues, su alma buscó más y más íntimamente en la preocupación hasta encontrar el testimonio; pues quien ama a Dios es confirmado en el hombre interior; y si alguien amó a los hombres y sólo a través de ese amor aprendió, por así decirlo, a amar a Dios, su instrucción no fue más que imperfecta; pero quien amó a Dios, y en ese amor aprendió a amar a los hombres, ése fue confirmado en el hombre interior. Si el hombre le negó su amor, entonces lo ayudó a encontrar a Dios, que es más bienaventurado que lo que surge del corazón de un hombre; si el amigo le negó su consuelo, entonces
103 lo ayudó a encontrar a Dios, que | está por encima de todo; si el

mundo le negó su aclamación, entonces lo ayudó a buscar a Dios, que sobrepuja todo entendimiento.

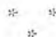
Observa al *experimentado*, el que fue probado en la indigencia de las pugnas del espíritu. Tal vez lo has visto con menos frecuencia, pues la pugna del espíritu no viene siempre con signos visibles. No fue probado en lo que propiamente llamamos adversidad; los hombres no lo abandonaron sino que, por el contrario, en un sentido externo todo era amable y hermoso. Sin embargo, su alma yacía en la indigencia, y puesto que ésta no consistía en lo exterior, tampoco podía buscar el consuelo de los hombres. En lo exterior, todo le resultaba bien, pero su alma yacía en la angustia, sin seguridad ni desenvoltura. No buscaba su paz y tranquilidad en lo exterior, pero su corazón seguía estando perturbado. Entonces se desvaneció el hombre interior que había en él, y fue para él como si la alegría exterior sólo estuviese allí para proteger el sufrimiento interior, para que no pudiese hallar alivio ni siquiera en la contrariedad del mundo; fue para él como si Dios mismo pusiese sobre él su poderosa mano, como si él fuese un hijo de la ira, y sin embargo no podía comprender precisamente ni explicarse de qué modo. Entonces se revolvió en lo más íntimo de su ser e hizo lo que se dice en un viejo escrito de edificación, «se vanaglorió de haberse perdido»[81], y de que fuese Dios mismo el que lo había arrojado a la perdición. Entonces el hombre interior que había en él se enfrió. — Pero aquel en cuya alma se anunciaba el hombre interior por esa preocupación de la que hablamos, él no se sustrajo a la preocupación. Aun cuando no encontrara la explicación, encontró, sin embargo, esta explicación: que debía aguardar la explicación; encontró la explicación de que Dios pone a prueba; encontró el consuelo de que, aunque el tiempo se vuelve muy pero muy largo cuando Dios pone a prueba, Dios puede restablecerlo todo otra vez, pues un día es para él como mil años[82]. Entonces se calmó en su indigencia. No huyó de la dolorosa pugna del espíritu, sino que fue para él su confidente, un amigo cercano, si bien no entendía cómo, si bien esforzaba vanamente su pensamiento para explicar su enigma. Pero así como su preocupación aumentaba, y ésta aumentaba igualmente en quietud y humildad, así también, por mucho que hubiese sufrido, eligió siempre permanecer en la pugna del espíritu antes que estar en algún otro lugar del mundo, y finalmente el testimonio irrumpió en la plena certeza de la fe; pues quien cree en Dios contra el entendimiento, es confirmado en el hombre interior. A éste, la pugna del espíritu
le sirvió como confirmación del hombre interior, aprendió lo | más 104
bello de todo, lo más bienaventurado, que Dios lo amaba; pues Dios pone a prueba a quien ama[83].

Así, pues, la prosperidad y la adversidad le sirven a aquél como confirmación en el hombre interior. Pero la confirmación no puede dársela el hombre a sí mismo, y el que recibe un testimonio no es tampoco el que lo da. Esto nos lo recuerda también Pablo en nuestro texto[84]: *pues el testimonio mismo es una dádiva procedente de Dios*, de quien procede toda dádiva buena y perfecta[85], la más valiosa de todas, una dádiva procedente del Padre en los cielos, según el cual toda paternidad recibe su nombre en el cielo y en la tierra[86].

Éstas son las palabras del apóstol, y él atribuye a la paternidad de ese Dios la confirmación en el hombre interior, y se la atribuye de manera tal que el amor de Dios, precisamente en esa expresión, en la confirmación en el hombre interior, se demuestra como amor paterno. A Dios lo llamamos Padre, el hombre se apoya alegre y confiado en esa denominación como la más bella, la más alentadora, pero también como la más verdadera y la más indicativa, y, con todo, es una expresión figurativa, tomada de la vida terrenal, si bien de lo más bello que la vida terrenal posee. Pero si es una expresión figurativa y transpuesta, ¿llega realmente hasta el cielo para designar lo que ha de designar, o desaparece, cuanto más alto se eleva, como una terrena añoranza que, de todos modos, siempre habla sólo de manera oscura? Para aquel que mira lo externo, es cierto, la expresión resulta impropia e inefectiva, pues si su opinión es que Dios da los buenos dones como lo hace un padre, pero de manera tal que los dones son aquello que, de alguna manera, demuestra que Dios es nuestro Padre, entonces juzga de manera externa y, para él, la verdad misma resulta impropia. Pero el hombre interior no mira los dones, sino al dador, la distinción humana entre lo que podría llamarse el don y lo que el lenguaje no está dispuesto a llamar de ese modo, para él desaparece esencialmente en el dador; alegría y pena, dicha y desdicha, indigencia y victoria son, para él, dones, pues para él el dador es la cuestión principal. El hombre interior comprende, entonces, y está seguro de que Dios es un padre en los cielos, y que esta no es una imperfecta expresión figurativa, sino que es la más propia y la más verdadera, porque él no sólo da los dones sino que se da él mismo con ellos, y eso no lo consigue ningún hombre, que sólo en un sentimiento o en un estado de ánimo puede estar presente en la dádiva, pero no de manera esencial, que no puede penetrar todo el contenido de la dádiva hasta lo más ínfimo, que no puede estar totalmente presente en la dádiva toda, y menos aún totalmente en su más ínfima parte.
105 Porque si acaso te pareció | alguna vez, oyente mío, que, puesto que el pensamiento emigró del hogar de los padres y se extravió en el mundo para ascender a la representación del Dios todopodero-

so, Creador del cielo y de la tierra, como Padre común a todos, tú habías perdido algo de la predilección que se te asignaba en la casa paterna, precisamente porque sólo tú eras hijo y tu padre terrestre únicamente *tu* padre, entonces no negaremos que pueda parecerte que la comparación no es el del todo adecuada. Pero cuando fuiste hacia él, hacia tu padre terrenal, con la suma alegría de haber ganado el mundo entero, y encontraste que se alegraba, ¡y cómo no habría de alegrarse con el que se alegra[87], particularmente cuando el que se alegra es para él lo más querido de todo!, pero que se alegraba como de modo incierto, justamente porque te amaba, para que eso que habías ganado no pudiera llegar a corromperte; y cuando, en cambio, fuiste hacia tu padre celestial con la alegría de haber ganado el mundo entero, y él participó totalmente de tu alegría, porque el hecho mismo de que te alegraras con él era una infalible garantía de que lo que ganaste sería para tu bien — o cuando, con penas y llantos, fuiste hacia tu padre terrenal y lo encontraste llorando ¡y cómo no habría de llorar él con el que llora, particularmente cuando el que llora es el que él ama por encima de todas las cosas!, pero no pudiste hacerte entender muy bien ante él, de manera que él se apenaba por el hecho de que tú te apenabas, más de lo que se apenaba por aquello por lo que tú te apenabas; y cuando, en cambio, apenado, fuiste con la preocupación de tu alma hacia tu padre celestial, que es el único que tiene oídos para oír lo que se dice en sigilo[88] y el carácter paternal para comprenderlo debidamente — o cuando, preocupado y abatido, fuiste hacia tu padre terrenal y encontraste que débil, vacilante, sin consuelo para ti, y que tu dolor sólo aumentaba con su pena; y cuando, en cambio, aplastado y aniquilado fuiste hacia tu padre celestial y encontraste que era fuerte, y más fuerte cuanto más débil fueses tú, dispuesto a ayudarte y siempre más dispuesto cuanto mayor fuese la indigencia ... entonces, oyente mío, la comparación tampoco es del todo adecuada. Entonces percibiste que no es porque tienes un padre, o porque los hombres tienen padres, que no es por eso por lo que a Dios se lo llama Padre en los cielos, sino que es, como dice el apóstol, porque a partir de él toda paternidad recibe su nombre en el cielo y en la tierra; así, aunque hubieras tenido el padre más amoroso que hubiera entre los hombres, también él, pese a su mejor voluntad, sería sólo un padrastro, una sombra, un reflejo, un símil, una imagen, un discurso oscuro acerca de | la paternidad 106
de la que toda paternidad recibe su nombre en los cielos y en la tierra. ¡Oyente mío! ¿Has entendido esta bienaventuranza, o, mejor dicho, te ha hecho recordar mi discurso eso que tú posees mejor y de manera más profunda y plena y bienaventurada de lo que yo puedo

describirlo? O, mejor, dicho, ¿no ha perturbado mi discurso nada de lo que poseías? ¡Pues qué es, después todo, más bienaventurado que ese pensamiento, que ninguna felicidad, ningún favor, ninguna preocupación, ninguna ofensa, ninguna pugna del espíritu, ni lo presente ni lo futuro[89] puede arrancarle a un hombre, sino sólo servir para corroborar y confirmar!



Lo primero, dicen los hombres, es lo más bello, y a ello se apega el corazón: el primer ser humano que le dio la bienvenida en el momento en que fue contado entre los seres vivos; el primer cielo que cubrió el lugar de su nacimiento; la primera lengua, la que fue llamada materna; el primer pueblo, el que fue llamado el de los padres; la primera enseñanza que dio amplitud a su alma; los primeros coetáneos que lo comprendieron; el primer pensamiento que lo entusiasmó; el primer amor que lo hizo feliz — bienaventurado el hombre que en verdad pudo decir: Dios en los cielos fue mi primer amor; bienaventurado el hombre cuya vida fue una bendita confirmación de ese amor; bienaventurado el hombre que, aunque se equivocó en la vida y tomó lo exterior en lugar de lo interior, aunque su alma estuvo atrapada de muchas maneras en el mundo, fue igualmente renovado en el hombre interior[90] al volverse hacia su Dios, confirmado en el hombre interior.

NOTAS

1. Alusión al hecho de que el autor no había sido ordenado como pastor. La indicación se repite en los prefacios a las restantes colecciones de *Discursos edificantes* y a los *Tres discursos para ocasiones supuestas*. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos Discursos edificantes* de 1843, nota 2.
2. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos Discursos edificantes* de 1843, nota 3.
3. Cf. 1 Pe 4,8 (*NT 1819*; cf. *NC*.: «la caridad cubre la muchedumbre de los pecados»).
4. Cf. Gal 4,3 (*NT 1819*: «Así, cuando éramos niños [*Børn*], éramos como esclavos de las nociones elementales [*Bornelærdom*] del mundo»; *NC*: «De igual modo nosotros, mientras fuimos niños, vivíamos en servidumbre, bajo los elementos del mundo»).
5. Cf. Mt 20,1-16.
6. Cf. Lc 7,41-43.
7. Cf. Tob 4,7 (*GT 1740*: «que tu ojo no se retracte cuando das limosna»; *NC*: «no se te vayan los ojos tras lo que des».
8. Cf. Mc 7,21-22 (*NT 1819*: «Pues del interior del corazón del hombre proceden los malos pensamientos, la fornicación, el adulterio, el asesinato, el robo, la avaricia, la maldad, el fraude, la impudicia, un ojo malo, la blasfemia, la altivez, la insensatez»). La expresión «un ojo malo» es reemplazada en las versiones modernas del Nuevo Testamento por el término «envidia».
9. Cf. Mt 20,1-16.
10. Cf. Mt 5,8.
11. Cf. Mt 6,22-23.
12. Cit. según *BML*.
13. Cf. Prov 10,10 (*NC*: «El que guiña los ojos acarrea malaventura»).
14. Cf. Mt 5,22.
15. Cita del salmo «*Ak, Herre, see / Min Hjerte-Vee*» [«Mira, oh Señor, el dolor de mi corazón»], en *Psamler og aandelige Sange fra Thomas Kingo* [Salmos y cantos espirituales de Thomas Kingo], ed. P. A. Fenger, Copenhague, 1827, ctl. 203, p. 491.
16. Parafraseado según *BML*. Cf. *NC*: «La dádiva del necio no te aprovechará, porque en vez de un ojo tiene siete».
17. Cf. Gal 5,20.
18. Cf. Gal 5,22.
19. Cf. Gn 1,31.

20. Cf. Sant 5,20.
21. Cf. Is 42,3; Mt 12,20.
22. Cf. *ibid.*
23. Cf. Lc 15,11-32.
24. Cf. 2 Cor 6,14.
25. Cf. 1 Cor 13,7.
26. Cf. 1 Pe 3,9; Rom 12,14.
27. Cf. Is 53,9.
28. Cf. Mt 5,41.
29. Cf. Mt 5,39.
30. Cf. Mt 18,21-22.
31. Cf. Sal 32,1.
32. Cf. la historia del Bías, uno de los Siete Sabios, relatada por Diógenes Laercio: *Diogen Laërtses filosofiske Historie, eller: navnkundige Filosofers Levnet, Meninger og sindrige Udsagn, i ti Bøger* [Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y dichos ingeniosos de filósofos ilustres, en diez libros*], trad. B. Riisbrigh, ed. B. Thorlacius, vols. 1-2, ctl. 1110-1111, vol. 1, p. 38.
33. Danés: *frimodig*; desenvuelto, franco, confiado, valiente; cf. Hch 9,27-28; 13,46; 18,26; 26,26; Ef 6,19-20; 1 Tes 2,2.
34. Cf. Hch 27,22.
35. Cf. Mt 24,22.
36. Cf. Heb 4,12.
37. Cf. Sant 5,16.
38. Cf. Gn 18,23-33.
39. Cf. Jn 8,3-11.
40. Cf. Flp 2,12-13.
41. Cf. 1 Cor 9,26.
42. Cf. 1 Cor 9,22.
43. Cf. 1 Pe 4,7 (*NT 1819*; cf. *NC*: «El fin de todo está cercano. Sed, pues, discretos y sobrios»).
44. 1 Pe 4,8-9 (*NT 1819*; cf. *NC*: «Sed hospitalarios unos con otros sin murmuraciones»).
45. Cf. Heb 9,27.
46. Cf. Jn 5,44.
47. Cf. Lc 18,9-14.
48. Cf. Job 9,2-3.
49. Cf. Horacio, *Odas*, III, 1, 37-40; *Q. Horatii Flacci opera*, Leipzig, 1828, ctl. 1248, p. 65.
50. Kierkegaard modifica uno de los versos de este salmo de H. A. Brorson; cf. *Troens rare Klenodie* [La preciada reliquia de la fe], ed. L. C. Hagen, Copenhague, 1834, ctl. 199, pp. 332 s.
51. Lc 7,38.
52. Cf. Jn 8,10.
53. Cf. 1 Jn 4,17-18.
54. Cf. Lc 7,47.
55. Cf. Ef 3,16: «para que, según la riqueza de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu».
56. Lectura correspondiente al decimosexto domingo después de la Trinidad; cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark* [Libro de prescripciones litúrgicas para Dinamarca], Copenhague, 1830 (1688), ctl. 381, p. 149.
57. Cf. Hch 28,16.
58. Cf. 1 Pe 2,20.

59. Cf. 2 Tim 4,9-16.
60. Cf. 2 Cor 6,10.
61. Cf. Ef 3,13.
62. Cf. Mt 9,15.
63. Cf. 1 Cor 9,26.
64. Uso inverso de la expresión evangélica utilizada en la parábola de los talentos; cf. Mt 25,14-30.
65. Cf. Sal 8,7.
66. Cf. Mt 16,2-3.
67. Cf. Sant 4,13.
68. Cf. Lc 12,16-20.
69. Cf. 2 Cor 6,1.
70. Cf. Hch 14,17.
71. Jn 4,24.
72. Cf. Mt 19,23-26.
73. Cf. Mt 7,14.
74. Cf. Mt 16,24.
75. Cf. 1 Cor 7,29-31.
76. Cf. Lc 16, 2.
77. Cf. Ex 13,21-22.
78. Título de un sermón de J. P. Mynster para el tercer domingo después de la Trinidad, en *Prædikener paa alle Søn- og Hellig-Dage i Aaret* [Sermones para todos los domingos y días sagrados del año], vols. 1-3, Copenhague, 1837 [1823], ctl. 229-230, vol. 2, pp. 92-106.
79. Cf. Rom 5,4 (*NT 1819*: «Perseverancia [es] experiencia, pero experiencia [es] esperanza»; cf. *NC*: «la paciencia, una virtud probada, y la virtud probada, la esperanza»).
80. Rom 5,3. Kierkegaard utiliza aquí el término *Anfægtelse* en lugar de *Trængsler*, término éste que aparece en la versión del Nuevo Testamento utilizada en la época (*NT 1819*). Cf. asimismo *NC*: «tribulación». Acerca de nuestra traducción del primero de estos términos, véase, en este mismo volumen, la nota 13 a los *Dos discursos edificantes* de 1843.
81. *Die deutsche Theologie, eine sehr alte, für jeden Christen äussert wichtige Schrift, mit einer Vorrede von Dr. Martin Luther und dem gewesenen Generalsuperintendenten Johan Arndt* [La teología alemana. Un escrito muy antiguo, extremadamente importante para todo cristiano. Con prefacio del Dr. Martín Lutero y del entonces superintendente general Johan Arndt], ed. F. C. Krüger, Lemgo, 1822, ctl. 634, p. 41.
82. Cf. 2 Pe 3,8.
83. Cf. Heb 12,6.
84. Ef 3,16.
85. Cf. Sant 1,17. Cf. *NC*: «todo buen don y toda dádiva perfecta». Siguiendo el mismo criterio, utilizamos indistintamente los términos «don» y «dádiva» en la traducción del danés *Gave*.
86. Cf. Ef 3,15.
87. Cf. Rom 12,15.
88. Cf. Mt 6,6.
89. Cf. Rom 8,38-39.
90. Cf. 2 Cor 4,16.

| CUATRO DISCURSOS EDIFICANTES 107

1843

| CUATRO DISCURSOS EDIFICANTES 109

por

S. KIERKEGAARD

Copenhague
Librería de P. G. Philipsen
Imprenta de Bianco Luno
1843

| Al difunto 111

Michael Pedersen Kierkegaard,

que fuera calcetero en esta ciudad

mi padre

se dedican estos discursos

Pese a que este pequeño libro (que por algo lleva el título de «discursos» y no el de sermones, porque su autor no tiene autoridad para *predicar*[1]; «discursos edificantes» y no discursos de edificación, porque el que habla no aspira en modo alguno a ser *maestro*) no ignora que otros dos lo han precedido, no por ello confía en que estos le hayan preparado el camino, de modo que pudiera con seguridad esperar unirse a ellos, o que pudiera con seguridad prometerlo por parte de aquel que lo remite y que en el mismo instante vuelve a estar muy lejos de sí mismo. La única diferencia con respecto a los anteriores es que éste aparece un poco más tarde. Lo que no fue hallado en la segunda y la tercera hora, lo fue tal vez en la cuarta, o, lo que fue hallado, volvió a ser hallado en la cuarta: eso que busca, ese individuo que yo, con alegría y gratitud, llamo *mi* lector[2], ese hombre de buena voluntad que recibe el libro y le asigna un buen sitio, ese hombre de buena voluntad que, en tanto y en cuanto lo recibe, hace por él en sí mismo y en su recepción lo que la urna del templo hizo con el óbolo de la viuda: santifica la dádiva, le da significado y la transforma en mucho[3].

S. K.

115 | EL SEÑOR LO DIO, EL SEÑOR LO HA QUITADO, LOADO SEA EL NOMBRE DEL SEÑOR

Entonces Job se levantó y rasgó sus vestiduras y rasuró su cabeza y se echó en tierra y adoró, diciendo: Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá. El Señor lo dio, el Señor lo ha quitado. ¡Loado sea el nombre del Señor! —*Job* 1,20-21[4].

No sólo llamamos maestro de los hombres a aquel que descubrió una verdad gracias a una dote particularmente privilegiada, o que la investigó con incansable tesón y radical perseverancia, y que legó lo adquirido como una enseñanza que las generaciones siguientes procuran comprender y asimilar mediante esa comprensión, sino también, y tal vez en un sentido más riguroso aún, a ese maestro de la humanidad que no tenía ninguna enseñanza que legar a los otros, sino que sólo se legó a sí mismo como arquetipo para la especie, que legó su vida como guía para cada ser humano, su nombre como garantía para los muchos, su obra como aliento para los que son puestos a prueba. Un maestro de la humanidad y un guía de esa índole es Job, cuya importancia no consiste en modo alguno en lo que dijo, sino en lo que hizo. Es cierto que ha dejado una frase, que por su brevedad y su belleza llegó a ser un proverbio conservado de generación en generación, y nadie se ha atrevido a añadirle ni a quitarle nada; pero la frase misma no es lo que guía, y la importancia de Job no reside en haberla pronunciado, sino en haberla cumplido como obra. Las
116 palabras mismas, sí, son bellas y dignas | de ser meditadas, pero si hubiera sido otro el que las hubiera dicho, o si Job hubiera sido otro, o si las hubiera dicho en otra ocasión, entonces las palabras mismas habrían llegado también a ser otras, significativas, en todo caso, en tanto que expresadas, pero no significativas en el sentido de que él actuó al enunciarlas, que la enunciación misma fue una acción. Si

Job hubiese ocupado toda su vida en dar precisión a esas palabras, si las hubiese considerado como la suma y la plenitud de lo que un hombre debería permitir que la vida enseñe, si las hubiese aprendido siempre y solamente *de sí*, pero no las hubiese experimentado jamás él mismo o actuado él mismo al pronunciarlas, entonces Job sería otro y su importancia sería otra. De ser así, el nombre de Job habría sido olvidado, o sería indiferente que se lo conozca, y la cuestión principal sería el contenido de las palabras, el peso del pensamiento que había en ellas. Si la especie hubiese entendido las palabras, éstas serían lo que una generación entrega a la otra; en este caso, en cambio, es Job mismo el que acompaña a la especie. Cuando una generación ha hecho su servicio, cumplido su obra, peleado su combate, Job la ha acompañado; cuando la nueva generación con sus incontables linajes y cuando, en ellos, cada individuo toma su puesto y se prepara para iniciar la marcha, Job vuelve a estar presente, toma su lugar, que es el de la vanguardia de la humanidad. Si la generación sólo conoce días de alegría en tiempos felices, Job la acompaña fielmente; y si el individuo, por el contrario, experimenta en el pensamiento algo terrible, si le angustia pensar cuánto horror y cuánta indigencia puede encerrar la vida, que nadie sabe cuándo sonará para uno la hora de la desesperación, su preocupado pensamiento va entonces en busca de Job, se apoya en él, se tranquiliza con él; pues él acompaña fielmente y consuela, no como si hubiese sufrido de una vez por todas aquello que nunca más habría de sufrirse después, sino que consuela como aquel que testimonia que lo terrible ha sido soportado, que el horror ha sido vivido, que la lucha de la desesperación ha sido combatida, para gloria de Dios, para su propia salvación, para provecho y alegría de otros. En días de alegría, en tiempos felices, Job anda a la par de la generación y respalda su alegría, combate el angustioso sueño de que un repentino horror pueda asaltar a un hombre y tener el poder de matar su alma haciendo de ella un seguro trofeo. Sólo el frívolo podría desear que Job no esté con él, que su glorioso nombre no venga a recordarle lo que él intenta olvidar, que en la vida también hay espanto y angustia; sólo el autocomplaciente podría desear que Job no esté allí, que la representación de su sufrimiento no perturbe, con su rigurosa seriedad, su frágil | alegría, que con su espanto no lo obligue 117
a salir de esa seguridad embriagada de obcecación y de extravío. En tiempos tumultuosos, cuando los bastiones de la existencia vacilan, cuando el instante zozobra en la angustiosa expectativa de lo que ha de venir, cuando toda explicación se desvanece ante la visión de un atroz sacudimiento, cuando lo más íntimo de un hombre gime en la desesperación y clama al cielo «en la amargura del alma»[5], también

entonces Job anda a la par de la generación y garantiza que hay una victoria, garantiza que, por más que el individuo pierda el combate, sigue habiendo un Dios, y que éste, así como ha hecho que toda tentación sea humana aun cuando un hombre no supere la tentación, también ha de ponerle fin para que podamos sobrellevarla[6], y ello de un modo más magnífico de lo que el hombre puede esperar. Sólo el rebelde podría desear que Job no estuviese allí, para poder liberar totalmente su alma del último resto de amor que quedara tras el grito de queja de la desesperación, para poder lamentarse e incluso maldecir la vida de tal manera que no hubiese siquiera una consonante de fe y de confianza y de humildad en su discurso, para que, en su rebeldía, pueda ahogar el grito y no parezca que hay alguien a quien éste desafía. Sólo el blando de carácter podría desear que Job no estuviese allí, para poder así deshacerse cuanto antes de todo pensamiento, renunciar a todo movimiento en la más repulsiva impotencia, borrarse a sí mismo en el más mezquino y miserable olvido.

La palabra que, al ser mencionada, enseguida nos recuerda a Job; la palabra que, cuando se menciona el nombre de Job, enseguida se vuelve vívida y presente en el pensamiento de cada uno, es una palabra simple y sencilla, no oculta en sí ninguna sabiduría secreta que los más penetrantes deban desentrañar. Cuando un niño aprende esa palabra, cuando le es confiada como una dote que él no sabe para qué ha de usar, entonces entiende la palabra, entiende esencialmente lo mismo que el más sabio. Pero el niño no la comprende, o, mejor dicho, no comprende a Job, pues lo que no entiende es toda esa indigencia y miseria en la que Job fue puesto a prueba. De esto sólo puede tener el niño un oscuro presentimiento; y, sin embargo, ¡dichoso el niño que comprendió la palabra y tuvo la impresión de que aquello que él no entendía era lo más terrible de todo; que poseyó, hasta que la pena y el infortunio hicieron que su pensamiento se volviese astuto, la convincente e infantilmente vívida decisión de que eso era en verdad lo más terrible! Cuando el joven remite su pensamiento a esa palabra, la comprende, y comprende esencialmente lo mismo que el niño y que el más sabio. Pero tal vez no la comprende, o, mejor dicho, no comprende a Job, de dónde vendría toda esa indigencia
118 y miseria en la que | Job fue probado; y, sin embargo, ¡dichoso el joven que comprendió la palabra y humildemente se inclinó ante lo que no comprendía, hasta que la tribulación hizo que su pensamiento se volviera autosuficiente, como si descubriera algo que nadie antes había sabido! Cuando el viejo medita sobre esas palabras, las comprende, y comprende esencialmente lo mismo que el niño y que el más sabio. Comprende también la indigencia y la penuria en la que

Job fue probado, pero tal vez no comprende a Job, pues no puede comprender cómo Job fue capaz de decir eso; y, sin embargo, ¡dichoso el hombre que comprendió la palabra y sostuvo con asombro lo que no comprendía, hasta que la indigencia y la penuria lo volvieron receloso también con respecto a Job! Cuando alguien que fue puesto a prueba, y que ha combatido el buen combate[7] al rememorar la palabra, la menciona, entonces la comprende, y comprende esencialmente lo mismo que el niño y que el más sabio, comprende la miseria de Job, comprende cómo Job pudo decir eso. — Comprende la palabra, la interpreta, por más que nunca hable de ella, con mayor esplendor que aquel que utilizara una vida entera sólo para explicarla.

Únicamente el que ha sido probado, el que puso a prueba la palabra al ser puesto él mismo a prueba, sólo él interpreta la palabra rectamente; sólo un discípulo como ése, sólo un intérprete como ése desea Job, sólo ése aprende de él lo que hay que aprender, lo más bello y lo más beatificante, aquello con relación a lo cual todo otro arte o sabiduría es irrelevante. Por eso llamamos a Job, muy propiamente, un maestro de la humanidad, no de algunos hombres, puesto que se presenta a cada uno como su arquetipo, invita a cada uno con su magnífico ejemplo, convoca a cada uno en su hermosa palabra. Mientras que el más simple, el menos dotado o el menos favorecido por el tiempo y las circunstancias, si no a causa de la envidia, entonces a causa de un afligido desaliento, ha deseado muy a menudo poseer la facultad y la ocasión de poder entender y profundizar en lo que los sabios y eruditos investigaron en distintas épocas, y ha sentido en su alma el anhelo de poder instruir también a otros y no sólo recibir siempre él mismo la instrucción, Job, sin embargo, no le resulta tentador. ¿Y de qué serviría en este caso la sabiduría humana? ¿Habría de intentar hacer tal vez más comprensible aquello que el más simple y el niño han comprendido, y que han comprendido tan bien como el más sabio? ¿De qué servirían en este caso el arte de la elocuencia y el poder de la palabra? ¿Sería capaz de provocar en el orador o en algún otro ser humano lo que el más simple consigue al igual que
el más sabio — la acción? | ¿No haría la sabiduría humana, por el 119
contrario, que todo resulte más difícil? Y el arte de la elocuencia, que pese a toda su grandeza nunca consigue expresar de una sola vez las diferentes cosas que habitan al mismo tiempo en el corazón de un hombre, ¿no entumecería más bien la fuerza del obrar y haría que se adormeciese en la minuciosa meditación? Puesto que es así, y como consecuencia de ello, el individuo se esfuerza por evitar, en su discurso, entrometerse de modo perturbador entre el que lucha y el bello arquetipo que es igualmente cercano a todo hombre, no

sea que al acrecentar su saber acreciente también su aflicción[8], y se cuida de enredarse él mismo en las espléndidas palabras de la persuasión humana, las cuales son enormemente infructuosas; pero de ello no se sigue en modo alguno que la meditación y la explicación no tengan su importancia. Si el que medita no conociera la palabra de antemano, siempre le sería de provecho llegar a conocerla; si la conociera, pero no hubiera tenido en su vida ocasión de ponerla a prueba, entonces le sería de provecho llegar a comprender aquello que tal vez tenga que utilizar alguna vez; si, habiéndola probado, la hubiese defraudado, aun cuando pensara que fue la palabra la que lo defraudó a él, entonces le sería de provecho meditar acerca de ella otra vez, antes de que, en la intranquilidad de la lucha y la premura del combate, vuelva a cobrar vuelo y a alejarse de la palabra. Tal vez entonces la meditación adquiriría sentido para él; podría suceder tal vez que la meditación se tornara viviente y presente en su alma, precisamente en cuanto la necesitara para penetrar los confusos pensamientos del corazón intranquilo; podría suceder tal vez que, aquello que la meditación comprendió de manera fragmentaria[9], se reuniera en una sola vez, reengendrado en el instante de la decisión; que lo que la meditación sembró en el quebranto, se alzara en el día de la indigencia[10] en la vida inquebrantable del obrar[11].

Así, pues, nos esforzaremos por comprender más precisamente a Job en sus bellas palabras: *El Señor lo dio, el Señor lo ha quitado, ¡loado sea el nombre del Señor!*

En un país del oriente vivía un hombre cuyo nombre era Job; poseía la bendición de su tierra, numerosas reses y fértiles praderas[12], «su palabra levantaba a los decaídos y fortalecía las rodillas que temblaban»[13], morar en su tienda era tan venturoso como hacerlo en el regazo del cielo, y en esa tienda vivía él con siete hijos y tres hijas,
120 y con él en esa tienda «moraba la confidencia del Señor»[14]. | Y Job era un hombre viejo, la alegría de su vida era la alegría de los hijos, por la que velaba para que no se les transformara en algo pernicioso. Un día estaba solo en su hogar, mientras sus hijos estaban reunidos comiendo y bebiendo en la casa del hermano primogénito. Puesto que había ofrecido holocaustos por cada uno de ellos[15], daba también alegría a su corazón al pensar en sus hijos. Mientras estaba allí, en la tranquila confianza de la alegría, vino un mensajero y, antes de que éste hubiese terminado de hablar, vino otro, y, cuando éste todavía estaba hablando, vino el tercer mensajero, pero el cuarto enviado venía de donde sus hijos e hijas, porque la casa se había desplomado y

había sepultado a todos ellos[16]. «Entonces Job se levantó y desgarró sus vestiduras, y rasuró su cabeza y se echó en tierra y adoró»[17]. Su pena no necesitó muchas palabras, o, mejor dicho, no dijo ni una sola, solamente su aspecto atestiguó que su corazón estaba destrozado. ¿Podrías desear que fuese de otro modo? O aquel que pone su honra en no poder apenarse en el día de la pena, ¿no habría hallado su vergüenza en el hecho de no poder tampoco alegrarse en el día de la alegría? ¿Y no es desagradable, desconsolador y hasta indignante ver esa inmutabilidad, por muy estremecedor que sea ver a ese venerable anciano, que acaba de estar en la dicha del Señor y de su mirada paternal, echarse ahora en tierra con las vestiduras rasgadas y la cabeza rasurada? Habiéndose entregado ahora a la pena, sin desesperación, con humano sentimiento, estaba listo para juzgar respecto de sí mismo y de Dios: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá»[18]. De esa manera se decidía la controversia, y cualquier exigencia que hubiese de requerir del Señor lo que éste no ha de dar, o que aspirase a conservar algo como si no hubiese sido dado, fue llamada al silencio en su alma. Entonces viene la confesión de este hombre, al que no sólo la pena había arrojado al suelo, sino también la adoración: «El Señor lo dio, el Señor lo ha quitado, ¡loado sea el nombre del Señor! —

El Señor lo dio, el Señor lo ha quitado. Lo primero que aquí hace un alto en la meditación es que Job ha dicho: «El Señor lo dio». ¿No son estas palabras algo ajeno a las circunstancias? ¿No contienen algo distinto de lo que era el acontecimiento mismo? Si un hombre perdiera en un instante todo lo que le era querido, y si perdiera lo más querido de todo, tal vez entonces la pérdida lo desbordaría de manera que ni siquiera se consolaría al expresarlo, si bien en lo más íntimo de sí y junto a Dios cobrara conciencia de que lo ha perdido
todo. O no | dejará que la pérdida con su aplastante peso oprima su 121
alma, sino que, de algún modo, la alejará de sí y dirá con corazón palpitante: Caer de esa manera ante los pies del Señor, en silencio y con humildad, es también algo digno de alabanza y de imitación; también aquél salvó su alma en el combate, por más que perdiera toda alegría. ¿Pero Job? En el instante en que el Señor lo quitó todo, él no dijo primero: el Señor lo quitó, sino que dijo: el Señor lo dio. La palabra es breve, pero señala plenamente en su brevedad lo que debe señalar: que el alma de Job no fue abrumada en el mudo vasallaje de la pena, sino que su corazón se abrió primero en gratitud, que la pérdida de todo le hizo primeramente mostrarse agradecido ante el Señor por haberle dado todas esas bendiciones que ahora le quitaba.

No le sucedió lo que preveía José, que la abundancia de los siete años fructíferos ha de ser totalmente olvidada en los siete años de escasez[19]. Es cierto que su gratitud era distinta de la de aquel tiempo, que ahora era como si hubiese desaparecido hacía mucho, en el que recibía toda dádiva buena y perfecta[20] de la mano de Dios con gratitud; pero su gratitud era sincera, tanto como lo era la representación de la bondad del Señor que ahora se tornaba vívida en su alma. Ahora recordaba todas las cosas que el Señor le había dado, y algunas de ellas, tal vez, con mayor gratitud que cuando las recibió; no le resultaban menos bellas por el hecho de que había sido despojado de ellas, tampoco más bellas, sino que eran tan bellas como antes, bellas porque el Señor las dio, y lo que ahora podía parecerle más bello no era el don, sino la bondad de Dios. Recordaba la rica opulencia, sus ojos se posaban una vez más en las fértiles praderas y observaban el numeroso ganado; recordaba cuánta alegría significaba tener siete hijos y tres hijas, ahora no se necesitaba ninguna otra ofrenda que la de la gratitud por haberlos tenido. Recordaba a aquellos que tal vez todavía se acordaban de él con agradecimiento, los muchos a los que había enseñado, aquellos «cuyas cansadas manos había fortalecido, cuyas temblorosas rodillas había levantado»[21]. Recordaba sus días de gloria, cuando era poderoso y respetado por el pueblo, «cuando los jóvenes se cubrían como reverencia ante él, cuando el viejo se alzaba y permanecía de pie»[22]. Recordaba con gratitud que su paso no se había apartado del camino de la justicia, que había ayudado al pobre que se lamentaba, y al huérfano que no tenía quién lo auxiliara[23], y, por eso, también en ese momento «la bendición del desvalido llegaba hasta él»[24], como antes. El Señor lo dio: es una frase breve,
122 pero para Job designaba muchísimo; | pues la memoria de Job no era corta, y su gratitud no era olvidadiza. La gratitud se posaba así sobre su alma con su tranquila tristeza, él se despedía de todo suave y amablemente, y en esa despedida desaparecía todo como un bello recuerdo, y hasta parecía que no era el Señor el que lo quitaba, sino que era Job el que se lo devolvía. Mientras Job, por tanto, decía: «el Señor lo dio», su ánimo estaba bien preparado para dar las gracias a Dios en las palabras siguientes: «el Señor lo quitó».

Tal vez ha habido alguien que, en el día de la pena, recordó también que había visto días de alegría, y entonces su alma se volvió aún más impaciente. «Si nunca hubiera conocido la alegría, el dolor no lo habría desbordado, pues el dolor, después de todo, no es sino una representación que sólo tiene aquel que conoce algo distinto; pero ahora la alegría lo había educado y desarrollado para percibir el dolor». Así, la alegría llegó a ser algo pernicioso para él, algo que

nunca estaba perdido, sino sólo añorado, y que en la añoranza lo tentaba más que nunca. Lo que había sido el placer de sus ojos, los ojos volvían a apetecerlo, y su ingratitud le castigaba figurándoselo más bello de lo que nunca había sido; su alma ansiaba aquello en lo que se había regocijado, y la ingratitud le castigaba retratándolo como algo aún más placentero de lo que había sido; quería volver a conseguir lo que había conseguido una vez, y la ingratitud le castigaba con fantasmagorías en las que nunca había habido verdad. Así, condenó a su alma a vivir en la inanición, en la vehemencia jamás saciada de la añoranza. — O despertó en su alma una agotadora pasión, por no haber gozado de los días felices del modo correcto ni extraído toda la dulzura de su voluptuosa abundancia. ¡Si tan sólo se le concediera ahora un momento propicio, si volviera a disponer de su grandeza aunque sólo fuera por corto tiempo, para poder saciarse en la alegría y, así, volverse indiferente frente al dolor! Entonces cedió su alma a una ardiente intranquilidad, no quería reconocer para sí mismo si el goce que apetecía era digno de un ser humano, si no debía más bien dar gracias a Dios porque su alma no había sido tan frenética en épocas de alegría como había llegado a serlo ahora; no quería horrorizarse con la idea de que su apetito lo llevaba a la perdición; no quería preocuparse ante el hecho de que el parásito del apetito que había en su alma, y que se negaba a morir, era más miserable que todas sus miserias. — Tal vez ha habido alguien que, en el instante de la pérdida, recordó también lo que había poseído,
pero | tuvo la osadía de querer impedir que la pérdida le resultara 123
comprensible. Aunque aquello estuviera perdido, su obstinada voluntad conseguiría conservarlo para sí como si no lo estuviera. No quiso esforzarse por soportar la pérdida, sino que escogió dilapidar sus fuerzas en una impotente rebeldía, perderse él mismo en la loca posesión de lo perdido. O rehuyó cobardemente en el mismo instante todo esfuerzo humilde por llegar a comprender la pérdida. Entonces el olvido abrió su abismo, para él más que para la pérdida, y, más que evitar la pérdida en el olvido, él mismo se precipitó. O buscó mentirosamente tergiversar el bien que una vez le había sido brindado, como si nunca hubiera sido bello y nunca le hubiese agradado, y creyó fortalecer su alma engañándose miserablemente a sí mismo, como si hubiera fuerza en la falsedad. — O su alma se volvió totalmente irreflexiva, y se convenció de que la vida no era tan gravosa como uno se la imaginaba, que no era tan horrible como se la describía, que no era tan difícil de soportar, siempre y cuando, claro está, uno hiciera como él y comenzara por considerar que no era terrible llegar a eso. Y quien quisiera enumerar cuántas veces esto ha sucedido y

cuántas veces se repetirá en el mundo, ¿acabaría alguna vez? ¿No se cansaría él mucho más rápidamente que la pasión de hacer que lo explicado y lo comprendido, con un ingenio siempre renovado, se transforme en un nuevo engaño en el que él mismo se engañaría? Por eso, volvamos mejor a Job. En el día de la pena, cuando todo estaba perdido, le dio primero las gracias a Dios, que se lo había dado, no engañó a Dios ni se engañó a sí mismo, y mientras todo se estremecía y se derrumbaba, siguió siendo como había sido desde el comienzo, «honesto y sincero hacia Dios»[25]. Reconocía que la bendición del Señor había sido misericordiosa para con él y lo agradecía, por eso aquella no permanecía en él como un recuerdo penoso. Reconocía que el Señor había bendecido en abundancia y sobremanera su actividad, y lo agradecía, por eso el recuerdo no seguía estando allí como una devoradora inquietud. No ocultó para sí mismo el hecho de que todo le había sido quitado, por eso el Señor, que lo había quitado, siguió estando en su alma sincera. No se sustrajo al pensamiento de que aquello estaba perdido, por eso su alma siguió estando calma, hasta que la explicación del Señor volviera a visitarlo y encontrara en su ánimo la buena tierra cultivada en la paciencia[26].

El Señor lo ha quitado. ¿No dijo Job de esta manera algo distinto de lo que era verdad, no utilizó una expresión derivada para algo que
124 había que designar con una expresión | más directa? La frase es breve y designa la pérdida de todo; a nosotros nos resulta natural decirlo como él lo dijo, ya que, después de todo, la frase ha llegado a ser un proverbio sagrado; ¿pero nos resulta por eso igualmente natural relacionar a Job con ella? ¿O no fueron los sabeos los que atacaron su manso ganado e hirieron a sus siervos[27]? ¿Dijo alguna otra cosa el mensajero que trajo la noticia? ¿O no fue el fuego de un rayo el que consumió las ovejas y sus pastores? ¿Dijo alguna otra cosa el mensajero que trajo la noticia, aunque el fuego del rayo fuera llamado por éste «fuego de Dios»[28]? ¿No fue una tormenta que vino del otro lado del desierto la que derrumbó la casa y sepultó a sus hijos[29]? ¿Mencionó el mensajero algún otro autor del delito, o nombró a alguien que hubiera enviado la tormenta? Sin embargo, Job dijo: El Señor lo ha quitado, y, en el mismo momento en que recibió el mensaje, comprendió que era el Señor el que lo había quitado todo. ¿Quién informó a Job al respecto? ¿O era un signo de su temor de Dios el hecho de que echara todo sobre el Señor[30]? ¿O quién lo autorizó a hacerlo? ¿Y no somos más piadosos nosotros, los que a menudo pensamos largamente antes de hablar de ese modo?

Tal vez ha habido alguien que lo perdió todo. Entonces se puso a meditar acerca de cómo pudo haber sucedido. Pero todo le resultaba

inexplicable y oscuro. Su alegría desapareció como si hubiera sido un sueño, y la preocupación permaneció en él como un sueño, pero de qué manera él había sido arrojado de la grandeza del primero a la miseria del segundo, eso no lo supo nunca; no era el Señor el que lo había quitado, era un accidente. O se convenció de que era el dolo y la perfidia de los hombres, o la violencia manifiesta de éstos la que lo había despojado de ello, así como los sabeos habían herido al ganado de Job y a sus cuidadores. Entonces su corazón se rebeló contra los hombres, creyó que no reprochárselo a Dios era rendirle justicia. Comprendía muy bien cómo había sucedido, y la explicación más directa que poseía era que esos hombres lo habían hecho, y su explicación derivada era que los hombres eran malvados y depravado su corazón. Comprendía que los hombres son los que están más próximos a él para dañarlo, tal vez lo habría comprendido de modo semejante si aquellos lo hubiesen favorecido; pero que el Señor que habita lejos en el cielo hubiese de estar más próximo que el hombre que está más próximo a él, sin importar que este hombre hiciera el bien o el mal contra él, esa idea era enormemente ajena a su pensamiento. O comprendía muy bien cómo había sucedido, y
podía describirlo | con todo el espanto de la elocuencia. ¡Pues, cómo 125
no habría de comprender que, cuando el mar brama en su fiereza, cuando se subleva contra el cielo, que entonces los hombres y sus frágiles construcciones son arrasados como en un juego; que, cuando la tormenta se precipita en su furor, los emprendimientos humanos son sólo como una labor de niños; que, cuando la tierra se estremece en la angustia de los elementos, y cuando las montañas suspiran, que entonces los hombres y sus magníficas acciones se hunden como una nada en el abismo! Y esa explicación le era suficiente, más que nada para hacer que su alma se volviera indiferente a todo; pues es cierto que ni siquiera se necesita una tormenta para derrumbar lo que fue construido sobre arena[31], ¿pero es por eso igualmente cierto que un hombre no puede construir y morar en otra parte y poner a salvo su alma? O bien comprendía que él mismo tenía la culpa, que no había sido sabio, que, si hubiese calculado bien y a tiempo, aquello no hubiese sucedido. Y esa explicación lo explicaba todo, tras haber explicado primero que él se había adulterado a sí mismo y había hecho imposible para sí mismo aprender algo de la vida y, ante todo, imposible aprender algo de Dios.

Pues si quisiera relatar lo sucedido y lo que ha de repetirse muchas veces en la vida, ¿acabaría alguna vez? ¿No se cansaría él de hablar más rápidamente que el hombre sensible de fascinarse a sí mismo con aparentes y decepcionantes y engañosas explicaciones? Alejémonos,

pues, de aquello en lo que no hay nada que aprender, a menos que de antemano no ignoremos que nos es preciso despreciar las enseñanzas de este mundo, y volvámonos hacia aquel de quien hay que aprender la verdad, hacia Job y hacia sus piadosas palabras: El Señor lo ha quitado. Job refirió todo al Señor; no demoró su alma ni extinguió el espíritu con cavilaciones o explicaciones que sólo engendran y alimentan la duda, por más que quien se apoya en ellas no lo note. En el mismo instante en que le fue quitado, supo que era el Señor el que lo había quitado, y por eso, en la pérdida, siguió entendiéndose con el Señor; conservó, en la pérdida, la confidencia del Señor; vio al Señor, y por eso no vio la desesperación. ¿O acaso ve la mano de Dios solamente aquel que le ve dar, y no igualmente aquel que le ve quitar? ¿O acaso ve a Dios solamente aquel a quien Él ha mostrado su rostro, o no ve también a Dios aquel a quien Él ha dado la espalda, así como Moisés nunca vio más que la espalda de Dios[32]? Pero el que ve a Dios, ése ha vencido al mundo[33], y por eso Job había vencido al mundo en sus piadosas palabras, y era en sus piadosas palabras
126 más grande, | más fuerte y más poderoso que el mundo entero, que aquí, claro está, no quería llevarlo a la tentación, sino vencerlo con su fuerza, llevarlo al hundimiento con su ilimitado poder. ¡Cuán débil y casi pueril, sin embargo, es el feroz bramido de la tempestad cuando quiere que un hombre se tambalee despojándolo de todo, pero éste le responde: no eres tú la que lo hace, es el Señor el que quita! ¡Cuán impotente es el brazo del agresor, cuán mísera la suspicacia del astuto, hasta qué punto todo poder humano es casi sólo un objeto de lástima cuando quiere derribar al débil en desesperada sumisión despojándolo de todo, y éste dice en su fe: no eres tú, tú no puedes nada, es el Señor el que quita!

¡Loado sea el nombre del Señor! Por cierto que Job no sólo venció al mundo, sino que hizo lo que Pablo le desea a su combativa congregación: permaneció firme tras haberlo vencido todo (Ef 6,13)[34]. ¡Ah! Tal vez ha habido alguien que lo venció todo, pero que cayó en el instante en el que había triunfado. ¡Loado sea el nombre del Señor! ¿Acaso el Señor no seguía siendo el mismo, y no habría de ser alabado entonces como siempre? ¿O es que en realidad el Señor había cambiado? ¿O no siguió el Señor siendo en verdad el mismo, como Job siguió siéndolo? ¡Loado sea el nombre del Señor! Por cierto que el Señor no lo quitó todo, pues no le quitó la alabanza, ni la paz del corazón, la valentía en la fe de la que aquélla surgía, no se la quitó, sino que la confidencia del Señor estaba todavía con él, como antes, tal vez de manera más íntima que antes; pues ahora no

había absolutamente nada que en modo alguno pudiera hacer que su pensamiento se apartara de ella. El Señor lo quitó todo, de modo que Job reunió, por así decirlo, toda su pena y «la echó sobre el Señor»[35], y ésta también se la quitó, y sólo quedó la alabanza y, en ella, la inquebrantable alegría del corazón. Pues es cierto que, si una casa es casa de luto[36], ésa es la casa de Job, pero allí donde resuenan las palabras: loado sea el nombre del Señor, allí tiene también su hogar la alegría; y es cierto que Job está ahí para nosotros con la imagen de la pena impresa en su rostro y en su traza, pero el que dice esas palabras da todavía testimonio de la alegría como lo hizo Job, si bien su testimonio no se dirige al que está alegre sino al preocupado, y habla todavía de manera comprensible a los muchos que tienen oídos para oír[37]. Pues los oídos del preocupado están formados de un modo especial, y así como los oídos del amante escuchan, sí, muchas voces, pero en realidad sólo una, a saber, la de aquel | a quien ama, 127
así también escuchan los oídos del preocupado muchas voces, sí, pero éstas pasan de largo y no penetran en su corazón. Así como fe y esperanza sin amor son, con todo, sólo metal que suena y cencerro que retiñe[38], así también toda la alegría que se anuncia en el mundo, junto a la cual no se oye la pena, es sólo metal que suena y cencerro que retiñe, que hace cosquillas en el oído pero es algo odioso para el alma. Pero esa voz de consuelo, la sonoridad de esa voz que vibra en el corazón y que, sin embargo, anuncia la alegría, ésa es la que escuchan los oídos del preocupado, ésa es la que resguarda su corazón, la que lo fortalece y lo guía hasta encontrar él mismo la alegría en la profundidad de la pena. — Tú, oyente mío, seguramente has comprendido la alabanza de Job, a al menos te ha parecido tan bella en el callado pensamiento de la meditación, que por ella olvidaste lo que ni siquiera deseas que yo te haga recordar, lo que en el día de la indigencia se ha oído muchas veces en el mundo en lugar de alabanza y de *bendición*. Dejemos, entonces, que se olvide; no se dirá que es tu culpa, como tampoco la mía, si su recuerdo vuelve a cobrar vida.

Hemos hablado de Job e intentado comprenderlo en sus piadosas palabras, sin que por ello el discurso haya querido importunar a nadie; ¿pero habría de carecer por eso de toda importancia y aplicación, y no ser de la incumbencia de nadie? Si tú mismo, oyente mío, fuiste puesto a prueba como Job y, como él, pasaste la prueba, entonces el discurso fue adecuado a ti, supuesto que hayamos hablado de Job rectamente. Si hasta ahora no fuiste puesto a prueba en la vida, aun así es adecuado a ti. ¿Piensas tal vez que esas palabras sólo encuentran aplicación en un acontecimiento tan extraordinario como aquel que tuvo lugar en Job; tienes tal vez la expectativa de que, si

algo semejante te ocurriera, el horror mismo te daría esa fortaleza y desarrollaría en ti ese humilde coraje? ¿No tenía Job una esposa? ¿Y qué leemos acerca de ella[39]? Tal vez te parece que el horror mismo no puede tener ese poder sobre un hombre, como la cotidiana esclavitud en contrariedades mucho menores. Así, cuida de no llegar a ser esclavo de la contrariedad, como tampoco de ningún hombre, y aprende de Job, antes que nada, a ser sincero contigo mismo, a no engañarte respecto de una fuerza imaginaria con la que vives una victoria imaginaria en un imaginario combate. — Tal vez dices: si cuanto menos el Señor me hubiera quitado, pero a mí no se me dio nada; tal vez te parece que eso es de algún modo tan terrible como el sufrimiento de Job, pero mucho más agotador y, por tanto, un combate más difícil. No queremos combatir contigo, pues aunque
128 tu combate | fuese tal, combatir por ello sería inútil y aumentaría la dificultad. Pero en esto estás de acuerdo con nosotros: que puedes aprender de Job, y si eres honesto contigo mismo y amas a los hombres, entonces no puedes desear desprenderte de Job para aventurarte en penurias hasta ahora desconocidas y para mantenernos intranquilos a los demás, hasta que tu testimonio nos enseñe que también en esa dificultad es posible una victoria. Así, pues, aprende de Job a decir: loado sea el nombre del Señor, esto es adecuado a ti, aun cuando lo precedente fuera menos adecuado. — ¿O crees tal vez que a ti no podría pasarte algo semejante? ¿Quién te introdujo en esa sabiduría, o en qué basas esa convicción? ¿Eres sabio y sensato, y ése es tu consuelo? Job era el maestro de muchos. ¿Eres joven, y es la juventud tu seguridad? Job también había sido joven. ¿Eres viejo y estás cerca de la tumba? Job era un anciano cuando la pena vino a buscarlo. ¿Eres poderoso, es ésa la demostración de tu inmunidad? Job era respetado por el pueblo. ¿Es la riqueza tu respaldo? Job poseía la bendición de la tierra. ¿Son los amigos un amparo para ti? Job era amado por todos. ¿Te reconfortas en Dios? Job era confidente del Señor. ¿Has meditado en estos pensamientos, o no les rehúyes más bien para que no te arranquen una confesión, que tal vez ahora llamas un estado de ánimo apesadumbrado? Y, sin embargo, no se encuentra en el vasto mundo ningún escondite en el que la preocupación no pueda hallarte; y, sin embargo, nunca ha vivido el hombre que pudiera decir más de lo que tú puedes: que no sabes cuándo la pena ha de visitar tu casa. Así, pues, sé serio contigo mismo, fija tu mirada en Job; aunque te horrorice, no es eso lo que él quiere cuando tú mismo no lo quieres. No podrías desear, cuando miras más allá de tu vida y te la imaginas terminada, tener que prestar esta declaración: he sido alguien dichoso que no era como otros hombres, que nunca han padecido nada en el

mundo, y he dejado que cada día se cuide de sí mismo[40] o que, más bien, me traiga nuevas alegrías. Una tal declaración, aunque fuese verdadera, no la desearías jamás, y contendría incluso tu propia ignominia; pues aunque te hubiese sido reservado tanto como a ningún otro, aún así dirías: es cierto que no fui puesto a prueba, pero mi ánimo cobró a menudo seriedad al pensar en Job y en la idea de que ningún hombre sabe el día ni la hora[41] en que los mensajeros han de venir a él, el uno más terrible que el otro.

129 # | TODO BUEN DON Y TODA DÁDIVA PERFECTA VIENE DE ARRIBA

Todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración. De su propia voluntad nos engendró por la palabra de la verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas. Sabéis, hermanos míos carísimos, que todo hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse, porque la cólera del hombre no practica la justicia de Dios. Por eso, deponiendo toda sordidez y todo resto de maldad, recibid con mansedumbre la palabra injerta en vosotros capaz de salvar vuestras almas (Sant 1,17-21)[42].

Sólo del árbol de la ciencia del bien y del mal no debía comer el hombre, para que la ciencia no viniera al mundo y trajera consigo aflicción[43]: el dolor de la nostalgia y la dudosa dicha de la posesión, el horror de la separación y la dificultad de la separación, la intranquilidad de la reflexión y la preocupación de la reflexión, la indigencia de la elección y la decisión de la elección, el juicio de la ley y la condena de la ley, la posibilidad de la perdición y la angustia de la perdición, el sufrimiento de la muerte y la expectativa de la muerte. Si hubiese ocurrido así, si el mandamiento no hubiese sido violado, todo habría seguido siendo como era: muy, muy bueno[44], y ese testimonio que Dios dio a las criaturas habría resonado de parte del hombre como
130 una ininterrumpida y bienaventurada | repetición. Entonces la seguridad de la paz se habría posado sobre todas las cosas; la silenciosa festividad de la belleza habría entonces sonreído imperturbada; la beatitud del cielo habría entonces cubierto todo con su sombra; entonces el cielo no se habría reflejado siquiera en la vida terrenal, para que ninguna premonición tuviera que elevarse sobre la profundidad

de la inocencia; entonces ningún eco habría hecho salir a la añoranza de su oculto refugio, pues el cielo estaba en la tierra y todo era pleno. Entonces el hombre habría despertado del sueño profundo en el que Eva llegó a existir[45] para volver a sumirse en regocijo y esplendor; entonces la imagen de Dios habría estado impresa en todo, en el brillo de un esplendor[46] que adormecía todas las cosas en el sortilegio de la perfección, que lo movía todo sin moverse[47]. Entonces el cordero habría descansado junto al lobo[48], y la paloma habría anidado junto al ave de rapiña, la venenosa cizaña habría sido inofensiva; entonces todo habría sido muy bueno. Habría habido verdad en todas las cosas, pues Adán llamó a todas las cosas por su justo nombre[49], tal como éste era en verdad; habría habido fidelidad en todas las cosas, pues todo era lo que parecía ser; la justicia habría brotado de la tierra[50]. Y, sin embargo, no habría habido diferencia entre el bien y el mal, pues esa distinción era precisamente fruto del fruto de la ciencia; y, sin embargo, nadie habría preguntado *de dónde* venía todo; la voz del Señor no habría vagado tampoco por el jardín de Edén y preguntado por Adán; Adán no se habría ocultado en el jardín[51] y en su interioridad, sino que todo habría sido manifiesto, y el único que se habría ocultado habría sido el Señor, por más que de manera desapercibida estuviera presente en todas las cosas. Adán no habría tenido tiempo de preguntar de dónde venía todo eso, pues todo se ofrecía en el instante, y la dádiva misma se ofrecía de manera tal que no despertaba en el destinatario la interrogación acerca del dador.

Entonces el hombre quebró la paz al cortar el prohibido fruto de la ciencia; se descarrió, y por la ciencia volvió a descarriarse; pues la serpiente engañó a Eva (Gn 3,13), y así la ciencia entró en el mundo como un engaño mediante un engaño. El fruto de la ciencia que el hombre saboreó, plantó en su interior el árbol de la ciencia, y éste dio frutos exquisitos que a él no le resultaron placenteros, pues el fruto de la ciencia siempre parece placentero y es para contemplar[52], pero, cuando se lo ha saboreado, engendra fatiga, obliga al hombre a trabajar con el sudor de su rostro, y él cosecha espinas y abrojos[53]. Lo que sucedió en el comienzo de los días, se sigue repitiendo en cada generación y en el individuo: que el fruto de la ciencia es placentero a la vista. Si la exhortación del Señor no consiguió rescatar al primer hombre de ese engaño, ¿cómo podría una voz humana | conseguir 131
otra cosa que hacer que ese fruto se vuelva más placentero aún a la vista del individuo?

El jardín del Edén se cerró, todo cambió, el hombre llegó a tener miedo de sí mismo, miedo del mundo en torno a sí, se preguntó con preocupación qué es el bien, dónde se encuentra lo perfecto, dónde

tiene su origen, si es que existe. Pero la duda que la ciencia trajo consigo se enroscó angustiosamente en su corazón, y la serpiente, que lo había seducido con lo placentero, lo estrechó. ¿Podría llegar a saber qué era el bien y lo perfecto sin llegar a saber de dónde venía? ¿Podría conocer la eterna procedencia sin saber qué era lo bueno y lo perfecto? La duda le explicaría a veces lo primero, a veces lo segundo, y se quedaría acechándolo en la explicación misma para intranquilizarlo aún más. Lo que sucedió en el comienzo de los días, se repite en cada generación y en el individuo; el efecto del fruto de la ciencia no pudo ser detenido. Con la ciencia, la duda se volvió más interior, y la ciencia, que tenía que guiar al hombre, lo ató a la indigencia y a la contradicción. A veces la ciencia era para él algo inalcanzable por lo que suspiraba; a veces era para su pensamiento una beatitud que su alma perdía constantemente; a veces era para él un saber en el que su corazón se avergonzaba; a veces, un conocimiento que sólo lo hacía estremecer; unas veces, conciencia de sí, otras, conciencia acerca del mundo entero; a veces lo estimulaba en cada una de sus facultades, otras veces hacía que su ser se relajara en la languidez; a veces lo colmaba con su riqueza, otras veces lo hambreaba con su vacuidad.

¿Es la duda, entonces, la más fuerte? Ése que ha de entrar victorioso en la casa del fuerte, ¿es una nueva duda? ¿Le arrebata sus enseres[54] usando contra él los mismos enseres que él usa? ¿O no vendría justamente a fortalecerlo? ¿Y no consiste la astucia de la duda en hacer que un hombre imagine que puede por sí mismo triunfar sobre sí mismo, como si fuese capaz de hacer el milagro del que jamás se oyó ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, que algo que combate consigo mismo pueda, en ese combate, ser más fuerte que sí mismo? ¿O qué ocurre con el espíritu impuro cuando éste, por sí mismo, se expulsa a sí mismo de un hombre? ¿No retorna entonces con otros siete, de manera que lo último resulta peor que lo primero (Mt 12,45)? ¿O qué sucede con un hombre que combate
132 consigo mismo y no reconoce que, aun cuando fuese | capaz de triunfar sobre todas las cosas, no tendría sin embargo el poder de triunfar por sí mismo sobre sí mismo? ¿No se transforma ese Yo victorioso en algo que es mucho peor que el Yo corrupto, a saber, el vencido, y no permanece confiadamente alojado en él, porque no hay en él un Yo más fuerte, salvo que fuera uno peor aún? No, por eso se sujeta primero al fuerte, o se le hace sujetar, y sólo entonces se entra en su casa y se le arrebatan sus enseres (Mt 12,29). Así es como sucede, y esto lo reconocerá cualquiera que haya querido experimentar honradamente lo vivido, y que no haya desechado una humilde, aunque en

otro sentido estimuladora verdad a cambio de un brillante engaño, mediante el cual logró defraudarse a sí mismo y, ante todo, adquirió la habilidad de despertar la admiración de los hombres y de satisfacer su pérfida exigencia que solicitaba un engaño. Si uno prefiere, en cambio, tener poco con bendición, tener verdad con preocupación, sufrir en lugar de alborozarse con victorias sólo soñadas, entonces es seguro que no estará inclinado a encomiar a la ciencia, como si lo que ésta brinda fuese proporcional a la preocupación que acarrea; lo que no implica negar que aquélla, con su dolor, instruye al hombre cuando éste es lo suficientemente honrado como para preferir ser instruido antes que engañado, para que su búsqueda vaya de lo múltiple hacia lo uno, de lo superfluo hacia lo requerido[55], y ello de la manera simple y sencilla como es ofrecido, es decir, como aquello que es requerido.

Meditemos entonces con mayor detenimiento y hagamos lo posible para comprender y para, por así decirlo, ser capturados en pos de la libertad al meditar en torno a la bella frase apostólica, que explica tanto 'qué' como 'de dónde': *que todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba.*

«¡Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos, cuánto más habrá de dar el Padre celestial buenos dones a los que le piden!» (Mt 7,11; Lc 11,13)[56]. Esta frase se inclina con tanta conmiseración hacia el preocupado, habla tan preocupadamente al preocupado, que lo estimula y fortalece con el pleno coraje de la convicción. Pues si un hombre no es, como el que duda, indiferente con respecto a sí mismo en su preocupación y no se ocupa sólo de las grandes penas de la vida y de la existencia, sino que, como el preocupado, se preocupa ante todo por su propia causa, por su modesta parte, ¡qué otra cosa podría hablarle y convencerlo mejor que esta frase, que es, como él mismo lo es en alguna medida, infantil, que evoca la primera e inolvidable impresión de la vida, | que evoca 133
el amor del padre hacia su hijo, su cuidado por darle dones buenos! Pues si esto se mantiene, que así como un padre se apiada de los hijos, así también Dios se apiada de aquel que lo invoca[57]; que así como un padre da buenos dones a su hijo, así también Dios los da a los que se lo piden; si esto se mantiene, entonces el consuelo ofrecido es el más confiable de todos. Así comprendió aquél alguna vez la frase, se alegró con ella, se alegró por lo que ésta le hacía recordar, se alegró por lo que le prometía, se alegró porque aquello que le hacía recordar asumía una vez más un cuidado paternal hacia él al explicarle la frase, que el amor del padre perfeccionaba toda su bondad hacia él al explicarle el amor de Dios; pero no cayó en la cuenta de que esta

frase, como toda palabra sagrada en diferentes épocas, puede ser leche para el menor de edad y manjar sólido para el adulto[58], pese a que la frase sigue siendo la misma; no presintió que la frase podía ser explicada de otro modo y, así, llegar a ser aún más magnífica; que el discurso figurativo podría llegar a ser más consolador aún cuando lo real viniera también a explicarle las imágenes de la vida terrena; que la conclusión de la frase se volvía aún más firme cuando se la invertía, cosa que su alma necesitaría cuando la vida lo revirtiera todo para él. — Ahora había envejecido, todo había cambiado, todo había sido sacudido por una terrible reversión; el juicio de Dios era otro: que el hombre mismo, pese a ser la criatura más perfecta, también era malo. Esto no había sido dicho en un juicio encolerizado con el fin de inspirar terror, sino en un discurso figurativo que buscaba, en lo más bello que posee la vida terrena, una expresión para lo celestial. Aquí, la frase «vosotros, siendo malos» no resonaba como aquello que era el objeto del discurso, sino como una verdad decidida para todas las épocas y tan sólo mencionada. Pero el hecho de que ésta fuese presupuesta perturbaba justamente el efecto de la expresión figurativa, y lo perturbaba también en él, pues seguía convencido de que la vida lo había llevado a verificarlo: que aun el amor del hombre más honrado, al intentar hacer el bien, podría ser dañino para otro hombre; que él mismo, cuando su sentimiento era puro y hasta se disponía a hacer cualquier sacrificio, que incluso entonces, queriendo hacerlo todo por el otro, sólo le había acarreado dolor. «Si el amor de Dios», decía entonces, «no sabe dar dones buenos mejor que el amor de un padre, entonces el consuelo de la frase es muy escaso». Así, la frase fue para él lo mismo que el amor paterno, un bello, sagrado,
134 triste recuerdo, | un estimulante estado de ánimo que vivificaba en el alma la idea de lo mejor que hay en el hombre, pero también de la debilidad del hombre; que daba vida a la más bienaventurada añoranza del alma, pero que también la revocaba para someterla a la tristeza de la preocupación. Entonces creyó que su madurez lo alejaba de la frase, y no entendió su instructivo cuidado, no entendió que la frase permanecía inmutable, que siempre se había pronunciado de modo dubitativo acerca de la capacidad del amor paterno para dar dones buenos, pero que de un modo tanto más vigoroso daba testimonio del corazón y de la voluntad de Dios.

Entonces se abismó en la palabra, no quería dejar que la palabra lo instruyera hacia sí misma, olvidar la imagen a cambio de lo real, sino que la palabra del consuelo y la palabra de la fuerza llegaron a ser en él la simiente de la duda. Si el hombre, que es lo más perfecto de todo, es malo, entonces toda la vida terrena yace en el mal. O, si

aquello que posee la vida terrena sólo se transforma en mal mediante el hombre, entonces es previamente indiferente, no es ni el bien ni el mal; pero eso, que sólo sea apariencia, que no sea esencialmente nada, es, a su vez, una determinación del mal. ¿Qué es, entonces, el bien, qué es lo perfecto? En aquella expresión figurativa se dice que un padre, aunque sea malo, da a su hijo el buen don que éste pide, y no le da una piedra cuando él pide pan, o una serpiente cuando pide un pez[59], y entonces dice la frase aplicativa: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos dones, ¿no habría de darlos entonces vuestro Padre celestial? ¿Pero eran entonces el pan y el pez un don bueno en sí y para sí, o lo eran sólo en cuanto se los necesitaba? ¿Y no es el hecho mismo de tener esa necesidad, a su vez, una imperfección en la vida del hombre? Y aunque el hombre tenga esa necesidad, ¿no le sería de mayor provecho que se le negara? ¿No puede, en un sentido más alto, tener esa necesidad como la tuvo el hijo pródigo cuando pedía pan y le daban algarrobas, de manera que tuvo que volver en sí y retornar de su senda de extravío[60]? Un hombre puede, en efecto, saber cómo dar buenos dones, pero no puede saber si da un buen don, así como, a la inversa, el malvado puede saber cómo dar un don malo, pero no puede saber si da un don malo. Aquel que supo cómo sembrar en su campo la semilla buena y pura, supo sembrarla, pero no supo si lo hizo, no supo lo que podía suceder mientras dormía, y qué había de horrorizarlo al despertar[61]; y aunque ni siquiera hubiese dormido, no habría sabido con qué horror aún mayor habría
| de encontrarse. Puede saber qué es lo que parece provechoso, ya 135
sea que funde su parecer en su propia reflexión y experiencia o en el testimonio de otros; puede saber cómo darlo, pero no sabe si lo da. Puede saber qué es el bien como lo que es perfecto en sí y para sí, pero no puede saber si lo da, tan pronto como quiera saber, de un modo distinto al del indiferente saber de cualquier hombre, que sabe darlo y que lo ha dado, mientras que la preocupada pregunta acerca de si realmente lo dio no recibe respuesta. Y si su alma no conoce esa preocupación, entonces lleva injustamente el nombre de padre, pues el padre se diferencia de todos los otros hombres porque tiene la preocupación, y se diferencia del mejor amigo porque tiene la preocupación en mayor medida que éste. Entonces no existe nada bueno y perfecto en el mundo, pues o bien lo bueno existe de manera tal que, al llegar a ser, llega a ser un bien dudoso, pero un bien que es dudoso no es el bien, y el bien que sólo puede ser en la medida en que puede no llegar a ser, no es lo bueno; o bien existe como condicionado por una presuposición que debe estar dada y que no es ella misma el bien.

Así, la duda llegó a ser la más fuerte; lo que él mismo había indagado, lo que él mismo había experimentado, lo que había comprobado con compasiva preocupación y con su propia aflicción, que la vida terrena es vanidad[62], que incluso los buenos dones del hombre son una impotente voluntad que sólo lo sacia con la inquietud — eso mismo lo hallaba ahora confirmado en una sentencia sagrada. Pues ahora le resultaba claro y distinto que ése era el sentido de la frase, la cual, lejos de afirmar lo más bello de la vida y de dejarlo subsistir, tácitamente lo juzgaba y lo hacía desaparecer. Pensaba que podría conformarse con esa explicación, si bien admitía que ésta no le servía ni a él ni a ningún ser humano. ¿De qué te serviría, en efecto, que tus ojos estuvieran cerrados de modo que el brillo del mundo dejara de complacerlos? ¿De qué te serviría que estuviesen cerrados tus oídos, de modo que el vano discurso del mundo no pasara a través de ellos? ¿De qué te serviría que tu corazón se enfriara y que todo se te volviera ajeno e indiferente? ¿De qué te serviría saber que los hombres no dan buenos dones? ¿De qué te serviría conocer el dolor más hondo de la vida humana, que ni siquiera tu amor consiguió dar dones buenos?
136 — ¡Ah! ¡De qué te serviría eso si tus ojos, a su vez, no | estuvieran abiertos *hacia arriba* para contemplar la gloria celestial, ni abiertos tus oídos para percibir el indecible discurso que *desde arriba* resuena, ni emocionado y colmado tu corazón, ni extendida tu mano para coger toda dádiva buena y perfecta que viene *de arriba*, ignorando tu mano izquierda lo que hiciera tu mano derecha[63]!

¿Pero de qué manera lees? ¿Acaso la frase no sigue siendo la misma, ha dicho alguna vez algo diferente de lo que ahora crees haber descubierto y por lo cual olvidas cómo continúa? ¿Acaso la frase ha ocultado alguna vez el hecho de que los hombres no pueden dar buenos dones? Si así fuese, ningún hombre necesitaría a Dios. ¿O acaso el discurso habría sido más perfecto y rico en consuelo, o lo habría sido la vida, en caso de que aquél dijese que así como un padre da buenos dones, así también Dios da buenos dones? ¿O será que eso que habías descubierto, lo que la frase decía pero que tú no querías comprender, estaba dicho como algo pasajero, dicho para despertar el dolor que hace que el alma se vuelva receptiva con respecto a lo que aquélla tiene que añadir? Dado que todo el mundo es malo, ¿por eso Dios no es bueno? ¿Te parecería mejor que Dios sólo fuese bueno en el sentido en que lo es todo el mundo? ¿Acaso no es lo único requerido y lo único beatificante, tanto en el tiempo como en la eternidad, en la indigencia como en la alegría — que Dios es el único bien, que nadie es bueno más que Dios[64]? ¿O no es esto lo único que salva, lo único que guía, ya sea que hayas de pisar los sonrientes senderos de

la alegría o los estrechos caminos de la pena, «que el espíritu de Dios es bueno y te lleva por tierra recta» (Sal 134,10)?

Sigue leyendo, entonces: «así vuestro Padre celestial da buenos dones»[65]. No dice: así vuestro Padre celestial sabe dar buenos dones, sino: así da buenos dones; pues su saber no es otra cosa que su dar, su saber no se despide de la dádiva y la encomienda a sí misma, sino que es consabidor con la dádiva en cada instante y así también en el instante de la recepción, y en ello reside la similitud en la expresión figurativa: que el amor de un padre es semejante al amor de Dios, un resplandor de éste, aun cuando el amor de un padre no es nunca como el de Dios, tan fuerte, tan íntimo, y por eso no logra lo que logra el amor de Dios, que es todopoderoso en la fuerza de su amor.

Cuando la frase se comprende de esa manera, la imagen desaparece, como si ésta la hiciera comprensible para el menor de edad pero también dificultosa para el adulto; entonces | la frase dice lo que dice 137
el apóstol: que todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba. Lo que la vida terrena no posee, lo que ningún hombre posee, lo posee solamente Dios, y no es una perfección de Dios el hecho de que sólo él lo posea, sino que es una perfección del bien el que un hombre, al participar de él, lo hace en virtud de Dios. ¿Qué es entonces el bien? Es lo que viene de arriba. ¿Qué es lo perfecto? Es lo que viene de arriba. ¿De dónde viene? De arriba. ¿Qué es el bien? Es Dios. ¿Quién es el que lo da? Es Dios. ¿Por qué es el bien una dádiva, y esta expresión no es una imagen, sino la única expresión real y verdadera? Porque viene de Dios; pues si fuera asignado al individuo por el hombre mismo o por otro hombre, entonces no sería el bien ni tampoco una dádiva, sino que lo sería sólo en apariencia, pues Dios es el único que da de manera tal que da también la condición, el único que, al dar, ya ha dado. Dios da tanto el querer como el perfeccionar, él comienza y completa la buena obra en un hombre[66].

¿O acaso negarías, oyente mío, que esto no puede invalidarlo ninguna duda, precisamente porque está fuera de toda duda y permanece en Dios? Si no quieres permanecer en ello, es porque no quieres permanecer en Dios, en quien, no obstante, vives, te mueves y existes[67]. ¿Pero por qué no lo querrías? Aunque la duda no pueda comprenderlo, no por ello resulta falso, puesto que, por el contrario, resultaría dudoso si la duda pudiera comprenderlo. Aunque no pueda y no quiera tratar con la duda, no por ello resulta falso, puesto que, por el contrario, al tratar con la duda no resultaría más verdadero que la duda. Justamente por eso resulta ser lo verdadero, porque interrumpe la duda, porque le quita las armas. Si no lo hiciera, no tendría poder alguno sobre la duda, sino que estaría puesto al ser-

vicio de la duda, y su combate con ella sería sólo aparente, puesto que estaría en amistad con la duda, y su victoria sobre la duda sería un engaño, puesto que la duda vencería. El pensamiento del hombre conoce caminos que conducen a muchas cosas en el mundo, penetra incluso allí donde hay oscuridad y donde está la sombra de la muerte, en el interior de las montañas, conoce el camino hacia ese sitio que ningún pájaro conoce, y sus ojos ven todas las cosas valiosas (cf. Job 28,1-11); pero el camino hacia el bien, hacia el escondite del bien, ése no lo conoce, pues no hay camino alguno hacia allí, sino que toda dádiva buena y perfecta *desciende* de arriba.

Tal vez digas: ¿quién negaría que todo buen don y toda dádiva
138 perfecta | viene de arriba? Pero el no querer negarlo es todavía algo muy distinto de querer comprenderlo, y querer comprenderlo es todavía algo muy distinto de querer creerlo y de creerlo. Pero el que no está a favor, sigue estando en contra[68]. ¿Vuelve el fruto de la ciencia a parecer aquí tan placentero, que podrías, en lugar de juzgar de modo espiritual, solicitar una señal del bien y de lo perfecto, algo que demuestre que realmente viene de arriba? ¿De qué índole sería una señal como ésa? ¿Habría de ser más perfecto que lo perfecto, mejor que el bien, dado que presumiría y aparentaría demostrar que lo perfecto es lo perfecto? ¿Habría de ser un signo, un milagro? ¿No es el milagro el enemigo nato de la duda, aquel con el que nunca se asocia? ¿Habría de ser una experiencia? ¿No es la duda precisamente la inquietud que vuelve inconstante la vida de la experiencia, de manera que ésta nunca encuentra paz ni entra en su descanso[69], que nunca termina su búsqueda y que, aún si lo hiciera, nunca se tranquiliza? ¿Habría de ser una confirmación en la carne y en la sangre? ¿No son la carne y la sangre confidentes de la duda, aquellas a las que constantemente pide consejo[70]?

Pero, cuando no puede aportarse una demostración, ¿es imposible poner término a la duda? De ningún modo. Si pudiese ser aportada la demostración que la duda exige, entonces no se podría poner término a la duda, de la misma manera que no se puede detener la enfermedad dándole la medicina que ella apetece. Si, en cambio, quieres alcanzar la convicción, el apóstol te muestra en lo subsiguiente el camino perfecto a través del cual mueres a la duda[71] a la vez que lo perfecto viene a ti, pues la palabra de la fe no combatiría la duda con sus propios instrumentos, pues primero se sujeta al fuerte, y sólo entonces se le quitan las armas[72].

El apóstol remueve primero los velos de la oscuridad, retira las sombras de la mutabilidad, traspasa los avatares de la alteración, encauza la mirada del creyente hacia el cielo para que procure con

su vista lo que está arriba (Col 3,1-2)[73]; pues lo que está arriba debe mostrarse en toda su gloria, como elevado por encima de toda duda; en el Padre de las luces, cuya claridad ninguna sombra altera, ningún avatar transforma, ninguna envidia oscurece, ninguna nube arrebata a los ojos del creyente. Si éstos no están firmes, si buscas, en este sentido, reconfortarte en la falsa amistad de la duda, ella estará pronta a alterártelo todo una y otra vez con sus sombras, a confundirlo con sus cambios, a eclipsarlo con las brumas de la noche, a quitarte todo, como si no hubiera existido. | Por eso dice el apóstol: todo buen don 139
y toda dádiva perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración[74].

Entonces se dirige al individuo para explicar la condición que le hace posible recibir la dádiva buena y perfecta. Esa condición la ha dado Dios mismo, pues, si no, el bien no sería una dádiva; esa condición es ella misma, a su vez, una perfección, pues, si no, el bien no sería una dádiva perfecta. La necesidad terrenal no es una perfección, sino más bien una imperfección. Por eso, por más que la dádiva de un hombre lograra perfectamente satisfacerla, entonces la dádiva sería una dádiva imperfecta, porque lo era la necesidad. Pero el hecho de necesitar el don bueno y perfecto de Dios es una perfección, por eso la dádiva que lo es en sí y para sí es también una dádiva perfecta, por cuanto la necesidad lo es. Antes de que esta necesidad despierte en un hombre, debe haber tenido lugar primero una gran reversión. Toda esa ardua cavilación de la duda era, por parte del hombre, el primer intento de hallarla. Por mucho que aquélla continúe, nunca culmina; y, sin embargo, debe ser culminada, finalizada, es decir, interrumpida para que el individuo pueda ser lo que el apóstol denomina una primicia de la creación[75]. Es fácil advertir que de esta manera se designa un nuevo orden de cosas, pues la primera vez el hombre estaba muy lejos de ser la primicia de la creación, tanto como que fue creado al final. Hay, entonces, un nuevo comienzo que no se contenta con el curso continuo de la duda, pues, de ser así, no habría nunca un comienzo que comenzara con otra cosa que con la duda. Por eso, mientras que, en el viejo orden de cosas, el hombre vino al final y la tarea de la duda fue, de alguna manera, penetrar todo lo precedente, así también el hombre es ahora lo primero, no hay nada de por medio entre Dios y él, sino que dispone de la condición que él no puede darse a sí mismo, puesto que es una dádiva de Dios. Por eso dice el apóstol que Dios según su consejo nos engendró mediante la palabra de la verdad[76]. Lo hizo por sí mismo y según su consejo, ¿o acaso había hecho algún pacto con el hombre, de manera que se dejara aconsejar por él? Pero aquel que es engendrado por la pa-

labra de la verdad, es engendrado para la palabra de la verdad. La condición es una dádiva de Dios y una perfección que hace posible recibir la dádiva buena y perfecta. — El apóstol dice: «de su propia voluntad nos engendró por la palabra de la verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas». Si quieres acudir aquí nuevamente
140 a la duda, | ésta, como lo hace siempre, te robará en tanto y en cuanto te da. No dejará que la condición sea una dádiva, y de esa manera te privará de la perfección y de la posibilidad de recibir la dádiva perfecta, ¿pues, no es en ti una imperfección el hecho de que no necesites del todo a Dios y, como consecuencia de ello, tampoco necesites del todo su dádiva buena y perfecta?

Pero así como la condición misma es una perfección, asimismo se trata de que se la conserve como tal, que no se la divida y se la fragmente de manera que sólo tenga sentido a medias, como así también que no sea tergiversada. Siempre y cuando los inquebrantables ojos de la fe sigan esforzándose por alcanzar lo celestial, contemplando sin obstáculos el cielo abierto, el apóstol permitiría e incluso alentaría al individuo a usar la duda del modo correcto[77], no para dudar de lo que está firme y de lo que ha de estar eternamente firme en su eterna claridad, sino para dudar de lo que es en sí mismo algo fugaz y que ha de desaparecer más y más, para dudar de sí misma, de su propia fuerza y aptitud, de manera que ésta resulta ser una inaptitud que se relega más y más. Pues la duda que no es verdadera duda de todo, salvo de sí misma; la duda salvífica sólo duda de sí misma con la ayuda de la fe. Por eso ahora el apóstol continúa con exhortaciones que deben servir para fortalecer y preservar al individuo como una primicia de la creación. «Sabéis que todo hombre debe ser pronto para escuchar»[78]. ¿Qué será lo que debe aprestarse a escuchar? ¿Serán los largos discursos de la duda, o las opiniones de los hombres, o las ocurrencias de su corazón? ¡Ah! ¡Aquel que está pronto para escuchar esas cosas, sin importar cuánto ha logrado en el mundo, sin importar qué ha llegado a ser, no ha llegado a ser aquello a lo que el apóstol, a continuación, exhorta a todo hombre, a ser tardo para hablar; pues la prontitud para atender a esas cosas engendra precisamente la prontitud para hablar. Pero aquel que es rápido para escuchar la palabra divina, la cual sigue resonando ahora como entonces cuando el hombre calla, cuando los fariseos y los escribas se han retirado o han sido llamados al silencio, cuando el gentío se ha disgregado y alejado, también él se vuelve lento para hablar, pues lo oído lo sacia de manera indescriptible y lo vuelve más rápido aún para escuchar, aunque más lento para hablar, ¿pues qué tendría que decir él? Finalmente, ni siquiera dirá, como David: ¡Señor, apresú-

tate a hablar![79], sino que dirá en su propia alma: ¡apresúrate, tú, apresúrate a escuchar!

Y, así, puesto que es rápido para escuchar, ha de ser también | rá- 141
pido para escuchar la exhortación: «todo hombre debe ser tardo para airarse, porque la cólera del hombre no practica la justicia de Dios»[80]. La cólera lleva a cabo ante todo lo que no es justo para Dios, hace al hombre lento para escuchar la exhortación. Pero aun cuando un hombre haya sido más lento para la cólera, aun cuando ésta, humanamente hablando, no pudo llevar a cabo nada puesto que, humanamente hablando, fue vencida, sí puede, en cambio, permanecer en la interioridad del hombre y llevar a cabo allí lo que no es justo para Dios; pues la cólera va precisamente en pos de aquello a lo que el hombre debe morir[81] con la ayuda de la fe, y, cuando la cólera que había en él cobró fuerza, aunque en su cólera hubiese triunfado sobre el mundo entero, el hombre se perdió a sí mismo y fue dañado en su alma[82]. Pero el que es rápido para escuchar aquello que no se arrebata en pos de una respuesta o de un discurso exaltado, también él se vuelve lento para la cólera, y no dejará que el sol se ponga sobre su cólera[83], ni temerá un oscurecimiento tanto más angustioso en el que ya no podría ver al Padre de las luces, oculto por tinieblas de cólera que habrían transmutado al Inmutable.

«Por eso, deponiendo toda sordidez y todo resto de maldad»[84]; pues es cierto que el hombre lleva lo perfecto en frágiles vasijas de barro[85], y eso le hace difícil llevarlo, pero no es posible llevarlo si se está al servicio de malas ganancias, en el apetito libidinoso o en la compañía de la impureza; y sobre los restos de la maldad pesa una maldición, que de modo penoso los transforma muy, muy fácilmente, como lo hizo la bendición con los restos de la bendición — en abundancia[86].

«Recibid con mansedumbre la palabra»[87]; pues el que es rápido para escuchar de manera tal que, por ello, se vuelve lento para hablar, no se apresura en su rapidez y no toma por asalto el reino de Dios[88], sino que capta lo celestial; pues «la mansedumbre descubre cosas ocultas» (Eclo)[89]. Sabe que ningún hombre puede tomar lo que no le ha sido dado, y que esto no puede tenerlo si no lo toma como algo dado, y que el bien es una dádiva que la mansedumbre espera. Pero la mansedumbre está también segura de que Dios da toda dádiva buena y perfecta, y en esa seguridad «vela por él con gratitud» (Col 4,2).

Entonces recibe aquello «injerto»[90], aquello que, por tanto, estaba ahí antes de que lo recibiera y que, cuando se lo recibe, es «capaz de | salvar vuestras almas»[91]. Eso es lo que recibe, la dádiva 142

buena y perfecta con la que se satisface esa necesidad que era, ella misma, una perfección. Por eso decía aquella frase en la expresión figurativa con la que comenzamos: «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos, ¡cuánto más habrá de dar el Padre celestial, el Espíritu Santo a los que se lo piden!»[92], pues el hecho de necesitar el Espíritu Santo es una perfección en el hombre, y su necesidad terrena está tan lejos de poder explicarlo con su símil, que, antes bien, lo oscurece. La necesidad misma es una dádiva buena y perfecta de Dios, y el ruego con relación a ella es una dádiva buena y perfecta en Dios, y su participación es una dádiva buena y perfecta que viene de arriba, que desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración.

| TODO BUEN DON Y TODA DÁDIVA PERFECTA VIENE DE ARRIBA 143

Sant 1,17-21

El mismo apóstol de cuya carta está tomado el texto precedente alerta, en el párrafo inmediatamente subsiguiente[93], contra las atracciones y aspiraciones terrenales que querían introducirse también en la congregación para implantar diferencias y separación al servicio de la vanidad, para liberarlos del lazo de la perfección que mantenía unidos a sus miembros en igualdad ante Dios, y someterlos a la esclavitud de la ley que gobierna al mundo y que, de seguro, siempre lo ha gobernado: «hacer acepción de personas con admiración y por interés»[94]. La idea que tan a menudo se hace resaltar en la Sagrada Escritura, para encumbramiento del humilde y humillación del poderoso, que Dios no hace acepción de personas[95], esa idea es la que el apóstol quiere vivificar ante el individuo para su aplicación en la vida. Y así es también en verdad; si un hombre conservara siempre su alma sobria y atenta a esa idea, no se confundiría en su consideración de la vida y de los hombres o «tener su fe en la acepción de personas»[96]. Entonces su pensamiento se dirigirá a Dios, y su mirada no se equivocará al buscar la diversidad del mundo en lugar de la igualdad con Dios. Si entonces se presenta en la asamblea de la comunidad un hombre con anillos de oro en los dedos, con un traje brillante, no fijará la mirada en el traje brillante o dejará que los ojos sensibles se deleiten en ese lujo, o que el carácter sensible | lo convierta en esclavo de un hombre, 144
sin saber cómo elevarse por encima de la preocupación que acarrea la falta de aquél. Si se presenta un pobre con un traje raído, sus ojos no le indicarán que ocupe el sitio desdeñado o se siente junto a su escabel. Y aunque alguna vez vuelva a olvidar la igualdad, aunque se pierda a sí mismo, disperso en la confusa disgregación de la vida,

aún así, cada que vez que entra en un lugar sagrado, su carácter se mantendrá durante ese tiempo en igualdad ante Dios, aprenderá a mantener más y más esa igualdad en el tumulto del mundo, a penetrar con ella la confusión. Pues, en el mundo, las diferencias trabajan ardua e incansablemente para embellecer y para amargar la vida con metas que convocan, con las recompensas de la victoria, con cargas difíciles de llevar, con las secuelas de la pérdida; en el mundo, la vida exterior se ensoberbece vanamente en las diferencias o suspira preocupada y cobardemente al someterse a ellas. Pero en el lugar sagrado, allí la voz del amo se oye tan poco como en la tumba; allí, como en la resurrección, no hay diferencia entre varón y mujer; allí no se escuchan las arrogantes exigencias del saber, no se ve la pompa y la opulencia del mundo, pues ésta se ve como aquello que no se ve; allí, incluso el maestro es siervo, y el más grande es el más humilde, y el más poderoso del mundo, aquel que necesita de la oración más que cualquier otro; allí, todo lo exterior es desechado como lo imperfecto, y la igualdad es verdadera, salvífica e igualmente salvífica para todos. Pues cuando aquel que tiene el mundo es como aquel que no lo tiene, y aquel que no tiene el mundo es como aquel que no es atraído por él, «o cuando el pobre se gloría en su eminencia y el rico, en su pobreza» (1,9-10)[97], o cuando la mujer que fue sorprendida en pecado manifiesto encuentra perdón, y es juzgado el varón cuyos ojos sólo miran a una mujer para desearla, ¿no es cierto que, entonces, la igualdad está presente en su verdad, que el hechizo del mundo ha sido roto, que su ley ha desaparecido como una sombra y ha sido olvidada como algo aprendido en la infancia[98], y todo ha sido perfeccionado bajo «la ley divina» de la igualdad, la de «amar a su prójimo como a uno mismo», de modo que ningún ser humano es tan encumbrado como para no ser tu prójimo, exactamente en el mismo sentido en que ninguno es tan pobre o tan humilde como para no ser tu prójimo, y la prueba incontrovertible de la igualdad es que lo amas como a ti mismo? ¡Claro que sí! ¡Ay de aquel que fue tan engreído como para no poder olvidar las diferencias ni siquiera allí, pero también del hombre que fue tan vil como para no poder olvidar las diferencias ni siquiera allí!

145 | Pero así como la igualdad, figurativamente hablando, vigila la entrada del lugar sagrado y vela para que nadie entre sin haber desechado lo que pertenece al mundo: el poder y la miseria, para que la oración pueda resonar con igual verdad e idéntico sentido para el amo y los poderosos así como para aquellos que están enfermos y se lamentan, para aquel que se apoya en su cetro y para el necesitado que debe contentarse con que Dios sea su vara y su cayado[99] — así también toda consideración edificante de la vida sólo encuentra reposo o sólo llega a ser edificante en y mediante la igualdad divina que eleva al alma en pos de lo perfecto y hace que el ojo sensible se vuelva ciego para las diferencias, la divina igualdad que, como un fuego, quema las diferencias con más y más fuerza, sin que por ello pueda, humanamente hablando, consumirlas.

En los lugares sagrados, en cada consideración edificante de la vida, se alza en el alma de un hombre el pensamiento que lo ayuda a combatir el buen combate contra la carne y la sangre, contra los principados y las potestades, y para, en ese combate, liberarse a sí mismo en pos de la igualdad ante Dios, ya sea que esa guerra sea una guerra de conquista contra las diferencias que quieren demorarlo en los favores terrenales, o una guerra defensiva contra las diferencias que quieren angustiarlo en la perdición terrenal. Sólo así la igualdad es la ley divina, sólo así el combate es verdad, sólo así la victoria tiene validez, cuando el individuo combate por sí mismo consigo mismo en sí mismo, y no osa de manera intempestiva contribuir a la igualdad del mundo entero en lo exterior, algo que es de escasísimo provecho, tan poco como si nunca hubiese existido, y ello, si no por otra razón, porque todos tendrían que agradecer a uno solo y hacerse desiguales con relación a él. Ese irrazonable y mundano apresuramiento, que llega incluso a pensar que una determinada condición es la verdadera igualdad a la que debe rebajarse lo que está más arriba y elevarse lo que está debajo, sólo aporta confusión y contradicción, como si la verdadera igualdad pudiera expresarse en cualquier cosa exterior en cuanto tal, en tanto puede triunfar y conservarse en cualquier cosa exterior; como si una superficie pintada fuese la verdadera igualdad que trae vida y verdad y paz y armonía a todas las cosas, cuando, por el contrario, busca exterminarlo todo en una uniformidad que consume al espíritu.

Pero las diferencias son tantas y, en sí, tan variables, puesto que lo que a uno le resulta insignificante se acrecienta para otro | hasta 146
la enormidad, que por esa razón es difícil hablar de ellas o hallar una expresión adecuada y decisiva para el individuo. Hay, sin embargo, una diferenciación en la vida que, cuando uno piensa en las palabras apostólicas según las cuales toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, se ofrece casi a cada uno, o bien como un recuerdo vivido y relegado, o bien como algo presente, y esa diferenciación ha encontrado una expresión más precisa en la que el hombre ha reconocido el señalamiento de una contradicción común en la vida. Poder *dar* o tener que *recibir*: esa diferenciación encierra en sí misma la gran

multitud de los hombres, si bien, dentro de su propio alcance, caracteriza de un modo más directo algunas figuras determinadas. El hecho de poder *dar* o de tener que *recibir* divide a los hombres en dos grandes clases, y, tan pronto como se menciona esa breve palabra, todos la comprenden con exactitud, asocian a ella muchas alegrías o muchos recuerdos difíciles, muchas valerosas esperanzas o penosas expectativas. ¡A cuántas deliberaciones no ha dado lugar esa pequeña palabra! ¡Cuánto no ha tenido para contar el anciano que ha envejecido en el fatigoso servicio de esa diferenciación! ¡Cuánto no ha indagado el joven, cuando por primera vez se quedó pasmado ante esa inscripción en la puerta de la vida, y en cuántas elucubraciones no se sumergió antes de haber asumido esa diferenciación: si era más dichoso poder dar, y cuán dichoso; y si era más difícil recibir, y cuán difícil pudiera ser; si era lo más deseable; qué elegiría si se le diera a elegir; si era cierto lo que se decía, que lo más glorioso era no tener que procurarse nada en el mundo y poder decir: desnudo vine al mundo, no poseía nada, era como un extraño en él, y lo abandono desnudo también; si era tan pesado y dificultoso poseer los tesoros de la tierra; si el hecho de poder hacer partícipes a otros era un trabajo tan difícil y estaba asociado a tanta responsabilidad! Pero todas esas deliberaciones que coquetean con las condiciones y presuposiciones de la vida como un juego para la imaginación sólo sirven para obstruir la fuerza efectiva de la libertad y para contristar el espíritu con extraordinaria vehemencia y dolor. Incluso en relación con una contradicción más profunda, Pablo sugiere en su breve discurso que no hay tiempo para largas deliberaciones: «Si fuiste llamado a la servidumbre, que eso no te preocupe; si puedes llegar a ser libre, elige más bien esto»[100]. Si bien ningún hombre tiene esa facultad de ser eficaz en la brevedad tal como lo es el apóstol, no
147 por ello prolongaremos las deliberaciones, | sino que llamaremos al alma a abandonar la dispersión y a concentrarse en esa igualdad que se muestra cuando penetramos las diferencias a partir de la palabra apostólica. Intentemos entonces, por así decirlo, recorrer las diferencias con la palabra, dejando siempre que la palabra nos recuerde que *todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba.* Si esto ha sido fijado, en efecto, entonces las diferencias han sido suprimidas, entonces una diferencia en la imperfección, que es la que queda a los bienes de los hombres, sólo puede ser pasajera; entonces la palabra, en definitiva, sigue escuchándose como un divino estribillo, capaz de perfeccionar cada diferencia en igualdad ante Dios.

La palabra apostólica exige, pues, que aquel que puede dar se humille él y su dádiva bajo la palabra. Si no se ha propuesto dar,

entonces esa palabra no tiene ningún significado para él. Si cobija como un dragón sus tesoros terrestres o si tiene preparada la hipócrita explicación de que aquello con lo que podía contribuir ya fue entregado, «es una dádiva»; si acumula los bienes del espíritu celosamente como un avaro — no le serviría de mucho que la palabra quisiera enseñarle a desprenderse de ellos rectamente, no necesitaría una tal instrucción. A ése no puede ayudarlo la palabra, esa palabra que consiguió ayudar al más menesteroso.

Pero cuando estás dispuesto a dar, la palabra inspecciona si esa disposición tuya significa que das con alegría y que tienes el agrado de Dios[101]. Si tu disposición, en cambio, no significa alegría, deshazte entonces sólo de tus ricos dones, arroja las riquezas que hastían y fatigan a tu alma, cuyo valor es sólo un flagelo para ti, transforma, en cuanto sea posible, la faz de la tierra, ve en ayuda de toda indigencia, de modo que seas el único que mendiga. — ¡Ah!, pero toda dádiva buena y perfecta desciende de arriba, de manera que la Providencia no necesita precisamente de tus tesoros y de tus bienes, pues ella tiene siempre doce legiones de ángeles listos para servir a los hombres, y, si necesitara justamente de tus propiedades, bien podría quitártelas así como te las dio. Pero la sabiduría que tú aprendiste es otra: que no hay ninguna dádiva buena ni allá arriba ni aquí abajo, y por más que pudieras conservarlo todo o darlo todo, no lograrías ni producirías la igualdad ante Dios. — O, si fueran bienes injustos y tu mano fuera corrupta, ¿qué sería la dádiva sino blasfemia hacia Dios, y cómo podrías llegar a entender que la dádiva buena viene de arriba, tú, que ni siguiera supiste dar a cada uno lo suyo?

| Cuando estás dispuesto a dar, la palabra vigila que no estés 148
inclinado a tomar de nuevo, para que se establezca la igualdad ante Dios; no la igualdad que se logra cuando los iguales se buscan el uno al otro, y el rico hace un banquete para el rico con el fin de ser, a su vez, invitado por él, y el poderoso socorre al poderoso. Tú estabas dispuesto a ayudar al necesitado que no tenía nada para dar, y, sin embargo, exigías algo de él: su respeto, su admiración, su sujeción — su alma. ¡Por muy poco que sea lo que posees, aunque fueses el más rico, aunque tu nombre pudiera disputarle el nombre a aquel que a través de los siglos fue nombrado como el más rico y con cuyo nombre fue nombrado el más rico! ¡Por muy alta que fuese la montaña a la que uno pudiera subir sin que la mirada descubriera nada que no fuese tu propiedad! ¿Has olvidado que hubo alguien que pudo subir a la montaña más elevada, cuya cúspide llegaba a las nubes, que pudo mostrar todos los reinos y comarcas de la tierra y decir al hambriento: «todo esto te lo daré, si caes y me adoras»? ¿Has olvidado que ése era el

Tentador? ¿Querrías realmente hacer el bien para con otro ser humano de manera tal que le hicieras un mal? ¿Querrías ser su benefactor de manera tal que llegaras a ser el enemigo de su alma? ¡Cuánto necesita un hombre para vivir, puesto que su vida no consiste en comer y en beber! Tú, que quieres atemorizar al necesitado para sojuzgarlo, ¿no temes que él, con una sola palabra, quite brillo a toda tu grandeza y transforme tu plata y tu oro en una moneda falsa que nadie querrá recibir? ¿Traicionarías a tu prójimo con un beso, darías muerte a su alma al rescatar su cuerpo? ¡Ah!, pero toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, y los tesoros de la tierra no tienen, en cuanto tales, ninguna promesa, ninguna acreditación de preferencia como para que se los pueda llamar de ese modo. Así, si puedes dar, no olvides nunca, ni por ti ni por el otro, que eso es algo que viene de arriba, no sea que tú, queriendo ser su benefactor y pudiendo serlo, más bien necesites de él, que necesites que él, al recibir, se rehúse; que necesites que él te haga saber que no sois el uno para el otro, que él no es tan infame como tú eres engreído, que no logras pervertir su alma aun cuando puedas hacer que su cuerpo sufra. No prestes tus bienes con usura, no hagas como aquel que sabe cómo hacer que su dádiva se vuelva aún más productiva después de haberla dado; no hagas lo que es más terrible aún, lo que tú no puedes ni el mundo entero puede
149 reparar, que su alma resulte dañada. Da tu dádiva, vela por ella, y | si, aunque no sea por tu culpa, adviertes que el necesitado es llevado a la tentación, continúa con la exhortación, con la remisión a Dios, o deja simplemente de dar; no dejes que los extensos actos de beneficencia con los que tu riqueza te permite alegrarte te hagan olvidar que es mejor y más beatificante e infinitamente más importante salvar un alma. Cuando esta idea se haga vívida en tu alma, hará que, con temor y temblor, te humilles y humilles tu dádiva ante la palabra del apóstol, de manera que tu dádiva llegue a ser a tus ojos lo suficientemente modesta y *tú, sin embargo, aún más modesto que la dádiva.* — O acaso estás dispuesto a dar, pero necesitas de una larga deliberación para que la dádiva se muestre debidamente como algo bien pensado por tu perspicacia. ¡Ah! Hay muchas deliberaciones que hacen más perspicaz al hombre y demuestran su perspicacia, pero que no lo hacen mejor ni más agradable a Dios. Es suficientemente sabido que todos esos reparos que la mano izquierda encuentra cuando la diestra le pide consejo, no vienen del bien, y, si tú descubrieras uno nuevo, ése sería un honor muy dudoso. ¿Y por qué las deliberaciones que, a su vez, siguen a una de esas obras de bien son por lo general tan prolongadas, sino porque ésta carece de retribución y por eso debe contentarse con la deliberación? Tan pronto como, por el contrario,

te pongas a pensar que toda dádiva buena viene de arriba, la diestra que extendiste para dar se ocultará rápidamente, y la siniestra nunca se enterará de nada; entonces te alegrarás en secreto, como puede hacerlo un benefactor, te alegrarás como aquel que recibió la dádiva, y ambos os alegraréis por lo mismo, porque la dádiva viene de arriba; pues la mano que la dio era invisible — ésta era tu mano; y tu convicción es que hay una mano invisible que en verdad hará de ella una dádiva buena — y ésa es la mano de Dios. — O estás dispuesto a dar, y es como si le reservaras la dádiva al necesitado, pero le haces esperar por ella. ¡Amigo mío! «Una expectativa que se dilata, hiere el corazón, pero el anhelo satisfecho es un árbol de vida» (Prov 13,12). ¿Qué le darías a entender al otro con tu conducta, sino que eras tú a quien debería esperar? ¿Sería ésa una información tan magnífica que desearías hacérsela comprender? Y el que la comprendiera, ¿no lo dañaría fácilmente en lo que hace a su bienaventuranza? ¿Y de qué provecho habría sido para ti? ¿Te haría más perfecto? Dios en los cielos, sin embargo, sabe mejor qué es lo más alto que un hombre puede procurar y perfeccionar. Pero la Escritura dice que a un hombre no se le exige más que el hecho de ser fiel como un mayordomo[102]. | Pero un 150
mayordomo es más modesto que la casa y los bienes que administra. Tú, en cambio, serías el amo, no serías por tanto, lo perfecto. Harías que el necesitado, en su espera, comprendiera que tienes otras cosas de qué ocuparte, que debería tomarse su tiempo, que él, el insignificante, debería esperar. ¡Ah! Dios en los cielos no deja siquiera a un gorrión esperándolo. Por eso, no dejes que el necesitado te pida por mucho tiempo, de otro modo resulta manifiesto que no das por causa de Dios sino tal vez para redimirte de sus ruegos. ¿No sería una injusticia de parte del juez el que sólo impartiera justicia para librarse de los ruegos de la viuda? ¿No sería un hombre injusto aunque hiciera justicia, no sería una injusticia para con la viuda que ésta venga a darle las gracias por haber hecho él su deber, como si fuera una gran obra buena? Cuanto más haces que el necesitado pida, tanto más se hunde él en la necesidad terrenal, hasta el punto en que tal vez ya no pueda elevar su cabeza por encima de ella, ni siquiera con la ayuda de tu don. Y lo que tienes para dar, o bien no es una dádiva buena y perfecta, o bien, si lo es en ti, es porque sólo eres un mayordomo, en efecto, *más modesto que la dádiva.* — O estabas dispuesto a dar, pero tu dádiva era tan modesta que no te decidías a dar. ¡Ah! Pero toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, y por eso la tuya, la modesta, puede ser la dádiva buena tan buenamente como puede serlo la más grande. Y aquel que da rectamente, cierra sus ojos, de manera que no ves la dádiva, cuán pequeña es, antes de ver mani-

festarse lo que Dios hizo de ella, y entonces vuelves a reconocer que eres *más modesto que la dádiva*, como es siempre el que da cuando da una dádiva buena, o cuando hace lo que está a su alcance para que pueda llegar a serlo.

Sin embargo, no es sólo con bienes exteriores y terrenales como un hombre puede ayudar a otro, sino también con su guía y sus consejos, con consuelo y admonición y compasión, y aquí el dador parece ser más importante. Tal vez pagaste un alto precio por tu experiencia, tal vez la admonición que tienes para ofrecer es algo que adquiriste en el día de la indigencia y que con mucha dificultad arrancaste a las contrariedades de la vida, y por eso no quieres despilfarrarlo ni tomarlo en broma, sino que quieres encarecer lo que adquiriste amargamente. ¿Pero acaso no se lo compraste a la vida? Y si cuando lo compraste, como tú dices, no era bueno para ti, ¿quieres ser ahora para otro lo que la vida fue para ti, para que también él tenga que decir un día: lo compré a un alto precio y tuve que pagarlo con amargura? Si tienes una admonición que ofrecer, ¿será que ésta no es una dádiva si no puedes
151 | separarla de ti y separarte tú mismo de ella? ¿O acaso tu admonición perdería algo si el que la recibiese pudiese ver que tú, que ahora la necesitabas menos, te inclinabas ante ella, que te afectó primero y fundamentalmente a ti mismo como si la necesitaras más que nadie, que al ser repetida se volvía joven y vívida en tu alma, como lo era en el instante en que fue adquirida, de manera que tú mismo *eras más modesto que tu admonición*? Si tienes una admonición que hacer, no alces tu cabeza como quien juzga, no eleves los ojos para investigar, sino inclina tu cabeza y tus ojos bajo la admonición, para que pueda resonar desde arriba de manera tan significativa para ti como para el otro. Pero todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, y aunque tú contaras con la mejor admonición, aún así no sabes si ésta atizará la obstinación en el alma del otro o si la preservará en la humildad, si ha de llegar a redundar en su salvación o en su perdición. — O es tu compasión lo que tienes para brindar, y estás dispuesto a ello si alguien realmente lo necesita, pero para eso se requiere que él sea más débil que tú, que muestre menos fuerza en la indigencia, menos coraje en la tribulación de lo que tú eres capaz, y entonces tu compasión se apresurará a fortalecer al abatido y a alzar al caído — ¡Ah!, pero toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, y aquel que ofrece su dádiva, observa primero si no tiene nada contra su hermano, de modo que la compasión se brinda con la condición de retener la retribución al hacerse pagar. Lo que necesita no eres tú, sino la compasión, así que sé tu mismo *más modesto que tu compasión*, para que ésta pueda venir de arriba, de encima de ti, para que sea compasión y no agravio, para

que no sea algo que surgió en tu corazón, sino que vino a él desde arriba. — O estás dotado del poder del espíritu como raramente lo ha estado un hombre, sabes penetrar la verdad con tu pensamiento, sabes atraer a los hombres hacia ti en pos de ella para que puedan permanecer con alegría en ese vínculo indisoluble; pero, tú mismo, ¿no podrías hacerte a un lado para que puedan conocer la verdad a través de ti y permanecer en ella sin ti? ¿Serías uno de esa clase? No es arrogancia de nuestra parte hablarte a ti como al más modesto, tan sólo nos preocupa lo que sucede y lo que podría suceder. ¡Ah!, pero toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, e incluso lo más cierto que un hombre haya indagado sigue siendo siempre dudoso para otro, o él mismo debe adquirirlo exactamente del mismo modo. ¿Qué ganarían los hombres si les permitieras reconfortarse en ti de esa manera,
qué ganarías tú | si ganaras la satisfacción que buscabas? ¡Ay!, es que 152
un hombre no sólo puede causar estorbo a su alma con la comida y la bebida, sino también con la honra del mundo y la admiración de los hombres. ¡Y qué es la honra del mundo que se recubre de su hermoso aspecto, cuál es la santidad a la que se consagra a sí mismo para que su honra resulte verdaderamente atractiva! ¡Y qué es la admiración de los hombres, que se derrocha tan plenamente sobre el impío y el infame como se ofrece al justo! Y aunque alcance a quien debe alcanzar, ¡cuán irrazonable y necia es a menudo esa admiración! Es como si no quisieran preocuparse por sí mismos, sino preocuparse sólo por admirar, acarreando así nuevas penas al admirado en caso de que su preocupación por el bienestar de aquéllos fuera mayor que su avidez de admiración. Por eso, si tuvieras alguna verdad que ofrecer a los hombres, atenúa tu propio efecto, anúlate, sacrifícate al conceder tu dádiva, para que los hombres no tengan que cogerte a ti en lugar de la dádiva, para que su vida no tenga que desperdiciarse en un engaño, poseyendo la verdad sin, no obstante, poseerla. De qué manera es esto posible, es algo que tú sabes muy bien, puesto que eres el poderoso. Entonces eres, sí, el dador, pero eres *más modesto que la dádiva*, y toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, aunque haya venido a través de ti. — O fuiste tan simple, que por esa razón permaneciste callado, y no se te ocurrió pensar que una palabra tuya habría podido guiar o ayudar a otro ser humano. ¡Ah!, una simple palabra de alguien simple ha hecho maravillas en el mundo, ha dejado su sello en la memoria del sabio que había olvidado esa palabra a causa de toda su sabiduría, ha contenido al poderoso, ha desarmado al malhechor, ha sacudido al perspicaz, ha rescatado al desesperado. ¿Y acaso no habría de ser así, cuando tu dádiva fue una dádiva buena y *tú mismo, más modesto que tu dádiva*?

La palabra apostólica se dirige a aquel cuya humilde suerte fue la de tener que recibir, y es, como toda palabra sagrada, un evangelio para el pobre, una voz celestial que lo llama, que le inspira coraje para vencer en el terrible combate en el que, por así decirlo, uno combate con su amigo, o en el que incluso es enormemente difícil distinguir al amigo del enemigo; valentía para elevarse con gratitud hacia Dios tan a menudo como el alma se encuentra en el peligro de ser confinada a la tierra al transformase en deudora de otro ser humano. ¿O acaso elogiamos la ingratitud? ¿Puede entonces la palabra apostólica aportar la igualdad ante Dios, o es una igualdad injusta la que se enseña cuando
153 aquélla dice que toda dádiva buena y perfecta | viene de arriba, y que todo hombre, ya sea que dé o que reciba, debe esencialmente dar gracias a Dios, puesto que sólo por lo bueno es correcto dar gracias, y lo bueno sólo viene de Dios? ¡Ah, no!, la palabra no suprimirá la gratitud, pues así como, para el que da, es un oprobio saber él mismo que ni siquiera intenta hacerse invisible en todos los sentidos, o saber hacerse invisible en un sentido superior aun cuando es visible, así también es un oprobio para el que recibe no saber y no intentar con todas sus fuerzas saber de quién recibió. Pero en ese esfuerzo por llegar el uno a encontrar lo que el otro oculta, ambos coincidirían en encontrar a Dios, y, cuando lo hubieran encontrado, ambos serían dispensados del oprobio: el oprobio del que habría de ocultarse, puesto que ha sido descubierto; el oprobio del que habría de descubrir, puesto que no lo ha descubierto. En efecto, si aquel que recibe la obra de bien no sale con su gratitud en busca del benefactor, entonces nunca encuentra a Dios; pues es en esa búsqueda donde encuentra a Dios al no encontrar a su benefactor, encontrándolo como debía ser y encontrando entonces, a su vez, a Dios con su asistencia; no encontrándolo como debía ser y encontrando entonces, a su vez, a Dios con la búsqueda de su gratitud. Si un hombre quiere perder de vista la gratitud terrenal para descubrir fantásticamente a Dios con su agradecimiento, que cuide entonces de sí mismo, pues si no está dispuesto a agradecer al benefactor, a quien ve, ¿cómo habría de agradecer en verdad a Dios, a quien no ve[103]? Deja sólo que un fariseo exponga la verdad para hacer una mala aplicación de ella; la verdad sigue siendo, sin embargo, que se debe dar a Dios la honra por lo que se le debe a un hombre pecaminoso, que nadie puede elevarse sobre otro de manera tal que, interponiéndose en su camino, le haga imposible llegar a agradecer a Dios; que nadie puede ser tan vil, tan cobarde, tan indolente, tan pusilánime, tan extraviado en lo terrenal como para contentarse con agradecer a un hombre por haberle dado lo que apetecía; pero no por eso se negará que el hecho de querer negar a su benefactor en

lo manifiesto y recibir sus dones en lo oculto es, como el hecho de avergonzarse ante sus padres, algo repugnante tanto para Dios como para los hombres, algo abominable que apunta a convertir al dador de los dones en el único injuriado en la vida. Elogiamos a aquel ciego de nacimiento del que habla el evangelio, porque el primer uso que hizo de su vista fue tratar de encontrar con la mirada a su benefactor[104];
lo elogiamos porque el juicio del mundo no consiguió llevarlo | a 154
aquello que condujo a Pedro a negar a su benefactor[105]; lo elogiamos porque prefirió permanecer despreciado junto a su benefactor antes que, respetado, servir tal vez como instrumento en manos de los poderosos; pero si no hubiera querido hacer más, si su benefactor hubiese sido un hombre pecaminoso como cualquiera de nosotros, si la obra de bien los hubiese unido en indisoluble amistad, en lugar de que el vínculo fuera el común agradecimiento a Dios, a quien darían la honra — ¿no habría corrompido esto último lo que tan bellamente había comenzado? Si bien Cristo recibió la adoración del ciego, ésta no fue precisamente por la obra de bien sino en virtud de la fe, y en este caso la relación era de naturaleza tal que ningún hombre pecaminoso estaría tentado a igualarla en exigencia. Cristo hizo la obra buena de la manera más encubierta posible, pues, cuando le permitió recobrar la visión, lo despidió y le dijo: vete y lávate en el estanque de Siloé. Allí recobró la visión, pero el Señor no estaba junto a él, y, de esta manera, el que era su benefactor había sabido hacerse invisible ante él, y pese a ello su obra de bien consistió en concederle la visión.

Cuán distintas son las cosas que un hombre puede llegar a deberle a otro, eso lo hemos visto ya, cuando se habló acerca de aquellos que tenían la dichosa suerte de poder hacer el bien. Cuando estás dispuesto a agradecer, la palabra te vigila para que, debiendo recibir y queriendo dar gracias a los hombres, no sea dañada tu alma. Tal vez eras alguien modesto en el mundo y tu lugar estaba junto a la puerta del rico; tu vida era una confirmación de la experiencia según la cual se puede también vivir de migajas, y de la experiencia según la cual éstas son arrojadas a veces a un hombre como si se tratara de un perro. Recibías la dádiva que se te arrojaba; necesitarla era algo gravoso, pero ¡ay!, no podías prescindir de ella; te servía sólo por un instante, y entonces volvías a sentir, con la misma dificultad, cuán gravoso era tener que recibirla. Antes de haber vuelto a alzar tu inclinada cabeza, tu benefactor había desaparecido, no precisamente porque deseara no ser conocido y se apresurara a ocultarse, sino porque tenía algo completamente diferente que atender. Enviabas tu gratitud en su búsqueda, él no la recogía, no precisamente porque, avergonzado, sintiera que era más modesto que su dádiva, sino porque su oído no

estaba atento, puesto que todo el asunto era para él algo indiferente y carente de toda importancia. Y si tu agradecimiento hubiese llegado a él, seguramente habría dicho: no es nada que valga la pena
155 agradecer, y ésa | habría sido su sincera opinión, como así también que tu gratitud tampoco valía la pena. ¡Ah!, pero toda dádiva buena y perfecta viene de arriba. El poderoso debe contentarse con que el humilde le sirva, pero el humilde, él sirve al poderoso, y tú en tu gratitud te elevabas hacia Dios, porque Él había utilizado a ese hombre poderoso como un instrumento para ayudarte. — O tu condición era más moderada, tenías tu simple sustento, vivías en austera satisfacción en tu humilde vivienda al pie del palacio del rico; pero se lo debías a él, a él le debías todo, y sentías que el servicio que podías rendirle era sólo una escasa retribución; pero tanto más dispuesto estabas a darle las gracias. A veces lo veías cerca de ti, pero su mirada te aseguraba fácilmente lo poco que significaba tu agradecimiento, y que no entendía que se le pudiera pagar con esa moneda, sino que sabía hacerse pagar de otro modo. Entonces habrías deseado ser un pajarillo del cielo, que sólo tiene que darle gracias a Dios por su sustento, un lirio del campo que sólo tiene que darle gracias a Dios por estar magníficamente vestido, tener que darle gracias sólo a Dios, a quien es una alegría suprema tener que darle las gracias una y otra vez. ¡Ah!, pero toda dádiva buena y perfecta viene de arriba. Si el benefactor no presta atención a tu agradecimiento, elévate hacia Dios, de quien viene su dádiva, pero no dejes de agradecerle, haz lo que puedas por él, que no es poco, haz que, en virtud de su injusta riqueza, haya cobrado en ti un amigo que pueda recibirlo en la morada eterna[106]. — O no conocías ninguna pena de esa índole, no necesitabas agradecerle a ningún hombre por el oro y los bienes terrestres, pues te estaban dados; pero tu alma había rodado en la confusión de la vida, no habías podido mantenerte a salvo de la dificultad en la que te encontrabas, que embargaba tu pensamiento y paralizaba tu voluntad. Entonces habías buscado consejo y asistencia en otro ser humano, cuya lúcida mirada penetró enseguida la oscuridad que te rodeaba. Ahora estabas alegre y satisfecho, tu vida transcurría tranquila y apacible, pero en tu corazón y con tus labios reconocías que se lo debías a él. Él, sin embargo, no quería recibir tu agradecimiento. Cuando le hablabas al respecto, advertías fácilmente que, aunque su mente se había ocupado alguna vez de tu vida y de las complicaciones de ésta, no se había ocupado de ti, y por eso no podía dejarse dar las gracias. Sí, tal vez aquel a quien le debías todo eso era incluso tu enemigo, que justamente por eso no quería recibir el agradecimiento. ¡Ah!, pero toda dádiva buena y perfecta viene de arriba. Si un hombre quiere

dejar de ser un hombre, si sólo quiere ser como una fuerza de la 156
naturaleza, entonces no puedes darle las gracias, del mismo modo que el hombre de mar no puede dar gracias al viento cuanto éste llena sus velas y él se sirve de ellas rectamente, ni el arquero dar gracias a la cuerda cuando da ímpetu a la flecha y ésta da en el blanco. No enredes entonces tu alma en preocupaciones terrenales, sino elévate hacia Dios mediante la gratitud. Pero no dejes por eso de agradecer a tu benefactor, tu agradecimiento le pertenece; vela por él como por un bien que te fue confiado, como se guardan los bienes del difunto o de aquel que viajó a países lejanos, para que pueda recibirlos honestamente administrados si alguna vez así lo desea. — O le debías a otro hombre lo que no podías olvidar, como tampoco él: tu inteligencia, tu educación, tu firmeza de pensamiento, la fuerza de tu discurso. Él trataba tu alma como su deudora, no quería que ninguna fiesta de conciliación hiciera que fueses devuelto a ti mismo como tu propiedad. Aceptaría tu agradecimiento, sí, pero no como algo que liberaría tu vida de la deuda hacia él. ¡Ah!, pero ningún hombre puede dar lo que no le fue dado a él mismo, y lo más alto que un hombre puede dar a otro es, desde luego, la vida, e incluso por ésta el padre enseña al hijo a agradecer a Dios, que es el que se la dio y que es aquel qué volverá a tomarla. Toda dádiva buena y perfecta viene de arriba, y es cierto que el discípulo no está por encima del maestro, pero si el maestro lo ama, entonces desea que sea como él.

«Es más beatificante dar que recibir». Esa frase expresa la diferencia tal como ésta es en la vida terrenal, no porque se refleje en las pasiones humanas o tome prestada de ellas su expresión: que es mejor, más afortunado, más magnífico, más deseable poder dar que tener que recibir, sino porque indica la diferencia tal como ésta es en el corazón amable. Pues aquel que dice que es mejor o más dichoso o más magnífico o más deseable, no dice qué uso hará de ese poder que se le otorga, ni tampoco da testimonio acerca de lo que sintió al usarlo rectamente. El que sabe, en cambio, que es más beatificante dar que recibir, ése ha entendido las diferencias de la vida, pero también las ha reconciliado al dar con alegría y al hallar su beatitud en el dar. Sin embargo, la diferencia sigue en pie si el que ha de recibir no percibe una beatitud semejante. ¿Acaso no habría de hacerlo? El que fue puesto a prueba en un combate más difícil, ¿no habría de
tener una paga semejante? Y, | con todo, es en verdad más grandioso 157
recibir que dar, si las dos cosas suceden de la manera correcta. Consideremos entonces ahora la palabra apostólica para ver si ésta no expresa la igualdad. El que da, reconoce que *es más modesto que la*

dádiva; pues ésa fue la confesión que la palabra apostólica tomó con alegría al individuo que quiso prestarla, o que le exigió al que no lo quiso. El que recibe, confiesa que *es más modesto que la dádiva*; pues ése era el reconocimiento que la palabra puso como condición para elevarlo, y a menudo ese reconocimiento resuena también con toda su humildad en este mundo. Pero cuando el que da es más modesto que la dádiva y el que recibe es más modesto que la dádiva, entonces está establecida la igualdad, a saber, la igualdad en la modestia, la igualdad en la modestia con respecto a la dádiva, porque la dádiva viene de arriba, y por eso no pertenece propiamente a ninguno o pertenece por igual a los dos, es decir, pertenece a Dios. La imperfección, entonces, no estaba en que el necesitado recibiera la dádiva, sino en que el rico fuera poseedor, imperfección que éste suprimió al conceder la dádiva; ahora estaba establecida la igualdad, no porque el necesitado poseyera la dádiva, sino porque la dádiva ya no pertenecía al rico como propiedad, pues se la había brindado al necesitado; y no pertenecía tampoco al necesitado como propiedad, pues lo había recibido como una dádiva. Cuando el rico da gracias a Dios por la dádiva y porque se le otorga la oportunidad de darla bellamente, da gracias por la dádiva y por el pobre; cuando el pobre da gracias al dador por la dádiva y a Dios por el dador, da gracias también a Dios por la dádiva; la igualdad, por tanto, está presente en la gratitud hacia Dios, la igualdad con respecto a la dádiva en la gratitud. Esto no es difícil, se entiende fácilmente; si la dificultad tienta a veces a un hombre, es porque los bienes terrenales, aquellos en los que, tanto peor, pensamos más precisamente cuando recordamos la diferencia entre el poder dar y el tener que recibir, son en sí muy imperfectos, y por eso tienen el poder de la imperfección para establecer diferencias. Cuanto más perfecta es la dádiva, en cambio, de manera tanto más nítida e incontrovertible se muestra enseguida la igualdad. Claro que ésta es la dádiva buena y perfecta, acerca de la cual decimos que viene de arriba; pero la única dádiva buena y perfecta que un hombre puede dar es amor, y, acerca de él, todos los hombres en todas las épocas han reconocido que tiene su morada en el cielo y que desciende de arriba. Si un hombre no quiere recibir el amor como una
158 dádiva, entonces repara en lo que obtiene; pero | si lo recibe como una dádiva, entonces el dador y el receptor no pueden diferenciarse en la dádiva, los dos resultan esencial y plenamente iguales con respecto a la dádiva, de manera que sólo el entendimiento terrenal en su imperfección puede volver equívoco lo que significa una y la misma cosa. Y cuanto más un hombre aparta de su alma el hábito de comprender lo imperfecto para entender lo perfecto, tanto más

se apropia de la explicación de la vida que consuela mientras es de día, y que permanece junto a él cuando llega la noche, cuando yace olvidado en su tumba y él mismo ha olvidado lo que el musgo y la herrumbre han consumido y lo que la suspicacia humana ha ideado; y, sin embargo, tendrá un pensamiento capaz de ocuparle todo ese tiempo, uno que no está atento a las diferencias que le preocupaban, sino sólo a la igualdad que viene de arriba, la igualdad en el amor, el cual permanece[107] y es lo único que permanece, la igualdad que no permite a ningún hombre ser el deudor del otro, salvo, como dice Pablo, en una sola cosa: amarse unos a otros[108].

159 | QUE UNO ADQUIERA SU ALMA EN LA PACIENCIA

En vuestra paciencia, adquirid vuestra alma.
Lc 21,19

El pájaro rico pasa como un zumbido, estrepitosamente; el pájaro pobre[109] — y la paciencia es un pájaro pobre que no viene con gestos y ademanes exteriores, sino como una callada corriente de aire y como la tranquila esencia de un ser incorruptible[110]. Y la paciencia es un arte pobre, y, sin embargo, muy generosa. ¿Quién la aprendió debidamente de la vida, quién tuvo la paciencia suficiente para ello? ¿Quién se la enseñó del modo correcto a otro hombre? ¡Ah, puede que alguien le haya enseñado muy bien la paciencia a otro siendo, él mismo, muy impaciente! ¿Quién habló rectamente acerca de ella sin apresurarse en la impaciencia de la expresión y en la prisa de la frase hecha? ¿Quién escuchó el discurso acerca de ella del modo correcto, de tal manera que no comprendió el discurso y después exigió impacientemente otro discurso, habiendo entendido así la paciencia y el discurso acerca de ella, pero sin entender que no era así como debía ser comprendida?

Que uno adquiera su alma en la paciencia. ¿Acaso esta palabra, que de seguro llega siempre en mal momento, no es capaz de matar de una vez toda audaz expectativa que aspire a acciones de renombre, a entusiastas hazañas, a la lucha y a la batalla, en las que la retribución, aunque incierta, es también gloriosa? ¿Acaso esa palabra no es para el viejo lo que la voz del padre es para el hijo cuando lo llama a abandonar el ruidoso juego, en el que era rey y emperador, en pos de
160 la silenciosa obra de la paciencia; y no es más angustiante aún, | dado que ha de extenderse a la vida toda, sin permitir que se bromee con ella como si su seriedad fuese sólo pasajera? Si aquel que la pronunció, sin embargo, sabía lo que era provechoso para un hombre; si la pronunció, como es el caso, recordando en la misma oportunidad que el abominable torbellino de la destrucción habría de sacudir la vida desde su más hondo fundamento, y precisamente entonces dar ocasión a grandes hazañas y proezas de renombre[111]; y si creemos estar seguros de que la palabra no favorece, sino que incluso consume el alma, tengamos entonces, cuanto menos, la paciencia de creer que el error consiste en que no comprendemos la palabra del modo correcto; que es nuestro error que eso que la palabra hace parezca tan mezquino, a saber, que, en lugar de dar a cada hombre su alma y el mundo entero como prenda por sus esfuerzos y sus aspiraciones, lo priva del mundo entero y de su grandeza como algo que nunca habrá de conseguir, privándolo, además, de su alma para hacer que la adquiera en la paciencia.

Así, pues, tengamos cuanto menos paciencia para creer en esa palabra; paciencia como para no postergar la reflexión para un tiempo más propicio, y, si carecemos de ese atributo, para pedirle paciencia a la palabra; paciencia para separar con el fin de volver a unir lo que está indisolublemente unido.

«Que uno adquiera su alma». ¿No posee un hombre su alma, y puede ser ésta la verdadera guía hacia la beatitud[112], la que, en lugar de enseñarle a un hombre a adquirir mediante su alma el mundo entero, le enseña a utilizar su vida para adquirir su alma? Un hombre nace desnudo y no trae nada consigo al mundo[113], y, ya sea que las condiciones de la vida sean como figuras amistosas que lo tienen todo preparado, o que él mismo deba descubrirlas con fatiga, todo hombre debe, de un modo u otro, ganarse sus condiciones de vida. Aunque esta observación haga que alguno se vuelva impaciente y, por tanto, incapaz de todo, los mejores hombres saben entender, y entenderse a sí mismos en este hecho, que la vida debe ser adquirida y que debe adquirirse con paciencia, y a ello se exhortan a sí mismos y exhortan a otros, porque la paciencia es la fortaleza del alma, algo que todo ser humano necesita para alcanzar lo que desea en la vida. Entienden que el caminante que se dirige a su meta lejana no se da prisa al comienzo, sino que pacientemente se echa a descansar cada vez que cae la noche para poder continuar la marcha al día siguiente — que aquel que lleva una carga pesada no se esfuerza demasiado
al comienzo, sino que de vez en cuando apoya | la carga y se sienta 161
junto a ella con el fin de cobrar nuevas fuerzas para cargarla — que aquel que cultiva su tierra con paciencia espera las lluvias tardías y las lluvias tempranas, hasta que llega la cosecha[114] — que aquel que adquiere su sustento mediante el comercio se sienta junto a su mer-

cancía y espera pacientemente que llegue el comprador y que llegue con su paga — que aquel que tiende su red a los pájaros espera el día entero, hasta el anochecer, y entonces se sienta pacientemente junto a su red, sin moverse, hasta que el pájaro llega — que aquel que recoge su alimento del fondo del mar se sienta pacientemente con su cuerda a lo largo del día — que la madre que quiere obtener alegría por su hijo no ansía que éste crezca rápido, sino que espera con paciencia en noches de insomnio y en días de preocupación — que aquel que quiere ganarse el favor de los hombres trabaja mañana y tarde, y no lo derrocha con impaciencia; que aquel que quiere hablarle a los hombres acerca de lo que a estos les parece indiferente no se excita al comienzo y después desiste, sino que continúa hablando y espera con paciencia — esto lo comprenden los hombres: que es así, y se acomodan a ello; que es bueno y provechoso que así sea, y se dejan educar por ello, y en su concepción de la vida privilegian esa conducta por encima de la salvaje e indómita fogosidad que nada consigue, sino que sólo provoca daño y confusión. Las condiciones de las que aquéllos hablan son exteriores al hombre, y la condición para que éste obtenga lo que desea es la paciencia, de modo que lo que gana no es propiamente la paciencia, sino lo anhelado. Así, pues, las condiciones son muchísimas, y muy diferentes, pero ¿es el alma una de esas condiciones? ¿Se dice demasiado poco cuando se dice que el hombre viene desnudo al mundo y no posee nada en el mundo, siendo que ni siquiera posee su propia alma? Si la observación precedente era capaz de hacer que alguno se volviera impaciente e incapaz de cualquier cosa, ¿cómo no habría de hacer esta otra observación que todos, de alguna manera, se vuelvan impacientes de entrada? ¿Qué es, entonces, aquello por lo cual vivir, si durante toda la vida uno debe adquirir la presuposición, que al fin y al cabo es la presuposición de la vida? ¿Qué quiere decir esto? — La paciencia nos ha llevado al punto en el que la palabra, que en su brevedad parecía tan disuasiva, tan insignificante, tan poco digna de atención, resulta ser ahora tan significativa en su brevedad, que nos tienta de otra manera, como si se tratara de algo insondable. Y sí que es angustiante andar por esa senda en la que, por más que uno vea la meta prontamente y a cada
162 instante, nunca ve que se la alcance, | no como el caminante, que de todos modos llega a la meta, o como aquel que, llevando la carga, llega a destino; en ella, por así decirlo, uno nunca abandonará su sitio, no como el caminante que ve a veces un paraje y a veces otro, o como aquel que, llevando la carga, recorre primero un tramo y después otro; en ella uno no ve transformación alguna, no como el mercader que a veces ve un hombre y a veces otro, o como aquel

que apresa pájaros y peces, y que a veces ve una presa y a veces otra, sino que uno se ve solamente a sí mismo; no es como con aquel que quiere ganarse el favor de los hombres, que oye a veces júbilo, a veces quejas, a veces muchas voces, a veces unas pocas, sino que uno oye solamente a una única voz cuya verdad casi hace temblar, puesto que es como si, habiéndola oído una vez, uno no pudiera deshacerse de ella nunca más, ni en el tiempo ni en la eternidad; en ella, por así decirlo, uno nunca consigue nada: ni llegar a la meta, ni a deponer la carga, ni la abundante cosecha, ni la riqueza, ni la magnífica presa, ni la dicha del niño, ni el favor de los hombres, ni el hecho de haber favorecido a otros, sino que uno se adquiere solamente a sí mismo, una paga que es tan escasa, que hasta el niño pequeño que muere en el instante del parto posee aparentemente lo mismo; en ella uno no gana nada que pueda invitar a los hombres a participar con alegría, puesto que uno sólo se gana a sí mismo, es decir: se desengaña, como le sucedería al vendedor si nadie viniera a su tienda durante todo el día y entonces uno le dijera: ahora has aprendido la paciencia; o como al pescador que hubiese estado de pesca el día entero sin conseguir nada[115]. ¿O acaso ese trastorno del pensamiento y del discurso no sería más extraño aún que el extraño hecho de que la vida de un hombre se transformara, de modo tal que lo palpable, que era para él lo más cierto de todo, llegara a ser dudoso, y que lo espiritual, que lo engañaba con su lejanía, llegara a ser lo más cierto, infinitamente más cierto que lo palpable?

Sin embargo, si un hombre posee su alma, entonces no necesita adquirirla, y si no la posee, ¿cómo puede entonces adquirirla, dado que el alma misma es la última condición que se presupone en toda adquisición y, por tanto, también en la adquisición del alma? ¿Habría acaso una posesión que señalara precisamente la condición de poder adquirir la misma posesión? En sentido exterior, no existe ninguna posesión de esa índole. Pues aquel que posee lo exterior no necesita adquirirlo, y ni siquiera puede hacerlo. Puede dar lo que posee, y entonces ver si logra volver a adquirir exactamente lo mismo; puede
| utilizar lo que posee para adquirir algo nuevo, pero no puede poseer 163
y adquirir lo mismo al mismo tiempo. Si ha de haber una posesión de esa índole, debe encontrársela en lo interior. Si no se la encuentra en lo interior en cuanto tal, entonces no se la encuentra tampoco en lo temporal en cuanto tal, pues era propiamente la temporalidad según su exacta determinación la que hacía imposible poseer y adquirir a la vez lo exterior, porque lo que es en el instante, o bien es, o bien no es; y, si es, entonces no se lo adquiere; y, si se lo adquiere, entonces no es. La contradicción que consistiría en afirmar las dos cosas, es algo

que la temporalidad no entiende, ni como enigma ni como solución del enigma. En lo eterno no hay tampoco tal contradicción, pero no porque, como lo temporal, o bien es o bien no es, sino porque es. Lo eterno no es o bien algo poseído o bien algo adquirido, sino que es sólo algo poseído que no se puede adquirir ni tampoco perder. Si aquella contradicción debe buscarse en alguna parte, entonces debe ser en lo interior, pero lo interior en su expresión más general es precisamente: el alma. En el alma debemos buscar entonces lo que estábamos buscando a propósito de la frase: adquirir su alma. El alma es, por tanto, la contradicción de lo temporal y de lo eterno, y por eso en este caso se puede poseer lo mismo y adquirir lo mismo al mismo tiempo. Y, lo que es más, si el alma es esta contradicción, sólo puede poseérsela de manera tal que se la adquiere, y adquirírsela de manera tal que se la posee. La misma contradicción se puede expresar de otra manera. Aquel que viene desnudo al mundo, no posee nada, pero aquel que viene al mundo en la desnudez de su alma, posee, sin embargo, su alma; es como tal que ha de ser adquirida, no la tiene fuera de sí como algo que ha de ser poseído. Si no fuera así, si el pensamiento aparentemente vacuo o si esta expresión de vacuidad: «la desnudez del alma», no fuera todavía el alma, entonces no se la podría poseer ni adquirir de manera diferente a como se posee y se adquiere lo exterior, en cuyo caso las dos cosas son, en sentido profundo, una ilusión, porque lo que se adquiere se puede perder, dado que no se lo poseía, y lo que se poseía se puede perder, puesto que no se lo adquirió. En cambio, lo que garantiza que el estar en posesión del alma no sea una ilusión, es precisamente su adquisición, y lo que asegura que su adquisición no es una ilusión, es precisamente el hecho de que se la posee de antemano.

Si un hombre ha de adquirir su alma, no la posee. ¿Quién es entonces el que la posee? Pues si existe, tal como es el caso, entonces debe ser adquirida, ha de pertenecerle a alguien, si bien de manera
164 tal | que se la puede adquirir, no como se adquiere lo exterior, sino en el sentido de que aquel que la adquiere, adquiere su propiedad. Se supone que aquel que ha de adquirir el mundo posee su alma; ¿no habría de ser también al revés, que aquel que ha de adquirir su alma posee el mundo entero? Y así como aquel que quiere adquirir el mundo entrega poco a poco su alma a cambio del mundo, así también aquel que adquiere su alma debe tener algo que da en su lugar, ¿y qué puede ser esto, si no el mundo? Aquello que los hombres procuraban: poseer el mundo, era aquello de lo que el hombre estaba más cerca en el primer instante, cuando su alma estaba perdida en él y poseía en sí el mundo, como el embate de las olas posee en sí la inquietud y el

profundo lecho del mar, y no conoce otro latido que el del infinito corazón del mar. Es cierto que los hombres creen que la posesión del mundo de la que ellos hablan es muy otra. Pero esto es sólo un engaño. Pues el mundo sólo puede ser poseído en tanto él me posee a mí, y de este modo lo posee, a su vez, aquel que ha ganado el mundo, puesto que aquel que de algún modo posee el mundo, lo posee como lo accidental, como aquello que se puede hacer disminuir, aumentar, perder, ganar, sin que su propiedad cambie esencialmente. En cambio, si posee el mundo de manera tal que su pérdida puede hacer disminuir su propiedad, entonces es poseído por el mundo. ¿O acaso parece argucioso? ¿No será más bien que se volvió argucioso al ser puesto al servicio del mundo, que no pudo ni quiso comprenderlo? ¿No será la astucia del mundo la que hace imaginar al hombre que, si lo posee, eso no significa que sea poseído por aquél? ¿Habría de ser el mundo menos perspicaz que él, habría de ofrecérsele a un hombre, tal como, de hecho, lo hace, sin que se supiera que aquél saldría ganando cuando el hombre lo ganara? Lo imperfecto no puede ser poseído por un hombre como su única propiedad, a menos que esto suceda de manera tal que él es poseído por ello, pues cuando un hombre sólo quiere ser exterior, mundano, temporal, entonces el mundo y la temporalidad son incondicionalmente más poderosos que él. Un hombre puede, por tanto, sólo poseerlo de verdad en cuanto renuncia a ello, lo cual indica que no lo posee, aunque lo posea. Un hombre puede poseer lo perfecto al poseerse, además, a sí mismo, sin que por ello su poseer sea un renunciar, puesto que, por el contrario, es un profundizar en ello.

En el primer instante, entonces, el hombre está en el lugar al que los hombres aspirarán llegar más tarde como a algo magnífico; está perdido en la vida del mundo, posee el mundo, es decir, es poseído por éste. Pero en el mismo instante es diferente del mundo entero y
siente una aspiración contraria, que no sigue | los movimientos de la 165
vida del mundo. Si quiere, entonces, adquirir el mundo, debe superar esa inquietud hasta que él mismo, a su vez, desaparece como el embate de las olas en la vida del mundo, y entonces ha ganado el mundo. Si quiere, en cambio, adquirir su alma, debe dejar que esa aspiración contraria se vuelva más y más nítida y, en ella, adquirir su alma, pues su alma era precisamente esa diferenciación: era la infinitud de la vida del mundo en su diferenciación respecto de sí misma.

En cuanto adquiere su alma, por tanto, el mundo la posee. Pero el mundo no la posee con justicia, puesto que es propiedad de él. Esa contradicción, el mundo la expresa en su falsedad en el sentido de que es él el que posee el mundo. Su adquisición es entonces una

adquisición legítima, puesto que adquiere su propiedad. ¿Pero de quién es entonces propiedad su alma? No lo es del mundo, pues una propiedad ilegítima no es tal; no es de él, pues tiene que adquirirla. Debe haber, por tanto, algún otro poseedor. Ese poseedor debe poseer su alma como un justo bien, pero no debe poseerlo sino de manera tal que él mismo pueda adquirirlo como su legítima propiedad. Ese poseedor, por tanto, no puede ser otro que el ser eterno, Dios mismo. Aquí vuelve a aparecer la misma contradicción entre el poseer y el adquirir lo mismo al mismo tiempo. No podía suceder con lo exterior y lo temporal. Así, tampoco hay nada exterior y temporal que pueda ser poseído por varios a la vez, sino que siempre es poseído por uno solo. Si se dice que el mundo lo posee, entonces no es poseído por otro; si un hombre opina que lo posee, entonces es poseído por ello; si lo posee realmente, entonces lo posee como algo renunciado, y por tanto no lo posee, y sin embargo tampoco el mundo lo posee, de manera que lo exterior y lo temporal sólo llega a ser lo que ha de ser cuando nadie en absoluto lo posee, o cuando se ha vuelto indiferente. Lo eterno no puede tampoco ser poseído por varios, pues sólo puede ser poseído por uno, por el mismo motivo que aquel por el cual no puede ser poseído y adquirido a la vez.

Aquello a lo que los hombres necia e impacientemente aspiran como a lo más alto, sin saber muy bien lo que quieren; aquello que inspira terror cuando se es testigo del hecho de que un hombre lo ha logrado: ganar el mundo y haberlo ganado, eso es aquello con lo que el hombre comienza y, lejos de ser la meta, es lo que ha de abandonar. Su alma es una contradicción consigo misma entre lo exterior y lo interior, lo temporal y lo eterno. Es una contradicción
166 consigo misma, pues aquello en virtud de lo cual | es lo que es, es precisamente el hecho de que quiere expresar en sí la contradicción. Su alma es, por eso, contradicción y contradicción consigo misma. Si no fuese contradicción, estaría perdida en la vida del mundo; si no fuese contradicción consigo misma, el movimiento sería imposible. Ha de ser poseída y adquirida al mismo tiempo, pertenece al mundo como propiedad ilegítima, pertenece a Dios como verdadera propiedad, se pertenece a sí misma como propiedad, existe como propiedad que debe ser adquirida. Si el hombre, por tanto, adquiere realmente, adquiere *su alma desde el mundo, de Dios y por sí mismo*[116].

Así, el hecho de querer adquirir el mundo era una necedad y una impaciencia, un esfuerzo por llegar a ser lo imperfecto que uno ya era, un desesperado intento por asegurarse de aquello que uno ya era, de modo que se hacía más y más difícil llegar a liberarse de ello. Así, adquirir su alma era una tarea que anunciaba el combate con el

mundo entero, puesto que comenzaba por situar al hombre junto a la meta de sus aspiraciones terrestres, poseedor del mundo entero, haciendo que luego se desprendiera de él; un combate que conducía al hombre a la más íntima relación con Dios; un combate en el que se prometía a sí mismo en eterno entendimiento con Dios, que le prometía la adquisición, no de lo exterior, que no puede ser esencialmente poseído por nadie, y que en razón de esa imperfección y pese a ella convierte en deudor a todo aquel que realmente llega a poseerlo, sino la adquisición de aquello que puede ser poseído esencialmente, que no pertenece a ninguna otra alma en el mundo, que mediante la adquisición no lo vuelve deudor de la felicidad o del destino o del azar o de los hombres o de los amigos o de los enemigos o del mundo, puesto que, por el contrario, en ese adquirir se libera de su deuda con el mundo al dar al mundo lo que es del mundo, y sólo se hace deudor de Dios, lo cual no es ser deudor, puesto que Dios es el único bondadoso y da la posibilidad misma de llegar a ser su deudor. ¿Sería alguien lo bastante impaciente como para no captar esa grandeza, aunque no tuviera todavía paciencia para llegar adquirir?

«En paciencia». La sentencia no dice por o mediante la paciencia, sino «en» paciencia, y con ello sugiere que la condición guarda una relación especial con lo condicionado. Es cierto que también el mercader necesitaba paciencia, y el pescador, pero necesitaba también algunas otras cosas, necesitaba discernimiento y experiencia, mercancías e instrumentos. Si, carente de ellos o sin saber valerse de ellos, estuviera en la paciencia y esperara, si | creyera que saber 167
valerse de la paciencia era suficiente para adquirir su sustento y su presa, entonces se vería prontamente defraudado. Si, en cambio, aquel que quiere adquirir su alma no quiere comprender que, cuando ha ganado paciencia, ha ganado lo que necesitaba, algo que era mucho más valioso que cualquier otro provecho, entonces nunca llegará a adquirirla. Ya en esto se muestra cuán segura es esa adquisición, porque, en sentido profundo, es tan insidiosa, que gana cuando el mundo más engaña. En esta adquisición, en efecto, la condición es además el objeto, y no depende de nada exterior. Por eso la condición, una vez que ha servido para la adquisición, permanece como lo adquirido, no como cuando el mercader ha vendido sus mercancías y el pescador apresado su pez, aquél no depone la paciencia como un instrumento para alegrarse con lo adquirido.

En lo exterior, la paciencia es algo tercero que se agrega y, humanamente hablando, sería mejor si no se la necesitara; hay días en que se la necesita más, otros, menos, todo dependiendo de la fortuna, de la que uno se vuelve deudor aun habiendo adquirido muy poco,

pues sólo cuando quiere adquirir la paciencia no se vuelve deudor de nadie. Por mucho que los hombres, por tanto, elogien la paciencia en la vida exterior, ella es y seguirá siendo una carga. Así también el caminante lleva un cayado en su mano. No niega que sea un peso y que, por consiguiente, tenga que sostener más que si no lo llevara, pero cuenta con que el cayado lo soportará durante la marcha de modo tal que será mayor el provecho y más fácil su andar. Si alguien pudiera convencerlo de que no es así, entonces no llevaría consigo un cayado, de la misma manera que ahora lo deja junto a la meta. Si esto valiese también para aquel que quiere adquirir su alma, que la condición puede ser cancelada por lo condicionado, nadie se engañaría tanto como él, pues la condición era precisamente ese poseer el alma que posibilitaba la adquisición; si le fuese posible, por tanto, perder la condición al haber adquirido su alma, entonces perdería también lo adquirido.

En lo exterior, la paciencia es una condición que se elogia, puesto que el mundo es así, y puesto que la experiencia ha enseñado que, en atención a ello, es necesaria. En lo exterior, no se la puede recomendar con plena seguridad como lo único necesario, pues a veces la impaciencia sería acaso de mayor provecho y aceleraría la adquisición
168 de | lo que se anhela. En efecto, puesto que lo exterior es dudoso como bien, toda condición para su adquisición puede también ser dudosa, y la consecuencia adicional de la imperfección consiste en que no hay ninguna seguridad que la asegure con plena seguridad. Lo perfecto, en cambio, puede adquirirse con plena seguridad, porque sólo puede adquirirse en la medida en que llega a ser dentro de su propia presuposición. Tal vez hubo un mercader que se enriqueció rápidamente con sus impacientes planes, mientras que el otro esperaba en vano con paciencia; pues la mala simiente crece también en la impaciencia, pero la buena simiente sólo crece en la paciencia. Pero ella crece también allí; esa seguridad, ninguna duda o experiencia puede alcanzarla. «Crece en paciencia». En esta frase, la condición y lo condicionado vuelven a ser inseparables, y la frase misma sugiere la duplicidad en la unidad. Aquel que crece en paciencia, crece y asciende; ¿qué es lo que crece en él? Es la paciencia; la paciencia que hay en él, por tanto, crece, ¿y gracias a qué crece? Gracias a la paciencia. Basta con que aquel que se adquiere a sí mismo sea paciente para que crezca en paciencia. En el primer caso, la frase indica aquello en lo que un hombre crece, como si se dijera que aumentan sus privilegios, su riqueza; en el segundo caso, indica aquello gracias a lo cual crece, como si se dijera gracias a la perspicacia, gracias al consejo y la asistencia de los amigos.

«Que uno adquiera su alma en paciencia». Cuando completamos la frase y meditamos acerca de cómo un hombre puede cumplirla, lo primero que se exige es que éste tenga paciencia para comprender que no se posee a sí mismo; que tenga paciencia para comprender que una adquisición de su propia alma en la paciencia es una obra de la paciencia, y que, por eso, no debe prestar atención a la pasión que, con razón, sólo cree poder crecer en la impaciencia. La frase insiste doblemente en ello, al contener, en su brevedad, una doble repetición. Exhorta a que uno adquiera su alma «en paciencia» y exhorta a «adquirirla». Esa frase por sí sola contiene una exhortación a la paciencia. No dice: capta tu alma, como si fuera cuestión de un instante, como si el alma pasara junto a uno y se tratara entonces de captar el instante y el alma, sino que, con ello, o bien todo estaría perdido, o bien todo habría sido ganado. No dice tampoco «salva tu alma», palabras que la Escritura, por lo demás, utiliza más a menudo en su sagrada seriedad. Y, desde luego, es seguro que aquel que adquiere su alma también la salva. Pero
la frase «salvar su alma» no hace que el sentido se concentre | en la 169
paciencia, y podría despertar fácilmente la idea de un apresuramiento en el que todo habría de decidirse. «Adquirir su alma», en cambio, hace que el sentido se incline enseguida hacia el tranquilo pero incansable operar. Esto se muestra de manera aún más nítida y, por contradicción, más seriamente aún cuando pensamos que esa frase es pronunciada en relación con y a continuación de una descripción que acentuaba con rasgos estremecedores las cosas terribles que habrían de sobrevenirle a Jerusalén, como si se tratase del fin del mundo entero, puesto que habría signos en el sol y en la luna y en las estrellas, y el mar y las olas bramarían, y las fuerzas del cielo se agitarían, y era entonces más que nunca el momento de exhortar a cada uno a salvar su alma. Pero la frase que utiliza es: «adquirid vuestra alma en paciencia». ¿Es posible pensar una contradicción más sublime, o no es ésta la hora en la que la exhortación se transfigura[117] con celestial magnificencia? Los elementos se disuelven, el cielo se enrolla como una prenda de vestir, el abismo de la aniquilación abre sus fauces y ruge por su presa, de todas partes se oyen gritos de desesperación, hasta la naturaleza inerte gime en la angustia[118] — pero el creyente no avanza en actitud combativa para hallar la salvación, sino que, cuando nada prevalece, cuando hasta las montañas abandonan tambaleantes el sitio en el que habían estado inmóviles durante milenios, él permanece tranquilo y adquiere su alma en paciencia, mientras los hombres habrían de languidecer por el temor y la expectación de lo que estaba por devenir.

Aquello que ya se hace resaltar con la palabra «adquirir», se destaca más encarecidamente aún con el agregado «en paciencia», y

la frase misma en su totalidad es como una imagen de la adquisición en su conjunto, de manera que ésta funciona del mismo modo como la palabra se desarrolla en su expresión, es decir, que la totalidad es una repetición. No se trata de conquistar, de ir a la caza o de querer atrapar alguna cosa, sino de aquietarse más y más, puesto que lo que ha de adquirirse está dentro de uno, y la indigencia consiste en que uno está fuera de sí; puesto que lo que ha de adquirirse está en la paciencia, no porque esté oculto en ella, como si aquel que, por así decirlo, fuera quitando pacientemente los pétalos de la paciencia la encontrara en lo más íntimo, sino porque en la paciencia misma, el alma se entreteje pacientemente y, así, la adquiere y se adquiere a sí misma.

Cuando uno quiere comenzar esa adquisición, se exige que uno tenga paciencia como para comenzar de este modo, admitiendo verdaderamente para sí mismo que se trata de una obra de la pacien-
170 cia. Si uno no comienza | de ese modo, entonces no llega nunca a adquirir, puesto que esta adquisición no puede, como la adquisición terrenal, mostrarse sin provecho durante un tiempo, sino que, a diferencia de ella, es una pérdida, en apariencia al menos, y por eso hace falta paciencia para querer comenzar con ella, puesto que, y esto es precisamente lo exasperante e irritante para la impaciencia, aquélla declara ser ella misma una adquisición. ¿Cuál es, en definitiva, todo ese provecho del que se habla? Es que uno obtenga su alma tal como es, pero justamente así es como parece que uno la tiene desde el comienzo. Aquí no se trata de agregarle algo al alma, sino de quitarle algo, es decir, algo que poseía en apariencia.

¿Pero no hay, entonces, otra manera según la cual el hombre pueda asir su alma? ¿No puede él sustraerla al poder que ilegítimamente la poseía? ¿Cómo podría hacer esto el alma, si no por sí misma? Pero es que, en tanto quiere asirse a sí misma, no se posee. ¿No es ese poder, además, el más fuerte, dado que ha podido tomar posesión de su alma? Ahora bien, ¿cuál es siempre el arma del más débil? Es la paciencia. ¿Pero no debe poseer su alma para tener la paciencia en la cual la adquiere? De ningún modo, pues la paciencia llega a existir mediante la adquisición, en la cual, a diferencia de lo que él supondría, no se vuelve más y más fuerte en caso de poder utilizar la fuerza, sino que parece volverse más y más débil. Precisamente porque el mundo poseía su alma de modo ilegítimo, puede que, como consecuencia adicional de este hecho así como de que el mundo realmente es el más fuerte, se vuelva más y más débil en relación con la vida del mundo. Si el alma no fuese diferenciación con respecto a la vida del mundo, nunca podría llegar a adquirir nada, pero, puesto que de todos modos pertenece al mundo, la adquisición no puede

tener otra presuposición que la insignificante paciencia, y ésta, a su vez, de manera tal que no es, sino que llega a ser.

En la paciencia, el alma se encuentra con todos sus poseedores: con la vida del mundo, en tanto se adquiere de manera sufriente a partir de ella; con Dios, en tanto se recibe a sí misma de él de manera sufriente; consigo misma, en tanto conserva aquello que al mismo tiempo les entrega a ambos, sin que ninguno pueda quitárselo: la paciencia. Con poder, el alma no puede conseguir nada, pues es justamente ajena al poder. Si el alma fuese libre de algún otro modo, entonces no sería la contradicción consigo misma en la contradicción de lo exterior y lo interior, de lo temporal y lo eterno. Esa contradicción consigo misma se expresa | de nuevo aquí, porque el alma es más fuerte que el mundo en 171
su debilidad, y porque es más débil que Dios en virtud de su fortaleza, porque, a menos que quiera engañarse, no puede adquirir nada excepto a sí misma, y sólo puede adquirirse a sí misma al perder.

«¿Pero qué es entonces el alma de un hombre?» Si le preguntas eso a otro con impaciencia, no hallarás respuesta alguna, y tampoco estás, como parece, en la senda recta. ¿O acaso no es ésta una manifestación de la impaciencia, a saber, que un hombre se apresura a explicarle a todos los demás lo que es el alma y que otro espera con impaciencia que se lo explique; que el oyente apremia con impaciencia la explicación del orador, y entonces vuelve a impacientarse porque no le parece suficiente? ¿O sería éste el motivo de su impaciencia? ¿Y no sería más bien lógico, y no sería una felicidad que lo fuera, que el orador no le impida con su palabra adquirir su alma en la paciencia? ¿O sería más bien éste el motivo de su impaciencia, que su impaciencia sería tal que, como fruto de la impaciencia, hace ahora el esfuerzo de aprender a comenzar con paciencia?

Que se sepa qué es el alma de un hombre, qué quiere decir, es algo que todavía está muy lejos del dar comienzo a la adquisición de la propia alma en la paciencia, y es un saber que se diferencia también de aquella adquisición puesto que también crece en la impaciencia. Y ese saber, si bien puede tener su importancia, ha engañado a menudo al hombre precisamente como lo hace el mundo, puesto que creía poseerlo, cuando era su saber el que lo poseía a él.

«Pero si un hombre ha de adquirir su propia alma, entonces debe conocerla antes de comenzar». Claro que es así, porque justamente aquel que conoce su alma, por eso no la adquirido todavía; pero también es justamente por eso que, si no comienza a adquirirla, no la conoce. Aunque pudiera conocerla plenamente antes de adquirirla en la paciencia, ese disponer de ella en el conocimiento sería sólo un disponer que, al igual que aquella posesión, sería la condición para que

pudiera adquirirla en paciencia. Por eso, todo conocer que no quiere estar en relación con un adquirir es incompleto y deficiente, pues todavía no sabe cómo llegará a ser, puesto que llega a ser en virtud de la adquisición, y resulta incluso deficiente a la par de la adquisición, pues «todavía no sabemos cómo llegaremos a ser»[119].

172 | El que conoce su alma se mira en un espejo; pero puede olvidar esa visión, como dice el apóstol Santiago, y por eso se puede aplicar también aquí lo que dice más adelante: «que el que oye la palabra recta, la practica»[120]. Mientras solamente oye la palabra, está fuera de ella, y, cuando el que la anuncia calla, no oye nada; pero cuando practica la palabra, sigue oyendo lo que él mismo anuncia para sí mismo. Y todo mero oír la palabra es infinitamente mucho más imperfecto que la ejecución, no sólo porque la ejecución es superior, sino porque todo enunciado es enormemente incompleto, tanto por su brevedad como por su amplitud en comparación con la precisión de la ejecución. Por eso el conocimiento de la propia alma, si se lo quiere considerar como un adquirir, es un autoengaño, porque, por muy completo que sea, es sólo una alusión a lo que se muestra en su carácter de determinación bajo la adquisición.

Un hombre debe, por tanto, conocer su alma para adquirirla, pero ese conocer no es la adquisición, y en ese conocer comprueba incluso que se encuentra bajo un poder extraño y que, entonces, no se posee a sí mismo o, dicho con mayor precisión, no se ha adquirido a sí mismo. Cuando el Diablo cree y, sin embargo, se estremece[121], en ese creer reside un conocimiento de sí, y, cuanto más exacto sea éste, tanto más ha de estremecerse, precisamente porque no quiere adquirirse a sí mismo.

Un hombre conoce, entonces, su alma si la conoce en verdad, como algo que, aun cuando pueda describirlo con precisión, se encuentra en posesión de otro, y que puede, sí, desear poseer, pero el conocimiento como tal no lo ayuda a hacerlo. Por eso, aunque para ese conocimiento, como para cualquier otro, se requiera paciencia, no es la paciencia de la que habla la frase, lo cual se muestra también en el hecho de que la paciencia del conocer no es a la vez la condición y lo condicionado. El que conoce, una vez más, se engaña como lo hacía el comerciante si, en lugar de ganar el conocimiento, ganara paciencia. El que conoce hace como el caminante, aparta de sí la paciencia cuando ha ganado conocimiento. Aquel, por tanto, que sólo quiere ser paciente para conocer su alma, no quiere adquirir su alma en paciencia.

Aquel que quiere adquirir su alma en paciencia, reconoce que su alma no le pertenece a él mismo, que hay un poder a partir del cual debe adquirirla, un poder del cual[122] debe adquirirla, y que debe adqui-

rirla él | mismo. De la paciencia no se desprende nunca, no cuando 173
la ha adquirido, pues lo que adquirió fue justamente la paciencia, y tan pronto como renuncia a la paciencia, renuncia a su vez a la adquisición; tampoco se desprende de la paciencia cuando le parece que su esfuerzo resulta defraudado, pues, si es así, sabe que debe ser porque la paciencia no era la correcta, o que el motivo reside en la impaciencia. Por eso, ya sea que adquiera la paciencia en el terrible instante de la decisión o que la adquiera lentamente, en la paciencia adquiere su alma, ya sea que en el mismo instante sea transferido a la eternidad o que, a partir de ese instante, se transfiera a cada instante a la eternidad.

Así, cuando el sentimiento de la impaciencia quiere hacerle creer que se trata de una adquisición, entonces sabe que es engañoso, pues quiere que la paciencia le resulte superflua, y la adquisición está sólo en la paciencia. Cuando la impaciencia del conocimiento quiere garantizarle la adquisición, e incluso la adquisición en toda su multiplicidad, entonces sabe que es engañosa, pues quiere acabar con la paciencia, y la adquisición está sólo en la paciencia, y la paciencia no es lo múltiple, sino lo individual y lo simple. Cuando el propósito es quitar la adquisición de modo violento, entonces sabe que es engañoso, porque quita también la paciencia de modo violento. Cuando el pasado quiere horrorizarlo con sus espantos, el porvenir con su angustiosa expectativa, cuando el mundo entero lo amenaza con sus medios de intimidación, cuando el tiempo se pone al servicio del mundo como aquel que será capaz de prolongar sobremanera la tortura y el tormento, o cuando el tiempo no amenaza de ese modo, sino que insidiosamente le da a entender que nunca cierra sus ojos mientras él duerme, entonces sabe que es un engaño; no es que lo sean sus amenazas, ni que no tenga el poder de cumplirlas, sino que es un engaño que quiera hacer que la paciencia le resulte superflua o, si acaso ha comenzado a tenerla, que la abandone como algo que no era capaz de sostenerse, que quiera hacerle separar la adquisición de la paciencia, la cual sigue siendo paciente cuando cada uno ha tomado lo que le correspondía, hasta el último centavo.

¿Habríamos de decir entonces: «pero quién describiría correctamente ese combate», como si la declaración no fuese siempre imperfecta, y como si la declaración no fuese siempre algo distinto de la adquisición? ¿Como si la descripción no hiciera que el orador se viese tentado a la impaciencia en la expresión de la pasión, y el oyente
| a la impaciencia de querer oír y a la impaciencia de solicitar nuevos 174
discursos, ya sea porque el discurso escuchado le parece artificioso, que el orador tenga que elogiarlo, a menos que significara que su

alma fuera totalmente irreflexiva, o demasiado simple, lo cual no sería elogioso; pues aquel que piensa que lo múltiple y lo mucho coadyuvan en su adquisición es como aquel que piensa que lo simple le cierra el paso, puesto que lo coadyuvante es sólo lo simple? ¿O no sería la descripción misma algo que el mundo y el tiempo lograrían quitar, sin quitar la impaciencia y la adquisición que hay en la paciencia, que incluso en el instante de la muerte hace que un hombre, si muere en la paciencia, adquiera su alma para lo eterno?

NOTAS

1. Alusión al hecho de que el autor no había sido ordenado como pastor. La indicación se repite en los prefacios a las restantes colecciones de *Discursos edificantes* y a los *Tres discursos para ocasiones supuestas*. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos Discursos edificantes* de 1843, nota 2.
2. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos Discursos edificantes* de 1843, nota 3.
3. Cf. Mc 12,41-44.
4. Cf. *GT 1740*: «... y cayó en tierra, y se inclinó ante Dios. Y dijo: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo iré de vuelta hacia allá; el Señor dio, el Señor quitó, loado sea el nombre del Señor»; cf. *NC*: «... y, echándose en tierra, adoró, diciendo: 'Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá. Yavé lo dio, Yavé lo ha quitado. ¡Bendito sea el nombre de Yavé!'».
5. Cf. Job 7,11.
6. Cf. 1 Cor 10,13.
7. Cf. 2 Tim 4,7.
8. Cf. Ecl 1,18.
9. Cf. 1 Cor 13,9.
10. Danés: *Nødens Dag*; expresión veterotestamentaria utilizada varias veces en el libro de los Salmos, cf. 50,15; 59,17; 77,3; 86,7 (*GT 1740*; cf. *NC*: «día de la angustia», «día de mi tribulación», «día de mi angustia»).
11. Cf. 1 Cor 15,42.
12. Cf. Job 1,1-3.
13. Cf. Job 4,3-4.
14. Cf. Job 29,4 (*GTPPS*: «la confidencia de Dios estaba sobre mi tienda»; cf. *GT 1740*: «el secreto de Dios estaba sobre mi tienda»; *NC*: «Dios protegía mi tienda».
15. Cf. Job 1,4-5.
16. Cf. Job 1,14-19.
17. Cf. Job 1,20.
18. Cf. Job 1,21.
19. Cf. Gn 41,1-32.
20. Cf. Sant 7,21; cf. el segundo de los *Dos discursos edificantes* de 1843 y el segundo y tercero en esta misma colección.
21. Cf. Job 4,3-4.
22. Cf. Job 29,8.

23. Cf. Job 29,12.
24. Cf. Job 29,13 (*NC*: «La bendición del desgraciado llegaba a mí»).
25. Cf. Job 1,1 (*GT 1740*: «pleno y sincero, y que temía a Dios»; *NC*: «íntegro y recto, temeroso de Dios»).
26. Cf. Lc 8,15.
27. Cf. Job 1,5.
28. Cf. Job 1,16.
29. Cf. Job 1,19.
30. Cf. 1 Pe 5,7.
31. Cf. Mt 7,26-27.
32. Cf. Ex 33,22-23.
33. Cf. 1 Jn 5,4.
34. Cf. *NT 1819*: «para poder [...] permanecer, tras haberlo vencido todo»; *NC*: «para que [...], vencido todo, os mantengáis firmes».
35. Cf. 1 Pe 5,7 (*NT 1819*: «pena»; *NC*: «cuidados»).
36. Expresión utilizada en Ecl 7,2.
37. Expresión recurrente en el Nuevo Testamento. Cf. por ejemplo Mt 11,15; 13,9.
38. Cf. 1 Cor 13,1 (*NT 1819*; cf. *NC*: «bronce que suena y címbalo que retiñe»).
39. Cf. Job 2,9-10.
40. Cf. Mt 6,34.
41. Cf. Mt 24,36; 24,13; Hch 1,7; 1 Tes 5,1.
42. Según *NC*. Siguiendo esta versión, utilizamos indistintamente en lo sucesivo los términos «don» y «dádiva» en la traducción del danés *Gave*, y mantenemos ambos términos en las citas directas o indirectas de la epístola de Santiago. Cf. la variación del mismo pasaje en el título del segundo de los *Discursos edificantes* de 1843. Véase además, en este mismo volumen, la nota 23 a los *Dos discursos edificantes* de 1843.
43. Cf. Ecl 1,18 (*GT 1740*: «mucha aflicción»; *NC*: «mucha molestia»).
44. Danés: *saa saare godt*. Referencia a la valoración divina de la bondad de la creación. Cf. Gn 1,31 (*GT 1740*: «muy bueno [*meget godt*]; *NC*: «muy bueno»).
45. Cf. Gn 2,21-22.
46. Expresión probablemente tomada de Heb 1,3 (*NT 1819*; cf. *NC*: «irradiación de su gloria»).
47. Cf. *SKS* 18, 192 [JJ 160] (*Pap.* IV A 157), donde Kierkegaard alude al concepto aristotélico del primer motor inmóvil como la más acabada expresión filosófica de «la relación de la divinidad con el hombre». Cf. Aristóteles, *Met.*, 1072a; *Phys.*, 258b.
48. Cf. Is 11,6.
49. Cf. Gn 2,19-20.
50. Cf. Sal 85,12.
51. Cf. Gn 3,8-9.
52. Cf. Gn 3,6 (*GT 1740*: «placentero para la vista»; *NC*: «hermoso para la vista»).
53. Cf. Gn 3,18-19.
54. Cf. Mt 12,29.
55. Cf. Lc 10,41-42.
56. *NT 1819*; cf. *NC*: «Si [...] sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos».
57. Cf. Sal 103,13.
58. Cf. Heb 5,12-14.
59. Cf. Mt 7,9-10.
60. Cf. Lc 15,11-32.
61. Cf. Mt 13,24-30.

62. Cf. Ecl 1,2.
63. Cf. Mt 6,3.
64. Mt 19,16-17.
65. Mt 7,11.
66. Cf. Flp 1,6.
67. Hch 17,28.
68. Cf. Mt 12,30.
69. Expresión tomada de Heb 4,1.
70. Expresión tomada de Gal 1,16.
71. Cf. el uso de la expresión «morir a» (danés: *afdø fra*) en el Nuevo Testamento: Rom 6,2: «Los que hemos muerto al pecado»; 1 Pe 2,24: «para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia».
72. Cf. Mt 12,29.
73. *NT 1819*; cf. *NC*: «buscad las cosas de arriba»; «pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra».
74. Cf. Sant 1,17.
75. Cf. Sant 1,18.
76. Cf. *ibid.* (*NT 1819*; cf. *NC*: «De su propia voluntad nos engendró»).
77. Cf. Sant 1,6-8.
78. Cf. Sant 1,19.
79. Probable referencia a una expresión similar contenida en Sal 143,7: «Apresúrate a oírme, ¡oh Yahvé!», así como a la súplica de una respuesta divina en el versículo siguiente.
80. Cf. Sant 1,19-20 (*NT 1819*; cf. *NC*: «tardo para airarse, porque la cólera del hombre no practica la justicia de Dios»).
81. Véase nota 71.
82. Cf. Mt 16,26 (*NT 1819*; cf. *NC*: «pierde su alma»). Cf. Lc. 9,25 (*NT 1819).*
83. Cf. Ef 4,26
84. Sant 1,21.
85. Expresión tomada de 2 Cor 4,7.
86. Probable alusión a la narración evangélica de la multiplicación de los panes; cf. Mt 14,13-21.
87. Sant 1,21.
88. Cf. Mt 11,12.
89. Problable referencia a Eclo 3,18 según *GT 1740*; cf. Eclo 4,21.
90. Cf. Sant 1,21.
91. Cf. *ibid.* (*NT 1819*; cf. *NC*: «capaz de salvar vuestras almas»).
92. Cf. Lc 11,13.
93. Es decir, Sant 2,1-7.
94. Cf. Jds 16 (*NT 1819*; cf. *NC*: «que por interés fingen admirar a las personas»).
95. Cf. Dt 10,17; 2 Par 19,7; Job 34,19; Hch 10,34; Rom 2,11; Gal 2,6; Ef 6,9; 1 Pe 1,17.
96. Cf. Sant 2,1
97. Sant 1,9-10 (*NT 1819).*
98. Danés: *Børnelærdom*; cf. Gal 4,3 (*NT 1819*; cf. *NC*: «nociones elementales»).
99. Cf. Sal 23,4.
100. 1 Cor 7,21 (*NT 1819*; cf. *NC*: «¿Fuiste llamado a la servidumbre? No te dé cuidado, y aun, pudiendo hacerte libre, aprovéchate más bien de tu servidumbre»).
101. Cf. 2 Cor 9,7: «Dios ama al que da con alegría».

102. Cf. 1 Cor 4,2 (*NT 1819*; cf. *NC*: «lo que en los dispensadores se busca es que sean fieles»).
103. Cf. 1 Jn 4,20.
104. Jn 9,1-38.
105. Cf. Mt 26,69-75.
106. Cf. Lc 16,1-13.
107. Cf. 1 Cor 13,13.
108. Cf. Rom 13,8.
109. Referencia a un poema popular infantil, inspirado en unos versos de Adam Oehlenschläger, *Digte* [Poemas], Copenhague, 1803, p. 88; cf. J. M. Thiele, *Danske Folkesagn* [Leyendas populares danesas], Copenhague, 1819-1823, vols. 1-2, ctl. 1591-1592, vol. 2, p. 150.
110. Cf. 1 Pe 3,4.
111. Cf. Lc 21,19.
112. Probable referencia al título de las lecciones de J. G. Fichte, *Die Anweisung zum seligen Leben oder auch die Religionslehre* [La exhortación a la vida bienaventurada, o la doctrina de la religión], Berlin, 1806; trad. castellana, Madrid, 1995.
113. Job 1,21; 1 Tim 6,7.
114. Sant 5,7.
115. Cf. Lc 5,4-11; Jn 21,3.
116. Se intenta mantener en la traducción la máxima simplicidad de las tres proposiciones: *fra* (desde, a partir de, partiendo de, a diferencia de, de), *af* (de, por), *ved* (por, mediante, en virtud de).
117. Danés: *forklares*; se explica, se aclara, se transfigura. Véase, en este mismo volumen, nota 6 a los *Dos discursos edificantes* de 1843.
118. Cf. 2 Pe 3,10-12; Heb 1,11-12; Rom 8,22.
119. Cf. 1 Jn 3,2; *NC*: «aún no se ha manifestado lo que hemos de ser».
120. Versión libre del texto de Sant 1,23-25.
121. Cf. Sant 2,19.
122: A saber, el mundo como aquello «partiendo de» lo cual, y Dios como aquel «de quien» se adquiere el alma.

| DOS DISCURSOS EDIFICANTES 177

1844

| MDCCCXLIV 179

DOS DISCURSOS EDIFICANTES

por

S. KIERKEGAARD

Copenhague
Librería de P. G. Philipsen
Imprenta de Bianco Luno

Pese a que este pequeño libro (que por algo lleva el título de «discursos» y no el de sermones, porque su autor no tiene autoridad para *predicar*[1]; «discursos edificantes» y no discursos de edificación, porque el que habla no aspira en modo alguno a ser *maestro*) ha prescindido de alguna cosa, no ha olvidado, sin embargo, nada; pese a que no carece de esperanzas en este mundo, renuncia con todo su ánimo, sin embargo, a toda esperanza fundada en lo incierto o acerca de lo incierto. Tentado, tal vez, a diferencia de los anteriores, no encuentra alegría alguna en «acudir a la casa de banquetes»[2]; tanto como los otros, tampoco éste desea «que su llegada sea en vano» (1 Tes 2,1); pues, aunque un hombre no carezca de educación, puesto que ha aprendido de lo que sufrió, no sería agradable que hubiera necesitado sufrir mucho para aprender poco. Lo que demanda es dar las gracias en caso de haber obtenido, en la palabra de quien tiene la autoridad, el tácito permiso de la multitud para pasar inadvertido a fin de encontrar lo que busca: ese individuo que yo, con alegría y gratitud, llamo *mi* lector[3], que con su mano derecha recibe lo que se ofrece con la derecha; ese individuo que a la hora propicia saca a relucir lo que recibió, y que guarda lo que sacó a relucir hasta que vuelve a sacarlo a relucir, y así, con su buena voluntad y su sabiduría, deposita a interés el don humilde para provecho y alegría de aquel que sólo sigue deseando ser como alguien que se ha ausentado.

S. K.

185 | QUE UNO PRESERVE SU ALMA EN LA PACIENCIA

Lc 21,19

Se ha relatado a menudo con admiración y se ha observado con sorpresa cómo un hombre a la hora del peligro y en el momento del horror mostró una fortaleza de ánimo que, en verdad, habría que llamar milagrosa. ¡Con qué rapidez y determinación la inteligencia lo abarcó todo, incluso lo funesto! ¡Cuán rápidamente la presencia del espíritu eligió lo correcto, con una seguridad que se diría fruto de una maduradísima reflexión! ¡Cómo desafiaba la voluntad y la mirada misma el amenazante horror! ¡Cómo no percibió el cuerpo ni siquiera la fatiga ni el atormentador sufrimiento! ¡Con qué facilidad el brazo sostuvo una carga que sobrepasaba enormemente la fuerza humana! ¡Cuán firmes estuvieron los pies allí donde cualquier otro no se atrevería a mirar, porque vería el abismo! Si tú no lo has visto, oyente mío, al menos has oído al respecto; tal vez oíste cómo un hombre que irreflexivamente se había ganado la vida con lisonjas, que jamás había entendido nada, sino que había desperdiciado las fuerzas del alma en la vanidad, cómo ese hombre yacía en su lecho de enfermo y el espanto de la enfermedad se cernía sobre él, y la batalla comenzaba de manera infrecuentemente angustiosa, cómo ese hombre por primera vez en su vida fue capaz de comprender algo, y comprendió que eso con lo que combatía era la muerte, y cómo entonces se concentró en un solo propósito que tendría el poder de mover un universo, cómo alcanzó una maravillosa serenidad que le permitió desembarazarse de los sufrimientos para aprovechar el último instante, para poder recuperar algo de lo omitido, para ordenar
186 algo de lo que él, en una larga vida, había confundido, | para legar algún pensamiento a aquellos a quienes había de abandonar; tal vez

lo oíste de aquellos que estaban junto a él, los que con tristeza, pero también profundamente conmovidos, debieron admitir que, en esas pocas horas, él había vivido más que el resto de su vida toda, más de lo que se vive en los años y en los días según los cuales viven en general los hombres. Encomiemos lo que en verdad hay que encomiar, la excelencia de la naturaleza humana; agradezcamos que también a nosotros se nos asignó ser hombres, roguemos que se nos conceda la gracia de poder con excelencia, de un modo más bello y más resuelto, perfeccionar lo excelente. Al individuo del que hemos hablado, en cambio, no podemos encomiarlo, pues, al considerarlo, el alma se vuelve ambigua y el pensamiento no da su consentimiento unívoco. ¿O acaso no muestra a menudo el que es débil de ánimo cuán fuerte es un hombre? Y sin embargo no encomiamos al que es débil de ánimo por más que avergüence a muchos. Encomiemos, pues, lo que hay que encomiar, y veamos si esto no nos permite encontrar aquello en lo que la verdad y la plena entrega es el sí y el amén de la alabanza. Pues cuando el horror viene por fuera con todos sus espantos, no es de extrañar que con su hostigamiento arranque la última fuerza de un hombre, que le dé, de algún modo, la fuerza que también da al animal, sólo que más excelente, porque el ser del hombre es lo más excelente. Y la enseñanza que podemos deducir de ello es muy dudosa, y muy ambigua la conclusión a la que podríamos llegar a partir de allí; pues nadie ha visto luchar a un hombre en los peligros de la vida, o con la muerte, sin tener que admitir que el resultado pudo haber sido a cada instante el opuesto, así como que ese combate no decidía nada acerca del resto de la vida del combatiente ni en pos de ella. Si un hombre, en cambio, mientras todos hablan de paz y seguridad[4], descubriera el peligro, divisara el horror y, tras haber utilizado la más sana fuerza del alma para cobrar recta conciencia del mismo, volviera a desplegar y conservara, con el horror ante los ojos, la misma fortaleza de ánimo de aquel que luchó en los peligros de la vida, la misma interioridad de aquel que luchó con la muerte, entonces sí lo encomiaríamos. Pues era ya encomiable que hubiera descubierto el peligro. La fuerza que se requiere para ello es mucho más grande de la que los hombres admiran en un instante decisivo; pues la idea de que hay paz y tranquilidad y la seguridad de los hombres acerca de ello son como un sortilegio que encanta fácilmente con su poderoso narcótico y que, para ser disuelto, exige toda la fuerza del alma. Pero esa fuerza descubridora, a su vez, no ha de ser elogiada de manera incondicional. Si un hombre, cual aventurero, se atreviera
a lo más extremo, | allí donde los hombres raramente ponen su pie; 187
si mirara hacia abajo y viera lo oculto, si descubriera lo terrible y,

entonces, cogido por la angustia, tocado por el temor, retrocediera estremecido ante los espantos que él mismo había sacado a la luz, si buscara en vano sustraerse a ellos, si en vano buscara ocultarse en la turba de los hombres, puesto que aquéllos lo perseguirían por todas partes; si un hombre, con su afligida fantasía, conjurara temores que no alcanza a vencer, pero a la vez no pudiera dejar de fijar su mirada en ellos, de invocarlos de manera más y más angustiante, de calar en ellos de manera más y más horrible, entonces no lo encomiaríamos, por más que encomiemos la maravillosa excelencia de la naturaleza del hombre. Si invocara el horror, en cambio, y descubriera que la vida está en peligro, si no pensara que su ocioso discurso habría de dar a los hombres materia de ociosa reflexión y entendiera, antes bien, que el peligro le concierne a él; si, teniéndolo ante sus ojos, adquiriera la fortaleza de ánimo que da el horror, eso sería en verdad algo encomiable, verdaderamente una maravilla de maravillas; ¿quién podría, después de todo, entender esto, cuando nadie viera el peligro y nadie pudiera comprender lo que, por lo demás, es fácil de entender: que el hombre del que se sabe que ha vivido algo estremecedor se volvió maduro en la seriedad?

Pero así como un discurso de esa índole, según el cual el peligro y el horror dan fuerza a un hombre, es un discurso fraudulento que los hombres están más que dispuestos a oír, dado que están más que dispuestos a ser engañados, así también es siempre provechoso, en cambio, reparar en el hecho de que también se requiere fuerza, y por cierto auténtica fuerza para descubrir el peligro, tanto como es provechoso comprender la verdad según la cual siempre hay peligro, porque el hombre «está en peligro dondequiera que vaya»[5], y porque un hombre nunca se salva si no es «trabajando con temor y temblor»[6].

Pero el peligro puede ser muy diverso. El peligro terrenal es algo a lo que los hombres tienden a prestar atención. Aun cuando los espantos de la guerra no se desaten de manera destructiva y perturbadora con violencia y desafuero, sino que hay paz y justicia en el país; aun cuando el ángel exterminador de la peste no vaya de una casa a la otra en ciudades y reinos, sino que hay salud y bendición; hay, sin embargo, peligro, y los hombres lo saben, peligro concerniente a la vida y a los bienes, a la salud, al honor, al bienestar y a la propiedad. He ahí por qué los hombres se preocupan por conservar y asegurar lo que poseen, por qué son desconfiados los unos para con los otros y para con la vida, por qué esa desconfianza es tan común entre un hombre y otro, de manera que, con ella, nadie ofende siquiera
188 a su mejor amigo. ¡Ah, basta que alguien haya llegado a ser | lo que en este sentido se llama un adulto en el mundo, para que entienda

lo que quiero decir! Aunque el que se dirigiera a ti fuera tu mejor amigo, aquel a quien creyeras mejor que el oro, aunque por nada del mundo querrías ofenderlo cuando con toda la buena voluntad has cumplido su deseo, aun así le dices estas pocas palabras, o él mismo las dice: «por la vida y por la muerte», y os comprendéis el uno al otro, no le es ofensivo hacerte entrega de estas palabras por escrito: «por la vida y por la muerte» ... Nada menos que por la vida y por la muerte. Si un hombre joven que saliera de la casa de sus padres sin haber tratado hasta entonces con el mundo y oyera la frase «por la vida y por la muerte», ¿no adivinaría lo que generalmente sigue a ese comienzo? Si a un hombre experimentado, que ha hecho camino en la vida, se le dijera esa frase, ¿no se le ocurriría asociar a ese comienzo algo distinto de lo que ya sabría de manera suficiente? Así de extraña es la seriedad de la vida. La seria frase va de boca en boca, se oye por calles y callejas, se oye especialmente en el ruido, allí donde el exceso de actividad menos parece entenderse con la idea de la brevedad de la vida y de la sabiduría de la muerte.

Hay, por tanto, algo que por vida y por muerte uno desea *conservar*, que desea mantener asegurado. Hay, por tanto, un medio en virtud del cual uno puede alcanzar su propósito, un medio que ha sido probado de generación en generación, pues la palabra escrita se mantiene, y, cuando está compuesta bajo la angustiosa guarda de la prudencia terrenal, no defrauda, y uno puede confiadamente comprar y vender, negociar y repartir; entonces uno descubre con previsora astucia o con tardío horror los peligros de la vida, pero elabora también medios suspicaces contra ellos — y entonces la vida sigue su curso en un sueño sumamente serio, hasta que la muerte viene a poner fin tanto a las cuentas como al contable.

El alma de aquel a quien aquella frase despertó de súbito, en cambio, la captó seguramente en la extrañeza de su enigma, y la captó con renovada angustia, puesto que la oyó una y otra vez usada a la ligera, lanzada indiferentemente como una observación que concernía a todo el mundo pero con la que nadie en particular se avenía; cuanto menos, por la vida y por la muerte le preocupó llegar a saber qué es en verdad por la vida y por la muerte digno de ser conservado. No podía ser algo temporal, pues eso sería deseable conservarlo por la vida, pero cómo podría uno desear conservarlo por la muerte, | ya 189
que precisamente se lo abandona en la muerte, la que sin envidia y sin ninguna preferencia afectiva hace que todos sean iguales, igual de pobres, igual de impotentes, igual de miserables, tanto aquel que poseía un mundo como aquel que no tenía nada que perder; aquel que legó sus derechos de acreedor de un mundo, y aquel que estaba

en deuda con un mundo; aquel que era obedecido por miles, y aquel a quien sólo la muerte conoció; aquel cuya hermosura era admirada por la gente, y aquel miserable que sólo buscaba una tumba para ocultarse de la gente. Así que aquello de lo que se trataba o, mejor dicho, aquello de lo que en verdad podría tratarse, debía ser algo eterno, y esto, en una palabra, no podía ser otra cosa que el alma humana. Y el asunto era importante, sí, de extrema importancia, y la deliberación no debía posponerse para el día siguiente, pues así como aquella frase vincula sin dilación la vida y la muerte, así también es rápida y repentina la alternancia de la vida y de la muerte aquí abajo, y un instante después podría tal vez ser demasiado tarde. Ya eso sería espantoso, que la muerte viniera hacia un hombre como ladrón en la noche[7] antes de que aquel llegara a saber qué cosa era digna de preservar y, si era su alma y él no la había preservado, de manera que la muerte pudiera exigírsela o robársela, entonces su pérdida sería irreparable. El peligro, por tanto, es que uno pierda su alma[8], eso es lo espantoso, y aquello que uno no preserva, puede, desde luego, perderlo.

El pensamiento mismo no entiende ese enigma, el lenguaje no puede expresarlo con precisión, sólo la angustia del alma presiente aquello de lo que trata el discurso oscuro[9]. Pero la angustia despierta a un nuevo horror, pues en el mismo instante el peligro se multiplica aún más, puesto que el alma quiere que se la posea y se la preserve de un modo distinto a los bienes terrenos, y el horror tensa su cuerda nuevamente. Si un hombre que quisiera preservar sus bienes terrenos hubiese hallado un lugar, un rincón en el mundo al que ningún ladrón llegara con su mano, donde nadie iría a buscarlo, entonces podría, sí, depositar allí su tesoro, seguro de poder preservarlo, sin necesidad de observarlo a menudo. Si un hombre, en cambio, quisiera preservar su alma de ese modo, precisamente entonces la habría perdido. Pero si el rico nunca se atreviera a poner su tesoro lejos de sí, puesto que eso sería lo más peligroso, sino que día y noche lo llevara consigo exponiéndose así a perderlo a cada instante, eso sí que sería espantoso. Si un hombre perdiera su tesoro terrenal, seguramente buscaría consolarse de la pérdida; evitaría todo lo que le recordara la magnificencia de antaño, que ahora sólo le causaría dolor, y así buscaría
190 volver a hallar satisfacción. Pero si un | hombre hubiese perdido su alma al perderse él mismo, entonces no podría evitar de ese modo el recuerdo, pues la pérdida seguiría estando junto a él a través del tiempo y de la eternidad en la perdición. Pero una tal perdición es, en verdad, horrorosa. Si un hombre perdiera su tesoro terrenal, éste estaría perdido sólo para esta vida, acaso no para siempre, y aun si

así fuera, la muerte lo reconciliaría con la pérdida y se la quitaría, puesto que, en el instante de la muerte, él llegaría a ser como aquel que antes no había perdido nada. Si perdiera, en cambio, su alma, ésta estaría perdida para todos los tiempos y para la eternidad; si la perdiera un solo instante, estaría perdida para siempre, y la muerte no podría ayudarlo, sino que precisamente por la muerte podría desear haberla preservado y preservarla. — Cuanto más pensara al respecto, tanto más se angustiaría. Finalmente no se atrevería siquiera a pensar en ello, pues sería como si ya la hubiera perdido, y, sin embargo, no se atrevería a dejar de hacerlo, ¿pues, entonces, cómo no iba a perderla?

¿Qué opinaríamos de alguien así? ¿Diríamos que el alma es lo único seguro y que, mientras que los hombres pueden llevárselo todo, dejan que uno conserve el alma? ¿O deberíamos encomiarlo por haber descubierto el peligro, que éste era diferente de lo que generalmente se piensa, y porque estaba angustiado por preservar su alma? Sin embargo, la reflexión era demasiado inquieta, por eso no lograba comprender la idea. Pues así como hay un solo medio para preservarla, ese medio también se necesita ya para comprender que ha de ser preservada, y, si no fuera así, ese medio no sería el único. Dicho medio es la paciencia. Un hombre no adquiere primero su alma y tiene entonces necesidad de la paciencia para preservarla, sino que no la adquiere sino preservándola, y por eso la paciencia es lo primero y la paciencia es lo último, precisamente porque la paciencia es tan operante como padeciente[10], y tan padeciente como operante. Así, el asunto no es espantoso, tal como la angustia lo pensaba, sino que, por el contrario, es serio, serio en el sentido más profundo, tal como la paciencia lo comprende.

Preservar su alma en la paciencia

Preservar su alma en la paciencia, es decir, asegurarse, mediante la paciencia, de qué es lo que ha de ser preservado; pues si un hombre no recibe en esto la ayuda de la paciencia, tal vez llegue, con todo
su esfuerzo | y toda su diligencia, a preservar otra cosa y, por ello, 191
a perder su alma. No sólo perdería su alma aquel a quien fascinaran la temporalidad y los apetitos mundanos, sino también aquel que, aunque movido por la preocupación del alma, sólo construyera una vigorosa ilusión; no sólo perdería su alma aquel que la consagrara a amar el mundo y a no adquirir otra cosa que éste, sino también aquel que, aun mirándose en un espejo, no viera de manera correcta y permaneciera en el engaño; y no sólo perdería su alma aquel que,

en el empecinamiento, captara la sabiduría del instante, sino también aquel que anduviera en lo incierto, puesto que comenzó con lo incierto, y que diera como estocadas en el aire[11], puesto que él mismo era un soplo pasajero; y no sólo perdería su alma aquel que hasta el final danzara al compás del placer, sino también aquel que fuese sojuzgado por las deliberaciones de la preocupación y desesperadamente apretara las manos noche y día.

Ya ves que, cuando hablamos de esta manera al respecto, todos entienden con facilidad cuán necesaria para el hombre es la deliberación, y cuán necesaria para la deliberación es la paciencia, pues en la observación se ve la enorme diferencia entre ésta y aquélla, y ello pese a que son esencialmente lo mismo, y el horror no se ha presentado de manera decisiva en algún sitio, sino que surge por el hecho de que ésta no es en realidad otra cosa que aquélla. Pero en la vida no se muestra de manera tan evidente, pues el tiempo se coloca entre la una y la otra, separándolas, y es preciso tener buena vista para descubrir de inmediato y buen oído para comprender su testimonio, pues el tiempo tiene un raro poder de convicción, habla constantemente en medio de ellas y dice de manera constante: «mientras yo esté, sigue habiendo tiempo». En la vida, el acto de paciencia de la deliberación no parece tampoco necesario, pues uno puede vivir y participar con los otros, entregarse a aquello que uno es, sin comprenderse debidamente uno mismo. Cada día tiene sus fatigas, pero también su placer, su meta, pero también su paga; ¿para qué, entonces, una deliberación que no lo vuelve a uno más rico ni más poderoso, con la cual uno no consigue ni alcanza nada, con la cual uno no llega a ser nada sino que solamente se entera de lo que uno es, que por cierto es una consideración muy pobre e insustancial? Así, un hombre puede, en un sentido extrínseco, disponer, como se dice, de una gran hacienda; da a cada uno lo suyo, traza cada día planes nuevos, su empresa se extiende más y más, pero nunca tiene tiempo de hacer las cuentas, pues sería un retraso innecesario. Entonces, la vida le exige tal vez un inesperado tributo que él no puede pagar, y
192 descubre con espanto que no posee nada. En | sentido espiritual, la deliberación es un trabajo difícil y escasamente recompensado. Uno no puede dejar que nada quede en la bruma, que ningún pequeño secreto permanezca oculto. Tal vez uno descubre entonces que la torre no puede llegar a ser tan alta como uno deseaba. Tal vez uno nunca comenzó a construirla de verdad y, por tanto, tampoco supo de verdad que no era capaz de hacerlo; pero de todos modos uno conservaba ese sueño en el alma, esa seductora fantasía en la cual se complacía a menudo; — ¿por qué destruirla, ya que no es ni dañina ni prove-

chosa? Si uno descubre una pequeña deficiencia en su trabajo, bien puede el edificio permanecer en pie, de la misma manera que todos los demás, pues al fin y al cabo uno no construye para una eternidad, así que para qué hacerse problemas. Y aun cuando uno no descubriera ninguna irregularidad, ¿para qué toda esta deliberación?

Claro que ningún ser humano está totalmente desprovisto de deliberación; cada edad tiene sus derechos. Así, el joven permanece pensativo en horas de la noche, y junto a él hay una figura atractiva. No puede llamársela impaciencia, pues es sólo anhelante, y no habla de otra cosa que de deseos, y nadie sabe cómo hablarse de esa manera a sí mismo o cómo hablarle adecuadamente de esa manera a los jóvenes. Uno desea, pues, y es una dicha que el deseo llegue a cumplirse, pero es ya agradable y hermoso oír hablar al que habla del deseo. El individuo que desea no puede entender al otro, y menos aún serle de provecho, pues para el deseo no hay límites. Aquel a quien se le ha dado mucho, desea más, y aquel a quien se le ha dado poco, desea un poco más; al uno lo sorprende el conformismo del otro, o su apetito, sin que por ello se eleve una queja, ya que ambos desean. Quién se atreve a contradecir, quién puede interrumpir, quién tiene el coraje de perturbar ese susurro en el crepúsculo; tan aduladora es la impaciencia, que hasta soborna a quien no viene a cuento. Pero la paciencia sí se atreve, pues su profundidad consiste en que descubre el peligro, y la salubridad de la paciencia reside en que no hace alboroto, sino que con seriedad y en silencio ayuda a un hombre, siendo la única que en verdad quiere su bien. Los jóvenes no lo perciben de inmediato, en cuanto sólo tienen oídos para la impaciencia que con profunda sumisión adula su deseo, y entonces es en vano; pero si el joven se preocupa un poco, ahí está también la paciencia. Aunque sus palabras no son un discurso adulador, lo que dice es indescriptiblemente consolador. «Ningún | hombre puede 193
añadir un codo a su estatura[12], por mucho que le preocupe; ningún hombre puede recibir lo que no le ha sido dado»[13]. ¿No es esto convincente en todos los tiempos y contra toda duda? ¿No pueden estas palabras acompañarlo a uno en la alegría y en la pena? ¿No son lo bastante fuertes como para que un hombre preserve su alma? Y si ese discurso parece acaso abrir paso a la exuberancia de los deseos, ¿es para aniquilar el alma, o es para preservarla, para que pueda, mediante la paciencia, llegar a ser lo que es, y reconfortarse llegando a ser lo que es? ¿O es que la paciencia se burla del hombre cuando le dice que nadie logra añadir un codo a su estatura, como si quisiera hacerle sentir cuán pequeño y cuán impotente es? ¡Ah! eso está lejos de la paciencia, que sabe incluso moderar suficientemente el repro-

che; «por más que le preocupe», dice, con lo cual dice también, con toda la delicadeza posible, que, en realidad, no debería preocuparle. La paciencia descubre el peligro, y el peligro sería justamente que un hombre lograra conseguir algo deseándolo de esa manera, pues entonces sería imposible salvarlo; y el peligro está justamente en que sería mejor llegar a ser más grande de esa manera, pues entonces la vida carecería de significado y de verdad. ¿Habla tal vez la paciencia según el frío cálculo del entendimiento, diciendo que el deseo no lleva a nada y que uno debe, por eso, desistir de él? De ninguna manera, ella no habla del cumplimiento y del no cumplimiento del deseo, pues dice que, aunque el deseo se cumpliera, sería una pérdida para el hombre, éste perdería lo mejor, lo más sagrado, el hecho de ser así como Dios ha determinado que sea, ni más grande ni más pequeño. No nos dejemos perturbar, entonces, por el modo como la burla o la perspicacia o la desazón alertarían contra el deseo, y dejémonos edificar mediante la advertencia de la paciencia, que en verdad piensa en todo para mejor. Ella ve el peligro de que la impaciencia cautive de esa manera al joven; ve que la impaciencia podría asumir una nueva figura y permanecer apenada en torno al joven y desear que hubiese sido posible, si acaso hubiese sido posible. Por eso habla seriamente, interrumpiendo toda relación con el deseo; pero entonces fortalece también el corazón con el alimento sólido de la verdad[14], que ya el hecho de ser el más modesto e insignificante de los hombres y ser fiel a sí mismo es mucho más que haber llegado a ser el más grande y el más poderoso mediante la miserable parcialidad del deseo. ¿O no despreciamos acaso a aquel que por caminos indignos avanza sigiloso hacia el poder y el señorío, aquel que mediante el juego del azar acumula oro y bienes? ¿No deberíamos entonces despreciar también
194 a un | hombre si se diera el caso de que ha llegado a ser lo que es
mediante un deseo? Es cierto que se elogia a la juventud porque, con su osado deseo, muestra su osadía; pero el único deseo en verdad digno de elogio sería que el alma del joven tuviera la profundidad suficiente para desear que ningún deseo pueda con su humillante complacencia perturbar su combate en la vida.

Pero ningún ser humano está totalmente desprovisto de resolución; el joven tiene también sus derechos. Hay junto a él, en horas de la mañana, una figura victoriosa, su mirada es tan intrépida, tan poderosa su expectativa, quiere partir, partir para venir y ver y vencer. El joven que está junto a esa figura llega a sentirse muy seguro, y ningún compañero le agrada tanto, nadie lo entusiasma tanto — como *el propósito*. ¡Quién querría contradecirlo, quién se atrevería! Sí, el propósito debe verdaderamente ser elogiado, el primer pensamiento

del alma, el primer amor de la voluntad. ¿Quién se atrevería llamarlo impaciencia, cuando arrastra consigo incluso a quien le es ajeno? Pero la paciencia sí se atreve. Mientras el joven mantiene confiadamente la cabeza en alto y asalta, temerario, el cielo con su orgullosa frente, no quiere escuchar nada. Pero cuando cobra la seriedad suficiente para buscar librarse, en la deliberación, de la muy prometedora impaciencia, y entonces ésta cambia ya de figura; cuando la preocupación hace que las rodillas del joven se tambaleen y debilita su brazo, ¿cuál es la amable figura en la que se apoya? Es la paciencia. Ésta ha descubierto el peligro en el horror, pero también consuela: hoy haremos esto, mañana, esto otro, si Dios quiere[15]. ¿No es este discurso indescriptiblemente consolador, no remueve todas las intempestivas dificultades del propósito? ¿Y es el propósito aniquilado de esa manera, o no es sólo así como llega a ser verdaderamente grandioso? Pues Dios en los cielos jura por sí mismo, como dice la Escritura[16], porque no tiene nada más alto por lo que jurar, pero el propósito humano jura por Dios, y, si jura por sí mismo, jura entonces por lo que es más bajo. El peligro fue descubierto por la paciencia, pero el peligro no era que el propósito fracasara, sino que el propósito como tal tuviera ya el poder de vencer, y que todo fuese decidido por el osado propósito del joven; pues entonces la esencia del hombre resultaría falseada, y su más sagrada fuerza, la voluntad, se transformaría en deseo. Aun cuando el hombre, mediante un propósito tal, lo ganara todo, aun así habría perdido infinitamente mucho en comparación con aquel que,
según la voluntad de Dios y con su ayuda, tomó el | corto camino 195
hacia la tumba y consiguió aquello en apariencia humilde que le había sido impuesto como tarea. La paciencia no tiene nada en común con el sarcasmo de la desesperación, que sonríe ante el propósito como ante una niñería; nada en común con el lastimoso entendimiento, que vuelve mezquino el propósito, pues no es mezquino el propósito que se propone obrar con la ayuda de Dios. Aunque la tarea fuese humilde, el hecho de querer llevarla a cabo mediante Dios hace que el propósito sea más grande que cualquier otro que surja en el corazón del hombre natural. No es desconfianza hacia la vida lo que la paciencia enseña, ni descubre en la desconfianza que el propósito nunca alcanza su objetivo, pues lo alcanza siempre, dado que el objetivo es Dios, y en ese sentido la paciencia enseña la confianza hacia la vida, y aunque su propósito lleve vestiduras humildes, es magnífico en su interior, fiel e infalible en todos los tiempos.

Así es como el joven salió a la vida. ¡Dichoso el joven que lo hizo! Fue con la ayuda de la paciencia, no colmado de deseos, no ebrio de propósitos, sino en el pacto de la fe con lo eterno, en el pacto de la

esperanza con el porvenir, en el pacto del amor con Dios y con los hombres. Y la paciencia bendijo el pacto y prometió no abandonarlo. Por cierto, aunque perdiera el deseo y el juvenil propósito, no perdería su alma; pues cuando un hombre no se esfuerza por alcanzar lo eterno en la fe, cuando no se entiende con el porvenir en la esperanza, cuando no está en buenos términos con Dios y con los hombres en el amor, entonces ha perdido su alma. Por más humilde que sea, corto de estatura, desprovisto de aptitudes, por muy estrecha que sea su alma en sí misma y en su diferencia con respecto a la de todos los demás, su alma está preservada, sin importar lo que perdió y lo que le fue negado.

Esto lo comprendió en la deliberación mediante la paciencia, y sin la paciencia no lo habría comprendido.

Preservar su alma en la paciencia, es decir, mantener el alma recogida en la paciencia para que no salga de ella y, así, se pierda, cuando ha de comenzar la larga lucha con un enemigo que nunca se cansa: el tiempo, y con un enemigo múltiple: el mundo.

Así salió el joven al mundo. Ya sea que este discurso, oyente mío, parezca anticipar como un viejo relato aquello que ahora mismo estás intentando hacer, o que llegue después como un viejo relato acerca de aquello que hace mucho dejaste de lado, después de todo es así es como el joven sale al mundo. Pero lo que viene después es muy distinto;
196 | y el individuo, o, si el discurso fue dirigido a todos los individuos, cada uno por su parte sacudiría tal vez la cabeza y diría: «no, a mí no me sucedió así, lo que yo viví fue sumamente diferente de lo que dices». Tal vez sea así, el discurso no ambiciona premio alguno. ¿Pero no tendrá esta acentuación de la diversidad, si permanece atenta a lo heterogéneo, un cierto parecido con el deseo? Y la impaciencia, que antes era el amigo adulador, ¿se habrá vuelto un astuto confidente? Intenta romper con ella, y verás que este pensamiento se vuelve violento, que en acalorado discurso se queja de la paciencia como si ésta quisiera transformar la vida en puro aburrimiento y hacer de cada hombre una pobre repetición de lo mismo. Y, sin embargo, si la uniformidad no es el fundamento de la diversidad y la igualdad la de la desigualdad, entonces todo está disuelto. En caso de que nadie más se atreva a aventurar una palabra bienintencionada contra la diversidad que ha de embellecer la vida hasta la confusión, la paciencia sí se atreve. Ella ha visto el peligro y el horror, a saber, que si cada hombre es capaz de ejercer esencialmente la diversidad, entonces la vida se confunde, y hasta la propia vida de uno; ve muy bien que el peligro no consiste en que la vida la prohíba, sino que el peligro sería que la vida la permitiera. ¿Acaso la paciencia tira en yunta con

la estrecha perspicacia que cree que la vida sólo desgasta la variedad originaria, o con la obstinación que cree que sólo algunos aventajados logran superar la variedad? ¡Ah, no! La paciencia habla de manera muy dubitativa acerca de esas ventajas. La paciencia sólo quiere preservar el alma, tiene el coraje de renunciar a todo lo demás; y si el alma no se esfuerza por alcanzar lo eterno en la fe, si no corre al encuentro del porvenir en la esperanza, si no se entiende con Dios y con los hombres en el amor, entonces el alma está perdida; pero si se anuncia, en cambio, en esa poderosa presencia, entonces, por muchas cosas diferentes que la palabra pueda significar en los diferentes casos, el individuo ha salvado su alma.

Así salió el joven a la vida. Pero el camino que tiene por delante es largo, y a menudo también el mundo habrá de acarrearle penurias. Si no quiere recurrir a la ayuda de la paciencia, toda esa lucha y todo ese combate no le será de gran provecho; finalmente luchará por otra cosa al servicio de algo extraño, y habrá perdido lo que había de preservar. Pues no sólo perdió su alma aquel que no vio de manera correcta en el espejo, sino también aquel que se fue de inmediato y olvidó cómo se veía[17]; y no sólo perdió su alma aquel que se quedó el día entero en la plaza, sino también aquel que, pese | a haber 197
sido llamado en la primera hora, enseguida dejó su trabajo y volvió a quedarse en la plaza[18]; y no sólo perdió su alma aquel que nunca comenzó a correr, sino también aquel que, pese a haber comenzado, no corrió hacia la meta[19]; y no sólo perdió su alma aquel que nunca vino a la luz[20], sino también aquel que, aunque iluminado, desfalleció tras haber saboreado una vez el don celestial[21].

Cuando uno habla así del asunto, ve fácilmente el peligro, el horror, porque ve lo decisivo, y porque no busca otro consejo que el de la paciencia. En la vida, la diversidad tiene como efecto la dispersión, y si el uno retuvo algo por más tiempo que el otro, hace valer sus derechos sobre ello; y el que desfalleció no comprende al otro y no lo favorece; cree haber ganado su causa porque soportó un poco más, cosa que ni siquiera puede saber con certeza. Así, combaten el uno con el otro de muchas maneras el inútil combate acerca de quién se sentará a la cabecera y quien no[22], puesto que entonces todos han sido excluidos. Así, acaban estando el uno en el sitio del otro en el concilio de los burladores y en la asamblea de los insatisfechos, que no son capaces de cavar y son demasiado orgullosos para rogar[23].

El joven siguió entonces su paso, y la paciencia repitió su promesa de no abandonarlo si él se aferraba a ella. Su senda era ancha, fácil su paso, tal como ese amigo paternal, la paciencia, se lo había enseñado. Los jóvenes se le acercaban con alegría, el viejo se volvía hacia él con

vaga tristeza; él iba tan rápido, que hasta dejaba la expectativa detrás de sí, sin echarla de menos; pues la fortuna acompañaba su andar, la prosperidad sus empresas, el provecho sus planes. Su oro le conseguía todo, incluso el favor de la envidia; su ganancia era el valor que todo lo compraba, incluso la admiración del rival. Sus planes se volvían más y más audaces; hasta la fortuna les sonreía tanto, que se volvía más y más audaz en su combate con él. Era vano el llamamiento de la paciencia; bien puede ésta esperar hasta mañana cuando hay a cada instante un mundo que ganar, y de eso ella nunca había hablado. Estaba, pues, en la cúspide — desde allí miraba, orgulloso, despreciándolo todo, el brillo del oro, la veleidad del placer, la cobardía de los hombres, todo estaba a la venta, todo. ¿Era la fortuna la que lo había vuelto impaciente? Ella, en todo caso, lo había acompañado en todo, y lo seguiría acompañando, pero lo hacía languidecer en el frío sudor de
198 la impaciencia. — — Así seguía el joven su paso, la paciencia | repitió, como despedida, su promesa. Y el camino era engorroso, fatigoso su paso, pero era como si no se moviera de su sitio, los demás lo dejaban rápidamente atrás en su carrera y, cada vez que esto sucedía, un escalofrío recorría su alma. El poderoso lo agraviaba, el dichoso lo malinterpretaba, aquel en quien había depositado su confianza lo decepcionaba; nadie permanecía junto a él por temor a retrasarse, sólo la desazón permanecía y se enroscaba en su alma más firmemente que una mujer en torno a su amor. En vano hablaba la paciencia acerca de dónde estaba el peligro, como si no hubiera peligro suficiente, pues, en el mismo instante, otro pasaba corriendo junto a él, y él sentía vértigo al comparar su pequeña esperanza con la fortuna de aquél. Se detuvo, ya no podía más.

¡Qué es, pues, esta existencia en la que lo único cierto es lo único de lo que uno nada llega a saber con certeza, y esto es la muerte! ¿Qué es la esperanza? Un insistente espíritu torturador del que uno no puede deshacerse, un astuto impostor que soporta más que la honestidad; un amigo pendenciero que siempre quiere tener razón, incluso cuando el emperador ya no la tiene[24]. ¿Qué es el recuerdo? Un complicado consuelo; un malvado que hiere por la espalda; una sombra de la que uno no puede deshacerse, incluso si alguien quisiera comprarla[25]. ¿Qué es la bienaventuranza? ¡Un deseo que se concede a quien quiera tenerlo! ¿Qué es la amistad? ¡Una fantasía, un exceso, una vejación más! ¿Qué es todo, qué es todo... y qué es esto? ¿Quién no lo sabe? Es la impaciencia. ¡Ese viejo hipócrita que, con mayor hipocresía que la de aquellos fariseos, ata pesadas cargas que él mismo no toca con sus dedos[26]! ¡Ese adorado ídolo que transforma todo en nada! Ese incesante parlanchín que, sin embargo, quiere que se lo escuche con paciencia.

Así que la impaciencia puede asumir muchas figuras. En el comienzo no se la conoce, es tan suave, tan dócil, tan atractiva, tan propiciadora, tan nostálgica, tan participativa; y, cuando ha agotado todo su arte, acaba por volverse altisonante, desafiante, quiere explicarlo todo, pese a no haber comprendido nunca nada.

¿Deberíamos considerar llamar a esto «impaciencia», por más que ésta pérfidamente no quiera consentirlo, sino ser sólo la penúltima cosa dotada de cierta gratitud, si bien trabaja en ello día y noche, a primera y última hora, tentando con igual insidia en la dicha y en la desdicha, por más que la primera, al haber sido tentada, no comprenda a la segunda? | ¡Eso es lo que ella se esforzaba por alcanzar en toda su 199
atormentadora vacuidad, no como impaciencia respecto de esto o de aquello, sino como esa gangrena que carcome el alma, por más que ésta parezca estar poderosamente presente en su apasionada expresión! ¿O será tal vez que la paciencia no tiene la razón; acaso todos están dispuestos a negársela? ¡Pero el individuo que se entregó, él tiene la razón! ¿No se indignaría ante ello la paciencia misma? Pues es cierto que no hay nada en el mundo capaz de soportar tanto, y de soportar tanto preocupándose por los hombres, pero no por eso dejará que se burlen de ella; no quiere aparecer como una mentirosa, y si hubiese un sufrimiento, una penuria que no fuese posible soportar, entonces esa paciencia, la que quiere superarlo todo, miente. ¡Ah, no busquemos excusas, no la elogiemos con la boca para asesinarla en el corazón, no la calumniemos en nuestra admiración, como si, pese a haber logrado muchísimo, el individuo pudiese reservarse un caso en el que ella no logró vencer! No, ella vencerá, debe vencer, es en verdad tal como ella dice, no le falla a ningún ser humano, nunca le falla en la indigencia, incluso lo espera cuando éste obstinadamente la aparta de sí, ¡y hay de él si nunca se reconcilia con ella, pues lo espera, y un día ha de juzgarlo, cuando grandiosamente se muestre que la paciencia era capaz de superarlo todo, capaz de arrancarle incluso esa confesión a la impaciencia! ¿O acaso la paciencia es una figura quimérica que hace señas desde las nubes, que no ha experimentado nada por sí misma, que no ha probado nada en la vida? ¿La paciencia? ¡Esa pastora de almas que conoce todas las penurias y todos los sufrimientos y que los ha soportado y los soporta hasta ya no querer más, o mejor, hasta ya no poder más, puesto que la impaciencia misma, finalmente, ya no quiere! ¿Acaso la paciencia, puesto que su merecida cólera es terrible, no se compadece? ¿O no es siempre misericordiosa? ¡Ah, ella es en verdad aquel misericordioso samaritano[27]! Y por más que la herida sea profunda, por más antigua e incluso maligna que sea, cuando el sufriente mismo manifiesta tan sólo un vago deseo, ella viene y sabe

cómo vendarla y derramar aceite sobre ella, tiene siempre un pequeño tentempié para el enfermo, deja siempre una pequeña subvención que es suficiente para el momento que sigue. Es pequeña, no porque la paciencia quisiera dar más, sino que sólo dispone de poco y debe conformarse con poco, pues la paciencia es siempre tan operante como padeciente, y tan padeciente como operante. La paciencia consuela
200 al | enfermo para que sea capaz de ese poco, le dice la verdad: con respecto al estado en el que te encontré, es ya mucho que seas capaz de este poco, y, si fueras realmente agradecido, te parecería un milagro. Y ese discurso es muy dificultoso, pues uno querría no tener que oír las palabras «con respecto a» y querría olvidar aquello que evocan... ¡si uno pudiera volver enseguida a comenzar como si nada hubiera sucedido, o si recibiera ayuda por un poco más de tiempo! ¡Ay, todos estamos en deuda con la paciencia, ella puede, con razón, decirnos a todos «con respecto a», pero con cuánta piedad y con cuán poca frecuencia lo dice!

Ya ves por qué la paciencia también aquí sabe muy bien dónde está el peligro y el horror, que éste no consiste en que uno no pueda llevar a cabo su plan, no recupere la pérdida terrenal, no gane alguna cosa temporal, no descubra una nueva alegría para no aborrecer la vida. La paciencia no teme ese tipo de cosas, y le queda todavía, con respecto a aquel peligro, una buena esperanza. Pero la paciencia descubre que éste era el peligro, que la antigua situación se mantuviera e hiciera que la enfermedad, si fuese posible, se volviera más terrible antes de que el enfermo reaprendiera dónde estaba el peligro.

¿Tiene entonces la paciencia algo en común con aquella mezquina sensatez que entiende que el placer se termina finalmente y termina en repugnancia, que el infortunio termina finalmente en la desesperación, y que por eso cree que uno puede hacer el suspicaz intento de no ser ni frío ni caliente[28], como si esto no fuese lo más desesperado? ¿O no ve la paciencia el mayor peligro en el hecho de que no sucediera lo que la inteligencia teme en el descubrimiento, puesto que entonces la paciencia ya no podría siquiera consolar? Pero sí que puede, si tan sólo el enfermo lo quiere, pues el peligro está en que a éste se le permita librarse de lo eterno, marchitarse en la sensatez, fenecer en la terquedad, perder la vida en la falta de espíritu. Y contra este peligro hay todavía un consejo. Aquel que, en la fe, continúa esforzándose por alcanzar lo eterno, nunca es saciado, para que de manera beatífica continúe teniendo hambre; aquel que, en la esperanza, ve que el porvenir sale a su encuentro, a ése el pasado no lo petrifica en ningún instante, pues siempre le vuelve la espalda[29]; aquel que ama a Dios y a los hombres, sigue teniendo todavía mucho por hacer, incluso cuando mayor es la

desgracia y más cerca está la desesperación[30]. Antes de disponerse a morir, pregunta una vez más: ¿amo a Dios tan elevadamente como antes, y amo los asuntos que hacen a la comunidad de los hombres? Si puede responder que sí, entonces no muere, o muere beatíficamente;
si no puede, entonces | es que queda mucho por hacer. Entonces debe 201
deliberar, en el amor y por causa de su amor, si no puede ver, divisar, presentir la alegría y el consuelo que debe, sin embargo, esconderse en lo penoso, puesto que ello debe en verdad servir para su bien. E incluso si no encontrara nada, esa deliberación ha de servir para su bien, esa deliberación que el impaciente, que es tan rico en pensamientos y tan ingenioso en sus giros, debería poder emprender de un modo más bello aún si lo quisiera.

¿Deberíamos decir entonces: afortunado el infeliz que yacía en el camino entre Jericó y Jerusalén, pues la paciencia pasó junto a él como el misericordioso samaritano? ¿Deberíamos comenzar de cero? ¡O no deberíamos decir que aquélla pasa junto a cada ser humano, y afortunado aquel que no fue él mismo responsable de que ella pasara junto a él sin ayudarlo! Por eso llamamos a Dios el Dios de la paciencia[31], porque él mismo es la paciencia y en ninguna parte está lejos de nosotros.

Preservar su alma en la paciencia, es decir, mantenerla en el poder de la paciencia para que no se salga de allí cuando el horrible combate es con lo eterno, con Dios y consigo mismo, pues eso es el combate, de manera que aquel que pierde lo eterno, pierde a Dios y se pierde a sí mismo; y aquel que pierde a Dios, pierde lo eterno y se pierde a sí mismo; y aquel que se pierde a sí mismo, pierde lo eterno y pierde a Dios. Así es, pues, como el simple lo comprende fácilmente, y el instruido sólo podría aspirar a que se lo hicieran un poco más difícil para poder comprenderlo mejor.

Ahora bien, por más que un hombre, con ayuda de la paciencia en las penurias de la vida, haya recibido el consuelo de que el peligro era otro que el que él creía, o que un hombre haya descubierto por sí mismo el peligro y el horror, tempranamente desacostrumbrado a temer aquello que corrompe el cuerpo, aun así el combate puede ser terrible. En el mismo instante en que el alma lo vislumbra, requiere de inmediato paciencia para no correr hacia atrás y preferir pelear el inútil combate con el mundo. Si la paciencia le ha ayudado a ello, entonces se trata de servirse nuevamente de su auxilio para comprender con toda calma que lo más decisivo se decide lentamente, poco a poco, no de prisa y de una sola vez; pues, en ese combate, la paciencia es la única que gobierna, sin que se la pueda confundir con otra cosa; ella prescribe leyes, ella otorga la palma.

Pero esto no se aprende enseguida, y el alma debe combatir muchas luchas fatigosas, y muchas veces comenzar de cero. Entonces la impaciencia, que tiene sus informantes por todas partes, se cuela
202 | también allí. Ha tomado una nueva forma, adecuada justamente a la situación del combatiente. No es lisonjera, no es desafiante y obcecada; es angustiosa. Nadie se atreve, por curiosidad, a espiar al alma cuando ésta se debate en su íntima angustia; ése es un peligro que puede acabar en horror. El combate comienza de la manera más terrible cuando la eternidad se transforma en un instante, y este instante, sin embargo, quiere ser decisivo para toda la eternidad. Entonces se escucha el último angustioso suspiro de la impaciencia: es demasiado tarde.

¿No hay, entonces, peligro? La impaciencia misma lo exclama. Pero la paciencia ha descubierto el peligro, que éste no está en que sea demasiado tarde, sino que el peligro es que la impaciencia desperdicie aun el último instante. ¿Habría acaso un hombre que fuese tan vil como la impaciencia? ¿Acaso no es un ejemplo de amistad estar junto al desdichado y apretar las manos y gritar de dolor junto con él — y hacerle olvidar que hay tiempo?

En caso de que la paciencia tenga aquí un consejo, no tiene nada en común con un mezquino acto de sensatez, pues ésta nunca habla de una desgracia como ésa, no sabe que existe. Y aunque la inteligencia tenga una palabra que parezca adecuada, no es sino un engaño. Había un rey conocido popularmente, aún en esta generación sigue rondando en el relato tal como lo hizo en vida; tenía un dicho: mañana será otro día[32]. Esa frase, consoladora en sí misma, él la entendió con ligereza; pero por eso (pues así resulta habérnoslo enseñado la leyenda) tenía también un deseo cuyo cumplimiento había de reemplazar para él la beatitud del cielo[33] — y, si hubiese continuado siendo verdad, también en la eternidad: mañana será otro día.

La paciencia tiene otra palabra, una palabra fuerte, tal como la necesita el angustiado: 'hoy mismo'[34], dice el Señor. No incurramos en la frívola osadía de querer indagar con ingeniosidad lo misterioso, evitemos terminantemente detenernos demasiado en esa frase; pero no olvidemos tampoco que existe. Tomémosla como un ángel de salvación que está allí con su espada ardiente[35], y, cada vez que el alma quiere precipitarse en el límite extremo de la desesperación, debe detenerse junto a él, y él la juzga, pero también la fortalece. Así son esas palabras, un poderoso titán que guarda su puesto en el límite extremo del reino, siempre probado en esos terribles combates de
203 frontera. Pues cuando en el interior del país se presiente el horror | y las mujeres y los niños huyen — allí está él para indicarles con seriedad

el camino de vuelta, y les dice: tened coraje, yo estoy aquí, nunca me quedo dormido; mas retornad ahora a casa, disponed vuestras almas para la paciencia y la vigilancia.

Así, la palabra es dada al hombre para consuelo, y ha de consolarlo, y ha de salir a su encuentro y consolarlo antes de que llegue tan lejos.

También tú, oyente mío, combatiste allí donde uno no combate con el mundo, y no con la ayuda de su astucia o de su poder, porque toda la astucia de uno es puesta al descubierto y todo poder externo es impotente. Cómo fue tu combate, eso no lo sabemos; si combatiste con los entuertos de una vida de perdición; si fueron tus pensamientos los que conspiraron contra ti y se presentaron como fariseos para tentarte con su habla insidiosa, acarreándote en el instante siguiente todos los horrores que te angustiaban, y no pudiste siquiera agradecer que faltara alguno, pues era como si éste aceptara enseguida esa invitación; si fue un escándalo lo que viste, y no pudiste desembarazarte de su visión — no lo sabemos. Pero seguramente combatiste el buen combate y venciste, y el alma se entregó al sosiego y a la paciencia. ¡Ah, pero hubo también instantes en los que no venciste la tentación, sino que la tentación te venció a ti! Entonces, cuando todo estaba perdido, cuando estabas solo con tu derrota, cuando el silencio crecía a tu alrededor y la desesperación te hacía señas desde lejos y su entusiasmo quería ya embriagarte, y es que ¡ay! la desesperación es también un entusiasmo — tal vez acudieron a tu mente estas palabras: Dios se hará cargo de la tentación y de su salida, para que podamos soportarla[36]. No sólo de la tentación: lo sabemos, lo profesamos, afortunado aquel que no necesita otro evangelio; sino también de su salida. Y la salida de la tentación es a menudo la tentación más peligrosa, ya sea que hayamos triunfado, pues si aquélla invita a la altivez, caemos después de haber triunfado; o que hayamos perdido, puesto que nos tienta a perderlo todo. Aquellas palabras acudieron a tu mente y tu alma recobró su sobriedad, y la paciencia volvió a comenzar su buena obra.

No olvidemos, pues, esas palabras, ni las últimas: que existe; ni las primeras: que viene a nuestro encuentro. Loado sea el Dios de la paciencia; éste es el final de este discurso.

* * *

| Hemos hablado del poder de la paciencia para preservar el alma. 204
Hemos hablado como si la paciencia estuviera fuera del hombre; sabemos bien que no es así. Y, sin embargo, te pregunto a ti, a ti que sabes mejor que yo cómo elogiarla, que mejor sabes perfeccionar el

bien, recomendárselo a los hombres, puesto que la conociste mejor, más íntimamente y por más tiempo: ¿no sucedía a veces que, cuando la preocupación y los trabajosos pensamientos acumulaban cavilaciones que no servían para nada más que para engendrar nuevas cavilaciones, que entonces las simples, sencillas pero olvidadas palabras de la paciencia te aguijoneaban desde otra parte, como si la paciencia estuviese fuera? Hemos hecho como si la paciencia estuviese fuera, y es como si le hubiésemos hecho hablar por sí misma. ¿Quién habla rectamente acerca de ella? ¿El anciano que se hizo viejo en años, viejo en experiencia, venerable en paciencia? Sí, es verdaderamente beneficioso escucharlo, él hace su obra de bien al hablar, pues no sólo tiene la recta autorización, en comparación con la cual toda otra educación, toda otra seductora excelencia del espíritu, toda la elocuencia de los ángeles no es más que veleidad y sarcasmo. Pero al anciano no le resulta fácil a veces hablar pura, única y solamente desde la paciencia y dar únicamente testimonio de ella. Vio mucho, vivió mucho, aprendió muchas palabras ocurrentes que no son, empero, las de la paciencia, sino las de la experiencia de vida, con las cuales puede beneficiarse a sí mismo, también a otros, pero no siempre a otro. El joven sabe muy poco, tal vez llegue el momento en el que se muestre que no sirvió de nada que esforzara su pensamiento y su elocuencia, tan pronto como se muestra que su discurso fue un fraude, no, desde luego, para engañar a otros, sino un fraude en el que él mismo era el engañado. Con ello, además, resultó dañado; dañado por la consideración que tal vez no pudo ser ejecutada; dañado al hacer que los hombres insistan en mofarse del médico que no es capaz de curarse a sí mismo, en mofarse de aquel que de lejos era fuerte en la paciencia, y que por ello olvidó atenderse a sí mismo y recapacitar sobre el asunto pendiente que todo ser humano tiene consigo mismo. He ahí por qué elegimos hacer que la paciencia hable por sí misma. Ella no busca confirmación en la experiencia de nadie, sino que, tal como dice, ha de confirmar magníficamente cada experiencia; no busca el adorno de palabras espléndidas, sino que, tal como dice, ha de hacerse cargo de lo que promete. Y esto es algo por lo que todo ser humano puede preocuparse: comprometerse a sí mismo mediante un pacto escrito, para que, si alguna vez la paciencia
205 se le termina y, con ello, el reino de la eternidad se le va de las | manos, pueda, cuanto menos, empeñar por última vez toda su alma en elogiarla, para hacerle justicia al reconocer que fue inocente.

Loado sea el Dios de la paciencia; sea éste el final de este discurso.

| PACIENCIA EN LA EXPECTATIVA 206

Lc 2,33-40 (Domingo después de la Navidad)

Cuando el cumplimiento ha llegado, ¡cómo se ha transformado todo! Cuando el niño ha sido dado a luz y es perfecta la alegría; cuando la noche ha pasado y despuntado el día; cuando la batalla ha sido combatida hasta el final y la victoria es segura; cuando la aflicción ha desaparecido y ha despertado el alborozo; cuando el trabajo está terminado y la recompensa aguarda; cuando la añoranza se ha calmado y la bendición dice «amén», ¡cuán olvidado ha sido el pasado, como el día de ayer, breve como un suspiro, corto como un instante! Incluso aquel que lo ha vivido se maravilla ante ello y no lo entiende; aquel que no lo ha experimentado no entiende de qué trata el discurso ni el discurso que trata sobre ello: sobre los dolores del alumbramiento, sobre la oscuridad de la noche, sobre el horror de la batalla, sobre la angustia de la aflicción, sobre las fatigas del trabajo, sobre la eternidad de la añoranza. Pero si es así, si el individuo, en este sentido, no se comprende a sí mismo y el uno no comprende al otro, entonces todo discurso acerca de la expectativa es un engaño, pues aquel que se regocija en la plenitud del día no vislumbra siquiera las brumas del crepúsculo, y aquel que en la noche mantiene encendida la lámpara de la expectativa no avizora siquiera el crepúsculo, y aquel que apagó la lámpara no se preocupa ni por lo uno ni por lo otro — mas el hablante mismo debe estar en una de esas situaciones. Pero, a su vez, es enormemente provechoso para un hombre comprenderse a sí mismo y poder hablar consigo mismo acerca de la expectativa; pues la expectativa no viene, como el alumbramiento, sólo una vez, o una sola vez como llega la muerte, sino que no cesa, de la misma

207 manera que el día y la noche, | la semilla y la siega, el verano y el invierno, y no cesará mientras el tiempo separe y divida la vida de los mortales. Por eso, si un hombre pensara que ha esperado algo sólo una vez en la vida, ya sea que ahora se alegrara en la torpe certeza del indudable cumplimiento o se consolara en la torpe certeza de la indudable decepción, aun así, sin saber cómo ha sucedido, se sorprendería repentinamente a sí mismo en la expectativa: para que el cumplimiento se mantenga, para que pueda seguir siendo lo que es y no esconda en su interior aquello que nunca había comunicado; o para que el cumplimiento no tenga lugar y no se burle de su obstinada sensatez. Así se ejercita cada ser humano en el servicio de guerra de la expectativa. Entonces viene el cumplimiento y lo libera, pero enseguida está otra vez en busca de la expectativa; entonces vuelve a ser liberado, pero no llega a estar terminado y liquidado en tanto haya para él un porvenir. Y, así, mientras la vida humana continúa con expectativas sumamente variadas, esperando cosas sumamente variadas según la variedad del tiempo y la ocasión, con variada disposición de ánimo, la vida en su conjunto es, a su vez, un guardián nocturno de la expectativa, y nadie puede, perspicaz o torpemente, perderse y liquidarse en la fragmentaria expectativa de olvidar, en su confianza o en su excesiva ocupación, en su alegría o en su desazón, la eternidad que espera a cada instante y al final de los días; pues son una y la misma cosa, sólo que la disposición de ánimo terrenal y temporal duplica para su propio perjuicio aquello que ha de ser comprendido como algo consolador y aliviador en la paciencia, como algo salvador y orientador en la seriedad.

Así, no nos cautivemos y encantemos a nosotros mismos, no nos perturbemos y lastimemos los unos a los otros haciendo que nuestras mezquinas y fugaces expectativas, que nuestras situaciones momentáneas sean la expectativa, que nuestras expresiones y estados de ánimo sean la regla y la explicación; antes bien, aprendamos del pasado, de aquello que de una vez por todas está terminado, aquello frente a lo cual el tiempo de la expectativa no se alarga a causa de nuestra impaciencia, y frente a lo cual el tiempo de la expectativa no se acorta a causa de nuestra impaciente alegría en la espera del cumplimiento. Aunque el discurso y la meditación no fueran, entonces, capaces de sosegar y cubrir el trabajoso pensamiento en el reposo de la deliberación, a un hombre siempre le será de provecho interrumpir las preocupaciones cotidianas y la hechizante repetición de la alegría, superar el equivocado desconsuelo que sólo quiere oír acerca de aquello que se adecua únicamente a su circunstancia particular, para extenderse hacia lo que es más amplio,.para entregarse a lo que

sólo de un modo bello y salvador puede ser objeto de preocupación. Sólo cuando las aguas de la piscina de Betseda se agitan, sólo entonces es curativo meterse en ellas[37]. En sentido espiritual esto es más fácil de entender, pues si el alma de un hombre permanece quieta en la uniformidad de la preocupación por sí misma y de la ocupación consigo misma, entonces está próxima a la descomposición, a menos que la observación la agite y la conmueva. Si fuese conmovido, si aquel que yacía como un paralítico e inválido cobrara en el instante de la meditación el vigor suficiente para reponerse, pero sin el resultado inmediato de una curación completa, aun así el hecho de ser conmovido y agitado será siempre una bendición para un hombre, pues sólo en ello está la salvación, a veces de una sola vez, a veces poco a poco. 208

¡Pero qué ha sido objeto de expectativa como lo fue el alumbramiento del niño que, según el evangelio que leemos, fue entonces llevado al templo a los cuarenta días para ser presentado al Señor[38]! Esa expectativa estuvo en el mundo desde el momento en que el hombre fue capaz de comprenderlo, y se hizo más nítida y precisa mientras pasaba el tiempo, mientras que los escogidos de entre las razas se regocijaban en la visión y desde muy lejos saludaba al futuro, cuya ausencia los hizo peregrinos y huéspedes sobre la tierra[39]. Han transcurrido siglos, pero éstos también han sido contados, y nuestra impaciencia no agrega ni resta nada al largo, largo tiempo de la expectativa. ¡Cuán larga es la vida de un hombre singular, cuántos son los días de su expectativa si los contara todos en conjunto! Entonces vino la plenitud del tiempo[40]. El esperado fue dado a luz, aquel a quien los reyes del Oriente vinieron a adorar; pues por más que fuese dado a luz en un mesón y que fuese puesto en un pesebre, y por más que su madre sólo fuese una virgen desposada, y su padre un hombre humilde del pueblo, aún así la estrella en el cielo fue testigo de su nacimiento, la estrella cuya señal siguieron los reyes hasta encontrar al niño[41]. Ahora tenía cuarenta días y había de ser presentado ante el Señor. Entonces, aquella familia, que a través de todas las generaciones fue llamada santa, se encaminó hacia el templo para llevar al niño y la humilde ofrenda prescrita a los pobres. ¿No debería alguien atestiguar con su presencia ese acto solemne? ¿No debería suceder aquí algo similar a lo que sucedió cuando la estrella brillaba sobre la cuna? El evangelio nos enseña que había dos testigos presentes, un hombre temeroso de Dios y una mujer piadosa, Simeón y Ana[42]. No estaban unidos al niño por lazos familiares ni de amistad, ni | ligados 209
a los padres; una providencia superior hizo que estuvieran presentes

y que representaran algo superior. Ambos eran muy avanzados en días, estaban cansados de la vida, si bien alegres en la esperanza. Es decir que no estaban preocupados por el cumplimiento como quien recibe su llegada con un saludo de bienvenida, sino que eran como aquel que ofrece al cumplimiento un saludo de despedida. ¿Qué representan, pues, estos dos testigos, qué otra cosa que la expectativa? Así como la voz de los profetas resonó una vez más en el estricto discurso de Juan el Bautista[43], así también la creyente expectativa de los patriarcas resurgió en estas dos figuras para estar allí en el instante del cumplimiento. Pero los que estaban asignados por el Señor mismo para representar la expectativa en esa hora, eran también aquellos capaces de pasar la prueba en todo tiempo, toda vez que la meditación busca comprender la expectativa y la figura de la expectativa, que está en la paciencia.

El evangelio que leemos habla de Simeón de modo muy breve, pero se demora cuidadosamente en Ana, como si acaso quisiera hacer de ella el objeto de nuestra atención. Así, pues, no confundiremos esa señal, sino que a propósito de Ana y con ella en el pensamiento hablaremos acerca de:

La paciencia en la expectativa

El evangelio nos enseña que, cuando este acontecimiento tuvo lugar, Ana era de edad muy avanzada, tenía ochenta y cuatro años. Su vida previa había transcurrido tranquilamente, sólo se menciona un único suceso que la transformó en viuda, tras haber vivido siete años con su esposo después de su virginidad. Así, pues, había estado casada sólo siete años, y ahora su edad era siete veces doce. Su vida había sido tempranamente interrumpida, no había conservado nada que pudiera ser objeto de su cuidado, mientras que sus pensamientos estaban con el difunto; nada que para sí misma pudiera cultivar con amor para el consuelo del tiempo, nada que pudiera amar con todo su corazón sin ofender o perturbar al que había muerto, nada que pudiera amar de manera tal que, en virtud de su interioridad, alegrara al padre en su tumba. Era viuda, su vida estaba terminada, su expectativa había sido decepcionada, ella, que había esperado vivir largo tiempo junto a su marido y morir recordada por la descendencia. Pero ahora era libre, pues también según la concepción judía una mujer es libre cuando el varón ha muerto; ella era libre, y en la resurrección
210 | no habrá diferencia entre varón y mujer[44]. No importunemos con nuestros designios a la que es digna de honra, no busquemos consuelo en el suspicaz consejo de los hombres que no saben qué es el desconsuelo.

Dieciocho siglos y más han pasado, ella no necesita nuestra ayuda, como tampoco la necesitaba entonces; no le impediremos seguir el impulso del corazón, no habremos de apresurarnos a revestirla con la victoriosa armadura de la desesperación ni con el manto de luto de la lenta consunción. Ella es, pues, el objeto de nuestra consideración, y en la vida hay cosas en las que no deberíamos inculcar nuestro pensamiento, sino que nosotros mismos deberíamos aprender de ellas; hay cosas en la vida por las que no deberíamos llorar, pero de las cuales deberíamos aprender a llorar por nosotros mismos.

Su elección ha sido hecha. No es que debamos tener preparada nuestra aportación para modificarla, como si hubiera ocurrido ayer o antes de ayer; su elección ha sido hecha y, si se arrepintió, el tiempo del arrepentimiento ha sido largo. Eligió seguir siendo fiel al difunto como él había sido fiel a ella, o, para expresarlo de un modo diferente y más verdadero, aunque tal vez a ella no le parecería tan bello, eligió seguir siendo fiel a sí misma; pues todo lazo exterior estaba cortado, y sólo la ataba el amor, en el cual ella tenía su libertad y fuera del cual no habría podido reconocerse a sí misma. A causa de esa fidelidad su vida fue pobre en variaciones, de esas que uno suele ver realizadas hasta el hartazgo en un ser humano, pero se hizo fructífera para lo eterno. Y sea cual sea tu juicio a este respecto, oyente mío, a cada uno le está dado decidir por su cuenta, de manera que una elección con relación a las circunstancias puede, en la interioridad del amor, ser tan loable como cualquier otra; sí es seguro, sin embargo, que la mujer a la que le cuesta consolarse ante la pérdida de su difunto esposo no llega a ser la escogida de Dios que ha de actuar como testigo de la expectativa a la hora en la que la expectativa de las generaciones alcanza su cumplimiento. Fue fiel al difunto y se consideró bien provista, como de hecho lo estaba, pues no hay nada que forme, ennoblezca y santifique tanto a un hombre como la memoria de un difunto guardada en un corazón sincero; nada, aparte de Dios mismo, que ponga a prueba y escudriñe la interioridad de un hombre como lo hace el recuerdo de un difunto preservado en una memoria siempre presente; nada que conserve el alma de un hombre en duradera y fiel perseverancia como el incansable pensamiento dedicado a un difunto. El viviente
| puede, con todo, ser sorprendido a veces por alguna debilidad, o 211
coger desprevenido a otro, pero el difunto nunca está desprevenido. El viviente puede, con todo, equivocarse, u ocasionar que otro lo haga, pero el difunto no está hecho de carne y sangre, sino de los mejores y más sagrados pensamientos de una memoria agradecida, los cuales nunca fallan, puesto que están purificados en el miedo a

perder al transfigurado. El viviente es rápido al valorar nuestro amor, rápido al pagar el salario más plenamente y más temprano de lo que uno acaso merece; pero cuanto más se aplaza la hora del salario, tanto más bello le resulta a aquel que, de todos modos, procura obtenerlo tarde o temprano. Sólo el jornalero reclama el salario cada día; sólo el amor fiel sirve siete años y otros siete por su salario[45], pero aquel que ama a un difunto sirve toda su vida por su amor.

¿No está Ana entonces expectante? Bien sabemos que hay personas cuya expectativa no fue decepcionada. Aprendieron tempranamente a endurecer su ánimo y acaso elevaron con mucho orgullo su cabeza para mirar por encima de aquellos que se retorcían en la pena. ¿Cómo podría una de esas personas ser engañada? Y, sin embargo, si de súbito le vino a la mente el recuerdo realmente vívido del tiempo en que su corazón, colmado de expectativas, rebosaba de confianza y gallardía, tal vez sintió espanto ante sí mismo y ante la decepcionada expectativa, pues nunca había esperado tener que erguirse un día impropiamente como aquella dorada higuera que no esperaba nada[46]. Si alguien fue decepcionado, fue seguramente él, y de modo más irreparable que todos los demás. Aquel que es engañado por el mundo puede, con todo, tener la esperanza de no ser decepcionado en otro momento y bajo otras circunstancias; pero aquel que se engaña a sí mismo resulta decepcionado de manera constante, por más que huya al límite extremo del mundo, pues de sí mismo no puede huir. — Sabemos muy bien que ha habido personas cuya expectativa no fue decepcionada. No se tomaron descanso alguno en el atareado servicio, fragmentaron su alma en múltiples expectativas, esperaron unas veces esto, otras veces aquello, ganaron y perdieron, se levantaron temprano y anduvieron largos caminos. Sus expectativas no fueron decepcionadas; — pero, ¿y la expectativa? No podría tratarse de ésta, pues, ¿quién tendría la maestría de relatar esa incansable inconsistencia, o cuál la memoria y cuál el pensamiento capaz de resumir semejante confusión, o cuál la eternidad que tuviese el tiempo suficiente para acordarse de esas cosas? ¿Acaso
212 aquellos no fueron decepcionados, decepcionados | en su expectativa de que el tiempo no transcurriera, decepcionados por las expectativas que, en la dispersión, les habían hecho olvidar que la seriedad de lo eterno olvidaría todo su tesón y a ellos mismos junto con aquello que pudieran haber rehuido? Pues a muy pocos hombres les tocó la suerte de no ser olvidados en el tiempo, pero la mayor gloria de no ser olvidado en la eternidad le está dada a cada hombre que así lo quiere. ¿No fueron entonces decepcionados? ¿No se decepciona

espantosamente aquel que ni siguiera barrunta la decepción hasta que ésta se lo traga y lo aniquila?

Pero Ana, en cambio... Oyente mío, deja que tu pensamiento repose en esta venerable mujer cuyo ánimo está entre las tumbas, y que ahora, pese a ser de edad avanzada, está ahí como la joven novia de lo eterno. Ese sosiego en la mirada que es, de todos modos, expectante; esa dulzura reconciliada con la vida y, sin embargo, expectante; esa tranquila incorruptibilidad cuyo femenino quehacer son los recuerdos, pero que es expectante; esa sumisa abnegación que, con todo, es expectante, ese corazón piadoso que ya no apetece nada, pero que es expectante; desflorecida, pero todavía lozana; desvalida, pero no marchita; sin hijos, pero no infructuosa; encorvada por los años, inclinada, pero no aniquilada; viuda y, sin embargo, comprometida, ella «se mantiene en silencio»[47] con su expectativa. Es algo bello, dirás tal vez; quien quisiera describirlo correctamente podría permanecer y envejecer en la consideración de esa imagen, sin fuerza alguna para sustraerse a ella. Pero entonces yo agregaría: así es la expectativa; y continuaría: ¡ah, si siempre fuese así, tal vez habría quien se apartase impacientemente de la misma imagen! «¿Es ésta la expectativa de la vida, cuando lo que yo espero es ganarlo todo y saciar mi indecible ansia, que la vida misma me enseñe que cabe esperar muchas más cosas que las que yo presiento? ¿Es esto lo que le sucede a la expectativa? ¿Sostiene uno en su mano la vara de los deseos hasta que se ha vuelto una rama seca, y sostiene uno ésta en su mano — como el cumplimiento?» Claro que alguien así no tiene por qué temer llegar a parecerse súbitamente y como de golpe a la piadosa Ana, o que el tiempo, sin que él mismo lo sepa, lo transforme sigilosamente según la imagen que es bella de lejos pero angustiante de cerca. Y es que Ana no siempre fue una viuda, sino que conoció también la expectativa de la juventud. El coraje de aquel que no conoce los peligros de la vida, sin embargo, es sólo una temeridad poco loable, y la expectativa de aquel que no conoce los fraudes de la vida | es sólo una embriaguez en el ensueño. Tan cierto como que 213
hay peligro, así hay también decepción, y sólo cuando un hombre se prueba en ella eligiendo la mejor parte, eligiendo la expectativa, sólo entonces puede Ana ser verdaderamente objeto de meditación. Pues hay algo que todo ser humano percibe tempranamente en sí mismo, y que no tendrá que buscar mucho en caso de que no lo perciba; pero si fuese esto lo que debiéramos aprender de Ana, ésta no habría llegado a ser inolvidable para los tiempos, pues la vida pasa, y sus placeres[48], y aquel que no conoce nada mejor que eso, también él pasa como la vida y el placer.

¿No es Ana paciente en la expectativa? Aquel que quiere cosechar antes de sembrar o enseguida después de haber sembrado; aquel que quiere vencer sin combatir; aquel que quiere, pero que no quiere el medio, también ése es necio a los ojos de Dios. El expectante —cualquiera lo sabe— necesita un poco de paciencia, y sólo el que quiere deshacerse de toda paciencia, sólo ése es llamado impaciente e infantil en su impaciencia. ¡Un poco de paciencia! Si un hombre saliera al mundo con esa máxima, no encontraría ni un solo impaciente, a menos que tuviera un poco de paciencia. ¿Hay que entender el evangelio en el sentido de que todas las vírgenes necias se quedaron dormidas enseguida, o todas en el mismo instante? ¿Por qué no habríamos de suponer que ha habido una diferencia? La primera se durmió pronto, incluso antes de que el óleo de la lámpara se hubiese consumido; pero la quinta, ésa no asistió siquiera a la boda; pues también ella aniquiló su expectativa con impaciencia, y cuando el óleo de la lámpara se consumió, le pareció una molestia inútil ir en busca de más óleo para mantener la expectativa. Si el novio hubiera llegado un poco antes, no se habría llegado a saber que ella era impaciente, pues tuvo, sí, un poco de paciencia, así como también la primera tuvo un poco de paciencia[49]. Si el cumplimiento viene enseguida o prontamente, entonces es muy fácil comprender la vida, porque uno no llega a comprenderse a sí mismo; pero si no viene ... Cada hombre tiene, como aquellas vírgenes, una originaria provisión de óleo para mantener la expectativa. Si el cumplimiento llega ahora, antes de que aquélla se haya consumido, entonces todo está bien, y uno va por la vida sin saber con exactitud, o sin poder dar cuenta con exactitud de si uno está entre las vírgenes necias o entre las sensatas. La originaria fuerza natural de la perseverancia puede variar en el individuo, pero tan pronto como el cumplimiento se echa en falta por tanto tiempo
214 que | aquélla queda agotada y extenuada, entonces y sólo entonces ha de mostrarse si un hombre tiene preparado óleo nuevo, pues sólo entonces ha de mostrarse su paciencia en la expectativa. Mientras la expectativa lleva y sostiene al hombre, no es de extrañar que espere, pero cuando comienza el último combate, cuando uno debe esforzarse hasta el límite de su capacidad para mantenerse en la expectativa, entonces hay diferencias entre los hombres. ¿No se dice a menudo que no hay que declarar dichoso a un hombre antes de que muera? ¿Pero cuán a menudo se escucha decir a alguien preocupado que un hombre no debe darse por vencido mientras viva, que hay esperanza mientras haya vida — y que entonces también hay siempre esperanza para el inmortal que espera una eternidad?

Si hubiera, ahora, un hombre que en su indigencia se creyera verdaderamente capaz de decir: a mí no se me dio nada; en el orden

de las cosas grandes que se provee a todos, yo estaba más relegado que un gorrión, que ni siquiera cae a tierra sin que Dios lo quiera[50]; ya no quiero seguir soportándolo más, desde este instante renunciaré a toda expectativa y me dejaré caer en tierra. — Y aunque no se expresara de ese modo, pero en su desesperación se creyera verdaderamente capaz de decir: es cierto que me extravié, pero siempre retorné; y, sin embargo, fue en vano, mi expectativa era demasiado tardía; extendí mi brazo, pero aun así mi pie se deslizó; grité, pero no había oído alguno que percibiera mi grito; ahora, incluso en este instante desistiré de toda expectativa y me dejaré hundir; que Dios en los cielos defienda a aquél cuya ayuda viene un instante después, pues es demasiado tarde. — ¿Tendríamos la suspicacia de pensar que, si estuviéramos en el lugar de un hombre como ése, nuestra astucia encontraría seguramente una salida allí donde él no la encontró? ¿O habremos de causarle nuevos dolores prescribiéndole que mire al mundo en el que hubo, sí, quien esperó la ayuda por más tiempo? Claro que no, sino que le diríamos: vuelve a olvidar el pasado, aniquila la especulación en la que te entrampas a ti mismo, no detengas el estímulo del corazón, no extingas el espíritu en un inútil debate acerca de quién esperó más tiempo y sufrió más, arroja una vez más en Dios toda tu pena y súmete en su amor; de ese mar emerge la expectativa, nuevamente renacida, y he ahí el cielo abierto; renacida, no recién nacida, pues esa expectativa celestial comienza justamente cuando la terrenal se derrumba, impotente y desesperada.

¿No es así? ¿O habrán de seguir teniendo razón uno que duda y un desesperado? ¿O acaso no se equivocaría, en tanto menosprecia el | discurso del juvenil entusiasmo porque éste carece de experiencia, y 215
el discurso de la experiencia porque carece de entusiasmo, y porque, o bien ha experimentado sólo la dicha, lo cual no le sirve, o bien la desdicha, pero no como él? El error del que duda y del que desespera no radica en el conocimiento, pues el conocimiento no puede decidir nada con certeza acerca del instante que sigue, sino que el error está en la voluntad que, de repente, ya no quiere, sino que, por el contrario, quiere hacer de lo indeterminable una decisión apasionada. Aun en el último instante hay una posibilidad, o, mejor dicho, no hay ningún último instante antes de que haya pasado. ¿Acaso ésta es una frase pensada con suspicacia, que «uno siempre puede decir», una frase que cautiva el pensamiento y, con él, durante un rato, el alma, si bien ésta enseguida se retracta y hasta se indigna por haber dejado que esa insidiosa astucia la atrape? En realidad, no, no es un giro ingenioso que evita tratar el asunto, sino una observación, e incluso una observación edificante. ¿Pues qué es lo que acorta la tribulación?

Es el tiempo. ¿Pero qué es lo que hace que la tribulación sea «de corta duración» (2 Cor 4,17)[51] aun cuando dura una vida entera? Es la expectativa de lo eterno, y la paciencia que lo espera. Y el hecho de que uno siempre pueda decirlo, ¿no es ésa la victoria de la expectativa eterna, que es más que victoria sobre lo temporal?

¿Puede Ana llegar a decepcionarse en su expectativa? ¿Puede el cumplimiento llegar demasiado tarde? Es cierto que el cumplimiento puede llegar demasiado tarde para el que está expectante; pues si un hombre esperara lo temporal y lo vano, entonces el cumplimiento puede causar decepción no sólo al no producirse, sino también cuando llega, en caso de que sea demasiado tarde. ¿Pues de qué le serviría, en caso de que se empeñara en conseguir poder y dominio, que éste se le brindara al impotente en el instante en el que la naturaleza le pide desistir de él? ¿De qué serviría, en caso de que fuera el goce y el placer lo que su alma ambicionaba, que la copa de la embriaguez le fuera extendida al debilitado, al que le recuerda a cada instante que la vida pasa y, con ella, sus placeres? ¿De qué serviría que todo el oro del mundo le fuera dado a aquél que ahora sólo podría aferrar con manos temblorosas lo que había apetecido, porque en sus manos habría sido la clave de todo? ¿De qué serviría? ¿O no sería acaso como burlarse de él, y no sería lo más abominable que, no comprendiendo la seriedad judicativa del cumplimiento, no hubiera renunciado todavía al mundo y no hubiera aprendido nada en todos esos años, sino que el cumplimiento lo tentara, que tentara al anciano a convertirse en un despreciable bufón? Pero tú, oyente mío, tú no has
216 puesto tu expectativa en aquello que | es fraudulento incluso cuando llega; tus expectativas no son decepcionadas. Pues tú esperas la resurrección de la carne, tanto la de los justos como la de los injustos; tú esperas el beatificante reencuentro con aquellos de los que la muerte te despojó, y con aquellos que la vida separó de ti; tú esperas que tu vida se te vuelva transparente y clara, propiedad tuya en beatífico entendimiento con tu Dios y contigo mismo, sin ser perturbado por la pasión que busca, preocupada, adivinar los acertijos del azar. Pero esa expectativa no ha sido decepcionada, pues el tiempo de su cumplimiento no ha llegado todavía. Y cuando el cumplimiento llega, nunca se burla, nunca es fraudulento; pues el bien nunca se burla de un hombre. Cuando se lo echa en falta, eso es lo mejor para él, y cuando llega, llega con toda su eterna beatitud. ¡Cómo podría éste llegar demasiado tarde, en cuyo caso sería él mismo algo temporal! Por eso, sólo la impaciencia conoce el temor, pero la paciencia, como el amor, ahuyenta el temor[52]. En relación con lo temporal y lo vano puede la impaciencia, en un sentido imperfecto, ser verdadera y es-

infundada, fundada en la fragilidad de aquello que es objeto de la expectativa; en relación con lo eterno es tan bello como cierto que la impaciencia siempre carece de verdad.

Es mucho lo que en este mundo se ha elucubrado, indagado, investigado, calculado y hablado sobre la expectativa, y sobre la relación del cumplimiento con ella; pues la expectativa es, después de todo, un asunto que de muchas maneras concierne a todo ser humano. Sin embargo, todo ese saber que sólo en sentido terrenal quiere entender la expectativa, por muy minucioso que un tal saber sea a través de las generaciones, puede ser resumido en una sola palabra, una que la eternidad no comprende y no conoce. La palabra resulta diferente tanto como varían los hablantes, pero sigue siendo la misma. En esa palabra, el que desespera renuncia a su alma; el preocupado la repite una y otra vez, encuentra alivio en el hecho de escuchársela a otro que la pronuncia de manera bienintencionada y condolida; el obstinado, el que olvida a Dios, cree que con esa palabra podría burlarse de todo tanto en el cielo como en la tierra, tanto del dichoso como del desdichado; el sabihondo la lanza de manera escueta y cree, sin embargo, decir mucho; el frívolo, por regocijarse en ella, no tiene siquiera tiempo para que el entendimiento la vuelva ambigua — es la palabra «acaso». No sabemos si ha habido alguna vez una época más seria que no conocía esa palabra, sino que reposaba en la eterna seguridad de que *ha de ser el caso*[53]; no sabemos si fue un linaje más impaciente el que, | al 217
repetir con más y más rapidez la expresión de la expectativa eterna, formó el breve, presuroso, apremiante, frívolo, temerario, suspicaz y desconsolado «acaso» de la impaciencia. Feliz aquel que, como Ana, cuando la expectativa terrenal causó decepción, con el ánimo vuelto hacia Dios, de manera solemne, como lo es el lenguaje de la eternidad, lleno de confianza, como lo es la expectativa de la eternidad, dijo: «ha de ser el caso»; feliz aquel que, avanzado en días, dijo, con sus ochenta y cuatro años: «ha de ser el caso».

El evangelio que leemos nos enseña que Ana no se apartó del templo, que sirvió a Dios con ayunos y ruegos noche y día; que se presentó en el mismo momento (cuando el niño fue llevado al templo) y alabó al Señor y habló de él a todos los que en Jerusalén esperaban el alumbramiento. Ella había vivido tal como un esposa justa debe vivir con su esposo, ahora era «una viuda justa que estaba sola y que ha puesto su esperanza en Dios, y que persiste en plegarias e invocaciones noche y Día» (1 Tim 5,5). A aquel que es fiel en lo poco, se le encomienda mucho[54]. Ana no había reclamado el consuelo del mundo por el difunto, puesto que el cielo la consolaba, y el recuerdo del

ausente formó su corazón para entrever la expectativa, no sólo para ella misma sino para todo el pueblo; la humilde Ana era una profetisa, como dice el evangelio. Habiendo renunciado a la expectativa terrenal y aferrado su alma sólo a lo eterno, se formó en ese dolor para esperar el cumplimiento que todas las generaciones habían saludado a lo lejos. Cualquiera sea tu juicio, oyente mío, acerca de aquello que a cada uno le es dado decidir en su corazón, de manera que el que elige lo opuesto no es menos elogiable, lo cierto es que si una mujer supera rápidamente el dolor por la pérdida de su esposo, sus ojos no se abren en modo alguno a la expectativa que no es fruto de la temporalidad, sino que sólo despierta en quien ha renunciado a lo temporal para ganar lo eterno, y que ahora ha hallado la gracia de ver la eternidad como una expectativa en el tiempo. Aunque viuda y desvalida, ella es la favorecida, destacada por su expectativa como aquella a quien se llama una profetisa, denominación que raramente era dada a una mujer entre los judíos, porque la concepción popular la consideraba menos perfecta que el varón.

¿No está Ana entonces expectante? Si no lo está ella, ¿quién lo está?
218 Una profetisa se ocupa justamente del porvenir, como no | lo hace ni un apóstol ni un ángel, y mucho menos el común de los hombres. Pero el porvenir es precisamente el objeto de la expectativa. Claro que no todo el que espera es por eso, en sentido profundo, verdaderamente expectante; pues eso depende de cuál sea el objeto de su expectativa. Si bien es un muy bello elogio para un hombre que se diga que es expectante, pues aquel de quien se dice eso se destaca en virtud de su expectativa como el héroe en virtud de la hazaña que ejecuta, como el poeta en virtud del arte que ejercita, como el estudioso en virtud de la verdad que descubre, como el filántropo en virtud del sacrificio que valerosamente hace, así también puede reprocharse a un hombre el hecho de ser expectante. Si un hombre esperara de la mañana a la noche algo que no le corresponde, sólo por su curiosidad; o si un hombre dejara de lado lo que se le ha asignado, lo que requiere su mejor capacidad y su atención cotidiana, para ensoberbecerse como el instrumento escogido de la expectativa; o si un hombre esperara lo que en verdad le corresponde, pero que su desganada voluntad transformara irreflexivamente en un objeto de la expectativa, ¡quién desearía ser expectante en ese sentido! El que espera de ese modo, no se forma a través de su expectativa sino que, por el contrario, degenera su propia esencia. Consume las fuerzas del alma y el contenido de la vida en cálculos y en el malsano acaloramiento de la probabilidad; su temeraria actividad se disuelve y lo disuelve en un bullicio vacío; su fuerza se debilita en cobarde superstición, que acaba siendo una presa para el astuto, una burla para el razonable, una congoja para el serio; lo espera todo, y

olvida que, sea lo que sea lo que Dios da, «no da espíritu de cobardía, sino espíritu de fortaleza y de templanza» (2 Tim 1,7).

Así como se le exige al expectante, cuando su expectativa es noble y digna de un hombre, esforzarse por obtener ese espíritu de fuerza y de tranquilidad, y que, tanto como su expectativa es loable, debe él mismo ser igualmente un expectante justo, así también el objeto de la expectativa, cuanto más magnífico y valioso es, debe, a su vez, formar al que espera a su semejanza; pues aquello que un hombre ama con toda su alma, se le asemeja también. ¡Quién lograría enumerar las incontables expectativas que, dependiendo del individuo, podrían ser adecuadas y dignas! ¡Pero quién negaría que, en sentido eminente, sólo hay una expectativa en este mundo, la expectativa de la plenitud de los tiempos, y ésta era precisamente el objeto de la expectativa de Ana! Así, pues, si hay alguien que está expectante, | es Ana, y por 219
más que esa expectativa, después que el cumplimiento ha llegado, no puede repetirse nunca, aún así será de provecho no sólo que un hombre se vigile a sí mismo para no perderse en el impaciente favor de la expectativa, sino también que tome en consideración su expectativa, que sea capaz de reconocerla como suya, incluso cuando su pensamiento se demora junto a la única expectativa de la expectante Ana; única, pues por esto la elogiamos, porque no tenía más que una sola, y por esto volvemos a elogiarla, porque su expectativa era en verdad la única. Allí está, dignamente, junto a Simeón, que no apetece otra cosa que ver lo que ve y, a continuación, irse andando a su casa y en paz. Bienaventurados los ojos que vieron lo que él vio, y que lo vieron como él lo vio[55]; ya sea que alguien eche canas, como Simeón, o que llegue a ser de edad avanzada, como Ana, ¡aun así es bienaventurado ser el expectante que espera y que ve lo esperado, en cuyo puesto no ha de haber ningún otro!

¿No es Ana paciente en su expectativa? Aun cuando se escucha a menudo en el mundo que un hombre no espera nada en absoluto, aun cuando se dice a menudo que ése alcanzó la verdadera seguridad, porque con su insidia hizo que la pérdida no pudiera resultarle comprensible, así también se admite que esa sabiduría surge tardíamente, y que ningún ser humano en su primera juventud la posee de manera inmediata. Originariamente, él era, como cualquier ser humano, expectante. Se admite, con una sonrisa o con una lágrima, que la expectativa es algo originario en el alma. Mientras lo es, mientras es un entusiasmo altisonante, una seguridad inexplicable, un flujo interior, se la elogia como a la belleza o la pueril ventaja de la juventud, como una primogenitura que uno, en la indigencia de la vida, cede a cambio de un plato de lentejas[56]. Mientras el alegre ánimo

de la juventud se regocija en la dicha y en la satisfacción, uno admite que es correcto querer estar contento y feliz; pero cuando el momento propicio de la alegría tiene que comprarse, y comprarse a un alto precio, entonces viene una sabiduría posterior, y el hombre no quiere siquiera estar contento, quiere estar dolido, quiere ser infeliz. ¿Cuándo sucede esto? Sucede en la indigencia, o tal vez podríamos expresarlo también de otro modo, sucede cuando se descubre que la paciencia y la expectativa se corresponden la una a la otra. ¿Por qué, entonces, no abreviar la dificultad deshaciéndose de la expectativa? Y, sin embargo, es así como la paciencia y la expectativa se corresponden la una a la otra, y sólo cuando se han encontrado, sólo cuando se encuentran y se comprenden la una a la otra en un hombre, sólo entonces hay reciprocidad en la amistad que ha de mantenerse[57];
220 pues la expectativa en la paciencia es | como una buena palabra en el momento justo, como manzanas de oro en bandeja de plata[58], y no meramente a la manera de una magnificencia muerta, sino como un tesoro que ha de ofrecer intereses.

¿Pero quién es el que juzga si un hombre es paciente? ¿Es el tiempo? De ningún modo, o sólo en cierto sentido, pues también puede ser paciente y haberlo sido aquel que no vio cumplida su expectativa. En un sentido más profundo, es la expectativa misma, su esencia, la que decide si un hombre es paciente o no; pues aquel cuya expectativa es en verdad expectativa, es paciente en virtud de ella, de tal manera que un hombre, cuando se hace consciente de su impaciencia, no sólo debe juzgarse a sí mismo sino también poner a prueba su expectativa, para ver si no es ésta la que explica su impaciencia, y en ese caso habría sido un error ser paciente si hubiese sido posible, pues debería renunciar a la expectativa. Sólo la verdadera expectativa, así como exige paciencia, educa también la paciencia. Pero la expectativa verdadera es de tal índole, que concierne a un hombre de manera esencial y no recurre a sus propias fuerzas para provocar el cumplimento. Por eso todo aquel que de verdad está expectante está en relación con Dios.

Quien está expectante de esa manera no puede dejar que su expectativa caiga en el olvido y luego, cuando llega el cumplimiento, pensar que durante todo ese largo tiempo ha sido paciente en la expectativa. Ese engaño sólo es posible en lo que respecta a lo exterior que, engañoso en cuanto tal, enseña al hombre a engañarse a sí mismo. Con relación a aquello que en verdad concierne a un hombre y, por tanto, con relación a la verdadera expectativa, es imposible; pues entonces el cumplimiento nunca llega, porque su posibilidad se extingue en la misma medida en que se extingue la realidad de la expectativa. — Quien

está expectante de esa manera no puede saciar y nutrir su expectativa con probabilidades y cálculos, pues sólo en la paciencia traba relación con la expectativa, y ésta comienza precisamente cuando la probabilidad se esfuma. La probabilidad es, sin embargo, sólo una ilusoria ventaja con respecto a la expectativa, que no tiene ninguna. A veces a uno le parece acercarse al cumplimiento, acercársele mucho; de repente, se aleja. La paciencia, en cambio, encomienda su expectativa a Dios, y por eso el cumplimiento está siempre igual de cerca, por más necio que esto parezca al entendimiento terrenal. — El que está expectante de esa manera no puede decepcionarse a sí mismo en un indolente letargo; como si fuese paciencia el hecho de que hiciera
todo por hábito, ahora | se habría habituado también a ocuparse de 221
su expectativa sin que su preocupación despertara su alma. No, el que espera aquello que en verdad le concierne no puede permanecer indiferente frente a ello, pues entonces ya no entiende que le concierne a él, y entonces tampoco espera aquello que en verdad le concierne; no puede demorarse en el hábito, puesto que está siempre igualmente cerca del cumplimiento. — El que de verdad está expectante trata a diario con su expectativa. Ésta se levanta a la mañana más temprano que él mismo, se pone en acción más tempranamente, se duerme en la noche más tarde que él mismo, pues el hombre interior, al que pertenece la expectativa, no necesita tanto sueño como el exterior. Su preocupación es cada día la misma, porque su vida íntima le resulta a cada instante igualmente importante. Pero no agota su alma en impaciencia, sino que en paciencia lleva adelante su expectativa, en paciencia la consagra al encomendarla a Dios.

Si este discurso acerca de la paciencia y la expectativa es acaso oscuro, habremos de elogiar a Ana y atenernos a ella, ella no ofrece ninguna dificultad al entendimiento. Ella era una viuda de ochenta y cuatro años que no se apartaba del templo, que servía a Dios con ayunos y ruegos, noche y día, ella conservó su expectativa «en toda paciencia y magnanimidad, con alegría» (Col 1,11). *No se apartaba del templo.* Y sin embargo no estaba en el templo por el cumplimiento, sino sólo por su expectativa. Ésta lleva consigo al expectante, y entonces éste sale a andar por caminos y senderos a la hora cuarta, y a la oncena, y a la hora del gallo[59]; o permanece quieto, pero deja que el pensamiento salga a andar, abriendo los oídos al callado paso del cumplimiento, atento a la lejana nube en el desierto, a la niebla en la llanura, que cambia de figura con cada viento y transforma al que espera. Ana, en cambio, no se apartaba del templo, no sólo porque esperaba ver la llegada del cumplimiento en un lugar santo, pues entonces habría escalado hasta la cúspide del templo o buscado el consejo de los sabios, de los astrólogos

y de los eruditos de la escritura; sino porque su expectativa era para con Dios, y ella estaba siempre igualmente cerca del cumplimiento, sin que ninguna probabilidad viniera o dejara de venir, visitándola para consuelo o para traer consigo la desazón. *Sirviendo al Señor*; pues he aquí que ella era la sierva del Señor, pero también servía a su expectativa, y este servicio era el mismo. El expectante no está dispuesto a servir a otro, y
222 los hombres lo perdonan si | se pone súbitamente de pie, si no participa de su alegría o es servicial en la desgracia, pues a lo que sirve es a su expectativa. Mediante ese servicio obtiene el cumplimiento; pero Ana servía a otro, a Aquel en cuya mano yacía el cumplimiento, tanto como el cumplimiento de toda expectativa yace en su mano, pero ella no recibió ninguna aclaración; y mientras los días pasaban y sumaban años a su edad, hasta que llegó a ser muy avanzada en días, ella estaba siempre igualmente cerca del cumplimiento. — *Con plegarias y ayunos*; pero el que ruega y ayuna, es cierto, no lleva nada a cabo; pues la plegaria es un discurso ocioso en la tierra por más que «trabaje en los cielos»[60], y el ayuno consume la fuerza terrenal y no fortalece con el fin de soportar la expectativa. Pero la impaciencia es un espíritu malo «que sólo se ahuyenta con plegarias y mucho ayuno»[61]. — *Noche y día.* Así que el que está expectante, lo está noche y día, ¿pero siempre con plegarias y ayunos? El hambre de la impaciencia no es fácil de saciar, ¿cómo podría serlo con ayunos? La solicitud de la impaciencia produce muchas palabras y largos discursos, pero en la plegaria es muy escueta. La paciencia temporal lleva alimentos consigo para un tiempo largo, soporta sin fatigarse, raramente descansa, siempre ruega, pero Ana persistía noche y día. Por más que la impaciencia diga que rogar no es ningún arte, ¡ah! el hecho mismo de que uno tenga que concentrar su ánimo en la plegaria en un determinado tiempo, aunque sólo sea por un instante, y rogar de manera íntima, es más difícil que conquistar una ciudad[62]; tanto más lo es el hecho de persistir noche y día, y preservar la interioridad en el corazón, y la presencia del ánimo y la quietud del pensamiento y el consentimiento de toda el alma en la plegaria, sin distraerse, sin perturbarse, sin retractar su devoción, sin temer que se trate de una maquillada ilusión, sin volverse odioso con tanto ruego; pero Ana no se apartó del templo, sirvió al Señor con ruegos y ayunos noche y día.

¿Se decepcionó Ana en su expectativa? ¿Llegó el cumplimiento demasiado tarde? Su expectativa se refería a algo que podía suceder en el tiempo; de esta manera, el desenlace debe decidir si el cumplimiento llegó o si no fue más que decepción. ¿Acaso Ana ha de seguir estando tan desconsolada como todos esos discursos que se escuchan acerca del desenlace y que, como el desenlace, siempre llegan tarde?

El desenlace mostró que su expectativa se cumplió; por tanto, no resultó decepcionada. ¿Pero en qué sentido no resultó decepcionada? ¿Acaso consiguió algo en virtud de su expectativa, como aquel que se había empobrecido y que volvió a ser rico, como aquel que había caído y que volvió a ser puesto en alto, y que en cierto sentido también lo fue en virtud de su expectativa, puesto que | él mismo no había 223
dejado de ser su colaborador — acaso la viuda volvió a casarse? ¿Por qué, oyente mío, casi te avergüenza que yo mencione esta palabra? La expectativa no apareció en su alma cuando ella cumplió sus ochenta y tres años, se remonta mucho más atrás en el tiempo, hasta los días en que hizo la elección que reconoció como suya en su última hora. ¿Soy yo el que atrevidamente se burla de la honorable mujer? O, si esa había sido su expectativa, ¿no le habría sobrevenido entonces el cumplimiento como la burla más terrible? Por eso, loada sea Ana, llena de honra y sublimemente elevada; pues mientras que el discurso humano común enmudece al verla, la más profunda expresión del lenguaje debe llamarla en el sentido más estricto y más noble: expectante. ¿Y no muestra esto, además, que el desenlace no pudo decepcionarla al llegar demasiado tarde?

Y aunque no hubiera llegado, aun así ella no se habría decepcionado. El cumplimiento llegó; en el mismo instante ella sólo desea, tanto como Simeón, irse de allí, es decir, no permanecer junto al cumplimiento, y sin embargo, en otro sentido, entrar en el cumplimiento. Si el instante del cumplimiento no hubiese llegado a tiempo, ¿negarías, oyente mío, que de todos modos ella entró en la eternidad con su expectativa y salió al encuentro del cumplimiento?

El desenlace no podría, en realidad, desilusionarla al no producirse, ni decepcionarla al llegar demasiado tarde. ¿No crees que ésa fue también la opinión de Ana cuando llegó el cumplimiento, que, de hecho, podría haber llegado mucho antes de sus ochenta y cuatro años, y aun así haber llegado como cumplimiento de su expectativa? ¿Crees que se lamentó por todos esos años? ¿Crees que la alegría relegó tal vez la lamentación al olvido? ¿O no crees que su alegría duró precisamente los muchos años en los cuales fue noche y día fiel a su expectativa? ¿Y no fue la recompensa capaz de premiar en abundancia y por encima de toda medida, aunque ella hubiera llegado a los noventa o a los cien años de edad? Ella no llegó a nada con su expectativa, de esta manera el cumplimiento no le concernía de modo temporal, como tampoco lo había hecho la expectativa. ¡Pero mientras que la expectativa de la época, mientras que la del pueblo, la de las generaciones, la del género humano, la de Adán y la de millones se cumplió, la piadosa Ana estaba allí junto a Simeón como testigo de la expectativa, y así son inolvidables

en todas las épocas! Si Ana hubiese sido madre, si el difunto hubiese
224 permanecido junto a ella; si por segunda | vez hubiera experimentado en un sentido aún más bello el hecho de ser llamada madre — más no requiere un ser humano para ser considerado dichoso; y si Ana deseara más, si siendo ella misma de edad avanzada junto a su esposo de edad avanzada hubiese Ana visto crecer la tercera generación, si el niño que ahora se presentaba hubiese estado ligado a ella como un tercer eslabón, si su esposo hubiese estado a su lado en lugar de Simeón, si ella misma hubiese tan sólo esperado ese cumplimiento, para entonces entrar en reposo; si tres generaciones la hubiesen llamado madre y este bello nombre hubiera resonado una y otra vez de todas las maneras posibles, si tres generaciones no la hubiesen olvidado nunca. — ¿Entonces, qué? Ana había probado el dolor de la vida y sembrado con lágrimas, había perdido tempranamente a su esposo, desde entonces había estado sola y sin hijos, y entonces entró en el templo cuando tenía ochenta y cuatro años, ocultó la expectativa de todos los tiempos en su piadosa figura, y así es siempre recordada como testigo de la expectativa. — Bienaventurado aquel que se empobreció y fue abandonado, bienaventurado el estéril, bienaventurado aquel que perdió el mundo, de manera que nunca despertó en su alma el apetito de la expectativa por el mundo; bienaventurado aquel cuya expectativa pasó a través de las puertas de la muerte y entró en la eternidad para recoger su expectativa, hasta que la vio con ojos terrenales, y ya no apeteció verla más en el tiempo.

* * *

Los hombres se quejan a menudo de que la vida es muy mezquina, de que la existencia es muy impotente en toda su magnificencia, que es vano que quiera sorprender al alma o cautivarla en la admiración; pues la suma sabiduría es que no hay nada que admirar[63], y la suma verdad es que no hay nada que esperar. Al niño lo asombra lo insignificante, el mayor se ha despojado de las niñerías[64], ha visto lo maravilloso, pero ya no lo maravilla, pues no hay nada nuevo bajo el sol[65], y ningún portento en la vida. Si un hombre, sin embargo, comprendiera en verdad cómo hacer de él mismo lo que en verdad es: nada; si supiera poner el sello de la paciencia en lo que comprendió, ¡ah!, entonces su vida, aunque él fuera el más grande o el más humilde, seguiría siendo hoy una regocijante sorpresa y una beatificante admiración, y lo sería en todas las épocas; pues hay una sola cosa que en verdad es el objeto eterno de la admiración: es Dios; y una sola cosa que logra impedir la admiración: es el hombre cuando quiere él mismo ser algo. —

NOTAS

1. Alusión al hecho de que el autor no había sido ordenado como pastor. La indicación se repite en los prefacios a las restantes colecciones de *Discursos edificantes* y a los *Tres discursos para ocasiones supuestas*. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos discursos edificantes* de 1843, nota 2.
2. Cf. Prov 7,2.
3. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos discursos edificantes* de 1843, nota 3.
4. Cf. 1 Tes 5,3.
5. Cf. el comienzo del salmo de H. A. Brorson, «*Jeg garre i Fare, hvor jeg gaaer*» [«Voy en peligro dondequiera que vaya»]; *Troens Rare Klenodie* [La preciada reliquia de la fe], ed. L. C. Hagen, Copenhague, 1834, ctl. 199, p. 279.
6. Flp 2,12.
7. Cf. 1 Tes 5,2.
8. Cf. Lc 1,25.
9. Cf. Nm 12, 8 (*GT 1740*). Véase, en este mismo volumen, nota 27 a los *Dos discursos edificantes* de 1843.
10. Evitamos la traducción del término *lidende* por «paciente», a fin de no sugerir una asociación morfológica con el término «paciencia» (*Taalmodighed*).
11. Cf. 1 Cor 9,26.
12. Cf. Mt 6,22.
13. Jn 3,27.
14. Cf. Heb 5,12-14.
15. Cf. Sant 4,13-15.
16. Heb 6,13-14.
17. Cf. Sant 1,23-24.
18. Cf. Mt 20,1-16.
19. Cf. la metáfora paulina de la «carrera» asociada a la del combate; 2 Tim 4,7; Gal 5,7; Flp 3,14.
20. Cf. Jn 3,20.
21. Cf. Heb 6,4-6.
22. Cf. Lc 14,7-11.
23. Cf. Lc 16,3.
24. Alusión al refrán popular: «Donde nada hay, el emperador ya no tiene razón»; cf. N. F. S. Grundtvig, *Danske Ordsprog og Mundheld* [Proverbios y refranes daneses], Copenhague, 1845, ctl. 1549, p. 52.

25. Probable alusión a un relato de L. C. A. de Chamisso, *Peter Schlemihl's wundersame Geschichte* [La maravillosa historia de Peter Schlemihl], Nürnberg, 1835 [1814], ctl. 1630, en la que este personaje vende su sombra a cambio de un monedero mágico.
26. Cf. Mt 23,4.
27. Cf. Lc 10,30-35.
28. Cf. Ap 3,15-16.
29. Cf. el relato acerca de la mujer de Lot, Gn 19,26.
30. Variación del refrán popular: «Cuando mayor es la desgracia, más cerca está la ayuda»; cf. N. F. S. Grundtvig, *Danske Ordsprog og Mundheld* [Proverbios y refranes daneses], cit., p. 76.
31. Cf. Rom 15,5 (*NT 1819*: «Dios de la paciencia y del consuelo»; *NC*: «Dios paciente y consolador»).
32. *Atter en Dag*, literalmente: «un nuevo día». La tradición atribuye esta frase al rey Valdemar IV (1320-1375), apodado por ello Valdemar Nuevodía.
33. A saber, el inamovible deseo de conquistar el castillo de Gurre y permanecer en él. Cf. el parlamento de Valdemar Nuevodía en la comedia de J. L. Heiberg, *Syvsoverdag* [El día de los Siete Durmientes], acto III, escena V: «Por mí, puede Dios conservar el Paraíso / Siempre que me permita conservar Gurre»; en *J. L. Heibergs Samlede Skrifter. Skuespil* [Escritos completos de J. L. Heiberg. Obras de teatro], vols. 1-7, Copenhague, 1833-1841, ctl. 1553-1559, vol. 7, p. 268.
34. Probable referencia a Heb 4,7 (*NT 1819*; cf. *NC*: «hoy»). Cf. Lc 23,43.
35. Cf. Gn 3,24.
36. Cf. 1 Cor 10,13 (*NT 1819*: «salida»; *NC*: «éxito»).
37. Cf. Jn 5,2-9.
38. Cf. Lc 2,22.
39. Cf. Heb 11,13; Jn 5,56.
40. Cf. Gal 4,4 (*NT 1819*; cf. *NC*: «plenitud de los tiempos»). Nótese la relación entre los términos daneses «plenitud» (*Fylde*) y «cumplimiento» (*Opfyldelse*).
41. Cf. Mt 2,1-12; Lc 2,1-14.
42. Lc 2,25.
43. Cf. Lc 3,3-9; Is 40,4-5; 52,10.
44. Cf. la respuesta de Jesús a la pregunta de los saduceos acerca de cuál de los difuntos esposos de una mujer sería el compañero de ésta en la resurrección (Mt 22,30).
45. Cf. Gn 29,15-30.
46. Probable referencia a la parábola de la higuera infructífera (Lc 13,6-9) o a la higuera que sólo da hojas (Mt 21,18-20).
47. Cf. 1 Tim 2,11-12, donde esta frase se aplica a la mujer en general.
48. Cf. 1 Jn 2,17.
49. Cf. Mt 25,1-13.
50. Mt 10,29.
51. Según *NT 1819*; cf. *NC*: «momentánea».
52. Cf. 1 Jn 4,18.
53. El autor compara aquí las expresiones danesas *maaske* y *det maa ske*. La primera tiene el sentido corriente de «tal vez», «acaso», «posiblemente». La segunda alude a la etimología de la primera a partir de la combinación de los verbos *maatte* (deber, haber de, tener que; poder, estar permitido) y *ske* (suceder, acaecer, ocurrir). Si bien cabe la comparación con las expresiones castellanas «puede ser que» o «puede ocurrir que», el contexto permite comprender que el autor acentúa la primera vertiente del verbo modal: deber, haber de.
54. Cf. Mt 25,14-30.
55. Cf. Lc 10,23.
56. Cf. Gn 25,29-34.

57. Referencia al refrán popular: «Que haya reciprocidad, si la amistad ha de mantenerse»; cf. E. Mau, *Dansk Ordsporgs-Skat* [Tesauro de proverbios daneses], vols. 1-2, Copenhague, 1879, vol. 1, p. 619.
58. Cf. Prov 25,11.
59. Cf. Mt 20,1-16.
60. Cf. *Pap.* IV A 171; *SKS*, 18, 197 (JJ 174): «... pues la plegaria, cuando se la escucha aquí en la tierra y se mezcla con la trabajosa palabra del hombre, es un discurso ocioso; pero trabaja en el cielo; y la plegaria siembra a menudo en lo corruptible, pero cosecha en lo incorruptible».
61. Cf. Mt 17,14-21.
62. Cf. Prov 16,32.
63. Cita de las *Epístolas* de Horacio, I, 6, 1; cf. *Q. Horatii Facci opera*, Leipzig, 1828, ctl. 1248, p. 232.
64. Cf. 1 Cor 13,11.
65. Cf. Ecl 1,9.

| TRES DISCURSOS EDIFICANTES

1844

| MDCCCXLIV 227

TRES DISCURSOS EDIFICANTES

por

S. KIERKEGAARD

Copenhague
Librería de P. G. Philipsen
Imprenta de Bianco Luno

| Al difunto 229

Michael Pedersen Kierkegaard,

que fuera calcetero en esta ciudad

mi padre

se dedican estos discursos

Pese a que este pequeño libro (que por algo lleva el título de «discursos» y no el de sermones, porque su autor no tiene autoridad para *predicar*[1]; «discursos edificantes» y no discursos de edificación, porque el que habla no aspira en modo alguno a ser *maestro*) se dirige a un lector, a ese individuo que yo, con alegría y gratitud, llamo *mi* lector[2], el orador no olvida que el hecho de poder hablar es un arte ambiguo, y el hecho mismo de poder decir la verdad es una dudosísima perfección. Consciente de ello sale el libro al mundo; recluido en sí mismo, no presta atención al clima, no pregunta de dónde viene el viento, no mira hacia las nubes, su mirada no se pierde, sino que sólo busca y sólo tiene ojos para ese hombre de buena voluntad que acoge al que busca, que propicia lo dicho, que hace que los fríos pensamientos vuelvan a arder, que transforma el discurso en un diálogo, cuya sincera confidencialidad no es perturbada por ningún recuerdo de aquel que sólo desea seguir siendo olvidado, y que lo es más y mejor en la medida en que el destinatario lleva a cabo lo grandioso: hacer que lo corruptible del discurso resucite para lo incorruptible.

233 # | ACUÉRDATE DE TU CREADOR EN TU JUVENTUD

Eclesiastés 12,1[3]

Hay una verdad cuya grandeza, cuya sublimidad suele ser elogiada diciendo de ella con admiración que es *indiferente*, indistintamente válida[4], sin importar que alguien la asuma o no; indiferente a la situación particular del individuo, al hecho de que sea joven o viejo, que esté alegre o consternado; indiferente a su relación con él, al hecho de que le sea provechosa o dañina, que lo exima de alguna otra cosa o lo ayude a obtenerla; indistintamente válida, ya sea que la apruebe con toda su alma o la enuncie de manera fría e insensible, que deje su vida por ella o que la utilice de modo pernicioso, indiferente a que la haya descubierto o a que repita meramente lo aprendido[5]. Y la única verdadera comprensión, la única admiración justificada sería la de aquel que entendiera que esa indistinción es lo importante, y se dejara formar en consonancia con ella, de manera indistinta con relación a lo que le concierne a él mismo o a algún ser humano como ser humano o particularmente como ser humano. Hay otra clase de verdad o, dicho con más modestia, otra clase de verdades que cabría calificar de *preocupadas*. Su vida no está en lo sublime, y ello cuanto menos porque, por así decirlo, les avergüenza saber que no se adecuan totalmente y en general a todas las circunstancias, sino sólo a algunas y de manera particular. No son indiferentes a la situación particular del individuo, al hecho de que sea joven o viejo, que esté alegre o consternado; pues para ellas es eso lo que decide si han de
234 ser verdades para él. No abandonan de improviso al | individuo ni renuncian a él, sino que siguen preocupándose por él hasta que él mismo se libera totalmente, y tampoco esto les es indiferente, pese a que él no consigue hacerlas dudar de sí mismas. Una verdad tal no es

indiferente al modo como un individuo la acoge, si éste se la apropia de todo corazón o si ella le resulta una declaración vacía, pues esa diferencia muestra precisamente que es celosa de sí misma; no es indiferente con respecto a si la verdad redunda para él en bendición o en perdición, pues la decisión de estos opuestos da justamente un testimonio contrario a la validez indistinta; respecto de si él se reconforta sinceramente en ella o si quiere engañar a otros, engañado él mismo, pues esa vengativa cólera muestra ya que no es indiferente. Esa verdad preocupada no es indiferente con respecto a quién la ha planteado; por el contrario, él sigue estando siempre presente en ella para que vuelva a preocuparse por el individuo.

Una preocupada verdad de esa índole es aquella frase probada y repetida por siglos que hemos leído. Y si pudieras oír la voz de aquel que la dijo, comprobarías cuán conmovido estaba; y si pudieras ver su efigie, y tú fueras un hombre joven, te sobrecogería la compasión con la que él se preocupaba por ti, cuando lo que quería era más bien sólo despertar en ti la preocupación acerca de ti mismo. ¿Quién es el hombre que la dijo? No lo sabemos[6]; pero si eres joven, y por más que estés muy próximo al trono y tus pensamientos sean los que inspira la expectativa de dominio, de él se cuenta también que vestía la púrpura de los reyes, y que, pese a todo ello, el pensamiento que se refiere al Creador es el mejor pensamiento de la juventud. Y si eres joven, por más que tu vida transcurra en la indigencia y que ninguna perspectiva brillante te tiente, cuentas con su palabra de rey, que, pese a ello, el pensamiento que se refiere al Creador es la más bella grandeza de la juventud. He aquí por qué el relato según el cual un rey habría dicho esa frase es como un piadoso deseo de conciliar lo más distinto en la simple comprensión de lo mismo, haciendo que la frase misma, de modos diferentes, se preocupe por lo diferente. Pues cuando aquel que es de sangre real, y que un día ha de gobernar reinos y comarcas, ve en la pared de la cabaña de un pobre una imagen, tal como ésta puede llegar a darse en condiciones humildes, una imagen cuya imprecisión casi le provoca risa, y se acerca a ella y lee aquella
frase como | inscripción en la imagen[7], entonces es el Predicador[8] el 235
que habla; pero el Predicador era también un rey. Y cuando el hijo de la pobreza se presenta en el palacio, maravillado, cuando incomprensibles pensamientos despiertan en su alma, cuando mira con asombro la regia majestad, entonces es el Predicador el que le habla, y el Predicador era también un rey; entonces retorna, reconciliado, a su humilde vivienda y a su pobre imagen sobre la pared.

¿No se ha producido la reconciliación? ¿O acaso, en busca de una querella intempestiva, te cubres de aparente modestia diciendo

que no codicias la pompa de la realeza — pero tampoco puedes conformarte con pensar en tu Creador? ¡Como si esa modestia ficticia no fuera un mérito arbitrario del que uno no debería jactarse, y, peor aún, un signo de tu miseria que sólo da testimonio contra ti! En efecto, nada en el ancho mundo, como tampoco el mundo en su totalidad, logra resarcir a un hombre por el daño que infligió a su alma[9] en caso de haber renunciado al pensamiento referido a Dios; pero aquel que, en su confusión, exigió lo supremo, dio a entender que, en un sentido ciertamente imperfecto, comprendió el significado de aquello a lo que renunció. — O acaso sucedió de otro modo contigo; tal vez no quisiste consentir la conciliación, precisamente porque era un rey el que había pronunciado la frase, y «un rey obtiene todo cuanto señala; después de haber seguido el guiño de los placeres hasta el límite extremo del goce, no sorprende que su concepción de la vida se haya transformado repentinamente». Es cierto que la frase era muy importante, pero la exhortación no era aceptable; pues es cierto que era una frase preocupada, pero no preocupada por algo en particular; es cierto que era una frase de la preocupación, es cierto que estaba reconciliada con la vida, pues su pena era moderada, pero era sólo un suspiro procedente del encierro de la tristeza, un suspiro del alma fatigada a la hora en que se despide del mundo, y, sin embargo, sólo una burbuja que estalla, cualquiera sea la profundidad desde la que brota. Pues hay también una sabiduría que casi elige la pusilanimidad como escondite y que, con su extraña movilidad, lo llena todo; pero el suspiro mismo y el rapto y la conmoción no importan a nadie, a nadie en el mundo entero, más que a aquel de cuyo corazón surge el suspiro. Esa breve palabra en la que el corazón prorrumpe, ese lenguaje del corazón, que no es conciso como el lenguaje del pensamiento, sino que vibra en el afecto, se oye raramente en este mundo. No quiere ser luz en el sendero de nadie[10], pues el sol iluminará el camino del hombre durante el día, y la luna brillará para él en la noche, pero el farolero en la nocturna niebla[11]
236 no quiere brillar, ni siquiera para sí | mismo. Cuando la vida de un hombre se acerca al crepúsculo; cuando, fatigado y pensativo, el hombre trata con la muerte como con su único confidente; cuando el espíritu ha perdido la fuerza suficiente para poder rendir cuentas con seriedad y la muerte se ha vuelto un consuelo; cuando la voluntad y el propósito ya no apetecen nada, sino que el pensamiento inciertamente se mueve a tientas en lo vivido, mientras que el olvido, como un atareado ayudante, trabaja mañana y tarde al servicio de aquella que consuela — y ahora la juventud pasa junto al alma como un sueño; entonces ese hombre, dejando que su ánimo se demore junto

al más bello sentido de la vida como si éste le importara, se dice a sí mismo: ¡Dichoso aquel que lo hizo! Pero si hubiera junto a él un hombre joven en quien la vida ejerciera todavía toda su exigencia, entonces no hablaría de ese modo. No lo dice sino cuando está solo, desolado como una ruina, abandonado a la tristeza, y no se lo dice a ningún ser humano, ni a su propia alma, sino que lo dice ante sí mismo: Dichoso aquel que lo hizo. Y así como el médico sabe que hay en el rostro un gesto que es el de la muerte, así sabe también el conocedor de las almas que ese rapto significa que el espíritu está por apagarse. El rapto puede tener su importancia, pero en vano se buscará en él la fuerza de la amonestación, porque en él no está la fe, la fe respecto de haber llevado a cabo el bien, o la fe en que otro lo logrará. Y aquel que escucha con complacencia esa frase suele estar él mismo en una situación semejante, o tiene al menos el penoso presentimiento de que algo semejante le sucederá a él, y por eso ambos encuentran alivio y contención al desmayar en esa impotencia, allí donde la amonestación no los perturba, pero donde tampoco los alcanza la bendición de la amonestación. — «Todo es vanidad y dolorosa fatiga»[12], dice el Predicador, y esa frase es un juguete ingenioso para la frivolidad, un desistido enigma para la irreflexión, una bebida narcótica para la pesadumbre, que hace que el final sea peor que el comienzo. Así, pues, el Predicador ha dicho muchas cosas, y que las haya dicho puede siempre ser provechoso en caso de que puedan ayudar a alguien a ahorrarse la misma experiencia, o al menos ayudarlo a renunciar a la vana aspiración de volverse cada vez más ingenioso; pero, la frase que leímos, ¿es una de ellas? Y todo lo que el Predicador ha dicho antes, ¿fue con motivo de esta única frase y de otra parecida? ¿Y no habría preferido omitir todo lo demás si acaso alguien hubiese asumido esa frase? Es cierto que el Predicador dice
que «también la niñez y la juventud son vanidad» (11,10), y que, | en 237
tal sentido, haber hecho aquello a lo que él exhorta, «haber dejado que su corazón se reconforte en los días de la juventud, haber andado por los caminos del corazón y según lo que ven los ojos» (11,9) es vanidad; pero, ¿ha dicho alguna vez el Predicador que pensar en su Creador durante la juventud es dolorosa fatiga, o que haber pensado en él durante la juventud también habría de mostrarse un día como vanidad? ¿Ha mezclado el discurso acerca de ello con el resto, o no es el modo en que dice esto diametralmente distinto del modo como dice todo lo demás? ¿Acaso no ha disuelto todo en vanidad[13] para que el eterno y beatífico significado de ese pensamiento pueda verdaderamente mostrarse, para que pueda asir el alma extraviada en obediencia bajo la exhortación? No dice, como en otra parte: *así*,

alégrate en tu juventud, *así*, aleja la pena[14], donde la expresión misma, al dejar caer lo dicho de manera indiferente, sugiere que está hablando de algo indiferente. Ha prescindido de esa pequeña palabra accesoria, y mientras el discurso acerca de lo vano sigue adelante y busca, de alguna manera, arrebatarlo todo en la vanidad, el Predicador se alza para sobreponerse a la vanidad, para que no vaya más allá de su límite, para detener la vanidad con la expresión determinada de la exhortación: Piensa *por eso* en tu Creador. No habla como si este pensamiento fuese sólo un pensamiento de la juventud que un día ha de llegar a ser un pensamiento pasado, no habla de él como del pasado que una vez tuvo sentido, ni como algo pasado respecto de lo cual sería deseable que alguna vez hubiese tenido sentido; no, el sentido de la juventud es precisamente el sentido de ese pensamiento, y es precisamente mediante ese pensamiento como la juventud se asegura de no ser vanidad, e incluso de que no parezca vanidad. No habla como el que desea, no como el que añora, no como el que languidece, sino que habla al joven con el poder del convencimiento, con la autoridad de la experiencia, con la confiabilidad del sabio discernimiento, con la alegre seguridad de la franqueza, con el énfasis de la seriedad, con la preocupación de la exhortación. No habla de manera indeterminada acerca de la juventud en general; antes bien, así como el individuo no comprende que es joven en general, puesto que esa comprensión corresponde precisamente a una edad posterior, sino que lo comprende como lo que le concierne, así también éste es el modo como el Predicador quiere que se comprenda la exhortación. Pues el preocupado carácter de la exhortación consiste en que ésta, si bien puede repetirse una y otra vez y referirse a innumerables casos,
238 cada vez que | habla al individuo, es como si le hablara a él solo, como si hubiera surgido sólo por su causa, como si no se preocupara por todo el resto del mundo, sino que, preocupándose tanto más por él, se preocupa de tal manera como si él hiciera una buena obra en caso de recibirla. Así resuenan esas palabras, y por más que, de manera frívola o apesadumbrada, intentaras encantar al Predicador, despojarlo de la exhortación, que por cierto sería lamentable, no lo conseguirías, el Predicador no incurre en ninguna ambigüedad.

Así, pues, el Predicador habla de manera exhortativa, y si eres joven, aunque tempranamente iniciado en muchas ciencias, te habla a ti; y si eres joven, aunque de carácter más simple, no necesitas estar mendigando junto a la puerta de esa ciencia, pues la preocupación del Predicador es también por ti, y él no dice solamente que puedes pensar en tu Creador, sino que te exhorta a ello; y si eres joven, así estés contento o consternado, despreocupado o desanimado, seas

quien seas, es a ti a quien habla, precisamente a ti, a ti se adecua la exhortación, como así también el motivo de la exhortación: «antes de que lleguen los día malos; y se acerquen los años en los que habrás de decir: no me agradan»[15]. Por eso él ha intentado en lo precedente hacer salir al alma de su seguridad para que vea la vanidad de la vida, impedirle «creer de modo frívolo» (1 Cor 15,2)[16], pues de otro modo su exhortación, por bienintencionada que fuera, siempre resultaría ser una vanidad, o, mejor dicho, una cosa seria que siempre sería tomada en vano. La juventud, en efecto, no piensa en los días malos, y no comprende lo que significa que «la voz del molino se vuelve débil y todas las hijas de la canción se fatigan» (12,4)[17], y se priva a sí misma de hacer aquello que comprende mejor que cualquier otra edad; y cuando llegan los días malos, y la voz del molino se debilita y todas las hijas de la canción se fatigan, entonces uno no ha pensado en el Creador durante su juventud, y no sólo ha perdido la juventud, sino el entendimiento respecto del pensamiento de la juventud referido al Creador.

Así, pues, el Predicador se dirige al joven de manera exhortativa; pero aquel que quiere hablar acerca de la frase que leímos no sólo se esfuerza por hacer que el pensamiento contenido en la frase resulte claro en el discurso, sino también que el discurso mismo resulte claro; pues «si la corneta diera un toque indefinido, ¿quién se prepararía para la lucha?» (1 Cor 14,8). Pero que el discurso sea claro, ¿qué significa
sino que le concierne a alguien, que le habla a un | ser humano para 239
edificación? Es cierto que la preocupada verdad de la exhortación se dirige precisamente al individuo en una circunstancia de vida particular; pero el discurso debe cuidarse de no condicionar la edificación a lo accidental, no sea que por envidia hacia lo accidental entre en conflicto y contradicción con aquello que sí es edificante, pues en ese caso la edificación no es verdadera y es sólo una malsana diversión causada por una ventaja o por un deseo equívoco que neciamente la reclama. Si uno quisiera ser edificado por el pensamiento referido a la vejez, pero con tal particularidad que ese mismo pensamiento no fuera edificante para la juventud, entonces la edificación misma no sería verdadera. Si alguien hablara al anciano de manera edificante diciéndole que todo pasará pronto, es cierto que con ese discurso inquietaría al joven, pues ¿cómo no habría de desanimarse y lamentarse muy prematuramente de la vida, si al final de ésta se dijera que lo mejor sería que todo pase pronto? Pero una edificación como ésa es un engaño, un acuerdo fraudulento, pues el hecho de ser anciano no es ninguna ventaja, como tampoco lo es el hecho de ser joven. Si uno piensa que la juventud es una ventaja, entonces menosprecia la edificación y sólo quiere oír el discurso mundano de sus iguales y de

sus cómplices acerca de cuán placentero es ser joven. Si se piensa que la juventud cuenta con una ocasión decididamente propicia en lo que concierne al pensamiento referido al Creador, una que nunca después se podrá recuperar, ¡quién se atrevería a hablar de ese asunto consigo mismo, quién se atrevería a hablarle de ello a otro temiendo que fuera demasiado tarde, temiendo que el pensamiento de la edificación pudiera transformarse en el de la perdición! Pero no es así. Por eso, cuando la Santa Escritura pone como condición para entrar en el reino de los cielos que el hombre vuelva a ser niño[18], ese pensamiento es edificante precisamente porque se dirige a todo ser humano, mientras que, comprendido de otra manera, sería de seguro el discurso más necio y desconsolado que se hubiera oído en este mundo; pues el niño mismo no sabe qué es ser niño. Lo que vale para la niñez, vale también para la juventud, con la sola diferencia de que, cuando la juventud ha pasado, también puede haberse perdido mucho y faltado a mucho. Así, el pensamiento referido a la juventud puede acarrearle preocupación al individuo, pero si el discurso le quita la posibilidad de que esa misma preocupación le resulte provechosa y tranquilizadora, que le provoque una pena por lo pasado que redunda en beneficio, entonces el discurso no es edificante sino mundano, discordante y
240 confuso. Por otra | parte, el discurso debe mover también a un joven en particular a prevenir las dolorosas secuelas de la negligencia, debe hacerle captar la importancia de la juventud, por más que la autoridad del discurso sólo sea prestada.

Acuérdate de tu Creador en tu juventud

Piensa en tu Creador en tu juventud, pues en la juventud se hace mejor y con más naturalidad, y si alguien conservó el pensamiento de la juventud durante el resto de su vida, entonces llevó a cabo la buena obra. Sea éste nuestro elogio de la juventud, si bien se lo escucha raramente pese a la tan frecuente celebración de la juventud. Así como sería dañino para el niño de pecho que todos lo tuvieran en brazos, así también ese excesivo elogio parece haber sido perjudicial para la salud de la juventud. Pues cuando la falsa e insensata amistad del desconsuelo toma la palabra, ¿no contamina con su colérica insalubridad, y no introduce una urgente inquietud y ansiedad en la jovial seguridad de la juventud? Porque el desconsuelo envidia a la juventud, ¿debe por eso hacer también que ésta se envidie a sí misma y se extravíe respecto de sí misma? A la juventud, tanto como al niño de pecho, no ha de tenérsela demasiado en brazos; pero no se haga tampoco lo contrario, no se la haga envejecer antes de tiempo, para

que no tenga que vaciar el amargo cáliz de no poder ser joven cuando lo es, y para que, por segunda vez, no tenga que vaciar el amargo cáliz de no haber podido ser joven cuando lo fue. El Predicador no habla de esa manera. Cuando el joven se presta al alborozo y a la alegría en los festines, el Predicador no es una figura desesperada que quiera arrastrarla en pasiones salvajes y en el goce del instante; no es un espectro angustiante que quiera olvidarse de sí mismo en el trato con la juventud; ni un necio que imagina ser joven pese a su edad avanzada; pero no es tampoco un hombre malhumorado y enfadado que no es capaz de alegrarse con los alegres[19]. Se pliega a la alegría, y cuando la juventud ha disfrutado verdaderamente desde el fondo de su corazón, cuando ha danzado hasta rendirse, no de por vida, pues eso no debería hacerlo la juventud, sino por esa noche, ahí está el Predicador en un cuarto de la sala de baile, y habla con más seriedad. Pero ejecuta la transición de manera tan natural como el joven, pues éste, todavía con una sonrisa en los labios y con júbilo en toda su imagen, consigue | escuchar dignamente el discurso 241
acerca de lo elevado y lo santo. Dejemos, pues, «que la juventud se corone de capullos de rosas antes de que se marchiten» (Sab 2,8); pero que nadie se lo enseñe, que nadie le enseñe a hacerlo «como en la juventud» (Sab 2,6) y al hacerlo ocasione, u ocasione de alguna otra manera, que «discurra de manera no recta» (Sab 2,1), como si eso fuera lo único que debiera hacer; pues el pensamiento referido al Creador es, con todo, la más bella grandeza de la juventud, y es también un capullo de rosa, pero no se marchita.

Y en la juventud se lo hace *con la mayor naturalidad*, pues el que piensa con la mayor naturalidad es el que puede introducir ese pensamiento en cualquier otra cosa que piense, y el que piensa con la mayor naturalidad es el que no necesita transformarse él mismo para pensarlo, y el que no necesita que el pensamiento se transforme para poder pensarlo, porque encuentra en el pensamiento esa igualdad de la infancia que hace que el juego sea mejor[20]. Así, la frase del Predicador es ya una prueba de que este pensamiento ha de ser lo más natural para la juventud. Si no le hablara a la juventud, debería tal vez haber hecho una larga preparación. Tal vez debería haber demostrado que existe un Dios y, manteniendo al discípulo más ocupado de lo que estuvieron los judíos en Goshen[21], para que bajo su vigilancia se someta al yugo de esa verdad, tal vez le habría dado a entender que podría llevar el asunto hasta el punto de hacer de Dios un Creador. Sí, así son las cosas. Cuando uno envejece, todo es muy lastimoso. Dios en los cielos debe quedarse esperando que se decida su creación, o su existencia, y finalmente llega a existir con la

ayuda de unas demostraciones; los hombres deben conformarse con esperar hasta que el asunto se decida. ¡Supón que uno se muere antes; supón que, cuando el asunto finalmente se decidiera, uno hubiera perdido la costumbre de pensar en Dios como en su Creador, y que la alegría que hay en ello hubiera pasado! No es así como habla el Predicador, sino que así como un hombre amigable deposita el venturoso futuro del niño en la cuna[22], así da él la palabra, y el joven la comprende enseguida. Comprende enseguida que hay un Dios, pues, para el joven, la casa de Dios está al lado del patio de su padre, y le resulta del todo natural estar allí. Pero, cuando uno se vuelve mayor, el camino a la iglesia suele ser muy largo; cuando el clima es riguroso en el invierno, hace mucho frío en la iglesia; cuando el canto de los pájaros atraviesa el bosque en tiempo de verano, la iglesia no queda tampoco en el camino. Para el joven, Dios habita muy cerca; en medio de la alegría y de la pena, escucha la voz de Dios que llama;
242 si no la escucha, enseguida la echa de menos, no conoce | excusas, no sabe esconderse — hasta que vuelve a escucharla. Cuando uno se vuelve mayor, el cielo está lejos, y el ruido en la tierra hace difícil escuchar la voz, y, si no se la escucha, el ruido en la tierra facilita que no se la eche de menos. — El joven comprende enseguida, ¿no es esto maravilloso? Pero el hecho de que sea maravilloso, ¿no es a su vez la explicación? Hubo un pensador de una memoria prodigiosa, que opinaba que el milagro era una peculiaridad del pueblo judío, que éste, de un modo peculiar, saltaba por encima de las causas intermediarias para acceder a Dios[23]. Pero si quisiéramos señalar una juventud que no hubiese sido criada dentro de ese pueblo, ¿no volvería a mostrarse allí la maravilla del milagro? Y acaso aquello que pertenece esencialmente a la juventud, aquello que no pertenece, como lo accidental, a una nación particular, ¿podría la edad madura acaso olvidarlo completamente? Pero cuando uno se vuelve mayor, entonces vienen las causas intermediarias, y si alguien llega a Dios por el largo camino de las causas intermediarias, bien puede decir que viene de lejos, y eso si llega a Dios, pues muchos perecen en el intento. ¿Es por culpa de las causas intermediarias, o del peregrino? — El joven comprende enseguida que Dios es Creador, que ha creado «el cielo y la tierra y todo lo que se encuentra en ellos»[24]. «Y todo lo que se encuentra en ellos»: ¿no es ésta una frase grandiosa que queda fijada en la juventud? ¿Qué ha visto ella, que apenas ha dirigido su mirada hacia el mundo? ¿Qué entiende ella del mundo en comparación con aquél que ha circunnavegado la tierra? Pero ella entiende acerca de Dios, y puesto que Dios no puede estar muy lejos, encontrarlo supone que no se lo busque muy lejos. Hubo un pensador que llegó a ser héroe

al morir, y que había dicho que podría demostrar la existencia de Dios a partir de una simple brizna de paja[25]. Deja que el pensador se quede con su demostración, da al joven esa brizna de paja, y éste podrá — no demostrarlo. ¡Pero por qué habría de ser necesario, después de todo, cuando se tiene la brizna de paja — y se tiene a Dios! Cuando uno se vuelve mayor, entonces viene la demostración, y la demostración es un distinguido viajero al que todos miran con asombro. — El joven comprende que Dios ha creado el mundo, y sin embargo eso fue hace seis mil años. Pero lo comprende enseguida — ¿y qué tiene esto de sorprendente? Pues, ¿qué son seis mil años para la juventud, sino el día de ayer[26]? Cuando uno se vuelve mayor, seis mil años son muchos años, y uno percibe que hace seis mil años que el mundo fue creado, y, por tanto, que hace seis mil años desde que todo fue muy bueno[27].

| Pero así como la juventud piensa con toda naturalidad que 243
Dios es Creador, piensa con la misma naturalidad lo que ese hecho implica; y puesto que no necesita desperdiciar su tiempo indagando el principio, puede comenzar sin más por el final. ¿Pero qué implica ese hecho? Cuando uno se vuelve mayor y muy razonable, aquello implica cosas extremadamente extrañas; entonces va uno más allá de un pensador anterior, adopta el nombre de uno posterior, o le pone nombre a otros, y hace otras cosas por el estilo, que no conciernen a Dios ni a uno mismo, sino sólo al juicio del mundo. La juventud, en cambio, desde el principio ha comenzado con el final, pues ¿qué implica aquél, sino lo que está tan cerca que ni siquiera parece ser su consecuencia, y que mucho menos parece llevar más allá de ello? ¡Y qué es eso otro, sino el hecho de que la gratitud es silenciosa en la humildad, que la seguridad reposa en una infantil confidencialidad, que el dolor del acuerdo interrumpido es tan profundo, que la tranquilidad ya no puede hacerse esperar; que la preocupación es tan infantil, que la juventud no necesita irse lejos para volver a vivir, para conmoverse y para ser en Dios![28].

Y es en la juventud cuando se lo hace *mejor*; pues el que mejor piensa un pensamiento es aquel que siempre lo tiene a mano y, sin embargo, lo oculta en lo más profundo; aquel que no ha de buscar entre muchas cosas para encontrarlo, que no busca en lugares apartados con el fin de encontrarlo.

La juventud no tiene muchos pensamientos, pero ello implica solamente que puede guardar mejor el pensamiento único, pese a que lo utiliza siempre. Cuando uno se vuelve mayor, llega a tener otros pensamientos, y, cuando uno de ellos falta, uno hace como aquella

mujer que enciende la lámpara y va en su busca, y sin embargo deja descuidados otros noventa y nueve[29]. O puede que alguien crea que un pensamiento se ha ausentado, y uno desperdicia su tiempo buscándolo, pues no era sino una ilusión. Ese tipo de cosas no pueden sucederle al joven, pues, cuando uno tiene un solo pensamiento, ¿cómo podría éste estar ausente? Cuando uno tiene muchos pensamientos, uno es como aquel que tiene muchos trajes que ponerse. A veces se pone un vestido, a veces, otro. Pero la juventud tiene un pensamiento que siempre le queda bien, y no pierde tiempo eligiendo. Por otra parte, el lugar en el que el mayor oculta sus pensamientos, ese mismo lugar lo tiene también la juventud, y el espacio no es menor; pero cuando uno tiene un solo pensamiento, éste puede hallar un lugar verdade-
244 ramente bueno y abundante espacio. — | La juventud no ve muchos hombres, pero ello no implica que no pueda aferrarse de todo corazón al hombre y a lo humano. Hubo un sabio pagano que, burlado por la muchedumbre, creía burlarse de los otros; andaba con una linterna a la luz del día, en busca de *el hombre*[30]. No hay que burlarse de él, pues aquel que no halló *al hombre* en su juventud, ciertamente puede necesitar de una linterna. Cuando uno se vuelve mayor, ve muchos hombres, se los cruza aquí y allá; pero si uno no tiene *el hombre* desde la juventud, ¿qué encuentra entonces? Y aquel que lo encuentra, ¿qué encuentra, sino al cura y al maestro de escuela, a la persona común y a todos los demás que conoce desde su casa? ¿Y qué encuentra para poder reemplazar a lo que es mejor y que él pierde poco a poco? Así también sucede con el pensamiento acerca de Dios. Cuando el mayor vuelve a dar con este pensamiento, ¿qué encuentra, sino lo que encontró en su juventud? Lo pensó en la juventud, y ya la primera vez fue como si lo hubiera pensado por una eternidad. Con los años, eso que es inolvidable se piensa con mayor dificultad. Cuando uno es mayor, ese pensamiento suele tener solamente su tiempo, y así debe ser. Otros pensamientos tienen también su tiempo, todo se parcela; y aunque uno viva tal vez en la abundancia, con relación a ese pensamiento suele uno vivir con lo justo. Pero la juventud es el tiempo de la abundancia. Cuando uno se vuelve mayor, ya no crece; pero la juventud es el tiempo del crecimiento, y ella crece junto a su único pensamiento, como enamorados que crecieran el uno a la par del otro. Cuando uno se vuelve mayor, revisa muy a menudo sus pensamientos y se retrasa. Pues se crece mejor en lo encubierto, y un hombre, en sentido corporal, nunca crece tanto como durante los nueve meses en que está en el vientre materno y, en sentido espiritual, nunca tanto como en la vida oculta de la juventud, cuando crece por crecimiento divino[31]. Cuanto mayor se vuelve uno, tanto

más minuciosas resultan las cuentas; y, sin embargo, ese pensamiento acerca del Creador es aquello de lo que tanto hablaba el maestro de la infancia, es la cantidad que uno se lleva, y, si uno olvida lo que se llevaba, toda la cuenta sale mal.

Así, pues, deja que la infancia se quede con sus ángeles, que siempre ven el semblante de Dios[32]. ¡Pero a la juventud, oh Dios, bríndale un amable cuidado que le impida perder lo que es mejor! ¡Ay de aquel que estafa a viudas y a huérfanos! Pero también, ¡ay de aquel que estafa a la juventud en relación con ese pensamiento, | por 245 más que le dé todo lo demás! ¡Ay de aquel que mueva las vallas del pobre; ay de aquel que mueva las de la juventud![33]

Piensa en tu Creador en tu juventud; pues este pensamiento retorna siempre, y alguna vez te ayudará a pensar con la mayor naturalidad y mejor acerca del Creador, sin importar de qué manera precisa deba determinarse la ayuda con relación al individuo.

Es difícil, dicen los hombres, separar a aquellos que están unidos íntimamente; ¡pero cuánto más difícil es cuando el pensamiento de la juventud acerca del Creador se separa del Creador! El lenguaje de los hombres no habla mucho de esa preocupación, pues no sólo es egoísta su discurso, sino que de alguna manera lo es el lenguaje que sólo habla acerca de sus asuntos y poco acerca de Dios, cuya preocupación es la separación.

¿Pero qué es, entonces, lo que los separa? Oyente mío, ¿no habrías sabido tú qué te separaba, y no habría sabido acaso el individuo qué lo separaba de Dios, por más que aquello que los separaba fuera sumamente diferente en los diferentes casos? Tal vez era la edad lo que los separaba, que había envejecido mientras que Dios seguía siendo el mismo. El hecho de que hubiera envejecido no sería reprochable sino que, por el contrario, es digno de elogio que un hombre conozca de esa manera el tiempo y la hora; y nada es más abominable que ver a ese desdichado mendigo que con sus ojos y sus gestos ruega a todos la aduladora impostura de que sigue pareciendo joven; o al miserable que, con los años encima, se fortalece todavía con la mentira de que tiene la juventud por delante; o al desamparado cuya única manera de guarecerse contra el paso de los años es el impotente deseo de seguir siendo joven. Para aquel que conoce el tiempo y la hora y la ocasión propicia, en cambio, la separación es menos notable, y de ninguna manera ha olvidado su juventud, cosa que ha hecho aquel otro que día y noche desea recuperarla. Si un hombre puede lograr volverse mayor sin notar en ningún instante esa separación que prepara otro tipo de comprensión, eso no lo sabemos; pero a la

mayoría les sucede que, así como se separan de aquello que pertenecía a la juventud, dejan la casa del padre, los cuidados de la madre y se separan tanto más de ellos, así también se separan de Dios.

Tal vez se hizo mayor, y con los años vino el raciocinio, y con el raciocinio, la ciencia, y con la ciencia, la tristeza, y con el acrecentamiento de la ciencia, el acrecentamiento de la tristeza[34]. Pero a
246 medida | que se desarrollaba y educaba, lo más simple le resultaba más difícil, y puesto que temía extraviarse sin esa guía, todo resultaba más y más confuso. — Tal vez escogió la guía del pensamiento y, para no deberle nada a nadie, hizo que aquel sembrara su propia semilla y que un pensamiento se prolongara en otro, hasta que finalmente el infinito se le presentó, dándole vértigo. Cuanto más lo miraba, tanto más perdían los ojos el poder de la visión necesario para retornar a la finitud. — Tal vez el placer lo cegó, tal vez la vida le pareció una broma, y dejó que Dios se encargara de los cielos mientras él mismo escogía la alegría, e hizo que el entusiasmo hablara vanamente de luchas y de combates, de coraje en los peligros, de paciencia en las tribulaciones, del amor en la vida, de la victoria en la muerte, de la recompensa en los cielos, mientras él buscaba el placer de cada día. — Tal vez la preocupación mundana por el sustento y la vestimenta dividió su ánimo, de manera tal que no hacía ni lo uno ni lo otro. — Tal vez se impuso él mismo la carga de una apenada seriedad que hizo de la vida aquí abajo una esclavitud, que hizo de Dios en los cielos un amo riguroso y de su voluntad una terrible ley, y así vagaba en el desierto sin hallar confortación. — Tal vez fueron el pecado y la perdición los que se interpusieron como separación entre él y el pensamiento de la juventud referido a Dios, y fue como si la ira de la separación hiciese imposible un entendimiento. Podríamos llevar esto más lejos, pero, ¿para qué? Cuando hay separación, no es tan importante dirigir la mirada hacia el fondo como lamentar la separación, la cual puede mostrarse de muchas maneras diferentes, pues han llegado los días malos de los que habla el Predicador[35], aquellos en los que debe iniciarse *el regreso*. Pues así como el primer libro del Antiguo Testamento fue llamado el Nacimiento, y la Partida el segundo[36], así podría decirse también que hay un tercer libro en la vida humana llamado el Regreso. Allí se ve la necesidad de volver a aquello que una vez fue muy bello, pero que después fue despreciado, olvidado, pasado por alto, denigrado, y en lo que ahora todos con cierta vergüenza buscan su refugio. Y la vergüenza se comprende, puesto que, cualquiera fuera el camino de su extravío, lo intentó todo antes de decidirse a volver; ¿pero no fue una bendición que tuviera algo a lo cual volver? ¿No fue una suerte que el hombre ciego tuviera un

niño que pudiera guiarlo? Y así anda uno durante un rato, como un hombre ciego guiado por un niño.

No se nos escapa que el regreso de uno puede ser sumamente
diferente del | de otro, que el de uno puede ser un apacible retorno, 247
y el del otro una huida perseguida por el horror; pero es el Predicador el que dice: por eso, piensa en tu Creador en tu juventud, piénsalo por mor del regreso. Aunque el instante en que éste debe comenzar sea muy terrible, por más que un hombre, enemistado consigo mismo, haya destruido mucho de lo que quedaba atrás: el mero recuerdo de ese pensamiento siempre le será de alguna ayuda. Tal vez se tratara de aquel que, llevado al extremo, sólo buscaba concentrar su amargura y su ira en un único rapto de pasión, y lo buscaba vanamente en la suspicacia que, por lo demás, se entiende bien con la vacuidad y la nulidad de la vida, hasta que prorrumpió: ¡ay, el mundo pasa, y con él los placeres![37]. Pero he aquí que esta frase despertó como un recuerdo en su alma, y con ella despertó un recuerdo salvador que seguía llamándolo con la infalibilidad de la juventud: pero la palabra de Dios permanece por siempre[38]. Así vino en auxilio el recuerdo de la juventud, cuando ninguna otra cosa habría servido, así viene en auxilio; rompe el denso sortilegio de la seriedad para que vuelva a haber alegría en el cielo y sobre la tierra; disipa las brumas de la trabajosa preocupación en una jovialidad que se confía a lo divino; disuelve la molesta fatiga en el asombro tranquilo ante el oscuro discurso: esperar contra toda esperanza[39]; redime al desesperado de tener que ver la desesperación, mediante la desenvoltura de quien nada comprende, no la cautivante aseveración de la autoacusación, sino que sólo comprende la misericordia de Dios. Tal vez se tratara de aquel que caviló profundamente y que caviló por mucho tiempo acerca de lo divino, aunque pocas veces comprendía lo que le parecía mucho más simple que lo que indagaba, hasta que, al final, mientras pensaba y elucubraba, se rió de sus muchas cavilaciones y prestó atención a ese recuerdo de juventud que le susurraba lo simple, y que así, con su intervención, transformaba esa bella seriedad suya en una broma tanto más bella. Tal vez se tratara de aquel cuyos planes siempre le proporcionaban la victoria y la admiración de los hombres, aunque él mismo, comparando el resultado y cómputo, siempre descubría una pequeña irregularidad, hasta que, al final, en su severidad y su señorío, se enterneció al prestar oídos a ese recuerdo de juventud que canturreaba para él lo simple, y que, deslizándose en ella, transfiguraba su bella seriedad en una broma tanto más bella.

No alabamos el regreso como si éste fuese el único sentido de la vida, como si el recuerdo fuera todo en la vida. No menospreciamos

248 insolentemente la | verdad que la madura sabiduría humana indaga, ni la belleza que el arte humano produce, ni mucho menos desdeñamos la honesta obra de la madurez; sólo hablamos del bello sentido del regreso para la vida del hombre, y de cómo el hecho de haber pensado en el Creador en la juventud es el ángel salvador del regreso.

Así, pues, que la obra de un hombre tome de él lo que es suyo, su tiempo, su diligencia; pero a través de los años que pasan, oh Dios, resérvale un recuerdo de juventud que preserve para él el pensamiento de la juventud referido al Creador. ¡Ay de aquel que separa lo que Dios ha unido[40]! ¡Ay de aquel que separa la madurez de su juventud!

Si hubiera alguien a quien estas consideraciones sólo trajeran el doloroso recuerdo de su pérdida, eso sería seguramente inadecuado e indigno de un discurso edificante, y lo peor sería que se mantuviera impasible; pues entonces no sería edificante, no habría encontrado lo general sino que habría sido cautivado por lo accidental. De seguro, es poco frecuente que un hombre pueda sentir verdaderamente esa pérdida, y acaso a veces se defrauda a sí mismo, se desentiende de la culpa, retiene su alma en la cobardía, la engaña con sus buenos propósitos, elige el dolor de la pérdida en lugar de la consternación del arrepentimiento. Si es así, el discurso puede quedarse tranquilo. Aunque aquél no quiera comprenderse a sí mismo, el discurso sí lo ha comprendido. Si hubiera, en cambio, un hombre a quien su juventud no le hubiera reservado ningún cuidado amoroso, si hubiese salido a la vida de manera más menesterosa que el hijo de la pobreza al que los padres legaron la pobreza, más menesteroso que aquel a quien el padre legó una bendición y la madre una admonición, desamparado, abandonado, abandonado por sí mismo, porque no había tenido juventud alguna: y, sin embargo, no hay juventud abandonada de Dios hasta el punto en que las migajas, cuidadosamente recogidas de manera que nada se pierda[41], no lleguen a ser, con la bendición de Dios, una abundante compensación; y no ha habido juventud alguna, cualquiera fuera su brevedad, que fuera olvidada de Dios hasta el punto en que el recuerdo o el profundo e íntimo duelo en relación con él no consiguiera rejuvenecer a aquel que nunca fue joven. Pues, espiritualmente hablando, el cumplimiento está siempre en el deseo, el alivio de la preocupación está en la preocupación, así como Dios está ya en la pena que lo busca. Y aquél comprendió espiritualmente su pérdida, y, espiritualmente hablando, añoraba la juventud. En otro
249 sentido, | la juventud es sólo vanidad, y añorarla es más vano aún;

«pues la belleza es engañosa, y el deleite es vano» (Prov 31,30), y el ánimo fugaz se desvanece junto con su pasajera esperanza, y la danza acaba, y la broma se olvida, y la fuerza se extingue, y la juventud ha pasado, de manera que ya no conoce su lugar[42]; pero el pensamiento de la juventud referido al Creador es un capullo de rosa que no se marchita, porque no conoce el tiempo del año y de los años, y es el adorno más bello del niño, y la joya más preciosa de la novia, y el mejor ornato del moribundo.

250 | LA EXPECTATIVA DE UNA BEATITUD ETERNA

2 Cor 4,17-18

Dile a un hombre quiénes son tus amigos, y te conocerá; confíale tus deseos, y te comprenderá; pues no es sólo que tu alma se hace manifiesta en el deseo, sino que aquél ha de penetrarte también de otra manera, puesto que el deseo le revela subrepticiamente lo que sucede allí dentro. Mientras expresas tu deseo, en efecto, él observa si es posible desearlo; si éste no es el caso, entonces no sólo conoce tu deseo, sino que concluye también que hay confusión en tu interior. En este sentido se ha dicho que el desear es un arte tosco, y uno se ve fácilmente tentado a comparar al que desea de ese modo con el que por pereza empuña el cayado del mendigo, pues ambos viven de limosnas, ambos son inestables, ambos tienen solamente ruegos, ambos son sospechosos a los ojos de la justicia. Sin embargo, el hecho de desear puede cobrar también un aspecto más bello. ¡Quién ha olvidado la impagable diversión de la infancia: el deseo, que es el mismo para el niño pobre y para el niño rico! ¡Quién ha olvidado esos bellos relatos de un tiempo ya pasado, en el que sucede como en la infancia, en la que el deseo es el sentido de la vida, y el deseo es un bienaventurado pasatiempo! Cuando, en esas leyendas, se concedía a un hombre o a una mujer deleitar su alma con deseos, lo habitual y lo santamente aceptado era que desearan primero la beatitud del cielo. Cuando uno tenía esto asegurado, podía entonces entregarse debidamente a la magnanimidad del deseo. Claro que todo esto era
251 sólo una broma; pero nunca olvidemos que | en medio de la seriedad de la vida verdaderamente hay y debe haber tiempo para las bromas, y que también este pensamiento es una consideración edificante. Pues aquel que es debidamente agradecido y que entiende con humildad

lo que es profundo, que entiende que toda su atareada labor sólo muestra, en sentido divino, la desproporción entre ella misma y lo que ha de recibir gratuitamente en la vida, ése tiene tiempo también para la broma inocente y agradable a Dios — ése sabrá también desear. No malgasta la belleza del don o la indudable dadivosidad de la gracia invocando sus propios méritos, no trae consigo la perturbación, aprende justamente de la superabundancia del don la alegre quietud, que no apremia con su actividad incansable, que es humilde incluso en la gratitud. Así como los paganos pronuncian largas y superfluas plegarias acerca de lo que Dios sabe de antemano (Mt 7,7)[43], así también es un error pagano estar siempre atareado, ser siempre esclavo de la seriedad.

Admitamos que el mérito de nuestra época consiste en que, de un modo u otro, ha sabido hacer que el deseo se canse de trabajar y, así, que el alma pierda la costumbre de desear; concedamos que ésa es su ventaja, si con ello ha desarrollado una honesta seriedad que, en pos del bien, renuncia a la falibilidad de los deseos. No le reprochamos que haya transformado en un juego de palabras la idea referida al poder del deseo, si de ese modo incita a alguien a trabajar con sus propias manos y no con las fuerzas ajenas del deseo. Pero el deseo de la beatitud celestial, ¿es también un juego de palabras, como ha llegado a serlo el deseo de la asistencia del cielo para el irresponsable que cree que hay que confiar en Dios como se confía en los hombres: que, si uno se ayuda a sí mismo, entonces Dios hace el resto? Y si el deseo de la beatitud celestial ha llegado a ser un juego de palabras, ¿se ha querido de esa manera alentar a los hombres a trabajar con tanta más fuerza para adquirirla? Este no parece ser el caso en modo alguno. Antes bien, la beatitud eterna parece haber llegado a ser lo mismo que el pensamiento referido a ella, una palabra suelta y ociosa, a veces casi olvidada, o insolentemente excluida del lenguaje, o dejada de lado con indiferencia como un giro anticuado que ya no se usa pero que se conserva a causa de su rareza. Y mientras que antaño se recibía la beatitud celestial por la gracia de Dios, ahora parece que la beatitud celestial ha llegado a menudo a asemejarse a un hombre decrépito que sobrevive en virtud del lastimoso pan de caridad que recibe en casa del poderoso.

¿A dónde se dirige aquel que quiere deliberar acerca de las consecuencias que la expectativa de una beatitud eterna tiene para esta
vida terrenal y preocupada? ¿Junto a | quién buscará consejo? Hoy 252
en día todo el mundo conoce suficientemente los asuntos públicos, así que refirámonos a ellos por un instante para ilustrar la respuesta. Cuando en el Estado se quiere discutir y deliberar en torno a algún asunto, no se convoca a los forasteros y a los extranjeros, los que

no están ligados por vínculo alguno al destino del país cuyo bienestar deberían discutir. Tampoco se convoca a hombres errantes y a vagabundos irresponsables «que acostumbran a andar ociosos de una casa a la otra, y no sólo ociosos, sino también con palabrerío y acciones inútiles» (1 Tim 5,13), pues las discusiones de estos sólo podrían «plantear preguntas» (1 Tim 1,4)[44] en lugar de aportar respuestas. No se convoca tampoco a bandidos y a malhechores, para darles la oportunidad de meditar con toda calma acerca de la mejor manera de saquear el país. Se elige, pues, de otra manera; se parte del supuesto de que ciertas preocupaciones son algo deseable, que el hecho de que el propio bienestar esté vinculado al del país del modo más íntimo posible es la mejor garantía de que la discusión no acabará sin paradero, lo mismo que el que la sostiene. Así sucede también con la deliberación acerca del asunto del que hablamos. Si alguien opina que esta vida presente no sólo es la del trabajo sino también la de la recompensa, no sólo la de la siembra sino también la de la cosecha, a ése le dejaremos que siga las reglas de prudencia que concuerdan con su concepción de la vida. No desearíamos, en cambio, seguir su consejo, pues es un forastero y un extranjero que no tiene conocimiento alguno ni mantiene relación alguna con esa cosa lejana acerca de la cual preguntamos. Si alguien deja que su pensamiento vaya de un sitio al otro frívolamente y como de paso, ocupándose del porvenir por curiosidad y de un modo inconstante, dejaremos que busque la compañía y la complicidad de los que piensan como él, aquellos «cuyo vago discurso va devorando como la gangrena» (2 Tim 2,7). Si alguien, finalmente, sin importar por qué motivo, vive en conflicto con ese porvenir, pues no sólo le es ajeno como lo eran el forastero y el extranjero, ni solamente es frívolo como aquel aventurero jinete de los pensamientos, sino que con todas sus fuerzas quiere aniquilarlo, está claro que ése sería el menos indicado para integrar el consejo deliberante. Se elige, pues, de otra manera; se parte del supuesto de que la preocupación no sólo no hace que un hombre se vuelva sectario, sino que justamente lo hace apto para meditar; se parte del supuesto de que el estrecho vínculo entre su bienestar y ese porvenir lo habilita precisamente a él. Aquel, por tanto, que posee tesoros en el cielo, y
253 | cuya alma está junto al tesoro[45]; aquel que en la tierra llegó a tener amigos que podían acogerlo allá arriba[46]; aquel cuyo pensamiento se ha adelantado y se adelanta para prepararle la morada[47]; aquel cuya preocupación espera con ilusión la explicación que la vida niega; aquel cuya añoranza se aferra al amado y no se desprende de él en la muerte; aquel cuyo duelo continúa acompañando al difunto hacia la tumba; aquel cuyo sentimiento se sublevaría ante el horror de que

se le denegara la beatitud celestial, que se sublevaría aún más que el ciudadano si se quisiera que el país del que él es hijo fuera borrado de la faz de la tierra: ése es un buen ciudadano, alguien bienintencionado de quien el que pregunta puede esperar guía y asistencia, y en quien la pregunta puede obtener respuesta.

Pero tal vez hemos tomado todo el asunto de manera errónea; tal vez la beatitud celestial es de suyo evidente, hasta el punto que sería una necedad que se hablara de lo que ella, a su vez, evidencia. La beatitud celestial es de suyo evidente, ella misma no evidencia nada; no perdamos el tiempo, por tanto, poniendo primero en duda lo que es de suyo evidente y después despejando la duda, con lo cual, sin embargo, uno nunca obtiene la certeza como cuando se le permite ser de suyo evidente, y acaba demorándose en las consecuencias de la preocupación de la duda. Pero, así sea evidente de suyo o no lo sea, esta consideración no niega que la beatitud celestial es un bien, y sólo puede desaprobar el deseo referido a ella en caso de que el deseo sea ya una especie de preocupación de la que no hay necesidad, puesto que la beatitud viene por sí misma, ya sea que uno la desee o no; y todo hombre, en el fondo, tiene el deseo, sólo que el individuo no presta atención al hecho de que desea; pues así también todo hombre respira, pero por eso mismo sería una necedad que el individuo se dispusiera a gozar del hecho de poder respirar. Hablemos neciamente por un instante, oyente mío; o, mejor dicho, sigamos hablando neciamente por un instante; pues ya has notado que este discurso se acerca a la necedad en su exceso de suspicacia. Supongamos neciamente que Dios en los cielos es como un hombre débil que ni siquiera puede conducir su corazón a negarle a alguien la beatitud eterna, ya sea que éste la apeteciera o no; tan débil, que sería como si se la impusiera a cada uno, ya sea que la deseara o no. En esta vida se ve a menudo ese tipo de debilidad en el hombre. Posee algún que otro bien y, en el limitado ámbito que es objeto de su cuidado, es públicamente notorio que lo reparte entre todos a su debido tiempo. Todos reciben el bien,
eso es lo que se tiene en común; | ¿pero cuál es la diferencia? Algunos 254
se endurecen en la indiferencia y casi se mofan del hombre débil en su corazón; sin preocuparse por él, atienden sus propios asuntos, eximiéndose de toda preocupación previa acerca de si son dignos de ello y si no toman en vano su bondad, y eximiéndose de toda preocupación posterior acerca de si su gratitud corresponde al dador y al don. Otros, en cambio, hacen de la aceptación algo dudoso en la forma de su deseo, y si bien no les parece merecer el don, su ánimo y su buena voluntad se vuelven hacia ese hombre por cuya bondad lo reciben; y aun cuando ven que la bondad es debilidad, lo ocultan tanto

para él como para sí mismos, creyéndose justificados y comprometidos a obrar de esa manera, porque la gratitud es la única expresión que caracteriza su relación con él; pues se trata de un don, y así ha de ser. Si éste fuera el caso de la recepción de la beatitud celestial, oyente mío, ¿cómo desearías recibirla tú? ¿Podrías desear recibirla como los primeramente nombrados recibían el don terrenal? Aun si creyeras contar con tu beatitud con esa misma certeza, sentirías, sin embargo, una profunda vergüenza cada vez que compararas tu vida con la de aquellos para quienes la preocupación acerca de ese asunto llenó y volvió a llenar muchos momentos y muchas horas, ya fuera porque el deseo mismo los ocupaba, o porque el corazón los movía a la gratitud, o porque disponían su ánimo para agradar al dador según el mejor discernimiento y con toda la fortuna, preparando así la transición. Pues una transición repentina es un riesgo espantoso; se ha descrito a veces lo espantoso que ha de ser para el hombre ebrio despertar repentinamente en la confusión del pensamiento; se ha retratado el horror que sobrecogería al hombre rico al despertar en el infierno; pero si, tratándose de la beatitud celestial, sucediera que un hombre, en el instante de exhalar su último suspiro, despertara a ella, un hombre cuyos pensamientos habían estado tan lejos de ella como el abismo lo está del cielo: se me hace que ese hombre volvería a morirse de vergüenza, que desearía partir de nuevo, porque la beatitud celestial y su indignidad no se tolerarían la una a la otra; se me hace que ese hombre se sentiría infeliz como aquel que, estando en un país extraño, sólo desea alejarse de él.

Hemos hablado con necedad, pero incluso entonces se ha mostrado que el pensamiento acerca de la beatitud celestial no podría
255 resultarle indiferente a un hombre. ¿Cómo | podría la beatitud resultar indiferente a aquel a quien el discurso no necesita ir a buscar en los límites extremos de la irreflexión, sino que su alma está formada para oír las serias palabras de la seriedad, «que de Dios nadie se burla» (Gál 6,7); y su alma está preparada para meditar acerca de aquello que seguramente desbordaría al perplejo, «que nadie puede servir a dos señores, pues odiaría a uno y amaría al otro» (Mt 6,24); y su alma está completamente despierta de todo sueño como para comprender aquello que de seguro desolaría al caminante nocturno en el abismo, «que el amor del mundo es odio a Dios» (Sant 4,4). Alguien así tiene, desde luego, el suficiente sentido del espíritu como para sentir repugnancia ante la idea de que la beatitud del cielo, pese a su magnificencia, podría ser una chanza; la suficiente madurez del entendimiento como para captar que la beatitud celestial, del mismo modo que no se obtiene con violencia, tampoco se recupera como

una prenda en el juego; alguien así tiene, desde luego, tiempo para meditar acerca de lo único requerido, corazón para desear la beatitud celestial, seriedad para renunciar al halago de los frívolos pensamientos, temor y temblor en el alma para horrorizarse ante la idea de romper con el cielo o de tomarlo en vano. Pero entonces tampoco le parecerá inútil el pensamiento referido a esa beatitud, el deseo no será vano, la preocupación no será una molestia infructuosa, el ruego no carecerá de bendición; será como el impasible lirio que no hila, como el desprovisto pájaro que no guarda en graneros; el trabajo no será sin ganancia, por más que no merezca la beatitud del cielo, sino que sólo se hace apto para heredarla mediante la vigilancia en la expectativa. Y ese quehacer será además para él una ganancia en esta vida, y la consecuencia de esa expectativa será para él una bendición en el tiempo; pues la expectativa de una beatitud eterna consigue lo que, de otra manera, parece imposible: estar en dos lugares a la vez; trabaja en el cielo y trabaja en la tierra, «procura el reino de Dios y su justicia y da lo demás por añadidura» (Mt 6,33)[48]. Si la expectativa no hace esto, entonces es fraudulenta, es un ardid de un alma enfermiza que con astucias quiere salirse de la vida, no la sincera presencia en lo temporal de un alma sana; entonces no es expectativa de lo eterno, sino superstición del porvenir; entonces el hombre no reposa en la confiabilidad de lo eterno, sino que se gasta bromas a sí mismo acerca de la posibilidad de lo venidero, que sólo cautiva como lo haría la resolución de un enigma; entonces la expectativa es un ansia insinuante que no ha seguido el consejo de la seriedad acerca de la variada decisión del cumplimiento; pues cuanto más profundamente percibe la seriedad la angustia de la separación, siempre que ésta no
aniquile la responsabilidad | y obligue de alguna manera al alma a 256
una cesión de bienes, tanto más verdadera es la expectativa.

La consecuencia de la expectativa es, entonces, doble; pero detengámonos esta vez a reflexionar acerca de la consecuencia que concierne a la vida presente, teniendo simpre delante durante la reflexión la frase apostólica que hemos leído, mientras que el pensamiento se apoya en el preocupado y poderoso testigo de lo venidero, el apóstol Pablo; así, pues, hablemos acerca de:

La expectativa de una beatitud eterna con relación al significado de esta expectativa para la vida presente

La expectativa de una beatitud eterna debe ayudar al hombre a comprenderse a sí mismo en lo temporal. A menudo se elogia, y con razón, la probada mirada de la experiencia, porque consigue ayudar

a uno a guiarse en la vida de un modo distinto a la de la juventud, la cual está al servicio de la fantasía, engañada por las ilusiones del alma, con la mirada clara en la distancia, mientras que su engañosa segunda visión no resiste, sin embargo, el examen de la observación. Contrariamente al arrebato de la juventud, la ventaja de la experiencia consiste en que es fuerte en la consideración fragmentaria. Precisamente por eso es importante como guía en la vida, pues la vida en lo temporal es fragmentaria y semejante a un discurso oscuro[49], que se comprende mejor cuando se comprende poco a poco. La ventaja de la experiencia consiste en que siempre tiene una medida con la cual medir, una meta hacia la que tiende[50], y al dividir la extensión de la finitud, siempre sabe cómo medir al individuo, y, partiendo de lo cierto, calcula lo incierto. Sabe hacer estimaciones, determinar la longitud del camino y el tiempo, cuenta con una medida para la fuerza y la perseverancia, para la resistencia, para los peligros y las dificultades, y, dependiendo de si la vida se presenta de manera favorable o perturbadora, sabe cómo arreglárselas; no se sorprende con facilidad y, cuando lo hace, enseguida se recupera y vuelve a tomar medidas. Así es como transcurre tal vez la vida de más de un hombre, activa al servicio de lo temporal, pero también pertenece totalmente a lo temporal. Si el alma de un hombre, en cambio, está a la expectativa de una beatitud eterna, esa expectativa lo perturbará por un instante, lo llevará a menospreciar la experiencia, puesto que para él su meta es demasiado mezquina y su medida demasiado pequeña. Pero el apresuramiento de la juventud y los pasos de gigante de la fantasía
257 | no lo ayudan tampoco, y sin embargo no puede prescindir de una meta y de una medida, pues una vida sin ellas es desconsolada y confusa. El que sólo tiene la medida de la temporalidad, sin embargo, sucumbe junto con la temporalidad, y tal vez no soporta siquiera tanto como ella. Aunque la vida de uno transcurra de manera tranquila y pacífica, pueden presentarse acontecimientos que la experiencia no agota. Si eso le sucede, es presa de la desesperación. Y, por otra parte, aunque consiga escurrirse a través de la vida sin que ningún suceso de ese tipo haga objeción a sus cálculos, entonces, a menos que la vida le haya enseñado algo más alto, es un hijo de la temporalidad para el que lo eterno no existe. Si un hombre, en cambio, mantiene aquella expectativa en su alma, entonces tiene una meta que siempre es válida, una medida que siempre es válida, y válida en sí misma; en virtud de esa meta y de esa medida habrá de comprenderse siempre a sí mismo en la temporalidad. Así como la fortuna y la prosperidad, el favor de los hombres, el triunfo y la ganancia no lo despojarán de su meta dándole en su lugar la falsa meta de la vanidad, y enseñán-

dole erróneamente a alegrarse como aquel que carece de esperanza, así tampoco la pena ni el falso criterio del sufrimiento le enseñará a desesperar de pena como aquel que carece de esperanza.

«Pues nuestra tribulación, que es breve y ligera, nos prepara un eterno peso de gloria incalculable»[51]. Éstas son las palabras del apóstol que hemos leído. Si acaso, oyente mío, nunca hubieses oído mencionar el nombre de Pablo, si este nombre, lejos de ser lo que ha llegado a ser para ti desde tu temprana infancia, honorable y santo, te resultara desconocido, supón que fuese así, y supón que esas palabras son puestas delante de ti y que se te solicita que infieras de ellas cómo habría sido el destino del hombre capaz de dar semejante testimonio de la vida en la tierra y de la beatitud. Seguramente aprobarías las palabras, las harías resonar junto a otros testimonios acerca de las penurias de la vida y de la gloria de la eternidad, y entonces concluirías que ese hombre llevó una vida bastante tranquila e imperturbable, honradamente inadvertido, alejado de las grandes decisiones de la vida, no del todo ajeno a las confidencias de ese oculto saber de los sufrimientos que es cosa de iniciados, pero tampoco experimentado en la prueba extrema, en el peligro fatal de la necesidad terrena y de la pugna espiritual del alma. Si se te exigiera cambiar ese enunciado por otro parecido, utilizarías tal vez un verso bastante conocido que, sin embargo, no podríamos citar aquí, puesto que está en lengua extranjera; pero el | bello significado de las felizmente escogidas palabras 258
es más o menos éste: que la tierra es muy bella como lugar de ruego para aquel que espera una eternidad, pero no lo bastante bella como para olvidar que uno, después de todo, sólo se encuentra a mitad de camino[52]. Y esta explicación te sería seguramente satisfactoria y lo sería para los demás. — Supón que en el mismo instante se presentara un hombre que dijera: son palabras del apóstol Pablo, y que entonces te contara lo que nadie necesita contarte, que ese hombre había sido detenido en el camino del escándalo[53], y que, por tanto, estaba experimentado en los fatales peligros del alma; que fue arrebatado al tercer cielo[54], y tentado, por tanto, a sentir aversión ante la vida terrena; que prestó testimonio con un entusiasmo tal, que los oyentes lo creyeron demente[55]; que durante cuarenta años recorrió el mundo, sin paradero fijo, proscrito y exilado, un escándalo para los judíos, una locura para los griegos[56], rechazado por el mundo, con la vida en peligro, en el hambre, en la desnudez, en prisión[57], y que finalmente fue ejecutado como un criminal. — ¿No te asombrarías, no te daría vértigo, puesto que tu medida no podría reproducir una situación semejante? ¡Deja que la juventud se pruebe en esos asuntos! Pues la juventud se ve rápidamente empujada al asombro, y su capacidad conceptual no

es menos rápida; si se le da un número redondo, enseguida tiene la medida y se apresura a sumar. Aunque el pensamiento referido a Pablo la entusiasme, ¡ah, su entusiasmo no lo comprende y sólo se engaña a sí mismo! Deja que la experiencia lo lea; seguramente dirá: una vida como ésa es una eterna tribulación, no es algo que se soporte — una eterna tribulación, ¿es ésta la interpretación aclaratoria de las palabras del texto: nuestra tribulación, que es breve y ligera? Y, sin embargo, Pablo no carecía de meta ni de medida, pues la eternidad era su meta, y la beatitud de ésta, su medida. Cuando la nube tormentosa de la tribulación comenzaba a detenerse y a amenazar con horror, cuando el alma se desvanecía por el temor y por la angustiosa expectativa, pienso que entonces, si se nos permite hablar de este modo, él cogía la medida, la probaba, y he ahí que la tribulación era breve y ligera. Cuando la congregación se descarriaba, cuando la falsa doctrina y la inconstancia de los hombres aunaban sus opiniones, de manera que el camino de la verdad era intransitable y no había meta alguna, entonces el cielo era su meta. Cuando está en prisión, cuando el extravío crece y prospera sin que él logre hacer nada, cuando la meta de su actividad es una locura para la experiencia, puesto que está detrás, entonces el cielo es su meta. Cuando el grado del sufrimiento despoja al alma de su entendimiento, pienso que entonces él coge su
259 medida, y he ahí que aquél se vuelve breve y ligero, mientras que, | si hubiese buscado orientarse por las razones del consuelo humano, no habría sido posible soportarlo. Cuando la carga de la vida pesa gravosamente sobre él, cuando el pensamiento agrega a ello la carga de los días pasados y él casi sucumbe a ese peso, cuando la experiencia ha renunciado hace mucho a la meta y está presta a declararlo «el más miserable entre los hombres» (1 Cor 15,19); cuando el hombre que, por lo demás, se confiaba a Dios, no hallaba otro consuelo que el deseo de que sus desdichas fueran puestas juntas en el plato de la balanza para ser pesadas (Job 6,2), ni otro alivio que el de saber cuán pesada es la carga: entonces Pablo la pesa, y he ahí que se vuelve ligera; pues la beatitud celestial es un incalculable peso eterno de beatitud, y él sólo fue el más miserable cuando «sólo tenía esperanzas en esta vida» (1 Cor 15,19). Claro que la experiencia entiende de medidas y pesos, pero ¿qué consigue? No consigue siquiera alzar los sufrimientos del apóstol para colocarlos en el plato de la balanza, pero Pablo comprende que la beatitud celestial tiene un sobrepeso eterno. Claro que la experiencia sabe consolar de muchas maneras, pero sólo la beatitud del cielo sabe consolar incalculablemente. Claro que la experiencia sabe largamente encontrar alegrías para el preocupado; pero ella, como es natural, no conoce una alegría más allá

de todo entendimiento[58]. La experiencia conoce todos y cada uno de los hallazgos del corazón humano, pero el regocijo que no se ha manifestado en el corazón de ningún hombre, eso no lo conoce. Y, sin embargo, la vida que carece de meta y de medida es desconsolada y confusa; y, sin embargo, la vida cuya experiencia no acaba por verificar que la experiencia no alcanza, no es sino una carrera en lo incierto que se pierde en falsos rastros, una estocada en el aire que el viento se lleva[59], una escritura en la arena que borra el mar[60]. El que ha experimentado esto, buscará seguramente una meta que sea siempre válida, una medida que sea siempre válida. Y la expectativa de una beatitud eterna es un refugio en la necesidad, una fortaleza[61] que la vida no puede tomar por asalto, una instrucción que la necesidad y el sufrimiento no pueden borrar; y la convivencia con esa idea nutre a un hombre con más fuerza que la leche materna al niño amamantado, y de esa idea sale el hombre fortalecido, más fortalecido aún en la medida en que no aspira a desacostumbrarse sino precisamente a acostumbrarse a ese alimento.

Cuando la exigencia de la vida supera el entendimiento de la experiencia, entonces la vida es confusa y desconsolada, a menos que la expectativa de una beatitud eterna ordene y tranquilice. Cuando a un joven rico se le exige que | vaya y venda todos sus bienes para dárselo 260
a los pobres[62], la experiencia no sabe cómo ayudarlo, pues no es una parte lo que se exige. Y si se tratara de alguien a quien no se le exigió que vendiera todo para hacerse perfecto, puesto que sus posesiones eran de tal carácter que nadie se las compraría, ¿qué sabe entonces la experiencia? Y aquel que no necesita primeramente enterrar a los muertos[63], porque éstos han sido enterrados hace mucho, pero la pena no hizo sino aumentar con los años, ¿qué compensación tiene para él la experiencia, a menos que lo consuele diciendo que, después de todo, son más los que nacen que los que mueren? Y si hay un dolor que, aunque solitario, corroe de manera profunda, no lo consolará la experiencia ajena, pues ésta no oye el grito y, aunque lo oyera, no siempre se puede juzgar el tamaño del dolor de acuerdo al grito; ni le ayudará la propia experiencia, pues para eso el grito ha enmudecido, para que no se comprendiera el dolor. Y aquel cuya boca estuviera más amordazada que la del buey cuando, sin embargo, trilla la mies[64] para los demás; y aquel cuya alma estuviera preocupada, por más que trajera alegría a los demás; y aquel en quien «la puerta de sus labios estuviera cerrada» (Ecl 12,4), por más que supiera que su palabra atraería la curiosidad de muchos, pero que no le brindaría conmiseración por su dolor — ¿cómo lo consolaría la experiencia? Pero la expectativa de una beatitud eterna consuela incalculablemente. Hay

un pacto de lágrimas con Dios, y nadie ve ni oye ese pacto salvo aquel que mira en secreto[65] y que comprende de lejos, pero que ha hecho pacto con la beatitud junto al Dios que ha de secar las lágrimas[66]. Y hay con Dios una comunidad de los sufrimientos[67], cuyo secreto es la certidumbre de una beatitud eterna en confidencia con Dios. — Una beatitud eterna allá arriba; te preguntarás, oyente mío, en qué consiste, y qué conlleva. ¿No te basta con que ya aquí consiga hacer que la tribulación sea breve y ligera, que consiga unir tu alma preocupada a la interioridad de la alegría, de manera tan indisoluble como todo lo que Dios ha unido, fructífero como el pacto que Dios mismo bendice?

La expectativa de una beatitud eterna ha de reconciliar a cada ser humano con su prójimo, con su amigo y con su enemigo en la comprensión de lo esencial. El niño quiere todo lo que ve, y la juventud no es mucho mejor que eso, pues quiere que todo se acomode a ella y que el mundo entero siga sus deseos; pero la experiencia sabe cómo dividir y repartir, distingue lo que es de uno y lo que es del otro, da al César lo que es del César, al prójimo lo que es suyo, al enemigo
261 lo que le corresponde, | y conserva lo suyo. Por eso elogiamos la experiencia, porque ordena de ese modo la vida que, en el país de lo temporal, sigue el camino de la pura alternancia. Así es como acaso más de una vida humana es utilizada, incansablemente, hasta que ésta acaba junto con la temporalidad. Pero la vida que transcurre de ese modo es una vida lastimosa, por mucho que se la maquille; mezquina, por más que se ocupe de millones o de centavos; digna de lástima como lo sería un juego infantil que se supusiera serio. Cuando todo indica que la vida del hombre transcurrirá de ese modo, es ya una fortuna que la desgracia y el peligro interrumpan esa uniforme seguridad en la que aquello que es mejor y más noble se sume como por encanto en un estado de reposo. Cuando el peligro en común está a las puertas de todos, cuando la desdicha general enseña a los hombres a solidarizarse y les inculca la idea de la reconciliación, se ha visto a menudo de qué manera se ponen de acuerdo en la comprensión de las mismas cosas y cómo esa concertación favorece la unidad y favorece al individuo. Pero cuando el peligro ha cesado y la desdicha ha cedido, se retorna con demasiada rapidez al antiguo modo de vida, y la concertación forzada por la desgracia contiene a menudo el germen de una separación más profunda que aquella que se superó. Y aunque esa concertación embellezca una parte de la vida de los individuos con su resplandor, éste no le pertenece realmente a ellos, sino a la observación y al observador que la hereda, hasta que también se olvida el relato referido a ello. Aunque sea bello observarla,

una vida como ésa es vida de la temporalidad, fruto de la temporalidad, pero también presa de la temporalidad, y lo más elevado que puede decirse al respecto es que fue un bello instante. Pero ese bello instante de la temporalidad, comparado con la eternidad, es sólo como el exiguo brillo plateado del falso metal. Aquel, por el contrario, cuya alma está a la expectativa de una beatitud eterna, tiene siempre presente junto a él aquello que es válido por sí mismo y con relación a lo cual todo cuando es mezquino se muestra como algo mezquino; está siempre bajo la influencia de aquello cuya búsqueda no lo pone en conflicto con nadie ni con nada terrenal, cuya posesión no excluye a ningún otro. De hecho, puede que pierda lo terrenal y, si lo pierde del modo correcto, la pérdida hará que lo difícil resulte más fácil, que un camello pase por el ojo de una aguja[68]; y, si él mismo está realmente preocupado, no querrá excluir a nadie.

«Porque no consideramos las cosas visibles, sino las invisibles; pues las visibles son temporales, pero las invisibles son eternas»[69].
Éstas son las palabras del apóstol | que hemos leídos, y ese debe 262
ser también el modo de proceder. Así como en otros casos se da por descontado que la beatitud celestial será lo que tenga que ser, mejor sería hacer eso en relación con las cosas terrenas y temporales, dejar que sean lo que son y no tomarlas en consideración. Pues aquel que toma en consideración lo temporal, poco a poco se volverá incapaz de apreciar lo eterno, y aquel en cuyos ojos lo terrenal resulta considerable, perderá poco a poco la facultad de atesorar lo celestial. Pero las cosas visibles son temporales, y lo temporal no sólo es vano, sino que está en desacuerdo consigo mismo, y por eso debe ser disuelto y no puede subsistir. Por eso los tesoros acarrean dolor al avariento cuando los recoje, dolor cuando los posee, dolor cuando debe desprenderse de ellos; por eso el pródigo derrocha sin alegría lo que el avaro guarda sin alegría[70]; por eso el vino nuevo hace que revienten los odres viejos[71]; por eso el olvido borra las acciones vanas, y hasta las muchas fatigas y lamentos mediante los que un hombre cree llegar a ser importante; por eso el tiempo devora el amor humano, y hasta el odio que, impotente como es, quiere acceder a la eternidad de modo desafiante. Pero el que se aleja de lo temporal en pos de lo eterno y está preocupado por su beatitud, ése se ha puesto de acuerdo consigo mismo y se ha puesto de acuerdo con todos, pues lo eterno está siempre de acuerdo consigo mismo, y su acuerdo excluye solamente aquello que se excluye a sí mismo.

«Preocupado por su beatitud» — ¿no es esa expectativa una nueva carga que uno toma sobre sí, en lugar de ser el remedio eterno que sana toda enfermedad, incluso cuando ésta es de muerte[72]?

Los hombres han elegido a menudo un tipo de certidumbre que no es el de la preocupación. Han dado algunos signos, han puesto condiciones y, mediante ellas, se han cerciorado acerca de la beatitud tal como uno se cerciora de la existencia de lo que uno tiene en la mano. No advirtieron que esa seguridad temporal era justamente el engaño; no advirtieron que así «colgaban la eternidad de una tela de araña»[73]; no advirtieron que lo que tenían en sus manos era un pájaro que habían capturado, un pájaro que se echaría a volar. Pero así como comprometían más y más la beatitud celestial a cambio de sus muchas certezas, se ganaron — el derecho a hacer que las determinaciones resultaran decisivas para los otros, el derecho a excluir a otros. Dejemos que conserven ese derecho; después de todo, sería en verdad el más lamentable malentendido el que un hombre, en su celo por excluir
263 a otros, se adormeciera hasta el punto de no soñar siquiera que | él mismo resultaba excluido. ¡Qué tiene de extraño, entonces, que la temporalidad vuelva a ser puesta de relieve, que el odio y la ira y la predilección terrena y los miramientos mundanos vuelvan a introducirse en la eternidad para ponerla en desacuerdo consigo misma y dividirla! ¡Quién no se horroriza ante una tal tergiversación! ¡Yo, por mi parte, siempre he intentado en vano comprenderla!

Pero pensemos seriamente en este asunto, pues la beatitud celestial es y sigue siendo, sin embargo, la decisión que lo decide todo; y aun cuando la preocupación no procurara a un hombre el humilde acceso, vale la pena poner empeño en ello, para que haya en el alma un interior, un lugar santísimo hacia el que se retira la conciencia dejando que el mundo siga su curso, plegándose sobre sí misma, poniéndose de acuerdo consigo misma y, así, con la variedad de la vida; un recinto en el que los pensamientos de la finitud, en caso de que éstos tuvieran también la insolencia de querer penetrar en él, aparecen derrumbados cada mañana, como la efigie de Dagón al pie del Arca del Pacto[74], ante la majestad de la preocupación, que es la única que se preocupa por aquello que es válido en sí mismo, como no lo es esa expectativa que de modo triunfante quiere acceder al cielo, y por que su solemne arribo sea decisivo para otros.

Si ese lamentable malentendido «que llegó a ser la presa de la sabiduría mundana» (Col 2,8)[75] consistía en vincular la beatitud celestial a condiciones finitas, puede que un nuevo malentendido haga que la frivolidad, que la despreocupada temeridad a la que no corresponde condición alguna parezca preferible. Pero de ninguna manera es así, y hemos acordado que todo aquel que carece de preocupación está de una vez por todas excluido de poder discutir un asunto a cuya deliberación sólo la preocupación permite acceder. El malentendido

no consistía, entonces, en que se asumieran las condiciones, sino al hecho de que la preocupación por hallarlas fue mitigada tan rápidamente, que el individuo ganó el tiempo y la ocasión y el ánimo suficiente para decidir la cuestión en nombre de otros. Y, sin embargo, tan pronto como la preocupación cesa, el individuo al que le sucede esto resulta excluido de la deliberación. Aquel, en cambio, que está verdaderamente preocupado, comprende, sí, que debe haber una condición, pero que él nunca podrá indagarla de manera definitiva, pues la preocupación impedirá la indagación definitiva. Incluso cuando más ha pensado en ello, debe admitir que no puede decidir de modo definitivo cuáles son las condiciones, pues la preocupación lo despoja precisamente de la finitud. En todo lo que aprende sigue habiendo
una incertidumbre, y esa incertidumbre alimenta | la preocupación, 264
y la preocupación alimenta la incertidumbre. Esta incertidumbre puede expresarse del modo siguiente: él espera la beatitud eterna por la gracia de Dios. Pero la gracia de Dios, a su vez, no la espera en virtud de alguna condición finita, pues entonces no es gracia, y entonces la preocupación no tardará en transformarse en seguridad terrenal. Ahora bien, si está constantemente preocupado, pero también constantemente liberado en la gracia; si entiende que el hecho de que la preocupación cesara sería un signo penoso, ¿cómo podría su seguridad ser lo suficientemente vana como para querer decidir esa cuestión en nombre de otro?

Pero supón que hubiera también ciertas condiciones que pudieran ser expresadas con precisión, y según las cuales el pensamiento atento pudiera probar cuál es el estado del individuo; ¿cómo podría si, a su vez, estuviese preocupado? Y si, no estándolo, lo toma todo en vano, ¿cómo podría entonces decidir con definitiva certeza si esas condiciones están presentes en él? Si esas condiciones fuesen actos, representaciones determinadas, estados de ánimo, ¿quién se conoce a sí mismo, sin embargo, de manera tan precisa como para poder garantizar bajo su propia responsabilidad que aquellas están presentes en él tal como deberían estarlo, no como hijos ilegítimos de dudosa procedencia? ¿Quién podría hacerlo si en verdad estuviese preocupado, y quién, si pensara seriamente en ello, podría en verdad no estar preocupado? Pero si sigue habiendo una incertidumbre en su alma por cuyo motivo acude a la gracia, ¿cómo podría ocurrírsele querer decidirlo con relación a otros, puesto que uno mismo debe estar completamente seguro de ello antes de comenzar? Pero aquel que mediante la gracia está completamente seguro, cosa que habremos de desearle al individuo, ése, humanamente hablando, está completamente inseguro.

Hablemos en imágenes durante un instante, y, en virtud de la imperfección de la imagen, prestemos atención a lo eternamente válido acerca de lo cual hablamos. A veces hay en los ejércitos un pequeño grupo selecto al que se llama el regimiento de los Inmortales[76], y los guerreros consideran un gran honor ser admitidos en él. Supón ahora que hubiese un hombre (aunque sabemos que sería un penoso extravío que nunca ha tenido lugar, y ojalá nunca tenga lugar un extravío semejante) que se empeñara tanto en ser admitido en ese regimiento como cualquiera debería de preocuparse por heredar la beatitud del cielo. Las condiciones serían suficientemente conocidas; se exigiría excelencia en la lucha, pero también un cierto aspecto exterior, una
265 determinada | estatura, conformación, etc. Examinaría entonces si todo esto se adecuaba a él, no de manera general y descuidada, pues estaría demasiado preocupado como para eso y sabría que la menor falta bastaría para que no lo admitieran. Y el hecho de que faltara algo o de que todo estuviese dado en su justa proporción, eso lo decidiría el comandante del ejército según su estimación. Según su estimación, pues podría ser que todas las condiciones estuviesen presentes en lo particular, pero que, reunidas, no produjeran la noble consonancia que condicionaba la admisión. Esa estimación, me parece, sería para él la inquietud de la preocupación. Supón, sin embargo, que se sintiera totalmente seguro; pero no olvidemos que estaba preocupado por que lo admitan tanto como un hombre debería estar preocupado por la beatitud celestial. Habría aún otra dificultad. La admisión no podía tener lugar en el mismo instante, debería esperar unos días. ¡Podrían suceder tantas cosas en esos días! Y aunque éstos transcurrieran sin accidente alguno, podría trastabillar en el instante mismo en que entrara en el palacio del comandante — ¿acaso tendría alguien entonces el tiempo y la ocasión y el ánimo necesarios para andar observando a otros y ver si eran aptos para ser admitidos en ese regimiento? ¿No comprendería con honda preocupación que el hecho de haber estado tan cerca de ser admitido sería una nueva exclusión? ¿No lo comprendería con honda preocupación, si estuviese tan preocupado por ser admitido en ese regimiento como todo hombre debería estar preocupado por heredar la beatitud celestial?

Pero aunque un hombre conociera las condiciones con todos sus pelos y señales, y comprendiera que se le adecuaban de manera indudable (supongámoslo), entonces dispondría del tiempo y de la ocasión y de la tranquilidad de ánimo para decidir la cuestión con relación a otros. ¿Cómo? ¿No es la beatitud celestial un bien lo suficientemente grande como para no necesitar el agregado de ninguna circunstancia exterior? Aquel que posee la beatitud, no puede ni puede desear llegar a ser más bienaventurado mediante algún pensamiento ajeno al asunto,

ni desear que lo perturbe ningún pensamiento ajeno al asunto. Cuando un hombre que se siente seguro de su beatitud se pone de todos modos a pensar en algo así, muestra precisamente que no piensa en la beatitud; y ese segundo pensamiento, de la misma manera que la conciencia acerca de la buena obra hace que se pierda la recompensa[77], hace que se pierda la beatitud. Quien estuviese preocupado en sí mismo no podría desear excluir a nadie; ¿pero debería, como se dice a veces, ser lo bastante
compasivo | como para desear que otro sea admitido? ¡Ah, ahórrate 266
tu compasión para una mejor ocasión, y, si puedes hacer algo por un ser humano, entonces hazlo, humillado como se debe, pues todos somos siervos inútiles[78], e incluso nuestras obras de beneficencia son sólo invenciones humanas, frágiles y muy ambiguas, pero la beatitud del cielo la obtiene cada ser humano sólo por la gracia y la misericordia de Dios, y ésta es igualmente próxima a todo ser humano, tanto, que es un asunto entre él mismo y Dios! Y que ningún tercero, tenido él mismo en la gracia, la dilapide inmiscuyéndose indebidamente. Si hubiese un hombre —algo que en verdad no he experimentado— que me amargara la vida de la mañana a la noche y sólo me deseara el mal, ¿perturbaría mi beatitud que también él fuera bienaventurado, o sería yo lo suficientemente vano como para querer ayudarlo a que lo fuera con mi compasión? ¡Ah, la preocupación por la beatitud eterna aparta la mente de todo pensamiento intempestivo! Aunque se tratara de alguien que soportó las fatigas y el calor del día, y aunque yo hubiera sido llamado a la hora undécima y nuestro salario hubiese sido el mismo[79], ¿podría esto perturbarlo cuando pensara que el salario es una beatitud eterna? Pues tendría mucho y en abundancia, no recibiría más por el hecho de que yo fuese excluido. Y aunque fuese un hombre justo que hubiese guardado los mandamientos desde la juventud y esperado a través de su larga vida la beatitud del cielo[80] (que es en verdad una rara e infrecuente reputación), y yo fuese un ladrón que «hoy mismo»[81], es decir, en el mismo instante, llegara tan lejos como él, ¿acaso esto lo perturbaría? Y si yo pensara que fue a causa de mi justicia, es cierto que eso lo sublevaría, y sublevaría al mismísimo cielo, que volvería a expulsarme de sí; pero si yo estuviera dispuesto a admitir con atención y mediante todas las fórmulas y sin reserva alguna que fue una gracia, ¿acaso ese hombre justo seguiría siendo tan reacio, no con respecto a mí, pues yo habría pasado ya — sino con respecto a sí mismo al conservar su cólera? Y si fuese lo que se llama, no en la acepción más noble sino en el discurso diario y llano, un hombre verdaderamente simple, y tú, en cambio, oyente mío, fueses un sabio que se preguntara de manera profunda qué es la verdad, y que incansablemente lo investigara con fortuna y aptitud, ¿te perturbaría acaso que él fuese tan bienaventurado

como tú, y que la infinita beatitud del cielo os hiciera iguales? Y cuando mueras un día, entonces habrá diferencia, entonces se dirá, y se dirá
267 con propiedad, que la ciencia | trae la pena y que sus cultores lloran la pérdida, y tu funeral será diferente, pues es una bella costumbre el que los hombres vistan al muerto con su mejor traje, pero la pregunta es si la muerte no vuelve a desvestirlo. Y si aquél fuese lo que se llama un esposo, un esposo que hubiera vivido feliz junto a su mujer y criado hijos con ella en condiciones modestas, y hubiese dejado que su corazón se regocijara junto a otros esposos, pero que raramente hubiera sido conmovido por los pensamientos que a ti te hacían olvidar todo durante el día y te mantenían despierto durante la noche, ¿acaso te perturbaría que llegara a ser tan bienaventurado como tú? Pero «si Dios sostuviera toda verdad en su diestra y la aspiración eterna en su siniestra»[82]; ... no: si Dios sostuviera en su diestra la beatitud y en su siniestra, además, la preocupación que llegó a ser el contenido de tu vida, ¿no escogerías la siniestra, aunque hubieras llegado a ser como aquel que escogía la diestra? Pues debe haber una igualdad, ¿y qué es más desconsolador que la igualdad hacia la que el hombre huye a menudo, la igualdad de la muerte, que a todos los hace igualmente pobres, y qué es más beatificante que la igualdad que los hace a todos igualmente bienaventurados?

¿No es así, oyente mío? Y por eso dijiste a tu Dios en ti mismo: Padre en los cielos, si quiero pensar en lo que concierne a mi beatitud, no presento mis cuentas, pues sé que no puedo responder ni a uno de mil cargos[83]; y sé que Pedro estuvo de pie sobre las olas del mar[84] con más seguridad que aquel que alza su razón contra ti. Ni he de construir mi beatitud sobre algún acto: ni sobre el mejor de los que llevé a cabo, pues sólo tú sabes si fue un acto bueno; ni sobre el mejor de los que podría llevar a cabo, pues sólo tú sabes si llegará a ser un acto bueno. Aparta, pues, mi alma de la mezquindad que quiere despreciarte y despreciar tu don, y despreciarme a mí mismo haciéndome más grande que ninguno; libera mi ánimo de la elucubración que quiere indagar lo que no es dado comprender; arranca mi pensamiento a la sutilidad que pérfidamente se lleva lo mejor y me da lo más escaso. Lo que me era fácil y natural hacer cuando niño, cuando creía sin comprender; lo que hice más tarde, y sé que lo hice, cuando contra todo entendimiento me confié a un ser humano; lo que seguiré haciendo, aun cuando se exalte la sabiduría por encima de la fe; lo que procuraré con todas mis fuerzas, para que la grandeza del entendimiento no me cautive y haga que mi alma resulte dañada[85], ¿no habré de hacerlo por ti? Y puesto que yo mismo no puedo nada, ¿no habré de desear
268 preocupación | y confianza y valentía para creer en ti, y para esperar en esta fe tu beatitud?

| PRECISO ES QUE ÉL CREZCA Y YO MENGÜE 269

Jn 3,30. Mi alegría es plena. Preciso es que él crezca y yo mengüe[86]

Un antiguo refrán dice que todos prefieren ver la salida del sol más bien que su puesta[87]. ¿Cómo que «todos»? ¿Acaso también aquel cuyo sol es el que se pone? ¿Pero por qué no lo iba a preferir? Después de todo, el sol del alba brilla para él como para todos los demás[88], y tal vez brilla con más esplendor a sus ojos justamente porque su brillo ensombrecedor acelera el ocaso. Quien pudiera hacerse seriamente esas preguntas sería alguien que, dada su juventud, no comprendiera de qué trata el discurso, o que, dada su inexperiencia, se engañara a sí mismo con un extraordinario y fantasioso anticipo de la magnanimidad con la que llevaría a cabo cosas grandiosas en su vida; o puede que fuera alguien que buscara endurecer su alma, tanto como otros endurecen sus cuerpos hasta adquirir una desagradable y torpe rigidez; o, finalmente, alguien que se sirviera de la dureza del entendimiento y de la fría inflexibilidad de sus conclusiones para burlarse de los hombres, que usara contra ellos lo que no usaría contra sí mismo, que los instruyera predicándoles esa sabiduría cuando él mismo no creyera en ella, y que incluso durante el sermón mantuviera abierta una puerta trasera a través de la cual la vanidad oculta, como aquella mujer infame, dejara entrar a los espías de la vanidad (Sant 2,25)[89]. Cualquier otro comprendería bien de qué trata el discurso y verificaría que el conocimiento de sí es un asunto difícil, pues tanto como uno comprende con facilidad al resto del mundo, | así también la comprensión se altera súbita y significativamente 270
cuando se trata de uno mismo. Esto no habría que olvidarlo nunca; y así como el niño utiliza el puntero para que ninguna letra escape a su vista, así debería aquel cuya vida ha de cobrar un sentido más profundo

evitar el hábito de comprenderlo todo en general, evitar apresurarse a comprenderlo todo, y seguir pacientemente el puntero que lo indica constantemente a uno mismo. Y aunque aquello de que uno ve el dedo de Dios en esta vida fuera, en cualquier otro sentido, sólo una expresión figurada, aquel que está preocupado acerca de sí mismo la entiende con toda propiedad, pues todo conocimiento profundo e íntimo de sí mismo está bajo la guía divina, y ve constantemente el dedo de Dios que lo señala. Si uno pierde de vista una letra, toda la palabra resulta confusa; y, sin embargo, esa confusión no es nada en comparación con la que se produce cuando un hombre, en la comprensión de la vida humana en su totalidad y de la historia de la especie, se salta un ser humano — él mismo; pues el hombre particular no es como una letra en particular, una parte de la palabra que no dice nada en sí y por sí misma, sino que es toda la palabra. Y, sin embargo, así es como sucede muy a menudo, y por eso se aprende tan poco de la vida. Incluso el hombre que vive más oculto y olvidado ha de contar con gran abundancia de ejemplos, amonestaciones, advertencias y penitencias, siempre y cuando no se sustraiga al dedo que lo señala, pues el más simplemente compuesto de los cuadrantes solares da la hora con exactitud, siempre y cuando se permita que los rayos del sol caigan sobre él.

¡Cuán a menudo se repite en este mundo aquella antigua frase, puesta en el justo sitio por el observador! ¡Pero cuán raramente se la comprende a tiempo! Y si la comprensión llegara finalmente, pero demasiado tarde, ¿cómo sería? ¿No le es también muy fácil al individuo sustraerse al señalamiento, dado que la frase habla de manera muy general? Pero aunque el discurso general acerca de verdades generales pueda enriquecer la memoria de un hombre y desarrollar su entendimiento, es de muy poco provecho para él, de tan poco provecho como sería tener una guarnición repleta de armas que no son adecuadas a uno cuando necesita utilizarlas. Y, ante todo, esa generalidad no es para edificación, pues uno nunca se edifica en general, como tampoco se erige una casa en general. Sólo cuando la frase es dicha por el justo, bajo la justa proporción, del modo justo, sólo entonces el enunciado ha hecho todo cuanto está a su alcance a fin de guiar al individuo para hacer honestamente aquello que, en cualquier caso, está suficientemente presto a hacer: referirlo todo a sí mismo.
271 Y aunque esté prohibido según | leyes divinas y humanas codiciar lo que es del prójimo[90], nunca se prohíbe codiciar la amonestación del prójimo, como tampoco utilizar su guía. De esa manera, todo está en orden, pues lo que hemos dicho vale plenamente para aquellas palabras de Juan el Bautista que hemos leído, y nadie tome como una carga de conciencia el hecho de apropiarse de esas palabras.

Es Juan el Bautista, en efecto, el que dijo esas palabras. Vivía en el desierto de Judea[91], lejos de la vanidad que se cultiva en los lugares encumbrados, lejos de la inconstancia que exalta y derrumba, celebra y crucifica, tan lejos como su atuendo estaba de las suaves vestiduras, tanto como del inclinado junco estaba su esencia[92]. No era el Mesías, no era uno de los antiguos profetas, no era el profeta, era la voz de aquel que clama en el desierto[93]. Y clamaba en el desierto para preparar el camino de aquel que habría de venir después de él, y cuya sandalia él no era digno de desatar[94]. No era, sin embargo, un hombre pobre, era «el más grande que de una mujer ha nacido»[95], de milagrosa procedencia, como la de aquel cuya venida él anunciaba; pero la diferencia era también aquí como la que existe en el milagro de que una mujer de edad avanzada se vuelva fecunda[96], contra el orden de la naturaleza, y el que una mera virgen dé a luz por la fuerza de Dios, por encima del orden de la naturaleza; ¿y no es ya esta diferencia una bella alusión a la diferencia entre lo que desciende y lo que surge[97]? Y clamó en el desierto hasta que la atención de la muchedumbre despertó la atención del consejo, de manera que enviaron a él sus mensajeros. Pero él no se malinterpretó a sí mismo ni malinterpretó su estancia en la soledad, ni su túnica de pelo de camello, ni su alimento en el desierto, como si todo eso no hubiera sido sino un medio para abrirse paso a sí mismo hacia el honor y el reconocimiento del pueblo. No, él fue y siguió siendo la voz que clama en el desierto. Ésa era su obra, él mismo percibía su importancia, pero sabía también que su importancia consistía en que se la desechara y se la olvidara como el grito del sereno cuando para todos es notorio que ha despuntado el día. Entonces salió el sol de aquel cuya estrella matutina despertó la admiración de los sabios[98]; su gloria brilló, y nadie mejor que Juan comprendió que la salida de aquél era el ocaso de su sol. Pero eso lo alegraba íntimamente, como a los patriarcas que habían añorado la visión, sinceramente, como a los creyentes para quienes seguiría brillando. Y, sin embargo, sabía que la acción según la cual se lo nombraba debía ser desechada, desaparecer como un bautizo por agua ante un bautizo por fuego y por
el Espíritu Santo[99]. Entonces le llegó la noticia de que esto | había 272
sucedido, y sus discípulos se desconsolaron al ver que aquel acerca del cual Juan había dado testimonio estaba bautizando y que todos venían a él; pero Juan respondió: mi alegría es plena; preciso es que él crezca y yo mengüe.

Lo que le sucedió al más grande entre los que nacieron de mujer, eso mismo le sucedió también al menor; lo que sucede en la decisión única, sucede también en las decisiones menores, y uno no

hace un uso profano de aquellas palabras cuando aprende de ellas a entenderse a sí mismo en las circunstancias más insignificantes de la vida; uno no rebaja aquellas palabras al ámbito inferior de la sabiduría mundana, tanto más cuanto no desea olvidar que también entonces, cuando se ha servido de ellas rectamente, a uno le queda todavía una preocupación y una alegría; pues cada uno participa y debe participar del glorioso desenlace de aquella decisión única. Por eso, aun cuando la observación no se detiene en ese acontecimiento como tal, ella puede, tanto como la aplicación de las palabras, ser edificante: de la misma manera que al hijo de la concubina no le faltó la bendición de Abrahán, aunque no era en sentido eminente el hijo de la promesa[100]. Y el único que no necesitó el alimento ligero fue el que estaba desbordado por el gozo respecto de la gloria de aquel que debía crecer, de modo que no advirtió y menos aún se preocupó por las cosas semejantes que le suceden a él y a otro en las decisiones menores.

Que aquel que una vez dominaba reinos y comarcas haya dejado de gobernar y se vea a alguien más poderoso tomar su lugar; que aquel al que una vez se saludaba con júbilo escuche de repente, tan de repente como si todo hubiese sido un sueño, que con el mismo júbilo se menciona del nombre de otro; que aquel cuya atractiva figura era conocida por todos se contemple a sí mismo un instante después con la angustia de la inseguridad, como si él mismo hubiese perdido el raciocinio o el mundo, la memoria, pues lo confunde con otro; que el maestro que ayer mismo estaba en un puesto más elevado que su discípulo deba hoy doblar la espalda ante el progreso de éste; que el mercader cuya bondad puso al sirviente en camino vea ahora que el camino de éste anuncia la ruina del benefactor; que la muchacha que una vez llenó el pensamiento de su amado tenga que ver ahora los audaces esfuerzos de éste en pos de una meta más alta; que el cantante cuya palabra estaba en boca de todos esté hoy olvidado, y sus canciones más que reemplazadas; que el orador cuya palabra hallaba eco en todas partes deba buscar ahora la soledad del desierto si desea un eco; que el amigo de la juventud, que llevaba el mismo yugo[101] que su compañero, se sorprenda ahora al ver la
273 distancia; que la humilde | casa en la que vivían los padres, y donde la cuna yacía en la pobreza, sucumba ahora como un recuerdo que el poderoso no recupera — ¿quién no sabe que esto ha sucedido y sucede en este mundo? Y, sin embargo, ¡qué extraño! Si permites que tu pensamiento se detenga en los destacados cuya memoria han conservado las generaciones, verás que son cosas sumamente diferentes las que han hecho que los individuos se destaquen, y verás también que varios se han destacado en lo mismo; pero te parece que en esa

diversidad, de alguna manera, falta un sitio, por más que la falta sea contradictoria, pues ¿cómo habría de hallar sitio en el recuerdo aquel cuya tarea consistió en conformarse con ese hecho — ser olvidado? Pero precisamente por eso es importante que uno lo piense para sí mismo, y por eso es tan bello hacerlo, porque ninguna recompensa terrenal invita a ello.

Meditemos más precisamente, entonces, acerca de cuál es la recta disposición de ánimo, y, lo que es lo mismo, pensemos cómo Juan pronunció aquellas palabras: *preciso es que él crezca y yo mengüe.*

Juan las pronunció con *humilde abnegación.* Así fue como comprendió desde el comienzo mismo su misión en el mundo, y así fue como, de alguna manera, desde el comienzo mismo emprendió su descenso o, cuanto menos, la idea del descenso le fue familiar; si no, al granjearse en exceso la atención de la muchedumbre o al retenerla demasiado tiempo, habría dificultado el camino de aquel que habría de venir. En este sentido parece que la vida del Bautista es de una índole particular y no puede servir de guía a otros. Sin embargo, en circunstancias más modestas es posible hallar también algo equivalente a una misión como ésa. Desde aquellos días, muchas veces han nacido hombres cuya determinación sólo fue abrir el camino, y que tempranamente debieron tomar conciencia de que ésa era su obra. Todos esos están entonces, desde el comienzo mismo, remitidos a la abnegación, y no deben experimentar primero la aclamación que, cuanto más se mantiene, tanto más fácilmente viene a embelesar con su sortilegio el poder liberador y libertador de la abnegación; pero, por otra parte, ninguno de ellos ha hallado tampoco, ni en la esperanza de la juventud ni en las proezas de la madurez, el bello tiempo en el que el sol detiene su curso, se queda quieto y retrasa su descenso[102]. No habremos de decidir cuál es la vida que hace que el buen combate resulte más leve, pero en esto sí estamos todos | de 274
acuerdo: que a todo hombre le es preciso combatir el buen combate[103], del que nadie está excluido; y, sin embargo, éste es tan grandioso que, si hubiera sido concedido por una única vez a una generación pasada y bajo condiciones especiales, ¡con cuánta envidia y desazón se lo describiría! La diferencia es poco más o menos la misma que la que se da en relación con la idea de la muerte. Tan pronto como un hombre nace, comienza a morir, pero la diferencia consiste en que hay algunos hombres para quienes la idea de la muerte surge con su nacimiento y está junto a ellos en la queda tranquilidad de la infancia y en el ánimo ligero de la juventud; otros, en cambio,

tienen un tiempo en el que ese pensamiento no está en ellos, hasta que, pasados los años que son los de una vida, la idea de la muerte se cruza en su camino. ¿Quién podría decidir cuál fue la vida más fácil, si la de aquellos que vivieron siempre con cierta reticencia, porque la idea de la muerte estaba en ellos, o la de quienes se entregaron a la vida de manera tal que casi olvidaron que la muerte existía? Y aunque, en este aspecto, el ejemplo de Juan no es adecuado a todos, a ellos les es adecuado, para ellos puede ser una guía, pues también aquí hay tentaciones. ¿O no fue una tentación el hecho de que los emisarios del consejo casi provocaron que se malinterpretara a sí mismo? Pero Juan se aferró a aquello que había comprendido para sí mismo: su humilde obra y su humilde relación con el que vendría; el consejo no lo perturbó. — En las pequeñas circunstancias de la vida cotidiana se encuentra con facilidad el equivalente, en parte o totalmente, y el hecho de que las circunstancias sean menores, que no sean decisivas en todos los sentidos aceptados, que no valgan para la historia universal ni para la historia, no es una diferencia esencial, de la misma manera que una cuenta sigue siendo la misma ya sea que se refiera a millones o a centavos. Tan pronto como el niño nace, comienza la humilde abnegación de los padres, siempre que estos se comprendan rectamente a sí mismos. No se supone que el niño deba ser un amo que no escucha ni obedece; pero, pese a esta sujeción a los mayores, el niño es lo esencial, y es bello escuchar junto a la expresión de alegría porque un niño ha nacido al mundo: preciso es que él crezca y que nosotros mengüemos. ¿O no sería un pensamiento necio que alguien opinara que esto sólo sería válido para una época muy posterior y para algunos padres que, sorprendidos, descubrieran que su niño se destacara con respecto a los demás? Ese pensamiento, en realidad, ¿no ofende a los padres, puesto que éstos, por más que hubieran combatido el buen combate, lo habrían malogrado y habrían
275 ocasionado así algo aberrante, | y puesto que, olvidando que eran padres, más bien habrían combatido el buen combate como si hubieran sido ajenos con relación a alguien ajeno? ¿Y qué de los muchos a quienes el sublime ejemplo del Bautista se adecua totalmente, aunque con modestia; los muchos que tempranamente se ven conducidos a comprender con humildad que la figura de un siervo no es para ellos una figura postiza[104]; los que tempranamente se ven llevados a pensar que hay otro delante de ellos, y que es preciso que éste crezca mientras ellos menguan? Tal vez ellos suelan recibir también un consejo proveniente de los puestos superiores, una invitación equívoca, un falso llamamiento; pero habría también aquellos que, entonces, no se verían perturbados en su humilde abnegación, ni se aferrarían

torpemente a espejismos, ni se mostrarían disconformes y reacios a permanecer en la pobreza. Pero aunque un hombre (cualquiera sea la circunstancia de su abnegación, pues lo esencial de la abnegación es precisamente que uno se niegue a sí mismo) no comprendiera desde el mismo comienzo que ha de descender, aun así no le sería totalmente extraño el pensamiento de poder llegar a hacerlo. Todo hombre es sólo un instrumento, y no sabe cuándo llega el instante en que es dejado de lado. Si él mismo no evoca a veces este pensamiento, entonces es un mercenario[105], un siervo desleal que busca liberarse a sí mismo y engañar al amo respecto de la incertidumbre en la que percibe su propia nulidad. Que muchas cosas son vanas en la vida, eso lo saben los hombres, ¡pero cuán a menudo el individuo hace una excepción! Y, sin embargo, incluso la más elevada misión en el mundo del espíritu no es más que un encargo, y el que está equipado para ella con todas las dotes del espíritu no es más que un encargado. ¿Y por qué es tan bello el envío de los ángeles, sino porque estos, al volver tan rápidamente al trono de Dios, no tienen tiempo de ser tentados por la idea de que cuiden sus propios asuntos? En el evangelio es el amo el que sale de viaje, y el siervo desleal cree que ha viajado tan lejos, que ya no vuelve[106]; en la vida es el siervo el que sale de viaje, y el siervo desleal se engaña a sí mismo pensando que puede viajar tan lejos, que el amo no puede despojarlo de lo que le ha confiado. Pero el oro y los bienes pueden desparecer como un sueño, y los honores de los hombres se transforman rápidamente en burla, y el tiempo del servicio puede terminarse pronto. Pero la idea de un tal licenciamiento libera al siervo y hace de él un colaborador de Dios[107], tanto como la idea de la muerte libera al hombre, librándolo de ser un vasallo que sólo quiere pertenecer a la tierra, de ser un impostor que no quiere pertenecer a Dios.

| Con humilde abnegación pronunció el Bautista esas palabras; 276
pero ¿no parece, aún en otro sentido, que sus condiciones menos aún pueden servirle a alguien como guía y ejemplo? Pues el que vino después de él le rindió verdaderamente justicia. Así como la humilde abnegación con la que Juan preparó el camino para el que vendría se ha visto raramente en este mundo, tampoco se ha visto jamás un advenimiento tan apacible y manso[108] como el de aquel que no vino para que lo sirvieran, sino para servir[109]. Muy a menudo, en cambio, el sucesor llega de tal manera que sus pasos lejanos no hacen sino despertar el temor y el enfado del precursor, que no parece que su venida sea para completar sino para derribar lo comenzado, y que hasta «sus pies están ya a la puerta para llevárselo» (Hch 5,9)[110]. Es cierto, pero ello no implica que una injusticia corrija a la otra, aunque

parezca explicarla e incluso disculparla; y, de todos modos, es preciso que lo bueno acontezca, y acontecerá, si «el espíritu que mora en nosotros no se deja llevar por la envidia, sino que da mayor gracia» (Sant 4,5-6)[111]. Aun si los pasos de aquel que vino después de Juan fueron humildes y no pudieron ser ofensivos; aun si su aparición no fue una tentación para el Bautista, porque el que vino después de él «había estado antes que él»[112]; aunque hubiera testimoniado que fue el más grande entre los nacidos de una mujer, aun así ha dicho también que el menor de sus seguidores era mayor que Juan. ¿Podría acaso expresarse de manera más nítida que toda la obra de Juan había de ser abolida, que su bautizo era una preparación que había que abandonar, que su sermón era una voz en el desierto, que su figura era sólo una sombra desprovista de poder, que su propia vida era una exclusión? Y, sin embargo, Juan no había causado esa exclusión porque le faltara la fe, sino que su obra fue precisamente la que llevó a cabo con todo su celo.

Con humilde abnegación pronunció Juan esas palabras y las dijo a sus discípulos. A los ojos de éstos, sin embargo, él era algo grandioso, estaban habituados a saludarlo como a un maestro, y acaso habían abrigado en el silencio de su mente el pensamiento de que era él quien había de venir[113], pues el Bautista podría haber deseado callarlo ante ellos. Ahora había llegado aquel a quien se esperaba, y los desazonados discípulos confiaban en que la noticia que le traían al Bautista le haría revelar la deseada explicación. Aquel a quien se esperaba había llegado, el Bautista pudo haberle cedido la escena poniéndose él mismo a un lado, haberse ocultado en un rincón junto
277 con | los discípulos y seguir siendo el maestro a los ojos de éstos, por más que él mismo no hubiera expresado ese pensamiento y menos aún hubiera dejado que saliera al mundo, en el que sólo habría sido un obstáculo para aquel cuyo camino él había de preparar. ¡Cuán provechoso es contemplar lo venerable! Incluso aquello que, humanamente hablando, habría sido perdonable y hasta encomiable, uno se avergüenza de atribuírselo al Bautista; y no sólo porque se haya dicho lo contrario, sino que, aunque nada se hubiera dicho, ¿quién incurriría en el engaño de asignarle esos pensamientos? Él se mantuvo fiel a sí mismo; lo que había proclamado en el desierto antes de la llegada del que vendría, lo que había predicado ante el pueblo, de eso mismo dio testimonio a los discípulos cuando la noticia que éstos le trajeron parecía solicitar otra respuesta. Los instó a testimoniar junto con él que ése había sido su testimonio desde el comienzo, y los discípulos debieron, a su vez, testimoniar junto con él que ese testimonio era su conclusión, su sí y su amén.

Ese fue el caso de Juan. Si es cierto que hay un equivalente en las circunstancias menores de la vida, ¿significa esto que todo aquello que pueda parecerse a Juan se le parece realmente? Tal vez se tratara de aquel a quien no se le escapaba que un nuevo día había comenzado a amanecer; quién había de ser el sucesor, eso no se podía definir aún — entonces no sabría nada. Pero el despuntar del día no podía pasar desapercibido y, no pudiendo determinar quién era el que vendría, ordenó, como Herodes, que se asesinara a todos los niños menores de dos años[114]. — Tal vez se tratara de aquel para quien el sol de su fortuna comenzaba a declinar, el favorecido era otro. Claro que la disputa de la verdad no consistía en quién hubiera de ser el afortunado; entonces deliberó en la maldad, y la flecha de la venganza, la que vuela en la penumbra, alcanzó al aborrecido. — Tal vez había ascendido al trono un nuevo faraón que no conocía a José ni sabía de sus méritos[115], pero aquel que había sido olvidado hizo él mismo que sus méritos fueran olvidados por quien le conocía, y entonces conoció su rencor. — O se ocultó de los hombres, no quiso servir de provecho a lo nuevo con su testimonio, soportó el oprobio de que su tiempo hubiera pasado, como si el oprobio fuera justamente que su tiempo hubiera pasado, y no que su alma fuera ajena a la humildad y a la abnegación. — Tal vez se tratara de aquel que, viendo su propio descenso, se sumió en la grima y se marchitó en ella, como si ese descenso fuera la muerte, como si sólo creciera aquel que fue plantado a la vera del arroyo[116], y no también aquel que se planta en la tierra
bendita de la abnegación. — ¡Sí, | son tantos los caminos a la hora de 278
la decisión! Y, sin embargo, hay un solo camino, los otros son desvíos, por más que lleven allí donde la envidia traza sus planes, o donde la amargura tiene su morada, donde la larva de la concupiscencia no muere, donde el desconsuelo contempla fijamente su pérdida, donde la burla atemoriza a los demás con su miserable sabiduría, donde la lengua de la calumnia traiciona a la abundancia de corazón — todos esos caminos alejan, y mucho, el pensamiento no se atreve siquiera a seguirlos. Pero la humilde abnegación sigue siendo fiel a sí misma y continúa de acuerdo con aquel que ha de crecer, aunque uno mismo haya de menguar como lo hizo Juan; pues, con ese testimonio, su sol descendió, y, no obstante, ¿cuándo fue más grande que en ese instante? Pero entonces creció también él, y fue más grande, puesto que descendió.

Con sincera alegría dijo Juan esas palabras. Si tú, oyente mío, si, tal como lo haces, recuerdas el severo sermón del Bautista en pos de la conversión, su profética intrepidez al juzgar a los de arriba y a los

de abajo, la sagrada cólera con la que puso el hacha al pie del árbol[117] — entonces debe conmoverte profundamente pensar en la triste dulzura, la alegre intimidad con la que habla de su relación con el que vendría. ¡Que bajo una túnica de pelo de camello pueda también latir un corazón tan lleno de sentimientos, no sólo por la verdad y la justicia a las que su vida estaba consagrada! ¡Que haya podido conservar ese sentimiento allá en el desierto! ¡Que el silencioso soplo de la abnegada alegría pueda percibirse por encima de los truenos del juicio que castiga! Su enunciado designa todo cuanto ha de designar, pero la expresión, en cambio, es tan solemne, es tan festivamente bella, que uno se ve casi tentado a imaginar la austera figura del Bautista vestida de gala, como si se dirigiera a un festín[118], como un hombre amable que trajera sus felicitaciones — sí, como si ese serio y oscuro hombre solitario, que declamaba tristemente ante el pueblo aun cuando éste no quisiera llorar, fuera danzando suavemente al son de la alegría, y tampoco ésta fuera comprendida por los niños de la plaza[119], aunque les concerniera a ellos — y el Bautista fue el primero en ser excluido. ¡Ah, hay una emoción que abunda en bellas palabras y que muy fácilmente se diluye en blandos temperamentos; pero cuando el que se suaviza es un hombre vestido con una túnica de pelo de camello y al que las tormentas no conmueven, a quién no emocionarían sus palabras! Su temperamento no es un sentimiento falto de verdad, sino que, por el contrario, es el juicio de la verdad que está presente y divide en la palabra que pronuncia; y el juez celoso se ha juzgado
279 primero a sí | mismo: «un hombre no puede tomar nada que no le
haya sido dado por el cielo» (v. 27)[120]. Ésas son las palabras con las que se juzga a sí mismo, discerniendo entre él mismo y el que ha de venir; el que habla es el juez y, sin embargo, lo pronunciado celebra el hecho de haberlo llevado a su término. Ahora que ha puesto la casa en orden, brinda su saludo de boda: «El que tiene esposa es el esposo, pero el amigo del esposo, que le acompaña y escucha, se alegra grandemente de escuchar la voz del esposo. Mi alegría es perfecta» (v. 29)[121]. Entonces recapacita sobre sí mismo y sobre su situación: que él es el extraño, sí, el excluido, y éstas son sus palabras de despedida: preciso es que él crezca y yo mengüe.

Con sincera alegría dijo esas palabras. Es verdad que toda su vida había transcurrido justamente en función de la llegada de aquel que ahora llegaba y, en este sentido, debía alegrarlo. Pero eso no implicaba todavía que su alegría fuera perfecta; así como no debemos olvidar tampoco que el hecho de que él mismo hubiera entendido su vida de esa manera desde el principio era obra de su noble abnegación,

cuyo triunfo consiste en que la alegría sea perfecta. Es verdad que no vio que el que venía lo rechazaba de modo indiferente, sino que lo vio avanzar como un príncipe de la paz; pero el testimonio seguía siendo el mismo. Si ningún otro comprendía aún el devorador abismo que había entre el que venía y el Bautista, él sí lo comprendía, y lo expresaba con exactitud, como también su alegría por el hecho de que fuese precisamente así. Esa alegría era para él perfecta: que se lo viera en toda su humildad junto a la gloria del que venía. Si esto no hubiese sido evidente, entonces su alegría no habría sido perfecta para él. No es sorprendente que el creyente se alegrara por el hecho de que la gloria de aquel a quien se esperaba fuera la gloria de Dios, pues llegó a ser partícipe de ella y, por ello, mayor que Juan; pero él era, en efecto, el que menguaba.

Con sincera alegría dijo esas palabras; ¿o acaso encuentras algo fraudulento en su boca, algún sentimiento falso que oculta la verdad, alguna verdad a medias maquillada con sentimientos exacerbados? La expresión misma es tan íntima, tan bella como aquello que expresa, lo cual, en efecto, es lo más bello: la sincera alegría de la abnegación. Y su verdad. Bien sabemos que hay una sabiduría que es particularmente apta para comprender el pasado con posterioridad, para tranquilizar
el ánimo de los que están | muertos y olvidados, para guiar a aquellos 280
que se las arreglaron por sí mismos, para ofrecer un consuelo que no concierne a ningún ser humano. Esa sabiduría, que nunca se atreve a traer el pasado a la vida, para que no se delate que nada sabe en el instante de la decisión sino que lo sabe todo con posterioridad, esa sabiduría explicaría, en este caso, que Juan siguió teniendo pese a todo una exigua importancia en tanto preparación, una justificación parcial en tanto que transición hacia lo más alto. No fue así como Juan lo comprendió, no fue así como quiso que se le comprendiera, su abnegación fue más profunda, y por eso su alegría fue superior. El que tiene esposa, dice, es el esposo. No podía expresar con más precisión el hecho de que él mismo había sido excluido. Percibió infinitamente la diferencia, no se aproximó de modo insistente, pero por eso la alegría fue para él perfecta. Él era el amigo del esposo que le acompaña y oye su voz y se alegra enormemente; pero el menor en el reino de los cielos es mayor que Juan, pues no está fuera oyendo la voz del esposo.

Con sincera alegría dijo Juan esas palabras, y las dijo a sus discípulos. Y, sin embargo, aunque su alegría fuese perfecta, podría haberla guardado en su corazón, podría haberla expresado de manera menos precisa, y no de modo tal que su propia mengua resultara evidente para los discípulos, los cuales no estaban formados para comprender su alegría. Sí, podría haberlo hecho por los discípulos, para que éstos,

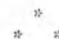
que, pese al testimonio, tal vez habían cifrado su esperanza en él, no tuvieran que sentir de un modo demasiado profundo cuán profundamente menguaban junto al maestro. ¡Pero no! Su alegría era para él perfecta en la medida en que él mismo menguaba. Así como la alegría de los fieles en el cielo ha de ser grande en virtud de la gloria, así también su alegría era perfecta en la mengua.

Ése fue el caso de Juan, y el individuo debe llevar a cabo algo semejante en circunstancias menores; si ha aprendido primero a negarse humildemente a sí mismo y a dominar su ánimo, entonces la alegría vencerá también. Pero primero debe aprender lo primero, y después lo más grande; primero se inicia uno en el misterio menor, después, en el mayor. Y nadie se atrevería a prescindir totalmente de ese pensamiento. En tiempos antiguos era costumbre que uno meditara con frecuencia acerca de su muerte hasta que, habiendo alcanzado una tranquila familiaridad con ese pensamiento, éste no perturbara en modo alguno la obra de la vida; la familiaridad con el pensamiento era tal, que hasta se tenía tiempo para considerar los adornos y dejarlo todo preparado. Así también aquél que a su debido tiempo alcanzó
281 | familiaridad con el mortal pensamiento de la abnegación, también él tendrá tiempo para meditar en la perfección de la alegría, que es el adorno incorruptible de la abnegación.

Y, sin embargo, la vida parece atestiguar lo contrario: no que ello no pueda suceder, sino que no sucede. Sería ya grandioso, humanamente hablando, que alguien se negara a sí mismo y hallara que otro debiera crecer y él, menguar; que lo aceptara con la rara y desconsolada conciliación con la que se acepta un destino. Un antiguo poeta pagano, cuya fama era grande, pero que, avanzado en años, solía tener la idea de que su tiempo terminaría pronto, dijo una vez a un rubio jovencito que, a su lado, observaba un torneo: «Ya ves, hijo mío, lo que sucede: el vencido calla y la gente aplaude»[122]. Eso es lo que sucede, y el aplauso no es para el vencido, sino que éste sigue su camino solitario y acepta haber sido vencido, y no abriga rencor alguno para con el vencedor — pero que tenga que ser visto en la arena, que tenga que alegrarse por la victoria del otro, eso sería pedir demasiado, y sería injusto que su alegría tuviera que ser perfecta. — Tal vez se trate de aquel que también vio crecer al otro, y no hubo envidia oculta en su corazón, pero su felicitación fue ambigua y no agradable al oído. — O no podía olvidarse de sí mismo al oír la voz del esposo, y su congratulación traía a colación su propia importancia, de manera que la alegría no era ni llegaba a ser perfecta. — O su alegría era de tal índole, que hacía que la atención de algún que otro se dirigiera a él, y no al que estaba alegre. — O, incluso en el

instante de la alegría, «suspiraba contra» (Sant 5,9)[123] el más fuerte, porque él mismo debía menguar. — O permanecía completamente aparte, porque su ánimo era demasiado débil como para conservar la alegría al tener que escuchar la voz del esposo. — O su corazón encerraba más alegría de la que él reconocía, incluso ante los allegados. — — Pero la alegría de Juan era perfecta; él era el amigo del esposo, y su alegría era perfecta; le acompañaba, y su alegría era perfecta; escuchaba su voz, y su alegría era perfecta.

Preciso es que él crezca: ¿quién es este «él»? En el sentido en que hemos hablado, cualquiera puede referirse a él con otro nombre, pues así se alternan las cosas en la tierra, uno crece, y el otro declina, hoy soy yo y mañana eres tú. Pero el ánimo de aquel que con humilde
abnegación y con | sincera alegría vio crecer al otro ha de volverse 282
también hacia una nueva alegría, y esa su nueva alegría ha de llegar a ser perfecta.



Un antiguo refrán dice que todos prefieren ver la salida del sol más bien que su puesta. ¿Cómo que «todos»? ¿Acaso también aquel cuyo sol es el que se pone? ¡Sí! Pues también él aspira a alegrarse como el amigo del esposo, cuando acompaña al esposo y oye su voz.

NOTAS

1. Alusión al hecho de que el autor no había sido ordenado como pastor. La indicación se repite en los prefacios a las restantes colecciones de *Discursos edificantes* y a los *Tres discursos para ocasiones supuestas*. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos discursos edificantes* de 1843, nota 2.
2. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos discursos edificantes* de 1843, nota 3.
3. *GT 1740*: «Y piensa en tu Creador en los días de tu juventud, mientras los días malos aún no llegan, y vendrán los años en que dirás: no me causan placer»; *NC*: «En los días de la juventud acuérdate de tu Hacedor; antes de que vengan los días malos y lleguen los años en que dirás: 'no tengo ya contento'».
4. *Ligegyldig, lige gyldig*. El primer término tiene en danés el significado corriente de «indiferente». Al separar los dos componentes del mismo, el autor da lugar a una expresión que cabría traducir también por «igualmente válido».
5. Las ideas expuestas en este párrafo se remontan a las más tempranas anotaciones del autor en sus *Diarios*: «... se trata de hallar una verdad que es verdad *para mí*, de encontrar *la idea por la cual he de vivir y morir*. ¿Y de qué me serviría, para tal fin, que encontrara una así llamada verdad objetiva; [...]? [...] ¿De qué me serviría que la verdad estuviera ante mí, fría y desnuda, indiferente al hecho de que yo la reconociera o no, causando un angustioso escalofrío más bien que una confiada entrega?» (*SKS* 17, 24 [AA 12, 1835] [*Pap.* I A 75]).
6. En tiempos de Kierkegaard se ponía en duda que el rey Salomón hubiese sido el autor del *Eclesiastés*.
7. Referencia no identificada.
8. En la Biblia danesa, el título del *Eclesiastés* se traduce directamente del hebreo *Kohelet* como *Prædikeren*: «El Predicador».
9. Cf. Mt 16,26.
10. Cf. Sal 119,105.
11. Alusión a la creencia popular referida a la existencia de un ser sobrenatural dotado de una linterna y que extraviaba a quienes le seguían en la oscuridad de la noche.
12. Ecl 1,3.
13. Ecl 1,2; 12,8. De acuerdo a diversos pasajes del *Eclesiastés*, toda obra y todo trabajo es vanidad, así como todo contento y todo bien, la sabiduría y la ciencia, la justicia y la honestidad, el dinero, los bienes y los honores, la infancia y juventud.

14. Cf. Ecl 11,9; 11,10 (*GT 1740*).
15. Cf. Ecl 12,1.
16. *NC*: «creído en vano».
17. *NC*: «y se debilitará el ruido del molino y el canto de los pájaros, y se atenuarán las canciones».
18. Mt 18,3.
19. Rom 12,15.
20. Alusión al refrán popular: «Los niños que se parecen juegan mejor», recogido en la antología de N. F. S. Grundtvig *Danske Ordsprog og Mundheld* [Proverbios y refranes daneses], Copenhague, 1845, ctl. 1549, p. 60.
21. Cf. Ex 1.
22. Alusión a la costumbre de depositar un regalo en la cuna del niño que ha sido bautizado.
23. Referencia a Baruch Spinoza y la afirmación contenida en *Tractatus theologico-politicus*; cf. *Benedicti de Spinoza opera philosophica omnia*, ed. A. F. Gfrörer, Stuttgart, 1830, ctl. 788, pp. 142-144.
24. Ex 20,11. El giro preciso utilizado por Kierkegaard parece estar tomado del catecismo de N. E. Balle, *Lærebog i den Evangelisk-christelige Religion, indrettet i Brug i de danske Skoler* [Libro de doctrina de la religión cristiana evangélica, adaptado al uso en las escuelas danesas], Copenhague, 1791, ctl. 183.
25. Referencia a Lucilio (Julius Caesar) Vanini, condenado a la hoguera en Toulouse en 1619 a causa de sus ideas panteístas.
26. Cf. Sal 90,4.
27. Cf. Gn 1,31.
28. Cf. Heb 17,28.
29. Cf. Lc 15,4-9.
30. Referencia a Diógenes de Sínope; cf. *Diogen Laërtses filosofiske Historie, eller: navnkundige Filosofers Levnet, Meninger og sindrige Udsagn, i ti Bøger* [Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y dichos ingeniosos de filósofos ilustres, en diez libros*], trad. B. Riisbrigh, vols. 1-2, Copenhague, 1812, ctl. 1110-1111, vol. 1, p. 247.
31. Cf. Col 2,19.
32. Mt 18,10.
33. Cf. Dt 27,17-19; 19,14.
34. Cf. Ecl 1,18.
35. Ecl 12,1.
36. A saber, los dos primeros libros del Pentateuco, *Génesis* y *Éxodo*.
37. Cf. 1 Jn 2,17.
38. 1 Pe 1,25.
39. Rom 4,18 (*NT 1819*; cf. *NC*: «contra toda esperanza, creyó...»). Sobre el giro «expresión oscura» o «discurso oscuro», véase nota 49.
40. Cf. Mt 19,6.
41. Cf. Mt 14,13-21; Jn 6,1-13.
42. Cf. Sal 103,16.
43. El autor se refiere en realidad a Mt 6,7-8.
44. *NT 1819*; cf. *NC*: «engendrar disputas».
45. Mt 6,20-21.
46. Cf. Lc 16,1-13.
47. Cf. Jn 14,2-3.
48. *NT 1819*: «Mas buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas os serán añadidas».
49. Cf. Nm 12,8 (*GT 1740*: «Le hablaré directamente y de modo visible, no con un discurso oscuro»; *NC*: «Cara a cara hablo con él, y a las claras, no por figuras»); cf. 1 Cor 13,12.

50. «Medida» y «meta» corresponden en esta frase al mismo término danés: *Maal*. En las líneas subsiguientes, utilizamos también el término «medida» en la traducción del danés *Maalestok*.
51. 2 Cor 4,17-18.
52. Referencia no identificada.
53. Cf. Hch 9,1-9; Gal 1,13-16.
54. Cf. 2 Cor 12,2.
55. Cf. Hch 26,1-32.
56. Variación del texto paulino de 1 Cor 1,22-23, utilizada por Kierkegaard como una expresión fija en numerosos pasajes de su obra. Cf. *NC*: «Porque los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles».
57. Cf. 2 Cor 6,4-5.
58. Cf. Flp 4,7, donde es la «paz de Dios» la que «sobrepuja todo entendimiento» (*NC*).
59. Cf. 1 Cor 9,26 (*NT 1819*; cf. *NC*: «corro no como a la ventura»; «lucho no como quien azota el aire»).
60. Cf. la elaboración de esta imagen en una anotación contenida en *Diarios* de 1835; *SKS* 17, 24n [AA 12, 1835] (*Pap.* I A 75): «Pues sólo unos pocos hombres carecen de experiencia; pero ¿en cuántos de ellos las diferentes expresiones de la vida no son como las figuras que el mar dibuja en la arena para enseguida volver a borrarlas sin dejar rastro?». Para el contexto parcial de esta referencia, véase aquí mismo nota 5.
61. Cf. Jer 16,19.
62. Cf. Mt 19,16-22.
63. Cf. Mt 8,19-22.
64. Dt 25,4: «¡No pongas bozal al buey que trilla!». Cf. 1 Tim 5,18.
65. Mt 6,4.6.18 (*NC*: «que ve lo oculto»; «que ve en lo escondido»; «que ve en lo secreto»; *NT 1819*: «*som skuer i Løndom*»).
66. Cf. Ap 7,17.
67. Cf. Flp. 3,10 (*NT 1819*), donde esta expresión se refiere a la participación en los sufrimientos de Cristo; *NC*: «participación en sus padecimientos». Cf. los *Cuadernos de Notas* del autor, *Pap.* III A 181; *SKS* 19, 236 [*Notesbog* 8, 35]: «Y en verdad hay una comunidad de los sufrimientos con Dios, un pacto de lágrimas que en sí mismo y por sí mismo es muy bello».
68. Cf. Mt 19,23-24.
69. 2 Cor 4,18.
70. Refrán popular; cf. E. Mau, *Dansk Ordsprog-Skat* [Tesauro de proverbios daneses], cit., vol. 2, p. 604.
71. Cf. Mt 9,17.
72. Cf. el relato de la resurrección de Lázaro, Jn 11,4.
73. Expresión utilizada por G. E. Lessing en su escrito polémico *Eine Duplik* [Una duplicación], en *Gotthold Ephraim Lessing's sämmtliche Schriften*, vols. 1-32, Berlin, 1825-1828, ctl. 1747-1762, vol. 5, p. 113.
74. Cf. 1 Sam 5,1-5. Dagón: deidad de los filisteos.
75. *NT 1819*; cf. *NC*: «que nadie os engañe con filosofía y vanas falacias».
76. La expresión es utilizada por Heródoto con relación a uno de los regimientos del ejército persa. Cf. *Die Geschichten des Herodotos*, trad. F. Lange, vols. 1-2, Berlin, 1811-1812, ctl. 1117, vol. 2, p. 178.
77. Cf. Mt 6,2.5.16 (*NT 1819*).
78. Lc 17,10.
79. Cf. Mt 20,1-16.
80. Cf. Mc 10,17-30.

81. Cf. Lc 23,39-43.
82. Cf. G. E. Lessing, *Eine Duplik*, cit., p. 100.
83. Cf. Job 9,2-3.
84. Cf. Mt 14,22-33.
85. Cf. Mt 16,26 (*NT 1819*).
86. Jn 3,29-30 (*NC*: «Pues así este mi gozo es cumplido. Preciso es que Él crezca y yo mengüe»; *NT 1819*: «Esta mi alegría es perfecta. Es preciso que él crezca, pero que yo mengüe»). De acuerdo a la cita bíblica y a la metáfora de la luz solar desarrollada por el autor, utilizamos en la traducción de este discurso el verbo «menguar» como equivalente del danés *forringes*. La remisión de éste último al adjetivo *ringe* (humilde, modesto, pobre) nos autorizaría igualmente a escoger el término «empobrecerse». Tal es el sentido que el mismo verbo danés tiene en la traducción de Flp 2,7 según *NT 1819* (cf. *NC*: «se anonadó»). Téngase en cuenta, sin embargo, que también en el texto griego se trata de dos expresiones diferentes: ελαττουσθαι (Jn 3,30) y εαυτον εκενωσεν (Flp 2,7).
87. Cf. E. Mau, *Dansk Ordsprogs-Skat* [Tesauro de proverbios daneses], vols. 1-2, Copenhague, 1879, vol. 2, n.º 9266, p. 321.
88. Cf. *ibid.*, vol. 2, n.º 9247 s., p. 320.
89. Cf. Jos 2,1-24.
90. Cf. Ex 20,17; Dt 5,21.
91. Cf. Mt 3,1.
92. Cf. Mt 11,7-8; 3,4.
93. Cf. Jn 1,19-23.
94. Cf. Jn 1,21-27.
95. Mt 11,11.
96. Cf. Lc 1,7.
97. Danés: *det Nedgaaende og det Opgaaende*; cf. Lc 1,78 (*BML*): «... por la cordial misericordia de nuestro Dios, a través de la cual nos ha visitado el que surge de lo alto». Cf. *NC*: «... por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, en las que nos visitará el (astro) que surge de lo alto». Cf. *NT 1819*: «... mediante la íntima misericordia de nuestro Dios, por la cual nos ha visitado la luz desde lo alto».
98. La expresión «Oh Jesús, estrella matutina» era el inicio del pregón que los serenos que recorrían las calles de Copenhague debían pronunciar cada hora durante la noche. Cf. *Instruction for Natte-Vægterne i Kiøbenhavn* [Instrucciones para los serenos de Copenhague], Copenhague, 1784. Cf. el sermón de J. P. Mynster «*Døden under Billedet af en Søvn*» [«La muerte bajo la imagen de un sueño»], en *Prædikener paa alle Søn- og Hellig-Dage i Aaret* [Sermones para todos los domingos y días sagrados del año], vols. 1-2, Copenhague, 1837 [1823], ctl. 229-230, n.º 63, vol. 2, p. 3. Cf. Mt 2,1-12; Lc 1,76-79.
99. Cf. Mt 3,11.
100. Cf. Gn 17.
101. La expresión tiene el sentido literal: «tirar en yunta pareja», Cf. 2 Cor 6,14.
102. Cf. Jos 10,12-14.
103. Cf. 2 Tim 4,7.
104. Danés: *paatagen Skikkelse*: figura o forma «tomada», en el sentido del pasaje bíblico de Flp 2,7 (*NT 1819*; cf. *NC*: «... antes se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres». Véase aquí mismo nota 86.
105. Cf. Jn 10,12-13 (*NT 1819*; cf. *NC*: «asalariado»).
106. Cf. Mt 25,14-30; Lc 12,42-48.
107. Cf. 1 Cor 3,9.
108. Cf. los términos utilizados en la descripción profética de la entrada de Jesús en Jerusalén (Zac 9,9).

109. Cf. Mt 20,28.
110. Paráfrasis del texto bíblico. Cf. *NC*: «... los pies de los que han sepultado a tu marido están ya a la puerta, y ésos te llevarán a ti».
111. Paráfrasis del texto bíblico. Cf. *NC*: «¿O pensáis que en vano dice la Escritura: 'El Espíritu que mora en vosotros se deja llevar de la envidia'? Al contrario, Él da mayor gracia. Por lo cual dice: 'Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da la gracia'». Cf. Prov 3,34.
112. Cf. Jn 1,15.
113. Cf. Mt 11,3.
114. Cf. Mt 2,16-18.
115. Cf. Ex 1,8.
116. Cf. Sal 1,3.
117. Cf. Mt 3,7-10.
118. Danés: *Gjestebudshuss*, «casa de banquete». Cf. Ecl 7,2.
119. Cf. Mt 11,16-19.
120. Jn 3,27.
121. Jn 3,29.
122. Cf. Plutarco, *Moralia* 79e, en referencia a Esquilo. Cf. *Plutarchs moralische Abhandlunden*, trad. J. F. S. Kaltwasser, vols. 1-9, Frankfurt a.M., 1783-1800, ctl. 1192-1196, vol. 1, p. 258.
123. *NT 1819*; cf. *NC*: «murmurar contra».

| CUATRO DISCURSOS EDIFICANTES 283

1844

| MDCCCXLIV 285

CUATRO DISCURSOS EDIFICANTES

por

S. KIERKEGAARD

Copenhague
Librería P. G. Philipsen
Imprenta Bianco Luno

| Al difunto 287

Michael Pedersen Kierkegaard,

que fuera calcetero en esta ciudad

mi padre

se dedican estos discursos

Pese a que este pequeño libro (que por algo lleva el título de «discursos» y no el de sermones, porque su autor no tiene autoridad para *predicar*[1]; «discursos edificantes» y no discursos de edificación, porque el que habla no aspira en modo alguno a ser *maestro*) vuelve ahora a salir al mundo, teme menos aún que la primera vez que emprendió su marcha atraer la atención de alguien que pudiese detenerlo; tiene, por el contrario, la esperanza de que quien pase a su lado, a causa de la repetición, no repare en él, o que sólo lo haga para dejarlo atender sus asuntos. Así como el mensajero suele seguir una ruta habitual en horarios determinados, y a veces resulta conocido, tan conocido, que el que pasa a su lado no lo ve y ni siquiera lo busca con la mirada — así también este pequeño libro sale como un mensajero, pero, a diferencia del mensajero, no retorna. Va en busca de ese individuo que yo, con alegría y gratitud, llamo *mi* lector[2], para visitarlo e incluso para quedarse junto a él, pues aquel a quien uno ama, a él se dirige uno y hace su morada junto a él y se queda junto a él si se le permite. Pues tan pronto como aquél lo recibe, deja de ser: no es nada en sí mismo y en virtud sí mismo, sino que, todo cuanto es, lo es sólo para aquél y en virtud de aquél. Y aunque el sendero conduce siempre hacia *mi* lector, y no de vuelta; y aunque el mensajero anterior nunca retorne a casa; y aunque aquel que lo envía nunca llegue a saber de su destino, aun así el mensajero siguiente pasa gallardamente entre la muerte y la vida, sigue valientemente su camino a fin de desaparecer, alegrándose de no tener que retornar nunca a casa — y ésa es justamente la alegría de aquel que lo envía, que va constantemente hacia su lector con el fin de despedirse, y que ahora se despide por última vez.

Copenhague, 9 de agosto de 1844

S. K.

291 # | NECESITAR DE DIOS ES LA SUPREMA PERFECCIÓN DEL HOMBRE[3]

«Un hombre sólo necesita de poco para vivir, y ese poco lo necesita sólo por poco tiempo»[4] — esta es una frase magnánima, digna de ser atendida y comprendida tal como quiere que se la comprenda, pues es demasiado seria como para querer que se la admire como una expresión bella o como un giro atildado. | Así es como se la profiere a veces; uno se la grita al que sufre, tal vez para consolarlo como de paso, tal vez también sólo por decir alguna cosa; uno se la dice a sí mismo, incluso en el día de la felicidad, pues el corazón de un hombre es engañoso y demasiado presto a tomar la magnanimidad en vano, y está orgulloso de necesitar poco — a la vez que requiere mucho; uno se la dice a sí mismo en el día de la indigencia[5], y se da prisa con el fin de acogerse a sí mismo en la meta con admiración — cuando ha llevado a cabo algo grandioso; pero con ello no se ha favorecido a sí mismo ni ha favorecido a la frase. «Sólo se lo necesita por poco tiempo»; pero así como suele ocurrir que el invierno recrudece cuando los días se alargan[6], así también siempre sucede que el invierno de la carencia y del infortunio hace que los días se alarguen, aun cuando el tiempo y la vida son breves. ¿Cuánto es ese poco que el hombre necesita? Esta pregunta no puede responderse propiamente de manera general, e incluso aquel que ha experimentado, si no el hecho de necesitar poco, al menos el tener que arreglárselas con poco, ni siquiera él podría determinar qué es ese poco. Pues así como el tiempo trae a menudo nuevo consuelo al afligido, nueva exoneración al abatido, nueva retribución al que perdió mucho, así también, aunque no deje
292 de quitar, es solícito para con el sufriente; raramente quita todo | de una vez, sino que lo hace poco a poco, y así lo habitúa poco a poco a prescindir, hasta que observa con sorpresa que necesita menos de

lo que otrora consideraba como lo mínimo, como algo tan escaso, que le horrorizaba pensar que podría necesitar tan poco (aunque no se expresara con toda claridad, pues, en realidad, el horror no consiste en necesitar sólo un poco), y casi se exasperaba al imaginarse lo opuesto, a saber, tener que necesitarlo para poder seguir necesitándolo; aunque no se comprendiera a sí mismo totalmente, puesto que la perfección no consistía precisamente en llegar a necesitar más. ¿Pero cuánto es ese poco que el hombre necesita? Dejemos que la vida responda, y que el discurso haga lo que hacen a veces la indigencia y los infortunios de la vida: despojar a un hombre de sus vestiduras a fin de observar cuán poco necesita. Y tú, oyente mío, participa de ello, según puedas o quieras participar de acuerdo a tu situación particular; pues el discurso no ha de despertar espanto, dado que, por el contrario, está pensado para hallar un consuelo, y su intención no es defraudarte, como cuando el hielo y la nieve de la desesperación forman el engañoso torrente que hace que las caravanas desvíen su ruta, avancen por el desierto y se extravíen (Job 6,15-18). No puede causarte espanto, dado que tú mismo lo has experimentado y has hallado consuelo; y si no lo has experimentado, aun así el discurso sólo puede causarte espanto si tu fortaleza se funda en la consideración de que ese tipo de cosas sólo ocurren raramente. ¿Pero quién es entonces el más menesteroso: el que lo ha experimentado, o el necio que, en su molicie y cobardía, no advierte que su sonsuelo es un fraude, que, cuando sobreviene la desdicha, sirve de poco que se trate de un hecho infrecuente? Así, pues, quítaselo: la riqueza y el poder y el señorío, y el traicionero servilismo de los falsos amigos, y la sumisión de los placeres al capricho del deseo, y las triunfantes expresiones de la vanidad ante la adoradora admiración, y la aduladora atención de las masas y toda la envidiada grandeza de su apariencia; lo ha perdido y se contenta con menos. Así como el mundo no puede reconocerlo debido a su enorme transformación, tampoco él puede reconocerse — hasta tal punto se ha transformado, que él, que tanto necesitaba, ahora necesita muchísimo menos. En realidad, comprender cómo esa transformación puede volverlo irreconocible para sí mismo es mucho más fácil y mucho más regocijante que comprender cómo aquella otra puede volverlo irreconocible a los ojos de los hombres; pues no es una tontería aquello de que son las vestiduras las que vuelven irreconocible a un hombre[7], de modo que no se lo conoce | cuando 293
está desvestido. ¿Y no es lamentable que uno admire las vestiduras, y no al hombre? Pero en una consideración más piadosa se ve con facilidad que ese hombre está cambiando de vestidura y poniéndose el traje de gala, pues el traje de bodas terrenal es extremadamente

diferente del celestial. Sin embargo, unos bienes escasos austeramente administrados son ya una gran ganancia, así que despójalo de ello — no de la austeridad, sino de lo último que poseía. No padece la miseria, no se va hambriento a la cama; pero de dónde obtendrá lo requerido, eso no lo sabe, ni por la noche, cuando el sueño lo aleja de las preocupaciones, ni por la mañana, cuando despierta a ellas; sin embargo, lo consigue — ese poco que necesita para vivir. Así, pues, es un hombre pobre, y esa palabra, tan dura de oír, debe oírla pronunciar acerca de sí mismo. A él le parece doblemente dura, pues no fue él quien eligió esa condición, como aquel que se deshizo de sus bienes para probar suerte y que tal vez se acomoda más fácilmente a una pobreza elegida, pero que no por eso es siempre mejor, si sólo renunció a la vanidad en virtud de una vanidad aún mayor. «Necesitar sólo un poco», así decía la frase; pero que uno sepa que necesita sólo un poco y no sepa con certeza, sin embargo, si puede obtener lo poco que necesita — el que soporta esto, necesita sólo un poco, ni siquiera necesita eso que ya es algo: saber que tiene asegurado ese poco. Más que eso no necesita un hombre si es cierto que sólo necesita de poco — para vivir; pues es seguro que encontrará una tumba, y en la tumba necesitan todos los hombres igual de poco. Por más que el hombre muerto posea la tumba en la que yace, tal vez durante cien años (¡ah, que extraña contradicción!), o que le haya costado esfuerzo meterse entre los demás, debiendo combatir incluso en la muerte para conseguir un pequeño sitio: poseen igual de mucho y necesitan igual de poco, y lo necesitan sólo por poco tiempo. Pero el poco tiempo del que habla la frase puede tal vez hacerse largo, pues aunque el camino hacia la tumba no fuese largo, aunque no pocas veces le hayas visto encaminarse penosamente hacia allí, para conquistar con la vista el escaso territorio que tenía la intención de ocupar cuando muerto, ¿no podría el camino resultar de todos modos muy largo en otro sentido? Si perdiera a veces el coraje, si no comprendiera siempre que un hombre sólo necesita de poco, ¿no tendrías otra cosa que decirle, salvo repetir aquella frase? ¿O le dirías aquello que se ofrecería con toda naturalidad, con tanta naturalidad, que tal vez ni siquiera tú
294 | mismo en tu corazón tendrías realmente confianza en ese consuelo que ofreces a otro: que te baste la gracia de Dios[8]?

Detengámonos por un instante, no sea que todo se confunda: el pensamiento y el discurso y el lenguaje; no sea que todo se confunda, que la relación continúe, pero invirtiéndose de manera tal que aquel hombre es el que posee el consuelo y tú el que lo necesita, que sea él el rico y tú el indigente, pese a que era totalmente lo contrario hasta el momento en que escuchaste esas palabritas mágicas que lo

transformaron todo. Tal vez tú mismo no lo notaste, pues uno trata muchas palabras de la misma manera que el niño trata los asuntos importantes, sin descubrir el aguijón del pensamiento que hay en ellas, que hiere mortalmente a fin de salvar la vida. ¡Contentarse con la gracia de Dios! Pues la gracia de Dios es lo más glorioso de todo, no habremos de discutir al respecto, pues, en el fondo, ésa es la más íntima y beatificante convicción de todo ser humano. Pero el pensamiento acerca de ella es algo que el hombre raramente invoca y, al final, cuando quiere ser verdaderamente sincero, aun sin comprender de manera nítida lo que hace, aplica a esta idea aquella antigua frase: el exceso y la escasez lo echan todo a perder[9]. Si el hombre piensa ese pensamiento en lo que tiene de eternamente válido, éste apunta de manera instantánea y fatal a todos sus pensamientos, invenciones y aspiraciones mundanas, lo pone todo del revés, y esto no puede soportarlo por mucho tiempo. Entonces retorna al ámbito inferior de lo mundano, a su discurso y a su manera de pensar habituales. Y cuanto más viejo se vuelve un hombre, tanto más difícil le resulta aprender un nuevo lenguaje, en especial uno que es sumamente diferente. De vez en cuando advierte que hay algo erróneo en el modo como utilizaba esa frase, entremezclada con todo el discurso mundano; la frase le despierta remordimientos y no obtiene bendición alguna de ella. Claro está que la gracia de Dios es lo más glorioso de todo. Pero si un hombre poseyese algo que no es tan glorioso, si poseyese todos los tesoros de la tierra y tú le dijeras: «conténtate con eso», seguramente se reiría de ti. Si él te dijera a ti: «me contentaré con esto», seguramente te indignarías, pues ¡qué más podría pedir, y vaya insolencia la de querer *conformarse* con *lo máximo*! Aquello con lo que uno se contenta debe ser lo poco; pero eso de contentarse con lo más glorioso de todo parece ser un discurso extraño, y también es extraño que esa propuesta de consuelo venga de un ser humano que no la comprende él mismo, como si alguien, no exento de compasiva preocupación, le diera un centavo al indigente y lo exhortara a contentarse con él, | cuando ese centavo convertiría al 295
que lo recibe en poseedor del mundo entero. ¿No sería, pues, extraño que el donador menospreciara el don que ofrece hasta el punto de acompañarlo con una exhortación a la austeridad? ¿O no sería como si un hombre, invitado por el poderoso y dirigiéndose a la casa de banquetes, se encontrara con un pobre y le dijera, para ofrecerle cierto consuelo: «conténtate con sentarte a la mesa en el reino de los cielos»[10]? O si el pobre hablara y dijera: «Ah, no he sido invitado por el poderoso, y tampoco puedo aceptar su invitación, pues estoy invitado a otro sitio[11] y debo contentarme con sentarme a la mesa en

el reino de los cielos» — ¿no sería ése un discurso extraño? Cuanto más uno piensa en ello, tanto más extraños resultan la vida terrena y el lenguaje humano, pues en medio de todas las diferencias terrenales y mundanas, que son suficientemente celosas de sí mismas, se entremezcla de manera irreflexiva la diferencia de Dios, incluso hasta el punto en que, en el fondo, se la excluye. Si uno viene en nombre del rey, se le abren todas las puertas; pero venir en nombre de Dios, eso es lo último en lo que un hombre ha de probarse; y quien deba contentarse con eso, debe contentarse con poco. Si viniera a la puerta del poderoso, y el sirviente de éste no comprendiera siquiera quién es el que envía sus saludos; si el poderoso, en su impaciencia, saliera a la puerta y viese a ese hombre pobre trayendo el saludo de Dios en los cielos — tal vez le cerraría la puerta.

Pero el discurso no quiere tomarte de improviso, oyente mío, ni provocar un efecto repentino. Si la frase dice: *contentarse* con la gracia de Dios, es porque la gracia de Dios no se expresa tal como el hombre quisiera comprenderla, sino que habla de un modo más difícil. En efecto, tan pronto como la gracia de Dios da al hombre lo que desea y apetece, éste no se contenta sólo con la gracia, sino que goza de lo que recibe, y comprende fácilmente, en su parecer, que Dios es misericordioso para con él. Es cierto que éste es un malentendido que nadie debe apresurarse a denostar; pero no por eso debe uno olvidar ejercitarse a su debido tiempo en comprender lo difícil y lo verdadero. Pues, si un hombre puede cerciorarse acerca de la gracia de Dios sin requerir el testimonio temporal como intermediario, ni como intérprete un acontecimiento que a su entender le fuese favorable, en ese caso estará seguro de que la gracia de Dios es lo más grandioso de todo, e intentará gozar de ello de manera tal que no sólo se contentará
296 con ello, y agradecerlo de manera tal que | no se contentará con la gracia: no se quejará por lo que le fue negado, ni de la diferencia de lenguajes entre el eterno reaseguro de Dios y su infantil displicencia que, sin embargo, ya no existe, ahora que «su corazón se fortalece por la gracia y no por alimento» (Heb 13,9). Si un indigente gozara de la amistad de un poderoso, pero este varón poderoso no pudiera hacer nada por él (esto equivale a la ausencia del testimonio terrenal en el caso de la gracia de Dios), el hecho de que tuviera una tal amistad sería ya mucho. Pero en ello reside tal vez la dificultad, pues el indigente podría estar seguro de que ese varón poderoso realmente no era capaz de hacer nada por él, pero ¿cómo podría estar definitivamente seguro de que Dios, que es todopoderoso, no lo puede? De ahí que el pensamiento de la impaciencia deba, por así decirlo, alardear una y otra vez con el hecho de que Dios sí lo puede, y es por eso, es porque

el hombre es tan impaciente, por lo que el lenguaje dice: contentarse con la gracia de Dios. Al comienzo, cuando la impaciencia es más altisonante, ésta no puede comprender que esa austeridad es elogiable; a medida que se acalla y se arrulla en la tranquila incorruptibilidad del hombre interior[12], lo comprende cada vez mejor, hasta que el corazón se conmueve y contempla, cuanto menos a veces, la gloria divina que había asumido una figura humilde[13]. Y si el hombre vuelve a perder de vista esa gloria, de manera que es otra vez lo que de todos modos era mientras la contemplaba, un indigente, y vuelve a parecerle que hace falta austeridad para contentarse con la gracia de Dios, entonces admitirá a veces para sí mismo y con vergüenza que la gracia de Dios es algo con lo que vale la pena contentarse, e incluso lo único que vale la pena procurar y la única posesión beatificante.

Así, poco a poco, pues la gracia de Dios nunca se recibe con violencia, el corazón humano se vuelve, en el buen sentido, más y más pretencioso, es decir, más y más vehemente, añora más y más tener asegurada la gracia. ¡Y he aquí que todo es nuevo, todo ha sido transformado[14]! Con relación a lo terrenal, se trata de necesitar poco y, en la misma medida en que se necesita poco, en esa misma medida se es más perfecto, como decía aquel pagano que sólo sabía hablar de lo terrenal: que la divinidad era bienaventurada porque no necesitaba nada, y que tras ella venía el sabio, porque necesitaba poco[15]. En la relación del hombre con Dios sucede lo contrario: en cuanto aquél más requiere de Dios, tanto más profundamente comprende que necesita a Dios, y | ahora, en su 297
necesidad, se abre paso hacia Dios[16], y es tanto más perfecto. La frase «contentarse con la gracia de Dios» no quiere, por tanto, meramente consolar a un hombre y volver a consolarlo cada vez que las penurias y necesidades terrenas hacen que, terrenamente hablando, le haga falta un consuelo; sino que, cuando aquél ha prestado debida atención a la frase, ésta lo llama aparte, donde él ya no oye el idioma terrenal de la mentalidad mundana ni los discursos de los hombres ni el ruido de los mercaderes, sino que la palabra se transfigura ante él y le confía el secreto de la perfección: que el hecho de necesitar de Dios no es algo de lo cual avergonzarse, sino que es justamente la perfección, y que lo más lamentable sería que un hombre pasara su vida sin darse cuenta de que necesitaba de Dios.

Así, pues, aclarémonos este pensamiento edificante:

Necesitar a Dios es la suprema perfección del hombre

Hay una circunstancia que todos conocen y que, cuanto menos a la manera de un recordatorio pasajero, viene a recordarle a cada

uno que es así, que necesitar a Dios es una perfección. En las iglesias de diferentes países se reza, después del sermón, por el rey y por la casa real[17]. Que se rece por aquellos que están enfermos y apenados no demuestra que el hecho de necesitar a Dios sea una perfección, pues ellos, al fin y al cabo, son los que sufren[18]. Pero el rey, él es el poderoso, e incluso el más poderoso, y sin embargo se reza por él de manera muy especial, y sólo en general por los enfermos y los apenados, si bien la iglesia tiene la esperanza y se reconforta en que Dios en los cielos comprenderá de manera muy especial que, aun cuando la iglesia no piense en alguien determinado, Él piensa en cada cual en particular. Y si no fuera así en el caso del entendimiento de Dios, si sus cargas de gobierno le permitieran también preocuparse sólo en general por el individuo — pues, entonces, ¡que Dios nos ayude! ¡Ah, pero esto es lo último que el hombre dice en su miseria! Aun cuando no puede soportar este último pensamiento, que sólo en general Dios habría de encargarse del individuo, aun entonces dice: «Dios me ayude a soportar este pensamiento», y así, de todos modos, hace que Dios se preocupe por él en especial. Pero ¿por qué se reza por el rey en particular? ¿Es porque él es el poder terrenal y porque
298 el destino de muchos está en sus manos? ¿Es | porque su bienestar es condición del de innumerables otros? ¿Es porque toda «sombra de adversidad»[19] que pasa sobre la casa del rey pasa también sobre el pueblo entero? ¿Es porque su enfermedad interrumpe la actividad del Estado, porque su muerte perturba la vida del Estado? Puede que muchos tengan una preocupación de esa índole, la cual es puramente mundana y no carece de belleza; pero que nadie sea llevado a rezar de otro modo que con la reserva que se requiere cuando rezamos por bienes terrenales, pues al fin y al cabo un rey es también uno de esos bienes terrenales. En este sentido, también la rogativa se volvería más y más íntima en la medida en que la propia vida del que reza estuviera vinculada a él de manera más y más estrecha, hasta que el rezo, finalmente, ya no sería una rogativa, como no es una rogativa el rezo de la esposa por el esposo. Pero la iglesia no puede rezar de esa manera, justamente porque efectúa una rogativa; pero lo hace así porque tiene la seguridad de que cuanto más encumbrado esté un hombre, tanto más necesita de Dios.

Sin embargo, aunque en todas las iglesias se rece por un rey, ello no implica que el rey por el que se reza comprenda que necesitar a Dios es la suprema perfección del hombre. Y aunque el individuo en la iglesia preste su tácito consentimiento a la rogativa, y aunque los muchos que no acuden a la iglesia no tengan nada que objetar a esa rogativa, ello no implica que comprendan de manera devota que,

cuando más alto se asciende en poder y dignidad terrenal, tanto más cerca se está de la rogativa. Al poderoso le sería muy fácil tomarla en vano; al que reza le sería muy fácil pronunciarla en vano. En cambio, comprender con verdadera seriedad lo que ya no se comprende con la seriedad suficiente cuando uno intenta por sí mismo, en lugar de encomendárselo a Dios, acceder a esa conciencia que bien puede angustiar a un hombre hasta hacerle perder toda confianza, y que puede impedirle, cuando éste está por sumirse en su propia nulidad, mantener la cuerda de inmersión que lo liga a lo terrenal en cuanto tal; el hecho de querer comprenderlo con verdadera seriedad hace que la vida resulte difícil: no lo negaremos. Admitámoslo, sin por ello desanimarnos o acobardarnos, durmiéndonos en aquello por lo que otros han debido trabajar; no tomemos en vano las palabras del creyente cuando dice, lleno de entusiasmo, que sus sufrimientos son pasajeros y breves[20], que el yugo de la abnegación es fácil de llevar. Pero, tampoco dudemos de que el yugo de la abnegación es provechoso, que la cruz de los sufrimientos ennoblece a un hombre a pesar de todo, y esperemos en Dios llegar alguna vez hasta el punto de poder hablar también nosotros con ese entusiasmo. Pero no | lo 299
exijamos demasiado pronto, no sea que el entusiasta discurso del creyente nos desanime porque no se cumple de inmediato. A menudo sucede que un hombre graba en su memoria una sola palabra llena de fuerza. Cuando el sufrimiento viene a su casa, recuerda esa palabra, y enseguida cree que ha de triunfar en la alegría de la palabra. Pero ni siquiera un apóstol habla sólo con palabras llenas de fuerza; a veces, también él es débil[21], también él se angustia, dando a entender con ello que la palabra llena de fuerza cuesta mucho, y nunca se la posee hasta el punto de no volver a tener la ocasión de cerciorarse de cuánto ha costado.

Pero, aun cuando esa comprensión haga la vida más difícil, no sólo para la frivolidad del afortunado y para los muchos cuya aspiración es ser como él, sino también para los desafortunados, puesto que la comprensión no funciona como un hechizo, puesto que no funciona de un modo externamente decisivo, ¿habremos de elogiarla de manera dubitativa, o desearla de manera ambigua? Y, sin embargo, es algo preocupante que aquello que ha de ofrecerse como consuelo en la vida comience por hacerla más difícil, para entonces — sí, para entonces hacerla verdaderamente más fácil; pues así es con todos los actos milagrosos de la verdad, como con aquel milagro de la boda de Canaán: la verdad sirve primero el vino malo y guarda el bueno para el final; el engañoso mundo, en cambio, sirve primero el buen vino[22]. Que un hombre haya sido desafortunado, «inmensamente desafor-

tunado»[23], como él mismo dice, no implica que la comprensión que condiciona el consuelo, la comprensión de que él mismo no es capaz de nada en absoluto, haya madurado ya en él. Si él cree que tan sólo le faltan los medios, entonces cree todavía en sí mismo; si cree que, concediéndosele el poder, la admiración de los hombres o la posesión de lo deseado; si cree que la queja contiene una exigencia legítima respecto de algo temporal, que resulta tanto más legítima en cuanto más violenta es la queja — entonces tiene todavía, humanamente hablando, un cáliz amargo que vaciar antes de que llegue el consuelo. Por eso es siempre un asunto difícil para un hombre ofrecer a otro un consuelo semejante, pues cuando el afligido acude a él y él le dice: «sé dónde cabe hallar un consuelo, un consuelo indescriptible que, además, se transforma poco a poco en tu alma hasta convertirse en la suprema alegría», el afligido lo escucha con atención; pero cuando aquél añade: «antes de que llegue ese consuelo, sin embargo, uno debe comprender que uno mismo no es absolutamente nada; luego debe uno
300 destruir | el puente de la probabilidad que quiere poner el deseo y la impaciencia y el apetito y la expectativa en relación con lo deseado, con lo apetecido, con lo esperado; luego debe uno renunciar al trato de la mentalidad mundana con el porvenir; luego, retraerse hacia sí mismo, no como hacia una fortaleza que sigue desafiando al mundo, mientras que el ensimismado se tiene a sí mismo en la fortaleza como su enemigo más peligroso, aunque acaso siguiera el consejo del enemigo al encerrarse de ese modo, sino retraerse hacia sí mismo sumiéndose en su propia nulidad, entregándose a sí mismo a la gracia y a la desgracia»; entonces se iría consternado, como aquel joven rico que tenía muchos bienes[24], por más que no tuviera muchos bienes, pero se le parecería hasta el punto de que no sería posible distinguirlos. O si el afligido se hubiese extraviado y estuviese atrapado en la reflexión, de manera que no consiguiera actuar, puesto que cabría sostener tanto una cosa como la otra, y otro hombre le dijera: «conozco una salida, y puedes estar seguro de la victoria; renuncia al deseo, actúa, actúa con la convicción de que, incluso cuando suceda precisamente lo contrario de lo deseado, de todos modos has vencido»; entonces se retiraría impaciente, porque esa victoria le parecería una derrota, y porque esa salida le parecería más gravosa que la múltiple intranquilidad del alma dubitativa.

¿Qué es, pues, un hombre? ¿Es sólo una joya más en el collar de la creación[25], o no tiene ningún poder, no es capaz de nada? ¿Y cuál es ese poder, qué es lo más alto a lo que puede aspirar? ¿Cuál es la respuesta a esta pregunta cuando la audacia de la juventud se une a la fuerza interrogativa del adulto, cuando esa gloriosa unión está dispuesta a sacrificarlo todo para llevar a cabo lo grandioso, cuando proclama con

ardiente celo: «aunque ningún otro antes lo haya logrado jamás, yo lo lograré; aunque millones hayan desatendido u olvidado la tarea, yo combatiré — pero qué es lo más alto»? Claro que no falsearemos el precio de lo más alto, no negaremos que en este mundo se lo ha alcanzado con poca frecuencia; pues lo más alto es que un hombre se convenza plenamente de que él mismo no puede nada, absolutamente nada. ¡Qué rara dignidad, y no porque un solo individuo nazca con sangre real, puesto que todos nacen para ella! ¡Qué rara sabiduría, y no porque sólo se le ofrezca a algunos, puesto que se le ofrece a todos! ¡Qué maravillosa rareza, que no se rebaja al ser ofrecida a todos y al
poder ser poseída por | todos! Cuando un hombre se vuelve hacia lo 301
exterior, parece que fuera capaz de las cosas más sorprendentes, de cosas que lo satisfarían de manera totalmente diferente y concitarían jubilosa admiración; de hecho, aquella rara sublimidad no es algo de admirar, no es algo que tiente al hombre de los sentidos[26], puesto que éste, por el contrario, juzga al que la admira como a un necio que no sabe qué es eso que admira, y lo manda de vuelta a su casa; o como a un alma engañosa, y lo invita a volver a sí mismo. De acuerdo a la opinión externa, el hombre es la criatura más excelente, pero toda su excelencia está únicamente en lo exterior y es para lo exterior. ¿Y no apunta la flecha de la mirada hacia fuera cada vez que la pasión y el deseo tensan la cuerda? ¿No busca la mano coger algo exterior, no se extiende el brazo del hombre, no sale a conquistar con su astucia? Pero si no quiere ser como un instrumento de guerra al servicio de confusos instintos, e incluso al servicio del mundo, pues es el mundo al que se dirige su anhelo el que despierta el instinto; si no quiere ser como una lira en manos de confusas emociones, o, más bien, en manos del mundo, pues los movimientos de su alma dependen de cómo el mundo toca las cuerdas; si no quiere ser como un espejo en el que capta al mundo, o, más bien, en el que el mundo se refleja; si no es esto lo que quiere, y si, antes de que la mirada apunte a algo para conquistarlo, quiere captar primero a la mirada misma para que ésta le pertenezca, y no él a ella; si coge la mano antes de que ésta intente coger algo exterior, para que le pertenezca a él, y no él a ella; si así lo quiere con tal seriedad, que no teme, si es necesario, arrancar el ojo, cortar la mano[27], cerrar la ventana del sentido — sí, entonces todo es diferente, entonces se le quita el poder y la excelencia. No lucha con el mundo, sino consigo mismo[28]. Obsérvalo ahora; su poderosa figura es ceñida por otra, y las dos se mantienen tan estrechamente abrazadas la una a la otra, enlazadas de manera a la vez tan grácil y tan firme, que el combate no puede siquiera comenzar, porque aquella otra figura la superaría en el mismo instante; pero esa otra figura es

él mismo. Por eso no es capaz de nada en absoluto; incluso el más débil de los hombres que no prueba su suerte en ese combate es capaz de mucho más que él. Y ese combate no es sólo extenuante, sino que es también muy terrible (en caso de que no sea él mismo el que, siguiendo su propio antojo, se ha lanzado a él, y, si lo es, entonces no prueba su suerte en el combate del que hablamos), cuando la vida,
302 por dirección de Dios, | arroja a un hombre, para fortalecerlo, a esa aniquilación que no sabe de imposturas, que no permite escapatoria alguna, que no da lugar al autoengaño, como si aquél, en otras circunstancias, fuese capaz de algo más; pues, dado que combate consigo mismo, las circunstancias no pueden tener peso alguno. Esa es la aniquilación de un hombre, y la aniquilación es su verdad. No puede sustraerse a ese conocimiento, puesto que, después de todo, es su propio testigo, su acusador, su juez, él mismo es el único que sería capaz de dar consuelo, pues comprende el rigor de la aniquilación, y el único que no puede dar consuelo, pues él mimo es instrumento de la aniquilación. El entendimiento de esa aniquilación es lo más alto de lo que un hombre es capaz; resguardar esa comprensión, puesto que es para él un bien que le ha sido confiado, que Dios en los cielos le ha confiado a él como secreto de la verdad, es lo más alto y lo más difícil de lo que un hombre es capaz; pues el engaño y la falsificación son cosa fácil, y él mismo llega a ser algo a costa de la verdad. Esto es lo más alto y lo más difícil de lo que un hombre es capaz: ¡Qué digo! Ni siquiera de esto es capaz, a lo sumo es capaz de querer comprender que ese ardor sin llama sólo devora hasta que el fuego del amor de Dios enciende la llama de aquello que el ardor sin llama no pudo devorar. — Así, el hombre es una criatura indefensa, pues toda otra comprensión que consista en comprender que puede valerse por sí mismo es sólo un malentendido, por más que a los ojos del mundo sea considerado valiente — por haber tenido la valentía de permanecer en un malentendido, es decir, por no haber tenido la valentía de comprender la verdad.

Pero en los cielos, oyente mío, mora ese Dios que es capaz de todo, o, mejor dicho, mora en todas parte, por más que el hombre no lo note; «si fueras, oh Señor, un cuerpo sin vida ni fuerzas, como una flor que se marchita; si fueras como un arroyo que pasa; si fueras como un edificio que se desploma con el tiempo; entonces los hombres te tendrían en cuenta, entonces serías un objeto adecuado a nuestros bajos y bestiales pensamientos»[29]; ¡pero no es así, y es tu grandeza la que te hace invisible, pues, en tu sabiduría, estás demasiado lejos del pensamiento del hombre como para que él pueda verte y, en tu omnipresencia, demasiado cerca de él como para que pueda verte; en tu bondad, te ocultas de él y, en tu omnipotencia, haces que no pueda verte, pues, si pudiera, se convertiría en nada! Pero Dios en los cielos es capaz de todo, y el hombre, de nada en absoluto[30].

¿No es cierto, oyente mío, que estos dos, Dios y el hombre, son adecuados el uno al otro? | Pero, si lo son, entonces la cuestión es 303
simplemente si quieres gozar de esa maravillosa dicha, la de que ambos seáis adecuados el uno al otro, o si prefieres ser alguien que no sería en absoluto adecuado a Dios, alguien que por sí mismo es capaz de algo — y que entonces no se adecuaría totalmente a Dios: pues a Dios no puedes ni puedes querer alterarlo, de manera que no sea capaz de todo. Llegar a ser nada: suena duro, pero incluso respecto de las cosas humanas hablamos de manera diferente. Pues si dos seres humanos aprendieran en la desdicha que se adecuan el uno al otro en la amistad o en el amor, ¿no les parecería ínfima la indigencia que trajera la desdicha, en comparación con la alegría que la desdicha traería también: que los dos serían adecuados el uno al otro? Y si sólo en la muerte comprendieran que eran adecuados el uno al otro por toda la eternidad, ¿qué sería ese breve aunque amargo instante de despedida que es el de la muerte, en comparación con una comprensión eterna?

Así, el hombre es grande y cobra su mayor altura cuando es adecuado a Dios al ser, él mismo, nada en absoluto; pero no nos asombremos frívolamente ni tomemos en vano el asombro. ¿No se dirigió Moisés, como enviado del Señor, a un pueblo depravado para liberarlo de sí mismo, de su ánimo avasallado y de su vasallaje bajo el yugo de un tirano[31]? ¿Qué es incluso la hazaña del héroe más grande en comparación con lo que se llama las obras de Moisés? ¿Pues qué es arrasar montañas y llenar ríos comparado al hecho de hacer que las tinieblas caigan sobre todo Egipto[32]? Pero esas fueron solamente las así llamadas obras de Moisés, pues él no fue capaz de nada, y la obra era la del Señor. He ahí la diferencia. Moisés no toma decisiones, no traza planes mientras la asamblea de los entendidos lo escucha con atención, porque el líder es el más sabio; Moisés no es capaz de nada en absoluto. Si el pueblo le hubiera dicho: dirígete al Faraón, pues poderosa es tu palabra, victoriosa tu voz, irresistible tu elocuencia, él habría respondido: «¡Oh, necios! Yo no soy capaz de nada en absoluto, ni siquiera de entregar mi vida por vosotros si el Señor así no lo quiere, sólo soy capaz de encomendarlo todo al Señor». Entonces se presenta ante el Faraón, ¿y cuál es su arma? La del desprovisto de fuerzas — las plegarias; e incluso cuando la última palabra de la plegaria ya ha alcanzado el cielo, él no sabe todavía qué ha de suceder, si bien cree que, suceda lo que suceda, sucederá lo

mejor. Entonces vuelve a casa, hacia el pueblo, pero si éste quisiera alabarlo y agradecerle, él respondería: «Yo no soy capaz de nada en
304 absoluto». O cuando el pueblo está sediento en el desierto y | tal vez pide la ayuda de Moisés y dice: toma tu cayado y pídele a la roca que dé agua, Moisés ha de responder: «¿Qué es mi cayado, sino una simple vara?». Y si el pueblo continúa: pero, en tu mano, el cayado es poderoso[33], Moisés respondería: «Yo no soy capaz de nada en absoluto; pero puesto que el pueblo lo desea, y puesto que no puedo soportar la visión de la miseria de los sedientos, golpearé la roca, aunque yo mismo no creo que vaya a brotar agua de ella» — y la roca no daría agua. Es decir que, si el cayado que lleva en la mano ha de ser el dedo del Todopoderoso, o si ha de ser la vara de Moisés, eso no lo sabe, ni siquiera en el instante en el que el cayado toca la roca; lo sabe sólo cuando ha pasado, de la misma manera que continúa viendo solamente la espalda del Señor[34]. ¡Oh! Humanamente hablando, el más débil de los israelitas puede más que Moisés, pues piensa que hay algo de lo que es capaz, mientras que Moisés no es capaz de nada en absoluto. Ser, en un instante, más fuerte que el más fuerte, más que todos los hombres, que el mundo entero, en cuanto es su mano la que hace el milagro; ser, en el instante siguiente, incluso en el mismo instante, más débil que el más débil, en cuanto éste sigue creyendo que hay algo de lo que es capaz — una grandeza tal no ha de ser una tentación para la vehemente vanidad, siempre que se tome el tiempo para comprender en qué consiste la grandeza, pues, en caso contrario, enseguida se aprestaría a querer ocupar con su repugnante cobardía el lugar de Moisés.

Pero, si esta consideración, según la cual necesitar de Dios es la suprema perfección del hombre, hace la vida aún más difícil, es sólo porque quiere considerar al hombre según su perfección y hacer que él mismo se considere de esa manera; pues en virtud de esta consideración *llega el hombre a conocerse a sí mismo*. Y la vida de un hombre que no se conoce a sí mismo es, en sentido profundo, un engaño. Pero un tal engaño se atribuye raramente al hecho de que un hombre no caiga en la cuenta de las facultades que le han sido confiadas, ni busque desarrollarlas tanto como puede en conformidad con las circunstancias vitales que le han sido dadas a fin de echar profundas raíces en la existencia, en lugar de tratarse a sí mismo con ligereza, como el niño de dotes privilegiadas que no comprende cuánto se le ha concedido, como un frívolo joven rico que no sabe lo que vale el oro — y así se dice también acerca del Yo de un hombre que es como si tuviera un valor pecuniario; y aquel que se conoce a sí mismo, ese
305 sabe hasta en el menor detalle cuánto vale, y sabe imponerse | con

el fin de obtener el valor total. Si no lo hace, entonces no se conoce a sí mismo y se engaña, porque, tal como le dirá el hombre sensato, y tal como se lo dirá una y otra vez a lo largo de la vida: porque no disfruta de la vida en la primavera de los días, porque no se hace valer por lo que realmente es, porque no sabe que los hombres lo toman a uno de acuerdo a como uno mismo se da, porque no ha sabido darse importancia a sí mismo y, de esa manera, hacer que la vida tenga importancia para él. Pero ¡ay!, si un hombre se conociera tan bien a sí mismo en este sentido, si supiera tan bien cómo colocarse a interés en la vida de la manera más provechosa posible, ¿acaso por eso se conocería a sí mismo? Pero, si no se conociera a sí mismo, entonces su vida sería, en sentido profundo, un engaño. ¿Habrá de ser también poco frecuente que, en esta época sagaz, un hombre incurra en un tal engaño? ¿Qué sería, en efecto, ese suspicaz conocimiento de sí, sino un conocerse a sí mismo con relación a otra cosa, pero no un conocerse a sí mismo en relación consigo mismo, es decir: que todo su conocimiento de sí sería, pese a su aparente confiabilidad, totalmente fluctuante, puesto que concerniría sólo a la relación entre un dudoso Yo y algo otro igualmente dudoso? Pues eso otro podría alterarse, de manera que algún otro llegara a ser el más fuerte, el más bello, el más rico, y ese Yo podría alterarse, de manera que él mismo llegara a ser pobre, desagradable, desprovisto de fuerzas; y esa alteración podría producirse a cada instante. El solo hecho de que eso otro le fuera quitado mostraría su engaño, y, si eso otro es algo que puede ser quitado, se engañaría aunque no le fuese quitado, puesto que todo el significado de su vida estaría fundado en otra cosa. En efecto, no es un engaño que aquello que puede engañar, engañe: sino que es más bien un engaño cuando no lo hace.

Ese conocimiento de sí es, pues, muy imperfecto, y de ningún modo considera al hombre según su perfección; ¿no sería, de hecho, una extraña perfección aquella de la que pudiera decirse finalmente, tras haberla elogiado con las expresiones más contundentes, que es además un engaño? Por este camino no se llega a considerar al hombre según su perfección, y, para comenzar a hacerlo, debe uno comenzar por liberarse de todas las consideraciones de ese tipo; claro que esto es algo bastante difícil, tanto como sería no equivocarse cuando, queriendo sustraerse a un sueño, uno sigue soñando: soñando que está despierto; algo bastante complicado, en cierto sentido, porque al
hombre le parece que su auténtico Yo | está tan lejos de él, que el mun- 306
do entero le es mucho más próximo; y algo suficientemente terrible, porque el conocimiento más profundo de sí comienza con aquello que el que se niega a comprenderlo calificaría como un angustioso

desengaño: en vez de obtener el mundo entero, obtenerse a sí mismo; en vez de llegar de ser un señor, llegar a ser un necesitado; en vez de ser capaz de todo, no ser capaz de nada en absoluto. ¡Ay, cuán difícil es entonces no reincidir en el sueño y soñar que uno lo hace con sus propias fuerzas!

Cuando el hombre, entonces, se vuelve hacia sí mismo para comprenderse a sí mismo, es como si se plantara en el camino de ese primer Yo, deteniéndolo y llamándolo a abandonar lo exterior hacia lo cual se había vuelto, el mundo circundante que es su objeto y que se empeña en alcanzar. A fin de incitar al primer Yo a esta retracción, el Yo profundo hace que el mundo circundante se vuelva lo que ya es: que se vuelva dudoso. Por eso también el mundo que nos rodea es inestable y puede transformarse a cada instante en lo opuesto; y no ha habido hombre alguno que, por su propio poder o por el conjuro del deseo, pudiera forzar esa mutación. El Yo profundo construye esa fraudulenta versatilidad del mundo circundante de manera tal que éste ya no le resulta atractivo a aquel primer Yo. El primer Yo, entonces, o bien debe encargarse de matar al Yo profundo, de hacerlo olvidar, con lo cual todo está perdido; o bien debe admitir que el Yo profundo tiene la razón; pues querer enunciar la permanencia de aquello que cambia permanentemente es, después de todo, una contradicción, y, tan pronto como uno constata que cambia, puede que cambie en ese mismo instante. Por mucho que aquel primer Yo se resista a ello, no ha habido nunca un charlatán lo bastante astuto o un falsificador de pensamientos lo bastante taimado como para desmentir la afirmación del Yo profundo; hay una sola salida, y ésta consiste en silenciar al Yo profundo haciendo que el bullicio de lo inconstante suene más fuerte que él. — ¿Qué ha sucedido entonces? El primer Yo se ha detenido, no puede moverse en absoluto. ¡Ay!, el mundo circundante puede en realidad ser tan favorable, tan palpablemente fiel, tan infalible en apariencia, que basta que uno comience para que cualquiera apueste por un resultado dichoso; pero no sirve de nada. El hombre que es testigo de ese combate en su interior debe darle la razón al Yo profundo: en ese mismo minuto todo puede alterarse, y aquel que no lo advierte sigue corriendo en lo incierto[35]. Nunca ha habido en el mundo una lengua lo bastante presta como para poder cautivar al Yo profundo, basta que se le permita tomar la palabra. ¡Ay!, la situación es dolorosa: el primer Yo está ahí observando todos
307 esos frutos tentadores, | y está muy claro que bastaría echar mano al asunto para que todo salga bien, eso lo admitirá cualquiera — pero el Yo profundo permanece grave y pensativo, como el médico junto al lecho del enfermo, y está allí, sin embargo, con su transfigurada

dulzura, porque sabe que esta enfermedad no es de muerte sino para la vida[36]. El primer Yo tiene, pues, una determinada aspiración; sabe para sí mismo que está en posesión de las condiciones; el mundo circundante, tal como él lo comprende, es tan favorable como puede serlo; es como si sólo estuvieran esperándose el uno al otro: el Yo afortunado y los favores de la fortuna — ¡Ah, qué vida placentera! Pero el Yo profundo no cede, no acepta regateos, no da su visto bueno, no pacta, sino que sólo dice: incluso en este instante, todo puede alterarse. Sin embargo, los hombres auxilian a ese primer Yo con la explicación, lo convocan y explican que así son las cosas en esta vida, que algunos hombres son afortunados y que han de gozar de la vida, y que él es uno de ellos. Entonces el corazón palpita, el hombre quiere ponerse en marcha ... Que un niño que tiene un padre severo deba quedarse en casa, eso puede aceptarse, pues el padre, después de todo, es el más fuerte; pero él no es un niño, y al fin y al cabo ese Yo profundo es él mismo, y aun así parece más severo que el padre más severo; uno no puede congraciarse con él de ningún modo, pues quiere hablar con toda franqueza, o, si no, no hablar en absoluto. Entonces se avecina el peligro, los dos lo advierten, tanto el primer Yo como el Yo profundo, y éste se preocupa como lo haría un piloto experimentado, mientras en reunión secreta se discute si no sería mejor arrojar por la borda a ese piloto, puesto que él es causa de la tempestad. Pero no sucede así; ¿y cuál es la consecuencia? El primer Yo no puede moverse de su sitio y, sin embargo, está claro que el instante del goce se esfuma, que la dicha ya desaparece, pues bien dicen los hombres que, si no se aprovecha enseguida el instante, éste ya ha pasado. ¿Y quién tiene la culpa de eso? ¿Quién, sino ese Yo profundo? Pero ni siquiera ese grito sirve de nada. — ¿Qué clase de estado antinatural es ése? ¿Qué significa todo esto? Cuando sucede algo así en el alma de un hombre, ¿no significa que su ánimo comienza a debilitarse? ¡Ah, no! Significa algo totalmente distinto, significa que el niño debe ser destetado. Pues uno puede haber pasado los treinta y los cuarenta y, sin embargo, ser sólo un niño, y hasta puede uno morir como un niño envejecido. ¡Pero ser niño es algo tan bonito! Uno yace junto a los pechos de la temporalidad en la cuna de la finitud, y la probabilidad está junto a la cuna cantándole al niño. Si el deseo no es satisfecho y
el niño se inquieta, la probabilidad lo arrulla | diciéndole: quédate 308
quieto y duerme, que yo saldré a comprar algo para ti; la próxima vez será tu turno. Entonces el niño vuelve a dormirse y el dolor se olvida, y el niño vuelve a enrojecer en el sueño de nuevos deseos, si bien creía que olvidar el dolor era imposible; ahora bien, se comprende que, si no hubiese sido un niño, no habría olvidado el dolor

tan fácilmente, y se habría mostrado que no era la probabilidad la que estaba junto a la cuna, sino que era el Yo profundo el que había estado junto a él en el lecho de muerte en el momento mortal de la abnegación, y que él mismo resucitó para la eternidad.

Cuando el primer Yo cae a los pies del Yo profundo, éstos se reconcilian y se acompañan. Entonces dice el Yo profundo: «Es verdad, a causa de todos nuestros combates, yo había casi olvidado lo que deseabas con tanto fervor; en este instante no me parece que haya nada que impida la satisfacción del deseo, basta que no olvides el pequeño secreto que hay entre nosotros. Ya ves, ahora puedes darte por satisfecho». Tal vez el primer Yo responda: «Es que ya no me importa tanto; no, nunca volveré a estar tan alegre como antes, como cuando mi alma lo ansiaba, y a decir verdad, tú no me entiendes». «Realmente, creo que no, y tampoco sería deseable que te entendiera hasta el punto de ansiarlo tanto como tú. Pero ¿se supone que has perdido algo porque dejó de importarte? Ponte a pensar también en esto: si el mundo circundante te hubiese defraudado, y tú bien sabes que podría hacerlo; y yo no diría más que esto, sólo diría que es posible, con lo cual diría también, claro está, que eso que te parecía una certeza era también, a decir verdad, sólo una posibilidad — ¿entonces, qué? Entonces habrías desesperado, y no me habrías tenido a mí como aquel en quien confiar, pues, como recordarás, el consejo del barco casi había considerado arrojarme por la borda. ¿No deberías darte por satisfecho con haber perdido algo de aquel deseo abrasador y haber ganado que la vida no te defraude? Perder de esa manera, ¿no es acaso ganar?».

«Aquel pequeño secreto que tenemos el uno para con el otro»: así se expresó el Yo profundo. ¿Cuál es, oyente mío, ese secreto? ¿Cuál, sino el hecho de que un ser humano, en relación con lo externo, no es capaz de nada en absoluto? Si intenta apresarlo de manera inmediata, en ese mismo momento lo externo puede alterarse y él puede resultar defraudado; en cambio, puede tomarlo con la conciencia
309 de que también podría alterarse, y entonces no resulta | defraudado por más que se altere, pues cuenta con el consentimiento del Yo profundo. Si quiere obrar de manera inmediata en lo externo, llevar a cabo alguna cosa, en el mismo instante todo puede trasformarse en nada; en cambio, puede obrar con esa conciencia y, aunque se vuelva nada, no resultar defraudado, puesto que cuenta con el consentimiento del Yo profundo.

Sin embargo, aun cuando el primer Yo y el Yo profundo han llegado de esta manera a un acuerdo y el ánimo compartido se ha apartado de lo externo, esto no es más que la condición para poder llegar a conocerse a sí mismo. Pero, antes de que aquél realmente se

conozca a sí mismo, hay nuevos combates y nuevos peligros. Basta que el combatiente no se deje amedrentar y horrorizar por la idea de que, cuando se trata de necesitar a Dios, ese necesitar sería una imperfección; como si, tratándose de necesitar a Dios, el necesitar fuera un vergonzoso secreto que uno preferiría mantener oculto; como si, tratándose de necesitar a Dios, el necesitar fuera un lamentable estado de indigencia[37] al que uno mismo, en el acto de expresarlo, intentaría encontrarle el lado más benévolo. Mediante el profundo conocimiento de sí, uno aprende justamente a necesitar a Dios; pero hay en ello, a simple vista, algo desalentador que podría hacer que uno tema dar el primer paso, a menos que haya reparado en ello a su debido tiempo y cobrado ánimo al pensar que eso es precisamente la perfección, pues el no tener que necesitar de Dios es mucho menos perfecto y no sería sino un malentendido. En efecto, aunque un hombre hubiese llevado a cabo las hazañas más grandiosas, pero creyera que todo sucedió en virtud de su sus propias fuerzas; si, al dominar su ánimo, hubiese llegado a ser más grande que aquel que conquistó una ciudad[38], pero creyera que sucedió en virtud de sus propias fuerzas, en ese caso su perfección no sería esencialmente sino un malentendido; pero una perfección como ésa sería poco elogiable. Aquel, en cambio, que advirtiera que no es capaz de nada, ni siquiera de gozar del más gozoso acontecimiento si no es con Dios, ése está más cerca de la perfección; y aquel que comprendiera esto y no encontrara en ello nada de doloroso, sino sólo la abundancia de la beatitud; que no ocultara ningún deseo secreto, prefiriendo gozar por su propia cuenta; que no sintiera ninguna vergüenza cuando alguien notara en él que no es capaz de nada en absoluto; que no le pusiera ninguna condición a Dios, ni siquiera la de mantener oculta su impotencia a los ojos de los demás; aquél en cuyo corazón, en cambio, el gozo triunfa de manera constante, arrojándose jubiloso, por así decirlo, a los brazos de Dios, en indecible admiración ante Dios, que todo lo
puede — sí, ése sería el | perfecto que, como mejor y más brevemente 310
lo describe el apóstol Pablo, «se glorifica en su debilidad»[39], y que ni siquiera ha pasado por experiencias numerosas y ambiguas como para poder expresarse de manera más extensa. — No conocerse a sí mismo es delusión e imperfección; así dicen los hombres, pero a menudo no están dispuestos a comprender que aquel que realmente se conoce a sí mismo comprende justamente que no es capaz de nada en absoluto.

En lo exterior, aquél no era capaz de nada en absoluto; pero, ¿no es tampoco capaz de nada en lo interior? Una capacidad, para ser realmente tal, debe encontrar resistencia, pues, si no encuentra

resistencia, o bien es omnipotente, o bien es una fantasía. Pero, si debe encontrar resistencia, ¿de dónde debe provenir ésta? En lo interior, la resistencia sólo puede provenir de uno mismo. Así, uno combate consigo mismo en lo interior, no como antes, cuando el Yo profundo combatía con el primer Yo para impedirle que se preocupase por lo exterior. Si un hombre no toma en cuenta ese combate, entonces incurre en un malentendido, y su vida, por ende, es imperfecta; pero, si lo toma en cuenta, entonces comprende además que él mismo no es capaz de nada en absoluto.

Puede parecer extraño que esto sea lo que un hombre ha de aprender de sí mismo. ¿Por qué, entonces, alabar el conocimiento de sí? Sin embargo, es así, y el hombre no puede aprender del mundo en su totalidad que él mismo no es capaz de nada en absoluto. Aunque todas las cosas del mundo se unieran para oprimir y aniquilar al más débil, éste podría, con todo, seguir conservando la idea totalmente vaga de que sería capaz de alguna cosa en circunstancias diferentes, si el poder superior no fuese tan grande. Que él mismo no es capaz de nada en absoluto, eso sólo puede descubrirlo por sí mismo; y por más que triunfe sobre el mundo entero o tropiece con una brizna de paja[40], sigue siendo cierto que sabe para sí mismo, o que puede saber que él mismo no es capaz de nada en absoluto. Si alguien quiere explicarlo de otro modo, no tendrá que vérselas con los demás sino sólo consigo mismo, y entonces toda excusa es puesta al descubierto. Es muy difícil conocerse a sí mismo, opinan los hombres, en especial si uno tiene mucho talento y dispone de múltiples aptitudes y capacidades y, además, tiene que enterarse de todo eso. ¡Ah, pero este conocimiento de sí del que estamos hablando no es algo difuso, y cada vez que uno capta como es debido esta breve y concisa verdad: que uno mismo no es capaz de nada en absoluto, uno se conoce a sí mismo!

¿Pero no puede uno por sí mismo sobreponerse a sí mismo? Así se dice a veces, pero cabe preguntar si el que lo dice se ha puesto
311 a prueba y se ha comprendido a sí | mismo en lo dicho. ¿Cómo podría yo ser más fuerte que yo mismo? Puedo ser más fuerte que el más débil, y tal vez viva o haya vivido algún ser humano del que pudiera decirse que es el más fuerte de todos; pero, aun así, nadie es más fuerte que sí mismo. Cuando se dice, entonces, que uno por sí mismo se sobrepone a sí mismo, esto último se refiere, en realidad, a algo exterior, de manera que el combate es desigual. Así, cuando aquel que fue tentado por los honores mundanos se sobrepone a sí mismo, de modo que ya no extiende su brazo en busca de aquéllos; cuando aquel a quien atemorizaron los peligros de la vida expulsa el temor hasta el punto en que ya no rehúye el peligro; cuando aquel

que había perdido el coraje se sobrepone a sí mismo hasta el punto de quedarse quieto y no apartarse del puesto de la decisión: eso es algo que no despreciamos, sino que lo alabamos. Pero si aquél se cuida de no liberar su alma para nuevas vanidades y de no expulsar al demonio con la ayuda del demonio[41], deberá admitir que no es capaz de sobreponerse a sí mismo en su intimidad. Con esto no quiero decir, sin embargo, que el mal se haya apoderado de él de manera definitiva; no, sino que a lo sumo sólo es capaz, y sólo esforzándose hasta el extremo, de oponerse a sí mismo, y eso no es sobreponerse a sí mismo. En su intimidad, de hecho, se representa la tentación de los honores, la tentación del temor, la tentación del renunciamiento, así como la del orgullo, la de la obstinación y la de la lujuria, como una tentación mayor que aquellas que le salen al encuentro en lo exterior, y precisamente por eso combate consigo mismo; si no es así, combate con un grado accidental de la tentación, y la victoria no demuestra nada con relación a aquello de lo que sería capaz ante una tentación mayor. El hecho de que venza la tentación que los que le rodean ponen ante él no demuestra que vencería una tentación que se presentara con todo el espanto con que puede imaginarla; sólo cuando ésta parece ser muy grande, sólo entonces puede propiamente conocerse a sí mismo. La tentación parece ser tan grande en su interior, que por eso sabe para sí mismo aquello que tal vez no aprendió en el trato con el mundo: que no es capaz de nada.

¿Te parece acaso, oyente mío, que éste es el discurso oscuro de un hombre «de sangre turbia», o das las gracias a Dios por no haber recibido la plaga de semejante pesadumbre? Y si fuera pesadumbre, ¿sería acaso ése el modo como uno debería amar a Dios y a los hombres? ¿Dar gracias a Dios por ser el más amado, que no es sino defraudarlo, y darle a entender que si sucediera lo más gravoso no podría uno creer en su amor (pues, al admitir que es así, es otra cosa la que hay que agradecerle a Dios, | a saber, que uno no ha 312
sido probado en el combate más difícil); huir del apesadumbrado, tal como lo llamas, no querer enterarse de que también él es un ser humano, aunque tú no puedas decir que es un trasgresor, y de que no es sino un hombre desdichado, un ser humano que necesitaría justamente tu compasión, esa compasión que le muestras pidiéndole, como al leproso, que merodee entre las tumbas, dado que no te atreves a reconocerlo como tu congénere? Pero si alguien considerara que hablar de este modo acerca del hecho de comprenderse a sí mismo es el discurso oscuro de un hombre de sangre turbia, ¿no habría que considerar como una necedad, la cual sería inseparable de su pesadumbre, que pensara que al tratar las cosas de ese modo

trataría al ser humano según su perfección, y como una necedad aún mayor que se alegrara en su propia perfección? ¡Y cómo no habría de alegrarse, si uno siempre se alegra en lo perfecto! Y esa alegría suya no estaría en frívolo entendimiento con la preferencia de Dios por alguien en particular; y esa alegría suya no se negaría a mirar a quien estuviese consternado, sino que, por el contrario, amaría en él a todos los consternados. Y así es también en verdad; y tú, oyente mío, ¿aun así lo llamas apesadumbrado, cuando, por el contrario, es el único que está alegre? Pues aquel que se alegra en Dios y por Dios, ése se alegra, y he de decirlo una vez más: se alegra. ¿Por qué, si no, el apóstol Pablo, tras pronunciar esta bella admonición: «alegraos, y una vez más os digo, alegraos», por qué, si no, se detiene, por qué hace un alto antes de invitar por segunda vez al creyente a alegrarse? Porque es como si en ese intervalo se tomara el tiempo de oír todas las cosas espantosas que pueden decirse, el espanto de que un hombre no sea capaz de nada, para entonces hacer que la alegría triunfe de manera perfecta: «de nuevo os digo, alegraos»[42].

La consideración según la cual la suma perfección del hombre es necesitar a Dios, es cierto, hace la vida más difícil, pero también la considera según la perfección, y en esa consideración, mediante la fragmentaria vivencia que es el buen entendimiento con Dios, el hombre llega a *conocer a Dios.*

Si un hombre no se conoce a sí mismo en el sentido de saber que él mismo no es capaz de nada, entonces no advierte, en su significado profundo, que Dios existe. Aunque uno mencione su nombre de vez en cuando, aunque lo invoque en ocasiones, aunque tal vez le parezca
313 verlo en las grandes decisiones, | aunque se conmueva, tanto como que es imposible ver tan sólo un destello de Dios sin conmoverse; pero, de alguna manera, uno se miente piadosamente si cree que, por eso, le resulta evidente que Dios existe, o que la existencia de Dios no cuenta con otra evidencia en la vida terrena, cuyo significado se confunde permanentemente cuando no se presupone a Dios. Decimos que es una mentira piadosa, le asignamos el nombre más bello posible, sin la menor intención de lanzarnos contra ella con palabras airadas, si bien le deseamos a todo el mundo que llegue a resultarle evidente, según otro tipo de certeza decisiva, que Dios existe.

Aquél que por sí mismo no es capaz de nada, no puede hacer el menor emprendimiento sin la ayuda de Dios, es decir, sin advertir que hay un Dios. A veces se habla de llegar a conocer a Dios a través de las épocas pasadas de la historia; se sacan a relucir las crónicas y se las lee y relee. Pues bien, tal vez se consiga, pero, ¿cuánto tiempo lleva?

¡Y cuán dudoso suele ser el provecho, y cuán fácil el malentendido que consiste en la admiración del hombre de los sentidos ante lo ingenioso! Aquel, en cambio, que sabe para sí mismo que no es capaz de nada, ése tiene cada día y a cada instante la deseada e incontestable oportunidad de experimentar que Dios vive. Si no lo experimenta con frecuencia suficiente, entonces sabe bien a qué se debe. Se debe a que incurre en un malentendido y cree que él mismo es capaz de algo. Cuando va a la casa del Señor, sabe, sí, que Dios no está allí, pero también sabe que él mismo no es capaz de nada, ni siquiera de predisponerse a la devoción, y por eso Dios ha de estar allí si él realmente ha de conmoverse. ¡Ay, son también muchos los que no se preocupan acerca de Dios, pero que no evitan venir a la casa del Señor! ¡Qué extraña contradicción! Ahí se reúnen y se dicen los unos a los otros: Dios no está aquí, pues Él no habita una casa construida por manos humanas[43]; y entonces se van a casa, pero allí, en la casa, Dios no está de ningún modo. Aquél, en cambio, que se conoce a sí mismo del modo referido, sabe, sí, que Dios no habita en templos[44], pero también sabe que Dios está junto a él en la noche, cuando el sueño conforta y cuando despierta en angustiosos sueños; en el día de la indigencia, cuando en vano intenta vislumbrar el consuelo; en el bullicio de los pensamientos, cuando abre vanamente sus oídos en busca de una palabra de salvación; en el peligro de la vida, cuando el mundo no ofrece ayuda alguna; en la angustia, cuando se teme a sí mismo; en el instante de la desesperación, cuando con temor y temblor prepara su alma para la beatitud[45]; que está junto a él en el instante en que la angustia | con su fulminante rapidez quiere 314
abatirse sobre él, cuando es como si fuese ya demasiado tarde y no quedara tiempo para subir a la casa del Señor; entonces está junto a él, más rápido que la luz que atraviesa la penumbra, más rápido que el pensamiento que dispersa la bruma, presente — ¡ah! tan súbitamente presente, sí, como sólo puede estarlo aquél que ya estaba presente. ¡Y si no fuese así, ¿dónde habría un mensajero capaz de sobrepasar a la preocupación con la suficiente rapidez en busca del Señor? ¡Y volvería a pasar cierto tiempo antes de que llegara! Pero ése no es el caso; eso sólo lo cree aquel que cree ser él mismo capaz de algo.

Es cierto que uno puede, exactamente del mismo modo, conocer a Dios en el día de la alegría, siempre que uno comprenda que no es capaz de nada en absoluto; pero lo que es muy difícil es justamente aferrarse a ello en el día de la alegría. Cuando uno está más alegre, resulta repentinamente tentador ponerse a pensar si no sería más grandioso aún ser capaz de todo uno mismo. Entonces la alegría toma un giro inauténtico, no gira para ascender hacia Dios sino

para alejarse de él, y ése, ése es un signo de que uno necesita nuevos ejercicios. Cuando todo vuelve a tambalearse, cuando el pensamiento se confunde, cuando la memoria quiere renunciar a sus servicios, cuando lo vivido sólo se le presenta a uno de manera angustiosa en la figura del espanto, cuando hasta la más honesta intención se vuelve deshonestamente contra uno mismo por la traición de la angustia, entonces uno vuelve a comprender que uno mismo no es capaz de nada en absoluto. Pero con esa comprensión, y en ella, también Dios se hace presente de inmediato, supera la confusión y recuerda todo lo que le fue confiado; pues el afligido ha hecho justamente eso, en el torbellino de la pugna espiritual, cuyo desenlace parecía más espantoso que la muerte, en el último embate, le ha confiado a Dios aquello que tenía especial importancia para él, aquello que, si llegaba a olvidarlo e incluso Dios en el cielo lo olvidara, lo aniquilaría para siempre y transformaría el contenido de su vida en una terrible ilusión; se lo confió a Dios hasta que él mismo, Dios mediante, volvió a debatirse con los horrores, se dio por satisfecho y ganó tranquilidad en la confianza en Dios. Si un hombre cuya vida fue puesta a prueba en una dificultad decisiva tiene un amigo, y en un momento posterior no consigue retener claramente el pasado; si la angustia crea la confusión, si los acusadores pensamientos empeñan todo su poder contra él hasta hacerlo mirar atrás; entonces se dirige a su amigo y le dice: «mi alma está enferma, nada me resulta claro, pero a ti te lo he con-
315 fiado todo, tú lo recuerdas, explícame otra vez el | pasado». Pero si el hombre no tiene ningún amigo, entonces se dirige seguramente a Dios, en caso de que le haya confiado algo, y si a la hora de la decisión apeló a Dios como garantía, puesto que ningún otro lo comprendía. Y puede que, a veces, aquel que se dirigió a su amigo no haya sido comprendido, o, lo que es aún más grave, puede que se haya vuelto repulsivo para sí mismo al descubrir que aquel a quien había confiado su indigencia no lo había comprendido en absoluto, por más que le hubiese escuchado, que no había presentido lo que le angustiaba, sino que sólo por curiosidad había mostrado preocupación por su extraño conflicto con la vida. Con Dios, esto nunca habría sucedido; ¡quién se atrevería a pensar eso de Dios, por más que, no pudiendo pensarlo de Dios, fuera uno lo bastante cobarde como para no querer tampoco olvidarse de Dios! — hasta que se encuentra de pie ante el juez que lo juzga, no, mejor, ante aquel que en verdad tiene a Dios como testigo; pues allí donde Dios es el juez, no hay ningún juez cuando Dios es testigo.

Pero que el hombre llegue a conocer a Dios de esta manera no implica en modo alguno que su vida se haga fácil, sino que, por

el contrario, puede volverse muy difícil, y, como se ha dicho, ha de volverse más difícil que la despreciable liviandad de la vida del hombre de los sentidos; pero en esa dificultad su vida va cobrando también una importancia cada vez más profunda. ¿Acaso no habría de tener ninguna importancia para él el hecho de tener a Dios siempre a la vista, el hecho de que, no siendo él mismo capaz de nada en absoluto, es capaz de más y más mediante Dios — el ser capaz de sobreponerse a sí mismo, pues con la ayuda de Dios es capaz de hacerlo? ¿No habría de tener ninguna importancia para él el hecho de aprender a morir para el mundo[46] cada vez más, de apreciar cada vez menos lo exterior, lo que la vida trae y se lleva, lo que a él mismo se le concede realizar en lo exterior, y de preocuparse, en cambio, cada vez más por lo interior, por el entendimiento con Dios y por poder permanecer en él, y por llegar mediante él a conocer a Dios como aquel que hace que todo sea de provecho al hombre cuando éste ama a Dios[47]? ¿Y no habría de tener esto también para él la importancia de hacer que la adversidad de la vida fuera más leve, puesto que siempre sucede que aquel que tiene otra cosa en qué pensar, y a quien de esa manera se le impide ahondar en la pena, considera que ésta es más leve? ¿No debería, finalmente, tener importancia para él y ser una bienaventurada recompensa el haber comprendido de manera verdaderamente vívida y convincente que Dios es amor, que su bondad supera toda inteligencia[48], y el no haberse conformado con el testimonio de otros o con la observación del orden del mundo y del paso de la historia? Pues es cierto que eso es mucho más extenso;
| pero la pregunta es también cómo se lo comprende con el fin de 316
sacar verdadero provecho de ello.

No decimos que este conocer a Dios, o que algo así como un sumirse en la ensoñadora admiración y fervorosa contemplación de Dios sea por sí mismo lo glorioso; Dios no permite que se le tome en vano de ese modo. Así como conocerse a sí mismo en su propia nulidad es la condición para conocer a Dios, así el hecho de conocer a Dios es la condición para que un ser humano, con su asistencia, sea santificado según su determinación. Allí donde Dios está verdaderamente, allí es siempre creador. No quiere que el hombre se sumerja en la molicie del espíritu para contemplar su gloria, sino que, al llegar a ser conocido por el hombre, quiere crear en él un hombre nuevo[49].

Si sucediera, supongámoslo así, que un hombre que no llegó a conocer a Dios por sí mismo pudiera ennoblecerse y desarrollarse de la misma manera, en ese caso yo te pregunto, oyente mío: ¿No tendría el hecho de conocer a Dios en y por sí mismo el más alto significado? Y si fuese concebible elegir entre el que un hombre

llegue hasta allí por sí mismo y el que lo logre conociendo a Dios, ¿qué elegirías? Incluso en lo que hace a las cosas humanas, elegirías seguramente lo último; pues si pudieras en soledad, de ser ello posible, desarrollarte tanto como lo harías mediante el conocimiento de un ser humano hacia el que te sintieras atraído con toda tu alma, ese hecho, el haber llegado a conocerlo, tendría en sí y por sí mismo el más bello significado — el más bello significado; ¡ah, no! Ya sabes que, al menos cuando hablamos de Dios, las cosas son diferentes, pues conocer a Dios es lo decisivo, y sin ese conocimiento un hombre resultaría no ser nada en absoluto, tal vez ni siquiera estaría en condiciones de captar el primer secreto de la verdad, que él mismo no es nada en absoluto, tanto como que el hecho de necesitar a Dios es su suprema perfección.

| EL AGUIJÓN EN LA CARNE 317

2 Cor 12,7[50]

Puesto que el sentido de la Santa Escritura es el de ser para los hombres un intérprete de lo divino, puesto que su exigencia es enseñarle al creyente todas las cosas desde el principio, se sobreentiende que su lenguaje haya educado el discurso de los temerosos de Dios acerca de lo divino, que sus palabras y expresiones resuenen una y otra vez en los lugares sagrados, en todo discurso solemne acerca de lo divino, ya sea que el hablante intente interpretar la palabra bíblica dando a la palabra lo que es de la palabra, o que vaya en busca de la palabra bíblica como la interpretación, que ya en toda su brevedad es nítida y plena, de las muchas cosas de las que ha hablado. Pero también en el discurso diario y mundano se oye a veces una palabra bíblica que, proveniente de lo sagrado, se ha extraviado en el mundo — se ha extraviado, pues el modo como se la usa muestra suficientemente que no ha abandonado su hogar por voluntad propia y ahora se mezcla con los mundanos esfuerzos de los hombres por ganarse a alguien, sino que ha sido hurtada. El que la utiliza no es conmovido por la palabra bíblica, no deja que su pensamiento la acompañe de regreso para hallar su seria ubicación en el contexto sagrado, no lo aterroriza la idea de que usar la palabra de ese modo es un sacrilegio, aunque el uso, lejos de ser insolencia, sólo sea una frivolidad perdonable a los ojos de los hombres.

Una de esas expresiones bíblicas con las que uno se topa donde menos lo esperaría, que a veces uno encuentra utilizada de la manera
que | menos parece adecuársele, es la arriba mencionada: el agui- 318
jón en la carne. Pero así como ese mal uso es en sí y por sí mismo lamentable (pues no pensamos en la osadía de una burla insolente,

sino sólo en la utilización pasajera de esa frase como un juego de ideas, la graciosa relación que la frivolidad le permite entablar con las insignificancias de la vida[51]), así también puede tener a su manera consecuencias penosas, si alguien súbitamente se pusiera a pensar en los peligros de la vida superior de los que habla la frase: que entonces lo invada la angustia, como a aquel que bromeaba sosteniendo en su mano el arma mortal, sin saber que era mortal. Del mismo modo la frase es también verdaderamente terrible y hasta mortal, puesto que da testimonio acerca del profundo dolor que se opone y reemplaza a aquello que es más grandioso que cualquier felicidad terrena, que cualquier grandiosa representación del pensamiento meramente humano, lo opuesto a la suma beatitud tal como ésta es vivida cuando es impronunciable; la frase tiene todo el énfasis de la seriedad cuando la pronuncia el apóstol Pablo, un varón que no había experimentado tales mudanzas por haber entregado su vida como presa a las pasiones, y a quien, por el contrario, la más profunda experiencia y la más plena inteligencia[52] habían hecho poseedor de un espíritu seguro. ¿No es terrible? Calma es lo que el hombre busca, pero ya ves cómo alternan el día y la noche, el verano y el invierno, la vida y la muerte; calma es lo que el hombre busca, pero ya ves cómo alternan la dicha y la desdicha, la alegría y la pena[53]; calma es lo que el hombre busca, y permanencia, pero ya ves cómo alternan la brasa del propósito y la repulsión de la impotencia, las frondosas selvas de la expectativa y la marchita grandeza del cumplimiento; calma es lo que busca el hombre. — ¿Cuándo ha dejado de buscarla? ¡Ni siquiera en la inquietud de la diversión! ¿Y cuándo no la ha buscado en vano? ¡Ni siquiera en la tumba! Pero un Apóstol — él habla con la más fuerte expresión acerca de un aguijón en la carne, acerca de un ángel de Satanás que le golpea en la boca y que de esa manera le impide también pronunciar aquella impronunciable beatitud[54]. ¿Es acaso que, cuanto mayor es la vehemencia de los esfuerzos de uno, tanto más arriesgado se vuelve todo? ¿Es que el celo devora al celoso, y de la manera más terrible cuando se trata del celo que va en busca de Dios al servicio del Señor? No, el apóstol no habla a la manera de un hombre exaltado que sólo es un desesperado testigo de cómo él mismo se tambalea y, a lo sumo, sabe cómo describir las vicisitudes. Que no se le permite permanecer en el tercer cielo, que es un ángel de Satanás el que lo hace volver a descender y le golpea en la boca: eso lo sabe; sabe que, en cierto sentido, el vínculo entre la vida terrena y la beatitud resulta
319 ser siempre un matrimonio infeliz, | y que el vínculo verdaderamente bienaventurado sólo se establece en el cielo, tal como allí se estableció en el comienzo; pero también sabe que es para su provecho, y que

ese aguijón ha sido puesto en su carne para que no se engría. En esto se reconoce al apóstol, en que no pierde su seguridad, cosa que bien podría sucederle al justo que acaso percibiera la beatitud celestial, pero incluso entonces no supiera hacer otra cosa que lamentarse cuando las espinas comenzaran a hostigar y atormentar[55]. No así el apóstol. Cuando aquel ángel de Satanás irrumpe y sale de su sombra, cuando con la rapidez del rayo viene a horrorizar al apóstol, está claro que es un ángel de Satanás, como dice el apóstol; pero si éste, de todas maneras, sabe que es para su provecho, entonces ese horror ya no es un ángel de Satanás, pues jamás se ha oído que un ángel de Satanás viniera para provecho de un hombre. No es así porque la vida superior, como acaso la pusilanimidad humana lo desearía, sea una vida sin el riesgo del sufrimiento, sino, por el contrario, porque a un apóstol nunca le falta explicación, nunca le falta autoridad.

Así, hemos seguido la frase en su regreso hacia el lugar bíblico, la expresión bíblica en su regreso hacia su origen, el apóstol Pablo, y estamos ante nuestro texto, en el que ahora la leemos. Allí se la ha leído a menudo, una y otra vez. Allí la han interpretado los eruditos; ¡quién acabaría, si tuviera que mencionar las cosas ingeniosas y las cosas necias que sirven o han querido servir para explicar ese pasaje que, una vez que ha tomado la palabra para constituirse en enigma, parecería abrir una ocasión extraordinariamente favorable para que cualquiera se convierta en intérprete de la Biblia! — Allí la ha leído, vanamente preocupado, alguien que sufría, hasta que halló consuelo, no en la edificación apostólica, sino en el hecho casual de que sufría precisamente de la misma enfermedad física a la que el apóstol, según su opinión, habría aludido en la frase[56]. Allí la ha leído un joven apesadumbrado, que no leía para sacar consuelo de la Escritura, sino para llevar angustia al alma, sin siquiera tener el coraje de pedirle a alguien la explicación. ¡Ah! Acaso no recibió nunca una explicación, pero esa angustia ante un horror inexplicado fue para él su espina en la carne. — Allí encontró un apóstol, habiéndose investido a sí mismo como tal, la prueba de que él mismo era un instrumento escogido[57] de Dios, pues él mismo llevaba un aguijón en la carne. — Allí la leyó un creyente cobarde, y pensó que tales cosas sólo le sucederían a un apóstol, no a él que, a sus propios ojos, era lo suficientemente humilde como para no ambicionar grandes cosas, tanto, que el pensamiento acerca de los sufrimientos ligados a ello era ya demasiado
para su cobardía. — Allí | la leyó un hombre simple y piadoso, y la 320
leyó muchas veces, pero nunca creyó entenderlas realmente, porque pensaba de sí mismo y de sus sufrimientos que éstos eran poca cosa en comparación con los de un apóstol.

Hasta aquí lo dicho; pero, antes de que alguien busque en un apóstol consuelo en su sufrimiento y orientación en su combate, que se escudriñe a sí mismo respecto de si su sufrimiento no debería juzgarse más bien con una sonrisa; respecto de si la vida lo ha puesto tan seriamente a prueba, que no es una broma el querer ser asistido por un apóstol; respecto de si está realmente preparado, pues el apóstol no tiene muchos instantes que perder con penas mundanas, pues partiendo del combate que, a los ojos del que sufre, es acaso suficientemente gravoso, lo conduce rápidamente al combate decisivo, al que pertenece propiamente el sufrimiento del que habla el apóstol. ¡Ah, no tomemos nunca lo sagrado en vano! ¡Y cuán a menudo se ha cultivado la carne utilizando el supremo y más fuerte consuelo para amortiguar penas mundanas, sin querer comprender que la palabra de consuelo debe herir más profundamente antes de poder curar! ¿Acaso Dios ha hecho alguna vez un pacto con un hombre en lo exterior? ¿Vale para todos los sufrimientos aquello de que uno debe agradecer a Dios por no haber sido probado en ellos? ¿Acaso también para el sufrimiento en el que el alma combate por la fe, o aquel en el que la fe triunfa sobre el mundo[58]? ¿Acaso también para el dolor en el que se engendra la esperanza, o aquel en el que se vuelve inquebrantable? ¿Acaso también para la consunción en la que redunda el amor propio, hasta que el amor enseña a conocer a Dios; o para la miseria en la que florece el hombre exterior, hasta que el hombre interior se desembaraza de lo corruptible[59]? Pero si el rogar de esa manera no debe llamarse sabiduría, tal sabiduría debe, por el contrario, ser llamada por su justo nombre, debe ser llamada necedad, pues ha perdido el sentido del espíritu y no comprende nada de manera espiritual[60]; debe llamarse cobardía, pues quiere que se la beatifique en un espléndido malentendido y seguir ignorando que se trata de un malentendido; debe llamarse insolencia ante Dios, pues quiere transformarlo, tentada por la lastimosa bajeza del hombre; debe llamarse traición a la humanidad, porque quiere defraudar lo que es santo con relación a su importancia, al que combate en lo que hace a la gratitud de los demás, al que triunfa en relación con su recompensa — pues sería mejor que se hablara de otro modo acerca de ese sufrimiento. Aquí es preciso estar alerta y no intentar jugar al héroe; no querer ser soldado por su propio salario[61]; no querer ser uno mismo su propio maestro, que determina el grado del sufrimiento y calcula las ventajas; | es preciso estar alerta, para que nadie sea probado en un combate que él mismo ha iniciado y sólo se eduque para una nueva vanidad, de manera que ésta resulta peor que la primera; pero también es preciso recordar que el sufrimiento

321

viene junto con ello, y que nadie entra en el reino de los cielos sin sufrimiento[62]. El solo hecho de que esto le sea recordado a uno es una instrucción para que las penurias de la pugna espiritual no caigan inesperadamente sobre uno como ladrón en la noche[63], como los dolores de parto sobre alguien que de ningún modo presentía que daría a luz. Eso es lo que ha hecho el apóstol. Él mismo fue puesto a prueba con la mayor dureza, pues experimentó sufrimientos que hasta entonces ningún ser humano había experimentado, tan cierto como que hay en un apóstol una vida que es más alta que la de cualquier ser humano anterior, y ello sugiere justamente que también los sufrimientos son más torturantes; los experimentó sin poder buscar la guía de nadie ni ser fortalecido por la experiencia de otros[64]. Pero así dejó también un testimonio, y «el aguijón en la carne» fue una alerta, un recordatorio del hecho de que el ser humano, vaya donde vaya, siempre va en peligro[65], que incluso aquel que captó lo más alto no hace otra cosa que tender hacia ello, llevado por aquel ángel de Satanás cuyo ataque, como todas las cosas, ha de redundar, sin embargo, en el bien del creyente.

Pero esta vez, el discurso no procurará el consuelo apostólico, ni buscará hablarle a nadie de manera tranquilizadora, sino que, en la medida de lo posible, hablará para aterrorizar. Pues hay en la existencia un sentido profundo e insondable, un acuerdo establecido desde la eternidad entre lo terrenal y el instante celestial, una maravillosa conjunción de lo que se corresponde mutuamente: la pena y el consuelo. Por eso, cuando un hombre se queja de que no hay consuelo alguno para él, puesto que su sufrimiento es extremo, esto se debe a que no capta profundamente el espanto y la penuria, que prefiere dejar que todo se confunda y buscar distracción en el vano alivio de que no ha habido consuelo, antes que juzgarse a sí mismo y humillarse ante la convicción de que no existe ninguna tentación sobrehumana[66].

Así, pues, hablaremos acerca del aguijón en la carne

El apóstol Pablo era, como todos saben, un varón probado en todo tipo de sufrimientos. Por eso si el que sufre, tal como sucede con demasiada frecuencia, en lugar de buscar guía en el consuelo ofrecido, se vuelve insidioso y se distrae, en cambio, poniéndose a pensar si el | orador es realmente alguien probado, probado justamente como él mismo lo es, porque, si no, carece de experiencia; si el que sufre, presa de las astutas ocurrencias de esa oculta vanidad, descalificara la aseveración de muchos testigos, por lo demás, con- 322

fiables, seguramente no descalificaría al apóstol Pablo. Así, pues, menciónale tus sufrimientos, o, si no, si la argucia de tu pena ha hecho que envidies al apóstol y su gallardía, invéntate sufrimientos; de seguro hallarás que el apóstol es alguien probado en ellos, si bien no lograrás hacerlo pensar como tú y detenerlo en la carrera para que, junto a ti, se explaye en los detalles de cada sufrimiento. Así como la vista no puede captar debidamente al que va corriendo, puesto que corre, así sucede también con los sufrimientos; los sufrimientos venideros no tienen tiempo para aterrar al apóstol, los pasados no tienen tiempo para retenerlo, puesto que corre. Y, sin embargo, ha probado el sufrimiento, y no será preciso enseñarle al apóstol que los sufrimientos se vuelven más terribles si uno se queda quieto, despojado de sus fuerzas por el pasado y ocupándose del futuro sólo de manera angustiosa; es preciso, más bien, aprender del apóstol a correr y a completar la carrera[67]. Menciona ahora los infortunios, los que aniquilan a un hombre vertiendo todos los tormentos en la brevedad del instante, los duraderos, que lentamente hacen que el alma dolorida abandone el cuerpo; menciona el hecho de ser blasfemado como un demente, evitado como una piedra de escándalo; menciona el peligro de muerte, la desnudez, la prisión, las cadenas, menciona todos los profundos agravios de la incomprensión, menciona el hecho de encontrar que todos duermen menos la incomprensión, menciona el hecho de ser saludado como un ídolo, cuando se es un apóstol; menciona el hecho de ser olvidado tan pronto como uno está ausente, el de ver que la buena causa ha sido desechada por los amigos que han perdido el coraje y sostenida por los enemigos que procuraban la confusión; menciona el hecho de ser abandonado por aquel con quien se cuenta, de ser abandonado por el débil que quiere bastarse por sí mismo, de ser considerado un seductor cuando se es testigo de la verdad, de dar al pecado pretexto para un nuevo pecado cuando se es maestro de la verdad, de ser considerado débil cuando se es bondadoso, altivo, cuando se es estricto, egoísta, cuando uno muestra un cuidado paternal[68]; continúa, si así te parece: verás que el apóstol es alguien probado. Pero a todos esos sufrimientos él no los llama el aguijón en la carne.

La diferencia consiste, pues, en que todos esos sufrimientos están sólo en lo externo, incluso la preocupación por la congregación, incluso el profundo desasosiego de la incomprensión, por mucho que ésta pese en su ánimo, él no tiene nada que reprocharse a sí mismo; a
323 lo largo de todo ese sufrir, triunfa la convicción de que | está en buen
entendimiento con Dios. Aunque el curso de la vida da testimonio en su contra, aunque es como si Dios huyera del mundo y se quedara sin

testimonio; pues ése es el testimonio que todo ser humano, incluso un apóstol, mejor comprende, a saber, que el bien por el que trabaja, prospera, que la verdad que proclama ha triunfado, que la causa santa por la que lucha, tiene la bendición; y el trabajo, recompensa; y la fatiga, frutos; y el esfuerzo, significado; y el combate, resolución; y el insomnio del día y de la noche, una aplicación grandiosa — aunque el mundo y lo visible haya sido abandonado por Dios, él tiene, sin embargo, el testimonio del espíritu según el cuál él es colaborador de Dios[69]. ¿Cuál es entonces la indigencia? Todavía puede suceder que todo cambie en el instante siguiente; aunque Dios haya huido, está todavía en los cielos, donde el apóstol lo ve todavía, así como al Hijo del Hombre a la derecha del poder — no lo ve sentado, ¡cómo podría permanecer sentado cuando el apóstol ha sido abandonado de ese modo! No, se ha puesto de pie, y el apóstol lo ve como Esteban, de pie a la derecha del poder[70], presto para dar su auxilio. Y aunque todo se desvanezca y se esfume como una fantasía, aunque no haya nada, nada que se efectúe, y el sufrimiento sea lo único real, aunque el incansable sacrificio de una larga vida parezca carente de sentido, como una estocada en el aire, aun así el apóstol está seguro de que no hay ángel, demonio, presente o porvenir alguno que pueda despojarlo del amor con el que el testimonio de Dios da testimonio en su corazón. ¡Y qué es todo el sufrimiento terreno comparado con esa beatitud! ¿No está él, pese a estar presente en la carne, ausente y muy lejos, de manera que sólo se engañan los que creen herirlo? ¡Pues cuán vacua fantasía es una cárcel, cuando el varón cautivo sobre el que se cierne es arrebatado al tercer cielo[71]! ¿Qué sentido tiene burlarse de aquel que no escucha sino discursos impronunciables, ejecutar a aquel que está ausente?

¡Arrebatado al tercer cielo! Pablo, por lo demás, no era ajeno a las cosas alegres de la vida: que tenía la osada esperanza de llegar incluso a España[72] con la predicación de la palabra; que, al despedirse de una congregación, dejaba a algunos ganados, algunos fortalecidos, algunos vueltos a ganar; que dejaba esa congregación para viajar hacia otra; que, con todo, algunos le seguían siendo fieles; que su cuidado paternal muchas veces le hizo ganarse también la dedicación de un hijo. ¡Con cuánta emoción habla Pablo al respecto, cuánta es su gratitud, cuán grandiosa habrá sido la alegría, tanto como las palabras
al respecto, cuando el deseo se cumplía, cuando ya no aspiraba a | 324
ver a sus amados, cuando estaba junto a ellos, cuando compartía con ellos la dádiva de gracia del espíritu, fortalecido al fortalecer y enriquecer a otros[73]! Pero esa expresión, ser arrebatado al tercer cielo, ser hecho partícipe de excelsas revelaciones, percibir una beatitud

indecible[74], esa expresión no puede usarla, no la ha usado respecto de aquella hermosa alegría que, por cierto, compartió con otros. Pero esa indecible beatitud era algo que no podía pronunciar — ¡ah, para impedírselo le había sido puesto un aguijón en la carne!

Es decir que ese sufrimiento y esa beatitud se corresponden mutuamente. En caso de que esa beatitud sólo le esté reservada a un apóstol, nadie ha de temer el sufrimiento. Pero en ese caso tampoco se puede hablar de ella y ni siquiera vale la pena hablar de ella, y el hecho de que el apóstol haya escrito acerca de ella es ya inexplicable. Es cierto que se expresa de manera breve, y su exposición resulta por eso mismo diametralmente diferente del vano palabrerío que se adorna con nombres sagrados; pero un apóstol es también aquel que menos que nadie escribe cosas enigmáticas que ninguno puede descifrar, y que alguno a lo sumo se demora en querer descifrar; un apóstol que busca serlo todo para todos[75] es el que menos querría ser algo tan especial, de modo que, en ese sentido, resultaría no ser nada para nadie. Renunciemos, entonces, a toda curiosidad que ha sido juzgada sin saberlo ella misma, pues su juicio consiste en que, o bien no puede, o bien debe poder comprenderlo, y su pecado consiste en que, o bien descuida lo pequeño para caer en pensamientos acerca de lo que es enigmático, o bien aplica insidiosamente sus facultades para hacerlo incomprensible, y de manera hipócrita hace como si eso fuera querer comprender. Que cada uno se pruebe a sí mismo[76], que sea fiel a sí mismo en relación con lo que ha experimentado; pero que nadie olvide que la beatitud del espíritu y el sufrimiento del espíritu no son algo exterior acerca de lo cual uno podría decir honestamente y en verdad: las circunstancias de mi vida no me brindaron la ocasión de experimentarlo. En el mundo del espíritu no hay burlas ni fantasmas, allí la fortuna y la casualidad no hacen al uno rey y al otro mendigo, al uno bello como la reina del oriente y al otro más miserable que Lázaro[77]; del mundo del espíritu sólo está excluido aquel que se excluye a sí mismo; al mundo del espíritu todos están invitados, y por eso el discurso acerca de él es confiado e intrépido, pues si concierne a uno solo, les concierne a todos. ¿Para qué, entonces, la curiosidad de querer descifrar aquello que, Dios mediante, a todos los hombres les ha sido dada la oportunidad de experimentar, aquello que ha sido puesto tan cerca de él, que seguramente puede decirse: tiene que haberlo comprendido? Pues si un hombre muriera
325 sin haber comprendido cómo | sería ser rico, o ser bello, o ser un rey, o cómo sería ser desconocido, despreciado, pobre, ciego de nacimiento, excluido de la especie; si muriera sin haber comprendido aquel enigmático discurso de un sabio de la antigüedad acerca del más

bello significado de la vida terrena, que, ya sea que uno se case o no se case, las dos cosas se lamentan[78], ¿acaso podría juzgarse con razón que por eso no ha aprovechado la vida? Pero si un hombre muriera y nunca hubiera experimentado lo que es combatir con Dios, ¿es ése un signo de que aquel al que uno ha enterrado se ha destacado por un temor de Dios poco frecuente? O si nunca hubiera experimentado lo que es ser abandonado por Dios, ¿sería ése un signo de que aquel al que uno ha enterrado había sido preferido por el Señor de un modo poco frecuente? O si nunca hubiera experimentado la ira del Señor y su fuego destructor, ni soñado que existiría algo semejante, ¿podría eso ser su consuelo en la muerte, su justificación en el juicio? ¿Podría ser para él un signo de que él, como ningún otro, había sido un amigo de Dios[79]? ¿O sería suficiente con que respondiera: no he tenido la ocasión de experimentar algo semejante? ¡Ah, supón que alguien así quisiera de todas maneras explicar aquella expresión, supón que sucediera que también él comprende lo que significa un aguijón en la carne, a saber, que era el espíritu el que había llegado a ser para él un aguijón en la carne y que, al retirarse éste, su dolor desapareció y le fue extirpada su angustia, algo que el amor, sin embargo, no habrá de extirpar totalmente, algo que la fe no lograría extirpar totalmente, ni siquiera en un apóstol!

El aguijón en la carne es, entonces, lo contrario a la indecible beatitud del espíritu, y lo contrario no puede estar en lo exterior, como si los sufrimientos, las cadenas, los jirones de piel de la incomprensión, los horrores de la muerte pudieran despojarlo de aquélla, o como si todo el éxito de la doctrina y todos los triunfos de la fe en el ancho mundo pudieran llenarle plenamente la falta. Tan pronto como el sufrimiento se siente y el aguijón causa dolor, el apóstol tiene que vérselas solamente consigo mismo. La beatitud ha desaparecido, desaparece más y más, ¡ah, su posesión era indecible y es indecible el dolor, puesto que no puede siquiera pronunciar la pérdida, y lo único que el recuerdo consigue es languidecer en la impotencia! ¡Haber sido arrebatado al tercer cielo, haber sido acogido en el seno de la beatitud y ensanchado en Dios, y ahora ser amarrado con el aguijón de la carne en la esclavitud de lo temporal! ¡Haber sido enriquecido en Dios, indeciblemente, y ahora ser reducido a nada, a carne y sangre, a polvo y vanidad! ¡Haber | estado uno mismo presente 326
ante Dios, y estar ahora abandonado por Dios, abandonado por uno mismo, consolado solamente por un recuerdo miserablemente débil! Es ya gravoso para un hombre experimentar el desconsuelo de los hombres; ¡pero experimentar que en Dios hay mudanza, sombra de alteración[80], que hay un ángel de Satanás que tiene el poder de

despojar al hombre de esa beatitud! ¿Dónde hay seguridad para un hombre, ni siquiera en el tercer cielo? Pero no nos confundamos, pues así como hablamos ahora ha hablado en este mundo aquel que sabía de lo que hablaba y sólo daba testimonio de lo que había experimentado, pero que no sabía hablar humildemente como un apóstol, entregándose a Dios sucediera lo que sucediera. El apóstol dice que él sabe que esa alteración le es provechosa. ¡Cuán simple y sencillo, cuán apacible es ese discurso! ¡Estar tan calmo tras haber nombrado lo más beatífico y lo más gravoso con las expresiones más fuertes, haber ganado y perdido! Si conoces, oyente mío, el discurso de otros que hayan presentido algo semejante, seguramente has oído más bien un alarido de la angustia, que entonces estaba todo perdido para siempre, un grito de la desesperación, que ya no podrían volver a gozar de esa beatitud. — ¡Pero ay de aquél que quiere ser eximido del sufrimiento!

Sin embargo, esa expresión apostólica no describe solamente el abandono, el sufrimiento de la separación, la cual es más terrible que la misma muerte, pues la muerte sólo separa a un hombre de lo temporal y es, así, una liberación, mientras que esta separación lo excluye de lo eterno y es, así, un aprisionamiento que hace que el espíritu vuelva a suspirar en el frágil vaso de arcilla, en el espacio estrecho, en la condición del extranjero, pues el hogar del espíritu está en lo eterno y en lo infinito. En el mismo instante, es como si todo volviera a comenzar de cero. Aquel que ha estado fuera de sí mismo, retorna a sí mismo; pero ese estado, estar de esa manera en sí mismo, no es el estado de la libertad y del que ha sido liberado. Entonces la indecible beatitud ha pasado, el alegre canto de la siega ha enmudecido, es preciso volver a sembrar con lágrimas[81], el espíritu ha de permanecer encadenado una vez más, volver a suspirar, y sólo Dios sabe cuánto un suspiro contiene y en qué medida el arpa del regocijo vuelve a afinarse[82] en el secreto concilio del alma. El hombre ha retornado a sí mismo, ya no tiene la bienaventuranza de ser liberado de sí mismo para sí mismo y para ser transfigurado en Dios, de manera que el pasado lo deje partir sin poder alguno para juzgar, porque se ha moderado la acusación que se hacía a sí mismo, olvidada en el entendimiento con la insondable sabiduría de la providencia, en la bendita noticia de la
327 reconciliación; de manera que | lo eterno no tiene ningún porvenir que temer ni ningún porvenir que esperar, sino que el amor lo posee todo sin decaer[83] y no hay sombra de mutación. Tan pronto como el hombre retorna a sí mismo, ya no lo comprende — en cambio, comprende aquello que amargas experiencias habían inculcado de un modo que sería demasiado difícil olvidar: la acusación contra sí

mismo, puesto que el pasado ejerce sobre su alma una tal exigencia que ningún arrepentimiento puede cumplir del todo, que ningún consuelo de Dios puede erradicar totalmente, sino sólo Dios mismo en el indecible silencio de la beatitud.

¡Cuántas cosas pasadas puede guardar el alma de un hombre cuando está en su propio fuero, tanto más cuanto mayor sea su profundidad! Pues el bestial consuelo de que el tiempo lo borra todo es más terrible que el más terrible de los recuerdos; y la irreflexión, que bromea con el tiempo y coquetea con la eternidad, sólo ayuda, como es natural, a aquel que, «adormecido, se desvanece a lo largo de su camino»[84]; y la soberbia pobreza, la brillante miseria de la perdición que deja que el tiempo siga su curso, que ni siquiera apetece el «tedio» de la eternidad, si cuanto menos el cielo hubiese ideado nuevas distracciones con las cuales las nobles exigencias pudiesen ser satisfechas: todo eso no es sino abominable, cualquiera sea el nombre que el mundo le dé. No, el tiempo como tal no puede ayudar a un hombre a olvidar el pasado, por más que atenúe la impresión; pero si un hombre, lejos de hostigarse a sí mismo condenándose a consumir una y otra vez su amargura, deja que el tiempo, el que tiene la experiencia, actúe, no por eso el pasado será totalmente olvidado, y menos aún anulado. Sólo la beatitud de la eternidad lo consigue, porque el alma se llena completamente de ella. De ahí que la distracción pueda ayudar al frívolo a olvidar, así como la ardua labor puede ayudar al menos reflexivo a borrar el pasado, porque la distracción y la laboriosidad terrena llenan completamente su a alma. Pero cuanto más profundo es un hombre, tanto menos lo consigue, y sólo la beatitud del cielo logra lo difícil, aquello cuya dificultad, para ser captada, requiere ya seriedad. Pues para el entendimiento humano, siempre que esté atento, y para el pensamiento humano, siempre que esté sobrio, ¿no es lo más improbable de todo que algo pueda ser olvidado, e incluso que Dios pueda olvidar algo? Que la irreflexión humana, en efecto, sea capaz de olvidar aun lo más importante, eso no es difícil de concebir. En el instante de la beatitud, queda olvidado, o comulga con la beatitud; pero cuando un hombre retorna nuevamente | a sí mismo, es la cosa más improbable. Y, sin 328
embargo, esa improbabilidad, como lo improbable en general, es el comienzo y el insondable secreto de la vida más alta. Esa vida más alta no cobra jamás una forma perfecta en el tiempo, pero menos que nada en el sentido absurdo de que eso que es improbable llegaría poco a poco, tal vez por costumbre o por debilitamiento, a ser algo probable en la acepción de la irreflexión y según el concepto de la falta de espíritu. Sólo en la fe puede el hombre aspirar a ello, contra

la probabilidad, a la cual debe morir[85] constantemente; si la fe ganara probabilidad, todo estaría perdido y la fe estaría extraviada, pues eso mostraría que no habría dejado atrás el pasado, puesto que le permitiría confundirse con la falta de discernimiento, que es lo que más se aproxima a las bestias. En tiempos antiguos, en cambio, se creía que ése era el sentido de la vida, que uno comprendía la dificultad antes de regocijarse en la explicación, o bien antes de descubrir que no era posible atenerse a la explicación corriente; que uno es presa del espanto antes de ponerse a cantar himnos de victoria.

Es cierto que no conocemos la vida de Pablo con mucha precisión, pero sí conocemos a Pablo, que es la cuestión principal. Pues así como el hombre de los sentidos se reconoce porque mira de soslayo el ojo del hermano sin ver la viga en el propio[86], porque juzga severamente en otros la misma falta que fácilmente se perdona a sí mismo, así también el signo distintivo del hombre profundo y preocupado es que se juzga con toda severidad a sí mismo, que aplica todo su ingenio para disculpar a otro ser humano, pero no para poder disculparse o perdonarse a sí mismo; y que está seguro de que es así, que el otro es más perdonable, porque siempre queda en pie una posibilidad, dado que el único ser humano respecto del cual un ser humano está privado de esa posibilidad, es él mismo. Así de difícil es la cuestión de la confianza[87], pues ésta no coincide exactamente con el debilitamiento del ánimo; uno puede también limitarse a ella sin necesidad de seguir adelante, intentando incluso juzgar a Dios; a menos que la confianza sea confianza en el juicio, para lo cual se requiere que el juicio de Dios impregne el ánimo y el pensamiento; a menos que sea confianza en la misericordia de Dios; y esta manera de hablar no es una inauténtica expresión devocional de la propia irreflexión, la que no se reconforta en Dios, sino que se consuela con haber dejado de lamentarse hace mucho. Aunque ningún hombre sea capaz de absolverse a sí mismo, hay una cosa de la que sí es capaz: de acusarse a sí
329 mismo de un modo tan terrible, que no puede | absolverse a sí mismo, sino que aprende a necesitar de la misericordia. En este aspecto, un hombre comprende al otro con dificultad, pues el hombre serio pone siempre el acento en sí mismo. — La vida de Pablo había sido muy agitada, y así como la inquieta actividad del apóstol le había permitido cosechar muchos, muchos recuerdos gozosos, así también la inquietud de aquel entonces, cuando con todas sus fuerzas daba coces contra el aguijón[88], lo ha herido para el resto de su vida con un recuerdo que como un aguijón hostiga la carne, que como un ángel de Satanás le hace callar. Dejemos que la admiración mundana crea que Pablo siempre fue grandioso, que incluso en su extravío hubo algo

de extraordinario; quien busca consuelo o instrucción en un apóstol, ve enseguida que el apóstol no se esfuerza por alcanzar lo supremo y lo extraordinario, sino lo humilde; ¿cómo no iba a percibir Pablo el pasado con seriedad? Es cierto que había llegado a ser otro hombre, y ello en un sentido poco frecuente, una nueva criatura, no sólo había cambiado de nombre[89]; pero, en otro sentido, era el mismo hombre. Es cierto que el pasado había quedado atrás, que no tenía el poder de sobrecogerlo con su espanto, puesto que él corría es pos de lo perfecto[90]; es cierto que no se quedó quieto al conjuro de un círculo de recuerdos del pasado, pues, allí donde estuvo, hizo que todo fuese nuevo; es cierto que había presentido la beatitud del cielo y conservado las arras del espíritu[91], pero había, sin embargo, un recuerdo. Y es difícil tratar con un recuerdo: a veces está muy lejos, a veces está de repente tan a la mano como si nunca hubiera sido olvidado. Cuando predicaba acerca de Cristo y acerca de éste como crucificado — «crucificado», ése era el grito de los judíos[92]. No sabemos dónde estaba Pablo cuando eso sucedió, pero, cuando Esteban fue apedreado, él estaba sentado vigilando las vestiduras del verdugo[93]. ¿Y si por un instante hacía un alto en la carrera, si el recuerdo lo asaltaba de modo que no escuchaba la prédica, sino el grito, no su propia prédica, sino su amenaza? Cuando anunciaba a Cristo como el camino, como ese camino que él mismo había transitado y mostrado a muchos, ese camino ya existía antes de que Pablo lo transitara, ya existía cuando Saulo obtuvo la autorización del Sanedrín para apresar a «quienes siguieran ese camino», y él lo transitó también cuando respiraba amenazas de muerte contra los cristianos[94]. Es cierto que, desde aquella época, Pablo había atrapado a muchos más hombres libres, y de manera mucho más segura que cuando los llevaba prisioneros a Jerusalén; pero aquellos desdichados, ¿dónde estaban ahora? ¿Y si hacía un alto, si el recuerdo venía a él y entonces se sumía en temerosas elucubraciones
| acerca de si podría volver a hallar a esos desdichados? ¿Y si la duda 330
respecto de todos sus emprendimientos cobraba más fuerza, respecto de si era esto lo que tenía que hacer, proclamar la palabra ante todos los demás hombres? Saulo pensaba seguramente que su celo era una dedicación agradable a Dios[95], pero ¡ah, precisamente eso, tener que sorprenderse a sí mismo o llegar a sorprenderse a sí mismo en semejante autoengaño, y entonces tener que arrepentirse de lo que él consideraba agradable a Dios (qué trastorno del pensamiento y del ánimo, qué signo de espanto, qué difícil se le hace al arrepentimiento captar su objeto y retenerlo: tener que arrepentirse de lo mejor que uno ha hecho, y hasta de lo que uno consideraba agradable a Dios) y, junto a ello, tener que arrepentirse del grito de los perseguidos, de la

miseria de los cautivos (qué fatiga la del arrepentimiento, pues para Saulo no era un placer hacerlo, sino, en su opinión, celo por la buena causa) y, como recompensa por su diligencia, tener que cosechar no ya la ingratitud de los hombres, sino la amargura del arrepentimiento por haber delirado! Pablo fue traído encadenado frente a Agripa, y el rey le dijo: ¡Tú deliras, Pablo![96]. — ¿Y si la expresión «tú deliras» lo hubiera detenido, si hubiera propiciado la alternancia del recuerdo, si ese sagrado ardor que quemaba en él una ofrenda agradable a Dios hubiera vuelto a encenderse; si, por alabar a Dios, se hubiera vuelto un verdugo de sí mismo? ¡Pues también para eso se requiere un alma grande! Claro que Pablo sabía que era un ángel de Satanás — ¡ah, pero no por eso se aparta! Sabía que le era provechoso que fuese así, y sabía, por tanto, que ese ángel de Satanás era pese a todo un enviado de Dios. ¿No es esto un portento: transformar un ángel de Satanás en un enviado de Dios? ¿No haría esto que Satanás desista? Pues cuando el ángel de la oscuridad se reviste de todos los horrores, seguro de que bastaría con hacer que Pablo lo mirase para petrificarlo; cuando comienza por burlarse de Pablo diciendo que no tiene el coraje de hacerlo, entonces el apóstol fija los ojos en él, no se apresura a retirarlos con angustia, no los baja horrorizado, no mira con mirada insegura, sino que ve de manera firme e inflexible; cuanto más ve, tanto más evidente le resulta que es un enviado de Dios el que lo visita, un espíritu amigable que quiere beneficiarlo. Uno casi siente compasión por el pobre diablo: querer ser, de esa manera, el que horroriza, y estar ahí, atravesado por la mirada, transformado en lo opuesto, pensando meramente en escapar.

Así, el pasado quedaba atrás; el arrepentimiento lo mantenía
331 cautivo, rompía | el vínculo con él, lo combatía, ya sea que quisiera abrirse paso en su conjunto o que algún renegado quisiera atacar por sorpresa; y la fe mantenía los pensamientos rebeldes bajo la obediencia de la gracia de Dios, la cual consolaba sobremanera al apóstol, pues él sabía que era un siervo inútil[97], el más humilde de los apóstoles, indigno de ser llamado apóstol por haber perseguido a la congregación de Dios (1 Cor 15,9)[98]. Si Pablo hubiera querido medir su actividad apostólica, hacer que ésta intente resarcir el pasado, la revuelta habría estallado y ni siquiera Pablo podría haberla contenido; en cambio, eso llegó a ser para él un aguijón en la carne, no por sí mismo, sino porque la indecible beatitud había sido apartada de él.

Pero el pasado indaga constantemente en esa revuelta, y quiere retornar como lo venidero con renovado espanto. En el tiempo no hay seguridad alguna que haga que el hombre pueda, con mundana calma, decir «paz y tranquilidad»[99], a menos que encuentre consuelo

en la irreflexión. Lo importante es, entonces, correr; ¡ah, uno quisiera correr más y más rápido, pero al tiempo no se lo deja atrás mientras uno corre en el tiempo! Tú, que sabes de lo que trata el discurso[100], dirás que fue una fuga en la que era como si ya te hubieras evadido tras el velo que te separaba de todo los horrores y desgracias del mundo, liberado del lazo que te hacía retroceder, que lo habías dejado lejos detrás de ti, pero todavía faltaba un poco; dirás que fue un combate en el que era como si ya hubieras triunfado y que, pese a estar exhausto, sentías contar con toda la fuerza para el último asalto, en el que asirías el galardón por toda la eternidad[101], pero faltaba un poco más; dirás que fue un grandioso desenlace tras el fatigoso viaje por las brumas de la incomprensión, pues la explicación introdujo su brillo y explicó el sufrimiento y la falta y el peligro y la dificultad y el sentido de la angustia, derramando sobre ella la bendita paz de la comprensión, pero faltaba todavía una pequeña palabra; tú, que sabes de lo que trata el discurso, reconocerás que eso fue lo que te sucedió al comienzo, que, cuando el cumplimiento de la bienaventuranza ofrecía su mano fiel a las buenas intenciones, seguía habiendo, empero, una dificultad por delante; reconocerás que eso fue lo que te sucedió con el transcurso del tiempo, que, cuando el cumplimiento seguía acompañando al confiado peregrino en todos sus pasos, sin apresurarse cual nube matutina ni retardarse como la vespertina nube del recuerdo, seguía habiendo, empero, una irregularidad que podía escapársele a cualquiera, pero no a la sutilidad de la angustia — tú, que sabes de lo que trata el discurso, ¡qué he de decirte! Pero tú, que
no sabes de lo que se trata, | a ti hay que decirte que el discurso trata 332
de cómo la impaciencia despertó de súbito con una fuerza enorme y transformó con su angustia lo poco en mucho, el poco tiempo en una eternidad, la poca distancia en un abismo devorador, esa única dificultad en aquello que todo lo decide, esa única irregularidad en la perdición total; que de eso se trata, de cómo la fuerza se sumió en la impotencia, la desconfianza ahuyentó todo auxilio, la timidez abandonó toda esperanza; de cómo el pasado del que el alma creía haberse librado estaba otra vez ahí con su exigencia, no como un recuerdo, sino habiéndose aliado con el futuro de manera más terrible que nunca; que el discurso trata — acerca del aguijón en la carne. Un antiguo, venerable y fiel escrito de edificación dice que Dios procede con el hombre como el cazador con la presa: lo busca hasta hacerlo cansar, después le da un pequeño respiro para que reúna nuevas fuerzas, y entonces la cacería vuelve a comenzar[102]. Que un escrito de edificación hable de esta manera para causar espanto, ¿no es proceder como el cazador, invitar al hombre, mediante el título,

al reposo de la edificación, y entonces asustarlo? Eso, sin embargo, es algo legítimo, y estamos dispuestos a recibir la edificación, pues ¡ay de aquél que quiere edificar sin conocer el espanto, pues no sabe lo que él mismo quiere! Pero aquel que sabe que el espanto está ahí, sabe también que el retroceso es signo de que la cacería de la angustia vuelve a comenzar, o, si no el retroceso, cuanto menos el temor al retroceso, cuando éste toma prestado el vigor del porvenir. Cuando al pasado se le permite llegar a ser lo que es, el pasado; cuando un hombre lo abandona al tomar el buen camino, y no para mirar atrás de vez en cuando, entonces él mismo se transforma poco a poco, y el pasado se transforma imperceptiblemente en el mismo acto, y finalmente ya no se adecuan el uno al otro, el pasado se pierde en una figura más y más imprecisa, se vuelve recuerdo, el recuerdo se hace menos espantoso y menor, se vuelve más tranquilo, se atempera, se vuelve nostálgico, y en cada una de esas determinaciones va alejándose más y más, hasta que al final el pasado le resulta casi extraño, no entiende siquiera cómo fue posible haberse extraviado de ese modo, y escucha el relato del recuerdo como el viajero escucha la leyenda en la comarca lejana — pero el retroceso le enseña a uno a comprender cómo fue posible; incluso el temor al retroceso, cuando despierta de súbito, aunque sólo quede un instante, sabe valerse de
333 él para hacer que todo se haga presente, no como un recuerdo, | sino como un advenir. Pero un apóstol comprende que eso le es provechoso, que toda angustia temporal, que no hace sino desear, debe consumirse, que toda confianza en uno mismo que busque la compleción debe arder en el purgatorio del porvenir, que toda cobardía que intente escapar al peligro debe perecer en el desierto de la expectativa. — Sólo con mucha dificultad llega el hombre a conocerse a sí mismo; su aspiración a lo eterno puede ser totalmente sincera, y aun así puede que haya un peligro del que él, si dependiera de él mismo, querría ser eximido, que le gustaría evitar, y así, con toda humildad, conservar de todos modos una oculta vanidad, puesto que no se habría conocido a sí mismo hasta el extremo por no haberse angustiado hasta el extremo, hasta la muerte y la aniquilación. Que no se juzgue a nadie, o que cada uno se juzgue sólo a sí mismo. ¡Ay, todo parecía tan seguro! ¡Si tan sólo no existiera ese peligro! ¡La beatitud del cielo era tan indecible, y ahora esta posibilidad! Entonces el aguijón hostiga la carne, pues si un hombre no hubiera presentido la beatitud del cielo, tampoco sufriría tanto. ¡Ah, que pase de una buena vez, que finalmente pueda decirse: por fin! Pero cuando uno se angustia, el tiempo pasa lentamente; y cuando uno se angustia mucho, hasta el instante mismo mata lentamente; y cuando uno se

angustia de muerte, el tiempo acaba por detenerse. ¡Querer correr más rápido que nunca y no poder mover un pie; querer comprar el instante al precio de todos los sacrificios y enterarse de que no está a la venta, porque «no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia» (Rom 9,16)! Que eso es provechoso para un hombre, ¿quién lo comprende? Pues aquí la irreflexión no tiene la osadía de venir en auxilio con aquello que en sentido lato puede explicar acerca de lo que es provechoso en la vida.

Hemos hablado acerca del aguijón en la carne; hemos intentado explicar la expresión en lo general, es decir, en la generalidad en la que, concerniéndole a cada ser humano, les concierne a todos. No nos hemos preocupado en lo particular por indagar a qué se refería particularmente Pablo al usar esa expresión, y menos que nada hemos deseado interrogar al respecto en el mismo sentido en que alguien preguntara si Pablo era de grande o pequeña estatura, de bello semblante y cosas por el estilo. No intentamos indicar en lo particular las cosas tal vez fortuitas, tal vez irrelevantes que el aguijón en la carne puede llegar a ser para cada individuo. Tal vez la descripción
| de las mismas habría cautivado al lector, tal vez habría hecho que el orador se ganase su admiración, pero sería despreciable que el orador perturbara de esa manera la edificación. La explicación general, en cambio, es ésta: que la vida superior tiene también su sufrimiento, el más gravoso; que nadie ha de desear frívolamente aquello cuyo peligro mentidamente evita; que nadie ha de desanimarse al toparse con un peligro que tal vez ignoraba; que nadie ha de elogiar de un modo ajeno al espíritu los cómodos y fáciles días de su vida. Basta que un hombre esté verdaderamente atento a ese peligro para que haya emprendido ya el inicio del buen combate[105]. El consuelo sí que llega, y no hay que acogerlo demasiado pronto. El que ha hablado aquí es sólo un joven que no impedirá que nadie se espante, pues no podrá consolar con la ambigua experiencia de que una larga vida le ha enseñado que el peligro no es tal como el apóstol lo describe y tal como cualquier hombre profundo lo ha presentido alguna vez en la juventud, hasta que los caminos se separan: uno combate el buen combate del peligro y del espanto; el otro se vuelve suspicaz y se regocija, ajeno al espíritu, en la seguridad de la vida.

335 # | CONTRA LA COBARDÍA

2 Tim 1,7. Pues Dios no nos ha dado espíritu de cobardía, sino espíritu de fortaleza, de amor y de templanza[104]

Si es cierto que hay cosas en la vida que tienen o pueden tener sobre el hombre el poder de hacerle olvidar poco a poco todo lo que es noble y santo, haciéndolo un esclavo de lo mundano al servicio del instante; si es cierto que el tiempo tiene o puede cobrar sobre el hombre, mientras éste va sumando días a su vida, el poder de hacer que, con cada día sumado, su vida vaya alejándose también de lo divino, de modo que, prisionero de lo cotidiano y habitual, se vuelve ajeno a lo eterno y a lo originario; si la experiencia ha enseñado que esto le ha sucedido también a aquel que una vez tuvo el barrunto de lo eterno, nítido y presente en sí mismo — entonces sería de provecho elogiar todos los medios que se le oponen, y deseable que se los elogie seriamente, sí, pero también con gratitud. Pues hay, loado sea Dios, muchos medios, así como son muchos los peligros, y cada uno de esos medios es confiable y probado. Uno de tales medios es la resolución, o el hecho de tomar una resolución; pues la resolución relaciona justamente al hombre con lo eterno, trae para él lo eterno en el tiempo, lo hace despertar súbitamente de la somnolencia de la uniformidad, anula el sortilegio de la costumbre, interrumpe la larga querella de los fatigosos pensamientos, y derrama la bendición incluso sobre el más débil de los comienzos cuando, con todo, es un comienzo; pues la resolución es un despertar a lo eterno, y aquel que por mucho tiempo ha echado de menos el rejuvenecimiento de la
336 resolución, una vez que se ha resuelto, ha de sentirse | como el hijo
de aquella viuda de Naín cuando despertó en el féretro: ¡ah, antes de eso seguía pareciéndose más bien al hijo de la viuda cuando lo

llevaban muerto[105]! Por eso elogiamos la resolución. Pero el discurso que trata al respecto no estará destinado a cosquillear el oído de los jóvenes, o a sonar como una atractiva y placentera variación en el servil oído del pusilánime, tal como este discurso, adaptado a ese fin aun cuando no esté previsto para ello, se hace oír en este mundo cuando se proclama: «¡Todo es sólo cuestión de un instante, no tienes más que tomar una determinación; atrévete, como el audaz nadador, a arrojarte al mar, atrévete a creer que un ser humano es más ligero que todos los sufrimientos, que en medio de todas las corrientes, que en medio de las enfurecidas olas pasa el camino del nadador hacia la meta! ¡Observa al intrépido nadador: él asciende a un sitio elevado, su mirada se deleita en el peligro, su silueta goza del pavoroso estremecimiento — y entonces se arroja, resuelto, a las olas; desaparece, como si el mar se lo hubiese tragado, pero enseguida sale a la superficie y ha ganado, ganado en un solo instante! ¡Así también está la resolución en la montaña de la transfiguración, se deleita en el peligro, y entonces se arroja al mar, y en el mismo instante sale a la superficie con la victoria!». Si el discurso hablara de esa manera para glorificar la toma de una resolución, seguramente causaría impresión, pues ¿cómo no habría de elogiar el oyente el entusiasmo del orador y admirar su elocuencia, y cómo no habría de retornar aquél transformado a su casa? Estaría allí, rodeado de valientes resoluciones, dudando solamente acerca de cuál sería la figura de héroe que mejor le calza, y al poco rato añoraría volver a escuchar un discurso como ése, haciendo, entre tanto, aquello de lo que es capaz — celebrar al orador cuyos violentos movimientos y cuya figura, que con su arrojado coraje retrataba al nadador, seguían siendo vívidos para él. ¡Ah, deja que el teatro conserve lo que es propio del teatro y del héroe de farándula: grandes palabras, gestos osados y el aplauso de una multitud juzgante! Aquel, sin embargo, que quiera elogiar lo que hay de provechoso en adoptar una resolución, no incurrirá en la impostura de retardar al oyente en la acción y hacer que tenga que ocuparse de admirarlo; pues querer sentir admiración es también un medio de distracción, y contribuir a provocarla — un asesinato a sangre fría, o una locura.

Por eso el discurso ha de comenzar de otra manera y, antes que nada, ha de conjurar la impostura; pues el Diablo utiliza artes diversas para tentar a un hombre, y el ataque es siempre peligroso[106] cuando, valiéndose de osadas resoluciones o, más bien, de discursos acerca de ellas y de la consiguiente admiración, así como del resabio
| que dejan cuando uno ve de cuán poco es capaz, quiere inducir a 337
un hombre a renunciar a todo. No, uno gatea antes de aprender a andar, y el intento de volar es siempre algo preocupante. Es cierto

que hay grandes decisiones, pero incluso con relación a ellas se trata ante todo de que uno se ponga en marcha con su resolución, que uno no llegue a volar tan alto en ella como para olvidarse de andar.

Sería una impostura que ese discurso diera la impresión de que un hombre debería deliberar acerca de si habría de arrojarse al mar o no. Es ya una fatiga inútil, un retraso en la ejecución de algo, un alimento para el orgullo, imaginarse o acoger la fantasía de que así son las cosas en esta vida, que el peligro es una fiesta a la que uno es invitado, una propuesta que se hace, a ver si uno quiere o no. No es en modo alguno así; la frase altisonante hace que se olvide que uno está en peligro, que la cuestión no es tener el coraje de saltar, sino salvarse. Uno tampoco ha salido al encuentro del peligro arrojándose desde un sitio elevado, como el nadador o como aquella elogiada resolución, sino que ha sucedido de manera totalmente simple y natural, por cuanto uno ha sido concebido en la transgresión y ha nacido en pecado[107], pues es el nacimiento el que lo ha expuesto a uno al peligro en el que ahora se encuentra. ¡Cuánta irreflexión se necesita para seguir ignorando que hay peligro! ¡Pero qué aberración la de valerse de grandes palabras y promesas de heroica fama para alentar a alguien a arriesgarse en el lugar en el que está! Pero si el hecho de haberse aventurado uno mismo al peligro es un orgullo, más humilde es admitir que uno está en él, concederse a sí mismo que uno está allí donde las circunstancias de la vida y la providencia lo han colocado, sin que uno pueda abandonar su puesto ni para huir ni para ascender a un sitio elevado desde el cual arrojarse al peligro. Éste está ahí; el hecho de descubrirlo no es tampoco tan extraordinario como para que deba tentar al orgullo, si uno piensa que el horror del peligro aumenta en proporción al orgullo de descubrirlo, que incluso el horror aumenta fácilmente más allá de lo concebible si toda esa deliberación no es, a su vez, interrumpida por la simple observación de que uno simplemente debe salvarse. Es un orgullo aventurarse uno mismo al peligro, es un orgullo combatir con un horror inaudito, pero también es algo miserable, ¡y cuán mezquino es aprender a veces de un mismo ser humano a tener abundancia de propósitos y pobreza de acción, a ser rico en verdades y pobre en virtudes[108]! El peligro está ahí, ése no es ningún secreto para los sabios o para los valerosos, y el hombre simple lo conoce también[109]. No querríamos, en lugar
338 de utilizar el verdadero nombre del peligro, hablar | del mar y de la tormenta y del estruendo, cosas que tientan fácilmente a la fantasía a ir en pos de fantasiosas representaciones y fantasiosas hazañas. Está el peligro relativo a la fortuna y al bienestar: el de perderlos y, con ellos, tal vez tu coraje y tu fe. Está el peligro del alma: que el mundo

te resulte vacío y todo te sea indiferente, que la vida te parezca insípida y sin sustancia, la verdad misma, una fatigosa invención, y la muerte, un pensamiento impreciso que no causa angustia ni atracción. Está el peligro del pecado: que olvides tu deber, o que olvides que uno debe cumplirlo con alegría; que uno debe soportar sus sufrimientos, o que olvides que uno debe soportarlos con dedicación; que caigas en el pecado y pierdas tu libertad de ánimo, que vayas desanimado a lo largo de la vida, que desesperes en la muerte, de manera que ni siquiera el arrepentimiento pueda sostenerte. Está el peligro de la muerte, la cual tiene sus espías por todas partes, pese a que sabe que ningún ser humano ha de escapar a ella. ¿No hay peligro, entonces? ¿O acaso no sabes, tú, que tal vez quieres ascender a la cima de la montaña para arrojarte a él, no sabes acaso que eres un hombre acusado aun cuando ningún juzgado terrenal te acuse, puesto que se te acusa en el cielo, que es allí donde estará el juez? ¿No sabes que estás cautivo[110], por más que la cárcel sea tan espaciosa como el ancho mundo? Pero, inténtalo, ve hasta el límite extremo del mundo, escóndete en el abismo, intenta ver si la justicia que te ha apresado no es capaz de ir a buscarte. ¿No sabes que los testigos están allí, si bien ahora, lejos de dar testimonio contra ti, ellos te son fieles; que esos testigos son tus pensamientos, y que ese testigo eres tú mismo, que el día del ajuste de cuentas te forzará a ser tu propio denunciante, sin poder encubrir el más oculto consejo, ni olvidar el más fugaz pensamiento, ni reservar para ti mismo un solo pensamiento de manera tan recóndita como para que la conciencia no pueda romper tu ensimismamiento[111] ni pueda tu propia delación, contra tu voluntad, arrancártelo? Pues, aunque la justicia humana es muy complicada, a veces es bastante mediocre; la justicia divina es más expeditiva y no necesita el informe de ningún acusador, ningún envío de agentes, ningún examen de testigos, sino que hace que el culpable sea su propio denunciante y lo asiste con la memoria de la eternidad.

Pero no menor sería la ilusión de la que ese fraudulento discurso se valdría en su engaño si pareciera que, a la hora señalada de la resolución, todo ha sido decidido, que todo ha sido ganado. Pues es cierto que comenzar bien es ya ganar mucho, pero en el mismo instante se trata, precisamente, de ponerse en marcha con el comienzo, pues tal
vez no haya nada | más pernicioso para un hombre que el hecho de 339
que un buen y noble comienzo se le convierta, al cabo de un momento, en un obstáculo en lugar de ayudarlo a avanzar. Es un orgullo poder reunir todos los peligros y horrores contra uno mismo en un solo sitio, salir airoso en la lucha allí donde las huestes del enemigo son más numerosas; es una orgullosa sentencia la que habla de detener el

curso del sol, para que no anochezca antes de que todos los enemigos hayan sido vencidos[112]; humilde es admitir, en cambio, que, aunque no sea culpa del hombre, el combate se prolonga mucho, de modo que cada día tiene su noche[113], y que por culpa del hombre se prolonga tanto, que a veces anochece durante una derrota; humilde es admitir que hasta el paso del honesto combatiente a lo largo de la vida tiene sus dificultades, que incluso aquel que da pasos firmes en el camino no avanza al ritmo de un héroe, que cuando la noche de la vida refresca al combatiente tras el largo día, no es ocasión para batir tambores, puesto que incluso aquel que más se acercó a la meta no llega allí equipado y apto para los esfuerzos del triunfo, sino que, agotado y cansado, desea hallar una tumba en la cual reposar y también una bienaventurada y apacible partida. Es cierto que la vida de alguien así no habría sido ajena a las grandes decisiones, pero él admite que toda su vida fue un combate, y no se ve tentado a nombrar con orgullo y para solaz de los demás las grandes decisiones en las que tuvo el honor de participar; sabe muy bien que su relato del diario combate sería fatigoso para quienes mostraran curiosidad. Y, sin embargo, ésa fue su vida; tal vez experimentó la mutabilidad de la vida, tal vez la de los hombres, pero el peligro lo acompañaba siempre. A medida que el peligro se repetía, sin embargo, él renovaba su resolución, y así iba a través de la batalla. Aunque su paso fuese débil, vacilante su andar, aunque muchas veces retrocediera en lugar de avanzar, la resolución volvía a ayudarlo poco a poco, y él se amonestaba a sí mismo con la bella sentencia: «haz por Dios lo que puedes, que Dios hará por ti lo que no puedes»[114], hasta que volvía a resolverse, y ello por más que su resolución pareciera de origen humilde, un ser desvalido en comparación con el de alta cuna.

Cuando el hecho de adoptar una resolución se comprende en el sentido de renovar constantemente una resolución decisiva (una contradicción aparente, como la de recordarle a un hombre que ha de obrar como si éste fuese su último día y mostrar, a su vez, la larga vida que tiene por delante), entonces queda claro que la resolución es un medio de salvación. Pero, si esto queda claro, vale la pena tener en cuenta una vez más al archienemigo de la resolución; tal es la cobardía
340 que, resistente como es, siempre | se preocupa por quebrar o dañar
el buen entendimiento de la resolución con lo eterno, por roer las cadenas de la resolución, que son fáciles de sobrellevar y pesadas solamente cuando están rotas. Contra la cobardía, por tanto, se dirigirá el discurso, plegándose a aquella breve sentencia apostólica. Aunque muchas veces se diga que el temor de Dios, que la religión, que el cristianismo acobarda al hombre, no cabría pronunciar lo contrario

de manera más precisa que allí donde el apóstol dice, justamente, que Dios no da espíritu de cobardía, el cual puede, por tanto, provenir de otra parte y, presumiblemente, estar presente ya en esa objeción. Nadie deberá alegar que es su piedad, que es su humildad bajo la poderosa mano de Dios[115] la que lo vuelve un cobarde; nadie deberá temer encomendarse a Dios y opinar que ese hecho lo despoja de su fortaleza y lo vuelve un cobarde. Es más bien lo inverso: aquel a quien Dios con su poderosa mano no arma caballero, es y sigue siendo, en lo más profundo de su alma, un cobarde, si no por otro motivo, por haber sido demasiado orgulloso como para tolerar el espaldarazo que, como todo espaldarazo, requiere la confesión de la propia indignidad.

Así, pues, hablaremos contra la cobardía

Ha de ser signo de una época refinada el que se dé a lo vedado, a lo prohibido y al pecado un nombre que lo disculpa y casi lo honra. Muchas veces, la falsificación se extiende hasta el punto en que la antigua, seria y precisa palabra es olvidada y cae en desuso. Si alguna vez se la escucha, casi despierta risa[116], porque se presume que el hablante, o bien es un hombre que viene del campo, que habla un anticuado lenguaje solemne, carente de toda flexibilidad en el trato, o bien es un socarrón que utiliza esa palabra para causar risa, ya sea por la palabra misma o por su caricaturesca referencia a otras cuyo recuerdo evoca. Una falsificación análoga es la que se ocasiona también cuando, de dos palabras que designan algo reprobable — igualmente reprobable, se utiliza preferentemente una de ellas porque, en la representación corriente, tiene el sentido secundario de algo que no queda del todo mal a los ojos del mundo. Tal es el caso de las palabras «cobardía» y «orgullo». Si un predicador, cuya obra consiste en tomar en consideración la vida de los hombres y llamarlos al bien, alertara contra el orgullo, seguramente hallaría muchos oyentes; sin embargo, el efecto de su discurso no sería en modo alguno el deseado en todos ellos, y
hasta habría | quien, sin prestar atención a la admonición, escucha- 341
ra el adulador reconocimiento que reside en el uso de esa palabra. Si, en cambio, alertara contra la cobardía, los oyentes se mirarían seguramente unos a otros para ver si ese alguien tan miserable está presente: un alma cobarde, lo más despreciable de todo, lo intolerable, pues hasta al hombre corrupto se lo puede tolerar siempre que sea orgulloso, ¡pero un cobarde...! En verdad, un hombre ha de carecer totalmente de oídos para la jerga de las pasiones si no advierte que en la cobardía debe haber algo que no cuadra, ya que ha llegado a

causar tanto asco y temor el hecho de nombrarla, y hasta casi ha desaparecido de la vida. Y, sin embargo, cualquiera que haya estado dispuesto a reconocer que la cortés advertencia contra el orgullo le concernía a él, puede estar seguro de que el ofensivo discurso acerca de la cobardía le concierne también, pues cobardía y orgullo son una y la misma cosa[117]; puede estar seguro de que el discurso le concernía a él con toda particularidad, pues el hecho de estar tan dispuesto a parecer orgulloso es precisamente cobardía.

Orgullo y cobardía son una y la misma cosa. Esto, sin embargo, no debe malinterpretarse; con ello se significa más precisamente que aquello de lo que se habla bajo el nombre de orgullo es, en general, cobardía. Incluso el orgullo inauténtico tiene lugar con poca frecuencia, y si el predicador dispusiera su discurso en conformidad con las circunstancias que la vida muestra, raramente vendría a alertar contra el orgullo. El orgullo inauténtico exige un alto grado de representación acerca de la propia dignidad y acerca de la responsabilidad que el orgulloso tiene respecto de sí mismo, responsabilidad que él teme más que cualquier otra cosa. El orgulloso quiere hacer siempre lo correcto, lo grandioso, y en realidad no combate con los hombres sino con Dios, porque quiere poder hacerlo con sus propias fuerzas; su designio no es escabullirse, no, lo que quiere es colocar su tarea tan alto como sea posible y, entonces, cumplirla por sí mismo, contentándose con su propia conciencia y su propia aprobación. Incluso el orgulloso inauténtico debe, por tanto, enorgullecerse en soledad, debe renunciar y rechazar toda recompensa en este mundo; el favor de los hombres, o el alma, el desafío del alma más orgullosa, los ruegos del alma más amable, nada de eso ha de perturbarlo; ninguna ganancia, ni siquiera el mundo entero, ni lo más insignificante y más recóndito ha de tentarlo; debe afinar todo su pensamiento para ver lo correcto, debe querer hacerlo, porque es demasiado orgulloso como para permitir que los hombres tengan más razón que él, por más que ninguno pueda convencerlo. Pero una tal existencia es insomne y
342 muy extenuante y | la acosan muchos horrores. Por eso, cuando con esta exigencia nos dirigimos a los hombres, es poco frecuente dar con aquel que la ha satisfecho. Sí, muchos han dado el primer salto del orgullo en la vida, muchos han coqueteado con ello, pero ¿después, qué? Uno va a implorarle al mismo hombre que antes despreciaba; el que elevaba orgullosamente la frente, se arrodilla; el que orgullosamente rechazaba algo, se conforma con ello; el que desafiaba a todo el mundo, mendiga por su vida; otro va en busca de algún alma gemela que orgullosamente quiera bastarse a sí misma; el que astutamente ha transformado la tarea del orgullo, se miente un poco a sí mismo y

deja que los demás juzguen que, con todo, ése es el mayor motivo de orgullo, y entonces se unen y se enorgullecen en conjunto, lo cual es vanidad y cobardía. En verdad, no decimos esto para elogiar ese orgullo inauténtico, sino que su camino es ciertamente espantoso y por ello raramente se emprende, tanto como es cierto que el orgullo inauténtico es acechado por el Diablo y llega a ser su presa, puesto que es cobardía. Aquel, en efecto, que está solo en este sentido, debe necesariamente descubrir que hay un Dios, y si no quiere entender que estar solo con su secreto es insuficiente, si es demasiado orgulloso como para tener a un Dios todopoderoso como confidente, entonces es un cobarde; pues aunque ni el mundo ni todos los espantos que la vida terrena y la vida humana encierra hubieran logrado mostrarle que su soledad es un espejismo, el Todopoderoso lo hará enseguida, y eso no podrá resistirlo; pero entonces es un cobarde.

Puesto que aun el orgullo inauténtico es muy poco frecuente en el mundo, pese a lo cual muy a menudo se lo llama orgullo, cabe inferir de ello que la cobardía ha de ser algo muy común, y eso se puede inferir sin ofender a nadie; y no se necesita ser un juez ni un conocedor de los corazones para asumir sin titubeos que todo ser humano es un poco cobarde, en especial cuando uno confía en que cualquiera que busque conocerse mejor a sí mismo estará dispuesto a admitir que no pocas veces se ha sorprendido a sí mismo en esa actitud, que por ese motivo siempre cabe sospechar un poco de él, incluso en sus más valerosos emprendimientos. Que pueden darse variaciones, eso no es difícil advertirlo, y el discurso ha de traerlo constantemente a la memoria porque, cuando trata acerca de la cobardía, tiene constantemente al orgullo en la mira; de hecho, si el asunto ha de considerarse a fondo, hay que evitar antes que nada esa primera mentira. Aun cuando la cobardía se confunda con la sensatez, con una racionalidad elogiosa a los ojos de los hombres cuyo
secreto es el egoísmo, aun entonces ha | sido primero confundida 343
con el orgullo, en el sentido de que toda esa sensatez respecto del mundo y del propio provecho es algo grandioso. Si se alerta contra una tal sensatez, hay que ver que la advertencia no resulte tentadora, pues podría haber alguien que estuviese dispuesto a escuchar una tal exhortación sólo por la exhortación misma. Sólo una consideración religiosa puede hablar rectamente acera de y contra ese tipo de cosas, porque la consideración religiosa conoce lo único requerido y sabe que es lo único requerido, y por eso no está atareada con lo múltiple[118] ni seduce con la descripción de los detalles.

Si fuera éste el caso con la cobardía, si, así como una maldición pesa sobre ella, así también pesara sobre ella la maldición de no poder

mostrarse bajo otra figura que su figura real, de no poder engañar con su aspecto exterior, entonces se quedaría enseguida sin morada en este mundo, pues ¿quién querría vivir junto a esa miseria? Se vería obligada a mudarse a sitios apartados, de manera que ni el más menesteroso, ni el más envilecido la traería a colación. Pero no es así, la cobardía es precisamente la más flexible, la más grácil y, por así decirlo, la más agradable de todas las pasiones; no es altisonante y ruidosa, sino tranquila y cálida, y aun así atrapa voluptuosamente a las demás pasiones, pues en su trato con ellas es extremadamente encantadora, sabe mantener amistad con ellas y se deposita en lo más profundo del alma como la adormecida niebla de las aguas estancadas, de las que se desprenden vapores malsanos y engañosas fantasmagorías mientras que la niebla, sin embargo, sigue estando allí. Lo que más teme la cobardía es que se tome una resolución, pues una resolución dispersa siempre la niebla en un instante. El poder con el que mejor conspira la cobardía es el tiempo, pues ni el tiempo ni la cobardía encuentran motivo alguno para apresurarse; ¿y no es también curioso que sea Dios en el cielo y la eternidad, y no el tiempo el que dice: hoy mismo[119]? Que cada día tenga su calamidad y su fatiga[120], también su placer y su recompensa: ése es el eterno estribillo de la resolución, su más solemne y su más cotidiana exigencia, su primera y última palabra, aquello que quiere que cada día signifique y dé a cada día su significación: hoy mismo.

Pero la cobardía le impide *en primer lugar* al hombre *conocer* lo que *es el bien, lo verdaderamente grande y noble*, lo que debería ser meta de sus esfuerzos, de su temprana y de su posterior diligencia. Si
344 la cobardía | tuviera que mostrarse aquí como la miserable alimaña que es, o presentarse con toda su rudeza, entonces no habría ningún peligro; pero nunca se muestra de ese modo, o, en todo caso, sólo lo hace después, así como el mal siempre atrae con una grata figura, y después se quita la máscara y hace que su presa se hunda en el abismo dándole a entender que es demasiado tarde. La cobardía sólo quiere impedir la resuelta decisión, por eso da a su conducta un nombre distinguido. Declama contra todo el desenfreno, la inmadurez, el apresuramiento; no, el esfuerzo continuo, eso es lo grande, esa es una tarea enorgullecedora. El esfuerzo continuo — grandiosas palabras; ¡qué decepción sería que la cobardía no pudiera capturar un alma! Que el esfuerzo continuo debe, sin embargo, tener un comienzo, en especial cuando se tiene en cuenta que, presumiblemente, tiene un final — eso no quieren saberlo ni la cobardía ni el tiempo, pues sólo la resolución lo sabe, cuyo nombre, por lo demás, lo indica, pues la resolución es el comienzo, y aun así su nombre responde al hecho de

que sabe que ha de haber una conclusión. Si la cobardía ha llegado tan lejos con un hombre, puede decirse que se ha sentido cómoda y a sus anchas. ¡Qué orgullo el de contemplar constantemente las nubes sin necesitar jamás bajar la frente para mirar el suelo! Si Dios ha de ser loado por haber hecho al hombre erguido, ¡cuánto más ha de serlo la cobardía, que lo eleva de modo mucho más grandioso! Ese hombre vive, pues, teniendo a la vista la lejana y grandiosa meta; si por un instante se queda perplejo, enseguida la cobardía tiene lista la explicación de que debe ser porque la meta está tan infinitamente lejos. Vive en el esfuerzo continuo; si surge alguna inquietud respecto de si hay tal esfuerzo, o de si éste es continuo, la cobardía disipa toda duda y alisa instantáneamente las arrugas de la frente al explicar que un solo día, que una sola semana es una unidad demasiado pequeña como para medir semejante esfuerzo. En realidad, si él no se esfuerza, la cobardía continúa tranquilamente su esfuerzo y puede ver semana a semana y día a día que su esfuerzo no es vano, y que tampoco se esfuerza en pos de una meta infinitamente lejana.

Pero lo bueno, lo que en verdad es grande y noble no es meramente algo general y, como tal, el objeto general del conocimiento, sino que es también algo particular en relación con la capacidad particular del individuo lo que hace que uno logre más que el otro, que uno lo logre de una manera y el otro, de otra. La capacidad misma no es el bien, como si la aptitud destacada fuese el bien y la limitada fuese el mal (¡qué maldición para el afortunado, qué desesperación | para 345
el desafortunado!); no, sino que la capacidad es lo indiferente que, con todo, adquiere su sentido. Si se posee una aptitud destacada, la cobardía dice: «Cuando se está equipado así, seguramente no hay por qué apresurarse a comenzar. Esto es demasiado fácil, deja que pase un tiempo, deja que algo se pierda: al jugador destacado sólo le place comenzar cuando el juego está a medio perder. Ya sé que ahora permanezco ocioso, pero pronto, pronto me pondré de pie con todo mi poderío». ¡Con cuánto orgullo habla la cobardía! ¿Qué quiere decir que la tarea es demasiado fácil? Quiere decir que es difícil y, bajo el nombre de lo gravoso, la cobardía ha hecho que aquel que debía elegir elija aquello que seguramente es lo más gravoso a los ojos del mundo, y que, sin embargo, es más fácil. Más difícil, por tanto, es comenzar con toda tranquilidad, porque es menos distinguido, y esa pequeña humillación es precisamente la dificultad. Pero entonces no fue el orgullo, sino que fue la cobardía la que dio el consejo. Cualquiera sabe que el instante del peligro da a un hombre mayor fortaleza, pero por eso hay que tener en cuenta hasta qué punto y de qué manera se es más grande. ¿O acaso es tan grandioso necesitar el horror del

peligro para poder volverse fuerte? Sin mencionar que también podría suceder lo contrario, que viniera el horror, sí, pero faltara la fortaleza. Sería muy fácil que ese hombre no pudiera resolverse a comenzar; estaría orgulloso, pero es cobarde, pues, en realidad, tiene miedo de que aquello que se ha permitido llamar una insignificancia no se muestre totalmente de esa manera; y entonces estaría en aprietos: tendría que percibir su debilidad sin tener a mano el terrible nombre del horror extremo, tendría que estar allí avergonzado, privado de todo resultado brillante. — O bien la capacidad es modesta. Entonces dice la cobardía: «Esto es demasiado poco para comenzar». Está claro que decir esto es una necedad y una tontería, pues cuando uno no tiene más para comenzar, debe bastar con eso, y, cuanto menos se tiene al comenzar, mayor se vuelve uno; pero he aquí que la cobardía ha ganado en sensatez y dice que es exactamente así, pues aquel que no empieza nada tampoco pierde nada. Una tal sensatez es seguramente algo digno de orgullo, y el orgullo ha discernido ya que es mucho más enorgullecedor rechazar todo que comenzar con poco, cosa que puede hacer aquel que rechaza lo poco que le fue ofrecido y, además, todo lo que no le fue ofrecido. Eso parece enorgullecedor, pero la cobardía fue la primera en descubrirlo.

Lo bueno, lo que es en verdad grande y noble, además de todos los otros buenos atributos, tiene también el de no permitir que el
346 observador permanezca indiferente. | Aquel que lo ha percibido una vez, es como si le tomara un juramento; por más profunda que sea su caída, nunca lo olvida por completo; aun en su perdición, ese recuerdo es para él un tormento, pero también, muchas veces, una salvación. Pero, así como eleva a un hombre, así también lo humilla, pues reclama de él todas sus fuerzas y se reserva, sin embargo, la autoridad de llamarlo un siervo inútil[121], aun cuando él ha hecho lo que debía. A la cobardía le es extremadamente importante evitar esa amorosa comprensión, el solemne pacto, sujeto a tan humillantes condiciones, entre la resolución y el bien. Entonces el orgullo opera de inmediato; en consonancia con la cobardía, explica que es más enorgullecedor convencerse de que uno podría ser más de lo que es si así lo quisiera. Uno puede declamar de vez en cuando esa indefinida grandeza dándole la altura que le plazca, y no debe dejar que le echen en cara que uno es un siervo inútil. La sensatez da también su apoyo a la cobardía y enseña que uno debe siempre ser un poco desconfiado, que uno nunca debe entregarse por completo. Eso es, desde luego, muy sensato, pero ¿y si fuese necedad en relación con aquello respecto de lo cual no hay nada que ganar a menos que se invierta todo? ¿Sería sensato que, en la vida, uno quisiera regatear

con un comerciante que tiene precios fijos ofreciéndole un poco menos? ¿Sería sensato hacerlo si sus precios estuvieran completamente establecidos y a uno necesariamente le hiciera falta lo que vende? Sin embargo, resulta que es sensato, y la cobardía se ríe del imprudente orgullo de aquel que da un paso al frente para participar en la lucha por el honor, se ríe de él cuando éste tropieza, y se consuela. Sin embargo, el orgulloso cobarde es sólo por un instante más sensato que el orgulloso imprudente, y más despreciable; o, mejor dicho, puesto que no es de provecho alguno detenerse en esas diferencias, ambos han perdido todo.

Ya ves que, si las cosas son así, el hombre puede agradecérselo a sí mismo y a la cobardía, pues Dios no da espíritu de cobardía, sino espíritu de fortaleza y de amor y de templanza, tal como es requerido para reconocer qué es lo bueno, lo que es en verdad grande y noble, qué significa para él y con relación a él; para amarlo con el desprendido amor que sólo ambiciona ser un siervo inútil, lo cual es siempre el placer del amor, mientras que lo contrario a eso es una afrenta que corrompe su amor transformándolo en ganancia; y para seguir resistiendo con constancia, para que todo no resulte estéril a falta de la templanza que reconforta en el extenuante esfuerzo y en la resuelta decisión. | Ese conocimiento, ese consentimiento de la 347
resolución es la primera consagración. ¡Ah, cuán raramente el hombre lo vive de ese modo, renunciando, cuanto menos en el instante de la consagración, a todo lo soñado y fingido, a todos los espejismos que quieren que se vea a sí mismo en una talla sobrenatural y hacen que se quede estupefacto ante sí mismo, y cobrando, en cambio la fortaleza suficiente para ver las cosas como son, la fortaleza de ceñirse a ello con abnegado amor, la fortaleza de contraer con ello el pacto de la serenidad! ¡Cuán raramente el hombre lo vive de ese modo, mostrando, cuanto menos a la hora de la consagración, la fortaleza suficiente para atenerse al bien, que es como si fuese a aniquilarlo; el amor suficiente para no empequeñecerse frente él; la serenidad suficiente para no falsearse a sí mismo! La cobardía no viene de Dios, pero sabe cómo hacerse pasar por espíritu de fortaleza, de amor y de templanza. Ahora bien, es cierto que la cobardía también enseña que el hombre debe esforzarse en pos de una elevada y lejana meta, que es elevada, pues he aquí que se trata del cielo, y que es lejana, ¡quién no lo sabe!, lejana, en especial, si se supone que el mérito de un hombre ha de alcanzarla. Pero Dios ha dividido el tiempo desde el comienzo de los días, ha separado el día y la noche[122], y así también la templanza de la resolución habrá de dividir prontamente el tiempo del hombre, de manera que la renovada resolución de la

mañana y la gratitud de la tarde y la tranquila festividad del día de reposo —o como sea que la resolución haya repartido tu tiempo, oyente mío— cobren su significación como división y como medida. Si alguien se niega a comprender esto al comienzo, entonces no tomará realmente una resolución, y eso hará que su vida sea carente de sentido, sospechosa como la amistad que constantemente rechaza la oportunidad que la vida le da para manifestarse; carente de sentido e, incluso, no vivida, como si nunca hubiese sido oído el discurso que, en su sublimidad, despreciaba todas las palabras y expresiones que el lenguaje le ofrecía. Cualquiera se da cuenta de esto, hasta el más cobarde se reiría acaso de ese discurso como de algo superficial, pues la rendición de cuentas muestra lo que se debería haber hecho; pero tal vez no se pone a pensar que si la resolución no es el comienzo y el comienzo no es la resolución, entonces la rendición de cuentas no se produce, porque, en cierto sentido, no hay nada. — Pero ocurre que el bien, lo que en verdad es grande y noble, es algo diferente para cada uno, mientras que la resolución, que es el conocimiento verdadero, es lo mismo. Éste es un pensamiento muy edificante. El que quiere construir una torre[123] se sienta a hacer cálculos acerca de cuán elevada puede ser. ¡Ah, cuánta diversidad se muestra en el
348 instante del cálculo, pero cuánta igualdad | en el instante de la resolución, y, si falta resolución, no llega a haber ninguna torre, por más imaginaria o realmente grandiosa que se la haya calculado! La buena resolución corresponde al conocimiento del bien, es querer hacer todo lo que está al alcance de uno, querer servirle con el máximo de su capacidad. Hacer todo aquello de lo que uno es capaz: ¡qué beatífica igualdad! Pues de ello es capaz todo ser humano. Sólo en el instante del cálculo aparece la diversidad. ¿O acaso el que quiere hacer una obra de misericordia puede hacer algo más que dar todo lo que posee? ¿Y no dio la viuda infinitamente más que el rico, que dio lo que le sobraba[124]? Las circunstancias pueden hacer a veces que un centavo signifique un poco más de lo que significa, pero, si alguien quiere hacer un milagro, puede hacer que ese solo centavo signifique tanto como todo el oro del mundo, en caso de que lo dé de manera misericordiosa y ese centavo sea el único que posee. Sí, a aquel que tiene oídos para juzgar cuán grande es la dádiva le basta oír el tintineo de las monedas para advertir la diferencia; pero la misericordia y la urna del templo lo entienden de otra manera. Aquel que sólo tiene oídos para oír el rumor de las posibilidades en el cálculo, hace una enorme diferencia; pero la resolución lo entiende de otra manera. Cuando aquel, por tanto, que goza de salud y fortaleza, de la posesión de los mejores dones del espíritu, se somete al servicio del bien con

todo lo que es suyo, con la larga serie de los años que parece tener por delante, con todo lo que la expectativa exige de la vida, con todas las condiciones esperadas y requeridas sólo por causa del bien — y cuando aquel otro, en cambio, advirtiendo con tristeza su terrenal fragilidad y la proximidad de la disolución de los días, se ve tentado a hablar del tiempo que le ha sido acordado como habla el sacerdote, cuando, con las palabras de éste, promete a la hora de la resolución «consagrar estos instantes»[125] al servicio del bien: ¿cuál de las dos torres es la más alta? O cuando el uno, con alegría, se siente como aquel que ha de llegar a ser un excelente instrumento para ganar a muchos, y el otro, con pena en el alma, se da a sí mismo el semblante de quien sólo es una carga para los demás, pese a que ambos se han resuelto a ser todo y nada en absoluto por el bien, ¿cuál de las dos torres es la más alta? ¿No llegan ambas al cielo? O cuando el uno, carente de enemigos internos, vuelve su ánimo y su pensamiento contra los hombres como un conquistador al servicio del bien, y salva a miles, mientras que el otro, víctima de luchas intestinas, se salva a sí mismo en el instante de la resolución, ¿cuál de las dos torres es la más alta? Si la cobardía pudiera comprender esto, no tendría por qué oponerse
tanto a la resolución, pues ése es el secreto de la resolución. | Ésta lo 349
exige todo, es cierto, no se deja engañar, no tolera la deshonestidad, escatima hasta la última blanca contra aquel que está dispuesto a dar nada menos que la totalidad; pero tampoco es mezquina, ve con agrado a aquel que da un poco y sólo se encoleriza si éste intenta reprimirse, echarle la culpa a su miseria, imaginarse ingeniosamente que para él es imposible dar, puesto que nada posee, distraerse a sí mismo con el deseo de llegar a tener mucho para dar, entretenerse a sí mismo poniéndose a pensar cuán magnánimo sería entonces, saciar con sueños el clamor de la resolución hasta que el clamor desaparece. Todo eso es cobardía y orgullo encubierto, su deseo es llegar a ser un poco más enigmático de lo que es, y conformar a la resolución con su fingido reconocimiento.

La cobardía, además, impide al hombre *hacer el bien*, llevar a cabo lo que en verdad es grande y noble, aquello a lo que se ha plegado en la resolución. Ya hemos aludido en lo precedente a una cierta superstición que hace que un hombre crea que todo queda decidido gracias a la resolución, la cual él mismo no deja de estar dispuesto a tomar, suponiendo acaso que la resolución daría sublimidad a su vida al eximirlo de tener que preocuparse por cosas menores: sólo en ocasiones solemnes y decisivas lo arriesga todo, sin ocuparse de lo menos importante. ¡Ah, pero ese intento, por así decirlo, de ir por

la vida vestido de gala es un flagrante extravío! La resolución misma llega a ser, para aquel que se permite alimentar tales pensamientos al respecto, un seductor y un impostor en lugar de ser un guía leal. Pues es muy cierto y verdadero que, por encima de la resolución, brilla el resplandor de la eternidad, que, en la resolución, todo parece quedar eternamente decidido; pero eso es sólo lo primero. Después, la resolución cambia de atuendo y viene a preocuparse por las cosas más cotidianas; y en ese atuendo cotidiano o, si cabe decirlo *así*, en ese atuendo hogareño la resolución no parece tan divina, pero en su más íntima esencia sigue siendo la misma. De hecho, el sentido de la resolución para la vida humana consiste en que ha de proporcionarle coherencia, un andar parejo y tranquilo. Para eso, la resolución cuenta con un
350 apreciable don: preocuparse por pequeñeces, para que uno no | tenga que despreciarlas ni perderse en ellas, para que la vida prosiga en la resolución, fortalecida y reconfortada y refrescada por la resolución.

A veces la resolución es otra. Tal vez consista en ahorrarse aquello en lo que sólo la pobreza necesita reparar, en contener una pequeña expresión de ira, en convencerse a sí mismo de someterse a una modesta situación desagradable, en resistir un poco más en el trabajo, en olvidar una pequeña afrenta. ¡Qué transformación! ¿No es una infidelidad por parte de la resolución el que se conduzca de ese modo, o es eso lo que la resolución era realmente? Pues la resolución era justamente no necesitar de las cosas terrenales, alcanzar la frugal despreocupación de los pájaros del cielo[126]; la resolución era justamente triunfar sobre el propio ánimo y sobre el enemigo mediante la reconciliación; la resolución era justamente que la noche de la vida obtuviera la ganancia del trabajo efectuado durante el día; la resolución era justamente elevar la propia alma por encima de todas las pequeñeces de la vida. Sí, eso era la resolución, y no se lo ha olvidado; y, ahora, esto... ¡Padre y Señor nuestro! ¿Acaso la pobreza está tan cerca que es preciso ahorrar en lo poco? ¿Es uno tan irascible como para temer a tal punto un pequeño exabrupto? ¿Es suficiente media hora para hacer de uno un ocioso? ¿Se convierte uno inmediatamente en un tonto por estar un poco apesadumbrado? ¿Es uno un pendenciero porque está dispuesto a olvidar las grandes ofensas y sólo recuerda las menores? Quien sepa algo acerca de la resolución no negará que ésta sabe cómo hablar bellamente, casi rogando que uno haga simplemente tal como ella dice y que, sobre todo, no se corrompa uno a sí mismo creyendo que, al confiar en la resolución, uno ha confiado en alguien desleal. Ella admite que lo que busca es algo insignificante, y que debe tratárselo precisamente como algo insignificante, puesto que, de no ser así, uno se ve obligado a empeñar su vida del modo opuesto, dado que algo insignificante llegaría a ser lo más

significativo; pues algo que es insignificante y que, como tal, puede ser pasado por alto, no es insignificante cuando la resolución ha depuesto su exigencia al respecto; y ser infiel a la propia resolución en ocasión de algo insignificante no es otra cosa que ser infiel y, por tanto, no es nada insignificante. Finalmente, la resolución se vuelve celosa de sí misma, quiere auxiliar al hombre hostigándolo durante un tiempo en lugar de concederle la calma. Cuando el hombre y la resolución ya no habitan juntos en conformidad, ¿cuál es el error? Consiste en su cobardía. Es muy cierto que el alma de un hombre puede llegar a confundirse si lo que para él es insignificante no cesa de resultar significativo. Tampoco
es eso lo que quiere la resolución; | lo que quiere es que el hombre lo 351
trate como algo insignificante, que lo trate como una secuela adicional de la resolución. La cobardía, en cambio, siempre quiere tener que ver con lo significativo, no para efectuar realmente alguna cosa, sino porque es un halago hacer su experiencia con lo que es más significativo y porque, cuando se pierde, es un consuelo saber que se trataba de algo significativo. Con muy poca frecuencia, en efecto, un hombre evita probar o creer que podría llevar a cabo algo grandioso, y así consiente su cobardía (puesto que, por lo demás, lo grandioso es algo que, en su validez general, concierne a todos los hombres, pues en relación con lo externo y accidental puede que lo seguro y prudente sea no arriesgar demasiado); no, sino que comienza por faltar a su tarea refiriéndose a ella como una insignificancia, y después evita cumplirla. Pero el engaño es el de la cobardía y la satisfacción es la del orgullo, de modo que lo subyacente es también aquí la cobardía.

Si la resolución no sale airosa de ese combate, si, como sucede a menudo, es derrotada, termina finalmente debilitada, y la cosa va empeorando hasta que la resolución llega a ser un pensamiento ocioso y casi olvidado, una idea de las de antaño que visita de vez en cuando al hombre transformado. En lugar del planeado avance constante de la resolución, se produce un retroceso. Una vez más, está claro que sólo en la resolución cabe buscar la salvación, pero las condiciones no son las mismas de la primera vez. Contra ella se alza la cobardía; en su impotencia, lanza su odio sobre la resolución, piensa mal de ella en su corazón[127] y se satisface a sí misma con el engaño del orgullo. ¡Quién podría enumerar todas las excusas y subterfugios que la cobardía puede inventar en tales circunstancias, todas las propuestas fraudulentas que es capaz de hacer para seguir teniendo la razón frente a la resolución, para provocar la convicción de que la resolución es una trampa en la que uno cae, un suplicio que el cautivo se inflige a sí mismo, una impostura que, de todos modos, no ayuda en nada! ¿Acaso antes fue de alguna ayuda? Y en esos momentos en los que uno casi habría querido cerrar el trato

con ella, ¿fue de alguna ayuda? Si la resolución vuelve a triunfar en un ser humano, ¡ah, cuán raramente recobra éste sus fuerzas! La cobardía está al acecho en todas partes, y, si no consigue otra cosa, se encarga de que haya al menos alguna pequeña irregularidad en la renovación de la resolución. Si la resolución ha de ser renovada de verdad y de modo provechoso, debe comenzar justamente allí donde falló. Y eso es muy doloroso. Entonces la cobardía y el tiempo intervienen con
352 su falsa amistad. | El tiempo transcurrido pone la recaída a distancia, la aleja dándole contornos indefinidos; el espacio intermedio hace que el ojo se engañe, el tiempo perdido y pasado no parece tan largo, ni tampoco tan baldío y estéril; la mala hierba, además, da muchas veces flores espléndidas. Así, una vez que el olvido ha traído cierto alivio, la resolución retorna por fin. ¡Ah, pero la cobardía también ha estado allí! Aunque no sea ella la que engendró la resolución, pues nunca lo es, estuvo, sin embargo, en nosotros, e impidió en gran medida que la resolución, en sentido profundo, brindara coherencia a la vida. Puede que el orgullo traiga consuelo con el audaz pensamiento de comenzar completamente de cero, de dejar que el pasado se olvide y comenzar más gallardamente que nunca. ¿Pero a quién consuela el orgullo? Ese consuelo no puede más que ofender a la resolución, es la cobardía la que lo acoge; pero entonces la cobardía es también aquí lo subyacente. Si es así, el hombre podrá agradecérselo a sí mismo y a la cobardía; pues Dios da espíritu de fortaleza y de amor y de templanza.

Pero tal vez no era así, tal vez se tratara de aquel que, humanamente hablando, se hubiese resuelto a construir una alta torre. Si la resolución es grande, entonces la ejecución también lo es, y es como si la resolución navegara a toda vela hacia la meta. Sin embargo, tal como lo sabe, tal como lo sabía y tal como lo advierte poco a poco de manera más y más nítida, hay algo pequeño e insignificante de lo que no es capaz, una irregularidad. Si la suya fuera una buena resolución, sería la de sacrificarlo todo al servicio del bien, pues si su resolución, aunque grande, no fuera ésa, entonces su admirada fortaleza, su perseverancia, su victorioso avance serían sólo un superfluo y rebuscado alarde; el bien y Dios no le necesitan. Aun aquel que, equipado para recrear el mundo, quisiera hacerlo por cuenta propia, no sería a los ojos de Dios tan importante como un gorrión del cielo[128], del que Dios no tiene verdaderamente necesidad. Pero si ésa es la buena resolución, entonces es también celosa respecto de sí misma y avara con el hombre. ¿Qué significa que éste, siendo realmente capaz de lo grande, no sea capaz de lo modesto? Por muy grande que sea, él es sólo un siervo; cuando se lo ha prometido todo al bien, éste tiene una significación mucho más sagrada y originaria que aquello que es

grande a los ojos de los hombres y que él puede llevar a cabo. Por más que fuese capaz de impartir la verdad a todos los hombres, si revirtiera sobre sí mismo todo su poder al descubrir en él mismo la debilidad
y la irregularidad, entonces verdaderamente | sería fiel, y Dios sería 353
más importante que si hiciera lo contrario; claro que los ojos de los hombres se nublarían si vieran que un poder capaz de mover el mundo se ocupa de lo que ellos llaman algo insignificante, por más que no sea así, pues lo contrario de ello sería llegar a ser un enigma para sí mismo y, de esa manera, contribuir a que la vida carezca de sentido. ¿Pero cómo se explica esa pequeña irregularidad, por qué está ahí? Es insignificante y, por tanto, es un orgullo no preocuparse por ella. Es insignificante; es muy curioso que, tal como ocurre en esta vida, los grandes hombres no puedan llevar a cabo las cosas menores de las que son capaces los hombres comunes. Es insignificante; ¡cuán próximo a la más profunda seriedad se encuentra lo ridículo! Que lo más grande y lo más pequeño estén unidos de ese modo, que algo insignificante se mofe de tal manera de lo grandioso, que lo siga como un duende burlón; ¡vaya si es extraño! ¡Los expertos en el alma deberían recapacitar sobre esto, esto que cabría llamar la envidia de la vida respecto de lo excelente, esto que burlonamente le indica a uno que, con todo, es un hombre como todos los demás, como el más modesto, y que lo humano reclama sus derechos! Ahora bien, esto se comprende: toda explicación de esta índole puede tener sentido, en especial para aquel a quien no le concierne; pero si el sujeto en cuestión se conforma con ella, no hace realmente otra cosa que distraerse, y, en el fondo, es un cobarde, no se atreve a volver sobre sí mismo para soportar la contradicción, tal como ésta lo espera, para enseñar aquello que cada hombre debe aprender no precisamente de memoria, sino que ha de aprenderlo de manera particular: que él mismo no es nada, cosa que algunos aprenden a partir del hecho de que aquello de lo que son capaces es lo mismo que nada, y otros a partir del hecho de que aquello de lo que no son capaces es lo mismo que nada, pero suficiente para reducir a la nada todas sus capacidades. A menudo, la extensa actividad puede ser delusiva, en especial cuando no sólo es excelente y elogiada por los hombres sino también provechosa para muchos; y, sin embargo, es sólo una ilusión, y la resolución no es la buena resolución, pues ese hombre no se brinda totalmente al bien, es decir, no lo hace en su debilidad, encomendándole a Dios que, si así lo quiere, haga que esa fuerza se aplique durante una larga vida y hasta el cansancio a aquella pequeña debilidad, o que el hombre de dotes excelentes llegue a cobrar significación para los demás. La ilusión consiste en que ese hombre es a

sus propios ojos un siervo útil, un instrumento importante, pero la buena resolución no es la que se conforma con querer ser un siervo útil. Por eso cada ser humano debe examinarse a sí mismo[129]. Es
354 posible que haya habido en este mundo alguien | que fue admirado por los hombres, elogiado en vida y echado de menos en la muerte, respetado como un benefactor, recordado con monumentos, a quien Dios, sin embargo, hubo de decir: ¡desventurado, no escogiste la mejor parte[130]! Pero, si fue así, entonces también advirtió de vez en cuando la irregularidad que, debidamente comprendida, o bien habría sido simplemente para él un permanente maestro de disciplina[131] que, como tal, requeriría en todo momento que se le dé cabida, o bien le habría exigido transformar esa extensa actividad y reemprender la buena resolución; pues Dios no da espíritu de cobardía, sino espíritu de fortaleza, de amor y de templanza. Haz por Dios lo que puedes, que Dios hará por ti lo que no puedes. Pero este hacer lo que puedes, ¿es acaso no querer prestar humilde atención a la debilidad en la que él precisamente llegará a ser comprensible para ti? Sí, se hace duro, uno cree que podría hacer muchísimo por el bien, pero resulta que lo único y lo más grande que el más grande y el más modesto de lo hombres consigue hacer por Dios es dedicársele por completo, esto es, también con su debilidad; pues la obediencia es más cara a Dios que el sebo de los carneros[132].

Hay necedad en el alto vuelo de las resoluciones de la juventud, pero, en la confianza en Dios, uno puede atreverse a todo. ¡Atrévete, entonces, tú, que te volviste infiel a ti mismo y a tu resolución; tú, que, por eso mismo, acaso debilitado como un anciano inmaduro, ahora vas arrastrándote sin reconfortarte jamás en la reparación que brinda la resolución; atrévete a reemprender tu resolución, que ella vuelva a erguirte en la confianza en Dios, que da espíritu de fortaleza y de amor y de templanza! ¡Atrévete, tú, que desechaste las cadenas de la resolución y ahora, como un prisionero que ha sido liberado, acaso desafías tu libertad; atrévete a comprender que ese orgullo tuyo es cobardía, denúnciate a ti mismo una vez más para que la justicia pueda volver a someterte al servicio de la resolución; atrévete a ello con confianza en Dios, que ha de darte espíritu de fortaleza y de amor y de templanza! ¡Atrévete, tú, que una vez te humillaste ante Dios en la buena resolución, pero te equivocaste y llegaste a ser muchísimo para el bien a tus ojos y a los de los hombres; atrévete una vez más a ser nada ante Dios, que él ha de dar espíritu de fortaleza y de amor y de templanza!

Por último, la cobardía le impide a un hombre hacerse cargo del bien que él hace. Es cierto que ha de ser siempre preferible considerarse

| más pobre y menos bueno de lo que uno es, en lugar de conside- 355
rarse mejor, pues es un gran peligro que esto le suceda a un hombre, y es terrible cuando le sucede por su propia causa. ¡Ah, si yo fuese un moribundo, alabaría esta sentencia: «cuando ayunes, úngete la cabeza y lava tu cara, para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está en lo secreto»[133]! Aunque un hombre se descarríe y peque, sigue habiendo consuelo y confortamiento en la misericordia de Dios. Pero si un hombre es tan insensible como para tomar a la ligera lo que es supremo, si los sagrados nombres de la virtud y del amor y del temor a Dios se le han vuelto frases hechas de las que su boca se llena hasta la aversión, si ha ejercido hasta el extremo el arte de frecuentar irreflexivamente aun los más sagrados y serios pensamientos, de transformar aun la cosa más seria en un chasquido de la lengua, y en una mueca la cosa más sagrada; o si ha sido tan indigno como para pergeñarse un semblante hipócrita, tan indigno como para menospreciar a los hombres «demudando su rostro»[134], tan indigno como para suponer que Dios mismo se dejaría sobornar al precio de palabras y frases hechas — ¿qué salvación hay para ese hombre? ¿O acaso debería el lenguaje, especialmente en estos tiempos, preocuparse por inventar una nueva expresión para lo sagrado, lo suficientemente solemne como para impresionar a aquel que, casi cabría creer, se ha empeñado en transformar a los mejores en seres repugnantes, valiéndose de lo recibido de más serios ancestros como herencia sagrada? ¿O debería lo sagrado sorprender alguna vez a aquel que sólo tenía por costumbre tratarlo de manera hipócrita? Pero si es así, entonces también hay que estar alerta para que, por cobardía, y pese a obrar el bien, no se tienda uno una trampa a sí mismo ni perjudique a otros hombres pervirtiendo su juicio; es preciso tener en cuenta que es la cobardía la que quiere impedir que uno asuma el bien que uno hace.

Todo cuanto es bueno en un hombre es, desde el comienzo, silencioso, y así como es esencialmente propio de Dios habitar en el secreto, así también lo bueno del hombre habita en el secreto. Toda resolución que en su más hondo fundamento es buena, es silenciosa, pues tiene a Dios como confidente y ha accedido a él en su cámara secreta[135]; todo sentimiento sagrado que en su más hondo fundamento es bueno, es silencioso y está recubierto de un pudor que es más sagrado que el de la mujer; toda participación en lo humano que en su más hondo fundamento es buena, es silenciosa, porque está escondida en Dios[136]; toda emoción del corazón es silenciosa, pues los labios están cerrados y
sólo el corazón está abierto. ¡Qué lamentable que los hombres | insistan 356
en olvidar que, cuando todo calla, cuando nadie nombra ni pronuncia lo que sucede en lo interior, cuando la quietud aumenta en torno a un

hombre, éste puede entonces estar junto a Dios en lo secreto! ¡Qué lamentable que, de una generación a la otra, el bullicio y la inquietud de la vida arrastren más y más tempranamente al niño y al joven hacia lo bullicioso, que lo altisonante los concite en torno a sí o que ellos, cuanto antes mejor, comiencen a alzar su voz! Dejemos que las hazañas mundanas resulten más y más grandiosas, más y más extravagantes, más y más complicadas, pero no olvidemos que el botín que un hombre se gana al participar de la mayor empresa humana, o aun al conducirla, no es algo que valga la pena recoger en la ancha senda, comparado con el hecho de estar de sobra en el mundo y a medias con Dios.

Pero si el bien es tan silencioso, ¡cuán fácilmente puede suceder que no se lo aprecie! Lo que es aún peor, sucede a menudo que los mejores hombres, que, como la hija de aquel rey, poseen el oro del corazón pero no tienen monedas para dar[137], muchas veces sufren más que nada a causa de otros hombres. Cuando esto sucede, ¡ay, entonces sobreviene la tentación de romper con los hombres y aliarse con el bien en el silencio! ¡Eso es tan tentador, no sólo para el orgulloso inauténtico, sino también para aquel que se humilla ante Dios de manera silenciosa y callada, con temor y temblor; cuando todo el esplendor inauténtico que recubre la falsedad es tenido en alta estima y viene a juzgar al menospreciado, es tan tentador callar, dar a entender que el juicio es correcto, no pronunciar una sola palabra para defenderse y llevarse el secreto a la tumba! ¡Es tan tentador, cuando el sentimiento da junto al corazón de un hombre el puro y cálido testimonio de que ha amado mucho, cuando la susceptibilidad ha tomado en préstamo grandiosas sentencias y viene a juzgar al menospreciado, es tan tentador callar, casi confirmar su juicio y reservarse la conciencia de que los que le rodean, a su manera, han reconocido el bien en uno mismo! ¿Acaso no ha sido uno declarado el único egoísta? ¡Es tan tentador, cuando muchos están prontos a responder afirmativamente al bien y a prometer que harán la voluntad del Padre dejando que se los encomie por ese motivo, responderle de modo negativo y querer llevarla a cabo en silencio[138]! ¡Es tan tentador, cuando el alma suspira y gime y ayuna, ungirse la cabeza y lavarse la cara y no buscar la compañía de los ricos de corazón, sino ser uno mismo un falto de corazón! ¡Es tan tentador, cuando muchos acuden con sus dones y se los llama benefactores, o cuando se amontonan en torno a quien fue víctima de algo injusto y al que la injusticia dio mundana importancia, o visitan al
357 prisionero | al que la prisión dio mundano renombre, es tan tentador
entonces ser el hombre anónimo que, inadvertido, visita a la viuda y al huérfano y al prisionero[139] que fue excluido de la sociedad! Sin embargo, esto tiene también sus peligros, puede llegar a ser peligroso

para uno mismo, y es fácil que la cobardía esté escondida allí o que se cuele poco a poco.

El bien se ha reservado el derecho de hacer del hombre un siervo inútil, aun cuando ha hecho tanto como podía. Este pensamiento es el más humillante para el egoísmo del hombre. Exige de un ser humano el honesto reconocimiento de ser exactamente como cualquier otro ser humano, de ser como el más modesto, o (lo que es más verdadero y tanto más lamentable) de ser como todo hombre puede llegar a ser. Pero si se hace cargo del bien, entonces puede ser que el mundo juzgue de otra manera, que exija de él otra cosa, y es posible que él no pueda soportar esto, por más que, en secreto, sea lo bastante honesto como para querer el bien y lo bastante fuerte como para realizarlo. Él sólo deseaba ser un siervo útil con su buena resolución, es decir, un siervo que no exige recompensa alguna. Pero he aquí que el mundo lo recompensa, que lo recompensa con su falta de reconocimiento. Eso no era lo pactado. Y si alguien no comprende que, haciendo tanto como puede por el bien y padeciendo, además, la falta de reconocimiento, es todavía un siervo inútil, entonces su pensamiento ni siquiera ha captado lo perfecto y menos aún lo ha llevado a cabo. Si le teme a la falta de reconocimiento, es la cobardía la que le impide hacerse cargo del bien.

Pero un hombre puede contribuir él mismo a provocar la falta de reconocimiento. Hasta aquí, éste no parece exigir ninguna recompensa por el bien, si bien no se hace cargo de él. Pero veamos. Al padecer la falta de reconocimiento, se vuelve fácilmente más importante, no llega a juzgar a los demás, pero quiere que su obrar juzgue a los demás, y obtiene de modo insidioso, si se me permite decirlo así, mayor crédito ante Dios. No está totalmente conforme con ser un siervo inútil, quiere ser un poco más.

Ahora bien, un hombre puede ocasionar la falta de reconocimiento, y aun la persecución del mundo, al presentarse como el vocero del bien de un modo extremo, es decir, al hacerse cargo del bien de manera excesiva, si se quiere; pero no es esto de lo que estamos hablando. Estamos hablando de ocasionar la falta de reconocimiento al evitar hacerse cargo del bien. No diremos, con el Eclesiastés (4,10), «¡ay del que está solo,
que, si cae, | no tiene quien le levante!», pues Dios es tanto el que yergue 358
como el que oprime, el que vive entre los hombres y junto al solitario; no exclamaremos «¡ay!» para condenarlo, pero sí «¡ah!» para que no se extravíe, pues también está solo al examinarse a sí mismo respecto de si eso a lo que presta oídos es un llamamiento de Dios o una voz de la tentación, si no es obstinación y cólera lo que amargamente se mezcla en su esfuerzo. ¡La mala senda está tan próxima! ¡Ah, tal vez hubiera

alguien que hasta reclamó sobre sí la maldición, y que sin embargo tenía la razón y la conciencia en paz respecto de aquello por lo que se lo juzgaba, pero que erró al callar, y que erró porque el motivo fue acaso que carecía del coraje suficiente como para reconocer su debilidad, y que prefirió parecer malvado y ser odiado antes que, amado, revelar a otros su debilidad! ¡Ah, tal vez hubiera alguien que sobrellevó sufrimientos inútiles con dificultad suficiente como para inspirar a un poeta, y que muchas veces se dio importancia a sí mismo en virtud de los tormentos de la incomprensión, pero que, si quisiera ser debidamente honesto, debería admitir que podría cuanto menos haberlos atenuado mediante un pequeño reconocimiento! ¡Ah, tal vez hubiera alguien que anduvo años y días bajo el yugo de la falta de reconocimiento, que no se dio importancia a sí mismo, sino que fue doblegado por el yugo, porque lo padeció como su castigo, pese a haberse permitido una transformación, de modo que no fue castigado por lo que debía sino por otra cosa, y acogió para sí de la mano de Dios el incomprensivo juicio de los hombres como si fuese un juicio de Dios, pero dejó que los hombres se equivocasen! Pues el silencio y la liviandad pueden encubrir también un ánimo apesadumbrado que apesadumbradamente ama el bien. Eso ha de ser muy extenuante y, lo que es peor, la pesadumbre se cultiva y se nutre de ese modo. Y el silencio y la indiferencia respecto de todas las cosas pueden encubrir también una mala conciencia que, con todo, cuenta con esa expresión del bien que consiste en querer padecer su castigo. Pues aquí no hablamos de la hipocresía, que haría mejor figura, sino de lo contrario, de un odio a sí mismo que es injusto para con el hombre mismo, de modo que se las ingenia para aumentar su tormento. Pero ese odio a sí mismo es también amor a sí mismo, y todo amor a sí mismo es cobardía.

Que cada uno se examine a sí mismo respecto de si se hace cargo del bien que habita en él, que mueve su corazón y lo llena, y del que vive. Si lo hace, no de modo ostentoso ni obsecuente, pues, así como el bien, también el acto de hacerse cargo de él ha de ser reservado, recatado, decoroso, siempre pudoroso, entonces puede soportar la falta de reconocimiento por parte del mundo, que no es él el responsable; pues él y sólo él es propiamente «manifiesto a Dios»[140]. Pero, si no lo hace,
359 | ¡entonces ay de él! Pues la cobardía está más que dispuesta a hacerse cómplice del orgullo. La ilusión de la cobardía consiste en falsear la tarea, en hacer leve lo que es difícil y difícil lo que es más leve, y la satisfacción del orgullo está en elegir la dificultad ficticia. Entonces uno se da importancia, pues aquel que hace el bien pero no se hace cargo de él, ése no es totalmente como los demás. Pero quien juzga de ese modo, no juzga espiritualmente, pues aquel que juzga espiritualmente[141] sabe que

todo hombre es tan sólo un siervo inútil. Querer renunciar al mundo y al juicio del mundo, y, a la vez, brindarse a sí mismo un reconocimiento mundano por haberlo hecho, no es renunciar al mundo, por más que la cobardía y el orgullo consigan provocar una embustera ilusión. Y si un hombre realmente ama el bien, ¿no tiene éste una exigencia más para con él, a saber, que se haga cargo de él? Porque es cierto que el bien no es vanidoso, y ése no es en modo alguno el motivo por el que se lo exige, sino que es lo verdadero, y por eso toda ostentación es igualmente repugnante para el bien. Es lo verdadero, y el hacerse cargo de él es la verdad que él le debe a su prójimo. ¿Pues no es acaso una buena obra que uno retenga el brazo que quiere cometer una atrocidad, y no es también una buena obra contener el juicio de quienes quieren juzgar incorrectamente, y que no pueden juzgar de otro modo a menos que el acto de hacerse cargo del bien se lo impida? A un hombre se le pueden causar muchos perjuicios, pero el más gravoso es tal vez el de aportar un arrepentimiento tardío por un juicio desconsideradamente injusto que uno mismo, sin embargo, ha contribuido a ocasionar.

He aquí que, si esto sucede, si un hombre se extravía de tal manera al querer hacer el bien, eso puede agradecérselo a sí mismo y a la cobardía, pues Dios da espíritu de fortaleza, de amor y de templanza. Haz por Dios lo que puedes — pero si hacer lo que puedes es no querer hacerte cargo del bien, sino estar solo en lo que haces, por más que tu vida te haya enseñado a creer que un hombre es mejor de lo que parece — que Dios te de, entonces, espíritu de fortaleza y de amor y de templanza. ¡Atrévete, por tanto, tú, que te adheriste al bien y fuiste fiel a tu resolución, cobra coraje (pues ya sabes que el discurso habla contra la cobardía, no contra el orgullo) para arriesgarte a lo menor, si así quieres que se lo llame, que consiste en hacerte cargo del bien, por más que no te jactes de ello! ¡Atrévete, por tanto, tú, que en tu corazón te hiciste cargo del bien, a hacerlo también ante los hombres; no vayas
| avergonzado y con la mirada baja, como si fueras por una senda 360
prohibida; hazte cargo de él, aunque avergonzado, porque percibes siempre tu propia imperfección y bajas la mirada ante Dios! ¡Atrévete a ello con confianza en Dios, tú, que soportaste tu castigo y no rehuiste el juicio de la conciencia; atrévete a lo menos (pues el discurso es contra la cobardía, no contra el orgullo, aunque te concierna) que consiste en soportar la conmiseración de los hombres, tú, que soportaste el castigo! Así, que cada uno se haga cargo del bien, renovado en su resolución, sin que lo confunda jamás ningún espejismo, que sería más difícil servir al bien en la falta de reconocimiento, pues ¿qué cambiaría el hecho de que fuese más difícil, si además fuese algo falso, o que fuera más difícil para muchos si, con todo, fuese más leve para él?

361 ## | EL QUE RUEGA RECTAMENTE, COMBATE EN LA PLEGARIA Y VENCE — AL VENCER DIOS

¿Quién se pondría a combatir si no tuviera la esperanza de vencer; pero quién no se pondría alegremente a combatir si estuviese seguro de la victoria? ¡Alienta, pues, al combatiente, oyente mío, llámalo a la batalla y haz que las condiciones del combate le sean favorables para que la expectativa de la victoria sea una certeza! ¡Dile que es el más fuerte, pero mira que la victoria es todavía incierta hasta tanto no se la obtenga! ¡Dile que los poderosos son sus amigos, que están listos para auxiliarlo, pero mira que no por eso se ha obtenido ya la victoria! ¡Dile que el adversario es tan débil, que el combate es sólo cuestión de apariencias, pero mira que aun la victoria más segura es dudosa hasta que se la obtiene! ¿Acaso la victoria no es nunca segura hasta que se la obtiene? ¿Acaso el combatiente sale siempre a combatir con una cierta duda? De ninguna manera; hay una condición de combate que aleja toda duda, una condición de combate, por tanto, que hace que el combatiente sea verdaderamente alegre y desenvuelto; y la condición es ésta: que cuando pierde, vence. ¿Podría el pensamiento, por mucho que indagara, ser capaz de concebir una mayor certeza para la victoria que la que consiste en que la derrota es una victoria? Si un varón convocara a los hombres y dijera: «Os invito a combatir, sí, pero la victoria es segura», ¿no se aparecería una muchedumbre dispuesta a participar del combate, o, más bien, a participar de la victoria? Y si agregara: «La victoria es tan segura, que la derrota es una victoria, y ser vencido es hacerse victorioso», ¡cuántos celos despertaría el hecho de que esa oportunidad le fuera brindada a uno solo! Si aquél, para tranquilizar y satisfacer el ánimo de muchos, dijera: «Todos pueden
362 participar, nadie está excluido», ¡con cuánta | expectativa y en qué alegre celebración lo rodearían las huestes! Pero si el hablante se explicara un poco mejor y, a la pregunta de los guerreros acerca de

«cuál es el lugar y el campo de batalla, y cuál la alentadora concurrencia», respondiera que el campo de batalla está en el interior de cada uno y que, por eso, lo mejor es que cada uno se vaya a su casa y a sus asuntos para que la batalla comience: acaso alguno lo haría, pero la muchedumbre no se dispersaría según su consejo, sino que lo miraría con otros ojos, se quedaría de pie como una masa de curiosos a los que un loco, con su discurso, proporciona materia de risa. Si él, además, a la pregunta «en qué consiste el combate» dijera que consiste en rogar, entonces ya no se necesitarían más pruebas contra él, pues rogar es exactamente lo opuesto a combatir, el ruego es un acto de cobardía y renuncia reservado a mujeres y a niños, pero el combate es el placer del varón. Si, a la pregunta «en qué consiste la victoria», aquél respondiera que consiste en comprender que uno ha perdido, entonces ni el menos risueño podría contener la risa, y su risa le impediría escuchar lo que el hablante añadiría: que sería correcto utilizar la palabra «perder», que ésta no sería una expresión impropia, sino que designaría lisa y llanamente lo que el lenguaje humano y la mente humana comprenden cuando se habla de perder y de ser derrotado, mientras que, en cambio, el vencer debería ser comprendido en un sentido elevado y noble, y, por consiguiente, impropio. Cuando la muchedumbre se cansara de reírse, su delegado daría por terminado todo ese episodio con una temeraria y no poco graciosa alocución: que su concepción sería exactamente la opuesta, y que, en lo concerniente a su persona, desearía más bien ser victorioso en sentido propio y perder en sentido impropio.

¿No es este discurso, oyente mío, una imagen de lo que sucede en la vida? Una palabra aislada hace que la gente se amontone, la victoria fácilmente obtenida los entusiasma, pero la explicación profunda los espanta y, si el precio correspondiente a lo más alto es el que debe ser, la burla da la señal de retroceso, y el retroceso aparenta ser un grandioso triunfo, ¿pues acaso la burla no obtiene siempre lo más alto a bajo precio? ¡Y cuán despreciable, sin embargo, es pensar que el precio de lo más alto y lo más sagrado, tal como el de las cosas temporales, debería determinarse en función de algo accidental, según la carestía o la abundancia de la mercancía en el país! ¡Cuán edificante, en cambio, es recapacitar en el hecho de que no es así, y que aquel que imagina haber comprado lo más alto a un precio modesto no hace sino incurrir en un malentendido, puesto que el precio es siempre el mismo! ¡Cuán segura y confiada y resuelta
se vuelve el alma al pensar | que ningún precio es demasiado alto 363
cuando lo que uno compra es lo más alto! Pues es cierto lo que dicen los hombres, que también el oro puede pagarse demasiado caro[142];

¡pero lo más alto no puede pagarse demasiado caro; si uno ha pagado demasiado caro, entonces no ha comprado lo más alto! Por eso es hermoso y alentador hallar en el relato evangélico, o en la vida, a un hombre que no comercia en la plaza del mercado, donde hoy el más sagaz, calculando proporciones, paga más caro lo que mañana el más tonto, con el auxilio del azar, pagará más barato; no, sino que es un hombre resuelto que ha comprendido qué es lo más alto, pero que también está dispuesto a pagarlo todo para comprarlo; es benéfico y reconfortante verlo allí, serio y tranquilo, con la imperecedera belleza de una resolución tomada para siempre: ha reunido sus pertenencias, ha sumado a ellas todos los deseos terrenales, todo lo que cabría llamar las exigencias del hombre ante la vida; se lo reserva — y hace su oferta; si lo vieras mañana — lo verías inmutable, repitiendo inmutablemente la oferta; si el mundo se valiera de todos sus ardides y todos sus halagos y todos sus espantos — aun así él mantendría su oferta, siempre que consiguiera comprar lo más alto. Ahora bien, esa magnánima resolución, que no es tanto consecuencia de una larga deliberación sino impulso de la más profunda seriedad, es lo que se requiere si un hombre ha de comprar lo más alto. El hombre de los sentidos no quiere entender qué es lo más alto[143], no quiere entender cuál es el buen combate, qué es vencer y qué es perder; no *quiere* hacerlo; pues, gracias a Dios, el niño más pobre y más simple, el que haya recibido la más escasa enseñanza en la escuela de la pobreza, lo sabe muy bien; ¡ah, si alguien llevara a cabo en su madurez tan sólo la mitad de lo que sabía en la niñez, de lo que en sus años de infancia sabía explicar por escrito, sería de una excelencia y de una grandeza poco frecuentes! Pero el egoísmo del hombre de los sentidos es demasiado estrecho de corazón como para dejarse captar por lo más alto; de nada sirve que alguien crea poder hacer comprensible en un ameno discurso qué es lo más alto, que mediante un piadoso embuste crea atraerlo por engaño, o manipularlo con su amable ardid: lo que hace es adulterarlo, sus manos lo transforman en lo opuesto. Es verdad, y siempre lo será, que la virtud es la sabiduría suprema; también es cierto que el hombre de los sentidos querría ser sabio y esforzarse por alcanzar la sabiduría; pero si alguien, para ganárselo, le diera esa explicación, nunca lo ganaría para la virtud, pues, para que ello sucediera, sería preciso que la representación que el hombre
364 de los sentidos | se hace de la sabiduría cambiara por completo. Es verdad que la conciliación es la más dura venganza y que, como dijo un sabio de la antigüedad, el peor castigo de una ofensa es olvidarla; ¡pero qué confusión, qué estrepitosa temeridad sería que quien busca la venganza se oculte como un lobo bajo la vestidura de la concilia-

ción[144], o que de ese modo se aproxime a la bella virtud de la conciliación! Uno puede contar con que el bien tiene su recompensa, pero si el hombre de los sentidos, en su «avidez de recompensas», quisiera por eso hacer el bien, ¿llegaría alguna vez a ejercitarlo? Es un hecho incontestable que lo más seguro en la vida es cumplir con el propio deber; ¿pero seguiría siendo lo más seguro si alguna vez el deber ordenara sacrificar la vida? No, el alma debe tomar una resolución en la renuncia a todo cálculo, a toda sabiduría y probabilidad, debe querer el bien porque es el bien, y entonces percibirá que éste tiene su recompensa; debe permanecer en el deber porque es el deber, y entonces experimentará la seguridad que ello le da; debe querer llegar a un acuerdo con su adversario[145] por el imparcial impulso de su corazón, y entonces el buen combate de la conciliación le permitirá ganar en él la entrega de quien resulta vencido.

Esto vale también cuando se trata de comprender lo que será el objeto de este discurso: cómo aquel que combate rectamente en la plegaria vence al perder. Si un hombre no quiere tomar una resolución decisiva, si quiere engañar a Dios en relación con la proeza de corazón que hace que un hombre salga a la aventura y pierda de vista toda perspicacia y toda probabilidad, despojándose aun de su entendimiento y de su manera mundana de razonar; si quiere, en lugar de dar un solo paso para comenzar, llegar como a escondidas a obtener algún saber, hacer que la sabiduría infinita se vuelva finita, entonces el discurso no le será de provecho alguno. Hay una actitud retorcida que consiste en querer cosechar antes de sembrar; hay una cobardía que consiste en querer estar seguro antes de comenzar; hay una susceptibilidad que, en la profusión de sus palabras, obra siempre de mala gana; ¡pero de qué le serviría a un hombre querer engañar astutamente a Dios con una mente escindida y una lengua voluble, querer capturarlo en lo probable, sin querer entender el hecho improbable de que uno debe perderlo todo para ganarlo todo, sin entenderlo con la suficiente sinceridad, de manera que, en el instante decisivo, cuando el escalofrío de lo arriesgado recorra ya su alma, no vuelva a excusarse a sí mismo con la explicación de que todavía no se ha resuelto del todo, sino que tan sólo quería hacer el intento! Por eso, todo discurso acerca del que ruega y de su | 365
combate con Dios, acerca de la pérdida en sentido propio (pues si el dolor de la aniquilación no se sufre en sentido propio, entonces el que sufre no ha llegado todavía al fondo, y el suyo no es el grito del peligro, sino el grito ante el peligro) y acerca de la victoria en sentido impropio, no puede tener el propósito de convencer a alguien o de transformar la relación en un problema de cálculo mundano,

y de hacer que el don misericordioso que el aventurado recibe de Dios sea reemplazado por la calderilla que el medroso recibe en lo temporal. En verdad, de nada le sirve a un hombre que el discurso, suponiendo que el orador tenga esa capacidad, lo incite mediante el arte de la elocuencia a tomar una resolución al cabo de media hora, que con la flama de la convicción encienda en él una hoguera para que se consuma en la buena intención de un instante, sin ser capaz, empero, de mantener una resolución o de sostener una intención tan pronto como el hablante calla. Aunque un ángel hablara la lengua de los ángeles al describir el efecto provechoso de la plegaria[146], de nada le serviría eso al hombre de los sentidos, pues aquello respecto de lo cual la plegaria es provechosa es algo que el hombre de los sentidos no quiere ni se preocupa por comprender. ¿De qué serviría, entonces, que el hombre de los sentidos estuviera dispuesto a oír la palabra «provechoso», y que el ángel la utilizara cuando ambos, discrepantes en todo, no estuvieran de acuerdo ni siquiera en el uso de esa palabra?

Claro que el discurso puede cobrar sentido, pero recapacitar en él es, a su vez, preocupante y dudoso; por eso es preciso que el discurso sea tratado más bien como un acto de audacia. En efecto, si un hombre hace comprensible para otro lo que es ventajoso para él en sentido temporal y éste obra en conformidad con ello, se dice que fue aquél quien lo ocasionó. Si un hombre, en cambio, quisiera hacer comprensible para otro su bienestar eterno, eso sólo no alcanzaría, pues, basándose en el discurso de aquél, éste no ha captado todavía lo eterno. Si, en cambio, toma una resolución eterna y, en ella, capta lo eterno, entonces no le debe nada a ningún hombre, tampoco al orador. De hecho, una resolución eterna es algo que ningún hombre puede darle ni quitarle a otro, ni debérsela un hombre al otro[147]. Si alguien objetara que, entonces, daría lo mismo que uno se calle cuando no cuenta con la probabilidad de ganarse a otros, mostraría con ello que, dado que tal vez su vida floreció en la probabilidad y se nutrió de ella, y dado que todos sus emprendimientos al servicio de la probabilidad tuvieron éxito, nunca se atrevió y, de hecho, tampoco tuvo ni se dio a sí mismo jamás la oportunidad de ponerse a pensar que la probabilidad es una ilusión, y que aventurarse a la verdad es lo que da contenido y sentido a la vida del hombre y a las relaciones
366 humanas; | que la audacia es el manantial del entusiasmo, mientras que la probabilidad es el enemigo declarado del entusiasmo, el espejismo mediante el cual el hombre de los sentidos retiene el tiempo y rechaza lo eterno, mediante el cual defrauda a Dios, se defrauda a sí mismo y defrauda a la especie: a Dios en lo que hace al honor, a sí

mismo en lo que hace a salvarse de la aniquilación, y a la especie en lo que hace a la igualdad de condiciones.

Así, el discurso intentará captar lo que hay de edificante en el pensamiento según el cual *el que ruega rectamente combate en la plegaria y vence — al vencer Dios*.

Combatir en el ruego ¡vaya contradicción! ¡Que una sola expresión tenga el poder de mantener juntos dos pensamientos que a tal punto combaten el uno con el otro! En todo combate, el arma para el combate se determina con antelación; si aquí, por tanto, se determina que el arma para el combate es la plegaria, el combate parece imposible; pues la plegaria no es un arma de guerra sino, por el contrario, el callado quehacer de la paz; la plegaria no es propia de aquel que ataca a otro ni de aquel que se defiende a sí mismo, sino de aquel que se entrega. Si, según es costumbre en todo combate, la distancia entre los combatientes se determina de antemano, entonces el combate vuelve a parecer imposible; pues cuando no se ruega, Dios está en los cielos y el hombre, en la tierra[148], de manera que la distancia es demasiado grande; pero, cuando se ruega, están demasiado cerca el uno del otro, puesto que no hay ningún intervalo que pueda asignarse como campo de batalla. Si un hombre, en efecto, se entrega por completo a la plegaria, entonces no combate; pero si no se entrega en absoluto, entonces no ruega, aunque esté de rodillas rogando día y noche. Sucede aquí como con un hombre que mantiene contacto con un amigo lejano; si no se toma el cuidado de que las señas de la carta sean las correctas, fracasa su envío y el contacto no se produce, por muchas cartas que escriba: así también el que ruega debe tomarse el cuidado de que la forma de la plegaria sea la correcta, que ésta sea la dedicación del hombre interior, pues, si no, no le ruega a Dios; y el que ruega pone minucioso cuidado en ello, porque aquí no es posible defraudar a aquel que conoce el corazón. Pues mientras reyes y príncipes buscan refugio en la soledad campestre para evitar la afluencia de ruegos inoportunos e irrazonables, Dios en los cielos está mejor asegurado, pese a estar siempre más cerca de cada hombre; mejor asegurado, puesto que toda plegaria cuya forma no sea la correcta, es decir, la de lo interior, no llega en absoluto a sus oídos; no llega a él, que, sin embargo, está lo suficientemente cerca como para oír el más débil suspiro; no le concierne, puesto que no es un ruego dirigido a él. Y aunque una plegaria de esa índole se abra paso, aunque | con grandilocuencia se haga escuchar en el mundo, 367
no hay ser viviente alguno que sepa a quién concierne ese discurso, y menos aún —si así lo quieres, oyente mío— menos aún habría de ocurrírsele a un ángel entregársela a Dios[149], pues el ángel vería

enseguida que, por su forma, no está dirigida a Dios. He ahí por qué parece a tal punto imposible que la plegaria llegue a ser un arma contra Dios, pues sólo la plegaria correcta llega a él, él no escucha la plegaria incorrecta, y menos posible aún sería que quien ruega de ese modo llegue a atacarlo, a herirlo o a hacerle daño. Un ser humano puede hacer daño a otro ser humano con su plegaria, y, en este sentido, la plegaria es un arma terrible entre hombre y hombre, tal vez la más terrible; de hecho, al más fuerte se le advierte que no abuse de su poder contra el débil, pero hay que advertirle también al débil que no abuse del poder de la plegaria contra el más fuerte, pues acaso un tirano que abusara de su poderío o un impostor que abusara de su perspicacia no harían jamás un daño tan estrepitoso como aquel que cobarde y solapadamente rogara en el sitio incorrecto, rogando para imponer su voluntad, entregándose a la impotencia del ruego y a una suplicante vileza para destruir a otro. Pero esto no se aplica a la relación con Dios; él, en su beatitud, está a salvo del más excusable y del más mezquino abuso de plegarias, gritos y lágrimas.

¿Pero cuál es entonces la situación en la que puede decirse que tiene lugar el combate de la plegaria, cuál el orante que combate con Dios en la plegaria y que, por tanto, conserva a la vez una profunda e íntima relación de dedicación a Dios al orar, pero que a la vez está también tan separado de Dios como para que ambos puedan combatir? Cualquiera que observe a un niño se sentirá inclinado a elogiar su sencilla y piadosa plegaria, pues el niño es pobre de espíritu, por eso ve a Dios[150], y su plegaria nunca entra en combate con él. En ello consiste la dicha del niño, pero en ello consiste también lo que en una observación posterior será la ambigüedad de la dedicación del niño a Dios. El niño, en caso de que sea educado en la admonición del Señor[151], le ruega a Dios el bien, da gracias a Dios por el bien; ¿cuál bien, y por cuál bien? Por aquello que el niño se representa como lo bueno. Cuando el niño recibe juguetes en Navidad, da gracias a Dios, a quien se remite, y sería un niño difícil aquel que en esa época del año no estuviera completamente convencido de la bondad de Dios, si en todo caso los padres, en virtud de su condición, tienen una actitud favorable a Dios y al niño. Así sucede con todo lo bueno que un niño ruega y por lo cual da las gracias. En cambio, lo doloroso, lo penoso,
368 lo desagradable | (y, en realidad, la mente del niño no distingue casi otra cosa que lo agradable y lo desagradable), no lo atribuye a Dios. ¿Qué tiene entonces de sorprendente que el niño crea que Dios es la bondad misma? Lo desagradable se explica de otra manera, la mayoría de las veces mediante la idea referida a malas personas o a un hombre malicioso que no hace más que causar daño. Si el niño

ve a su madre acongojada, no se le ocurriría jamás atribuir la congoja a Dios como causa, o que la congoja contendría la ambigüedad de poder provenir de Dios precisamente para atraer a los hombres hacia Dios. Por el contrario, el niño tiene enseguida a los malos en la mira. Si al niño se le muere el padre y ve el dolor de la madre, no tiene realmente ninguna idea acerca de qué puede ser la muerte; eso se le escapa, aunque le llame la atención la sombra de duelo que se extiende sobre quienes lo rodean; pero el niño recibe además un traje nuevo que a veces le gusta tanto, que ni siquiera la madre, pese a las lágrimas, puede evitar sonreírle, con lo cual la concepción que el niño tiene de la muerte se complica aún más. Y cuando la madre, en su duelo, no olvida el cuidado del niño y le explica que el padre está en el cielo junto a Dios, el niño no tarda en reconciliarse con Dios; y, como siempre, también aquí es para su bendición, pues la explicación que, al comienzo, no era tal vez sino una invención del amor materno dirigida al niño, poco a poco satisface oculta y calladamente a la madre y llega a ser una explicación para la apenada viuda. El niño pasa por alto la dificultad: la muerte. El padre estaba en la tierra, y eso era muy bueno, pues el amor paterno era exactamente como el niño lo imaginaba; ahora el padre está en el cielo y está muy bien junto a Dios. Pero de cómo ocurrió la transformación, de eso el niño realmente no se ocupa; en todo caso, al niño no se le ocurriría atribuir la muerte a Dios. Por eso, cuando a menudo se elogia el temor de Dios de la mente infantil, hay que ser siempre un poco cuidadoso. Lo elogiable, lo que cada uno debe desear para sí y debe intentar preservar hasta el día de su muerte, es la interioridad del niño; pues, para él, Dios es verdaderamente viviente y está presente cada vez que piensa en él. En otro sentido, en cambio, la idea que el niño tiene de Dios no es precisamente muy piadosa.

La dificultad comienza tan pronto como los pensamientos opuestos deben pensarse juntos, como cuando la doliente esposa debe atribuir a Dios la pérdida y la congoja y hallar una explicación distinta de la que la madre le tiene ya preparada al niño. La dificultad se presenta
sólo en una | edad posterior, cuando, por una parte, la idea de las 369
cosas alegres, de lo deseable, del bien y del mal está claramente desarrollada y, por la otra, también lo está la idea de que, si ha de haber un Dios y una concepción piadosa de la vida, entonces todo debe ser en última instancia referido a Dios. Si lo infantil vuelve entonces como algo inexplicado, lo llamamos pueril, y uno no se conforma con la interioridad, puesto que exige que ésta sea proporcional a una mayor madurez. ¿Pues quién elogiaría el temor de Dios de un adulto que no tuviera una idea más seria acerca de la vida que la de saber distinguir

lo agradable y lo desagradable, ni una idea más sagrada acerca de Dios que la irreflexiva osadía de imputarle a Dios, por así decirlo, el común entendimiento que los uniría por cuanto Dios da y él agradece? Un villano como ése no llegaría seguramente a combatir en la plegaria, pues daría las gracias cuando todo ocurre según lo deseado y renunciaría a la plegaria cuando las cosas ocurren de manera contraria a su deseo; en efecto, carecería totalmente de la verdadera interioridad del pensamiento según el cual la referencia de todas las cosas a Dios debe ser entendida tal como Dios quiere que se la entienda. Sin embargo, esa interioridad no puede impregnar de inmediato lo externo, que está en conformidad con las ideas y conceptos del hombre de los sentidos, y entonces el combate resulta imposible; pues llegar a conocer a Dios es más difícil aún que conocer a un ser humano, y uno no puede permanecer tan fácilmente en la ilusión de conocerlo según lo externo, puesto que Dios es sólo espíritu[152]. Si un hombre renuncia a la interioridad de ese pensamiento, entonces ya no puede combatir en la plegaria. Su combate resulta ser uno completamente distinto, al cual no podemos prometerle un desenlace tan grandioso, ya sea porque lo conduce a querer desafiar a Dios e incluso, en el extremo del desafío, a querer negar a Dios y de esa manera, por así decirlo, aniquilarlo; o porque es tan pueril como para querer poner a Dios en dificultades, de modo que Dios tendría que retractarse después, cuando ya es demasiado tarde. De hecho, así como nunca ha habido nadie que no haya asumido la existencia de un Dios, pero sí muchos que no han querido que ese pensamiento se apodere de ellos, así también muestran otros, de un modo menos franco, que no han podido prescindir de Dios, si no por otro motivo, para poder darse ellos mismos importancia y significación mediante la idea de que Dios no puede prescindir de ellos: como un niño consentido y malcriado que quiere prescindir del padre y, sin embargo, no puede prescindir del pensamiento del que se nutre la propia vanidad: que debe hacerle mal al padre.

¡Pero cuán múltiples son los que combaten, cuán diversos los
370 combates en | los que el orante se mide *con* Dios (pues aquel que se mide contra Dios, no combate en la plegaria), cuán diversos los medios de la plegaria, la particular constitución de la plegaria mediante la cual el orante intenta ganarle a Dios! Pues ésa es la disposición del que combate, ésa es su opinión, que el combate debe dar frutos, que debe tener un desenlace grandioso; y si alguien, para tranquilizarlo, le dijera que Dios es el inmutable, que Dios no sólo habita lejos en el cielo, sino más lejos aún de todo ser humano en su inmutabilidad, es seguro que el combatiente se sublevaría ante un discurso tal. Pues

así como lo peor que puede decirse de un ser humano es que es un monstruo, así también la peor y más repugnante blasfemia sería decir que Dios es inhumano, ya sea porque hablar de ese modo es muy soberbio o porque es muy insolente. No, el Dios al que aquél ruega es humano, tiene corazón para sentir de manera humana, oídos para oír la queja de un hombre; y, aunque no cumpla todos los deseos, habita cerca del combatiente y se deja conmover por sus lamentos, por su humilde solicitud, por su miseria cuando está abandonado y como en prisión, por la pronta alegría que halla en el cumplimiento cuando, en la esperanza, lo anticipa; sí, ese Dios se emociona con los gemidos del combatiente cuando éste sucumbe a la desazón, con su clamor cuando se hunde en el torbellino de la mutabilidad, con la gratitud que promete para todos los tiempos; se emociona, si no antes, al menos con el último suspiro cuando, humanamente hablando, parece ser ya demasiado tarde. Entonces se combate. Uno lucha rogando por su participación en las cosas buenas que no se presentan; otro, por la gloria que se anuncia; uno, por la dicha que quiere ocasionarle al ser amado; otro, por la dicha que ha de florecer para él junto al ser amado; uno lucha en el ruego contra los horrores del pasado, de los cuales huye; otro, con el espanto del futuro al que se asoma; uno, con el estremecimiento que habita apartado en la soledad; otro, con el peligro ante la mirada de todos; uno, por el cumplimiento de lo deseado; otro, contra el deseo cumplido, puesto que fue un deseo apresurado; uno empeña todas sus fuerzas, pese a que asimismo ruega; otro lo espera todo de la plegaria, pese a que asimismo trabaja; uno medita sobre la proporción entre el cumplimiento y el trabajo; otro, sobre la desproporción. ¡Ah, aunque en el país haya paz, salud, bienestar, aun cuando el sol sonría luminoso y cálido, el combate es tan grande! ¡Ah, aun cuando la noche se aboveda silenciosa e ilu-
minada de estrellas, y cuando los campos | reposan, el combate es 371
tan grande! ¿Pero en torno a qué se combate? ¿Se trata de la bondad de Dios? De ningún modo. ¿Se trata del amor de Dios? De ningún modo. No, sino que se trata de hacerse comprensible ante Dios, de explicarle debidamente qué es lo provechoso para el orante, de hacer que le preste la debida importancia, de ganárselo en el deseo. Y el combate es agradable a Dios; pues se trata de llegar debidamente a alegrarse en Dios, de agradecerle debidamente, de dar el debido testimonio acerca de su gloria, de convencerse debidamente de que toda paternidad habita en los cielos[153], de amarlo debidamente, como dicen los hombres cuando nombran lo más alto: amar tan altamente como se ama a Dios. Y el combatiente es sincero para con Dios, pues se atreve a darse a sí mismo el testimonio de que no es un niño, que no reparte

su alma buscando a veces una cosa y a veces otra, olvidándose de lo que deseaba cuando se produce el cumplimiento; no, ésta es una sola cosa; se atreve a darse a sí mismo el testimonio de que empeña todo su entendimiento en pos de la clarividencia suficiente para divisar la más lejana indicación del cumplimiento; que endereza todos sus pensamientos al conjuro de la más insignificante circunstancia, para ver si ésta no se guarda algo; que con gratitud da la bienvenida a cada señal y le ruega que se quede con él. Su plegaria no es tampoco una fraudulenta argucia, no es su última escapatoria, pues rogar es para él algo precioso y no querría dejar de hacerlo; si descubre que se está volviendo tibio[154] y alejándose de Dios, entonces no tarda en arrepentirse, sino que se apresta a combatir otra vez en la plegaria.

Tal es el combate; ¿no es así, oyente mío, no sería de ese modo? No hablamos del que abandona su puesto y renuncia a la plegaria, ni de su combate. Pero ¿y el resultado? ¿Quién es, sin embargo, el que pregunta? ¿Es un curioso que también tiene ganas de oír este relato? Para él no tenemos respuesta alguna. Si es un hombre probado, entonces él mismo lo sabe mejor que el orador, y estamos dispuestos a aceptar su guía. Pero dejemos que sea el combatiente el que pregunta, pues el que combate es el más indicado para interrogar acerca del resultado. Tal vez éste preferiría que hubiese una experiencia que garantizase que es así, que la plegaria es como la paga exigida por Dios, pero que, por ese precio, el que ruega acaba por obtener también lo que desea. ¿Acaso esa experiencia lo ayudaría, acaso la experiencia en general ha ayudado a alguien que no fuese aquel que la vivió por sí mismo y que, por tanto, no fue ayudado por ella? Tal vez desearía que se hablase acerca de un milagroso cumplimiento del deseo, que,
372 como sucedió una vez en | tiempos lejanos, los invitados a la boda obtuvieron la inesperada abundancia del buen vino, y el ciego recobró la vista, y el paralítico su salud, y el muerto la vida, y la madre a su hijo, y que a aquel desdichado que vagaba entre las tumbas se le devolvió su suerte y su parte entre los hombres[155]. ¿Acaso le sería de provecho, tal como él cree, si se agregara que esas cosas ya no suceden? ¡Sí, feliz aquel a quien le sucediera, bienaventurado aquel que puede alegrarse por ello, por aquellos días de grandeza, y que, no obstante, sabe que éstos han pasado! Pero tú dices: ¿y el resultado del combate? Y esa pregunta no está lanzada con indiferencia, teme y al mismo tiempo ansía oír la explicación; pues poder contar con la explicación es siempre un consuelo, y la esperanza cifra toda su confianza en la explicación mientras no se la ha oído, y por eso uno teme *haberla* oído; pero la explicación, con todo, es el consuelo, y por eso uno ansía oírla. Ya hemos mencionado el resultado: el que

ruega, combate en la plegaria, le hemos visto combatir; *vence*, y ése es entonces el resultado; pero vence *por cuanto Dios* vence, y llega a ser en virtud de ello *el que ruega rectamente*. — Oyente mío, ¿no has hablado nunca con un hombre que, aunque aventajándote en sabiduría, fuera benévolo contigo y estuviera más o mejor (y, por tanto, más) preocupado por tu bienestar que tú mismo? Si no fue así, entonces ponte a pensar qué nos podría suceder a ti o a mí, tal como lo expondré ahora. He aquí que, en el comienzo, estábamos totalmente en desacuerdo, lo que el sabio decía me parecía un discurso extraño, pero yo confiaba en que no abusaría de su superioridad, sino que se dejaría convencer y me ayudaría a apartar el malentendido. Así, hablamos e intercambiamos muchas palabras en el combate del discurso. El sabio, presumiblemente, debió de conservar su visión de conjunto, pues se mantuvo tranquilo, mientras que yo, sin advertir muy bien cómo y sin avergonzarme de ello, casi me violenté, porque era tan importante para mí que el sabio compartiera mi concepción, que no me atrevía a sostenerla sin su acuerdo — pero sí a atacarlo para inducirlo al acuerdo. ¡Y cómo no iba a hacer eso que me violentara, pues era una contradicción intentar, de un modo insidioso y con mi habilidad (como si yo fuera el más fuerte), ganarme al sabio para que aceptara mi opinión y, a su vez, sólo entonces estar convencido de la rectitud de la opinión apoyándome en que era la opinión del sabio, con lo cual él era el más fuerte; pues yo seguía teniendo esa fe en él, y el acuerdo con él era para mí lo decisivo. Finalmente, después de haberme tambaleado, por así decirlo, durante largo rato | en el 373
diálogo, y tras haberlo intentado una y otra vez, se me presentó de súbito y con tanta claridad lo que quería decir, que, con toda brevedad y en posesión de una inexplicable fuerza, expuse mi opinión, seguro de que lo convencería. Y he aquí que el sabio me dio la razón y me dio su aprobación. Pero como era benévolo conmigo y creyó que yo podría tolerar la explicación, me apuntó con el dedo de manera amenazante y me dijo: eso que tú opinas es precisamente lo que yo he dicho desde el comienzo, cuando no podías y no querías entenderme. Entonces la vergüenza despertó en mi alma, llegué a avergonzarme de mi conducta anterior, pero ello no me privó de la desenvoltura necesaria para alegrarme por haber comprendido esa verdad, por más que de ninguna manera había superado al sabio, pues yo mismo había sido convencido y fortalecido por el combate. ¡Qué extraño! Pero fue también una fortuna que yo no tomara otro camino, que no me encolerizara, que no interrumpiera el combate ni vituperara al sabio como si fuera mi enemigo por no querer seguirme, que no pusiera el grito en el cielo hablando de su egoísmo por no querer darme la

razón y por querer amarme mejor de lo que yo mismo lo entendía. Y la vergüenza me salvó, a su vez, de aquello que acaso yo habría hecho si hubiera interrumpido el combate y comprendido después la verdad por mí mismo: haber seguido considerando al sabio como mi enemigo, aun cuando entonces comprendiera lo que había dicho; haberlo ofendido al señalar de manera desafiante que yo había comprendido la verdad sin él, y a pesar de él, si bien él quería ayudarme justamente a ver la verdad por mí mismo, y si bien él era el único que podría habérmelo impedido diciendo «sí», y de esa manera haberse librado de mis ofensas y obtenido mi gratitud[156].

Así sucede con el combatiente cuando no renuncia a la interioridad, que es la condición para que pueda decirse que realmente combate en la plegaria. No digas, oyente mío, que ésta es una piadosa ficción, no invoques la experiencia para decir que no es eso lo que sucede en la vida; de hecho, da igual que pueda suceder así, y lo único que puedes obligarme a decir, si he de darte la razón, es que en la vida las cosas suceden de otra manera, porque lo que sucede es que los hombres se vuelven tan tibios y fríos e indiferentes que no perciben ni lo primero ni lo último; y tan olvidadizos, que ya no recuerdan cómo era en el comienzo cuando llegan a la conclusión;
374 y tan insidiosos, taimados e insolentes, | que acusan a Dios porque no los ayuda, y desafían a Dios a ocuparse de sus cosas; lo primero es una eterna mentira, y lo último, si ha de haber en ello alguna verdad, ningún hombre puede haberlo aprendido sino de Dios[157]. Pero con aquel que no renuncia a la interioridad, con aquel que, en su combate, no combate por librarse de la relación con Dios, sino que trabaja por acceder a Dios, con él sucede tal como se explicó, pues la interioridad de la plegaria en Dios es para él el asunto principal, y no un medio para la consecución de un propósito. ¿O acaso lo esencial en la plegaria sería que se ruegue por algo, de modo que la plegaria resultaría tanto más íntima cuanto más tiene uno para rogar, o cuanto más prolijo es uno en palabras? ¿No podría haber un orante, acaso aquel que ruega rectamente, que dijera: Dios, mi Señor, no tengo en realidad nada por lo cual rogarte; aunque prometieras cumplir cada uno de mis deseos, no puedo realmente señalar nada, salvo el hecho de poder permanecer junto a ti, tan cerca como sea posible en estos tiempos de separación en los que tú y yo vivimos, y completamente junto a ti por toda la eternidad? Y si el que ruega vuelve su mirada hacia el cielo, ése que ruega o que ruega rectamente, ¿sería acaso aquel cuya inquieta mirada le procurara algún consuelo para una pena en particular, el cumplimiento de algún deseo en particular, y no aquel cuya mirada tranquila sólo buscara a Dios? Y allí se ha

de llegar también si no se renuncia a la interioridad, sino que se la conserva inalterada y se la vigila como un fuego sagrado en el hombre; pues el deseo, el apetito terrenal, la preocupación mundana es lo temporal, y muere, por lo general, antes que el hombre; si éste no capta lo eterno ¿cómo habría de preservar lo eterno? Entonces la llama del deseo disminuye más y más hasta que, finalmente, su tiempo se acaba; entonces la larva del apetito muere poco a poco, y el apetito se extingue; entonces la vigilancia de la preocupación se adormece poco a poco para ya no despertar jamás, pero el tiempo de la interioridad nunca pasa.

¿Quién ha vencido entonces? Dios, de quien el orante no ha podido, con sus plegarias, obtener el cumplimiento. Pero el orante ha vencido también. ¿O acaso es ganar el que a uno se le dé la razón pese a no tenerla, obtener el cumplimiento de un deseo terrenal como si eso fuese lo más alto, una prueba de haberle rogado a Dios y de haber rogado rectamente, una prueba de que Dios era amor y de que el orante se entendía con él, cuando en realidad el orante ha quedado de por vida en deuda de agradecimiento para con aquel que, incluso con su plegaria y con su gratitud, ha transformado en un ídolo?

| ¿Cuál es entonces la victoria en la que la situación del ven- 375
cedor es distinta de la del combatiente? ¿Acaso Dios ha cambiado? La respuesta afirmativa constituiría, al parecer, un discurso difícil; sin embargo, es así, Dios ha cambiado; pues aquí se ha mostrado justamente que Dios es inmutable. Pero esta inmutabilidad no es esa glacial indiferencia, esa mortal sublimidad, esa ambigua lejanía que el endurecido entendimiento elogiaba; por el contrario, esta inmutabilidad es íntima y cálida y omnipresente, es una inmutabilidad que se preocupa por el hombre, y que justamente por eso no se deja alterar por el lamento del que ruega como si todo hubiese pasado, o por su cobardía, cuando le resulta más cómodo no ayudarse a sí mismo, o por la falsa contrición de la que, no obstante, se retracta enseguida, tan pronto como la momentánea aflicción del peligro ha desaparecido. — ¿Ha cambiado el que ruega? Sí, no es difícil advertirlo, pues ha llegado a ser aquel que ruega rectamente, y el que ruega rectamente vence siempre, pues las dos cosas son una y la misma. Él ya estaba persuadido de ello de un modo imperfecto, pues, mientras tenía la suficiente interioridad para rogar, también estaba seguro de que el deseo se cumpliría si rogaba rectamente, si rogaba rectamente con relación a su deseo: así lo entendía. Ahora ha cambiado, pero sigue siendo verdad, e incluso ha llegado a ser verdad que, cuando ruega rectamente, vence. Y, ya desde el comienzo, el hecho de rogar le era provechoso, por más imperfecta que fuera su plegaria; ésta le ayudaba,

en efecto, a concentrar su alma en un deseo. Por desgracia, el hombre desea por lo general demasiadas cosas, deja que el alma ondee ante la menor brisa. El que ruega, sin embargo, sabe hacer diferencia, renuncia poco a poco a aquello que, según su noción terrenal, es lo menos importante, puesto que no se atreve a presentarse con ello ante Dios, y porque no desea desperdiciar la bondad de Dios suplicando siempre esto o aquello, sino, por el contrario, dar tanto más énfasis a la solicitación de lo único que desea. Entonces concentra su alma frente a Dios en un único deseo, y ya ese hecho tiene algo de ennoblecedor, es prepararse para renunciar a todo, pues sólo puede renunciar a todo aquel que sólo tiene un único deseo. Así, está preparado para ser fortalecido en el combate con Dios y para vencer, pues el que ruega rectamente, combate en la plegaria y vence al vencer Dios.

En el campo de batalla, las cosas suceden de tal modo que, si la primera fila de soldados ha vencido, la segunda fila no es llevada a la
376 lucha, sino que | sólo participa del triunfo. No es así en el mundo del espíritu. Si un hombre no ha ofrecido todo para ganar una victoria, entonces la victoria significa, sí, que se ha vencido, pero también que aquél ha de ser conducido prontamente a un nuevo combate para, una vez más, vencer perdiendo. ¡Pero cuántos son los que combaten, cuán oculto y secreto es a menudo el combate en el interior de un hombre, pues lo visible no revela nada! El que ruega no ansía nada en lo exterior, su deseo no tiende a nada terrenal, su pensamiento no se ocupa de ni se preocupa por lo múltiple, no, sino que está tranquilo en su derrota; no ocioso, sin embargo, puesto que medita, ni inactivo, puesto que discurre en busca de una explicación. El combate, por tanto, se ha vuelto aún más interior. No es que se ponga a pensar cómo explicarle a Dios su deseo, cómo hacerse entender ante Dios en su plegaria; lejos de ello, ha renunciado a su deseo, soporta la falta, se reconcilia con el dolor, y, sin embargo, está lejos de *la explicación*; su combate en la plegaria es que Dios quiera explicárselo. Y él se atreve a darse a sí mismo el testimonio de que no es un niño que opina que la explicación existe, que sólo se trata de interrogar a alguien al respecto, ni una niña que quiere acceder a ella en su ensoñación; no, sino que trabaja. Cuando, durante el día, la vida resulta ruidosa, su pensamiento trabaja para acallar el ruido; por la noche, cuando todo está tranquilo, su pensamiento trabaja; incluso en el instante de la impotencia, cuando ningún otro trabaja, su pensamiento trabaja, trabaja en días festivos tanto como en días laborables, y aún no ha llegado el día de fiesta en el que pueda hallar la explicación. Pues lo sucedido debe ser lo mejor, la falta y el dolor le son provechosos de un modo completamente distinto de como lo sería el cumplimiento

de uno solo o de todos los deseos — ¡provechoso, sí, ése es el nombre del puente que quiere tender desde el dolor hasta la bienaventuranza; pero, ay, el puente siempre vuelve a romperse! ¡Provechoso, sí, ése es el nombre del barquero cuya amistad quiere comprar[158]; pero calla! ¡Provechoso, ése es el nombre de la penumbra en la que quiere encontrarse con Dios; pero, ay, la convocatoria nunca llega! ¡Provechoso, ése es el nombre de la iniciación que ansía, poder ser iniciado en la comprensión, que es el secreto de los sufrimientos junto a Dios! ¿O acaso la explicación es que Dios le niega el entendimiento y sólo exige la fe, y, por tanto, sólo quiere entenderse con él en lo incomprensible? ¡Pues eso es la fe, no nos burlemos de Dios y de los hombres y de los que han sido probados y de los héroes y del lenguaje y de las generaciones que vendrán y de los angustiados y de nosotros mismos queriendo transformarla en otra cosa! La fe sólo lee al entendimiento como en un discurso oscuro[159]; no posee, humanamente hablando,
| la explicación, sino sólo en un sentido enajenado, de modo que, 377
humanamente hablando, es el peor negocio que jamás se haya hecho en este mundo. Pero es que así debe ser, y Dios en los cielos no se ha visto todavía en apuros, no vende a bajo precio, por más que los hombres lo hagan; él es inmutable, dice el entendimiento, burlándose del angustiado que clama a Dios; pero he aquí que su burla se vuelve sobre sí mismo, pues, en verdad, Dios no ha cambiado, no se ha hecho amigo de la cobardía y de la pusilanimidad, no se ha debilitado con los años como para no poder distinguir entre lo del uno y lo del otro, de modo que todo se le escapa; sigue siendo el primer inventor del lenguaje[160] y el único portador de la bendición; no ha cambiado, si bien no habría podido satisfacer las exigencias del tiempo! Así sucede con la fe; ella es, humanamente hablando, el peor y, humanamente hablando, el más difícil negocio. ¿Y cuándo llega, entonces, el que consuela[161]? Cristo respondió a los dolidos discípulos, a los que educaba como aprendices para hacer el buen negocio: cuando me haya alejado de vosotros[162]. ¿Y qué era él para ellos? Él era todo lo que tenían, él era para ellos su única e inapreciable propiedad, él era para ellos el alegre pan de cada día, él era para ellos la expectativa de la beatitud. Y ningún rico se empobreció tanto al perderlo todo, y ningún amante se empobreció tanto al perder al ser amado, y nadie que esperara se empobreció tanto como el discípulo. Pero Cristo debió partir, y «esto os es provechoso». He ahí la explicación de la fe; ¿acaso el discípulo, humanamente hablando, la entendió o pudo entenderla? Y entonces llega el que consuela ¿Cuándo? Sí, cuando ha sucedido. Pero llega rápido, pues eso es también lo que preguntamos cuando preguntamos «cuándo». ¿O fue tan rápido para los discípulos,

fue tan rápido para Abrahán, cuando el consuelo tardó setenta años en llegar[163]? ¡Ah, bendito sea el varón que sabe, al cantarle al afligido, sostener a aquel cuya rodilla es débil y cuyo andar es vacilante, guiar a aquel que se ha quedado ciego por sólo haber fijado su mirada en la desahuciada miseria que lo rodea; pero condenado sea todo discurso vago, que quiere acortar el tiempo del afligido, sin haber él mismo aprendido a contar en la aflicción; todo discurso vago, que tiene la forma del consuelo pero no su fuerza, todo el palabrerío, que tiene para el oído un timbre armonioso, pero, para la boca del que lo saborea, la repugnancia de lo falso! No, el que consuela no llega rápido, y lo único que un hombre puede decirse a sí mismo y decir a otros es que llega, que llega, tan verdaderamente como que vive Dios.

378 | Entonces el que consuela llega con la explicación, entonces hace nuevas todas las cosas, le quita al sufriente su traje de duelo y le da un corazón nuevo y un espíritu cierto[164]. Sin embargo, puede llevar tiempo. Si el combatiente, aun creyendo haberlo perdido todo, se hubiese engañado a sí mismo; si su alma, en alguna que otra ocasión, hubiese tentado suerte con un bien mundano valiéndose de la probabilidad humana, todavía habría tiempo. La falta de reconocimiento puede entonces tener el tiempo suficiente para ofender a aquel que lo ha perdido todo; la ingratitud puede tener el tiempo y el coraje suficientes para envalentonarse y desafiar a aquel que, guiado por el grito que indicaba un peligro mortal, afrontó el peligro y acabó él mismo estando allí donde el que gritaba había imaginado estar; la burla puede tener el tiempo suficiente para herir, exigiéndole una prueba humana a aquel que sólo tiene sus sufrimientos como prueba de que Dios es amor; la vergüenza puede tener la oportunidad de buscar la compañía del perjuicio. ¡Cuántos nuevos dolores le están todavía reservados, cuán oculta y secretamente pueden éstos alcanzar a quien creía haberlo perdido todo! ¡Pero he aquí que todo eso contribuye a la explicación!

Así, pues, se combate por una explicación, y la plegaria es el medio por el cual la explicación ha de ser tal como se ruega que sea. Uno lucha con todas las fuerzas para que la explicación no lo haga culpable a él mismo: no, todo estaba predestinado, todo venía de Dios para probar, para purificar, para poner a prueba al que lo ama; otro lucha para que la explicación lo declare culpable, para que no parezca que la pasión de la libertad es una ilusión, para que la devoradora grieta de la culpa haga que la beatitud de la reconciliación se vuelva tanto más íntima. Uno ansía que la explicación lo ponga en relación con la especie, y que la explicación sea la suerte común a todos, que sea significativa para la totalidad; otro, que la explicación lo muestre exento de toda relación con los demás para asignarle un dolor solitario, pero

también una solitaria preferencia. Así se combate, el combatiente lucha con Dios en la plegaria, o combate consigo mismo y llama a Dios en la plegaria, para que lo auxilie contra sí mismo. Pero si el combatiente no renuncia a la interioridad y, así, cesa de rogar; si ama mucho a Dios; si añora a Dios como humildemente se añora a aquel sin el cual no se es nada, como ardientemente se añora a aquel por quien se es todo; si considera con sinceridad la deuda de gratitud y de alabanza que tiene para con Dios, la cual sigue aumentando, dado que, no pudiendo entender debidamente, no puede todavía dar las gracias
de la manera debida; si la considera como un | bien que le ha sido 379
confiado para tiempos mejores — entonces, entonces combate en la plegaria. Y sin importar lo que suceda entre tanto, lo cual está incluso oculto a los ángeles, y sin importar cuándo llegue la hora, cosa que nadie sabe sino Dios[165], y aunque más de una vez tenga que comprar aceite nuevo para la lámpara de la expectativa[166], lo que sí es seguro es que aquel que le compra a Dios nunca se defrauda, como sucede cuando lo comprado resulta tener después menos valor. Aunque un hombre, si podemos hablar de este modo, comprara por accidente algo insignificante y lo pagara demasiado caro, si se lo comprara a Dios y la onerosa compra tuviera lugar en sinceridad hacia Dios y con la confidencia del Señor, entonces no lo pagaría demasiado caro, no lamentaría la compra, pues lo que habría comprado no sería algo insignificante, y ello lo garantizan el pago y Dios. Si un hombre se tomara tan a pecho lo que tal vez el sabio llamaría de inmediato, y la mayoría al día siguiente, algo insignificante, de manera que perderlo fuera para él perderlo todo, y en ese dolor renunciara al mundo y a lo que es del mundo, no debería, al ver esa cosa insignificante, lamentar la compra si su silencioso dolor, pese a todo, lo ha puesto en relación con Dios; pues el hecho de gritar, de darse importancia a sí mismo y dársela a otros por un breve lapso, no es comprarle a Dios, sino que es sólo una manifestación estéril de la vana naturaleza del voluptuoso hombre de los sentidos. Sólo si hubiese alguna verdad en el hecho de renunciar realmente a todo, sólo entonces no tendría que lamentar la compra; y puede ser verdad, pues, si no, nadie podría haber renunciado a todo, salvo aquel que según el juicio estimativo de tasadores mundanos lo ha perdido todo; pero perderlo todo y renunciar a todo no significan la misma cosa. Aquel, sin embargo, que en ocasión de algo insignificante compró la confidencia y la amistad de Dios, en verdad no habrá de lamentarlo, sino que, por el contrario, habrá de agradecerle a Dios por toda la eternidad el haber sido ese niño que se tomó a pecho algo insignificante, ese niño que no pudo concebir en absoluto que se trataba de algo insignificante.

¿Y el resultado? Imagina, oyente mío, a un niño que está dibujando con su lápiz alguna cosa de las que pueden ocurrírsele a un niño, algo que un niño podría delinear con trazos toscos e inconexos; pero detrás del niño hay un pintor que, invisible, guía su mano, de modo que el dibujo que tiende a confundirse se somete a las leyes de la belleza, de modo que la línea que quiere extraviarse es reconducida a los límites de la belleza — ¡imagina la sorpresa del niño! O imagina que el niño, por la noche, deja el dibujo, pero, mientras duerme, una mano amiga completa lo impreciso y lo que sólo había sido malamente comenzado; ¡imagina
380 | la sorpresa del niño cuando por la mañana vuelve a ver su dibujo! Así también sucede con el hombre, pues no olvidemos nunca que hasta el más maduro conserva siempre en sí algo de la desinteligencia del niño, en particular cuando la plegaria, no como lo esencial sino como un medio, ha de contribuir a la explicación. El joven está muy ocupado pensando qué quiere ser en el mundo, a quién de entre los grandes y destacados quiere parecerse. El de mayor seriedad ha dejado de lado las niñerías[167], no se preocupa tanto por lo externo, sólo quiere formarse a sí mismo. Entonces se pone a dibujar; o aquel que, en la plegaria, combate con Dios por una explicación, ¿no es acaso un dibujante, no ha de trazar la explicación la línea fronteriza entre él y Dios, de manera que llegue a parecerse a sí mismo frente a Dios? ¡Ah, pero entonces aparece la diferencia! Pues al niño había que ayudarlo agregando algo más, pero al que combate se le quita más y más. Ha sido despojado de lo externo y de todas las exigencias de la vida; ahora combate por una explicación, pero tampoco la alcanza combatiendo. Finalmente, le parece haberse convertido en nada. Ése es el instante. ¿A quién querría parecerse el combatiente, sino a Dios? Pero si él mismo es algo o quiere ser algo, ese algo basta para impedir la semejanza. Sólo cuando él mismo se convierte en nada, sólo entonces Dios puede atravesarlo con su luz, y entonces se parece a Dios. Por mucho que él sea, no puede expresar la semejanza[168] de Dios, sólo Dios puede imprimirse en él cuando él mismo se ha convertido en nada. Cuando el mar empeña todas sus fuerzas, precisamente entonces no puede reflejar la imagen del cielo, y ni siquiera el mínimo movimiento la refleja puramente; pero cuando se vuelve calmo y profundo, entonces la imagen del cielo se sume en la nada del mar.

¿Quién fue entonces el vencedor? Fue Dios, pues no dio la explicación que el orante ansiaba, y no la dio como el combatiente ansiaba que fuese. Pero el combatiente venció también. ¿O no fue acaso una victoria que, en lugar de obtener de Dios una explicación, haya sido transfigurado en Dios, transfiguración ésta que consiste en reflejar la imagen de Dios[169]?

¿Cuál es entonces la victoria en la que la situación del vencedor es distinta de la del combatiente? ¿Acaso Dios ha cambiado? La respuesta afirmativa constituiría, al parecer, un discurso difícil, y, sin embargo, es así, cuanto menos el que ruega lo entiende de otra manera y no exige explicación alguna. ¿Acaso el que ruega ha cambiado? Sí, pues se entiende a sí mismo de otra manera, y, aun así, no deja de ser el que ruega, pues agradece siempre. Pero aquel que siempre agradece, ése | es el que ruega rectamente, y aquel que siempre agradece 381
debe también haber vencido constantemente, ¡por qué habría de agradecer, si no! Y ese agradecimiento, ¿habría de cesar alguna vez? Seguramente no, hay siempre un motivo para agradecer a Dios, y todo ser humano está en deuda con él, y eternamente en deuda. ¡Ah, pero la deuda que un hombre contrae en la mesa de juego, tirando los dados o jugando a los naipes, a esa se la llama deuda de honor, y ello, me imagino, porque, careciendo de sentido en sí misma, uno ha de darle un gran nombre y apresurarse a salir de ella! La deuda con Dios no es una deuda de honor en ese sentido, sino que, por el contrario, es un honor estar en deuda con Dios; es un honor no deberle nada al azar, sino deberle todo a Dios; no deberle nada al destino, sino todo a la providencia; no deberle nada al capricho, sino todo a la paternidad. — Así combate el que ruega rectamente en la plegaria, y vence al vencer Dios.

Hemos hablado de combatir. El combatir, por lo general, no es algo alegre; si uno vence, el otro sale destrozado, ¡ah, y muchas veces ocurre que tanto el vencedor como el vencido han perdido! Pero este combate es maravilloso, ciertamente digno de ser experimentado, eternamente digno de encomio, pues aquí vencen ambos de manera más beatífica que cuando el combate de los enamorados se transfigura en un amor acrecentado. Acaso dirás, oyente mío, que este discurso no es fácil (tal vez el que ha sido probado lo encuentre pobre y desautorizado en comparación con los sufrimientos): el combate mismo tampoco es fácil. Si alguien quiere embelesarse a sí mismo anticipando el tranquilo resultado del combate, su venturosa comprensión, no será por culpa de este discurso. La victoria, sin embargo, sólo lo es en un sentido elevado, noble y, por tanto, impropio; pero el dolor es propio; no sabemos cuándo llega la hora de la victoria, pero esto sí lo sabemos: el combate es a vida o muerte.

NOTAS

1. Alusión al hecho de que el autor no había sido ordenado como pastor. La indicación se repite en los prefacios a las restantes colecciones de *Discursos edificantes* y a los *Tres discursos para ocasiones supuestas.* Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos discursos edificantes* de 1843, nota 2.

2. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos discursos edificantes* de 1843, nota 3.

3. El borrador correspondiente a este discurso muestra que el autor había considerado la posibilidad de basarlo en el texto «No hay nadie mayor entre los nacidos de mujer, pero el menor en el reino de los cielos es mayor que él» (cf. Lc 7,28), señalando su continuidad con respecto al último de los *Tres discursos edificantes* del mismo año: «Preciso es que él crezca y que yo mengüe». Cf. *Pap.* V B 196.

4. Cita del poema de E. Young «*The Complaint or Night-Thoughts on Life, Death, and Immortality*» [«La queja, o Pensamientos nocturnos acerca de la vida, la muerte y la inmortalidad»], cf. *Einige Werke von Dr. Eduard Young* [Algunas obras del Dr. Eduard Young], trad. en prosa por J. A. Ebert, vols. 1-3, Braunschweig & Hildesheim, 1767-1772, ctl. 1911, vol. 1, p. 77.

5. Danés: *Nødens Dag*; expresión veterotestamentaria utilizada varias veces en el libro de los Salmos, cf. 50,15; 59,17; 77,3; 86,7 (*GT 1740*; cf. *NC*: «día de la angustia», «día de mi tribulación», «día de mi angustia»).

6. Perífrasis de un refrán popular. Cf. E. Mau, *Dansk Ordsprogs-Skat* [Tesauro de proverbios daneses], vols. 1-2, Copenhague, 1879, vol. 2, n.º 11734, p. 573.

7. Cf. *ibid.* 4837; vol. 1, p. 539.

8. Cf. 2 Cor 12,9.

9. Cf. N. F. S. Grundtvig *Danske Ordsprog og Mundheld* [Proverbios y refranes daneses], Copenhague, 1845, ctl. 1549, n.º 666, p. 25.

10. Cf. Mt 8,11.

11. Cf. Lc 14,15-24.

12. Expresión probablemente construida sobre el texto de 1 Pe 3,4, donde los términos «espíritu manso y tranquilo» e «incorruptible esencia» (*NT 1819*; cf. *NC*: «incorrupción») aparecen asociados al «hombre oculto del corazón».

13. Cf. Flp 2,6-7.

14. Cf. 2 Cor 5,17.

15. Frase atribuida a Diógenes de Sínope. Cf. *Diogen Laërtses filosofiske Historie, eller: navnkundige Filosofers Levnet, Meninger og sindrige Udsagn, i ti Bøger* [Diógenes

Laercio, *Vidas, opiniones y dichos ingeniosos de filósofos ilustres, en diez libros*], trad. B. Riisbrigh, ed. B. Thorlacius, vols. 1-2, Copenhague, 1812, ctl. 1110-1111, vol. 1, p. 276.

16. La traducción no alcanza a reflejar el juego de palabras: *at trænge til* (necesitar) y *at trænge sig frem til* (abrirse paso hacia).

17. Cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark* [Libro de liturgia prescrito para Dinamarca], Copenhague, 1830 [1688], ctl. 381, pp. 218-220.

18. Cf. *ibid.*, p. 228.

19. Cf. el salmo «*Dagen nu sin Afsked tager*» [«El día ahora se despide»], en *Psalmer og aandelige Sange af Thomas Kingo* [Salmos y cantos espirituales de Thomas Kingo], ed. P. A. Fenger, Copenhague, 1827, ctl. 203, n.º 191, p. 412.

20. Cf. 2 Cor 4,17.

21. Cf. 2 Cor 11,29-30.

22. Cf. Jn 2,1-11.

23. Cf. *SKS* 2, 182; *ESK* 2, 201: «causado una desdicha inmensa».

24. Cf. Mt 19,16-22.

25. Cf. Sal 8.

26. Danés: *sandselige Menneske.* Utilizada con suma frecuencia en la presente serie de discursos, la expresión alude a la distinción entre lo sensible o natural y lo espiritual tal como aparece aplicada al ser humano, por ejemplo, en el pasaje de 1 Cor 2,14. Hemos evitado en el caso de esta construcción, sin embargo, los términos corrientemente aplicados en la traducción del adjetivo *sandselig* («sensual», «sensible»), como así también su equivalente según *NC* («animal»). Cf. *NTGL*: *animalis autem homo*, ψυχικὸς δὲ ἄνθρωπος.

27. Cf. Mt 18,8-9.

28. Cf. *Pap.* V A 16; *SKS* 18, 206 [JJ 209]: «El asunto es en el fondo tal, que si un hombre no utiliza primero contra sí mismo toda la fuerza que se le ha dado, con lo cual se aniquila a sí mismo, entonces es o bien un haragán o bien un cobarde pese a todo su coraje. El poder que se le ha dado a un hombre (en la posibilidad) es totalmente dialéctico, y la única expresión verdadera de la verdadera comprensión de sí mismo en la posibilidad es que precisamente tiene el poder de aniquilarse a sí mismo, porque, pese a ser más fuerte que el mundo entero, no es, sin embargo, más fuerte que él mismo. Sólo cuando se haya aprendido esto habremos hecho un sitio para la religiosidad y, entonces, también para el cristianismo; pues la peor expresión de esta impotencia es el pecado. Y sólo por eso el cristianismo es la religión absoluta, porque ha concebido al hombre como pecador; pues ninguna otra diversidad puede reconocer de esa manera al hombre en su diversidad con respecto a Dios».

29. Cf. *Allwills Briefsammlung* [Cartas de Allwill] (1812), en *Friedrich Heinrich Jacobi's Werke*, vols. 1-6, Leipzig, 1812-1825, ctl. 1722-1728, vol. 1, pp. 173 s.

30. Cf. Mt 19,26.

31. Cf. Ex 5,1-21.

32. Cf. Ex 10,21-22.

33. Cf. Ex 17,1-7; 14-21.

34. Cf. Ex 33,17-23.

35. Expresión construida sobre la frase paulina «Por eso corro, no como en lo incierto» (1 Cor 9,26 — *NT 1819*; cf. *NC*: «no como a la ventura»).

36. Cf. Jn 11,4.

37. Danés: *Nødvendighed.* El término significa habitualmente «necesidad», tanto en el sentido del impulso o requerimiento como en el sentido de la necesidad lógica. Evitamos aquí, sin embargo, confundir este término con la expresión utilizada en el título del discurso y varias veces repetida en este párrafo (*at trænge til*: tener necesidad de, necesitar). La construcción «estado de indigencia» se basa en nuestra traducción del sustantivo *Nød* por «indigencia» o «carencia».

38. Cf. Prov 16,32.

39. 2 Cor 12,5.
40. Cf. N. F. S. Grundtvig *Danske Ordsprog og Mundheld* [Proverbios y refranes daneses], cit., n.º 544, p. 21.
41. Cf. Mc 3,22-27.
42. Cf. Flp 4,4.
43. Hch 7,48.
44. Hch 17,24.
45. Cf. Flp 2,12-13.
46. La expresión «morir para el mundo» es utilizada comúnmente en la teología pietista; cf. por ejemplo J. Arndt, *Fire Bøger om den sande Christendom. Paa ny oversatte efter den ved Sintenis foranstaltede tydske Udgave* [Cuatro libros sobre el cristianismo verdadero. Nueva traducción de la edición alemana a cargo de Sintenis], Kristiania, 1829, ctl. 277, vol. I, p. 12: «El cristiano ha de morir para los deseos de su corazón y para el mundo, y vivir en Cristo»; I, 13: «Por amor a Cristo y por causa de la gloria eterna, para la que hemos sido creados y liberados, hemos de morir para nosotros mismos y para el mundo». Nótese que el mismo giro se aplica en el Nuevo Testamento en relación con el pecado; cf. Rom 6,2: «Los que hemos muerto al pecado»; 1 Pe 2,24: «para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia» (*NC*).
47. Cf. Rom 8,28.
48. 1 Jn 4,8; Flp 4,7.
49. Cf. 2 Cor 5,17.
50. «Por lo cual, para que yo no me engría, fueme dado un aguijón de carne, un ángel de Satanás, que me abofetea para que no me engría» (*NC*).
51. Cf. S. Kierkegaard, «El primer amor», en *O lo uno o lo otro* I (*ESK* 2, 249; *SKS* 2, 231), Trotta, Madrid, 2006, pp. 243-287.
52. Cf. Col 2,2.
53. Cf. *Psalmer og aandelige Sange af Thomas Kingo* [Salmos y cantos espirituales de Thomas Kingo], cit. n.º 97, p. 264.
54. Cf. 2 Cor 12,2-4.
55. Cf. el salmo navideño de H. A. Brorson, *«Den yndigste Rose er funden»* [«Se halló la rosa más encantadora»] (1732), en *Troens rare Klenodie* [La preciada reliquia de la fe], ed. L. C. Hagen, Copenhague, 1834, ctl. 199, p. 18.
56. Sobre esta interpretación del texto paulino, cf. por ejemplo G. B. Winer, *Biblisches Realwörterbuch zum Handgebraucht für Studierende, Kandidaten, Gymnasiallehrer und Prediger* [Diccionario de términos bíblicos para uso manual de estudiantes, candidatos, docentes secundarios y predicadores], vols. 1-2, Leipzig, 1833-1838 [1820], ctl. 70-71, vol. 2, p. 262. Parece haber sido también la opinión de Lutero; cf. *En christelige Postille, sammendragen af Dr. Morten Luthers Kirke- og Huuspostiller. Efter Benjamin Lindners Tydske Samling* [Una apostilla cristiana. Compilación de las apostillas eclesiásticas y hogareñas del el Dr. Martín Lutero según la colección alemana de Benjamin Lindner], trad. J. Thisted, vols. 1-2, Copenhague, 1828, ctl. 283, vol. 2, p. 152.
57. Cf. Hch 9,15-16.
58. Cf. Jn 5,4.
59. Cf. 2 Cor 4,16.
60. Cf. 1 Cor 2,12-14.
61. Cf. 1 Cor 9,7.
62. Cf. Hch 14,22.
63. Cf. 1 Tes 5,2.
64. Cf. Gal 1,16-17.
65. Cf. el salmo de H. A. Brorson, *«Jeg gaar i Fare, hvor jeg gaaer»* [«Voy en peligro, vaya donde vaya»], en *Troens rare Klenodie* [*La preciada reliquia de la fe*], cit., p. 279.
66. Cf. 1 Cor 10,13.

67. Cf. 2 Tim 4,7.
68. Cf. Hch 14,11-18; Rom 7,7-11: 2 Cor 10,1; 2 Cor 12,14-15.
69. Cf. 1 Cor 3,9.
70. Cf. Hch 7,55-56.
71. Cf. 2 Cor 12,2.
72. Cf. Rom 15,24.
73. Cf. Rom 1,11-12.
74. Cf. 2 Cor 12,2-7.
75. Cf. 1 Cor 9,22.
76. Cf. 1 Cor 11,28.
77. Cf. Lc 16,19-31.
78. Cf. Diógenes Laercio en alusión a Sócrates, *Diogen Laërtses filosofiske Historie, eller: navnkundige Filosofers Levnet, Meninger og sindrige Udsagn, i ti Bøger* [Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y dichos ingeniosos de filósofos ilustres, en diez libros*], cit., vol. I, p. 71. Cf. la elaboración que S. Kierkegaard hace de esta frase en la primera parte de *Enten-Eller, ESK* 2, 62; *O lo uno o lo otro* I, cit.; *SKS* 2, 47.
79. Expresión aplicada a Abrahán según Sant 2,23; cf. 2 Par 20,7.
80. Cf. Sant 1,17.
81. Cf. Sal 126,5.
82. Cf. el salmo de H. A. Brorson *«I denne søde Juletid»* [«En este dulce tiempo navideño»], en *Troens rare Klenodie* [*La preciada reliquia de la fe*], cit., p. 11.
83. Cf. 1 Cor 13,8.
84. Cita del sermón de J. P. Mynster, *«Døden under Billedet af en Søvn»* [«La muerte bajo la imagen de un sueño»], en *Prædikener paa alle Søn- og Hellig-Dage i Aaret* [Sermones para todos los domingos y días sagrados del año], vols. 1-2, 3.ª ed., Copenhague, 1837 [1823], ctl. 229-230, vol. I, p. 385.
85. Sobre la expresión «morir a», véase aquí mismo nota 46.
86. Cf. Mt 7,3.
87. Danés: *Frimodighed.* Nos atenemos aquí y en las líneas siguientes al sentido que esta expresión adquiere en la traducción danesa de 1 Jn 4,17: «confianza en el día del juicio».
88. Cf. Hch 26,14. El término «aguijón» aquí utilizado (*NC*) corresponde en el texto griego tanto a κεντρον (Hch 26,14) como a σκολοψ (2 Cor 12,7 y en el título del presente discurso). Los términos tampoco son parónimos en danés.
89. Cf. Hch 13,9; 22,13; 26,14.
90. Cf. 2 Tim 4,7; Flp 3,13-14.
91. Cf. 2 Cor 1,22.
92. Cf. Mt 27,20-26.
93. Cf. Hch 7,58.
94. Cf. Hch 9,1-2.
95. Cf. Hch 22,3.
96. Hch 26,24.
97. Cf. Lc 17,10.
98. Cf. *NC*: «el menor de los apóstoles».
99. Cf. 1 Tes 5,3.
100. Danés: *hvorom Talen er.* El contexto parece indicar que el autor juega con el sentido de esta expresión corriente: «aquello de lo que se habla» o «de que se trata», subrayando que el oyente comprende de una u otra manera aquello que constituye el tema del presente discurso.
101. Cf. Flp 3,14.
102. Cf. el escrito de Johan Arndt *Vier Bücher vom wahren Christentumb* [Cuatro libros sobre el cristianismo verdadero], Magdeburg, 1610, III, cap. 23; cf. Íd., *Sämtliche*

geistreiche Bücher vom wahren Christenthum [Colección de libros devocionales sobre el cristianismo verdadero], Tübingen [1777], ctl. 276.

103. Cf. 1 Tim 6,12.

104. *NT-1819*; cf. *NC*: «Que no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza».

105. Cf. Lc 7,11-16.

106. Cf. 2 Cor 11,14; Ef 6,11.

107. Cf. Sal 51,7.

108. Alusión a un aforismo del jesuita español Luis de la Puente (1554-1624). Cf. H. Lamparter, *Leben des ehrwürdigen Ludwig de Ponte aus der Gesellschaft Jesu* [Vida del venerable Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús], trad. M. Jocham, vols. 1-2, Sulzbach, 1840, ktl. 1957, vol. 2, p. 196.

109. Cf. Mt 11,25.

110. Cf. la inscripción marginal efectuada por el autor en un ejemplar de los *Cuatro discursos edificantes*, p. 60: «¿No sabes que es por eso por lo que al suicidio se lo llama una *fuga*, porque el viviente está cautivo; que se lo llama desertar, porque 'el viviente es un guerrero vigilante'? (Sócrates)». Cf. *Pap.* V A 113; ctl. 2130-2132. Cf. Platón, *Apología de Sócrates*, 28d.

111. Cf. el apartado sobre «La angustia ante el bien (Lo demoníaco)» en S. Kierkegaard, *Begrebet Angest* [El concepto de la angustia], cap. IV, § 2; *SKS* 4, 424 ss.

112. Cf. Jos 10,12-14.

113. Cf. C. Molbech, *Danske Ordsprog, Tankesprog og Riimsprog* [Dichos, pensamientos y refranes daneses], Copenhague, 1850, ctl. 1573, p. 33.

114. Cf. H. Lamparter, *Leben des ehrwürdigen Ludwig de Ponte aus der Gesellschaft Jesu*, cit., vol. 2, p. 191.

115. Cf. 1 Pe 5,6.

116. Cf. la observación acerca del uso del término «pecado» efectuada por J. P. Mynster, *Betragtninger over de christelige Troeslærdomme* [Observaciones sobre las doctrinas de la fe cristiana], vols. 1-2, Copenhague, 1837 [1833], vol. 1, p. 240.

117. Cf. el apartado «Orgullo — Cobardía» en S. Kierkegaard, *Begrebet Angest* [El concepto de la angustia], cap. IV, § 2, ii; *SKS* 4, 445.

118. Con relación a la expresión «lo único requerido», utilizada por el autor en numerosos pasajes, cf. Lc 10,41-42.

119. Danés: *endnu idag*. Probable alusión al pasaje de Heb 4,7 (*NT 1819*). Cf. Lc 23,43.

120. Cf. Mt 6,34.

121. Cf. Lc 17,10.

122. Cf. Gn 1,3-5.

123. Cf. Lc 14,28-30.

124. Cf. Mc 12,41-44.

125. Fuente no identificada.

126. Cf. Mt 6,26.

127. Expresión tomada de Mt 9,4.

128. Cf. Lc 12,6-7.

129. Cf. 1 Cor 11,28.

130. Cf. Lc 10,41-42.

131. Danés: *Tugtemester*. Expresión aplicada a la ley en Gal 3,24-25 (*NT 1819*; cf. *NC*: «ayo»).

132. Cf. 1 Sam 15,22.

133. Mt 6,17-18.

134. Mt 6,16.

135. Cf. Mt 6,6.

136. Cf. Col 3,3.

137. El personaje de Cordelia en la tragedia de W. Shakespeare *Rey Lear*; cf. acto I, escena 1.

138. Cf. Mt 21,28-30.

139. Cf. Mt 25,31-46; Sant 1,27.

140. Cf. 2 Cor 5,11.

141. Cf. 1 Cor 2,14.

142. «También el oro puede pagarse demasiado caro»; cf. N. F. S. Grundtvig, *Danske Ordsprog og Mundheld* [Proverbios y refranes daneses], Copenhague, 1845, ctl. 1549, p. 16.

143. Cf. 1 Cor 2,14.

144. Variación de la expresión bíblica: «que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces» (Mt 7,15).

145. Cf. Mt 5,25.

146. Cf. 1 Cor 13,1-3.

147. Cf. el desarrollo de esta idea en S. Kierkegaard, *Filosofiske Smuler* [*Migajas filosóficas*], cap. I; *SKS* 4, 219 s.; Íd., *Migajas filosóficas, o un poco de filosofía*, trad. R. Larrañeta, Trotta, Madrid, [5]2007, pp. 27-37.

148. Cf. Ecl 5,1.

149. Cf. Tob 12.

150. Cf. Mt 5,3;8.

151. Cf. Ef 6,4.

152. Cf. Jn 4,24.

153. Cf. Ef 3,15.

154. Cf. Ap 3,16.

155. Cf. Jn 2,1-11; Mc 10, 46-52; Lc 7,11-16; Mc 5,1-17.

156. El estilo y el vocabulario utilizado en este párrafo parece emular al de algunos de los diálogos platónicos. Cf. especialmente *Gorgias* 487a ss. Es en todo caso clara la alusión al método mayéutico; cf. S. Kierkegaard, *SKS* 4, 219 ss.; *Migajas filosóficas*, cit., pp. 27 ss.

157. Cf. S. Kierkegaard, *SKS* 4, 224; *Migajas filosóficas*, cit., pp. 31 ss.

158. Alusión a la figura mitológica de Carón, y a la costumbre popular de colocar en la boca del muerto una moneda que el alma de éste utilizaría para pagar al barquero el cruce del río Styx.

159. Cf. 1 Cor 13,12.

160. Cf. S. Kierkegaard, *Begrebet Angest* [El concepto de la angustia], cap. I, § 6; *SKS* 4, 353 n.

161. La expresión es frecuentemente utilizada en alusión al Espíritu Santo. Cf. por ejemplo el salmo de T. Kingo «*Nu nærmer sig vor Pintse-Fest*» [«Ya está cerca nuestra fiesta del Pentecostés»], en *Psalmer og aandelige Sange af Thomas Kingo* [Salmos y cantos espirituales de Thomas Kingo], cit., n.º 71, p. 200. Cf. el sermón de J. P. Mynster para el Pentecostés, n.º 36 en *Prædikener paa alle Søn- og Hellig-Dage i Aaret* [Sermones para todos los domingos y días sagrados del año], cit., vol. 2, p. 36.

162. Cf. Jn 16,5-7, donde se destaca que su partida habría de serles «provechosa».

163. Cf. Gn 12,1-4.

164. Cf. Ap 21,4-5; Sal 51,12.

165. Cf. Mt 24,36.

166. Cf. Mt 25,1-13.

167. Cf. 1 Cor 13,11.

168. Cf. Gn 1,26-27.

169. *Ibid.*

TRES DISCURSOS

PARA OCASIONES SUPUESTAS

| TRES DISCURSOS
PARA OCASIONES SUPUESTAS 385

por

S. KIERKEGAARD

Copenhague
Librería universitaria C. A. Reitzel
Imprenta de Bianco Luno
1845

| A la memoria 387

de

mi difunto padre

Michael Pedersen Kierkegaard

son dedicados

Pese a que este pequeño libro (Discursos de circunstancia[1], tal como podría llamárselo, aunque no tenga la ocasión que hace al hablante y hace de él una *autoridad*[2], y que hace al lector y hace de él un *discípulo*) carece de toda pretensión así como, dadas sus carencias, de toda disculpa; pese a que las circunstancias no le son favorables y que, en su minuciosidad, no se basta a sí mismo, no por eso carece de esperanza ni, ante todo, de desenvoltura. Busca a ese individuo que yo, con alegría y gratitud, llamo *mi* lector[3], o acaso ni siquiera lo busca. Sin saber el día ni la hora, espera tranquilamente que ese justo lector llegue a la manera de un novio[4] y traiga consigo la ocasión. Cada uno hace su parte, y tanto más el lector. Lo importante es la apropiación. De ahí la alegre *entrega* de este *libro*. Aquí no hay nada propio ni ajeno en sentido mundano que separe y prohíba apropiarse de aquello que es del prójimo. Pues el asombro tiene algo de envidia y es, por tanto, un malentendido, y aun la legítima desaprobación tiene algo de resistencia y es, por tanto, un malentendido, y el reconocimiento en el espejo es sólo un conocimiento fugaz y, por tanto, un malentendido; pero ver correctamente sin querer olvidar lo que el insuficiente espejo[5] no alcanza a efectuar: eso es la apropiación, y la apropiación es en mayor medida aún *la del lector*, es su victoriosa *entrega*.

S. K.

391 | EN OCASIÓN DE UNA CONFESIÓN[6]

¡Padre en los cielos! Si, como bien sabemos, la búsqueda tiene siempre su promesa[7], ¡cómo no habría de tenerla la que te busca a ti, dador de toda promesa y de toda dádiva buena[8]! Bien sabemos que el que busca no siempre necesita salir al mundo, pues cuanto más sagrado es lo que busca, tanto más cerca está de ello, ¡y si te busca a ti, oh Dios, eres tú el que está más cerca de él! Pero si sabemos también que en la búsqueda hay siempre fatiga y pugna espiritual, ¡cómo no habría de ser terrible buscarte a ti, Todopoderoso! Si aun aquel que, en el pensamiento, se ampara en su linaje, si ni siquiera él osa pensar sin espanto en aquellas decisiones en las que, en medio de la duda, busca tu huella en el sabio orden de la existencia, aquellas en las que, en medio de la desesperación[9], busca tu huella en la sujeción de agitados acontecimientos a una providencia; si aquel a quien tú llamaste tu amigo[10], el que anda en tu presencia[11], si tampoco él busca sin temblor el encuentro amistoso contigo, el único Todopoderoso; si el orante que te ama con todo su corazón[12], si tampoco él osa combatir sin angustia con su Dios en la plegaria; si hasta el moribundo cuya vida sustituyes[13], si tampoco él, cuando le llamas, se desprende de lo temporal sin estremecimiento; si hasta el miserable al que el mundo acarrea puro sufrimiento, si tampoco él huye sin terror hacia ti, que no alivias poco, sino que lo eres todo: ¡cómo podría entonces el pecador buscarte, Dios justo! Pero por eso te busca, no como aquellos, sino que te busca en el reconocimiento de los pecados. —

Y para ello hay un lugar, oyente mío, tú sabes dónde; y hay una
392 oportunidad propicia, tú sabes cuál; y hay un instante: se llama | «hoy mismo»[14]. ¡Qué silencio! Pues en la casa de Dios hay paz, pero en lo más íntimo de ese sitio resguardado hay un recinto[15]. El que entra, busca silencio; el que está en él, está en silencio; aunque se hable, el

silencio no hace sino aumentar. ¡Qué silencio! No hay comunidad alguna, cada uno está en lo suyo; no hay ningún llamamiento a la obra conjunta, cada uno es llamado a la responsabilidad particular; no hay ninguna invitación a asociarse, cada uno está a solas. Pues el que se confiesa está solo, solo como un moribundo. Si son numerosos los que están junto al lecho del moribundo, los que le son queridos y preciados y que le aman, o si yace abandonado por el mundo, porque lo abandonó o porque fue abandonado por él: el moribundo está solo; los dos combaten en soledad, y el pensamiento se extravía, mil no lo retienen, ni diez mil si el solitario no conoce el consuelo. Si el que busca silencio al confesarse es esperado y añorado por miles, o si, al salir de allí, es el humilde y menesteroso a quien nadie espera y por quien nadie se preocupa: esa diferencia es sólo una broma; la verdad, la seria verdad es que los dos estaban solos. Al poderoso no le son de ninguna ayuda sus amigos, ni la gloria del mundo, ni la dilatada fama de las hazañas, salvo en el sentido de que todo ello importuna su silencio, y ése es el mayor perjuicio; al menesteroso no lo perjudica el hecho de ser abandonado, si eso lo ayuda a hallar el silencio. Difícil es para un camello pasar por el ojo de una aguja[16], y difícil para el mundano hallar el silencio, por más que sea poderoso o humilde; le es difícil hallarlo en el bullicio de la vida, le es difícil hallarlo allí donde está, sin traer él mismo el bullicio consigo. ¡Qué silencio y qué seriedad! Y, sin embargo, no hay nadie que acuse, ¿quién podría ser el acusador allí donde cada uno es culpable? Y, sin embargo, no hay nadie que juzgue, ¿quién podría juzgar, cuando cada uno piensa en su rendición de cuentas? Nadie que acuse, salvo los pensamientos; nadie que juzgue, salvo aquel que ve en lo encubierto y escucha la confesión en secreto[17]. Aun cuando se hable, eres tú que, con la voz del hablante, hablas contigo mismo. Aquello que el hablante ha de decirte precisamente a ti, lo sabes sólo tú; él no sabe cómo comprendes el discurso, eso lo sabes sólo tú; aunque fuera tu mejor amigo, él no lo sabe como tú lo sabes. Y si no escuchas de esa manera, entonces no escuchas rectamente, entonces tu discurso se vuelve un bullicio que perturba el silencio, y tu atención, una distracción que ofende al silencio. El que le teme a ese silencio, que lo evite, pero | no podrá negar que existe, puesto que le teme. El 393
que dice haberlo buscado sin hallarlo, es un envidioso impostor que quiere importunar a los demás, pues, si no, se callaría y se lamentaría, o diría: no lo busqué rectamente, por eso no lo hallé. Pues nada, nada en el mundo entero, ni un terremoto que sacudiera los pilares de la iglesia, ni el más erróneo discurso del hombre más necio, ni la abominación del más vil de los hipócritas puede quitártelo, y mucho

menos darle a alguien la ocasión de buscar un pretexto. No, nada puede quitártelo, excepto tú mismo, así como tampoco todo el poder del mundo ni toda su sabiduría ni el esfuerzo conjunto de todos los hombres pueden dártelo, así como tampoco tú mismo puedes tomarlo y volver a darlo. No se lo obtiene por nada, pero no se compra con oro[18]; no se toma con violencia, pero no llega como un sueño mientras duermes; no regatea en lo que hace a las condiciones, por más que éstas consistieran en que hubieras de favorecer a toda la humanidad. Aunque te desprendas de todo, no por eso se lo ha obtenido ya; pero, si lo obtienes, entonces puedes poseerlo todo como aquel que nada posee[19]. Hay quien dirá: ese silencio no existe, no es sino un rumor; ¿o no has oído alguna vez a alguien que, en silencio, haya acordado consigo mismo que no existe, así como has oído grandes palabras y grandilocuentes discursos y ruidosas acciones destinadas a eliminarlo, para, en lugar de la conciencia y el silencio y la juzgante voz de Dios en la soledad, obtener un eco de la naturaleza proveniente de la muchedumbre, un confuso grito conjunto, una opinión general con la que uno, temiendo por sí mismo, tiene la cobardía de no disentir? Pero si tú, oyente mío, le temes a ese silencio, pese a tu empeño en tener una conciencia, pues ésta no existe sin silencio, y en tener una buena conciencia, entonces soporta, sopórtalo; ese silencio no es el de la muerte a la que sucumbes, no es de muerte esta enfermedad[20], es el pasaje a la vida.

Así, el que se confiesa busca a Dios en el reconocimiento de los pecados, y la confesión es el camino y es, en el camino de la beatitud, un lugar de ruego en el que uno se detiene, en el que el recogimiento concentra el ánimo, en el que se produce la rendición de cuentas. ¿Y no es verdad que la rendición de cuentas debería ser correcta, sin fraudes? — entonces hay silencio, entonces se tapa toda boca y todo el mundo se confiesa culpable[21] y uno no puede responder a uno de mil cargos[22]. La distracción lo hace a uno menos culpable, acaso también lo hace justo. ¡Penosa justificación! Pues no es injusto que perdones
394 a otro ser humano por | su causa si él te lo pide; o, si crees que él así lo desea, por causa de Dios, que lo exige, y por tu propia causa, para no ser molestado; que atiendas al impulso conciliador en tu propio interior no significa que te dejes sobornar; tampoco es un retraso en tu marcha el hecho de que, aun siendo el injuriado, busques el acuerdo con tu adversario mientras él todavía está en el camino[23]; tampoco defraudas a Dios respecto de lo que es suyo si vendes el perdón por nada; no desperdicias ni haces mal uso de tu tiempo si meditas en lo que puede contribuir a la disculpa; tampoco eres engañado si, no habiendo disculpa alguna y por el sagrado engaño del amor, que

hace que todas las burlas del mundo en relación con tu debilidad se transformen en celestial alegría en relación con tu victoria, crees que la falta podría disculparse — pero cuando se trata de tu propio arreglo de cuentas, entonces sería erróneo que te perdonaras a ti mismo en lo más mínimo, pues peor aún que la más tenebrosa de las propias culpas es la propia justificación; así, te dejarías sobornar si, en tu propia causa, cedieras al impulso de la frivolidad y de la argucia; te retrasarías en tu marcha y retardarías el ardor del espíritu, desperdiciarías y harías mal uso de tu tiempo buscando excusas, serías engañado por una temeraria impostura, engañado precisamente al encontrar la disculpa. ¡Ah, qué extraño pasaje, qué vertiginosa mutación! Hace un instante, el mismo hombre iba lleno de riqueza y de poder; ahora, un instante después, pese a que nada ha sucedido entre tanto, no puede responder a uno de mil cargos. Pues, ¿quién es el rico y el poderoso al que se dirige el discurso, quién sino el injuriado, el sometido, el postergado, el ofendido! Puede que el agresor que pisoteó al sometido, puede que el poderoso cuyo camino fue marcado por la injuria, puede que el rico cuya riqueza aumentó con las lágrimas de la viuda, puede que el desesperado que ofende y blasfema, puede que todos ellos se preocupen poco por el perdón; pero, en verdad, ni un rey que domine reinos y comarcas, ni un hijo de la riqueza que lo posea todo, ni un proveedor que sacie al hambriento posee algo tan grande, o tiene algo tan grande para dar, o algo tan requerido que brindar como el hombre cuyo perdón le es necesario a otro. Necesario, sí, tan necesario como lo más requerido; aunque haya quien no opine de ese modo, aun así se lo necesita — y el injuriado es el que posee
más. Un pagano, cuyo nombre está ligado a la idea del | triunfo y 395
del poderío, cuando su enemigo, quitándose la vida, mostró lo que al parecer de los paganos era el más alto coraje, dijo: Me privó de mi más grandiosa victoria, pues le habría perdonado[24]. Y otro dijo: Por eso no exigiré el perdón, porque mi amor es mucho. Tal vez la injusticia no sea tan grande, y exigir el perdón, después de todo, es exigir poco; pero, si no se lo obtiene, entonces la injusticia es infinita y el poder del perdón me sobrepasa infinitamente[25]. Así, el inocentemente injuriado sería el hombre rico. Hasta hace un instante, en compañía del mundo, éste se atrevía aún a decir: Injuriadme, sois vosotros quienes más perdéis, pues necesitáis mi perdón — y ahora, un instante después, ahora lo ciñe el silencio, no sabe qué tiene que perdonar, y el arreglo de cuentas muestra que no puede responder a uno de mil cargos. Así es el arreglo de cuentas cuando el silencio lo rodea, así es cuando aquél no trae consigo la turbación. El arreglo de cuentas de aquel que cometió la injusticia es el mismo que el del

más puro de todos, incluso el mismo que el del inocente injuriado. Tal vez por eso hay quien le teme a ese silencio y a su poder, y a la nada infinita en la que sumerge todas las diferencias, incluso la diferencia entre la injusticia y el perdón, y a la profundidad en la que silenciosamente se hunde el solitario. Es como cuando aquel que renuncia al mundo siente horror ante el vacío que parece mostrarse. Hasta hace un instante deseaba tantas cosas, y buscaba y se esforzaba, y dormía intranquilo por la noche, y preguntaba acerca de los demás, y envidiaba a unos y pasaba por alto a otros, y era modesto cuando debía serlo, y estaba dispuesto a la amistad y a la enemistad, y predecía los cambios del clima, y conocía los vientos, y cambiaba de planes, y volvía a esforzarse, y ganaba y perdía, y no se fatigaba, y estaba atento a la recompensa y calculaba la ganancia — ¡y ahora es un pobre hombre engañado! Si en esa renuncia no halló lo único requerido, es un pobre engañado que se engañó a sí mismo, un pobre hombre que se hizo él mismo víctima de la burla de la vida, pues ahora se produjo tal vez eso tan grandioso que él deseaba, ahora se hizo rico, ahora, ahora, ¡ah, desesperación, por qué precisamente ahora, por qué no ayer, sino ahora, cuando no lo deseaba completamente pero tampoco desistía de ello por completo! Y lo mismo le sucedió a aquel que descubrió que hay un silencio en el que todo hombre resulta culpable y no llegó a hacer otra cosa que temerle. Acaso los hombres lo consideraban justo, y era eso lo que ansiaba; era injuriado, pero terco en la orgullosa posesión del perdón; no estaba exento de culpa, pero
396 había hallado la gratitud a los ojos del mundo. ¡Ay, pobre | hombre engañado! ¡Cuánto ha de ser su resentimiento hacia aquel que lo condujo hasta allí y que lo dejó perderse en ese silencio! — Pero eso nadie puede hacerlo, y su cólera es inútil. ¡Pobre engañado, aquel a quien ahora el gentío otorga la corona de laureles de la justificación a la que aspiraba! ¡Si esos miles acordaran ahora aclamarlo como el justo entre el pueblo, para vano placer de sus arrogantes oídos! ¿Por qué ahora, ahora que sus oídos no estaban tapados completamente, pero tampoco había captado por completo el infinito secreto del silencio? ¡Pobre engañado! ¡Si el culpable viniera ahora a su puerta, si este fuera el instante en el que el perdón hubiera de pagarse caro, el instante del triunfo que tanto había esperado! ¿Por qué ahora, por qué no ayer, sino ahora, ahora, cuando no sentía con complacencia la cólera de la venganza y del orgullo, pero tampoco había entendido por completo el serio mensaje de la propia culpa? Pues, en verdad, el que lo ha entendido, no resulta engañado. Bienaventurado aquel que lo comprende. Y si hay alguien cuya obra es anunciar, instruir a otros acerca de sus culpas, enseñar a partir de sí, cosa que este

discurso, dada su falta de autoridad, no hace; ese alguien tiene, sin embargo, el consuelo de que precisamente el hombre más puro es el que más dispuesto está a captar la propia culpa con la mayor profundidad. Pues, cuando se trata de aquella gran hazaña que consiste en someter a todo el mundo a la culpa siendo culpable uno mismo, allí donde hasta el pensamiento del valeroso se detiene, aquél no teme incluirse a sí mismo; pero el pensamiento se resiste ante la visión de lo que, humanamente hablando, es puro y afable, ante la bella pureza de una femenina juventud que, sin saber nada del mundo y de sus incitaciones, se rebaja humildemente con toda sinceridad: allí, aquel a quien la obra de su discurso invita a proclamar el pecado como el yugo común de la especie, allí encontrará aquél una concepción que tal vez hará que se avergüence de sí mismo.

El que se confiesa busca a Dios en el reconocimiento de los pecados, y la confesión es el camino, y es, en el camino de la beatitud, un lugar de ruego en el que uno se detiene, en el que el recogimiento concentra el ánimo. Así, pues, nos detendremos y, en ocasión de la confesión, hablaremos acerca de:

Qué es buscar a Dios

y ello, más específicamente, teniendo en cuenta que ningún hombre puede ver a Dios sin pureza[26], y ningún hombre puede alcanzar conocimiento de él sin llegar a ser un pecador. Si alguien
se siente indebidamente retenido por esta | tarea, que deje entonces 397
de lado el discurso, no sea que aquel que corre más rápido se retrase a causa del más lento. Y el valor de una consideración es siempre algo dudoso; a veces puede ayudar a alguien en pos de lo decisivo, a veces puede también ser un impedimento: de la misma manera que una pequeña toma de carrera puede ayudar a la decisión del salto, pero una toma de carrera de varias millas acabaría por impedirla. Si alguien, en cambio, se ha sentido a menudo detenido en la vida sin hallar el silencio, si lo ha buscado allí donde está y, sin embargo, no lo ha hallado realmente, y si se ha hecho reproches a causa de ello, si ha luchado y, sin embargo, no ha ganado, que intente entonces una vez más, que siga el discurso, pero de manera libre y voluntaria; no hay nada que lo ate, ninguna obligación, ningún reproche le espera si no lo consigue mediante el discurso, pues éste no tiene ninguna autoridad. Pero aquél no querrá tampoco que el discurso diga que el silencio se encuentra en ese lugar consagrado en el sentido de que uno debería, por así decirlo, permanecer en él y no retornar a las complicaciones de la vida, pues entonces uno nunca lo tendría consigo; el que exige

tal cosa, en efecto, le exige demasiado al discurso, pues le exige que lo engañe, como si lo determinante fuese el lugar entendido en sentido externo; como si, permaneciendo en el lugar sagrado, no fuera a sucederle exactamente lo mismo que le sucede en el mundo; como si el que todo dependiera del lugar no fuera, más bien, una espantosa ilusión en la que se ha hallado tranquilidad. Un poeta ha dicho correctamente que un suspiro dirigido a Dios es la mejor adoración[27]; así, cabría creer también que la esporádica visita al lugar sagrado, cuando uno viene de lejos, sería el mejor culto a Dios, pues las dos cosas contribuyen a la ilusión. Un suspiro sin palabras, en efecto, es la mejor adoración cuando la idea de Dios ha de insinuarse en la existencia como las lejanas montañas azules en el horizonte, cuando la oscuridad en la que se encuentra el alma ha de ser satisfecha con la mayor equivocidad posible. Pero si Dios ha de estar presente ante el alma, entonces el suspiro encuentra el pensamiento, y el pensamiento encuentra la palabra — pero también la dificultad, cosa que uno no se imagina a distancia. En nuestros días se incurre en la necedad de decir que lo más alto no es vivir en el silencio, puesto que allí no hay peligro; necedad, sí, pues hay tanto peligro allí como en el tumulto, y lo grandioso no es estar a solas, entendido esto en sentido inmediato, ni estar en el tumulto, sino que lo grandioso es vencer el peligro — así también es muy corriente reflexionar laboriosamente y hasta el cansancio acerca de qué es lo más difícil, pues esa labor es
398 una fatiga inútil[28] y no halla reposo en ninguna parte, | como tampoco el que la realiza, pues la dificultad no está ni en el tumulto ni en la soledad, sino en la ausencia de espíritu de sus arduos pensamientos. — Si alguien, por último, debido a sus muchas empresas y al ajetreo de sus acciones, cree que no tendrá tiempo para leer un discurso tal, puede que tenga toda la razón, no tendrá tiempo para leerlo, y éste está dispuesto a esperar hasta el final para que se lo considere; pero si la idea es que no tiene tiempo en absoluto para preocuparse acerca de aquello que es la preocupación del discurso, es decir, acerca de ese silencio, entonces el discurso, por más que aquél, en medio de tantas actividades, se tomara una pausa para presentar una rápida objeción, entonces el discurso no se prestará a risa respondiéndola. El número de sus actividades es tal vez un mérito dudoso, tal vez éstas no le resultarían tantas si recapacitara en ese silencio, y cabe estimar que el exceso de actividad es un motivo más para buscar con mayor frecuencia el silencio del arreglo de cuentas, las cuales no se arreglan en marcos ni chelines, ni según la medida del encumbramiento y de la degradación u otras magnitudes ficticias.

Si el que busca va en busca de lo que está fuera de él como algo exterior, como algo que no está a su alcance, entonces lo buscado está en algún lugar. Basta que encuentre el lugar en el que está, y ya ha logrado algo; lo capta, y su búsqueda tiene un fin. Todos, en su temprana juventud, supieron alguna vez que había muchas cosas bellas, pero no conocían el lugar exacto. ¡Ah!, aunque muchos hayan olvidado esas nociones elementales, ¿acaso por ello se han vuelto todos en verdad más sabios, acaso también aquel que, en lugar de la unicidad de esa bella plenitud, ha obtenido la duplicidad de la duda y una resolución a medias? — Si el que busca considera que él mismo no puede hacer nada en absoluto para hallar el lugar, entonces es deseante. Todos lo fueron alguna vez en la juventud temprana. ¡Ah!, aunque muchos hayan cambiado, ¿acaso por ello todos han cambiado en verdad para mejor, acaso también aquel que, en lugar de la incierta riqueza del deseo, obtuvo la miseria cierta de la mediocridad? — Cuando el que desea ve cumplido su deseo, se asombra y, del mismo modo, ya cuando desea está en el asombro. Eso les ha ocurrido a todos alguna vez en su temprana juventud, no como cuando injustamente se dice que los jóvenes se dejan envolver en malos asuntos, sino en el sentido de dejarse llevar por el fervor de la beatífica e incondicional entrega al asombro, la| honrada retribución que aquel 399
que desea reserva de modo indefectible para el momento del cumplimiento. ¡Ah!, aunque muchos hayan perdido ese impulso de pagar con la misma moneda y hayan llegado aun a desestimar el deseo, ¿acaso por eso es esta mezquina honradez, que no desea realmente ni se asombra realmente, y que sólo así paga con la misma moneda, acaso por eso es esta honradez una ganancia? — El que desea, también busca, pero su búsqueda es ciega, no tanto con respecto al objeto del deseo sino en el sentido de que no sabe si se le acerca o si se aleja.

Entre los muchos bienes hay, pues, uno que es el más alto, uno que, por ser el más alto, no se determina según su relación con los otros; el que desea, sin embargo, no tiene una idea determinada acerca de él, pues es precisamente lo más alto a la manera de lo desconocido — y ese bien es Dios. Los otros bienes tienen nombres y denominaciones, pero allí donde el deseo toma el aliento más hondo, allí donde eso desconocido parece mostrarse, es en el asombro, y el asombro es la sensitividad de la inmediatez para con Dios y el comienzo de toda comprensión profunda[29]. La búsqueda de quien desea es ciega, no con respecto al objeto, pues éste es lo desconocido, sino respecto de si aquél se le acerca o se aleja — a veces siente estupor, y la expresión del asombro es adoración. Y el asombro es un estado de ánimo ambiguo que contiene en sí el temor y la beatitud. La adoración, por tanto, es a su vez una mezcla de temor y de beatitud. Aun el más depurado y

racional culto[30] a Dios es beatitud en el temor y el temblor[31], seguridad en los peligros de la vida, desenvoltura en la conciencia del pecado. Aun el más depurado y racional culto a Dios tiene la fragilidad del asombro, y no es la simple medida de la fortaleza, de la sabiduría y de la acción la que determina la medida de la relación con Dios; el más poderoso yace en la más profunda impotencia, el más piadoso suspira desde la más profunda indigencia, el más fuerte es aquel que pliega correctamente sus manos.

El asombro de quien desea corresponde a lo desconocido, y es, así, totalmente indeterminable o, mejor dicho, infinitamente determinable; puede ser algo tan abominable como ridículo, algo tan aberrante como pueril. Cuando el bosque se esconde en el crepúsculo, cuando, en la noche, la luna vaga entre los árboles, cuando el asombro de lo natural captura su presa y el pagano ve repentinamente el portento del relámpago que lo sobrecoge, entonces ve lo desconocido, y la adoración es la expresión del asombro; cuando el nudoso tronco toma
400 una forma engañosa | que le es desconocida, que es parecida a un hombre pero que, para su sorpresa, sólo se le parece en una dimensión sobrenatural, aquél se detiene y hace acto de adoración; cuando, en el desierto, ve una huella que no pertenece a ningún hombre ni a ninguna criatura que le sea conocida, cuando el poder de la soledad llena su alma de asombro, entonces ve en esa huella que lo desconocido ha estado allí, y hace acto de adoración; cuando el mar se extiende profundo y tranquilo, inexplicable, cuando el asombro fija en él su vertiginosa mirada hasta que es como si lo desconocido brotara de él; cuando las olas del mar arrollan la playa de manera uniforme y abruman el alma con el poder de la uniformidad; cuando el junco susurra en el viento y vuelve a susurrar y quiere confiarle alguna cosa al que oye: entonces aquél hace acto de adoración. — Si el asombro se determina, entonces su más alta expresión es que Dios es el todo inexplicable de la existencia, tal como la imaginación lo presiente por todas partes en lo mínimo y en lo máximo. — Aquello que fue el contenido del paganismo, vuelve a experimentarse en la repetición de cada generación, y, sólo cuando ha sido vivenciado, eso que era idolatría es reducido a un ser inofensivo en la inocencia de la poesía[32]. Pues la idolatría es, en un sentido depurado, lo poético.

Si el que desea considera poder contribuir él mismo a hallar lo buscado, entonces es alguien que se esfuerza. En ese caso el asombro y el deseo penetran su búsqueda. Dado que el asombro, al relacionarse de manera directa con lo desconocido, abarcaba tanto lo abominable como lo ridículo, tanto lo aberrante como lo pueril, el asombro resultó muchas veces defraudado, y por eso trata de no

seguir andando a ciegas. La relación directa, en efecto, es desde el primer momento una relación quebrada, sin que la fractura, no obstante, sea una ruptura. Está quebrada, pues el camino aparece en el medio como una determinación; para quien desea, en cambio, no es camino alguno. Cuando el que busca no va a ciegas, no sólo desea, sino que se esfuerza, pues el esfuerzo es justamente el camino hacia lo buscado. Todos, en la temprana juventud, dieron alguna vez a sus aspiraciones un vuelo excesivo; ¡ah!, y aunque muchos hayan aprendido a quedarse en el suelo, ¿acaso por eso se han vuelto todos más sabios, acaso también aquel que, en lugar del vuelo del pájaro, haya adquirido la doblegada marcha del cuadrúpedo? Todos, en la temprana juventud, fueron alguna vez osados y temerarios; ¡ah!, y aunque muchos hayan desistido, ¿acaso por eso se han vuelto todos más sabios, acaso también aquel que, en lugar de correr temerariamente en lo incierto, alcanzara la seguridad del viandante en el ancho
camino de la mediocridad? | Todos fueron alguna vez desafiantes 401
en su temprana juventud; ¡ah!, y aunque muchos hayan aprendido a moderar su exigencia, ¿acaso por eso se han vuelto todos más sabios, acaso también aquel que se hastió de privilegios, o quien de los que le rodeaban aprendió la mezquindad, o quien en la esclavitud del hábito aprendió a contenerse? ¡Sí, es sabio no hablar de fortuna si uno tiene algo más sagrado que nombrar; pero, si no, sería una desgracia que la vida pierda la fortuna, que ésta se canse de dar y de recibir, que se canse de los hombres que la burlaron en el asombro!

Pero en el mundo de la libertad, allí donde todo esfuerzo tiene su origen, y allí donde todo esfuerzo tiene su vida, allí el asombro se cruza en el camino. El empeño tiene nombres diferentes, pero aquel que es en pos de lo desconocido, está dirigido a Dios. El que sea en pos de lo desconocido significa que es infinito. Aquel que se esfuerza, entonces, se detiene, mira la engañosa huella de una monstruosa criatura que queda cuando ésta se ha ido, que está y no está; y esa criatura es el destino[33], y su esfuerzo es como un extravío. La adoración, una vez más, es la expresión del asombro, y la adoración abarca tanto lo abominable como lo ridículo, tanto lo aberrante como lo pueril.

Si se considera que quien busca puede hacerlo todo por hallar lo buscado, entonces el sortilegio desaparece, el asombro se olvida, no hay nada de qué asombrarse. Y, entonces, un instante después, lo buscado es una nada y es como si se hubiese conseguido todo. A todos les ha sucedido eso en las postrimerías de la juventud, cuando uno envejece una eternidad; ¡ah! y aunque muchos tengan el consuelo de no haber vivido ese horror, ¿acaso por eso se han vuelto todos más sabios, acaso también aquel que fuera un jovencito a la edad de un

anciano? A todos les ha sucedido eso hacia el final de la juventud, cuando la vida se detiene y uno se derrumba; y aunque muchos se jacten de su juventud, ¿acaso por eso fue más sabio aquel que por su cuenta burló el paso de los años y la eternidad, aquel cuya más alta sabiduría consistió en una respuesta graciosa a la más seria de las preguntas?

Hubo una vez en que el hombre, cansado del asombro, cansado del destino, se apartó de lo exterior y descubrió que no había ningún objeto de asombro, que lo desconocido era una nada y el asombro, una impostura. Y aquello que una vez fue el contenido de la vida, vuelve en la repetición de la especie. Aunque alguien se considere sabio al afirmar que hay formas que han quedado atrás, acabadas
402 hace siglos: | en la vida no es así. ¡Y tú tampoco creerás, oyente mío, que yo desperdiciaría tu tiempo relatando grandes acontecimientos y mencionando nombres extraños, como si fuese tan desalmado como para darme importancia a costa de la humanidad entera! ¡Ah, no! Si es cierto que se engaña el que llega a saber poco, ¿acaso no se engaña también el que ha llegado a saber mucho sin apropiarse de nada en absoluto? El hombre avanza lentamente, aun el saber más grandioso es sólo una presuposición. Si uno quiere aumentar más y más las presuposiciones, es como el avaro que acumula un dinero que no necesita. Incluso aquello que es digno de ser puesto en alto: una buena educación, incluso eso es sólo una presuposición, y pasa mucho tiempo antes de que uno se la apropie, y una vida entera no es demasiado si uno quiere apropiársela. Y si se ha engañado aquel que descuidó su educación, ¿no se engañó también aquel que, sin saber que era una presuposición, un bien confiado, una herencia sagrada que había de ser adquirida, la tomó sin más y creyó ser aquello que su denominación indicaba? Si hasta los mejores se han quejado muchas veces porque lo que buscaban estaba muy lejos, así también tú, oyente mío, has comprendido que hay aún otra dificultad, que hay un espejismo del saber que fascina al alma, que hay una suficiencia que consiste en saber — pero en la que uno es engañado; que hay una distancia respecto de toda decisión en la que uno se pierde sin siquiera imaginárselo. ¡Que el espanto coja su presa, y esa suficiencia es un monstruo espantoso! ¡Que la miseria de la escasez arrecie! ¿Acaso es mejor sucumbir a la abundancia? Fue inquietante que el hombre dejara de sentir asombro y que desesperara respecto de sí mismo[34]; pero no es menos inquietante que uno llegue a saberlo y que llegue a saber muchas otras cosas sin siquiera haberlo experimentado, y más inquietante aún poder saberlo todo y no haber comenzado en lo más mínimo. Y si es así, ¡permítaseme entonces comenzar de nuevo!

¡Vuelve, juventud, con tu deseo y tu amable asombro; vuelve, salvaje empeño de la juventud, con tu temeridad y tu estremecimiento ante aquello desconocido! ¡Sobrecógeme, desesperación, tú que rompes con el asombro y con el asombro de la juventud, pero hazlo rápido, rápido, si es posible! ¡Si he perdido mis mejores años sin experimentar nada, enséñame, cuanto menos, a no permanecer indiferente buscando junto a otros el consuelo de la derrota compartida, para que el horror de haber sido derrotado sea el comienzo de mi curación! ¡Por tardía que ésta sea, es mejor que vivir como un impostor, engañado | por 403
lo que no parecía estar destinado a engañar y, ay, por eso mismo, horriblemente engañado — engañado por saber mucho!

Así, pues, ya no hay asombro, ha pasado; así se dijo una vez, así lo dice el desesperado y lo repite en la desesperación, y lo repite de manera insultante, y quiere consolarse en el insulto cuando éste hiere a otros, ¡como si todo insulto no fuese una hoja de doble filo! Pero tú, oyente mío, tú sabes que el discurso está ahora mismo en el asombro. No por eso querrá el discurso sorprenderte, ni engañarte nublando tus ojos cuando el relámpago del pensamiento cae y todo se transforma, ni arrebatarte en una pasmosa confusión. Aquel que realmente ha experimentado lo precedente, penetra con cierta confusión las combinaciones del recuerdo, y, si no lo ha experimentado, entonces el hecho de escuchar o leer un discurso le será sólo de dudoso provecho. Pero tú, estando tú mismo en el asombro, sabes que este asombro se produjo cuando aquel otro fue consumido en la desesperación. ¿Pero qué objeto sería entonces más digno de asombro que el hecho de que quien buscaba en el deseo y en el esfuerzo, que el que se moría de desesperación descubriera repentinamente que poseía lo buscado, y que la desgracia consiste en estar a punto de perderlo? Toma, pues, a ése que desea y que sueña, llámalo y dile: tienes lo deseado; detén a ése que se esfuerza de modo temerario, al que va por el camino a toda prisa, detenlo y dile: tienes aquello que ambicionas; quiebra la desesperación, para que el desesperado entienda que lo tiene — ¡qué conmoción sería para él ser asaltado por el asombro, y asaltado una vez más porque sería como si volviera a perder lo que buscaba! La grandiosidad del deseo, el esfuerzo de la temeridad no despierta el asombro por segunda vez, ello impide el suspenso[35] de la desesperación; pero el hecho de que lo buscado sea algo dado, que sea poseído por aquel que está a punto de perderlo por un malentendido — eso despierta el asombro del hombre en su totalidad. ¿Y qué expresión más contundente hay para el asombro que el hecho de que quien se asombra resulte, de alguna manera, transformado, como cuando el que desea cambia de color; qué expresión más contundente que

el hecho de resultar *realmente* transformado? Y así sucede con este asombro, éste transforma al que busca; y así sucede con este asombro, el hecho de buscar se convierte en otra cosa, incluso en lo opuesto: buscar significa que el que busca, que él mismo se transforma. No es preciso que halle el lugar en el que está lo buscado, pues está junto a él; no es preciso que halle el lugar en el que está Dios, no es preciso que se esfuerce por llegar allí, pues Dios está junto a él, totalmente
404 próximo, próximo en todas partes, omnipresente a | cada instante, sino que es preciso que se transforme para llegar a ser él mismo el lugar en el que Dios verdaderamente está.

Pero el asombro, que es el comienzo de toda comprensión más profunda, es una pasión ambigua que contiene en sí el temor y la beatitud. ¿O no sería temible, oyente mío, que, por estar lo buscado tan cerca de ti, no buscaras, sino que Dios te buscara a ti? ¿No sería temible que no pudieras moverte sin estar en Él, ni estar quieto sin estar en Él, y no pasar desapercibido puesto que estarías en Él, ni huir al límite extremo del mundo sin que Él esté allí y todo a lo largo del camino, ni esconderte en el abismo sin que Él esté allí[36] y todo a lo largo del camino, ni decirle: dentro de un instante, porque Él estaría allí también en el instante en que lo dijeras? ¿No sería temible que, transformadas en seriedad las bromas de la juventud y la inmadurez de la desesperación, aquello que habías señalado y a lo que habías aspirado diciendo que no existía llegara a existir, y que existiera incluso en todas partes a tu alrededor y te rodeara por todos los costados? ¿Pero no sería bienaventurado que el poderoso que te encerrara en el rincón más oscuro no pudiera, sin embargo, dejar a Dios fuera? ¿No sería bienaventurado, y no sería bienaventurado que pudieras caer en el abismo más profundo, donde no se ve el sol ni las estrellas, y que pudieras, sin embargo, ver a Dios? ¿No sería bienaventurado que pudieras extraviarte en el solitario desierto y, sin embargo, encontrar enseguida el camino hacia Dios? ¿No sería bienaventurado que pudieras llegar a ser un viejo que lo ha olvidado todo y, sin embargo, no olvidar nunca a Dios, puesto que Él no puede volverse algo pasado; que pudieras enmudecer y, sin embargo, llamarle, quedarte sordo y, sin embargo, escucharle, quedarte ciego y, sin embargo, verle? ¿No sería bienaventurado poder confiar en Él, que Él no pudiera decir, como dicen los hombres: dentro de un instante, porque estaría contigo en el instante en que lo dijera? — ¡Pero aquel que elude el temor, que se cuide de no eludir el hallazgo! Es tan fácil, o, algo que quiere decir lo mismo de un modo diferente, es tan difícil hallar a Dios, que se llega aun a demostrar que existe y a considerar que la demostración es necesaria. Aunque el trabajo de

la demostración sea difícil y fastidioso, particularmente para quien tiene que comprender que ésta demuestra algo, el asunto le resulta fácil al que efectúa la demostración, pues éste ha quedado fuera, no trata con Dios, sino que trata acerca de Dios. Si el buscar, en cambio, ha de significar que uno mismo se transforma, entonces el que busca debe cuidarse mucho. Que del niño aprenda uno el asombro y, del hombre, el temor, eso ya es empezar; entonces el temor viene con
Dios, cuando su llegada | hace que las demostraciones sean superfluas. 405
¿O acaso es coraje el hecho de seguir ignorando irreflexivamente el peligro de que quien efectúa la demostración permanezca inalterado, que demuestre y demuestre que el Omnipresente existe, el Omnipresente que, por tanto, también en el instante de la demostración vigila al que la efectúa — sin contar, no obstante, con ningún juicio científico acerca de los méritos de la demostración? ¿Acaso se supone que el Omnipresente sería como una rara criatura de la naturaleza cuya existencia es demostrada por el erudito, o como un cometa que se observa cada varios siglos y cuya existencia necesita por eso una prueba, en especial en los siglos intermedios en los que no se ve?

Pero el verdadero asombro y el verdadero temor no son algo que un hombre pueda enseñarle a otro[37]. Sólo cuando oprime y expande tu alma, la tuya, precisamente la tuya, sólo la tuya en el mundo entero, porque has llegado a estar a solas con el Omnipresente, sólo entonces está en verdad ante ti. Aunque un orador tuviera la elocuencia de un ángel, y aunque tuviera un aspecto que pudiera inspirar terror al más valiente, de modo que cayeras, como se dice, en el más profundo asombro ante su elocuencia y te sobrecogiera el horror al oírlo, ese asombro y ese temor no sirven. Por lo que respecta a cada hombre, al más humilde y al más grande, ni un ángel, ni legiones de ángeles, ni todos los horrores del mundo pueden inspirarle el verdadero asombro y el verdadero temor, sino sólo volverlo supersticioso. El verdadero asombro y el verdadero temor se dan sólo cuando él, precisamente él, así se trate del más humilde o del más grande, llega a estar a solas con el Omnipresente. La medida directa de la fortaleza y de la sabiduría y de las obras no determina la medida de la relación con Dios. ¿O acaso los sabios de Egipto no mostraron signos casi tan grandiosos como Moisés[38]? Supón que hubieran sido más grandiosos aún, ¿qué se sigue de ello? Nada, nada en absoluto en lo que hace a la relación con Dios. Pero Moisés temió a Dios, y Moisés se asombró ante Dios, y el temor y el asombro o el temor del asombro y su beatitud determinan la medida de la relación con Dios.

Es muy cierto lo que dice el entendimiento, que no hay nada de qué asombrarse[39]; pero justamente por eso el asombro está asegurado

— porque el entendimiento da garantía de ello. Dejemos que el entendimiento juzgue lo vano, que despeje el lugar — entonces el asombro se produce en el lugar correcto, en quien se ha transformado. Todo
406 cuanto pertenecía a aquel primer asombro, el entendimiento | puede devorarlo; dejemos que lo haga, para que enigmáticamente nos ayude a asombrarnos, pues eso sí que es enigmático, dado que choca con el juicio del entendimiento acerca de sí mismo. Pero si un hombre no va más allá de eso, que no acuse entonces al entendimiento, y que tampoco se declare triunfante porque éste ha vencido. Si un príncipe envía a un caudillo a cargo de un ejército a un país extranjero y ese caudillo, además de conquistarlo, se hace rebelde y se apodera de él, entonces no hay motivo alguno para acusarlo por haberlo conquistado, pero tampoco ningún motivo para declararse triunfante, puesto que lo conservó para sí: y así también, si un hombre con su entendimiento triunfa sobre lo que era ciertamente bello, pero también pueril, que no acuse al entendimiento; pero si el entendimiento acaba rebelándose, entonces que no se declare triunfante. Pero el asombro está en quien se ha transformado.

Lo que se ha dicho aquí les sucedió alguna vez a todos en el instante de la decisión, cuando la enfermedad del espíritu[40] hizo su entrada y uno se sintió atrapado en la existencia, atrapado para siempre. ¡Ah!, y aunque muchos tengan el consuelo de haberse sustraído a ese peligro, ¿acaso por eso resultó más sabio aquel que insidiosa y cobardemente se engañó a sí mismo creyendo engañar a Dios y a la vida? A todos les sucedió alguna vez, cuando las bromas y los espejismos y la diversión se habían terminado; ¡ah!, y aunque muchos desafíen con su despreocupación, ¿acaso por eso resultó más sabio aquel que, por no haber sido atado, fue echando brotes hacia un lado y hacia otro hasta quedarse sin vida? A todos les sucedió alguna vez; ¡ah!, y aunque muchos se jacten de estar en una condición más ventajosa, ¿acaso por eso resultó más sabio aquel que, desatado, no supo que justamente por eso no era libre?

Cuando se supone que lo que se busca está dado, buscar significa que el que busca, que él mismo se transforma y así llega a ser el lugar en el que lo buscado puede estar verdaderamente. Y hemos dicho que lo buscado era algo dado, algo tan próximo, que era como si se lo fuera a perder otra vez. ¡Qué expresión más contundente tiene el horror de ésta, que es como si se hubiese perdido, sin la certeza de que se ha perdido: así es como un hombre decae! ¡Cuánto ha pasado desde aquel tiempo en el que deseaba, en el que se aventuraba con temeridad, en el que buscaba a lo lejos, en el que, sintiéndose seguro de sí, desafiaba la suposición de la inexistencia — y ahora ha llegado

a estar tan cerca de él, que está perdido y, con la pérdida, decae y se aleja! El que busca debía transformarse, ¡ay!, y fue transformado — así es como decae. Y la transformación en la que está, la llamamos
pecado. Por tanto, lo | buscado existe, y el que busca es el lugar, 407
pero se ha transformado, y transformado con respecto a haber sido una vez el lugar en el que estaba lo buscado. ¡Y ahora no hay ningún asombro, ninguna ambigüedad! Cuando el alma comprende esto, su situación es temor y temblor en el culpable, la pasión es la pena tras el recuerdo, el amor es arrepentimiento en el extraviado. ¿No es así, oyente mío? El discurso no habrá de sorprenderte, no tiene ninguna autoridad para forzarte a reconocer algún pecado. Por el contrario, admite su impotencia a este respecto, y, si alguien así lo deseara, estaría dispuesto a afirmar que ni toda la elocuencia del mundo es capaz de convencer a un hombre acerca de su pecado; pero le recordaría también que no ha de temer a la elocuencia de los pecadores sino a la omnipresencia del Santísimo, y que más aún ha de temer sustraerse a ésta. Si un hombre ha de comprender esencialmente su pecado, debe comprenderlo por quedarse solo, él solo, solo precisamente él con el Santísimo que todo lo sabe. Solamente ese temor y temblor es el verdadero; solamente esa pena, la que el recuerdo de Dios despierta en el hombre; solamente ese arrepentimiento, el que su amor hace madurar. Si la voz de un orador fuese como la del rayo del cielo, si su aspecto inspirara horror, si supiera apuntar con su mirada y, estando tú allí, oyente mío, te señalara y dijera: Tú, tú eres un pecador[41]; y aunque lo hiciera con un poder tal como para hacer que tus ojos buscaran la tierra y la sangre se retirara de tus mejillas y tal vez no pudieras sobreponerte a esa impresión, entonces comprenderías que él, con su conducta, transformaría el entorno en una caseta de feria en la cual haría sus bufonadas, lamentando importunarte en la búsqueda del silencio. El temor y el temblor ante lo abominable: ante una aberración en sentido religioso, no es verdadero temor y temblor. Así como es cierto que un ser humano no ha de buscar su paz en otro ser humano, que no debe construir sobre arena[42], así también es cierto que no ha de consolarse pensando que otro ser humano tiene por oficio convencerlo de que es un pecador, pero sí recordarle su propia responsabilidad ante Dios en caso de que no lo descubra por sí mismo; toda otra concepción es distracción. Y no sería sino una broma que yo te juzgara, pero lo serio sería que olvidaras que Dios juzgará.

Lo buscado, por tanto, está dado, Dios está lo bastante próximo; pero nadie puede *ver a Dios sin pureza*, y el pecado es precisamente impureza, *y por eso nadie puede alcanzar conocimiento de Dios sin*

llegar a ser un pecador. La primera frase es alentadora, y la mirada del alma se dirige a lo alto, hacia la meta; pero en el mismo momento se
408 escucha la | otra frase que indica el comienzo, y esa frase es desalentadora. Y es que así son las cosas para quien quiere comprender el pecado consigo mismo. Un discurso sin autoridad no puede pretender convencer a nadie, no puede siquiera ser directamente de provecho para nadie. Aquel que siente que es más fuerte, no puede en modo alguno ser vencido por el discurso, y aquel que pudiera ser superado, por eso mismo demostraría ser más fuerte. Por eso el discurso no ha de tomarte de improviso, oyente mío, ni sacar a relucir nada acerca de ti, sino que, por el contrario, pone más bien en tus manos un arma contra el hablante, por si acaso fueras lo suficientemente necio como para querer juzgarlo; eso, claro, sería ser irreflexivo, pues lo serio es que alguien olvidara acusarse a sí mismo ante Dios. Por ese motivo, tampoco es mucho lo que aprendes del discurso; si aprendes de él algo acerca de ti mismo, es gracias a ti mismo; pero si alguien exigiera aprender algo acerca del pecado en general, exigiría demasiado del discurso, pues querría ser engañado.

Así, el discurso está ahora en el comienzo. Este no se produce por el asombro, pero, a decir verdad, tampoco por la duda, pues el que duda acerca de su culpa, no hace sino comenzar mal, o, mejor dicho, continúa aquello que comenzó mal con el pecado. Lo que viene con el pecado, se va con la pena[43]: esto vale acaso también para el pecado mismo. La pena es, por eso, el comienzo, y el temblor es la vigilancia de la pena. Cuanto más profunda es la pena, tanto más un hombre siente ser una nada, siente ser menos que nada, y ello es justamente porque el apenado es aquel que, buscando, comienza a alcanzar conocimiento de Dios. Se ha dicho siempre, incluso en el paganismo, que los dioses no venden lo más alto por nada, que la divina envidia con que la divinidad se pone precio a sí misma determina las condiciones de la relación: ¡cómo no habría de tener entonces su correspondiente exigencia el hecho de que un hombre particular llegue a descubrir a Dios! Y esa exigencia es que el hombre llegue a ser un pecador. Pero no se trata de que el hombre, si se me permite decirlo así, le muestre cortesía haciendo que su sagrada presencia rebaje al individuo a la condición de pecador; no, el individuo lo era, pero sólo llegó a serlo en virtud de su presencia. Aquel que busca comprenderse a sí mismo en la conciencia del pecado ante Dios, sin embargo, no comprende como un enunciado universal el que todos los hombres sean pecadores, pues el acento no está puesto en esa universalidad. Cuando más profunda es la pena, tanto más un hombre siente ser una nada, siente ser menos que nada, y ese sentimiento de

disminución es | signo de que el apenado es aquel que, buscando, co- 409
mienza a alcanzar conocimiento de Dios. En sentido mundano, cabe decir que es un mal guerrero el que no tiene la esperanza de llegar a ser general; en sentido divino, es lo opuesto: cuanto más inferior cree ser él mismo, no como hombre en general o por lo que respecta a ser un hombre, sino él mismo como hombre particular, y no en lo concerniente a sus capacidades, sino en lo concerniente a la culpa, tanto más claro le resulta Dios. No se trata de acrecentar la culpa para que Dios se vuelva más grande, pero sí de acrecentar el conocimiento de la culpa. Y así como esos dignatarios encargados de velar por la justicia utilizan muchas veces espías que son, ellos mismos, culpables, así también cada uno de los que el Santísimo utiliza es un culpable, muchas veces, incluso, un culpable en sentido estricto, de modo que el Santísimo se preocupa tanto por la salvación del culpable como por salvar a otros a través de éste.

Cuanto más profunda es la pena, tanto más profundamente se capta el poder del pecado, y la expresión más contundente de la pena más profunda sería, al parecer, que alguien sintiera ser el pecador más grande. Se comprende, claro, que, en un sentido vano, haya habido incluso disputas y controversias acerca de esa dignidad, que se haya hecho todo por ganar ese reconocimiento en épocas en las que constituía la suma expresión de la suma excelencia. Cualquier clase de aspiración extraviada es lamentable, sí, pero nada más lamentable que las aberraciones religiosas. Cuando el joven yerra en la vida, se cifra la esperanza en el paso de los años; es ya lamentable que el hombre se extravíe, pero cuando alguien se extravía respecto de la última cosa que puede ser salvadora, ¡qué es entonces de la salvación! Pero ello no implica que sea elogioso dejar que la devoción se detenga para evitar así el extravío. ¡Ser el pecador más grande, y combatir por serlo! No nos echaremos a reír, por más que esté presente la contradicción que justifica la risa, pues sí que es ridículo, y éste no es el lugar para echarse a reír ante el hecho de que semejante necedad se haya inmiscuido en el contexto más serio. El discurso no dejará tampoco que esa expresión se pierda sin más, sino que se demorará brevemente en ella y preguntará: ¿cómo llega a saber un hombre que es el pecador más grande? Si llega a saber que es un pecador, esto ocurre en la medida en que llega a estar solo, él y precisamente él, solo con el Santísimo. Si no llega a estar solo de esa manera, entonces no llega a saber siquiera que es un pecador, y mucho menos que es el más grande. ¿De dónde viene, entonces, ese más o ese menos con el que se determina a sí
mismo como el más grande? Ese más, ¿no provendrá del | mal, no 410
viene del embuste y del engaño, no se debe a haberse distraído de la

seriedad y a haberse concentrado en lo vano? Un desdichado que se ha vuelto serio con relación a su sufrimiento se reconoce enseguida porque, sin preocuparse acerca de si otros sufren menos, dictamina: mi sufrimiento se me hace gravoso — yo sufro. Al amante recto se lo reconoce enseguida porque no pervierte el encuentro amoroso, el cual busca la soledad, trayendo consigo una muchedumbre, haciendo que un montón de testigos comparezcan tan pronto como comprende que ama más que los demás; no, su sincero y honrado juicio es breve: yo amo. Así también ocurre con la conciencia del pecado, el enunciado simple es el más serio. Toda comparación es mundana, todo énfasis es un apego mundano al servicio de la vanidad; y peor que la propia culpa es la propia justificación, y peor que la propia justificación es tomar en vano lo último, y es llegar a ser en serio el pecador más grande por la vanidad de querer serlo. Pero aquel que llega a estar a solas con la conciencia del pecado se sentirá seguramente, aunque no de manera comparativa, como el pecador más grande, pues se sentirá como un individuo y se sentirá en sí mismo como la medida esencial del pecado frente al Santísimo. Si es distracción querer disculparse a sí mismo pensando que otros son más culpables, también es distracción querer determinar su pecado por su relación con los pecados de otros, cosa que nadie conoce. Pero cuando ayunes, oyente mío, úngete la cabeza y lava tu cara[44], sin distraerte porque ves que otros son más culpables o porque ves que otros son menos culpables; y lo que no es un emprendimiento en común, no lo hagas en las calles, sino, como es debido, en secreto[45]. ¡Ah, es mucho más fácil ver a la derecha y a la izquierda que ver dentro de uno mismo; mucho más fácil regatear, escamotear, e incluso ofrecer un precio menor, que callar — pero lo más difícil es, sin embargo, lo único requerido[46]! Cualquiera experimenta ya en la vida diaria que es más difícil estar frente a alguien destacado, ante la majestad de un rey, que moverse con la muchedumbre, o estar solo y callado frente al conocedor avezado que hablar en común consonancia junto con sus semejantes: ¡qué decir entonces de llegar a estar a solas con el Santísimo y callar! Uno ve a Dios en lo grandioso, en la furia de los elementos, en el transcurso de la historia universal; uno olvida de lleno lo que el niño comprendía: que, cuando cierra sus ojos, ve a Dios. Y cuando el niño cierra sus ojos y sonríe, llega a ser un ángel — ¡ah, y cuando el hombre se queda solo ante el Santísimo y calla — llega a ser un pecador! Comienza por
411 quedarte solo, y aprenderás | así el recto culto a Dios, encareciendo a Dios y rebajándote tú mismo en el pensamiento — no rebajándote en relación con tu prójimo, como si fueras tú el destacado, pues recuerda que estás ante Dios — y no rebajándote en relación con tu enemigo,

como si tú fueras el mejor, pues recuerda que estás ante Dios; sino rebajándote en relación contigo mismo.

Aquel que piensa de esta manera su pecado y desea, en este silencio, aprender un arte que tú, oyente mío, no desdeñas: el de lamentarse de sus pecados, ése descubrirá seguramente que el reconocimiento del pecado no es meramente una enumeración de todos los pecados particulares, sino que entenderá, ante Dios, que el pecado tiene en sí una correlación. Claro que también aquí se cuidará del camino estrecho, pues el camino del solitario es estrecho y cerrado, pero hay puertas secretas por todas partes[47], y sólo necesita pronunciar una palabra para que una de éstas se abra — y el prisionero respira libremente, así le parece por un instante. Si comienza a hablar de la universalidad del pecado, no en él mismo, sino en toda la especie[48], si intenta captar ese pensamiento, entonces la puerta se abre — ¡ah, y cuán fácilmente respira ahora, él, a quien le resultaba tan difícil respirar; él, cuyo andar era tan fatigoso, cuán fácil le es ahora volar; él, que era tan laborioso, qué libre es ahora — pues se ha convertido en un observador! Y sus observaciones son seguramente algo que muchos desean oír. Entonces el asunto llega a ser otro; y es tan fácil, se ha transformado, y se ha transformado tanto, según dicen los de mayor seriedad entre nosotros, que se trata ahora de la cuestión de justificar a Dios frente al mundo, y no de la preocupación de justificarse ante Dios. A uno le es más fácil admitir su pecado en general; pero descubrir la correlación a partir del pecado particular, concebido con exactitud y determinación y con el cuidado con el que lo formula el juez imparcial: eso es un paso difícil y un paso forzado; pero el paso difícil es, sin embargo, el correcto y, en lo que tiene de forzado, es provechoso. — Hay una cualidad que se elogia mucho, y que, no obstante, no es fácil de adquirir: es la sinceridad. No hablo de aquella amable sinceridad de la niñez, que también puede encontrarse en algunos mayores, pues si el discurso la elogiara, oyente mío, te engañaría. Si uno la encontrara en ti mismo, entonces el discurso sería casi adulador, por más que tu infantilidad te impidiera comprenderlo de ese modo; y si no se la encuentra, entonces sería burlarse de ti. El discurso no hará diferencias de ese modo, lisonjeando y haciendo de la sinceridad un afortunado don de nacimiento recibido por pocos; esa clase de discurso sería apropiada allí donde la fortuna separa a los hombres, no allí donde de la relación con Dios dimana sostenidamente la igualdad: no, la sinceridad es un | deber, y cada cual debe 412
tenerlo. Pero con tanta distracción es difícil adquirirlo. No quiero decir que un hombre sea por eso sencillamente un impostor, sino que no tiene el tiempo ni la concentración suficientes para comprenderse

a sí mismo. ¿Acaso no es así? A veces un hombre desea algo con el debido fervor, pero, en su opinión, son muchas las cosas que suceden antes de que se produzca el cumplimiento; o bien éste no se produce en modo alguno, y él cambia. Es muy posible que se haya vuelto más sabio, pero a su sabiduría le falta una cosa, le falta la determinada impresión de que alguna vez lo deseó, y que no se trata de un relato fantástico según el cual lo deseó hace muchos años, pero ahora ya no. Si los dos momentos tuvieran que conciliarse bella y unánimemente en la unidad de la misma alma, sería preciso que tuvieran un pequeño encuentro en el que se explicaran el uno al otro. Puede que la sabiduría sea algo bueno, pero al sabio puede faltarle un poco de pena respecto de sí mismo. Otras veces, un hombre resuelve algo determinado, pero el tiempo pone sus condiciones, y él cambia, y las cosas quedan a medio hacer. Tal vez la resolución era, en realidad, demasiado pretenciosa con relación a sus fuerzas; de acuerdo, pero aquí falta algo, falta un poco de consternación, un poco de claridad acerca de si fue el tiempo el que le dio una sabiduría aparente, o si realmente llegó a ser más sabio. ¡Y qué decir de la culpa y del extravío y del pecado! ¡Ay!, ¿cuantos son los que al año o al día siguiente saben con certeza qué es lo que desearon, lo que resolvieron, lo que se reprocharon, lo que transgredieron! Y Dios puede muy bien exigirle sinceridad al hombre. ¡Cuánto más difícil resulta ésta! Pues un hombre puede realmente esforzarse por volverse más y más transparente a sí mismo en la sinceridad, pero ¿se atrevería a ofrecer esa claridad a un conocedor de los corazones, a ofrecérsela como prenda de confianza entre ambos? ¡Ah, de ningún modo! Aun aquel que se empeña él mismo con honestidad, incluso él, y acaso él más que nadie, tendrá siempre una cuenta que no confía poder saldar, como si en realidad no tuviera muchas veces y en lo particular una culpa que tal vez es menor de la que conoce. Y es mejor que así sea. Uno tiene sólo un único Dios; si uno no aclara las cosas con Él, ¿a quién ha de dirigirse entonces? He ahí la necesidad de comprender, partiendo del pecado particular y del extravío, que hay una correlación, una insondable correlación. Si alguien te dice, oyente mío, que entonces no sirve de nada querer alcanzar la sinceridad, puesto que incluso aquel que se empeña honestamente sigue siendo siempre un poco oscuro para sí mismo, haz entonces como el que habla, haz como
413 ni no | lo hubieras escuchado. Es cierto que quien te habla no es un corredor veloz, pero, en verdad, tampoco dejará que lo demore la cobardía, o esa cobarde envidia que busca la igualdad en la mediocridad, que quiere transformar en indolencia el ardor del espíritu y en una mala ganancia compartida el entusiasmo que sirve sin esperar

recompensa. Que se trata de una miseria que no tolera nada que sea mejor, de una amistad insidiosa que quiere retardar las cosas: eso lo sabes, oyente mío, ¡pero no combatas con ello! No es ése el lugar en el que has de combatir; ya el hecho de combatir con ello es darle la victoria. ¡Busca más bien el olvido del silencio, pues en él llegarás a saber cosas muy diferentes acerca de la propia culpa!

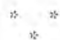
Así, pues, la sinceridad es difícil; es más fácil ocultarse en el torbellino de la gente y ahogar la propia culpa en la de la especie, más fácil ocultarse para uno mismo que manifestarse ante Dios en la sinceridad. Pues, como hemos dicho, esa sinceridad no es una enumeración interminable, pero tampoco es una firma sobre un papel en blanco, el reconocimiento en nombre propio de una universalidad vacía; y uno que se confiesa no es alguien que apresuradamente añade su firma al enorme libro de deudas de la especie.

Pero, sin sinceridad, no hay arrepentimiento. Pues el arrepentimiento aborrece la universalidad vacía, pero no es tampoco un avaro contable al servicio de un pusilánime, sino un severo observador ante Dios. Arrepentirse de una universalidad sin contenido es una contradicción, como lo sería dedicarle la pasión más profunda a lo superfluo; pero fijar el arrepentimiento a algo particular es arrepentirse por cuenta propia, no ante Dios, y debilitar el propósito es amarse a sí mismo en la pesadumbre. ¡Ah, como si acaso fuera tan fácil arrepentirse: amar y sentir más y más profundamente la propia miseria; amar mientras se sufre el castigo; amar y no hacer falsamente del castigo una fatalidad; amar y no abrigar un secreto rencor, como si se soportara una injuria; amar y no dejar de buscar el sagrado origen de ese dolor!

Así, aquel que piensa su pecado sabe también que hay diferencia entre los pecados. Lo sabe desde las enseñanzas de su infancia, y en eso nadie piensa mejor que uno mismo. Es cierto que también hubo casos en que uno, gracias a un discurso que con los matices del horror describía la universalidad del pecado, reconoció la horrorosa relación con un pecado particular. Pero las aberraciones religiosas son, no obstante, lo más terrible. Tal vez un discurso como ése ha atemorizado a los más puros, ha engendrado angustia en el alma de un inocente, una angustia que permaneció en ella. ¿Por qué debería un orador, por lo demás, causar espanto? Sólo consigo mismo el hombre comprende
| que es culpable. El que no lo comprende así, lo comprende mal; 414
y el que lo comprende, hallará también la explicación difícil, o una más suave, o una que lo complazca precipitadamente, dependiendo de qué sea lo que merece. Pero es abominable que alguien, por haber tenido que cargar él mismo con el gravoso castigo del pecado más

espantoso, quiera obtener la ventaja de un nuevo pecado: el de poder causar espanto. ¡Ah, la absolución de la frivolidad es un nuevo pecado, pero también lo es el impío agregado de pasiones oscuras! Y tú, oyente mío, tú sabes que la seriedad consiste en llegar a estar solo ante el Santísimo, ya sea porque se excluye la aprobación del mundo o porque se remueve la acusación del mundo; ¿acaso aquella pecadora sintió más profundamente la culpa cuando los escribas la acusaron que cuando ya no había acusador alguno y estaba sola ante el Señor[49]? Pero tú sabes también que el que se engaña del modo más peligroso es aquel que se engaña a sí mismo, que la situación más preocupante es la del que se engaña por saber mucho, y que, además, que uno halle su consuelo en la frivolidad de otro es una lamentable debilidad, pero es también una lamentable debilidad llegar al espanto a causa de la pesadumbre de otro. Dejémosle eso a Dios y sólo a Él; Él, después de todo, es el que mejor puede hacerse cargo de aquel que, al buscarlo, llega a estar solo.

— Y para ello hay un lugar, oyente mío, tú sabes dónde; y hay una ocasión propicia, oyente mío, tú sabes cuál; y hay también un instante, y éste se llama: «hoy mismo».



Aquí finaliza este discurso — en el reconocimiento del pecado. Pero ¿puede éste ser un final? ¿No ha de triunfar la alegría? ¿Debe el pecado pasar sólo con la pena? ¿Debe el alma permanecer desolada y no ha de afinarse el arpa del gozo[50]? Si acaso acostumbras a aprender más, si tú mismo sabes mucho más, busca el error en el discurso y en el orador. Si realmente has ido más allá, no te demores; pero si no es así, ¡ah, entonces ponte a pensar que uno se engaña de un modo espantoso cuando se engaña por saber mucho! Supongamos que un timonel ha pasado todos los exámenes de su aprendizaje de manera destacada, pero que todavía no ha salido a navegar — imagínatelo en una tormenta: que sabe todo lo que tiene que hacer; pero no conocería el espanto que sobrecoge al navegante cuando las estrellas desaparecen en la oscuridad de la noche; no conocería la impotencia
415 | de quien maneja el timón y ve que éste es, en sus manos, un juguete del mar; no sabría cómo la sangre se sube a las sienes cuando, en un instante como ése, uno debe hacer cálculos: no tendría, en suma, idea alguna de la transformación que se produce en el conocedor cuando debe hacer uso de su conocimiento. Lo que el tiempo calmo es para el navegante, es para el hombre singular el hecho de que su vida transcurra uniformemente junto a otros y junto a la especie;

pero la decisión, el arriesgado instante del recogimiento, cuando debe apartarse del entorno y llegar a estar solo ante Dios y llegar a ser un pecador, es un silencio que, como la tormenta, transforma lo habitual. Lo sabe todo, sabe lo que ha de ocurrirle, pero no sabría qué angustia lo sorprendería al sentirse abandonado por la multiplicidad en la que se encuentra su alma; no sabría cómo late el corazón cuando la ayuda de otros y la guía de otros y los criterios de otros y la distracción debida a los otros desaparece en el silencio; no conocería el estremecimiento que se produce cuando es demasiado tarde para clamar por la ayuda de los hombres, puesto que nadie puede oírlo: no tendría, en suma, idea alguna de cómo el conocedor se transforma cuando debe apropiarse de su conocimiento. ¿Acaso esto te sucede también a ti, oyente mío? No juzgo, sólo pregunto. ¡Ay, son cada vez más los que saben muchas, muchísimas cosas, y cada vez menos los varones que han hecho el viaje completo[51]! Pero tú mismo deseabas una vez ser uno de ellos. Seguramente no has olvidado lo que dijimos acerca de la sinceridad hacia uno mismo: recordar con nitidez aquello que uno quiso ser una vez; y tú mismo te preocupas por ser sincero ante Dios en el reconocimiento de los pecados. ¿Qué era, entonces, lo que querías? Querías esforzarte en pos de lo más alto, captar la verdad y estar en ella; no querías ahorrar tiempo ni empeño; querías renunciar a todo y, como parte de ello, a todo engaño. Aun cuando no obtuvieras lo más alto, querías asegurarte de que, dentro de ti, sabías con nitidez lo que hasta ese momento comprendías respecto de llegar a alcanzarlo. Aunque eso fuera poco, preferías ser fiel en lo poco antes que infiel en lo mucho; aunque fuera un único pensamiento y llegaras a ser el pobre entre los ricos que todo lo saben, preferías ser fiel como el oro[52] — y eso puede serlo cada uno si así lo quiere, pues el oro pertenece al rico, pero fiel como el oro puede serlo también el pobre. Y aquel que fuera fiel en lo poco, fiel en el día de la indigencia[53], cuando se produce el arreglo de cuentas; fiel en la comprensión de su deuda; fiel en el silencio, en el que ninguna recompensa se anuncia, sino que la culpa se hace evidente; fiel en la sinceridad que lo asume | todo, incluso el hecho de que esa sinceridad 416
es deficiente; leal en el amor del arrepentimiento, ese amor humilde cuya exigencia es que uno se acuse a sí mismo: este ha de ser puesto también a cargo de lo mucho[54].

¿No querías que fuese así? Pues es cierto que en esto estamos de acuerdo: que, con relación a lo esencial, *poder* es esencialmente *poder hacer.* Otra es la opinión del niño; cuando el pequeño estudia su lección, tal vez le pide a su hermana mayor si no quiere tomársela y ésta, puesto que tiene otras cosas de qué ocuparse, le responde: «No,

mi querido muchacho, ahora no tengo tiempo; pero lee la lección cinco veces, o diez veces, y vete a dormir, que mañana la sabrás a la perfección»; entonces el niño hace lo que se le dice, y al día siguiente la sabe a la perfección. Pero el adulto aprende de otra manera. Si alguien quisiera coger las Sagradas Escrituras y aprendérselas de memoria, es cierto que sería algo bello, pues habría algo de infantil en su conducta; pero, en lo esencial, los mayores sólo aprenden algo al apropiárselo, y, en lo esencial, sólo se apropian lo esencial al ponerlo en práctica. ¡Qué bella es, en medio de la necesidad, esta alegría de vivir y de pertenecer a la especie y de ser uno mismo un ser humano! ¡Qué bella, en el silencio, esta unanimidad con cada cual! ¡Qué bella, en la soledad, esta comunidad con todos! Pues no se trata de que un hombre no tenga como tarea la misma cosa esencial que tiene el otro, ni de que el aspecto exterior de un hombre sea esencialmente diferente del de otro; pero sucede que cada cual lo comprende de modo un poco diferente y a su manera. Y no se trata de que, como en un enredo, haya diferentes caminos y diferentes verdades y nuevas verdades; pero ocurre que hay muchos caminos que llevan a la única verdad, y cada cual sigue el suyo. De allí la peculiaridad, pues lo esencial llega a ser propiedad del individuo, y la condición de esa peculiaridad es que se la ponga en práctica y que, así, se la descubra. ¿Habrá de ser este un discurso dividido? Lejos de él está la mención de esa peculiaridad en torno a la cual se combate en este mundo, como se combate en torno a otros dones de la fortuna; no, sino que todo aquel que posee algo esencial por haberlo puesto en práctica, ese tiene la propiedad y la peculiaridad. Así, para traer a colación el tema del discurso, comprender aquel silencio es poder quedarse en silencio. ¿Y dónde es preciso estarlo? Sí, hay un lugar para ello, pero no es exterior ni inmediato, pues, si uno no trae el silencio consigo, el lugar no contribuye en nada. Así, pues, en cierto sentido no hay
417 ningún lugar; y ese «en cierto sentido», ¿no es | ya algo inquietante? ¿Y cuándo necesita uno especialmente ese silencio? Cuando uno está fuertemente conmovido. ¿Acaso esa idea no es capaz de impedir el silencio? ¿Hacia dónde huye uno a fin de sustraerse a sí mismo? Sí, si uno quiere huir, evita precisamente el silencio. ¿No hay entonces nada que hacer? Sí, si uno no quiere hacer nada en absoluto, entonces evita de nuevo el silencio en el silencio de la muerte espiritual. ¡Ah, no es tan fácil poder quedarse en silencio! La tentación se debe a veces a la seguridad, porque hay tiempo suficiente; o a la impaciencia, porque es demasiado tarde; o a una esperanza que se insinúa; o a un recuerdo que persiste; o a una resolución abrupta; o a un eco del juicio del mundo que burlonamente llega hasta ti, como si ese camino de

silencio te llevara al desierto del engaño en el que sucumbe el solitario; o a un eco de tu egoísmo que te importuna haciendo que te admires a ti mismo; o a una comparación que distrae; o a una estimación que distrae; o a un pequeño olvido ayudado por la irreflexión; o a una pequeña anticipación ayudada por la confianza en ti mismo; o a una fabulosa representación de la infinitud de Dios; o a la desazón de tener que confiarle al Omnisciente lo que él ya sabe; o a la ligereza del salto que no sirve de nada; o al apesadumbrado suspiro del que se nutre la pesadumbre; o al aturdimiento debido a una cierta tristeza; o a la sorpresa debida a la claridad; o a un silencio que es el de los proyectos, el de los pensamientos, el de las soñadas intenciones y de las fantasías, en lugar de ser el de la culpa, el del arreglo de cuentas, el del pacto de la intención con la culpa previa y con el Dios omnisciente. ¡Ah, no es tan fácil poder quedarse en silencio! ¡Haber estado a punto de lograrlo y, sin embargo, haberse llevado una decepción y haber tenido que comenzar de nuevo, esta vez con mayor inquietud! ¡Haber hallado consuelo en otro ser humano y descubrir después que era una ilusión, un silencio falso, y haber tenido que comenzar entonces con mayor inquietud! ¡Haber sido importunado por el mundo, por un enemigo, por un amigo, por un falso maestro, por un hipócrita, por un blasfemo, y descubrir después que era una ilusión querer echarle la culpa a otro, y haber tenido que comenzar entonces con mayor inquietud! ¡Haber combatido, haberlo intentado hasta el extremo de las capacidades de uno, y descubrir después que uno no es capaz de nada, que uno no puede darse ese silencio a sí mismo, puesto que pertenece a Dios! Si alguien dice que ésa es la expresión justa, que uno no puede ponerlo en práctica, cabe pensar si no es la indolencia la que habla. Pues es verdad que incluso un apóstol da testimonio de ello[55]; pero ese testimonio, ¿fue una idea pasajera, una rápida observación general? ¿O acaso sería tan difícil comprender esa nulidad del hombre y vivir con esa conciencia, que ni siquiera él, el autorizado y eternamente resuelto, podría él solo con ella, sino | que necesitaría 418
un asistente, nada menos que un ángel de Satanás[56] que, mediante la experiencia diaria y el diario hostigamiento, le ayude a salir de la ilusión, a dejar de hallar su sabiduría en cosas aprendidas de memoria, su paz en certezas generales, su confianza en Dios en frases hechas? ¿O acaso alguien se lo habría enseñado al apóstol para que éste pudiera hablar después? No sería la primera vez que se dice que el sabio tiene un ángel que lo guía y lo alerta[57]; si Pablo hubiese hablado así, podría tratarse de algo aprendido de memoria; que el sabio necesita un ángel de Satanás para su uso diario, sin embargo, es algo que seguramente le costó mucho tiempo aprender.

Pero éste no será un discurso dividido. Lo que Dios exige de cada uno, es mejor encomendárselo a Dios. Y cuando el pobre, o aquel que trabaja como un esclavo para obtener una exigua ganancia para sí y para los suyos, y cuando el sirviente cuyo tiempo pertenece mayormente a otro, cuando a estos les parece que, según su humilde condición, pueden meditar acerca de las cosas del alma, ¡quién podría dudarlo; quién, en lugar de compadecerse de las diferencias de esta vida terrestre, tendría la insolencia y el descaro de introducirlas igualmente en lo divino: quién se atrevería a negar que la bendición es abundancia, como toda bendición de Dios! Pero si alguien, oyente mío, si alguien atacado por aquella distinguida enfermedad sintiese aversión por la existencia; si, en el engreimiento del espíritu, despreciara las cosas simples y temiera no hallar ocupación suficiente para sus muchos pensamientos, ¿no te parece que es ésa la maravilla de lo verdadero: que el hombre simple lo comprende y que el más sabio no lo penetra totalmente, y que ese pensamiento no lo vuelve indolente, sino que precisamente lo llena de entusiasmo? ¡Ah, en esto estamos una vez más de acuerdo, pues también esto se comprende en el silencio en el que cada uno, al hacerse culpable, tiene suficiente en qué pensar!

| EN OCASIÓN DE UNA BODA 419

Acordes inexpresados reposan con la bella certeza del amor en lo profundo del alma; ahora los sonidos del órgano han callado, sólo el eco conmueve al alma otra vez en su entonación y quiere transfigurar la bella certeza en tonalidad sagrada: ahora es preciso que se hable. La voz de uno solo ha de escucharse. ¡Cuán pobre podría parecer aquí la palabra de los labios del individuo en comparación con la bella y sagrada conmoción del rico ánimo imperante[48]! ¿No podría esa palabra resultar un estorbo, inoportuna aunque bienintencionada, de mal agüero aunque orientadora? Pero es preciso que se hable, y que se hable con precisión. La imprecisa riqueza del ánimo imperante debe ser establecida, la palabra debe ser pronunciada; por más que ésta no quiera en modo alguno ser un estorbo, la claridad exige que se diga todo. ¡Qué transformación, qué proporción en la desproporción! ¿Pues qué es claro y preciso y evidente como lo es y ha de serlo el deber de un hombre, y qué es tan enigmático como el impulso del amor? ¡Y aquí, sin embargo, el amor ha de llegar a ser un deber! ¿Y qué es más transparente, y qué cuenta con el porvenir tanto como lo hace una promesa sagrada, y qué se ocupa menos del porvenir que la presencia del amor en los enamorados? ¡Y aquí, sin embargo, al amor se le exige una promesa! ¿Y qué mención es tan terrible como la de una maldición, y qué es tan ajeno a ella como la pura alegría del amor? ¡Y aquí, sin embargo, es preciso que la palabra se pronuncie en relación con el amor!

Pero es un acto libre, y así como los enamorados llegan a ser libres al pertenecerse el uno al otro, este paso es la resolución de la libertad. Por eso ha de haber alegría junto a los alegres[49] a quienes el amor hizo libres en la unión, pero no ha de hablarse con palabras a medias o con desprecio acerca de la boda, como si, | por tratarse de algo libre, 420

fuese ésta algo insignificante, pues, por el contrario, es precisamente lo requerido[60] con relación a la más hermosa felicidad. — Y así, estos dos a quienes la vida unió en la dicha del amor están ahora resueltos; y ahora ha de establecerse un pacto. Un pacto para la eternidad. Para la eternidad: ¿no es esta palabra, dada su fuerza, casi un mal presagio, pues es como si la muerte estuviera de por medio, y es sobre la tumba sobre la que se deposita la corona de la eternidad? De ninguna manera, pues la palabra que previene es la del augurio más hermoso. La ceremonia nupcial es también como una corona de la eternidad, pero es el amor el que la teje, y el deber dice que ha de ser tejida, y para el amor es un placer tejerla, y el deber dice que ha de ser tejida — cada día, con la flor del instante. Aquí la eternidad no ha terminado con el tiempo, sino que el pacto es el comienzo de la eternidad en el tiempo; la resolución eterna y el deber por la eternidad han de permanecer junto a los cónyuges en la unión del amor a través del tiempo, y ha de haber celebración en su memoria, y fuerza en su recuerdo, y esperanza en su promesa.

Es preciso, entonces, que se hable con determinación, y que se hable también con autoridad. Y el discurso ha de dirigirse a usted, honorable señor esposo; no ha de aportar deseos de felicidad, sino interrogar con seriedad, y el orador tiene autoridad para exigir la respuesta seria; el discurso no ha de interrogarlo acerca de su felicidad, sino acerca de si ha buscado usted el consejo de Dios y de su conciencia[61]. No ha de ahuyentar la alegría, ni es tampoco indiferente con respecto a ella; antes bien, ha de asegurársela si usted responde con circunspección, y es por su causa por lo que interroga con seriedad, para que no responda usted con ligereza. Y si le parece tan natural y del todo lícito unirse a aquella con quien lo vio unido ya el anticipado deseo de los padres y de la familia; a aquella a quien usted pertenecía en un presentimiento que plácidamente se transformó en certeza; a aquella que de tantas maneras lo atraía hasta que el amor vino a explicar la razón y, en su explicación, tomó posesión de lo que estaba preparado: entonces la seria interrogación, lejos de intentar impedir la abrupta resolución de lo imprevisto, la que a menudo engendra un tardío arrepentimiento, habrá de demorarlo para que, con la responsabilidad del deber, ponga el énfasis de la elección en el acontecimiento silencioso. Después el discurso ha de dirigirse a usted, honorable esposa; no ha de ser un estorbo con su interrogación ni causar inquietud despertando pensamientos difíciles, sino que ha de interrogar, con la misma seriedad que el pacto de igualdad exige, si
421 ha buscado usted el consejo de Dios y de su | conciencia. Claro que la interrogación no quiere que la felicidad se le vuelva algo preocupante,

ni que usted se debilite, sino que quiere justamente que, en la libertad de la seriedad, iguale en fortaleza al varón al que ha de someterse como esposa[62]. Y aunque con gozosa seguridad y leal confianza sienta usted que su felicidad no puede ser otra, que no podría ser diferente, sino que ha de unirse con aquel a quien la enlazaban las circunstancias de la vida y la estrecha afinidad y la participación en tantas cosas y la mutua comprensión, hasta que el amor vino a explicar todo lo anterior como un bello preámbulo, como una dote tranquilizadora, como una feliz riqueza: entonces la seria interrogación, lejos de interrumpir todos esos pensamientos, hará que, con la responsabilidad del deber, el énfasis de la elección recaiga para usted en la casi imperceptible transición del acontecimiento silencioso.

Entonces ha de exigirse una promesa, y el orador tiene autoridad para exigirla. Pero la exigencia, con toda su seriedad, es para los enamorados una recomendación; quiere dar a los que son dignos de ello la solemne oportunidad de pronunciar, libremente y ante Dios, lo que para los enamorados es difícil callar el uno frente al otro, lo que es agradable pronunciar ante quien está al tanto de ello y lo que, pronunciado aquí, se santifica.

Una vez que esto ha sucedido, el que tiene la autoridad ha de unir a los esposos y hacer efectivo lo que es serio. Pues el asunto mismo tiene su seriedad, y, si ésta no está en los así bendecidos, la acción resulta deshonrada; pues la ceremonia nupcial no es en modo alguno un acontecimiento temporal. Pero allí donde hay tal seriedad, el que tiene la autoridad la hace efectiva — y el pacto está cerrado.

Para el discurso carente de autoridad[63], en cambio, no hay enamorados que haya que unir. Pero es por eso que tú, oyente mío, puedes prestarle atención. Pues, como se ha dicho, la acción misma tiene su seriedad, y la seriedad no consiste en que ocurra algo en lo exterior, que unos curiosos sean testigos de la transformación exterior de las circunstancias de vida de dos seres humanos. Y el que tiene la autoridad, da por supuesta esa seriedad en los esposos, y ella misma, por tanto, es también madura. Y si sólo llegara a existir en ese instante, ¿quién podría responder a la pregunta que interroga acerca de algo pasado, pese a que es también algo presente? Y si el hablante tuviera que hacer que la seriedad se desarrolle en ese instante en los enamorados, debería seguramente hablar de otro modo; debería decir muchas cosas que sería arriesgado mencionar en el último instante, cosas que sería difícil decir a estas dos personas en particular, por más que fuera provechoso que ambos hubieran recapacitado sobre ellas. | Hay, por tanto, una meditación que, en la seriedad del pen- 422

samiento, comparece ya ante el altar. A una tal meditación te invito, oyente mío, y, con el pensamiento puesto en la ceremonia nupcial, hablaré acerca de

Que el amor, considerado como la resolución del matrimonio, *lo supera todo.*

Y tú, oyente mío, retendrás también ese serio instante en el pensamiento, y tu mente no se ocupará de esta reflexión sino en tanto te concierne a ti, por más que el pacto conyugal sea para ti algo venidero o algo pasado, pues sólo para un necio sería irrelevante. Y en esto estamos de acuerdo: que el discurso acerca de cosas piadosas jamás debería buscar el disenso o el desacuerdo, salvo con aquello que es impío. Por eso, cuando el pobre, o aquel que se gana el pan en un puesto humilde, y que no por ello es excluido de la dicha del amor, debe recoger con fatiga y atravesar muchas miserias para reunir lo requerido, mientras que tal vez lo único que el capataz o el superior entiende es que el servicio ha de ser llevado a cabo; cuando sólo queda un breve instante, un tiempo escaso para pensar piadosamente en los asuntos del corazón, esos a los que los agraciados y los de mejor posición, a veces con sabiduría y a veces con necedad, dedican tanto tiempo; cuando estos dos enamorados, por tanto, están finalmente frente al altar y con toda brevedad se los declara legítimos esposos: ¡ah!, seguramente estamos de acuerdo, oyente mío, en que el Dios que está presente en el pacto, no sólo para atestiguarlo sino también para bendecirlo, no hace, como el discurso humano, diferencias en su bendición. Porque él es el único rico, su bendición es una sola, y el precio de ésta es uno y el mismo para todos[64], por más que el creyente sea poderoso o humilde, sabio o simple, que esté vestido de oro o de harapos, que sea rico en pensamientos o pobre de espíritu. Si alguien, en cambio, varón o mujer, afectado por una distinguida enfermedad, fuera lo suficientemente inhumano como para tomar como algo simple la sagrada costumbre y su sagrada norma; si alguien se pusiera a pensar en alguna nueva invención, entonces estamos de acuerdo, oyente mío, en que la maravilla de la institución divina consiste en que, en ella, el hombre simple lo encuentra todo y el hombre sabio encuentra más de lo que puede indagar, cuando con seriedad se piensa a sí mismo en relación con ella y piensa seriamente en sí mismo.

423 | Una antigua frase dice que el amor es lo más viejo de todo[65]; y son muchos los pensamientos bellos y profundos que se asocian a esa frase para explicar con su auxilio la existencia. Pero así como la frase se aplica en general, así también se aplica en todos los casos en que

el amor se hace presente: es lo más viejo de todo. Así ocurre en la vida del individuo; cuando el amor despierta, es lo más viejo de todo, pues, en cuanto está ahí, es como si hubiera estado hace mucho; se presupone a sí mismo, remontándose tan lejos, que toda investigación acaba en un origen inexplicable. Por eso, mientras que en otros casos se dice que todo comienzo es difícil, eso no vale para el amor. Su feliz despertar no conoce el esfuerzo, y ninguna preparación lo precede. Aun cuando el amor puede engendrar dolor, él mismo no es dado a luz con dolor: inicia con facilidad y con júbilo su enigmático devenir. ¡Prodigioso comienzo! — Pero la vida de la libertad exige un comienzo, y un comienzo es en este caso una resolución, y la resolución tiene su esfuerzo y su dolor, por lo cual el comienzo tiene su dificultad. Aquel que se ha resuelto no puede considerar que ha terminado, pues entonces habría experimentado aquello cuyo comienzo es la resolución; pero, si no se toma ninguna resolución, al hombre en cuestión le sucedería lo que muchas veces le sucede a un hablante, que sólo cuando termina de hablar sabe cómo debería haber hablado: sólo cuando ha vivido, sólo entonces sabe cómo debería haber vivido (¡penoso resultado de la vida!) y que debería haber comenzado con la buena resolución; ¡amarga sabiduría, pues entre el comienzo y el moribundo hay ahora una vida!

He ahí por qué la frase dice que el amor lo supera todo, y por qué la bendición nupcial, que no es un deseo de felicidad sino una piadosa recomendación, no saluda a los enamorados como vencedores, sino que los invita a combatir, les asigna ese estado como un campo de batalla que es agradable a Dios, los alienta a combatir el buen combate[66], fortalece a los combatientes mediante el pacto, les promete la victoria, así como les toma juramento y les da la bendición que los acompañará en el largo viaje — pero entonces les informa además que el combate está allí: combate que es preciso pelear hasta el final, fatiga que es preciso soportar, peligro al que es preciso arriesgarse, maldición[67] para quienes no lo sobrelleven de común acuerdo como una bendición. ¿Pero acaso no está fuera de lugar que se invoquen también aquí esas penosas consideraciones, las que demasiado pronto aportan los oscuros pensamientos y las experiencias funestas: traer a colación en el instante del gozo los días | del desagrado[68]? ¿Pero acaso 424
es algo penoso que esas audaces palabras realmente signifiquen algo, que no sean como el bronce que suena[69], que no sean las del júbilo de una victoria imaginaria malamente obtenida, o una mala victoria, si se supone que ha sido ganada, sino la promesa de una victoria real que ha de ganarse gloriosamente? ¿Y acaso el lugar es tan inadecuado? ¡El lugar sagrado! ¿Es inoportuno que la alegría piense en el peligro?

¿Acaso no hay tiempo para ello? — ¡En la prisa del peligro hay menos tiempo aún! ¡Ay!, el tiempo viene y va, se lleva un poco y un poco más; así despoja al hombre de un bien cuya pérdida, sin embargo, siente, y su dolor es grande, y no se da cuenta de que el tiempo lo ha despojado hace mucho de lo más importante: de la capacidad de tomar una resolución; que ha hecho que ese estado le resulte tan familiar, que ya no causa horror alguno, lo último que podría ayudar a cobrar nuevas fuerzas para renovar la resolución.

No, sino que, en su seriedad, esa frase significa muchísimo, y significa incluso todo para los legítimos cónyuges. Pero quiere que se la comprenda seriamente; no quiere visitar a los casados como un inesperado huésped que embellece el día de la boda con su digna presencia, sino que quiere establecer su morada con los cónyuges, quiere ser probada a través de los años, quiere dar garantía de todo. Así quiere que se la comprenda, y es que sólo así puede ser pronunciada: debe ser pronunciada por aquel que comienza, pero que comienza con la buena resolución. Pues el que se hizo viejo en el leal servicio del amor, el que fue probado como el oro y fue encontrado fiel — y el noble poeta, un poco enamorado, dice que el alma joven de la muchacha es oro probado, pero los años y el peligro son la prueba — el anciano, entonces, el que ganó con los años la incorruptible y rica belleza de la lealtad, que fue fiel a su compromiso como lo exigía la propia conciencia, que fue fiel con el coraje de un varón y con la ternura de una mujer, con la intrepidez de un varón y con la compasión de una mujer, con la serenidad del entendimiento en la interioridad del corazón, es ése el que dice, en la dulce, amigable y humilde exhortación de la madurez: «hijitos, el amor lo supera todo». Y conmueve a los jóvenes, y ¡ay!, casi los engaña, pues parece tan fácil cuando él lo dice, que éstos querrían oírselo decir otra vez. Pero si la juventud quiere tomar en vano el enunciado y tejer frívolamente con él la corona nupcial, entonces la combativa experiencia de la vida se interpone entre el joven y el anciano, y dice: ¡poneos a un lado, mostrad respeto por el anciano, aprended primero las dificultades!,
425 y entonces los señala con las palabras: ¡he aquí que | el amor lo ha superado todo! ¡Ah, qué bello es ser un viejo, qué engañosa es toda la elocuencia cuando se la compara con ese testimonio! ¡Lo ha superado todo! Eso es lo que viene al final, y es algo distinto, diferente de lo primero. ¡Detente, caminante, detente a pensar en esta diferencia, que, cuando la entiendas, seguramente llegarás a la resolución! Él lo ha superado; sí, así dice respetuosamente la combativa experiencia de la vida acerca de aquel veterano a quien el pacto matrimonial llamó al buen combate, el que no deja detrás de sí ninguna irregularidad

porque, habiendo amado mucho, no quedó en deuda con nadie. En la vida pública sucede que, cuando alguien quiere viajar a un país extranjero y le debe algo a alguien, el acreedor se dirige a las autoridades competentes que velan por la justicia, y a aquél se le impide viajar — ¡ah!, y si el compromiso de un pacto sagrado se deja incumplido o se ha cumplido precariamente, ¿no es como un entredicho que hace que el último viaje se convierta en la fuga de un impostor? — Y, sin embargo, ¿de qué sirve huir? Uno no huye de la juzgante justicia que vela por la existencia.

Pero, entonces, *¿ha* superado todo? La frase dice, en cambio: el amor lo supera todo. Y así debe ser escuchada al comienzo y pronunciada rectamente por el que se resuelve. Pero aquel que ignora el peligro, el que excluye el peligro y no deja que la idea efectiva del mismo entre en la resolución; aquel cuyo coraje, por tanto, rechaza la victoria del mismo modo que las buenas obras rechazan la recompensa[70], porque la victoria ha sido tomada de antemano, ése no se ha resuelto. Tampoco se ha resuelto aquel que corre en lo incierto[71] y que de seguro no llega a la meta, puesto que cree estar junto a ella. Tampoco se ha resuelto aquel que, falto de previsión, se lanza al camino confiando en un poder misterioso y no deja que una verdadera idea de la asistencia de Dios, de su necesidad y de su suficiencia entre en la resolución. Se trata de una resolución en común, y no de que los dos, sin resolución alguna, sientan lo mismo en el mismo instante.

¿Muestra la vida conyugal una sola clase de amor desdichado: cuando la muerte los separa y el afligido se queda solo? ¡Ah, la muerte no tiene el poder de hacer desdichado a nadie; si ninguna otra cosa los separa, están unidos! Pero puede que alguien diga: «sé a qué te refieres y adónde apunta el discurso, pero esas cosas sólo le ocurren a los que nunca estuvieron enamorados; el que ama realmente, lo supera todo». Y es innegable | que el que ama realmente hace tal como dice 426
la frase; pero ¿se sigue de ello que el que habla tiene simplemente una idea clara acerca de lo que es en realidad amar, y acerca de la vida y de los demás? ¿Una idea clara acerca de la transformación que se produce en el enamorado cuando debe realmente superarlo todo, y cuando ese todo es real? ¡Pues sí que hay diferencia entre querer transformar el mundo entero a la manera del joven y descubrir que es uno mismo el que debe transformarse, y que se exige que eso sea motivo de entusiasmo! ¡O que la tarea consiste en mantenerse inalterado cuando todo se ha transformado! ¡Sí que hay diferencia entre ser como el primer descubridor de todas las cosas en la sorpresividad de lo novedoso y, cuando llega la fatiga, descubrir que se trata de la

uniforme repetición de lo que otros experimentan miles y miles de veces! ¡Sí que hay diferencia entre querer combatir a la manera del joven y la explicación según la cual es preciso que se sufra, y que es eso lo que debe ser motivo de entusiasmo! ¡Entre querer vencer o, cuanto menos, querer sucumbir al poder superior, pero con la conciencia de ser más fuerte que cada uno en particular, y la explicación de que es preciso combatir con la propia debilidad, y que se exige cruelmente, sin compasión ni disculpas, que ese combate sea para uno motivo de entusiasmo! Cuando la gran exigencia de la tarea imaginaria no brinda una fuerza imaginaria, sino que se trata en realidad de una tarea pequeña y despreciada; cuando uno no desafía al mundo que traicionó su expectativa, sino que yace abandonado por la gran expectativa en relación con uno mismo, privado de toda escapatoria; cuando ninguna amplia perspectiva lo tienta a uno a aventurarse, sino que se permanece ocioso y desganado en la modesta tarea de la paciencia, la cual resulta más pobre aun cuando se pierde el tiempo queriendo soñar otra vez los sueños de la juventud: sí, entonces tiene uno la ocasión de mostrar que ama realmente, o, mejor dicho, la ocasión se ha demorado demasiado si las cosas han llegado tan lejos; y, si se hubiera comenzado con una resolución, uno habría comprendido a tiempo que las cosas pueden llegar tan lejos.

Considera a aquel que se asemeja al enamorado, considera al entusiasta. ¿Acaso la vida exhibe un solo caso en que el trabajo queda a medio hacer, en que los proyectos se interrumpen, en que el brillante comienzo lleva a un resultado miserable y penoso? ¿Es ese solo y único caso aquel en el que la muerte impide que quien se esfuerza termine el trabajo, complete el proyecto, alcance la meta? ¡Tú, muerte, impotente como eres, osas insultar al entusiasta! ¡No, la breve desdicha del instante
427 de muerte desparece pronto, y uno | muere verdaderamente con honor, uno acaba grandiosamente su obra cuando en verdad se atreve a decir: fue la muerte la que me lo impidió! Claro que tal vez el joven entusiasmado, y del mismo modo todo joven entusiasmado, puede decir: sé a qué te refieres, no necesitas siquiera mencionarlo, no quiero que me estorben ni que me demoren ni que me desalienten — pero no es eso lo que sucede con el que está realmente entusiasmado. Y esto es innegable; pero ¿acaso por eso tiene el hablante una idea clara acerca de lo que es realmente estar entusiasmado, de lo que eso significa cuando ya no se trata de saltar como un león[72], sino de permanecer en su sitio y de que, pese a todos los esfuerzos, parezca que no se avanza? Cuando no se trata de recorrer el mundo entero en un ligero vuelo, sino de soportar una completa calma en la que el entusiasmo expira; cuando de lo que se trata es de percibir la impotencia y, sin embargo,

de no renunciar al entusiasmo, de esperar contra toda esperanza[73]; cuando se trata del largo y avasallante trabajo que es inseparable de todo emprendimiento entusiasta; cuando uno, incluso abandonado, debe resguardarse de una compasión que es el derrumbe del entusiasmo, por más que parezca un alivio, y cuando, por hacerlo, no se es reconocido; cuando no se trata de la salvaje indocilidad, sino de ponerse la camisa de fuerza y, así, estar entusiasmado: sí, entonces se da la ocasión de mostrar que uno realmente está entusiasmado. Y si uno ha comenzado con una resolución, entonces ha de mostrarse su provecho, pues, en la resolución, uno no ha recibido un refrescante soplo de juventud, sino una desconfianza respecto de sí mismo que de lejos advierte el peligro.

La primera condición para una resolución es tener y *querer* tener una *idea efectiva acerca de la vida y acerca de uno mismo*. Lo que aquí se siembra con lágrimas, se cosecha con cantos de regocijo[74], y la pena desaparece; pues la primera pérdida es la mejor, y el primer dolor es el que salva, y la rigurosa educación es la provechosa, y la temprana disciplina es la que fortalece, y el estremecimiento de la resolución da coraje, y el temblor de la resolución da resistencia, y la reprimenda de la resolución hace que uno esté atento, y vencer al final es el asunto principal, y el último honor es el único verdadero!

La muerte no tiene ningún poder para poner señales de aflicción en el camino del matrimonio a lo largo de la vida. Sin embargo, esas señales están ahí. ¿Qué sentido tienen entonces? En la vida de los pueblos hay muchas costumbres graciosas vinculadas al casamiento, muchas bromas jocosas que, sin embargo, tienen su sentido, muchas chanzas socarronas que no carecen de belleza; pero ¿no sería también | una costumbre decente que los novios, antes de ir a la casa 428
de banquetes, fueran a la casa de luto[75], es decir, a la seria consideración de la cual no se obtiene el velo de novia, sino la resolución? Que la novia se presente encantadora ante el altar, que la corona de mirtos adorne a la amada: pero es sólo la humildad de la resolución la que la vuelve agradable a los ojos de Dios, y es sólo la idea efectiva de la resolución la que la hace fuerte en la sagrada debilidad — para superarlo todo.

No es intención del discurso, aun si ello le fuera posible, causar espanto mediante impresionantes descripciones, provocar el horror al que sólo alguien serio, al hablar con autoridad, podría proporcionar el seguro efecto de la seriedad, e impedir que el desánimo y el desaliento e incluso la indisposición se entremezclen con la impresión causada. ¿Acaso los únicos cónyuges separados son aquellos cuyo divorcio fue establecido y para quienes el pacto de unión de la bendición nupcial

resultó una maldición? ¿Acaso sólo son indignos de este estado los que comenzaron de manera miserable al considerar el pacto como un acuerdo mundano en vista de una ganancia terrena, y que terminaron como comenzaron, o para quienes el vínculo conyugal no fue una liberación sino un lazo que avivó el apetito de los sentidos? ¿Acaso sólo fue un mal esposo aquel que tuvo la cobardía y la poca hombría de cortejar con adoración la belleza de una mujer, y que después, con ánimo de sometimiento, dominó cobardemente a una esclava de cuyos encantos él mismo fue un esclavo celoso, hasta acabar en la infame ingratitud, porque los años se habían llevado la juventud y la belleza de aquella — a quien había desposado?

Pero no, sino que sucede aquí tal como sucede con la muerte en la vida. No sólo son presa de la muerte los que yacen en el lecho de enfermo, desahuciados por el médico: hay muchos que andan a nuestro alrededor y que han sido marcados por la muerte. Así también hay más de un matrimonio que ha sido marcado por el divorcio. Y ya ves que éste no ha venido a dividir a los cónyuges, pero una indiferente altivez los separa y los vuelve extraños el uno al otro — y sin embargo, pues por eso se habla aquí al respecto, puede que los viejos sentimientos no se hayan extinguido totalmente. No hay ninguna pelea entre los cónyuges, ninguna discrepancia los hace enemigos, pero el sentimiento parece haberse retirado muy lejos de la vida en común; claro que tal vez se aman, pero se está a la espera de un acontecimiento que tense el arco de la resolución y libere el sentimiento en la expresión, pues la cotidianeidad no basta; es como si los avergonzara verse el
429 uno al otro en esa cadena de cosas insignificantes. Tal vez añoran | llegar al entendimiento, pero no pueden realmente ponerse a hablar, precisamente porque tienen la ocasión de hacerlo todos los días; y a medida que la ocasión pasa sin que se la aproveche, se hace más difícil manifestarse el uno al otro. Antes eran tan felices, sí, tan felices; y esa conciencia que debería fortalecerlos y, cuanto menos, ser siempre nítida, los debilita; pierden las ganas y el coraje de atreverse, y esa felicidad perdida cobra para los dos solitarios un brillo exagerado y enfermizo. El tiempo pasa tan lentamente, toda una vida se extiende ante ellos, temen hacerse mutuamente el primer reconocimiento que podría reunirlos en una vigorosa resolución, el aburrimiento toma el lugar de la unanimidad, y, sin embargo, rechazan el divorcio como un pecado; pero la vida es tan larga — entonces se desliza la idea de la muerte, pues la muerte desata todos los lazos[76]; uno no se atreve a admitirlo y, sin embargo, es así, uno se desea muerto, como si eso no fuera una infidelidad — pero tal vez se aman todavía, y la muerte los llevaría tal vez a comprobarlo. Entonces el uno busca el error en

el otro y, en lugar del intercambio de la sinceridad, el malentendido ejerce su penoso negocio y los aleja el uno del otro en la sospecha y en la desconfianza mediante la indelicadeza y el arrebato, en una fogosa reconciliación que alimenta la enfermedad; entre tanto, empero, acaso se aman. — ¿Han sido siempre la pobreza y las condiciones de necesidad y los infortunios de la vida los que causaron esto? ¡Pero en la riqueza y en la abundancia, cuando los breves días de la luna de miel han quedado atrás, el matrimonio subsiste a veces a pan y agua en medio de la abundancia! — ¿Ha sido siempre sólo la aflicción causada por unos niños malcriados la que acabó por enemistar a los padres? Pero se ha visto también que una rara felicidad en este sentido no fue de ayuda alguna para los padres. — ¿Han sido siempre los años los que trajeron consigo la aflicción? ¡Pero cuán poco tiempo se necesitó a veces para que el cambio comenzara a notarse! — ¿Ha sido siempre una originaria diferencia de edad, de educación o de clase la que tarde o temprano debió engendrar el desentendimiento? Pero a veces se correspondían tan completamente el uno al otro, que, para ser felices, sólo les faltó la gratitud. — ¿Fueron siempre el entorno, los familiares y las relaciones los que arruinaron un matrimonio que había comenzado bien? ¡Ay, de qué sirve echarle la culpa a otros, si la mala hierba de la depravación tiene el atributo de toda mala hierba: que se siembra a sí misma! La buena semilla exige cuidado y trabajo, y, si eso falta, entonces la buena semilla se echa a perder — y entonces la mala hierba viene por sí misma.

| Dejemos que el observador que se considera a sí mismo, que evoca 430
estos pensamientos en un instante decisivo, dejemos que ése se haga a sí mismo la pregunta: ¿puedo decir que todos estos matrimonios no han comenzado siquiera por eso que se llama amarse realmente el uno al otro, en cuyo caso percibirían la dulzura de lo imprevisto en el despertar del amor, percibirían la inquietud de la añoranza, hallarían que el tiempo se escapa al estar juntos y que el tiempo es muy largo cuando están separados, encendidos por el pensamiento de querer serlo todo el uno para el otro? Dejemos que aquél se haga a sí mismo la pregunta: ¿puedo negar que el motivo del penoso desenlace fue que, en el tiempo de la juventud y de la esperanza y de lo imprevisto y del arrebato, uno careció de la guía o de la seriedad suficiente como para renunciar a los mimos y a la tentación del instante y a la ilusión de la imaginación, para someterse a la rigurosa disciplina de la resolución?

¿Qué quiere, en efecto, la resolución que es el renacer del amor? ¿Quiere sofocar la alegría, puesto que quiere liberarla? ¿Es su cuidado una falsa amistad, puesto que tal vez no se lo comprende de inmediato? ¿Es puro dolor, puesto que no comienza sino con dolor?

¿Es una eterna prisión, puesto que con seriedad y por la eternidad vincula a los dos enamorados? Pero no comienza sin dolor, y tampoco sin estremecimiento. Imagínate a alguien llevado por el entusiasmo. Lleno de audaces intenciones, quiere hacer muchas, muchas cosas; pero he aquí que, durante el trabajo de la resolución, la idea acerca de la vida y acerca de su propia debilidad lo asalta de tal manera que se sume en la impotencia, y sólo la idea del deber lo sostiene y le permite seguir trabajando para llegar a la resolución. ¡Qué transformación! Ahora combate a duras penas bajo la rigurosa vigilancia del deber, hace lo poco que se le impone cada día, pero exacta y puntualmente tal como el deber ordena; y, en la medida en que sigue estando entusiasmado, entiende que, así sea mucho o poco lo que el deber ordena, es siempre mucho. Y he aquí que, entonces, se lo logra, se llega a la resolución y se comienza la obra según la medida verdadera; y he aquí que se lo logra, y la obra sigue adelante; y he aquí que se lo logra, y que se lo logra más allá de las expectativas, y aquel primer entusiasmo despierta a una vida renovada y más fuerte. He aquí que su entusiasmo no fue un arrebatado proyecto ni un continuo arrebato; no fue tampoco llameante en la juventud, vacilante después, en la madurez, y como una mecha humeante[77] en el ocaso de la vida. No, sino que es como si ese primer entusiasmo hubiese alboreado en la noche en que la resolución se produjo, pero aquél cobró entonces nuevo entusiasmo y la beatífica sorpresa del asombro
431 año tras año, | incluso en el ocaso de la vida. Y así también quiere la bendición nupcial, en la rigurosa disciplina de la resolución, eliminar las fantasías y las ilusiones, y proveer al amor un seguro resguardo en la inasediable fortificación del deber, y dar a quien se ha resuelto un nuevo entusiasmo y, a través del tiempo, cotidiano asombro ante su felicidad.

Pero tal vez alguien diga: es ofensivo hablarles de ese modo a los enamorados; en lugar de admirar y de encomiar, sí, en lugar de observar con respeto la rara felicidad del amor, se sospecha de la felicidad de un modo envidioso y melancólico. Ahora bien, que se muestre respeto ante una rara felicidad, por muy rara que sea, parece algo irresponsable por parte de una observación edificante, que no ha sido instruida para hallar edificación en el disenso propio de la felicidad en esta vida. ¿Y no sería esa objeción un exabrupto de la seductora elocuencia del amor, ese peligroso poder que engendra el arrebato en el oyente? Mostramos respeto por el raro don del poeta cuando éste lo usa bien; pero ese amor que entusiasma al poeta y le hace cantar, ¿se lo encuentra así todos los días en la vida y en cada pareja que es unida por el pacto conyugal? El poeta mismo dice que

es algo raro, y el feliz don del poeta es, a su vez, una rareza semejante a ese amor: el mejor deseo de una existencia más perfecta, o, mejor dicho, el más bello sueño de una concepción más imperfecta de la vida. Por eso el poeta no explica nada; busca en la nostalgia del canto esa recordada rareza, la busca encendidamente en la tensión del deseo; rasga vigorosamente las cuerdas en su honor, como si hubiese sido hallada; permanece débilmente en el susurro de la añoranza, crea lo buscado en el pensamiento con el poder de la imaginación. ¡Lo encomiamos, y un pueblo está legítimamente orgulloso cuando está orgulloso de poetas destacados! Pero el poeta no puede ayudarnos a nosotros, hombres comunes, pues no puede decir cómo deberíamos comportarnos para llegar a ser poco comunes. Ahí está la pena del poeta. Pues el poeta no es un hombre orgulloso y altanero, sino que su alma se extiende al infinito; y cuando debe decir al individuo, o acerca del individuo: «no, él no lo es, o ella no lo fue», no quiere ser ofensivo; consternado él mismo, busca el consuelo del canto. Por eso no hay que enfadarse con el poeta; él ama la existencia, y tal vez siente el mayor dolor porque ese individuo no es alguien poco común. Sin embargo, dice el poeta, nadie puede darse a sí mismo ese carácter poco común; es algo original, y eso es lo maravilloso.

Claro que si ese hombre poco común existiera y uno quisiera hablarle acerca de lo que | piensa este discurso, no lo entendería en 432
absoluto, y su respuesta no sería tampoco la objeción antes mencionada, pues ningún discurso puede perturbar a una originalidad como ésa. Pero el ilusorio eco del canto de un poeta, la frágil repetición de una obra poética, eso sí puede resultar perturbado. Aquel, en cambio, que siente para sí mismo que no es alguien poco común, ése está preocupado, y por eso no lo perturba que el discurso le traiga a colación su preocupación, sino que busca más bien edificación en la consideración religiosa. El discurso no hará más para apartar una tal objeción; pero tú, oyente mío, piensa en la bendición nupcial como tal. ¿Quién la ejecuta? ¿Es el poeta? No, es el que tiene la autoridad. Y la bendición nupcial lo coloca todo bajo el pecado[78], y el que tiene la autoridad la hace efectiva junto al individuo y coloca bajo el pecado a todo aquel que se compromete a través de ella. ¿Sería ofensivo que el discurso trajera a colación la importancia de la resolución, y el hecho de que sólo el que se resuelve puede decir en el comienzo que el amor lo supera todo? A mí me parece ofensivo que se dé por supuesto que alguien no lo haya pensado. Aun el más dichoso amor terrenal necesita el renacer de la resolución, el riguroso discurso de la ceremonia nupcial, la fortaleza de la ceremonia nupcial en el combate, la bendición que lo acompañará en el camino.

De esta manera, oyente mío, en tanto el discurso ha buscado esclarecer el sentido sagrado del matrimonio, te ha hecho evocar lo que tú mismo has pensado a menudo, pues el discurso está lejos de aportar una enseñanza. Tú estás de acuerdo con él y, sin embargo, tal vez digas: el discurso es correcto, pero se requiere mucha seriedad para que un discurso tal produzca la impresión justa, para que no engendre impaciencia o perturbe causando desaliento. Y en eso tienes seguramente toda la razón, se requiere mucha seriedad; en verdad, ser un buen lector o un buen oyente es tan importante como ser un buen orador, y eso es muy importante cuando, como en este caso, el discurso es imperfecto y carece de autoridad. ¿No era ésa tu opinión, puesto que no querías echarle la culpa al orador mediante aquella objeción, como si acaso hubieses ganado algo al acusarlo? Consideremos esto un poco más de cerca. Así como, para tomar una resolución, se requería una idea efectiva acerca de la vida, así se requería también lo que se dijo a continuación, una idea efectiva acerca de uno mismo. Tal vez hubo quien, habiendo echado a andar su pensamiento para captar diversas impresiones de la vida, no pudo recuperarse a sí mismo tras haberse brindado a ello — y ¡ay!, se perdió a sí mismo. Pero a aquel que en la bendición nupcial vincula la vida de
433 otro ser humano a la suya, | a aquel que en la bendición nupcial contrae un compromiso que ningún tiempo puede deshacer y cuyo cumplimiento se requerirá cada día, a ése se le exige una resolución y, en esa resolución, por tanto, una idea efectiva acerca de sí mismo. Y esta idea efectiva acerca de sí mismo, y esta intimidad de la idea, es la seriedad. Es cierto que, así como aquel amor cantado por los poetas es un anhelo en el alma de todo ser humano, así también hay en cada uno un anhelo, un deseo que apetece lo que cabría llamar un guía y un maestro en la vida, el varón experimentado al que uno puede confiarse, el sabio que sabe aconsejar, el noble que alienta con su propio ejemplo, el agraciado que posee el poder de la elocuencia y la energía de la persuasión, el hombre serio que asegura la apropiación. En la niñez es muy fácil, pues uno está eximido de la dificultad de la elección; aunque el padre no sea como debería ser, el respeto y la incondicional obediencia del niño ayuda a menudo a aprender el bien, incluso de un padre como ése. Pero entonces llega el tiempo de la juventud y de la libertad, el tiempo en que se busca ese guía junto a la amada. Y entonces lo importante es que la libertad y la elección no se transformen en una trampa. El guía que se busca en ese anhelo es poco frecuente. A veces no se lo encuentra en todas las generaciones; y aunque seas contemporáneo de alguien venerable como ése, a quien puedas entregarte por completo, tal vez éste no esté en el mismo sitio que tú, o tal vez haya estado allí, pero haya tenido que irse, o tal vez tú hayas tenido que irte — y entonces, sí, entonces debes conformarte con menos, es decir, debes intentar valerte por ti mismo. En la vida hay mucha confusión; las cosas más diversas se proclaman, se alaban, se respetan y se repiten; los modelos más diversos se presentan, decepcionan y vuelven a presentarse; se ofrecen las directivas más diversas, y siempre hay compañía para el viaje; consolaciones, excusas, lisonjas, advertencias, cantos de victoria y gritos de guerra se escuchan indistintamente unos junto a otros. ¡Ah!, el amor y el matrimonio son algo en lo que cada uno hace su experiencia, y respecto de lo cual, por tanto, cada uno tiene una opinión, y de verdad puede tenerla si así lo quiere seriamente. Todo hombre, incluso el célibe, ha de tener un lugar de permanencia; y, sin embargo, tal vez hay muchos matrimonios que no lo tienen, sino que la menor brisa los trastoca. A veces el joven, confundido por una experiencia fortuita, cree que lo tiene todo asegurado cuando las circunstancias externas favorecen al amor con bienestar y condiciones de vida afortunadas, y tal vez no se pone a pensar que la holgura que de ese modo se da a los estados de ánimo puede aca-
rrear dificultades. A veces se hace uno | una idea exagerada de la 434
minuciosa obra que consiste en la atención del alma enamorada, y no puede rebajarse al simple trabajo de atender las necesidades primarias; otro se entrega a veces en demasía al desborde de los sentimientos, y ello le deja un mal sabor; a veces uno de los dos cuenta con un poco de serenidad y quiere utilizarla, pero el otro la malinterpreta y cree que es frialdad e indiferencia; a veces uno de los dos quiere guardar y ahorrar, y el otro no lo comprende y cree que es falta de visión respecto de cosas más altas. A veces uno pierde el consuelo porque lo que se repite en torno a él hace que sus propias cosas lo fastidien; otro se vuelve a veces impaciente a causa de un primer golpe de suerte; a veces compara, a veces recuerda, a veces pierde — ¿y quién acabaría de mencionar estas cosas? Ningún discurso puede hacerlo, y eso, después de todo, da igual; pero ningún hombre puede hacerlo, y eso es lo terrible; hay un solo poder que lo consigue, y es la resolución cuyo cuidado llega a tiempo. ¿Dónde se aprende la seriedad? En la vida. Con toda seguridad, y el estado conyugal que es agradable a Dios es una ocasión especialmente propicia. Entonces se aprende la seriedad — si uno acoge la resolución y, en ella, una idea efectiva acerca de sí mismo. La resolución misma es la seriedad. Y que uno pueda aprender la seriedad de aquello que se llama la seriedad de la vida, presupone ya la seriedad. Pues la seriedad de la vida no es como un maestro en relación con el discípu-

lo, sino, en cierto sentido, como un poder indiferente en relación con aquel que, en tanto que discípulo, debe ser él mismo algo así como un maestro en relación consigo mismo. Si no, uno puede incluso aprender de la seriedad de la vida a ser indiferente con respecto a todo. Uno desea encontrar una guía, y en relación con ésta, sin embargo, es importante que uno mismo tenga la seriedad suficiente para ser ayudado por ella. ¿O acaso no se ha visto que, incluso cuando aquel guía extraordinario estuvo entre nosotros, uno mismo recurrió a muchas cosas para debilitar la impresión que tenía de él, como si de esa manera no se perdiera uno a sí mismo, como si la sabiduría de los años consistiera en volverse cada vez más exigente, cada vez más hábil para el rechazo, en lugar de volverse cada vez más sensato? Y ahora que no hay nadie como aquél, ¿ahora qué? Sí, el mundo no deja nunca que falten consejeros. A veces nos topamos con alguien que quiere guiar a todos los demás, y que no puede valerse por sí mismo; otras veces se proclama a alguien como un sabio, y se lo reconoce con asombro porque no puede siquiera comprender lo que comprende el hombre simple; otras veces, alguien que tiene el poder de la elocuencia causa extravío y realiza las poderosas obras de la falsedad; otras veces, lo aprendido en la niñez se ha vuelto anticuado, y hay que volver a aprenderlo. A veces alguien quiere apartar al esposo de su mujer y hacer de él alguien importante me-
435 diante la participación en grandes empresas, | y enseñarle a menospreciar la sagrada vocación del matrimonio; otras veces, alguien tienta a la esposa y le enseña a suspirar bajo el yugo del matrimonio; otras veces se quiere que marido y mujer se imaginen partícipes de hazañas que vuelven indiferente la relación conyugal; otras veces se quiere enseñar el placer a los esposos, dispensándolos de los hijos y, junto a ellos, de las penas, para que los padres puedan dedicarse a ocupaciones más elevadas. Entonces se extiende la expectativa de algo extraordinario, un nuevo orden de cosas ha de venir, y a todos, tanto a los casados como a los solteros, se nos libera como a niños de escuela hasta que el maestro, que tiene que mudarse, vuelva a sus tareas. — Pero es que ya no somos niños de escuela, y cada uno debe rendir cuentas a Dios por sí mismo, y el sagrado compromiso del matrimonio ha de tener cada día su obra y su responsabilidad. ¡Dónde encuentra uno la guía, si no trabaja con temor y temblor[79] en pos de la beatitud de su propia alma, pues es así como uno se vuelve serio! Si no, resultará que no se puede seguir a este guía, porque, pese a sus buenas intenciones, es débil; que no se puede seguir a aquel otro, porque, aunque hay fuerza y contenido en lo que dice, cabe suponer que no lo piensa; o porque el uno es demasiado viejo según

los requerimientos de la época, y el otro, demasiado joven. ¿Y cuándo acabaría el discurso que tuviera que describir la confusión de esta vida? ¿Pero tú, oyente mío, qué opinas acerca de un hombre como ése, el que tiene, sí, la aparente seriedad como para rechazarlo todo, pero de ninguna manera el poder suficiente para poseer lo más mínimo? ¿Qué opinas tú de alguien así, supuesto que fuera un esposo y que, habiéndose casado sin resolución, viviera, por tanto, despreocupado en lo que hace al sagrado compromiso, es decir, sin preocuparse seriamente por él? ¿Acaso el divorcio no habría marcado también ese matrimonio, en el cual los esposos se pertenecerían, sí, el uno al otro, pero no con seriedad?

No, la seriedad está en el hombre mismo, y sólo un bufón corre tras ella, y sólo el débil compra la absolución de la mediocridad al ir en busca de aquella como lo hace la mayoría de la gente, y sólo el temeroso se distrae de una aspiración más noble por atender al juicio de los demás. Por más que no haya ningún guía en la vida, el hombre serio, sin embargo, no anda a ciegas. Pero aunque tal vez el guía asignado al lugar en el que vives[80] sea inapropiado, si así lo quieres, oyente mío, sé tú mismo el buen oyente que de todos modos saca provecho de su mediocre discurso. Y si el que aquí habla es acaso demasiado joven, o si acaso se expresa con poca claridad,
o si su discurso es poco claro, entonces, | oyente mío, deja de lado 436
el discurso; o, si así lo quieres, haz tú mismo lo que es grande, sé el buen lector que incluso saca provecho del discurso desafortunado. En verdad, así como ha de haber un poder del discurso que es casi capaz de hacer milagros, así también hay un poder del oyente que, si quiere, es capaz de hacer milagros. Un oyente tal es el hombre serio; éste dice: «quiero ser edificado», y he aquí que resulta edificado. Pero la seriedad está en la resolución. Si hay alguien que le teme, ¿qué tiene de sorprendente entonces que busque consuelo en el hecho de que otros sean presa de la misma dificultad y que ande espiando a derecha y a izquierda? Si hay alguien que cree que una resolución es un asunto delicado, y que el que se resuelve va a parar a un terreno inseguro, ¿qué tiene de sorprendente entonces que deba tener siempre muchos a su alrededor para tener el coraje de vivir? Pero tú, oyente mío, tú sí crees que la resolución es la beatitud más alta, que, aunque la más rica fortuna del amor pudiera serte asegurada para toda la vida de alguna otra manera, aun así elegirías la vida de la resolución y la convivencia del matrimonio en el peligro. Pues la resolución hace actos milagrosos en las bodas, como aquel de la boda de Caná: sirve primero el vino malo, y guarda el mejor para el final[81]; y el amor es el mejor adorno de la amada, pero la resolución es una fuerza en

el corazón del imperfecto. Así, la resolución del matrimonio es que el amor lo supera todo. Sí, lo supera todo; pero, en verdad, perece en la adversidad si ninguna resolución lo retiene; perece en la prosperidad si ninguna resolución lo retiene; degenera en lo cotidiano si ninguna resolución lo arbitra; una imaginaria dignidad lo sofoca si ninguna resolución lo humilla. El amor permanece, pero la resolución es su lugar de permanencia, en el que aquél tiene su asiento; el amor es lo refrescantemente fugaz, pero la resolución es el recipiente en que se lo conserva. El amor permanece, orienta a lo largo de la vida cuando la resolución lo acompaña, pero causa extravío cuando la resolución no orienta; da sentido a la vida cuando la resolución lo interpreta día a día; se extiende a la vida entera cuando la resolución lo retiene; capta lo eterno, si una resolución le ha preparado un sitio allí; lo supera todo cuando la resolución lo acompaña en el día de la batalla — y el último honor es el único honor.

¿Acaso este discurso es envidioso? ¿Es envidia decirle al hombre feliz: sé dónde has de guardar tu felicidad para mantenerla segura? Una nostalgia un poco aduladora, que sería precisamente envidia, podría tal vez excitar el sentido de alguien feliz. ¿Acaso este discurso
437 es ofensivo? ¿Es ofensivo | decirle a alguien: estoy convencido de que tú mismo sabes y has pensado en esto, por lo cual no haré más que recordártelo? ¿Acaso es impertinente el orador que se mantiene alejado y habla a media voz consigo mismo?

Así, pues, para la resolución del matrimonio se requiere una idea efectiva acerca de la vida y acerca de uno mismo. Pero allí está contenido ya el otro gran requerimiento, el cual es como el primero: *una idea efectiva acerca de Dios*. Una cosa se corresponde totalmente con la otra; pues nadie puede tener una idea efectiva acerca de Dios sin tener una equivalente acerca de la vida y acerca de sí mismo, como tampoco una idea efectiva acerca de sí mismo sin una equivalente acerca de Dios, o una idea efectiva acerca de la vida sin una equivalente acerca de sí mismo. Una imaginación poéticamente creadora, o una idea distante en el indiferente pensamiento, no es en modo alguno una idea efectiva. La idea acerca de Dios no viene tampoco como un agregado accidental respecto de aquella idea acerca de la vida y de uno mismo; por el contrario, viene a coronarlo y penetrarlo todo, y estaba presente antes de hacerse evidente.

Los amantes son, pues, felices, y el día de la felicidad es aquel en el que más cerca se está de Dios. Pero se requiere una idea efectiva acerca de Dios, se requiere que haya un entendimiento entre Dios y el que es feliz, y, así, se requiere que haya un lenguaje en el que se hablan el uno al otro. Ese lenguaje es la resolución, el único lenguaje

en el que Dios admite tratar con un ser humano. Pues, por más que el hombre feliz exprese con mucho fervor su agradecimiento por la felicidad (¡y cómo no habría de sentir alguien feliz esa necesidad de agradecer!), y por más que mencione el nombre de Dios, ello no implica que hable con Dios, que tenga una idea efectiva acerca de él, que se haga comprender ante él y saque provecho de esa comprensión. Pues el agradecimiento por la felicidad, aunque sea muy infrecuente, aunque la expresión sea muy emotiva, aunque el alma esté muy encendida, no es lo que Dios quiere comprender — sino sólo la resolución que asume la felicidad. Y aunque el nombre de Dios se mencione al principio y al final, no por eso habla uno con Dios, si la idea en la que el adorador presenta su gratitud no es acerca de Dios sino acerca de la felicidad, del destino, de las grandes ganancias y de cosas semejantes, o acerca de un poder misterioso cuya intervención se admira — y se venera. La resolución no hará ingrato al que es feliz; por el contrario, lo hará digno, y sólo la resolución es la seriedad
de la gratitud. Por eso la gratitud de la resolución es | consciente de 438
que esa felicidad es una tarea, y de que quien agradece se encuentra, entonces, al comienzo. Por eso la gratitud de la resolución es serena; comprende que, en la felicidad, Dios le ha hablado a aquel que se ha resuelto, pero también que ése es el comienzo del diálogo. ¿Es esto menospreciar la felicidad? ¿No es acaso dignificar a Dios? Si alguien hablara con un sabio y, ante la primera palabra del sabio que arrojara sobre su alma la luz de la verdad, se apresurara a interrumpirlo con su agradecimiento, porque ya no necesitaría más ayuda, ¿qué mostraría, entonces, sino que ése con el que hablaba no era un sabio, sino un sabio que él mismo transformaba en un necio? Ahora bien, un sabio es un ser humano y, como tal, es también algo exterior; en este sentido alguien puede, por más que aquél hablara neciamente, afirmar en verdad que ha hablado con un sabio; pero Dios está solamente en lo interior. Si alguien, por tanto, habla con él como aquel hombre lo hacía con el sabio, entonces no habla propiamente con él. Así como hay un amor inmaduro que dice: «el que ama realmente lo supera todo», sin tener, no obstante, una idea efectiva acerca del combate; así como hay un entusiasmo inmaduro que dice eso mismo con igual arrebato: así hay también una gratitud inmadura que quiere, sí, dar las gracias a Dios, pero que sólo se engaña a sí misma al pensar que da las gracias a Dios, y que defrauda a Dios con el agradecimiento. La gratitud de la resolución es seria, y por eso es agradable a Dios; su gratitud es también el buen comienzo con el cual se ha ganado ya la mitad[82], y, mediante Dios, la resolución ha de superarlo todo. No da las gracias de una vez por todas, ni lo hace tampoco con terrenal y engañosa

suspicacia o sinrazón; no, sino que la resolución es el comienzo, y la gratitud de la resolución es el comienzo de la gratitud, el comienzo de la solemnidad que mantendrá alejados muchos peligros innecesarios, que dará fortaleza ante el peligro real, que dejará escuchar cantos de alabanza en el día de la victoria; es el comienzo de la actitud vigilante que hallará despiertos a los esposos en el ocaso de la vida, expectantes desde el momento de la boda, como lo estuvieron hasta el momento de la boda las novias sensatas[83]; la actitud vigilante que hará que el último agradecimiento sea el más bello, que hará que la última réplica al habla de Dios, cuyo comienzo fue aquella felicidad, sea el agradable y verdadero agradecimiento.

Si alguien opinara que esto es perturbador; si, sin querer verdaderamente comprenderse a sí mismo, alguien se atreviera, en su confusión, a menospreciar a Dios; si opinara que la felicidad perdería algo al volverse seria, que la felicidad se empobrecería al ser el comienzo
439 de la felicidad: ¿sería, entonces, más bello, sería | más sabio, pasaría uno mejor su prueba en la vida si se comenzara sin una resolución? ¿Sería más bello que la felicidad, por así decirlo, separara prontamente a los dos que se han unido: sería más bello que un vanidoso corazón de mujer escuchara con complacencia las alabanzas del adorador; que él creyera debérselo todo a ella; que él, confundido, quisiera sin embargo dar las gracias por su felicidad y no conociera a ningún otro a quien agradecerle? ¿O que la orgullosa cabeza inclinara complacientemente su oído ante la adoración de la más débil; que ella, gozosa en su felicidad, humillada en el agradecimiento, no supiera a quién habría de dirigirse si no es a él, a quien le debería todo y también su felicidad — él, que la engañó con respecto a lo que es mejor? ¿Sería más bello, sería más sabio? ¿Pasaría mejor su prueba — incluso cuando fuera preciso dejar de lado el yugo y el combate comenzara? ¿O cuando esto no ocurriera y él, en su miseria, nunca llegara a ser un hombre, y la vida, desprovista de varonil coraje, siguiera las riendas de la mujer? ¿O cuando ella, lastimosamente fiel, llevara una vida de esclava más que de esposa y, desprovista de franqueza, amara a su amo, y ese amo fuera su esposo? ¿O acaso la idolatría es más bella en su principio, más sabia en su fundamento, más veraz en el transcurso de la vida que el culto racional[84] a Dios?

Si alguien opinara que la idea acerca de Dios propia de la resolución es un escollo del que la felicidad preferiría librarse: ¿sería, entonces, más bello, sería más sabio, pasaría uno mejor su prueba en la vida si ambos, irresueltos, atravesaran sin detenerse el brevísimo instante en el sueño de un idilio compartido; si, el día de la boda, danzaran hasta que ya no hubiera integridad y salud en el amor?

¿Sería más bello, sería más sabio, se afrontaría la vida de mejor manera — incluso cuando, fatigados ya al comienzo del camino, vieran que las bromas se han terminado, y vieran que lo que queda no es la seriedad, sino la abominación y el tedio y un molesto despertar a una larga vida tras un confuso sueño de juventud? ¿Acaso el breve placer de una pareja de idólatras habría de ser realmente más bello y más sabio y más veraz en esta vida que el humilde comienzo del verdadero matrimonio?

¿Habrá quien opine que la resolución puede llegar más adelante, cuando realmente se la necesita? ¿Que no se la necesita, entonces, el día de la ceremonia nupcial, cuando se contrae el eterno compromiso, sino más adelante? ¿Se supondría que no es cuestión de querer abandonarse el uno al otro, sino de gozar de la primera alegría de la unión — y, unidos así, de apoyarse en la decisión? Cuando llegan las fatigas y las tribulaciones, cuando la indigencia, sea ésta terrenal o la del alma, está a la puerta, ¿es entonces cuando el tiempo ha llegado?
| Sí, seguramente, entonces ha llegado el tiempo — para que aquel 440
que se ha resuelto se concentre en su resolución, pero no precisamente para tomar una resolución. Es verdad que la indigencia y el infortunio pueden ayudar a un hombre a buscar a Dios en la resolución; pero la cuestión es saber, entonces, si la idea es siempre la correcta, si es gozosa, si no encierra una cierta congoja, el secreto deseo de que no se la necesite, si no es despechada, envidiosa y melancólica, y, por tanto, no una ennoblecida réplica a los infortunios de la vida. En el Estado hay un monte de piedad al que acuden los necesitados. El pobre recibe ayuda, pero ¿tiene el pobre una idea gozosa acerca del monte de piedad? Y así puede que haya también matrimonios que sólo en el infortunio buscaron a Dios, ¡ay! buscándolo como un monte de piedad; y todo aquel que lo busque sólo entonces, sin embargo, corre ese riesgo. ¿Acaso una resolución tardía como ésa, que, aunque digna, no sin avergonzarse y no sin gran peligro se comprara en el último instante, acaso sería más bella y más sabia que la primera resolución del matrimonio?

Pero tal vez no hay ninguna indigencia ni infortunio en la vida, y entonces no se necesita la resolución. Lejos está de este discurso el querer atemorizar a hombres pueriles, y más lejos aún el ensalzar la resolución como un medio que ha de servir a algo inferior. Tú, por tanto, hombre pueril que no quieres conocer los riesgos del espíritu, pues todo ocurre con felicidad: mira, aquí hay un matrimonio mimado por la vida y al que la suerte sonríe continuamente — ¿y entonces qué? Ese pueril matrimonio, sin embargo, ha perdido lo mejor, pues la resolución misma es lo grandioso. No es una lastimosa invención contra

lo lastimoso de la vida, sino un manto de bienaventuranza, y aquel que se ha resuelto se ha adornado con él para llevarlo con dignidad en los días buenos, y aquel que se ha resuelto se ha armado fuertemente con él para vencer en el mal día, y, sin embargo, la vestidura es la misma.

¡Ah!, la vida del matrimonio y la condición del matrimonio varía mucho en este mundo, pero hay una sola resolución que es común a todos, o que puede serlo: que el amor lo supera todo. Esta resolución es el comienzo, y este comienzo contiene una idea efectiva acerca de la vida y acerca de uno mismo y, por consiguiente, acerca de Dios — de esta manera, el fin llega a ser como el comienzo: que el amor lo ha superado todo. Pero imagina, oyente mío, estos dos matrimonios.
441 El uno debe atravesar a duras penas | muchos infortunios; el otro es como llevado en las manos por la felicidad a través de la vida; ahora han llegado los dos al límite de la vida, y el amor lo ha superado todo. Acerca del primero ha de decirse que los esposos aprendieron mucho en la rigurosa escuela de la vida; pero si ha de decirse también que la seriedad a la que llegaron en el ocaso de la vida no fue esencialmente distinta de la seriedad que ganaron al comienzo en la rigurosa disciplina de la resolución, ¿no sería eso lo más bello? Y si acerca de la otra pareja ha de decirse que los esposos, en el ocaso de la vida, no fueron serios de otra manera, sino que también a través de su larga vida habían sido esencialmente igual de serios, tal como la resolución los había hecho madurar en seriedad aquella vez, en el día de la alegría: ¿no sería eso lo más bello? Pues la juvenil seriedad de la resolución no está hecha de fragmentos, sino que está hecha, Dios mediante, de la idea acerca de la vida y acerca de uno mismo y acerca de Dios, y es, por tanto, una eterna salubridad, y tal vez nunca después se la vuelva a obtener de esa manera.

| JUNTO A UNA TUMBA[85] 442

¡Todo terminó! — Y ahora, cuando aquel que fue el primero en venir hacia la tumba, porque es el más allegado, es el último que tras el breve instante del discurso[86] sigue estando junto a la tumba, ¡ay!, porque es el más allegado: todo terminó. Aunque quisiera quedarse allí, no percibe lo que hace el muerto, pues el muerto es un hombre silencioso; aunque en su inquietud quisiera llamarlo por su nombre, aunque en su pena quisiera quedarse escuchando, no percibe nada, pues en la tumba hay silencio, y el muerto es un hombre callado; y aunque, lleno de recuerdos, fuera cada día a su tumba, el muerto no lo recuerda —.

Pues en la tumba no hay recuerdo alguno, ni siquiera el de Dios[87]. Claro que eso lo sabía este hombre de quien debe decirse que ya no recuerda nada, a quien ahora sería demasiado tarde decírselo. Pero así como lo sabía, así también obró en conformidad con ello, y por eso *recordó a Dios* mientras vivía. Su vida pasó honestamente inadvertida, no hubo muchos que supieran de su existencia, sólo algunos entre los pocos lo conocieron. Era ciudadano de esta localidad; laborioso en su modesto oficio, no molestó a nadie faltando a los deberes de la sociedad, no molestó a nadie inquietándose inoportunamente por alguna cosa. Así pasaron los años, con uniformidad, pero no sin contenido; se hizo hombre, envejeció, sus días llegaron a ser muchos: el oficio fue y siguió siendo el mismo, una sola e idéntica tarea en las distintas edades. Tras de sí deja una esposa, otrora contenta de unirse a él, ahora una mujer anciana que llora al ausente, una viuda justa que, abandonada, tiene su esperanza en Dios[88]. Tras de sí deja un hijo que aprendió a amarlo y a hallar satisfacción en la condición y en el oficio del padre; | contento cuando niño en la casa del padre, 443
como jovencito nunca le pareció ésta demasiado estrecha, y ahora es

para él una casa de luto[89]. — La muerte de un hombre desapercibido como éste no se comenta mucho, y cuando alguien, poco después, pasa por la casa en la que vivía con humildad y lee su nombre en la puerta, porque su quehacer público continúa bajo su nombre, es como si no hubiera muerto. Como si durmiera suave y apaciblemente, así su muerte es en el mundo circundante una silenciosa ausencia. Buen ciudadano, honesto en sus negocios, austero en su casa, caritativo según su capacidad, compasivo en su decencia, fiel a su esposa, un padre para su hijo: he aquí que todo esto, y toda la verdad con la que esto puede decirse, no plantea la expectativa de un desenlace importante; ésta es la empresa de una vida cuyo bello desenlace fue una muerte tranquila. — Sin embargo, tuvo también otro oficio que fue desempeñado con la misma lealtad en la simplicidad del corazón[90]: recordar a Dios. Fue un hombre, un anciano, sus días llegaron a ser muchos, y entonces murió, pero el recuerdo de Dios fue el mismo, una guía en todos sus emprendimientos, un gozo tranquilo en la piadosa meditación. Y si no hubiera nadie en absoluto que lo echara de menos en la muerte, si no estuviera ahora junto a Dios, Dios lo echaría de menos en la vida, sabría su domicilio y lo buscaría allí, pues el difunto andaría en su presencia[91] y sería mejor conocido por él que por ningún otro. Recordó a Dios y fue apto para su trabajo; recordó a Dios y estuvo contento con su trabajo, contento con la vida; recordó a Dios y fue feliz en su modesto hogar junto a los suyos; a nadie perturbó con indiferencia frente a un culto público, a nadie perturbó con intempestivo celo, sino que la casa de Dios fue para él un segundo hogar — ahora se ha ido a casa.

Pero en la tumba no hay recuerdo — por eso éste se queda, permanece junto a los dos que le fueron queridos en la vida: ellos lo recordarán. Y ahora, cuando aquel que fue el primero en venir hacia la tumba, porque es el más allegado, es el último que tras el breve instante del discurso sigue estando junto a la tumba, porque es el más allegado, cuando se va de allí, lleno de recuerdos, se dirige a la casa de la apenada viuda: y el nombre en la puerta es un recuerdo. Así, durante un tiempo, vendrá de vez en cuando un cliente que por casualidad o por simpatía preguntará por el hombre; y, al oír acerca de su muerte, el cliente dirá: ¡vaya, ha muerto! Y cuando todos los antiguos clientes lo hayan hecho una vez, la vida del entorno no
444 tendrá ya | medio alguno para preservar su recuerdo. Pero la anciana viuda no necesitará de ningún recordatorio para acordarse, y al laborioso hijo no le parecerá una tardanza acordarse. Y, así, cuando nadie más pregunte por él, entonces, el nombre en la puerta, cuando la casa no sea visiblemente una casa de luto, cuando también en la casa el luto se haya

atemperado y la cotidiana carencia, junto al consuelo, haya instruido al recuerdo: entonces, el nombre en la puerta les indicará a los dos que también ellos tienen un oficio más: recordar al difunto.

Ahora el discurso ha terminado[92]. Sólo queda una acción por delante: con las tres paladas de tierra, consagrar al difunto, como todo lo que ha venido de la tierra, de vuelta a la tierra — y entonces todo ha terminado.

El discurso carente de autoridad[93] no puede hacerlo efectivo de ese modo, ningún muerto lo espera para que todo pueda terminar. Pero por eso tú, oyente mío, puedes prestar atención al discurso. Pues la muerte misma tiene ciertamente su seriedad; lo serio no está en el acontecimiento, no está en lo exterior: que una vez más haya muerto un hombre; como tapoco la diferencia de la seriedad está en que haya habido muchas carrozas; como tampoco es esa atemperada entonación que sólo quiere hablar bien de los muertos la que es seriedad, o la que en modo alguno podría satisfacer al que seriamente meditara su propia muerte. La muerte puede precisamente enseñar que la seriedad está en lo interior, en el pensamiento; enseñar que no es sino una ilusión que uno dirija frívola o melancólicamente la mirada al exterior, o que el observador, por profundizar el pensamiento de la muerte, olvide pensar y meditar su propia muerte. Si uno quiere nombrar debidamente un objeto serio, nombra la muerte, y «el serio pensamiento de la muerte»[94]; y, sin embargo, es como si en el trasfondo de la muerte hubiera una broma, y esa broma, diversificada en las diferencias de entonación y de expresión, es lo esencial en toda observación acerca de la muerte en la que el observador mismo no se queda a solas con la muerte y se piensa a sí mismo junto a la muerte. Un pagano ha dicho ya que no hay que temerle a la muerte, «pues cuando ella está, yo no estoy, y, cuando yo estoy, ella no está»[95]. Ésa es la broma mediante la cual el astuto observador se coloca a sí mismo fuera; pero aunque la observación recurriera a las imágenes del horror para retratar a la muerte, aunque eso causara espanto a una enfermiza imaginación, es sólo una broma si aquél piensa meramente la muerte y no se piensa él mismo en la muerte, si la piensa como la condición de la especie pero no como la suya.
| La broma es que ese inflexible poder no puede, por así decirlo, 445
alcanzar su presa; que hay una contradicción en el hecho de que la muerte, por así decirlo, se burle a sí misma. Pues la pena, si quieres compararla con la muerte, y si quieres llamarla un arquero, como también la muerte lo es: la pena no yerra su objetivo, pues alcanza al

viviente y, cuando lo ha alcanzado, sólo entonces comienza la pena: pero cuando la flecha de la muerte da en el blanco, entonces todo ha terminado. Y la enfermedad, si quieres compararla con la muerte, y si quieres llamarla una trampa, como también la muerte es la trampa en la que se captura la vida[96]: la enfermedad captura realmente y, cuando ha capturado al que está sano, entonces comienza la enfermedad: pero cuando la muerte cierra su trampa, no ha capturado nada, pues entonces todo ha terminado. Pero justamente en eso consiste la seriedad, y por eso justamente la seriedad de la muerte es distinta de la de la vida, que tan fácilmente deja que uno se engañe a sí mismo. Pues cuando alguien sigue su camino doblegado por la adversidad, por los sufrimientos, por la enfermedad, por la incomprensión, por condiciones de estrechez, por perspectivas miserables, su inferencia es errónea si de ello infiere simplemente que él mismo es serio; pues la seriedad no es la réplica directa, sino la ennoblecida, es decir, que también aquí es lo interior y el pensamiento y la apropiación y el ennoblecimiento lo que constituye la seriedad. O cuando uno está muy ocupado en complicados quehaceres; puede ser que uno esté al mando de muchos soldados, puede ser que escriba muchos libros, puede ser que esté en un puesto elevado, puede ser que tenga muchos hijos, o que a menudo arriesgue la vida, o que tenga el serio oficio de vestir cadáveres; su inferencia es errónea si de ello, sin más, infiere que uno es serio, pues la seriedad no está en la impresión, la seriedad es el hombre interior, no la ocupación. La muerte, en cambio, no es algo real en ese sentido, y una vez que uno ha muerto, es tarde para ponerse serio; y cuando uno ha tenido una muerte súbita, algo que una época más seria consideraba como la mayor desdicha, por lo cual se la menciona en la vieja plegaria[97], y que una época más reciente considera como la mayor fortuna, entonces no hay nada que hacer. La seriedad de la vida es seria, y, sin embargo, no hay seriedad alguna sin el ennoblecimiento de lo exterior por la consciencia, y en eso reside la posibilidad de la ilusión; en la seriedad de la muerte no hay engaño, pues lo que es serio no es la muerte, sino el pensamiento acerca de la muerte.

Por eso, oyente mío, si quieres retener ese pensamiento y que su meditación sólo te inquiete al pensar en ti mismo, entonces también en tu caso el discurso carente de autoridad ha de ser un asunto serio. Pensarse uno mismo muerto es seriedad; ser testigo de la
446 muerte de otro es un estado de ánimo. | Es un leve aire de tristeza, cuando el que pasa es un padre que por última vez lleva a su hijo, pues lo lleva a la tumba, o cuando la humilde carroza fúnebre pasa y no sabes nada acerca del muerto, salvo que era un ser humano; es

tristeza, cuando la juventud y la salud llegan a ser presa de la muerte, cuando, muchos años después, la imagen de alguien bello yace en la lápida abandonada sobre la tumba, rodeada de malezas; es seriedad en el ánimo imperante, cuando la muerte interviene en los actos de la vanidad y coge a la insensata cuando ésta viste sus más vanos adornos, y coge al insensato en su momento de mayor vanidad; es un suspiro ante la burla de la vida, cuando el muerto había hecho una segura promesa y, sin culpa alguna, resulta un impostor, pues sólo había olvidado que la muerte es lo único seguro; es añoranza de lo eterno, cuando la muerte se ha llevado y ha vuelto a llevarse y se lleva ahora al último de los hombres excelentes que conociste; es un calor febril o un frío ardor de enfermedad en el alma, cuando a alguien, por habérsele vuelto tan familiar la muerte y la pérdida de los allegados, la vida le resulta una consunción del espíritu[98]; es puro duelo cuando el muerto ha sido uno de los tuyos; es el dolor de parto de la inmortal esperanza cuando ha sido la persona amada; es la estremecedora irrupción de la seriedad, cuando ha sido tu único consejero y la soledad te sobrecoge: pero aunque haya sido tu hijo, y aunque haya sido tu amado, y aunque haya sido tu único consejero, es, con todo, un estado de ánimo; y si quisieras ir a la muerte por ellos, ése es también un estado de ánimo; y si eso te pareciera más fácil, he aquí que es también un estado de ánimo. La seriedad reside en que es la muerte lo que piensas, y que la piensas como lo que te está asignado, y que de esa manera haces aquello de lo que la muerte no es capaz, estar ahí cuando la muerte también está ahí. Pues la muerte es el maestro de la seriedad, pero su seria enseñanza, a su vez, se reconoce justamente porque deja que el individuo la solicite, para entonces enseñarle la seriedad, tal como ésta sólo puede aprenderse del hombre mismo. La muerte cuida de su oficio en la vida, no va de un lugar a otro como en la imaginación del temeroso, afilando su guadaña y amedrentando a mujeres y niños, como si eso fuera la seriedad. No, sino que dice: aquí estoy, y si alguien quiere aprender de mí, que venga. Sólo de ese modo se ocupa uno de la muerte en la seriedad; de no ser así, sólo se está en el estado de ánimo gracias a la ingeniosidad y a la profundidad del pensamiento, o en el chiste de una vívida ocurrencia, o doblegado por una profunda pena que en su más sufriente expresión, sin embargo, no es seriedad, pues la seriedad enseñaría justamente a moderarse con la pena y la queja[99].

Un poeta ha relatado la historia de un joven que en nochevieja
| soñó que era un anciano, y que como anciano, en el sueño, miraba 447
hacia atrás, hacia una vida desperdiciada, hasta que la mañana de año nuevo despertó angustiado, no sólo a un nuevo año sino también

a una nueva vida[100]: pensar de ese mismo modo la muerte estando despierto, pensar lo que es más decisivo que la edad del anciano y que, sin embargo tiene también su tiempo; pensar que se ha acabado, que todo se ha perdido en la vida, para entonces ganarlo todo en vida — eso es seriedad. Hubo un emperador que se hizo enterrar en la observación de todas las costumbres exteriores[101]. Tal vez su empresa no haya sido más que un estado de ánimo, pero ser testigo de su propia muerte, testigo del cierre del ataúd, testigo de que todo lo que mundana y terrenalmente llena los sentidos cesa con la muerte: eso es seriedad. Morir es ciertamente la suerte de todo ser humano y, por tanto, un arte muy modesto; pero poder morir bien es la más alta sabiduría de la vida. ¿Cuál es la diferencia? Que, en el primer caso, se trata de la seriedad de la muerte; en el segundo, de la del mortal. Y el discurso que hace la diferencia no puede seguramente dirigirse al muerto, sino al viviente.

Así, el discurso tratará acerca de:

La decisión de la muerte

Y en esto estamos de acuerdo, oyente mío, que un discurso piadoso no debería jamás buscar el disenso o estar en desacuerdo, salvo con lo que es impío. Así, cuando el pobre, el sirviente que debe utilizar con austeridad las pocas horas del infrecuente día de descanso, se dirige a una tumba para recordar a un difunto y para pensar también su propia muerte; cuando, debiendo conformarse con esa modesta oportunidad, le resulta además algo placentero ir hacia allí, y el estar allí le resulta además una gozosa y benéfica distracción con respecto a los muchos días de trabajo, y allí pasa su tiempo evocando a veces al difunto, pensando otras veces en sí mismo con seriedad, regocijándose otras veces en la libertad y en el entorno, como si uno buscara reconfortarse en un bello paraje, como si sólo fuera un paseo de placer y uno hubiera llevado consigo una merienda para que la alegría fuera completa: entonces seguramente estamos de acuerdo en que alguien así, en su noble simplicidad, reúne los contrarios (algo que, según la palabra de los sabios, es la suma dificultad[102]), que su recuerdo es apreciado por el difunto y acogido con gozo en el cielo, y que su seriedad es tan preciada, tan agradable a Dios, tan provechosa para él como la de aquel que con infrecuente aptitud pasara día y noche ejercitando en su vida el serio pensamiento de la muerte,
448 | deteniéndose una y otra vez para desistir del acto vano, instándose una y otra vez a emprender presuroso el camino del bien, renunciando al hábito de la charla y del arduo trajín de la vida para aprender la sabiduría en el silencio, aprendiendo asimismo a no horrorizarse ante los espectros y las invenciones humanas, pero sí ante la responsabilidad de la muerte, así como a no temer a aquellos que matan el cuerpo[103], pero sí a temer por sí mismo y por no vivir en la vanidad, en el instante, en la fantasía. Lo elogiaríamos por utilizar de manera grandiosa la oportunidad que se le concede; pero si, en cambio, se tomara un descanso en el grandioso trabajo del día para entretenerse con el pensamiento de ser mejor que el hombre simple, el cual no tendría ni ese tiempo ni esa aptitud; de ser más agradable a Dios, como si Dios cometiera la pura injusticia de negarle a uno el tiempo y la aptitud y, por tanto, el don de la felicidad, y luego, actuando cruelmente como suelen hacerlo los hombres desalmados, hiciera de la falta un crimen: ¡ah, sí que hay diferencia entre su infrecuente día de descanso y el del hombre simple, cuando aquél lo desperdicia todo y el simple lo gana todo! No, sino que toda comparación es una broma, y una comparación vanidosa es una broma lamentable. Por más que el más aventajado tuviese tiempo suficiente, la seriedad y la muerte le enseñarían que no tiene tiempo que perder, y menos aún tiempo para desperdiciarlo todo. Si alguien, en cambio, despachara también el pensamiento de la muerte tan rápidamente como todos los otros pensamientos, y en su altivez se preocupara tal vez porque, en esta pobre y monótona vida, un pensador tan veloz no halla suficientes cosas en las cuales pensar, entonces estamos de acuerdo, oyente mío, que esto es lo propio de todo lo que llega a ser objeto de una meditación devocional: que el hombre simple accede rápidamente a una provechosa comprensión, y que el más dotado aplica con alegría una vida entera, si bien admite que no lo ha comprendido totalmente ni ha ejercitado perfectamente ese pensamiento en su vida. Pues el que está sin Dios en el mundo[104] se cansa enseguida de sí mismo, y esto lo expresa de una manera distinguida cansándose de la vida entera; pero el que está en compañía de Dios vive junto a aquel cuya presencia da aun a lo más insignificante un significado infinito.

Ahora bien, acerca de la decisión de la muerte debe decirse primeramente que es *decisiva*. La repetición de la palabra es ilustrativa, y la repetición misma viene a recordar cuán corta en palabras es la muerte. Hay muchas otras decisiones en la vida, pero una sola es tan decisiva como la muerte. Pues todas las potencias de la vida no logran resistir al tiempo que las arrastra consigo, incluso | el recuerdo está en el 449
presente. Y el viviente no tiene en su poder detener el tiempo, hallar la calma fuera del tiempo en la plena culminación; en la culminación de la alegría, como si no hubiera un mañana; en la de la pena, como

si ésta no pudiera resultar un poco más amarga; en la de la meditación, como si el sentido hubiera sido plenamente expuesto y la meditación no fuera, a su vez, parte del sentido; en la de la rendición de cuentas, como si el instante de la rendición de cuentas no reclamara también su responsabilidad. La muerte, en cambio, tiene ese poder; no chapucea con ello como si faltara todavía algo, no va en busca de la decisión como lo hace el viviente, sino que la hace efectiva. Cuando llega, se dice: hasta aquí, ni un paso más; entonces se acabó, no se agrega ni una letra; entonces el sentido ha sido expuesto, no ha de oírse un ruido más — entonces todo terminó. Si es imposible hacer coincidir en uno solo todos los enunciados de los incontables vivientes acerca de la vida, todos los muertos coinciden en un enunciado, en uno solo dirigido al viviente: quédate quieto. Si es imposible hacer coincidir en uno solo todos los enunciados de los incontables vivientes acerca de los empeños de su vida, todos los muertos coinciden en uno, en uno solo: ahora todo terminó.

Ya ves lo que puede la muerte. No es tampoco un jovencito inexperto que no ha aprendido a utilizar la guadaña si alguien lo tomara desprevenido. Ten la idea que quieras, ficticia o verdadera, acerca de tu vida, acerca de su importancia para los demás, acerca de la importancia que tiene para ti: la muerte no tiene ninguna idea y no tiene en cuenta las ideas. Pero si hay alguien que está cansado de la repetición, ha de ser seguramente la muerte, que lo ha visto todo, una y otra vez lo mismo. Aun la muerte que no se ha visto en siglos, ella la ha visto muchas veces; en cambio, ningún moribundo ha visto que la muerte cambie de color, ni que su semblante se conmueva, ni que la guadaña vacile en su mano, ni el barrunto de una alteración de la mirada en su tranquilo rostro. Y la muerte no ha llegado a ser tampoco un hombre anciano que, debilitado por la edad, tantee de manera imprecisa, que no sepa con exactitud qué hora es, o que se haya vuelto compasivo por la debilidad. Pero si alguien puede jactarse de no haber cambiado, es seguramente la muerte: no empalidece ni envejece.

Claro que el discurso no elogiará a la muerte, ni dará tampoco un quehacer a la imaginación. Que la muerte puede acabar con todo, eso es seguro; pero la recomendación que la seriedad hace al viviente es que éste lo piense, que piense que todo termina, que llega el tiempo en que todo termina. Ya ves que esto es difícil; pues, aun en el instante de la muerte, al moribundo le parece que tiene todavía algún tiempo
450 para vivir, y uno teme incluso decirle que todo | ha terminado. ¿Y qué hay del viviente, mientras éste vive tal vez en la salud, en la juventud, en la dicha, en el poder — confiado, por tanto, muy confiado, si no quiere encerrarse con el pensamiento de la muerte que viene a expli-

carle que esa confianza es un fraude? Hay un consuelo en la vida, un falso adulador; hay un reaseguro en la vida, un hipócrita impostor, se llama: aplazamiento. Pero raramente se lo menciona por su nombre, pues aun cuando uno quiere mencionarlo se desliza en la palabra y el nombre resulta un poco atenuado, y el atenuado nombre es también un aplazamiento. Por el contrario, no hay nadie que pueda enseñar a detestar al adulador y a poner al descubierto al impostor como el serio pensamiento de la muerte. Pues la muerte y el aplazamiento no coinciden, son enemigos mortales, pero el hombre serio sabe que la muerte es la más fuerte.

Así, pues, todo terminó. Aunque fuera un niño que aspiraba a una vida entera, aunque llorara por él mismo — ahora todo terminó, no se concede ni un instante. Aunque fuera un joven lleno de hermosas expectativas, aunque rogara tan sólo por una de ellas — ahora todo terminó, no se le paga ni una blanca por su crédito en la vida. Aunque faltara un poco en la prestigiosa obra de un hombre, y aunque esa obra fuera una de las maravillas del mundo, y aunque la humanidad pudiera malinterpretarla por quedar inconclusa — ahora todo terminó, el trabajo no se completó. Aunque fuera una sola palabra que tuviera para él la importancia de una vida, aunque diera toda una vida por poder pronunciarla — ahora todo terminó, la palabra no fue pronunciada.

Con la decisión de la muerte, por tanto, todo termina, hay reposo; nada, nada perturba al muerto; aunque esa pequeña palabra, aunque ese instante echado de menos cause intranquilidad en el combate de la muerte, ahora el muerto no se perturba; aunque la omisión de esa pequeña palabra perturbe la vida de muchos vivientes, aunque esa enigmática obra ocupe una y otra vez al estudioso: el muerto no se perturba. Así, la decisión de la muerte es como una noche, es la noche que llega, y entonces ya no se trabaja[105]; y por eso se ha dicho también que la muerte es una noche, y se ha mitigado la idea diciendo que es un sueño[106]. ¡Y ha de ser tranquilizador para el viviente cuando éste, insomne, busca en vano el reposo en el lecho nocturno; cuando, huyendo de sí mismo, busca en vano un escondite en el que la conciencia no lo descubra; cuando el atormentado, cansado en cuerpo y alma por el arduo sufrimiento, busca en vano una posición en la que haya alivio, sin poder quedarse quieto por la agitación del dolor, ni andar a causa de su agotamiento, hasta que se derrumba y, entonces, en un nuevo esfuerzo, | busca en vano la 451
posición de reposo, busca en vano la frescura en medio de esa fiebre: ha de ser tranquilizador pensar que, con todo, hay una posición en la que el azotado encuentra reposo, la de la muerte; un lecho en el

que reposa silencioso, el de la muerte; un adormecerse que no falla, el de la muerte; un lugar fresco, la tumba; un escondite al que la conciencia no accede, la tumba, en la que el recuerdo mismo permanece afuera como una brisa entre los árboles; una manta que ese hombre quieto no deja caer y bajo la cual duerme plácidamente, la de la hierba! ¡Ha de ser tranquilizador, cuando ya en la juventud ha llegado el cansancio y la tristeza quiere recostar al niño, pensar que uno yace tibia y cómodamente en el regazo de la tierra; ha de ser tranquilizador meditar en ese consuelo y pensarlo de manera tal que ella, la eterna, acaba siendo la desdichada a la que, cual nodriza, no le está permitido dormir mientras todos los demás dormimos!

Pero ése, oyente mío, es un estado de ánimo, y pensar la muerte de esa manera no es seriedad. Anhelar la muerte de esa manera es una melancólica evasión de la vida, y es rebeldía no querer temerle; es un fraude de la tristeza no querer comprender que hay otra cosa que temer que la vida, y que por eso debe haber una consoladora sabiduría distinta de la del sueño de la muerte. A decir verdad, si es debilidad temerle a la muerte: entonces es un fingido coraje el que imagina no temerle a la muerte cuando el mismo ser humano le teme a la vida; es la indolencia de una mujer que quiere irse a la cama, ese afeminado querer dormirse en el consuelo, ese afeminado querer dormirse para evitar el sufrimiento.

Está bien, la muerte es un sueño, y así, cuando alguien reposa en la muerte, diremos que duerme, diremos que una noche tranquila le brinda su sombra y que nada perturba su paz. Pero ¿no hay ninguna diferencia entre la vida y la muerte? Y el viviente que medita su propia muerte lo considera de otro modo. Supón que fueses tú, que tú fueses el viviente que lo ve así. ¡Ya ves que el que duerme en la muerte no se sonroja como el niño dormido; no reúne nuevas fuerzas, como el hombre que cobra vigor; el sueño no lo visita amigablemente como visita al anciano dormido! Cuando en la vida ves un caso que se parece al de la muerte, ¿qué haces? Le gritas al que se ha desvanecido, porque te asusta esa situación, es decir, que la situación de la muerte sea la de un viviente; ¿es consolador, entonces, que por ese motivo no le grites al muerto, porque no serviría de nada? Pero tú no estás muerto, y si la melancolía quiere fortalecerte en la catalepsia, si la
452 tristeza deja que te | desvanezcas en un cansancio de muerte que halla su único consuelo en el sueño de la muerte: ¡entonces, grita, llámate a ti mismo, haz por ti mismo lo que harías por cualquier otro, y no busques un engañoso consuelo en el deseo de que todo se acabe! ¡Cualquiera sea la idea que tienes, imaginaria o verdadera, acerca de la extrañeza de tu sufrimiento: si hay alguien cansado de la

repetición del lamento, ha de ser seguramente la muerte; incluso el desdichado cuyo sufrimiento no se ha oído por siglos, la muerte ha oído muchas veces incluso su lamento; pero nadie, nadie ha sugerido que eso haya movido a la muerte a llegar más rápido! Y si tu grito pudiera conmoverla — ¿piensas realmente que es así, o no es más bien la contradicción, el hecho de que aquélla no llega porque llamas, la que fortalece la autoestima del desafío, que es la contradicción la que ayuda al temeroso a jugar el juego del coraje con aquélla, la terrible? — si tu grito, entonces, y tu anhelo la conmovieran, ¿acaso no te engañarías a ti mismo, por más que olvidáramos por un instante la responsabilidad que sigue estando presente? ¿Qué fue lo que trajo alivio? ¿Fue acaso el hecho de que todo terminara, y no la idea al respecto, como lo que ésta sigue siendo al estar en poder de la melancolía, de la tristeza y, por tanto, del viviente — una distracción, un juguete? Ya ves que el que duerme en la muerte no se mueve, y por más que la mortaja no le ajuste — aun así no se mueve; vuelve al polvo. Y el pensamiento de que todo ha terminado, que, en la imaginaria anticipación de la idea, traería el melancólico confortamiento de una desafiante impotencia o el alivio adulador de la tristeza, no está junto a él. No encuentra, por tanto, ningún gozo en que todo haya terminado: ¿por qué lo deseaba tanto? ¡Qué contradicción! Di, pues, que es muy consolador pudrirse en la tierra. Pero si sabes otra cosa acerca de la muerte, entonces sabes también temerle a otra cosa que a la vida.

La seriedad comprende lo mismo acerca de la muerte, pero lo comprende de otro modo. Comprende que todo termina. Menos se ocupa de saber si esto, atemperado en el estado de ánimo, puede expresarse diciendo que la muerte es una noche, un sueño. La seriedad no pierde mucho tiempo adivinando enigmas, no se queda absorta en la meditación, no parafrasea las expresiones, no le preocupa la ingeniosidad del lenguaje figurado, no discursea, sino que actúa. Si es cierto que la muerte existe, como es el caso; si es cierto que todo termina con su decisión; si es cierto que la muerte nunca consiente en dar una explicación: pues, bien, entonces se trata de comprenderse a sí mismo, y la comprensión de la seriedad es que, si la muerte es
la noche, entonces la vida es el día, y si no se puede | trabajar de 453
noche, entonces se puede trabajar de día; y el breve pero impulsor llamamiento de la seriedad, como el breve llamamiento de la muerte, es: hoy mismo. Pues, en la seriedad, la muerte da una fuerza vital que ninguna otra cosa da, nos hace vigilantes como ninguna otra cosa. Al hombre de los sentidos, la muerte lo induce a decir: comamos y bebamos, que mañana moriremos[107]; pero ése es el cobarde apetito vital de la sensibilidad, ése el despreciable orden de cosas en el que

se vive para comer y beber, y no se come y se bebe para vivir. Al hombre profundo, la idea de la muerte lo induce tal vez a la impotencia, de modo que sucumbe perezosamente al estado de ánimo; pero, al hombre serio, el pensamiento de la muerte le da el correcto ímpetu en la vida y la meta correcta a la que dirige su marcha. Y ningún arco puede tensarse de tal manera y es capaz de dar a la flecha un ímpetu tal como el que el pensamiento de la muerte es capaz de proporcionar al viviente cuando la seriedad lo tensa. Entonces la seriedad se aferra hoy mismo al presente, no desprecia ninguna tarea por ser demasiado humilde, no descarta ningún tiempo por ser demasiado breve, trabaja según el máximo de sus capacidades, aunque está dispuesta a reírse de sí misma si ese esfuerzo ha de ser digno ante Dios, y dispuesta a comprender, en la impotencia, que un ser humano no es nada en absoluto, y que aquel que trabaja según el máximo de sus capacidades sólo obtiene la debida oportunidad de asombrarse ante Dios. El tiempo, sin embargo, es asimismo un bien. Si un hombre lograra provocar la escasez en el mundo externo, eso le costaría mucho trabajo; pues es cierto lo que dice el comerciante, que la mercancía tiene su precio, pero el precio depende igualmente de los tiempos favorables — y, cuando hay escasez, el comerciante gana. Puede que a veces un hombre no sea capaz de eso en el mundo externo, pero, en el mundo del espíritu, cualquiera es capaz. Pues la muerte misma provoca una escasez de tiempo en lo que respecta al moribundo; ¿quién no ha oído que un día y a veces una hora aumentaba de precio mientras el moribundo regateaba con la muerte? ¿Quién no ha oído que un día y a veces una hora cobraba un valor infinito porque la muerte encarecía el tiempo? De eso es capaz la muerte, pero el hombre serio es capaz de traer la escasez mediante el pensamiento de la muerte, de manera que el año y el día cobran un valor infinito — y cuando es tiempo de escasez, el comerciante gana al utilizar el tiempo. Pero cuando el orden público está convulsionado, el comerciante no sigue acaparando de modo indiferente, sino que vela por su tesoro, no sea que la mano del ladrón irrumpa y se lo quite: ¡ay!, la muerte es también como un ladrón en la noche[108].

¿No es cierto, oyente mío, que eso lo has experimentado tú
454 mismo? Y cuando el pensamiento de la muerte | te visitó, pero te volvió inactivo; cuando se deslizó y ofuscó la fuerza vital en un idílico sueño, cuando la desazón de la muerte quiso hacer de tu vida algo vano, cuando esa seductora nostalgia se enroscó en torno a ti, cuando la idea de que todo había terminado quiso adormecerte en el sueño de la melancolía, cuando te sumiste en la labor de la distracción mediante la alegoría de la muerte: entonces no le echaste la culpa

a la muerte, pues todo eso no era la muerte. Sino que te dijiste a ti mismo: mi alma está en el estado de ánimo y, si sigue así, hay allí un enemigo que puede aventajarme. Entonces no huiste de la muerte, como si ésa fuera la curación. De ninguna manera. Dijiste: invocaré el serio pensamiento de la muerte. Y éste te ayudó. Pues la seriedad de la muerte ha ayudado a hacer que una última hora resulte infinitamente significativa, su serio pensamiento ha ayudado a hacer que una larga vida sea significativa como un tiempo de escasez, de manera vigilante, como si la buscara la mano de un ladrón.

Deja, entonces, que la muerte conserve su poder, «que todo termine», pero que la vida conserve también su derecho a trabajar mientras es de día; y deja que el hombre serio busque el pensamiento de la muerte para contribuir a ello. El que vacila es sólo un testigo del constante combate de fronteras entre vida y muerte, su vida es sólo la constatación que la duda hace de ese hecho, el resultado de su vida es una decepción; pero el hombre serio ha trabado amistad con los combatientes, y en el serio pensamiento de la muerte tiene su más fiel aliado. Aunque haya tal igualdad entre todos los muertos, pues entonces todo termina, hay, sin embargo, oyente mío, una diferencia, una diferencia que aquélla grita al cielo: la diferencia que consiste en cuál fue la vida que ahora, con la muerte, llega a su término. Así, pues, no se ha terminado todo, y pese a todos los horrores de la muerte, o más bien, apoyándose en el serio pensamiento de la muerte, el hombre serio dice: todo ha terminado. Pero si esa luminosa perspectiva es una tentación, si sólo intenta volver a divisarla en el crepúsculo de la meditación, si ella lo aleja de su tarea, si el tiempo no llega a ser tiempo de escasez, si la posesión le parece segura: entonces, una vez más, no es serio. Si la muerte dice: tal vez hoy mismo; entonces dice la seriedad: por más que sea hoy o tal vez no lo sea, yo digo: hoy mismo.

Acerca de la decisión de la muerte ha de decirse, además, que es *indeterminable*. Con ello no se dice nada, pero es que así debe ser cuando el discurso trata acerca de un enigma. Pues es cierto que la muerte los hace a todos iguales, pero si esa igualdad está en la nada, en la aniquilación, entonces la igualdad misma es indeterminable. Si es preciso seguir hablando de esa igualdad, ello sólo puede hacerse
| mencionando la diversidad de la vida y negándola respecto de la 455
igualdad de la muerte. Aquí, en la tumba, el niño y aquel que transformó el mundo están igualmente inactivos; aquí el rico es tan pobre como el pobre, la miseria no mendiga, el rico no tiene nada para dar, el más austero y el más insaciable necesitan igual de poco; aquí no se oye la voz del amo, ni el grito del sometido; aquí el altanero y

el ofendido han llegado a ser igualmente impotentes; aquí yacen en tumbas vecinas y conversan aquellos a los que la enemistad separaba diametralmente; aquí yacen el excelente y el miserable, pero la excelencia no los separa; aquí yacen los dos, aquel que avizoraba la muerte como en busca de un oculto tesoro y aquel que había olvidado que la muerte existía, pero la diferencia no se nota.

La decisión de la muerte es así, en su igualdad, como el espacio vacío y como un silencio en el que nada se oye, o, en sentido moderado, como un silencio imperturbado. Y en ese reino silencioso reina la muerte. Pese a que ella sola enfrenta a todos los vivientes, es lo bastante poderosa como para sojuzgarlos e imponer silencio. Tengas la idea que tengas acerca de tu vida, incluso acerca de su significación con respecto a lo eterno, de la muerte no te escapas con palabras, no transitas hacia lo eterno por la ruta del discurso y de un solo aliento: todos han debido callar. Y aunque una generación se uniera ruidosamente a la otra en una obra en común y el individuo se olvidara de sí mismo y se sintiera muy confiado al amparo de la muchedumbre: he aquí que la muerte coge por separado a cada uno — y éste guarda silencio. Pienses en la diferencia que pienses con relación al viviente, la muerte lo hará igual a aquel que sería irreconocible en su diversidad. Pues es cierto que el espejo de la vida refleja a veces con aduladora lealtad la diversidad del vanidoso, pero el espejo de la muerte no es adulador, su lealtad muestra que son todos iguales; todos se parecen cuando la muerte, con su espejo, ha probado que el muerto calla.

Así, la decisión de la muerte es indeterminable en virtud de la igualdad, pues la igualdad consiste en la aniquilación. Y para el viviente debe ser tranquilizador pensar en ello. Cuando el espíritu, cansado de la diversidad que continúa y continúa y nunca se acaba, se repliega sobre sí mismo y acumula la ira en el desafío de la impotencia, pues no es capaz de interrumpir la fuerza vital de la diversidad: entonces debe ser tranquilizador pensar que la muerte tiene ese poder, entonces esa idea debe atizar el entusiasmo de la aniquilación hasta formar una brasa en la que haya una vida más elevada. — Cuando el
456 menesteroso suspira en su escondrijo porque la vida | lo ha relegado como una madrastra; cuando en su desdicha no se atreve siquiera a mostrarse, porque hasta el mejor de los hombres, sin quererlo, se ríe de su atormentado y no obstante ¡ay! ridículo gemido; cuando en esa apartada exclusión no ama, porque nadie encuentra en él la igualdad que él mismo busca vanamente en los demás: entonces debe ser aliviador, como lo es la nieve refrescante para el ardor de la oculta cólera, pensar que la muerte puede hacer que todos sean iguales. — Cuando el agraviado se retuerce bajo la injuria del poderoso y, en

la impotencia, el odio desespera por la venganza: entonces debe ser un bienvenido consuelo, algo que casi restituye las ganas de vivir, pensar que la muerte hace que todos ellos sean iguales. — Cuando el que fue mimado por la satisfacción de sus deseos permanece ocioso y coquetea con las grandes ideas acerca de sí mismo propias del deseo, pero sólo ve que los demás se esfuerzan y logran cosas grandiosas, y entonces la pasión de la impaciencia dificulta su respiración: entonces debe ser aliviador, debe aportar aire pensar que la muerte lo tacha todo de un solo trazo y hace que todos sean iguales. — Cuando el perdedor, pese a haber comprendido que el combate ya terminó y que él es el más débil, también comprende que, sin embargo, todo no ha terminado, que su derrota le ha dado al vencedor el ímpetu de la felicidad, que su sufrimiento por las secuelas de la derrota es la constatación cotidiana, aunque cada vez más lejana, del inalcanzable ascenso del otro: entonces debe ser tranquilizador pensar que la muerte va en su busca y anula la distancia. — Cuando la enfermedad llega a ser un cotidiano huésped y se va el tiempo, el tiempo de la alegría; cuando incluso los más allegados se cansan del sufriente y alguna palabra impaciente resulta lacerante; cuando el sufriente mismo siente que su mera presencia es un estorbo para los que están contentos, de modo que ha de abandonar la danza: entonces debe ser aliviador pensar que la muerte lo invita también a él a danzar, y que en esa danza todos son iguales[109].

Pero esto, oyente mío, es un estado de ánimo, y es en realidad la cobardía la que mediante una mentira, revestida de una forma poética, quiere causar una mejor impresión, pese a que es esencialmente igual de miserable. Pues, aunque el hombre simple no sea tal vez capaz de entender esa clase de estado de ánimo, ¿es esa distinción en sí misma un valor decisivo? ¿Acaso no es sólo decisiva en el sentido de que lo hace más reprochable? Querer desvanecerse en el vacío y, con ello, buscar en ese desvanecimiento la última distracción, es un cobarde placer de la melancolía; querer que la propia alma salga perjudicada[110], herida por la diversidad, es una envidia que se rebela contra Dios; odiar por impotencia es denunciarse a sí mismo, es revelar que uno carece simplemente de poder, pues no hace sino abusar espantosamente | de la impotencia; es un despreciable atajo hacia la 457
injustificada queja respecto de la vida el hecho de no querer hacer otra cosa que desear y, entonces, quejarse porque no se llegó a ser lo que se deseaba, y no ser jamás capaz de algo que no sea desear, y, por último, ser lo bastante miserable como para desear que todo se acabe; es una flagelante perseverancia propia del derrotado la de no querer comprender nada más elevado que el combate entre tú y yo,

y la caída de ambos; es una enfermedad aún más terrible no querer entender cuál es el médico que el enfermo necesita. En verdad, es una cobarde y complaciente ñoñería no atreverse a renunciar, ni siquiera en el pensamiento, al favor de la diversidad, y dejar que la propia vida se pierda en ella, tanto como es fingido coraje querer afrontar la idea de la igualdad de la muerte cuando el mismo ser humano suspira o respira agitadamente bajo la diversidad de la vida.

Y si alguien pensara realmente —¿no sería la contradicción de estar todavía vivo la que prestaría su atractivo a esa temeraria osadía?— querer consolarse de ese modo en la igualdad de la muerte, ¿acaso su idea de la muerte seguiría siendo verdadera en la muerte, es decir, cuando la labor del pensamiento ya no distrajera la pasión? Pues el muerto ha olvidado la diversidad; y aunque aquel se propusiera recordarla a lo largo de toda una vida para tener la alegría de ver que otro es despojado de ella en la muerte, ese pensamiento no lo acompaña en la muerte, aunque por un instante olvidáramos la responsabilidad que queda por delante. Ésa es la mentira y la impostura del temerario desafío que quiere conspirar con la muerte contra la vida. Se olvida que la muerte es la más fuerte, se olvida que ésta carece de favoritismos, que no establece alianzas con nadie para darle en la muerte libertad de juego y holgura para el placer de la aniquilación. Sólo cuando la fantasiosa idea del viviente vaga por el callado reino de la muerte, figurándose ser ella misma la muerte, y desaparece para sí misma en la muerte; sólo cuando la idea del viviente juega a la muerte citando al envidiado a comparecer en ella, despojándolo de toda su grandeza y regocijándose en su impotencia; sólo cuando la idea se dirige a las tumbas y clava insolentemente la pala en la tierra, violando la paz de los muertos con el desafiante placer de que los inanimados restos del uno luzcan exactamente como los del otro — sólo entonces hay alivio.

Pero nada de eso es seriedad; y por muy tenebrosa que sea su esencia, por muy tétrica que sea su diversión, no por eso es seriedad. Pues la seriedad no mira de reojo, sino que ha hecho las paces con la vida y sabe temerle a la muerte.

La seriedad comprende, pues, lo mismo acerca de la muerte, pero
458 lo comprende de otro modo. | Comprende que la muerte hace que todos sean iguales; y eso es algo que ella ya ha comprendido, porque la seriedad le ha enseñado a buscar la igualdad ante Dios, en la cual todos pueden ser iguales. Y el que es serio descubre en esa aspiración una diversidad, a saber, la suya propia con respecto a la meta que se le ha impuesto, y descubre que la posición más alejada de esa meta sería como aquella igualdad que es la de la muerte. Pero, cada vez que

la diversidad terrena quiere tentar y demorar, el serio pensamiento de la muerte se interpone y vuelve a dar impulso. Así como ningún espíritu maligno se atreve a nombrar el nombre sagrado, así también todo espíritu bueno siente horror ante el vacío[11], ante la igualdad de la aniquilación, y ese horror, que es productivo en la vida de la naturaleza, es acelerador en la del espíritu. ¡Pero cuán a menudo la igualdad del aniquilamiento, cuando a un hombre le llegó la muerte, le enseñó a éste a desear el retorno de la más gravosa diversidad, a considerar deseable su condición, ahora que la condición de la muerte era la única! Y, así, el serio pensamiento de la muerte le ha enseñado al viviente a penetrar la más gravosa diversidad con la igualdad ante Dios. Y ninguna comparación tiene tanto poder de aceleración, ni da con tanta seguridad al presuroso la dirección verdadera como cuando el viviente se compara a sí mismo con la igualdad de la muerte. Y si la más vana de todas las comparaciones es aquella en la que un ser humano desdeña toda otra comparación para compararse consigo mismo en la satisfacción de sí mismo, y acaso ninguna vanidosa mujer ha estado tan vanamente rodeada de admiración como cuando está sola frente al espejo: ¡ah!, ninguna comparación es tan seria como la de aquel que, solitario, se comparara con la igualdad de la muerte. Solitario; pues así es justamente como la igualdad de la muerte hace que esté cuando la tumba se cierra, cuando se cierra la puerta del jardín, cuando cae la noche y él yace solitario, lejos de toda condolencia, irreconocible en esa efigie que sólo puede despertar horror, solitario allí donde el número de los muertos no hace ninguna compañía. Y he aquí que la muerte ha conseguido derrocar tronos y principados, pero el serio pensamiento de la muerte ha hecho lo que es igualmente grande, ha ayudado al hombre serio a someter la más privilegiada diferencia bajo la humilde igualdad ante Dios, y lo ha ayudado a elevarse por encima de la más gravosa diversidad en la humilde igualdad ante Dios.

¿No es verdad, oyente mío, que tú mismo lo has experimentado así? Y cuando tu alma fue desbordada por el privilegio y, de tanta grandeza, apenas pudiste reconocerte a ti mismo, entonces el serio
pensamiento acerca de la igualdad de la muerte te volvió | irrecono- 459
cible en otro sentido, y aprendiste a conocerte a ti mismo y a querer ser conocido por Dios. O si tu alma suspiraba en la severa opresión del sufrimiento, del infortunio, de la injuria, de la melancolía, ¡ay! y te parecía que la opresión sería de por vida; cuando también el tentador vino a tu casa, tú sabes, el tentador que uno lleva en su propio interior, que engañosamente trae el saludo de otros, y que, una vez que ha hecho que imagines la felicidad de los demás hasta

que te desanimes, quiere ofrecerte una reparación: entonces no te entregaste al estado de ánimo. Dijiste: esto es rebelión contra Dios, es enemistad para conmigo mismo; y entonces dijiste: invocaré el serio pensamiento de la muerte. Y él te ayudó a superar la diversidad, a hallar la igualdad ante Dios, a querer expresar la igualdad. Pues lo que la igualdad de la muerte tiene de terrible es que nada puede resistirla (¡qué desconsolador!), pero lo que la divina igualdad tiene de beatífico es que nada puede impedirla si el hombre mismo así no lo quiere. ¿Y era entonces tan grande la diversidad de la vida? Pues, considera al alegre, y deja que se alegre en su dicha; cuando tú, el desdichado, te alegraste también en su dicha, ¡entonces ambos estuvisteis alegres! Considera al destacado, déjalo disfrutar de su privilegio; cuando tú, el agraviado, olvidaste la ofensa y contemplaste su mérito, ¿acaso era tan grande la diferencia? Considera al joven, déjalo apresurarse en la confiabilidad de la esperanza; cuando tú, pese a haber sido decepcionado por la vida, tal vez ocultamente llegaste a apoyarlo, ¿era entonces tan grande la diferencia? Claro que la dicha y el honor y la riqueza y la belleza y el poder son lo que constituye la diversidad, pero si la diferencia está solamente en que la dicha y el honor y la riqueza y la belleza y el poder del uno son una planta campestre y, los del otro, una flor de cementerio que se cultiva en la consagrada tierra de la abnegación: ¿es entonces tan grande la diferencia cuando ambos son dichosos, y venerados, y ricos, y bellos y poderosos? ¡Ah, no, entonces uno no necesita reparación alguna, y menos aquella que calla con falsedad el hecho de que uno mismo se convierte en nada! Por muy gravosa que fuese la diversidad, el serio pensamiento acerca de la igualdad de la muerte ayudó, pues, como la estricta disciplina, a desistir de la comparación mundana, a comprender la aniquilación como aquello que es aún más terrible, y a querer buscar la igualdad ante Dios.

La igualdad de la muerte no pudo encantarte con su magia; y tampoco hay tiempo para eso. Pues así como la decisión de la muerte es *indeterminable* en virtud de la *igualdad*, así también es igualmente *indeterminable* en virtud de la desigualdad. ¿Quién no ha oído a menudo hablar así, que la muerte no hace ninguna diferencia, que
460 no | conoce ni estamento ni edad? ¿Quién no ha reflexionado a menudo en el hecho de que, tras mencionar la mayor diversidad en las condiciones de un viviente y al intentar entonces pensar la muerte en relación con ello, su determinación consistía en que podría igualmente buscar su presa tanto aquí como allí, de un modo idéntico, puesto que no se toma ninguna consideración, mientras que toda diversidad reside justamente en que se la tome en consideración?

Así, es indeterminable en virtud de su desigualdad. Casi se adelanta a la vida, y el niño nace muerto, y deja al viejo esperando año tras año; cuando uno dice: paz y tranquilidad[112], ahí está ella encima de uno, y a veces se la busca en vano cuando la vida está en peligro, mientras que ella encuentra al que se oculta en un escondrijo; cuando los graneros están llenos y hay reservas para una larga vida, entonces viene la muerte y reclama el alma del rico[113]; cuando hay escasez, se queda lejos; cuando el hambriento se preocupa inquietamente de lo que habrá de comer mañana[114], entonces viene la muerte y le quita sus preocupaciones económicas; cuando el lujurioso se inquieta en su hartazgo por lo que habrá de comer mañana, entonces viene la muerte a juzgar, y hace que la inquietud esté de más.

Así, la muerte es indeterminable: es lo único seguro, y lo único acerca de lo cual nada es seguro. Esta idea hace que el pensamiento vaya hacia la alternancia de lo indeterminable y quiera probar suerte en ese horror como si fuera un juego, que quiera adivinar el significado de ese extraño enigma, que quiera entregarse a la inexplicable desaparición y la inexplicable irrupción de lo súbito. Ha de ser tranquilizador pensar en esa coincidencia, en esa igualdad y desigualdad, en esa presentida ley de lo que no tiene ley, que es y que no es, que está en relación con todo lo viviente, y que es indeterminable en cada una de sus relaciones. Cuando el alma se cansa de la coerción y de la obligación, de lo determinable y de la exigua meta cotidiana de la tarea determinable, y de la conciencia de que es más y más lo que se descuida; cuando, agotada la fuerza de la voluntad, es como si el extenuado llegara a descomponerse; cuando la curiosidad, cansada de la vida, busca una tarea más variada para la curiosidad: entonces ha de ser recreativo pensar que la muerte es indeterminable, y tranquilizador familiarizarse así con ese pensamiento. A veces uno se sorprende por un fallecimiento, a veces por otro; a veces uno se queda aturdido de tanto hablar con expresiones generales acerca de lo que escapa a la determinación general; a veces se está en un estado de ánimo, a veces, en otro; a veces se está triste, otras veces, impasible; a veces se bromea, vinculando a veces la muerte al instante más dichoso como la mayor de las dichas, otras veces, como la mayor desgracia; deseando a veces
| una muerte súbita, otras veces, una lenta; a veces uno se cansa de 461
discutir qué muerte es la más deseable; otras veces toda esa observación causa fastidio, uno se olvida de la muerte, hasta que la rueda de la observación vuelve a ponerse en movimiento y entremezcla los detalles de la observación en nuevas combinaciones que causan nuevo asombro — ¡ah, sí!, hasta que el pensamiento acerca de la propia muerte se esfuma en una nebulosa delante de los ojos, y el recordatorio de la

propia muerte llega a ser un indeterminado murmullo para el oído. Eso es lo que la familiaridad tiene de tranquilizador en la sosegada observación de que, después de todo, las cosas son así, en el alentador e impersonal olvido que se olvida de sí mismo por causa de todo, o, mejor dicho, que se olvida de sí mismo en la irreflexión, con lo cual la propia muerte llega a ser un raro incidente más en esa multiplicidad de incidentes imprevisibles, y el agotamiento, un aparejamiento que atenúa la transición de la propia muerte.

Pero aunque una vida como ésa recorriera todos los estados de ánimo posibles al pensar la extrañeza de la muerte, ¿acaso por eso la observación es seriedad? ¿Acaso la meticulosidad del estado de ánimo acaba siempre en seriedad? ¿No habría de consistir el comienzo de la seriedad en impedir más bien esa meticulosidad en la que el observador desatiende la vida y llega a ser como aquel que se entrega al juego, cuando inquiere e inquiere y sueña con números en la noche en lugar de trabajar durante el día? El que considera la muerte de ese modo se encuentra en un estado de sopor en lo que concierne a su vida espiritual, debilita su conciencia, de modo que ésta no puede soportar la seria impresión de lo inexplicable, de modo que no puede someterse con seriedad a esa impresión, pero tampoco dominarla a aquélla, la enigmática.

Es cierto que la muerte es un extraño enigma, pero sólo la seriedad puede determinarlo. ¿A qué se debe esa confusión de la irreflexión, sino al hecho de que el individuo sale a la vida a observar, que quiere tener una visión de conjunto de toda la existencia, de ese juego de fuerzas que sólo Dios en los cielos puede observar fácilmente, porque él, en su providencia, lo domina con cierta y omnipresente circunspección, pero que debilita el espíritu del hombre y le hace perder el sentido, que le ocasiona intempestiva pena y lo fortalece con un lamentable consuelo? Intempestiva, en efecto, es la pena en el estado de ánimo, porque se inquieta en torno a muchas cosas; lamentable, en efecto, es el consuelo en esa tensa indolencia, cuando su observación tiene tantas entradas y salidas que acaba siendo perplejidad. Y cuando entonces llega la muerte, engaña al observador, porque toda su observación no se acercó ni uno solo paso a la explicación, sino que sólo lo engañó de por vida.

462 | La seriedad comprende, entonces, lo mismo acerca de la muerte, que es indeterminable en virtud de la desigualdad, que ninguna edad, y ninguna circunstancia, y ninguna condición de vida da seguridad contra ella; pero el hombre serio lo comprende de otro modo y se comprende a sí mismo. He aquí que ya está puesta el hacha a la raíz del árbol, todo árbol que no dé buen fruto será cortado[115] — no, todo

árbol será cortado, también aquel que da buen fruto. Lo cierto es que el hacha está puesta a la raíz del árbol; aunque no adviertas que la muerte pasa sobre tu tumba[116] y que el hacha se mueve, aun así hay incertidumbre a cada instante; lo incierto es cuándo se hará el corte — y caerá el árbol. Pero cuando ha caído, entonces se ha decidido si el árbol daba buen fruto o si daba un fruto podrido.

El que es serio se observa a sí mismo; si es joven, el pensamiento acerca de la muerte le enseña que es un hombre joven el que llega a ser su presa si la muerte llega hoy, pero no bromea hablando en general acerca de la juventud como presa para la muerte. El que es serio se observa a sí mismo, sabe, por tanto, cómo es aquel que llegaría a ser aquí presa de la muerte si ésta llegara hoy; recapacita en su propia obra y sabe, por tanto, cuál es la obra que aquí se interrumpiría si la muerte llegara hoy. Entonces el juego se termina, entonces se ha adivinado el acertijo. La observación general de la muerte, tanto como el hecho de querer hacer una experiencia en general, no hace sino confundir al pensamiento. La certeza de la muerte es seriedad, su incertidumbre es enseñanza, ejercitación de la seriedad; serio es aquel que, por la incertidumbre, es instruido para la seriedad en virtud de la certeza. ¿Cómo aprende un hombre la seriedad? ¿Es acaso cuando alguien serio le dice alguna cosa que uno puede llegar a aprenderla? De ningún modo. Si tú mismo no has llegado a aprender así de un hombre serio, imagínate entonces cómo ocurre. He aquí que el discípulo se preocupa (pues, sin preocupación, no hay discípulo) acerca de algún objeto con toda su alma; pues eso es la certeza de la muerte, un objeto de preocupación. Entonces el preocupado se dirige al maestro de la seriedad; y eso es la muerte, no un espantajo que sólo lo es para la imaginación. El discípulo, entonces, quiere esto o aquello, y quiere hacerlo según determinados supuestos: «¿Y no es verdad que entonces resulta?». Pero el hombre serio no le responde nada, y finalmente dice sin burlarse, con la calma de la seriedad: «¡Sí, es posible!». El discípulo se pone ya un poco impaciente; traza un nuevo plan, cambia los supuestos,
y concluye su discurso con mayor insistencia aún. Pero el | hombre 463
serio calla, lo mira con calma y finalmente le dice: «¡Sí, es posible!». Entonces el discípulo se enardece, recurre a las súplicas o, si acaso está adiestrado para razonar con suspicacia, llega tal vez a ofender al hombre serio, y él mismo se confunde por completo, y todo parece confusión a su alrededor; pero cuando con esas armas y en ese estado asalta al hombre serio, debe soportar su inmutable y calma mirada y conformarse con su silencio, pues el hombre serio sólo lo mira y dice finalmente: «¡Sí, es posible!». Así ocurre con la muerte. La certeza consiste en que ella es inmutable, y la incertidumbre es la breve frase:

es posible; y todo condicionamiento que quiera hacer de la certeza de la muerte una certeza condicionada para aquel que desea, toda concertación que quiera hacer de la certeza de la muerte una certeza condicionada para aquel que se resuelve, todo pacto que quiera condicionar la certeza de la muerte a un tiempo y a una hora para el que actúa, todo condicionamiento, toda concertación, todo acuerdo encalla en esa frase; y todo enardecimiento y toda suspicacia y todo desafío resulta impotente ante esa frase, hasta que el discípulo se dirige a sí mismo. Pero justamente en eso radica la seriedad, y justamente en eso la certeza y la incertidumbre querían ayudar al discípulo. Si se permite que la certeza se refiera a cualquier cosa, como un rótulo general en la vida, y no como algo que ocurre con la ayuda de la incertidumbre, como una indicación de uso para lo particular y cotidiano, entonces la seriedad no se aprende. La incertidumbre se presenta y sigue señalando, como el maestro, al objeto de la enseñanza, y le dice al discípulo: presta atención a la certeza: entonces surge la seriedad. Y ningún maestro consigue enseñarle de ese modo al discípulo a prestar atención a lo que dice como lo hace la incertidumbre de la muerte, cuando ésta señala la certeza de la muerte; y ningún maestro consigue mantener de ese modo concentrados los pensamientos del discípulo en el único objeto de la enseñanza como lo hace el pensamiento acerca de la incertidumbre de la muerte, cuando hace que el pensamiento se ejercite en la certeza de la muerte.

La certeza de la muerte determina al discípulo de una vez por todas en la seriedad, pero la incertidumbre de la muerte es la cotidiana, o en todo caso frecuente, o en todo caso requerida supervisión que vela por la seriedad: sólo eso es seriedad. Y ninguna inspección es tan cuidadosa, ni la del padre con respecto al niño, ni la del maestro con respecto al aprendiz, ni aun la del carcelero con respecto al presidiario; y ninguna supervisión es tan ennoblecedora como la incertidumbre de la muerte cuando pone a prueba la utilización del tiempo y el carácter de la obra, la del que se resuelve o la del que actúa, la del joven o la del viejo, la del varón o la de la mujer. Pues, por
464 lo que respecta | al tiempo bien utilizado, no es esencial, en relación con la interrupción de la muerte, si el tiempo fue largo o corto; y, por lo que respecta a la obra esencial, no es esencial, en relación con la interrupción de la muerte, si aquella fue acabada o sólo comenzada. Por lo que respecta a lo incidental, la duración temporal es determinante, como, por ejemplo, en la felicidad: sólo el final decide si se ha sido feliz. En relación con la obra incidental, la cual está en lo exterior, es esencial que la obra sea acabada. Pero la obra esencial no se determina esencialmente en función del tiempo y de lo exterior,

tan pronto como la muerte es la interrupción. Así, la seriedad consiste en vivir cada día como si fuese el último y, además, el primero de una larga vida; y en elegir esa obra que no depende de si se le concede a uno la edad de un hombre para completarla debidamente, o sólo un tiempo breve para haberla comenzado debidamente.

Acerca de la decisión de la muerte, finalmente, ha de decirse que es *inexplicable*. Si los hombres, en efecto, encuentran una explicación: la muerte misma no explica nada. Pues si pudieras poner tus ojos en ella, la pálida, la contristada segadora, cuando estuviera ociosa, apoyada en su guadaña, y quisieras entonces ir hacia ella, ya sea porque creyeras que tu tedio ante la vida podría granjearte su afecto, o que tu ardiente anhelo de eternidad habría de conmoverla; si pusieras tu mano en su hombro y dijeras: explícate, una palabra basta — ¿crees que contestaría? Yo pienso que ni siquiera notaría que ponías la mano en su hombro y que le hablabas. O si la muerte llegara, ¡ay!, tan oportunamente, ¡ay!, como el mayor benefactor, como un salvador; si viniera a salvar a un hombre de asumir esa culpa que no es objeto de arrepentimiento en la vida, porque la culpa pone final a la vida, si ese desdichado diera las gracias a la muerte por haberle aportado lo que buscaba y haberle impedido hacerse culpable, ¿crees que ella lo entendería? Yo pienso que no oiría siquiera una palabra de lo que dijera; pues ella no explica nada. Si llega como la mayor obra de bien o como la mayor desgracia, si se la saluda con júbilo o con desesperada resistencia, de eso la muerte no sabe nada, pues es inexplicable. Ella es la transición; acerca de la relación, no sabe nada, nada en absoluto.

Claro está que ese carácter inexplicable requiere una explicación. Pero en eso justamente radica la seriedad, en que la explicación no explica la muerte, sino que manifiesta cómo es en su íntima esencia aquel que da la explicación. ¡Ah, qué serio | recordatorio de la 465
lentitud del habla[117]! Aunque uno deba reírse al ver a la irreflexión poner la mano para sostener la pensativa cabeza que ha de indagar la explicación, y aunque uno deba volver a reírse cuando este pensador se despacha con la explicación; o cuando, como si se tratara de una convocatoria general, incluso los más frívolos pensamientos que estuvieran de paso tuvieran lista una propuesta, una observación explicativa que aprovechara la infrecuente ocasión, pues la muerte es para todos un enigma inexplicable: ¡ay!, la juzgante seriedad que hay en tal conducta consiste en que aquel que da la explicación se denuncia a sí mismo, delata cuán irreflexiva, cuán necia es su vida. Por eso la reserva respecto de la explicación es ya un signo de que hay alguna

seriedad, la cual, sin embargo, comprende que la muerte, justamente porque es nada, no es algo así como una extraña inscripción que todo transeúnte debe intentar leer, o como una rareza que todos deben haber visto y sobre la que deben tener una opinión. Lo decisivo de la explicación, aquello que impide que la nada de la muerte reduzca la explicación a la nada, es que cobra poder retroactivo y, por ello, realidad en la vida del viviente, de modo que la muerte llega a ser para él un maestro, en lugar de ayudarlo traicioneramente a denunciarse a sí mismo y de revelar como un necio al que da la explicación.

En tanto que inexplicable, la muerte puede serlo todo y no ser nada en absoluto, y la explicación parece expresar las dos cosas a la vez. Una tal explicación denuncia una vida que, conforme con el presente, se defiende de la influencia de la muerte mediante un estado de ánimo que mantiene ese equilibrio en la indecisión. La muerte no tiene el poder de perturbar una vida tal; tiene, en cambio, influencia, pero no fuerza retroactiva para transformar una vida tal. La explicación no alterna entre estados de ánimo diferentes, sino que la muerte es llevada a cada instante fuera de la vida en el equilibrio de la indecisión que la coloca a distancia. Y el más elevado coraje del paganismo consistía en que el sabio (cuya seriedad estaba indicada justamente por el hecho de que no se apresuraba a dar la explicación) lograra vivir así con el pensamiento de la muerte: superar ese pensamiento en cada instante de su vida mediante la indecisión. La vida terrenal se vive entonces a pleno, el sabio sabe que la muerte existe, no vive irreflexivamente olvidando que existe, sale al encuentro de ese pensamiento, lo vuelve impotente en la indeterminabilidad, y esa es su victoria sobre la muerte; pero la muerte no viene a penetrar la vida de manera transformadora.

466 | En tanto que inexplicable, la muerte podría parecer la más alta felicidad. Una tal explicación es delación de una vida en la puerilidad, la explicación es como el último fruto de ésta: superstición. El que dio esa explicación tenía la idea de lo agradable y de lo desagradable propia del niño y del joven, y la vida siguió adelante, y él se vio engañado, envejeció en años pero no en mentalidad, no obtuvo nada que fuese eterno: entonces la puerilidad se concentró en él hasta llegar a la exaltada idea de que la muerte vendría a darle cumplimiento a todo; ella fue entonces el amigo buscado, la amada, el rico benefactor que podría brindar todo aquello que ese hombre pueril vanamente había buscado alcanzar en la vida. A veces se habla con ligereza y temeridad acerca de esa felicidad, a veces con tristeza, a veces el que da la explicación llega a abrirse paso ostentosamente con la explicación y quiere ayudar a otros; pero ésta no hace sino

delatar cómo es en su interior el que da la explicación, que éste no ha advertido el carácter retroactivo de la seriedad, sino que avanza con pueril apresuramiento, que cifra puerilmente su esperanza en la muerte como si lo hiciera en la vida.

En tanto que inexplicable, la muerte puede parecer la mayor desgracia. Pero esa explicación denuncia que el que da la explicación se aferra cobardemente a la vida, cobardemente tal vez a sus favores, cobardemente tal vez a su sufrimiento, de modo que le teme a la vida, pero más aún le teme a la muerte. La muerte no cobra fuerza retroactiva; es decir, no en lo que hace a la concepción, pues, por lo demás, sí que opera hacia atrás, contristando los favores de la felicidad de algunos y negando toda esperanza al sufrimiento terrenal de otros.

La explicación ha utilizado también otros nombres para designarla; ha llamado a la muerte: un pasaje, una transformación, un sufrimiento, un combate, el último combate, un castigo, el sueldo del pecado[118]. Cada una de esas explicaciones contiene una entera concepción de vida. ¡Ah, qué seria recomendación para el que da la explicación! Es fácil mencionarlos a todos de memoria, es fácil explicar la muerte cuando no implica superación alguna, no querer comprender que el asunto es que la explicación cobre fuerza retroactiva en la vida. ¿Por qué querría alguien transformar a la muerte en una broma respecto de sí mismo? Pues la muerte no requiere la explicación, ella no ha solicitado nunca el auxilio de un pensador. Pero el viviente requiere la explicación, ¿y para qué? Para vivir de acuerdo a ella.

Así, si alguien opina que la muerte es una transformación, puede que eso sea completamente correcto; pero supón entonces que la incertidumbre de la muerte, que va de aquí para allá como un maestro y controla a cada instante que el discípulo esté | atento, supón que 467
descubriera que la opinión del que da la explicación fuera más o menos ésta: tengo ante mí una larga vida, treinta años, tal vez cuarenta, y entonces la muerte llega alguna vez como una transformación, ¿qué pensaría el maestro acerca de este discípulo que ni siquiera habría entendido la determinación de la incertidumbre de la muerte? O si alguien opina que es una transformación que tendrá lugar alguna vez, y entonces la incertidumbre de la muerte mira y descubre que aquél, a la manera de un jugador, la espera como un acontecimiento que ocurrirá alguna vez, ¿qué pensaría el maestro de este discípulo que ni siquiera ha advertido que todo se termina con la decisión de la muerte, y que la transformación no puede tener lugar junto a los demás acontecimientos como un nuevo acontecimiento, porque, con la muerte, todo se acabó?

Claro que uno puede tener una opinión acerca de acontecimientos lejanos, acerca de un objeto de la naturaleza, acerca de la naturaleza, acerca de escritos científicos, acerca de otro ser humano, y así también acerca de muchas otras cosas, y, cuando uno manifiesta esa opinión, el sabio puede decidir si es correcta o incorrecta. Nadie, en cambio, importuna al que expone la opinión observando el otro costado de la verdad: si uno realmente tiene esa opinión, si no es algo que uno declama. Y, sin embargo, ese otro costado es igualmente importante, pues no sólo es insensato aquel que dice cosas sin sentido, sino que lo es con igual entereza aquel que expresa una opinión correcta cuando ésta no tiene para él ningún significado en absoluto. Un hombre le muestra al otro la confianza, el reconocimiento que consiste en suponer que se trata de su opinión cuando la expresa. ¡Ay, y sin embargo es tan fácil, es facilísimo obtener una opinión verdadera; y sin embargo es tan difícil, dificilísimo tener una opinión y tenerla de verdad! Ahora bien, puesto que la muerte es el objeto de la seriedad, la seriedad es, a su vez, esto: que por lo que respecta a la muerte uno no debe precisamente apresurarse a tener una opinión. La incertidumbre de la muerte se toma siempre con toda seriedad la libertad de controlar si el que expone la opinión realmente tiene esa opinión, es decir, si su vida la expresa. En relación con otras cosas, uno puede manifestar una opinión y, cuando se exige que uno obre en virtud de esa opinión, es decir, que muestre que la tiene, son innumerables las excusas posibles. Pero la incertidumbre de la muerte es el estricto examinador del aprendiz; y cuando éste declama la explicación, la incertidumbre le dice: ahora debo investigar si es tu opinión, pues ahora, en este instante, todo termina, termina para ti, no cabe pensar en excusas, no hay una letra que añadir, así que ya veré si realmente
468 opinabas | lo que dijiste de mí. ¡Ay, toda explicación vacía, y todo palabrerío, y todo adorno, y toda concatenación de explicaciones previas con el fin de hallar una más ingeniosa aún, y toda admiración al respecto y toda fatiga asociada a ello: todo eso es sólo distracción y desatención del espíritu en la distancia del pensamiento! — ¿qué pensará de ello la incertidumbre de la muerte?

Por eso el discurso se abstendrá de toda explicación; así como la muerte es lo último de todo, así también será esto lo último que se diga acerca de ella: es inexplicable. Su carácter inexplicable es el límite, y el sentido del enunciado sólo está en darle al pensamiento de la muerte fuerza retroactiva, en hacer de él algo impulsor en la vida, porque todo se termina con la decisión de la muerte, y porque la incertidumbre de la muerte inspecciona a cada instante. Su carácter inexplicable no es, por tanto una exhortación a adivinar el acertijo,

una invitación al ingenio, sino la seria amonestación de la muerte hacia el viviente: no necesito ninguna explicación; ponte a pensar que en esta decisión todo se termina, y que puede estar a la mano a cada instante; mira, esto sí vale la pena que lo pienses.



Oyente mío, tal vez te parezca que es poco lo que este discurso te enseña; tal vez tú mismo sabes mucho más; y, sin embargo, no habrá sido en vano si la correspondiente idea acerca de la decisión de la muerte ha sido la ocasión para que te recuerdes a ti mismo que el hecho de saber mucho no es un bien incondicionado. Tal vez te parezca que el pensamiento acerca de la muerte sólo ha resultado aterrador, y que, no obstante, aquél tiene también un lado más suave, más ameno para la observación; que el anhelo de reposo del agobiado trabajador, que la prisa del caminante en busca del atajo, que la consolación que el preocupado halla en el analgésico sueño de la muerte, que la triste necesidad del incomprendido de dormirse en paz son también una bella y legítima explicación de la muerte. ¡Innegablemente! Pero no se la aprende de memoria, no se la aprende leyendo acerca de ella, se la adquiere lentamente, y sólo cuando es debidamente adquirida por aquel que trabajó hasta el cansancio en la buena obra, que anduvo por la senda recta hasta fatigarse, que cargó con la preocupación de una causa justa, que fue incomprendido en un esfuerzo noble, sólo cuando es debidamente adquirida de ese modo está en su sitio y es un discurso legítimo en la boca del reverendo. Pero al joven no se le
permite hablar de ese modo, para que la | bella explicación, como 469
la palabra sabia en boca del necio, no llegue a ser una falsedad en su boca. Y esto sí lo he oído, que el serio maestro del niño y del joven llegó a ser en una edad posterior el amigo del adulto y del hombre maduro; pero no he oído nunca, no, al menos, de alguien de quien deseara aprender, que desde el comienzo el maestro se transformara prontamente en un compañero de juegos, o el niño, en un anciano, ni tampoco que esa relación de amistad se estableciera entonces verdaderamente. Así también ocurre con el pensamiento acerca de la muerte. Si éste no ha interrumpido alguna vez con horror la vida del joven y sólo se ha valido de la seriedad para moderar el horror; si la incertidumbre de la muerte no ha tenido su tiempo de enseñanza para instruirlo con el rigor de la seriedad: en ese caso, no he oído nunca, no, al menos, de alguien de cuyo saber pudiera desear una parte o una parcela; de alguien semejante no he oído nunca que fuese verdad que alguno se refiriera a la muerte como su amiga; que ésta

no habría sido jamás para él otra cosa que una compañera de juegos cuando en la juventud, cansado ya de la vida, buscaba engañar a la vida hablando falazmente de la amistad de la muerte, o cuando en la vejez, sin haber disfrutado de la vida, buscaba engañarse a sí mismo hablando falazmente de la amistad de la muerte. — El que ha hablado aquí es un joven que está aún en edad de aprender; éste sólo entiende la dificultad y el rigor del aprendizaje; ¡pueda ser que consiga de ese modo, justamente por ello, hacerse digno de llegar a gozar alguna vez de la amistad del maestro! Es que el que ha hablado aquí, oyente mío, no es tu maestro; sólo te permite que seas, como él mismo lo es, testigo de cómo un hombre busca aprender algo del pensamiento acerca de la muerte, de ese maestro de seriedad que desde el nacimiento le ha sido asignado a cada uno como maestro para toda la vida, y que, en la incertidumbre, está siempre listo para comenzar la enseñanza cuando ésta es requerida. Pues la muerte no viene porque alguien la invoca (no sería sino una broma que el más débil le suplicara de ese modo a la más fuerte), sino que, tan pronto como alguien abre la puerta de la incertidumbre, el maestro está ahí. Ese maestro que indefectiblemente llega para ejercer una prueba e interrogar al discípulo, ya sea que éste haya aprovechado su enseñanza o no. Y esa prueba de la muerte, o, para decir lo mismo con una palabra foránea y más frecuente, ese examen final de la vida es igual de difícil para todos. Aquí no sucede como con otras cosas, cuando al que tiene más talento se le hace más fácil aprobar, y más difícil al que tiene menos; no, sino que la muerte adapta con toda exactitud la prueba a la aptitud, y la prueba resulta igualmente difícil, porque es la prueba de la seriedad.

NOTAS

1. La expresión «Discursos de circunstancia» se refiere aquí a los pronunciados por el pastor con ocasión de la confirmación, la boda, el entierro y la confesión, o por los deanes y obispos con ocasión de la presentación y ordenación de los pastores o de la consagración de las iglesias. En un sentido más general, J. P. Mynster incluye entre sus *Kirkelige Leiligheds-Taler* [Discursos eclesiásticos de circunstancia], vols. 1-2, Copenhague, 1854, los discursos de apertura y de despedida en ceremonias eclesiásticas, políticas o sociales. Cf. asimismo *Kirkelige Leilighedstaler, af danske Prædikanter* [Discursos eclesiásticos de circunstancia, por predicadores daneses], ed. G. P. Brammer, vols. 1-2, Copenhague, 1832-1834.

2. Alusión al hecho de que el autor de estos discursos no cuenta con la ordenación eclesiástica para pronunciarlo. La indicación se repite en los prefacios a las seis colecciones de *Discursos edificantes* de 1843 y 1844. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos discursos edificantes* de 1843, nota 2.

3. Véase, en este mismo volumen, el prefacio a los *Dos discursos edificantes* de 1843, nota 3.

4. Cf. Mt 25,1-13.

5. Probable alusión a Sant 1,23-24: «pues quien se contente con sólo oír la palabra, sin practicarla, será semejante al varón que contempla en un espejo su rostro natural, y apenas se contempla, se va y al instante se olvida de cómo era». Cf. la expresión paulina «Ahora vemos por un espejo y oscuramente, pero entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo parcialmente, pero entonces conoceré como soy conocido» (1 Cor 13,12).

6. Al igual que en los dos discursos siguientes, el orador habla «en ocasión» o a propósito de un acontecimiento que cuenta paralelamente con una significación litúrgica. Este discurso «En ocasión de una confesión» no es, por tanto, el discurso pronunciado por el pastor. Acerca de las características formales de este último, cf. *Dannemarks og Norges Kirke-Ritualet* [Ritual eclesiástico de Dinamarca y Noruega], Copenhague, 1762, pp. 146 ss.

7. Cf. Mt 7,7-8: «buscad y hallaréis».

8. Cf. Sant 1,17.

9. Cf. la relación de los términos «duda» y «desesperación» en el Prefacio a la *Fenomenología del espíritu* de G. W. F. Hegel.

10. Cf. Sant 2,23; 2 Par 20,7; Is 41,8.

11. Expresión probablemente tomada de Gn 48,15.

12. Cf. Dt 6,5.

13. Cf. la expresión comúnmente referida a la muerte: «sustituir lo temporal con lo eterno».

14. Probable referencia a Heb 4,7 (*NT 1819*; cf. *NC*: «hoy»). Cf. Lc 23,43.

15. Alusión a la sala destinada al rito de la confesión.

16. Cf. Mt 19,23-24.

17. Cf. Mt 6,6.

18. Cf. la explicación del segundo artículo del Credo, en *Doct. Morten Luthers liden (eller mindre) Catechismus* [Pequeño catecismo (o catecismo menor) del Dr. Martín Lutero] [1529], Copenhague, 1810: «Creo también que él [Jesucristo] [...] es mi Señor [...] que ha me ha comprado y redimido del pecado, de la muerte y del reino de Satanás; no con oro o con plata, sino con su sagrada y preciosa sangre y con su inmerecido e inocente sufrimiento y muerte».

19. Cf. 1 Cor 6,4-10.

20. Cf. Jn 11,4.

21. Cf. Rom 3,19

22. Cf. Job 9,2-3.

23. Cf. Mt 5,25.

24. Frase que César habría pronunciado con relación a Catón el Joven. Cf. *Plutarchi vitæ parallelæ*, ed. G. H. Schaefer, vols. 1-9, Leipzig, 1829, ctl. 1181-1189, vol. 7, pp. 64, 213. Cf. *Helte-Historier*, en *Ludvig Holbergs udvalgte Skrifter*, ed. K. L. Rahbek, vols. 1 21, Copenhague, 1804-1814, vol. 10, 1807, p. 383.

25. Fuente no identificada.

26. Cf. Mt 5,8.

27. Cf. G. E. Lessing, *Minna von Barnhelm, oder das Soldatenglück* [Minna von Barnhelm, o la alegría del soldado], acto II, escena 7; *Gotthold Ephraim Lessing's sämmtliche Schriften*, vols. 1-32, Berlin, 1825-1828, ctl. 1747-1762, vol. 20, p. 241. El mismo pasaje es comentado por Kierkegaard en los Diarios de 1844, *SKS* 18, 232 [JJ 291] (*Pap.* VI A 2): «Si mal no recuerdo, es en *Minna v. Barnhelm* donde Lessing hace decir a uno de los personajes que un suspiro sin palabras es el mejor modo de adorar a Dios. Suena muy bien, pero ¿no significa en realidad que uno verdaderamente no se atreve o no quiere tener que habérselas con lo religioso, sino sólo de vez en cuando fijar la mirada en ello como el límite de la existencia: las lejanas montañas? Cuando uno debe revestirse de lo religioso en el uso diario, entonces vienen las pugnas del espíritu».

28. Cf. Ecl 1,13 (*GT 1740*; cf. *NC*: «dura labor»).

29. Cf. S. Kierkegaard, *Philosophiske Smuler* [Migajas filosóficas], *SKS* 4, 279: «la apasionada sensitividad para con el devenir, esto es, el asombro». Cf. *Migajas filosóficas, o un poco de filosofía*, Trotta, Madrid, [5]2007, p. 87, donde R. Larrañeta escoge traducir estos términos respectivamente por «sentido hacia el devenir» y «admiración». En relación con «lo desconocido», cf. *SKS* 4, 244 ss.; *Migajas filosóficas*, pp. 53 ss. Acerca del asombro como «punto de partida natural del temor de Dios» y como «punto de partida positivo para la filosofía», cf. respectivamente *Pap.* V A 25, *SKS* 18, 210 [JJ 218]; y *Pap.* III A 107, *SKS* 19, 211 [*Notesbog* 7, 21].

30. Cf. Rom 12,1.

31. Cf. Flp 2,12-13.

32. Cf. S. Kierkegaard, *Begrebet Angest* [El concepto de la angustia], cap. I, §§ 1-3; *SKS* 4, 396-412.

33. Cf. *ibid.*, cap. I, § 2; *SKS* 4, 399-405.

34. Acerca de la desesperación respecto de sí mismo, cf. *O lo uno o lo otro*, *ESK* 3, 190 ss.; *SKS* 3, 200 ss.

35. Danés: *Tankestreg*, trazo suspensivo.

36. Cf. Sal 139,7-10.

37. Cf. S. Kierkegaard, *Migajas filosóficas*, ed. cit., pp. 31 ss.; *SKS* 4, 222 ss.

38. Cf. Ex 7,10-12.

39. Probable alusión a la frase de Horacio *nihil admirare*; *Epístolas*, I, 6, 1; cf. *Q. Horatii Flacci opera*, Leipzig, 1828, ctl. 1248, p. 232.

40. Cf. S. Kierkegaard, *Begrebet Angest* [El concepto de la angustia], cap. 3, § 3; *SKS* 4, 411 s.

41. Probable alusión al tipo de predicación practicado a veces en el pietismo.

42. Cf. Mt 7,26-27.

43. Variación de un refrán popular; cf. E. Mau, *Dansk Ordsprogs-Skat* [Tesauro de proverbios daneses], vols. 1-2, Copenhague, 1879, vol. 2, p. 392.

44. Cf. Mt 6,17-18.

45. Cf. Mt 6,5-6.

46. Danés: *det ene Fornødne*; cf. Lc 10,42 (*NC*: «tú te inquietas y te turbas por muchas cosas; pero pocas son necesarias, o más bien una sola»).

47. Variación de la frase evangélica de Mt 7,13-14.

48. Cf. S. Kierkegaard, *Begrebet Angest* [El concepto de la angustia], cap. II, § 1; *SKS* 4, 361-365.

49. Cf. Jn 8,1-11.

50. Cf. el salmo de H. A. Brorson «*I denne søde Juletid*» [«En este dulce tiempo navideño»], en *Troens rare Klenodie* [La preciada reliquia de la fe], ed. L. C. Hagen. Copenhague, 1834, ctl. 199, p. 392.

51. La traducción de esta frase intenta aproximarse al significado literal de la expresión danesa. El adjetivo *beelbefarne* alude al marino que ha completado su educación y obtenido experiencia tras una determinada cantidad de horas de navegación.

52. Una anotación marginal en uno de los borradores correspondientes a este discurso (cf. *Pap.* VI B 108, 10) permite comprender que el término «fiel» se entiende aquí en el sentido de «probado»: «Pues un poeta ha dicho bellamente acerca de una muchacha: su joven alma era oro probado; esto es algo dudoso, pues ¿cómo puede el alma joven ser *probada*?». Se trata del poeta Johannes Ewald: *Fiskerne. Et Syngespil i tre Handlinger* [Los pescadores. Pieza cantada en tres actos], en *Johannes Ewalds samtlige Skrifter* [Obras completas de Johannes Ewald], vols. 1-4, Copenhague, 1780-1791, ctl. 1533-1536, vol. 3, p. 233. La anotación de Kierkegaard culmina con la frase: «cualquiera puede llegar a ser oro probado cuando tiene una fe».

53. Danés: *Nødens Dag*; expresión veterotestamentaria utilizada varias veces en el libro de los Salmos, cf. 50,15; 59,17; 77,3; 86,7 (*GT 1740*; cf. *NC*: «día de la angustia», «día de mi tribulación», «día de mi angustia»).

54. Cf. Mt. 25,14-30. *NC* (Mt 25,21; 23: «has sido fiel en lo poco; te constituiré sobre lo mucho»).

55. Cf. 2 Cor 12,5-10.

56. *Ibid.*

57. Alusión al *daimonion* de Sócrates; cf. Jenofonte, *Memorabilia*, I, 1, 2.

58. El autor juega aquí y en lo sucesivo con los diversos sentidos del término *Stemning*, cuya múltiple aplicación ha dado lugar a nuestra traducción del mismo por «acorde», «entonación» y «tonalidad» en la primera frase, así como por «ánimo imperante» en esta última exclamación. En vista de las pretensiones literarias del presente texto, nos permitimos utilizar las diferentes posibilidades de acuerdo al sentido de las frases, tanto como, en otros pasajes, el término que frecuentemente traduce a su equivalente alemán *Stimmung* en el vocabulario técnico-filosófico: «estado de ánimo». Téngase en cuenta que, también en danés, el sustantivo comparte la etimología de *at stemme* («afinar», «entonar») y *Stemme* («voz»).

59. Cf. Rom 12,15.

60. Literalmente: lo único requerido. Véase aquí mismo nota 46.

61. Cf. los pasos establecidos para la ceremonia nupcial, *Dannemarks og Norges Kirke-Ritualet* [Ritual eclesiástico de Dinamarca y Noruega], ed. cit., pp. 318-325; cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark* [Libro de prescripciones litúrgicas para Dinamarca], Copenhague, 1830 [1688], ctl. 381, pp. 256-263.

62. Cf. Ef 5,22; 24.

63. Véase aquí mismo nota 2.

64. La suma exigida en pago por el registro matrimonial variaba de acuerdo a la posición social del novio. Este impuesto, que había sido derogado en 1792 para el resto de Dinamarca, siguió exigiéndose en Copenhague hasta 1869.

65. Cf. Platón, *Banquete* 178a-c; 180b.

66. Cf. 2 Tim 4,7.

67. Alusión a la lectura de Gn 3,16-19 estipulada en el rito matrimonial. Véase aquí mismo nota 61.

68. Cf. Ecl 12,1: «días malos».

69. Cf. 1 Cor 13,1.

70. Cf. Mt 6,2.

71. Cf. 1 Cor 9,26 (*NT 1819*; cf. *NC*: «no como a la ventura»).

72. Alusión al refrán popular: «Saltó como un león y cayó como un cordero»; cf. E. Mau, *Dansk Ordsprogs-Skat* [Tesauro de proverbios daneses], ed. cit., vol. 1, p. 679.

73. Cf. la expresión paulina referida a Abrahán, Rom 4,18: «con esperanza contra esperanza creyó...» (cf. *NC*: «contra toda esperanza creyó...»).

74. Cf. Sal 126,5 (*GT 1740*).

75. Cf. Ecl 7,2.

76. Cf. Rom 7,2.

77. Cf. Mt 12,20; Is 42,3.

78. Véase aquí mismo nota 67.

79. Cf. Flp 2,12-13.

80. El pastor asignado a la guía espiritual de los fieles de una determinada localidad o vecindario.

81. Cf. Jn 2,1-11.

82. Variación del refrán popular: «Bien comenzado es la mitad de terminado»; cf. N. F. S. Grundtvig, *Danske Ordsprog og Mundheld* [Proverbios y dichos daneses], Copenhague, 1845, ctl. 1549, n.º 205, p. 8.

83. Cf. Mt 25,1-13.

84. Cf Rom 12,1.

85. El mismo título había sido utilizado por J. P. Mynster en un responso leído el 3 de diciembre de 1828 y publicado en *Kirkelige Leilighedstaler, af danske Prædikanter* [Discursos eclesiásticos de circunstancia, por predicadores daneses], ed. G. P. Brammer, vols. 1-2, Copenhague, 1832-1834, vol. 1, pp. 275-277.

86. Según el ritual eclesiástico, no se preveía la pronunciación de discurso alguno junto a la tumba. Cf. *Dannemarks og Norges Kirke-Ritualet* [Ritual eclesiástico de Dinamarca y Noruega], ed. cit., pp. 326-336. La mención de este tipo de discursos en los documentos de la época va frecuentemente acompañada de la observación de que deberían ser «breves». Cf. por ejemplo J. P. Mynster, *Kirkelige Leilighedstaler, af danske Prædikanter* [Discursos eclesiásticos de circunstancia, por predicadores daneses], ed. cit., vol. 1, p. vii. Es también Mynster quien, en su propuesta de reforma del ritual eclesiástico, menciona la posibilidad de que «se pronuncie un discurso junto a la tumba», posibilidad contemplada ya en disposiciones legales anteriores (cf. *Samling af Forordninger, Rescripter, Resolutioner og Collegialbreve, som vedkommer Geistligheden* [Colección de prescripciones, ordenanzas, resoluciones y cartas colegiales relativas al culto], ed. J. L. A. Kolderup-Rosenvinge, vols. 1-3, Copenhague, 1838-1840, vol. 1, p. 357).

87. Cf. Sal 6,6.

88. Cf. 1 Tim 5,5.

89. Cf. Ecl 7,2.

90. Expresión paulina; cf. Ef 6,5; Col 3,22 (*NT 1819*; cf. *NC*: «sencillez de corazón»).

91. Cf. Sal 56,14.

92. Se sobreentiende, el final del discurso «autorizado» pronunciado por el pastor.

93. Véase aquí mismo nota 2.

94. Kierkegaard mismo utiliza esta expresión en *Stadier paa Livets Vei* (Estadios en el camino de la vida), *SKS* 6, 33.

95. Frase que Diógenes Laercio atribuye a Epicuro. Cf. *Diogen Laërtses filosofiske Historie, eller: navnkundige Filosofers Levnet, Meninger og sindrige Udsagn, i ti Bøger* [Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y dichos ingeniosos de filósofos ilustres, en diez libros*], trad. B. Riisbrigh, ed. B. Thorlacius, vols. 1-2, Copenhague, 1812, ctl. 1110-1111, vol. 1, p. 502.

96. Cf. 2 Sam 22,6; Sal 18,6.

97. Alusión al texto de la letanía «Libéranos, querido Señor»; cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark* [Libro de prescripciones litúrgicas para Dinamarca], ed. cit., p. 229, donde se estipula el uso de la misma tras el sermón en el servicio religioso de los miércoles y los viernes.

98. La expresión *Aands Fortærelse*, literalmente: consunción del espíritu, aparece en la traducción danesa de Ecl 1,14 (*GT 1740*: cf. *NC*: «apacentarse de viento»).

99. Referencia a la traducción danesa de un salmo del poeta español Aurelio Clemente Prudencio (siglo IV), recogida en diversas colecciones de salmos daneses. Cf. *Den danske Psalmedigtning* [Poesías danesas de alabanza], vols. 1-2, Copenhague, 1846-1847, ctl. 191-192, vol. 1, p. 170.

100. Cf. Jean Paul (Johann Paul Friedrich Richter), «*Die Neujahrnacht eines Unglücklichen*» [«La nochevieja de un desdichado»], en *Jean Paul's Sämmtliche Werke* [Obras compiladas de Jean Paul], vols. 1-60, Berlin, 1826-1828, ctl. 1777-1799, vol. 35, pp. 46-48.

101. Alusión a Carlos V, quien durante su retiro en Yuste (Extremadura) habría hecho simular su propio cortejo fúnebre. Cf. *Karl Friedrich Beckers Verdenshistorie* [Historia universal, por Karl Friedrich Becker], trad. J. Riise, vols. 1-12, Copenhague, 1822-1829, ctl. 1972-1983, vol. 6, p. 166.

102. Alusión a la superación del principio de contradicción en la filosofía hegeliana.

103. Cf. Mt 10,28.

104. Cf. Ef 2,12.

105. Cf. Jn 9,4 (*NC*): «Es preciso que yo haga las obras del que me envió mientras es de día; venida la noche, ya nadie puede trabajar».

106. Cf. el sermón de J. P. Mynster leído el vigésimo cuarto domingo después de la Trinidad, «*Døden under Billedet af en Søvn*» [«La muerte bajo la imagen de un sueño»], en *Prædikener paa alle Søn- og Hellig-Dage i Aaret* [Sermones para todos los domingos y días sagrados del año], vols. 1-2, 3.ª ed., Copenhague, 1837 [1823], ctl. 229-230, vol. 1, p. 3. Todo este párrafo y la posterior mención del «estado de ánimo» de la aflicción pueden interpretarse como una referencia al sermón de Mynster.

107. Cf. 1 Cor 15,32; Is 22,13.

108. Cf. 1 Tes 5,2; Mt 24,43.

109. Cf. la representación alegórica de la danza de los muertos, recogida en el poema de T. L. Borup: *Det menneskelige Livs Flugt, eller Døde-Dands* [La fuga de la vida humana, o la danza de los muertos], Copenhague, 1814 [1762], ctl. 1466, p. 4.

110. Cf. Mt 16,26.

111. Literalmente: «horror ante el espacio vacío». Un manuscrito preparatorio correspondiente a este pasaje alude, sin embargo, a la expresión latina *horror vacui*. Cf. *Pap.* VI B 122,2.

112. Cf. 1 Tes 5,1-11.

113. Cf. Lc 12,26-21.

114. Cf. Mt 6,25.

115. Cf. Mt 3,10.

116. Dicho popular danés: «La muerte pasó sobre mi tumba», aplicado comúnmente a la sensación del escalofrío o el estremecimiento sin causa aparente. Cf. E. Mau, *Dansk Ordsprogs-Skat* [Tesauro de proverbios daneses], ed. cit., vol. 1, p. 152.

117. Cf. Sant 1,19. (*NC*: «que todo hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar»).

118. Cf. Rom 6,23 (*NC*: «soldada del pecado»).

GLOSARIO

a.T.: piadosos oyentes
aabenbar: manifiesto, flagrante
Aasyn: semblante, presencia
Ængstelse: congoja, aflicción
Ære: gloria, honor
Æresag: causa de honor
Afgørelse: decisión, lo decisivo
Afholdenhed: templanza (Gál 5,23)
Alvor: seriedad, lo serio
alvorlig: serio, severo
gøre Alvor af: hacer efectivo, -a
Anfægtelse: pugna (del espíritu)
Angest: angustia
Angester: temores
Anledning: ocasión, circunstancia(s)
annamme: acoger
anslaa: valorar
Attraa: anhelo, aspiración, atracción

barnagtig: pueril, inmaduro
barnlig: infantil
Barmhjertighed: misericordia, acto de misericordia
Bedrag: engaño, fraude, ilusión, mentira, impostura
Bedrager: impostor
Bedrøvelse: congoja, consternación
Begivenhed: contingencia, acontecimiento, suceso
begjære: ansiar, clamar por, ambicionar
Begjæring: apetito, solicitación, demanda, concupiscencia
begunstige: favorecer
Begunstig, -t: favorecido, agraciado, aventajado
bekjende: profesar
bekymret: preocupado, afligido
Bekymring: preocupación, cuidado, inquietud
Besindelse: recogimiento
Besindighed: serenidad
beskæftige sig: atender, ocuparse de
Beskæftigelse: ocupación
Beslutning: resolución
besvige: defraudar, tergiversar, estafar
betænke: reparar en, pensar, meditar, ponerse a pensar, considerar
Betænkelighed: reparo(s), escrúpulo(s)
Betragtning: consideración, observación
Beviissted: prueba
Blendværk: ilusión, espejismo
blødagtig: blando de carácter, pusilánime
Borgen: amparo
Børnelærdom: nociones elementales (Gál 4,3)
bortfalde: cancelar, ser cancelado

Daarlighed: necedad, torpeza
Daarskab: necedad

Deltagelse: condolencia, compasión, participación, congratulación, simpatía
uden Deltagelse: ausente
Drømmebillede: fantasmagoría
dybere: más profundo, íntimo

eftertragte, tragte efter: tender a, ambicionar, procurar, esforzarse por alcanzar, imitar
Elendig: miserable, villano
elendige: miserable
elendigste: el más menesteroso

Falskmaal: mentira
fare vild: engañarse, extraviarse
Forbillede: arquetipo, modelo
Forborgne, det: lo encubierto, lo oculto
Forestilling: idea, representación, imagen
forfærde: horrorizar, llenar de espanto
Forfærdelig: terrible, espantoso, horroroso, enorme
Forfærdelse: espanto, horror
forfordele: hacer a un lado, postergar
forgøgle· figurarse
forkrænkelig: corruptible, vano, perecedero
Formaning: amonestación, admonición, exhortación
formastelig: temerario, insolente, blasfemo
Formodning: suposición
fornemme: sentir, presentir, percibir
forringe: menguar, disminuir, empequeñecer(se)
forsage: desistir, renunciar
forsøge sig paa: probarse con, medirse con, hacer (su) experiencia con, afrontar
forstå sig paa: saber valerse de, entender
Forståelse: comprensión, entendimiento, buen entendimiento
Forstand: entendimiento, discernimiento, inteligencia
fortabe sig i: rendirse a
Fortabelse: perdición, extravío
fortolke: interpretar
Fortvivlelsens Angst: temor de la desesperación
forurette: injuriar
forvanske: adulterar, falsear
forvende: aplicar incorrectamente, torcer, tergiversar, demudar, hacer volver
forvisse sig: asegurarse, convencerse
frejdig: intrépido, desenvuelto, gallardo
frelse: salvar, rescatar, redimir
frimodig: franco, desenvuelto
Frimodighed: franqueza, desenvoltura, libertad de ánimo
friste: tentar, desafiar
Frygt: temor
frygtagtig: miedoso
Fyrighed: ardor

Gisning: conjetura
Gjerning: obra, oficio
Gjøglebillede: fantasmagoría
Gjøgleværk: artificio
Glæde: alegría, gozo
glæde sig over: alegrarse por, encontrar alegría en
Glædes Hilsen: felicitación
godgjørende: caritativo
gruble: meditar, elucubrar
Grublerier: elucubraciones
gudelig: devocional, devoto, divino, religioso
gudelig Udsvævelse: relajación en sentido religioso, aberración religiosa, piadoso
Gudelige, det: la devoción
Guds Kjerlighed: amor de Dios
Guds-Kjerlighed: amor hacia Dios
Gudskjerlighed: amor para con Dios

hengive sig: entregarse, dedicarse, confiarse
give hen: dedicar, entregar, consagrar
Hengivelse: dedicación, entrega
Herlighed: magnificencia, excelencia, gloria, importancia

Hjertesorg: desasosiego
høirøstet: altisonante, vociferante, ostentoso, grandilocuente
Hu, med velberåd: con cirunspección

i og for sig: en sí y como tal, en y para sí
Iilsindethed: irascibilidad
Indbildning: fantasía, imaginación, ficción
Indbildt: fingido, imaginado, ficticio, fantasioso
Indblik: penetración, discernimiento
Inderligere: más cordial
inderste: íntimo, lo más interior
indjage: acarrear
indse: comprender, advertir
Indvielse: consagración, iniciación
Indvortes, det: el fuero interno, la interioridad

Jubel: júbilo, regocijo, alborozo
juble: alborozarse

Karrighed: avaricia
Kiv: riña
Kjelenskab: mimos, ñoñería
Klogskab: perspicacia, sensatez, sagacidad
Kløgt: suspicacia, sagacidad
kløgtigt: con suspicacia
krænke: agraviar

Læremester: maestro
Lærer: maestro
Letsindighed, let Sind: frivolidad, ligereza, liviandad
Lidenskab: pasión
lidenskabelig: apasionado, enardecido
List: ardid, argucia
Løndom, i: a escondidas, en (lo) secreto, (secreto) concilio
Luftsyn: espejismo
Lykke: felicidad, dicha, fortuna
Lyst: placer, ganas, deseo

Mænd: varón, hombre, adulto, esposo
Menneske: hombre, ser humano
Menneskenes Hob: gentío
Mirakel: milagro, acto milagroso
Miskundhed: misericordia
Mislighed: irregularidad
Mismod: desazón, desánimo
mistrøstes: perder el consuelo
Mistvivl: desesperanza
Modgang: infortunio, fracaso, adversidad
Møie: fatiga
m.T.: oyente mío

Naade: gracia
Nag: rencor
Nid: rencor
Nidkærhed: celo
Nød: necesidad, indigencia, urgencia, penuria, rigor
Nødlidende: indigente

Omskiftelse: mutación, transformación, avatar, vicisitud
omstyrte: derrumbar
opleve: vivir, vivenciar, experimentar
Ønske: deseo, lo deseado
ønske: desear
ønskelig Lejlighed: ocasión propicia
Opdragelse: disciplina, instrucción
opelske, elske op: cultivar con amor, hacer madurar, criar
Opfyldelse: cumplimiento, logro
oprøre: rebelar, agitar, sublevar
Orden, i sin: natural, legítimo
Overvejelse: reflexión, meditación, cavilación, deliberación
Ord: palabra, palabras, sentencia, frase

paaminde: recordar, exhortar
Partier: sectarismo
prise: ensalzar, alabar, encomiar, glorificar
Prøve: prueba, intento
prøve: forsøge, poner a prueba, probar, experimentar, examinar

Qvide: aflicción

Retfærdighed: justicia, justificación
rystende: estremecedor

Sagtmodighed: mansedumbre
salig: bienaventurado, beato, beatífico, beatificante, bendito
Sammenhæng: conjunto, correlación, contexto, coherencia
Samtiden: lo actual
Savn: añoranza, falta, carencia
segne: desvanecerse
Selvbedrag: autoengaño
Selvforglemelse, Selvfornægtelse: abnegación
Selvmodsigelse: contradicción, contradicción consigo mismo
Selvplager: flagelante, verdugo de sí mismo
Sind: cerviz, ánimo, animosidad, atención, carácter, disposición mental, mente, alma
Sindighed: templanza
Sjæl: alma, ánimo
Sjelesørger: pastor, -a (de almas).
skælve: vibrar, estremecer
Skjeldsord: ultraje (1 Pe 3,9)
Skjendsel: vergüenza, oprobio
skjule: cubrir, recubrir, esconder, ocultar
skjule over: ocultar
Slægt: especie, género, generación, descendencia
Slutning: inferencia, conclusión
Sønderknuselse: contrición
Sorg: pena, duelo
Sørgelig: lamentable, penoso
sørgende: doliente, apenado, afligido
sorgløs: despreocupado, jovial(mente), sin cuidado
Sorrig: penar
splidagtig: discordante
Splidagtighed: disenso
Stemning: acorde, temperamento, estado de ánimo, ánimo imperante, atmósfera, entonación, tonalidad
Stilhed: silencio, quietud
stiltiende: tácito
stolt: orgulloso, enorgullecedor
strande: fracasar, encallar
Styrke: vigor, fortaleza, fuerza, pujanza
styrte: derribar, arrojar
Svig: fraude, dolo, embuste
svigefuld: engañoso, falso, fraudulento, pérfido
Synd: pecado
Syndens Mangfoldighed: la multitud del pecado
synderlig: extravagante
Syndernes Mangfoldighed: la multitud de los pecados
Synders Mangfoldighed: (una) multitud de pecados

Tale: discurso, manera de hablar, habla
Tanke: idea, pensamiento
Tilhold: resguardo
Tilkommende, det: lo venidero, el porvenir
Tilskikkelse: contingencia, azar, destino
Tilvær, Tilværelse: existencia
tinge: regatear, poner (sus) condiciones
trængende: necesitado
Trængsel: tribulación, muchedumbre
Trætte: querellas, contiendas
Trods: desafío, obstinación
Tugtemester: tutor, maestro de disciplina
tungsindig: apesadumbrado, pesaroso, melancólico
Tungsindighed: pesadumbre, melancolía
Tvedragt: discordia

udelukke: excluir, eximir
uforfærdet: impertérrito
ugudelig: impío
Under: milagro
underfundig: pérfido, taimado
Underfundighed: subterfugio
Undergjerning: portento
urigtig: erróneo, equivocado, incorrecto
Usandhed: falsedad, no-verdad
usvigelig: infalible
uudsigelig: indecible, impronunciable, inefable
Uvillie: animosidad

Vælde: poder, poderío, dignidad
Væsen: criatura, esencia, ser
vanvittig: loco, -a
Veemod: tristeza, nostalgia
veemodig: melancólico, triste, nostálgico
Velgjerning: obra de bien
velgørende: caritativo, beneficioso
Velgjørenhed: beneficencia, acto(s) de beneficencia
Velgører: benefactor
Vellyst: voluptuosidad, complacencia, placer, lujuria
Vidende: conocedor, el que sabe
vidne: dar testimonio, atestiguar
Vidnesbyrd: testimonio, atestación, prueba
Vidunder: milagro, prodigio
Vidunderlighed: prodigiosidad
Vielse: bendición nupcial, ceremonia nupcial, boda
Viisdom: sabiduría, certeza
Vildfarelse: error, extravío
vildfarende: engañoso, extraviado, que extravía
vinke: atraer hacia sí, ser propio a, guiñar, hacer señas
Virke-Kraft: fuerza efectiva
virkelig: real, efectivo
virkelig idé: idea efectiva
vovelig: peligroso
Vovestykke: proeza, acto aventurado
Vranglærer: apóstata

Ydre: semblante, exterior

ÍNDICE DE NOMBRES

OTROS TÍTULOS

SØREN KIERKEGAARD

Escritos de Søren Kierkegaard

1. *De los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía*
2. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* I
3. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* II

Ejercitación del cristianismo

La enfermedad mortal

El Instante

Los lirios del campo y las aves del cielo

Migajas filosóficas o un poco de filosofía

DAG HAMMARSKJÖLD

Marcas en el camino

ARTHUR SCHOPENHAUER

El mundo como voluntad y representación I y II

Parerga y paralipómena I y II

Metafísica de las costumbres

Dialéctica erística o El arte de tener razón, expuesta en 38 estratagemas

BARUJ SPINOZA

Ética demostrada según el orden geométrico

LUDWIG FEUERBACH

La esencia del cristianismo

BENJAMIN CONSTANT
De la religión considerada en sus fuentes, formas y desarrollo

EDMUND BURKE
Vindicación de la sociedad natural

ÉTIENNE DE LA BOÉTIE
Discurso de la servidumbre voluntaria

ABÛ NASR AL-FÂRÂBÎ
Obras filosóficas y políticas

JEAN-JACQUES ROUSSEAU
Profesión de fe del vicario saboyano y otros escritos complementarios
Escritos políticos

DAVID HUME
Historia natural de la religión

IMMANUEL KANT
La contienda entre las facultades de filosofía y teología

AGUSTÍN DE HIPONA
El maestro o Sobre el lenguaje

JACOB TAUBES
La teología política de Pablo

CARL SCHMITT
Teología política
Tierra y mar. Una reflexión sobre la historia universal

GIORGIO AGAMBEN
El tiempo que resta. Comentario a la Carta de los Romanos

FRIEDRICH NIETZSCHE
Escritos sobre retórica
Los filósofos preplatónicos
Fragmentos póstumos sobre política
Correspondencia
I. *junio 1850 - abril 1869*
II. *abril 1869 - diciembre 1874*
III. *enero 1875 - diciembre 1879*
IV. *enero 1880 - diciembre 1884*

TERRY EAGLETON
La estética como ideología

ERIC VOEGELIN Y LEO STRAUSS
Fe y filosofía. Correspondencia 1934-1964

JOSÉ LUIS CAÑAS
Søren Kierkegaard. «Entre la inmediatez y la relación. Los dos estadios de la vida»

JOSÉ LUIS VILLACAÑAS (editor)
La filosofía del siglo XIX [EIAF vol. 23]

Søren Kierkegaard (Copenhague, 1813-1855)

Figura entre los grandes de la historia del pensamiento. Su personalidad y su obra han sido calificadas de «tumultuosas, desbordantes e incontenibles» y han estado constantemente sometidas a las más diversas interpretaciones por parte de las corrientes filosóficas y teológicas que le sucedieron.

Arrinconado al principio por su enfrentamiento con la cristiandad establecida, fue rescatado por G. Brandes, T. S. Haecker y M. Heidegger. A España llegó tempranamente a través de Høffding y Unamuno, que le llamaba «el hermano Kierkegaard», pero cayó pronto en el olvido, pese al empeño de autores como Aranguren y Valverde. Recientemente se ha recuperado el interés por su magnífica obra y por su inquietante personalidad, fruto del cual son los numerosos estudios y congresos en torno a su pensamiento y la nueva edición crítica de sus escritos.

En el marco de la edición castellana de los *Escritos* de Søren Kierkegaard, basada en la edición crítica danesa, han sido ya publicados: *Escritos* 1. *De los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía* ([2]2006); *Escritos* 2. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* I (2006); *Escritos* 3. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* II (2007), y *Migajas filosóficas o un poco de filosofía* ([5]2007). De Kierkegaard han sido también publicados en esta misma Editorial: *El Instante* (2006), *Los lirios del campo y las aves del cielo* (2007), *La enfermedad mortal* (2008) y *Ejercitación del cristianismo* (2009).